



**A. S.  
BYATT**

**El libro de  
los niños**

**Lectulandia**

*El libro de los niños* transcurre durante el lento y destellante crepúsculo victoriano, esa apasionante época que va desde el final del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. La protagonista de la novela es Olive Wellwood, una famosa escritora de libros infantiles. Ella y su numerosa familia viven en una casa de campo formando una especie de sociedad dedicada al culto del arte, la literatura, la conversación y la política. Cuando el hijo mayor de Olive sorprende a otro niño, de origen humilde, en una sala del Museo Victoria and Albert de Londres, dibujando un famoso candelabro, la vida de esas familias empezará a cambiar. El niño será adoptado por los Wellwood e ingresará así en un mundo deslumbrante, lleno de inquietantes misterios y fulgurantes deslumbramientos.

Lectulandia

A. S. Byatt

# El libro de los niños

ePub r1.0

Antwan 10.07.13

Título original: *The Children's Book*

A. S. Byatt, 2009

Traducción: Miguel Temprano García

Diseño de portada: Adaptación de una cubierta original de Stephen Parker

Fotografía de portada: René Lalique, *Mujer libélula*, 1904-1905

Editor digital: Antwan

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Jenny Uglow*

**I**

**Inicios**

**D**os niños observaban desde la Galería del Príncipe Consorte a un tercero que había abajo. Estaban a 19 de junio de 1895. El príncipe había muerto en 1861 y solo había visto el inicio de su ambicioso proyecto de reunir varios museos en los que los artesanos británicos pudieran estudiar los mejores ejemplos del diseño. Su retrato, un modesto mosaico en forma de medallón, ocupaba el tímpano de un arco decorativo en el extremo de la estrecha galería que recorría la parte superior del patio sur. El patio sur estaba decorado con más mosaicos, retratos de pintores, escultores, alfareros..., el «Valhalla de Kensington». El tercer niño estaba acucillado junto a una serie de imponentes vitrinas que exponían sus tesoros de oro y plata. Tom, el más joven de los que lo miraban desde arriba, pensó en Blancanieves dentro de su sarcófago de cristal. También pensó, al contemplar al príncipe Alberto, que los recipientes, cucharas y joyeros que brillaban bajo la luz líquida detrás del cristal, eran como el tesoro desenterrado de un rey (cosa que en efecto eran en algunos casos). No podían ver con claridad al otro chico, porque estaba detrás de una de las vitrinas más alejadas. Parecía estar dibujando su contenido.

Julian Cain se sentía como en casa en el museo de South Kensington. Su padre, el comandante Prosper Cain, era conservador especial de la sección de metales preciosos. Julian tenía solo quince años y era alumno de la Marlowe School, aunque ahora estaba en casa convaleciendo de un brote de ictericia. Ni muy alto ni muy bajo, era de complexión delgada y tenía el rostro fino y la tez cetrina, incluso antes de la ictericia. Llevaba el negro cabello liso peinado con raya al medio y vestía el uniforme de la escuela. Tom Wellwood tenía un aspecto mucho más infantil con su chaqueta Norfolk y sus pantalones cortos, era unos dos años más joven aunque parecía serlo aún más, tenía grandes ojos negros, la boca delicada y el cabello suave y de color dorado oscuro. Nunca se habían visto. La madre de Tom había ido a visitar al padre de Julian, para pedirle ayuda en su investigación. Era una famosa autora de cuentos de hadas. Julian había recibido el encargo de mostrarle a Tom los tesoros. Sin embargo, parecía más interesado en mostrarle al niño acucillado.

—Ya te dije que te enseñaría un misterio.

—Pensé que te referías a uno de los tesoros.

—No, me refería a él. Resulta sospechoso. Lo he estado vigilando. Se trae algo entre manos.

Tom no estaba seguro de que aquello no fuese una de las fantasías a las que tan aficionados eran en su propia familia, cuando escogían a completos desconocidos e

inventaban historias acerca de ellos. No estaba seguro de que Julian no estuviera, por así decirlo, jugando a ser responsable.

—¿Qué es lo que hace?

—Ese truco de los faquires indios. Desaparece. Tan pronto lo ves como dejas de verlo. Viene todos los días. Solo. Pero nadie ha visto cuándo o por dónde se va.

Recorrieron furtivamente la galería de hierro forjado, que estaba revestida de espesos cortinajes de terciopelo rojo. El tercer niño siguió donde estaba, dibujando muy concentrado. Luego cambió de posición para observar desde un ángulo distinto. Tenía el pelo pajizo, sucio y desgredado. Vestía unos pantalones de trabajo cortados, tirantes y una camisa de franela color humo, manchada de hollín.

—Podríamos bajar a espiarlo —dijo Julian—. Es muy raro. Parece muy bruto. Por lo visto, no viene más que a esta sala. Lo he esperado a la salida para verlo cuando se fuese y seguirle, pero no parece que vaya a ninguna parte. Es como si fuese una pieza más del mobiliario.

El chico alzó la vista brevemente, su rostro mugriento se contrajo al fruncir el ceño.

—Parece muy concentrado —observó Tom.

—Nunca lo he visto hablar con nadie. De vez en cuando, las estudiantes de arte le echan un vistazo a sus dibujos. Pero nunca charla con ellas. Solo se escabulle entre las vitrinas. Es un poco siniestro.

—¿Tenéis muchos robos?

—Mi padre siempre dice que los vigilantes son muy descuidados con las llaves de las vitrinas. Y hay montones de cosas tiradas por ahí a la espera de ser catalogadas o enviadas a Bethnal Green. Sería facilísimo llevarse algo. Ni siquiera sé si alguien lo notaría, al menos con algunas cosas, aunque si alguien tratase de llevarse el Candelabro, se darían cuenta enseguida.

—¿El Candelabro?

—El Candelabro de Gloucester. Lo que él parece estar dibujando la mayor parte del tiempo. Esa barra de metal que hay en el centro de la vitrina. Es único y muy antiguo. Te lo enseñaré. Podríamos bajar e ir a verlo, y así de paso le interrumpiremos.

Tom tenía sus dudas al respecto. Notaba cierta tensión en el tercer niño, una energía ruda y resuelta en la que ni siquiera había reparado de forma consciente. No obstante, aceptó. Por lo general, aceptaba las cosas sin discutir. Se deslizaron subrepticamente, de escondrijo en escondrijo, ocultos tras los festones de terciopelo. Pasaron por debajo del príncipe Alberto y por los escalones de piedra de la escalera curva que conducía al patio sur. Cuando llegaron a donde se hallaba el Candelabro, el niño desaliñado ya no se encontraba allí.

—No ha pasado por las escaleras —dijo obsesionado Julian.



Tom se detuvo a mirar el Candelabro. Era de oro macizo. Parecía pesado. Reposaba sobre un trípode, cada una de sus patas era un dragón de largas orejas, que sujetaba entre las garras un hueso y lo roía con sus dientes afilados. El borde del platillo, donde sobresalía la punta en la que se clavaba la vela, también estaba sujeto por unos dragones con las fauces abiertas y alas y colas de serpiente. La gruesa espiga estaba labrada con un intrincado motivo foliar, hombres y monstruos, centauros y monos se contorsionaban entre las hojas, sonreían, hacían muecas y se aferraban y apuñalaban unos a otros. Una especie de enano de ojos enormes tocado con un casco agarraba la cola sinuosa de un reptil. Había otras figuras humanas o diabólicas, y una en particular que tenía el cabello largo y mojado y la mirada melancólica. Tom pensó en el acto que su madre tenía que verlo. Trató en vano de memorizar su forma. Julian le dio explicaciones. El Candelabro tenía una historia interesante, dijo. Nadie sabía exactamente de qué estaba hecho. Era algún tipo de aleación dorada. Lo más probable era que lo hubieran fabricado en Canterbury, modelándolo y vaciándolo en cera, pero aparte de los símbolos de los evangelistas en el pomo, no parecía pensado para un uso religioso. Lo habían encontrado en la catedral de Le Mans, de donde desapareció durante la Revolución francesa. Un anticuario se lo había vendido al príncipe ruso Soltikof. El museo de South Kensington lo había adquirido de su colección en 1861. En ningún otro sitio había nada parecido.

Tom no sabía lo que era un pomo y tampoco sabía lo que eran los símbolos de los evangelistas. Pero reparó en que aquel objeto era todo un mundo de historias secretas. Dijo que a su madre le gustaría verlo. Tal vez fuese lo que estaba buscando. Le habría gustado poder tocar las cabezas de los dragones.

Julian no paraba de mirar a uno y otro lado. Había una puerta oculta, detrás de un molde de escayola de un guerrero que descansaba sobre un pedestal de mármol. Estaba entreabierta, y nunca la había visto así. Había probado el picaporte varias veces y siempre la había encontrado cerrada, que era como debía estar ya que conducía a los almacenes y talleres del sótano.

—Apuesto a que ha bajado por ahí.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Kilómetros y kilómetros de pasadizos y armarios y almacenes y cosas a las que hay que sacarles el molde, o limpiarlas, o que simplemente están allí guardadas. Sigámosle.

No había más luz que la que se colaba a través de la puerta e iluminaba los primeros escalones. A Tom no le gustaba la oscuridad. Tampoco le gustaban las transgresiones.

—No veremos por dónde vamos —dijo.

—Dejaremos la puerta entreabierta.

—Alguien podría venir y cerrarla. Podríamos meternos en un lío.

—No. Yo vivo aquí.

Bajaron a hurtadillas por los escalones irregulares de piedra agarrándose a un fino pasamanos de hierro. Al llegar al pie de las escaleras, les cortó el paso una rejilla metálica. Más allá se extendía un largo pasillo vagamente visible, como si hubiese alguna luz al otro extremo. El pasadizo estaba cubierto por una bóveda gótica, igual que la cripta de una iglesia, aunque rematada con ladrillos industriales esmaltados de blanco. Julian sacudió irritado la rejilla y esta se abrió. El chico observó que aquella rejilla también debería estar cerrada. Alguien iba a tener que dar explicaciones.

El pasadizo conducía a una sala polvorienta, abarrotada de blancas efigies de hombres, mujeres y niños que miraban con ojos ciegos. Tom pensó que podían ser prisioneros en el mundo subterráneo, o incluso los propios condenados al infierno. Estaban muy juntas; los dos niños tuvieron que zigzaguear para pasar entre ellas. Después de atravesar aquella cámara funeraria, el pasillo se dividía en dos. Había más luz por el de la izquierda, así que siguieron por ahí, pasaron por otra rejilla abierta y se encontraron en una sala del tesoro repleta de enormes cálices de oro y plata, báculos, facistoles con alas de águila, fuentes, ángeles voladores y querubines sonrientes.

—Electrotipos —susurró el docto Julian. Una luz tenue pero constante se colaba a través de unos pequeños ojos de buey que había en la pared de ladrillo y centelleaba sobre el metal. Julian se llevó el dedo a los labios y le siseó a Tom que guardara silencio. Tom se apoyó en un galeón de plata que resonó con un ruido metálico. Estornudó—. ¡No hagas eso! —dijo Julian.

—No puedo evitarlo. Es por el polvo.

Siguieron adelante, doblaron a la izquierda, luego a la derecha y tuvieron que abrirse paso entre una espesura de algo que a Tom le parecieron rejas de cementerio coronadas por elegantes bustos de ángeles femeninos con alas y pechos puntiagudos. Julian le explicó que eran cubiertas de radiadores de fundición, que habían encargado a un fabricante de Sheffield.

—Costaron una fortuna, pero están aquí porque alguien pensó que eran un estorbo —susurró—. ¿Por dónde seguimos ahora?

Tom respondió que no tenía ni idea. Julian dijo que se habían perdido y aseguró que nadie los encontraría, las ratas roerían sus huesos. Alguien estornudó. Julian dijo:

—Te he dicho que no hagas eso.

—No he sido yo. Debe de haber sido él.

A Tom le preocupaba la posibilidad de que estuvieran persiguiendo a un muchacho indefenso e inocente. También le inquietaba tropezar con un chico violento y peligroso.

—Sabemos que estás ahí —gritó Julian—. ¡Sal y déjate ver!

Tom vio que estaba atento y sonriente como si hubiese ganado jugando al tú la llevas o al escondite.

Se hizo un silencio. Otro estornudo. Un leve rumor. Julian y Tom se volvieron para mirar hacia el otro pasillo, que estaba obstruido por un bosque de columnas de mármol de imitación pensadas para sostener bustos o jarrones. A la altura de sus rodillas, entre basaltos y obsidianas falsos, apareció un rostro feroz debajo de una mata de pelo desgredada.

—Será mejor que salgas y te expliques —dijo Julian con total seguridad—. Estás allanando una propiedad privada. Debería llamar a la policía.

El tercer niño salió a cuatro patas, se sacudió como un animal y se incorporó apoyándose por un momento en las columnas. Era más o menos de la misma talla que Julian. Estaba temblando, Tom no supo si de miedo o de rabia. Se pasó la mano sucia por la cara, se frotó los ojos, que incluso en la oscuridad parecían enrojecidos. Agachó la cabeza y se puso en tensión. Tom comprendió lo que estaba pensando: podía cargar contra ellos y luego huir por los pasillos. No se movió y tampoco respondió.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo? —insistió Julian.

—Esconderme.

—¿Por qué? ¿De quién te escondes?

—De nadie. No estaba haciendo nada malo. Tengo mucho cuidado de no estropear nada.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?

—Me llamo Philip. Philip Warren. Y puede decirse que vivo aquí, al menos de momento.

Tenía un vago acento norteno. Tom lo reconoció, pero no supo ubicarlo con exactitud. Lo estaba mirando igual que él a ellos, como si no estuviese muy seguro de que fuesen reales. Parpadeó y lo recorrió un escalofrío. Tom dijo:

—Estabas dibujando el Candelabro. ¿Para eso has venido?

—Ajá.

Apretaba contra su pecho una especie de saquito de lona que probablemente contenía sus útiles de dibujo.

—Es precioso, ¿verdad? —insistió Tom—. Yo no lo había visto antes.

El otro niño lo miró a los ojos y respondió con una sonrisa fugaz:

—Sí. Es precioso.

Julian habló con severidad.

—Tendrás que venir y explicárselo a mi padre.

—¡Oh!, a tu padre. ¿Y quién es tu padre?

—Es el conservador especial de la sección de metales preciosos.

—Ah, qué bien.

—Tendrás que venir con nosotros.

—Ya veo. ¿Puedo coger mis cosas?

—¿Tus cosas? —Julian pareció dudar por primera vez—. ¿Quieres decir que has estado viviendo aquí abajo?

—Ya te lo he dicho. No tengo adónde ir. No me gusta dormir en la calle. Vengo aquí a dibujar. Vi que el museo estaba pensado para que los obreros pudieran ver cosas bien hechas. Me refiero a que a mí me hace falta para trabajar, necesito tener dibujos que enseñar..., me gustan estos objetos.

—¿Podemos ver los dibujos? —preguntó Tom.

—Con esta luz no. Arriba, si es que estáis interesados. Iré a por mis cosas.

Se agachó y empezó a abrirse paso entre las columnas acurrucándose y escurriéndose con habilidad. Tom pensó en los enanos de las minas y, puesto que por su educación tenía conciencia social, se acordó también de los niños que trabajaban en las minas empujando las vagonetas con las manos y las rodillas. Julian fue detrás de Philip. Tom le siguió.

—Pasad —dijo el niño mugriento al llegar a la entrada de un pequeño almacén, al tiempo que hacía un gesto, probablemente burlón, con el brazo. En el almacén había una especie de caseta de piedra, tallada y ornamentada con querubines y serafines, águilas y palomas, hojas de acanto y de vid. Tenía una puertecita de metal con restos de pintura dorada en el hierro oxidado—. Es muy cómoda —dijo Philip—. Tiene una cama de piedra. Me tomé la libertad de coger prestados unos sacos para calentarme. Como es lógico, los dejaré en el mismo sitio donde los encontré.

—Es una tumba o un altar —dijo Julian—. Por su aspecto, parece ruso. Debió de haber algún santo en esa repisa, en una vitrina o un relicario. Puede que sus huesos sigan ahí debajo, si es que estaba incorrupto.

—No lo he visto —respondió muy serio Philip—. A mí no me ha molestado.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tom—. ¿Qué comes?

—De vez en cuando echo una mano en el salón del té, recogiendo y ayudando a fregar los platos. Te sorprendería cuánta comida deja la gente en el plato. Y las jovencitas de la Escuela de Arte se han fijado en mis dibujos y a veces me regalan un bocadillo. Nunca he mendigado. Una vez que estaba desesperado robé un bocadillo de huevo con berros. Estaba casi seguro de que la chica no tenía intención de comérselo. —Se interrumpió—. No es gran cosa. De modo que sí, tengo hambre.

Hurgó detrás de la tumba en el altar y sacó otro saquito de lona, un cuaderno de apuntes, un cabo de vela y una especie de hatillo atado con un cordel.

—¿Cómo te las arreglaste para entrar? —insistió Julian.

—Con los caballos y las carretas. Supongo que sabrás que entran aquí por la rampa. Cuando descargan y desembalan las cosas hay mucho barullo y es fácil colarse mezclado con los carreteros y los mozos.

—¿Y la puerta de arriba? —preguntó Julian—. Se supone que debe estar cerrada a todas horas.

—Encontré una llave.

—¿La encontraste?

—Sí. La encontré. La devolveré. Toma, aquí la tienes.

—Debe de dar mucho miedo pasar la noche aquí solo —apuntó Tom.

—No tanto como pasarla en las calles del East End, te lo aseguro.

Julian dijo:

—Haz el favor de acompañarme. Tienes que venir y explicarle todo esto a mi padre. Está hablando con la madre de Tom. Este es Tom. Tom Wellwood. Yo soy Julian Cain.

El comandante Prosper Cain, del Real Cuerpo de Ingenieros y el Departamento de Arte y Ciencia, poseía una casa de campo isabelina, Iwade House, en Kent. También vivía en uno de los pequeños edificios de viviendas que habían ido apareciendo en torno a las monstruosas calderas de hierro y acero de South Kensington. (El edificio de hierro colado, diseñado especialmente por un ingeniero militar para albergar el museo, tenía tres rigurosos tejados redondeados que la gente llamaba burlescamente las calderas de Brompton). Dichas viviendas estaban habitadas en su mayor parte por los sucesores de los zapadores que habían construido las calderas tras la Gran Exposición de 1851. El comandante Cain tenía una especie de residencia oficial, apenas mayor que la de sus hombres. Existían ambiciosos proyectos para ampliar los edificios del museo y se murmuraba en contra de la presencia de los militares. Se había convocado un concurso y se habían estudiado y comparado esas visiones precisas de palacios, patios, torres, fuentes y ornamentos. El proyecto de Aston Webb había salido elegido, pero no se habían iniciado las obras. El nuevo director, J. H. Middleton, nombrado en 1894, no era militar, sino un erudito ascético y reservado procedente del King's College de Cambridge y del Museo Fitzwilliam. Estaba en contra del general de división sir John Donnelly, secretario del Departamento de Arte y Ciencia. Los eruditos y los conservadores habían hecho gestiones para demoler las viviendas interiores, con la excusa del peligro de incendio y las fugas en las tuberías. Se habían contabilizado hasta veintisiete hogares con chimenea. Las estudiantes de arte se quejaban del hollín y el humo que se colaban en sus habitaciones. Los militares argüían que el equipo de bomberos del museo lo integraban los zapadores que vivían en aquellas casas. La discusión proseguía y no se hacía nada.

La estrecha casita del comandante Cain tenía dos elegantes chimeneas, tanto en el salón del piso de abajo como en el de arriba. Estaban decoradas con preciosos azulejos de William de Morgan. Le había ofrecido a Olive Wellwood una silla dorada francesa, tallada con un estilo elaborado, que detestaban tanto los seguidores del movimiento Arts and Crafts como los conservadores del museo. Su mirada era

ecléctica y tenía debilidad, si es que eso puede llamarse debilidad, por lo extravagante. Le agradaba el aspecto de su visitante, que iba vestida de gorgorán de color pizarra, ribeteado con trenzas, con encajes en el alto cuello y elegantes mangas a la última moda abombadas por encima del codo. Su sombrero estaba adornado con plumas negras y una profusión de amapolas de seda escarlata a lo largo del ala. Tenía el rostro decidido y agradable, la tez ruborosa, la boca firme y ansiosa y unos enormes ojos oscuros, como el botón de las amapolas. Juzgó que debía de rondar los treinta y cinco años, más o menos, probablemente más. Dedujo que no estaba acostumbrada a vestir corsés tan apretados, zapatos de cabritilla y guantes. Se movía con demasiada libertad e impulsividad. Tenía la piel demasiado lozana y los tobillos muy hermosos. En casa, probablemente vistiera túnicas Liberty o vestidos del movimiento racional. Se sentó frente a ella muy atento. Tenía rasgos agradables, como su hijo, el cabello todavía tan negro como el de Julian y un fino y cuidado bigote plateado. Su mujer era italiana y había muerto en 1883, en Florencia, una ciudad que ambos amaban y donde había nacido su hija, a la que habían bautizado Florence antes de que apareciese el brote de fiebre y el lugar se volviese trágico.

Olive Wellwood era la mujer de Humphry Wellwood, funcionario del Banco de Inglaterra y un activo miembro de la Sociedad Fabiana. Era la autora de muchos cuentos para niños y adultos, y se la consideraba una especie de autoridad en los cuentos de hadas británicos. Había ido a visitar al comandante Cain porque tenía pensado escribir un cuento que tratase de un antiguo tesoro con propiedades mágicas. Prosper Cain dijo con galantería que se sentía honrado de que hubiese pensado en él. Ella sonrió y respondió que una de las ventajas del modesto éxito que tenían sus libros era que se podía molestar a personas tan importantes y ocupadas como él. Era algo con lo que nunca había contado. Afirmó que aquella habitación era como una cueva de *Las mil y una noches*, y que apenas resistía la tentación de levantarse a admirar las cosas tan maravillosas que había reunido allí. La mayor parte no era árabe, dijo Prosper. No era su campo. Había servido en Oriente, pero sus intereses eran europeos. Mucho se temía que no encontrase un orden muy académico en sus objetos personales. No creía que una sala tuviese que decorarse por fuerza siguiendo un solo estilo..., sobre todo cuando la sala era, por así decirlo, una más entre las múltiples salas del museo, como un huevo diminuto en un nido de Fabergé. Era posible colocar una jarra de Nicea junto a un vaso veneciano y un cuenco esmaltado del señor De Morgan de forma que lucieran más y mejor.

—Cuelgo en mis paredes bordados flamencos medievales al lado de un pequeño tapiz que mi amigo Morris tejió para mí en la abadía de Merton, pájaros ávidos y bayas escarlatas. Observe la fuerza del escorzo de las hojas. Nunca carece de energía.

—¿Y estos? —preguntó la señora Wellwood. Se puso impulsivamente en pie y pasó el dedo enguantado a lo largo de un estante de objetos incongruentes que no

guardaban aparente relación estética o histórica entre sí.

—Esos, mi querida señora, son, por así decirlo, mi piedra de toque, mi colección de falsificaciones. Esas no son cucharas medievales, aunque a mí me las vendieron como tales. Ese nautilo no es un Cellini, pero William Beckford pensó que lo era y pagó una pequeña fortuna por él. Esas baratijas no son las joyas de la corona, sino hábiles réplicas de vidrio de algunas de ellas, que se expusieron en el Palacio de Cristal en 1851.

—¿Y esto? —El suave dedo de la señora Wellwood recorrió una bandeja que contenía retratos muy enérgicos en porcelana de un sapo, una serpiente enroscada, unos cuantos escarabajos, unos musgos y helechos y una langosta—. Nunca he visto nada tan real, está reproducido hasta el último pliegue.

—No sé si sabrá que el museo sufrió un revés por la compra de un plato muy caro, no este, de Bernard Palissy, que está inmortalizado en mosaico en el Valhalla de Kensington. Luego se supo, para nuestra vergüenza, que lo habían fabricado, al igual que este, como réplica en una alfarería moderna francesa. Se vendían como recuerdos. De hecho, sin la firma comprobada del artista, resulta muy difícil distinguir un falso Palissy..., o una copia, del original del siglo diecisiete.

—Y, no obstante —dijo la señora Wellwood, haciéndose cargo enseguida—, tanto detalle, tanta precisión. Parece enormemente difícil.

—Se dice, y creo que es cierto, que los animales cerámicos se modelaron sobre animales de verdad..., sapos, anguilas y escarabajos reales.

—Espero que estuviesen muertos.

—Disecados, es de suponer. Pero no se sabe con seguridad. Tal vez se le ocurra a usted algún cuento.

—¿El príncipe que se convirtió en sapo y acabó encerrado en un plato? Con qué disgusto vería los banquetes. Hay un príncipe medio de piedra en *Las mil y una noches* que siempre me ha inquietado. Tendré que pensarlo.

Esbozó una sonrisa felina y satisfecha.

—Pero ¿no quería usted preguntarme por tesoros de oro y plata?

Humphry Wellwood le había dicho: «Ve a preguntarle al viejo pirata. Él lo sabrá. Lo sabe todo sobre escondrijos y transacciones secretas. Frecuenta los mercados y los anticuarios, y según se dice compra por unos pocos peniques herencias ancestrales que acaban en los puestos callejeros después de alguna revolución».

—Necesito algo que siempre haya estado perdido..., que tenga su historia, claro, y a lo que se le puedan atribuir propiedades mágicas, un amuleto, un espejo que muestre el pasado y el futuro, ese tipo de cosas. Ya habrá reparado usted en que tengo una imaginación muy banal y necesito de su erudición.

—Es curioso —dijo Prosper Cain—, pero no hay tantos tesoros antiguos de oro y plata, y eso por una buena razón: si fuese usted un jefe vikingo, o un cabecilla

tártaro..., o incluso el sacro emperador romano, su oro y sus objetos de plata formarían parte de su tesoro y, desde el punto de vista del artista y el narrador, correría siempre el peligro de ser fundido, para el trueque, para pagar la soldada, para transportarlo rápidamente u ocultarlo. La Iglesia tenía sus cálices sagrados...

—No quiero un grial o una custodia ni nada por el estilo.

—No, lo que usted quiere es algo que tenga una fuerza sobrenatural propia. Comprendo lo que busca.

—Que no sea un anillo. Hay demasiadas historias sobre anillos.

Prosper Cain soltó una risotada seca como un ladrido.

—Es usted exigente. ¿Qué le parece el cuento del tesoro del prior de Stoke? Unos vasos de plata enterrados para ponerlos a salvo durante la guerra civil y descubiertos en nuestros días por un muchacho que estaba cazando conejos. O también está el cuento romántico del relicario de Eltenberg, que J. C. Robinson adquirió para el museo en 1861. Procedía de la colección del príncipe Soltikof, quien se lo había comprado, junto a otros cuatro mil objetos medievales, a un francés tras la revolución de 1848.

»La última abadesa de Eltenberg, la princesa Salm-Reiffenstadt, lo ocultó en una chimenea, tras la invasión de Napoleón. Y, desde la chimenea, fue a parar de algún modo a un canónigo de Emmerich que lo vendió a un anticuario de Aquisgrán, Jacob Cohen de Anhalt, quien se presentó un día ante el príncipe Florentino de Salm-Salm y le ofreció una diminuta figura de marfil de morsa. Y cuando el príncipe la adquirió, Cohen volvió con otra y con otra y con otra, y por fin con el propio relicario ennegrecido por el humo y apestando a tabaco. Pues bien, el hijo del príncipe Florentino, el príncipe Félix, lo convenció para que vendiera las piezas a un marchante de Colonia y ahí, según creemos, reemplazaron algunas de ellas por falsificaciones modernas muy buenas: el viaje de los Reyes Magos, la Virgen y el Niño con san José, y algunos de los profetas. Copias muy buenas. Las tenemos. Es una historia verdadera y estamos convencidos de que las piezas originales están guardadas en alguna parte. ¿No le parece que la búsqueda y recuperación de las piezas perdidas es un buen material para un cuento? Sus personajes podrían seguir la pista del artesano que hizo las copias...

Olive Wellwood tuvo la sensación, común en muchos escritores cuando les cuentan una historia perfecta como si fuese ficción, de que había en ella demasiada realidad y muy poco espacio para la necesaria inclusión de historias inventadas que, en este caso, darían la impresión de ser falsas.

—Tendría que cambiarlo mucho. —El erudito y experto en falsificaciones pareció disgustado por un breve instante—. Tiene demasiada fuerza tal como está. No necesita de mi imaginación.

—Yo habría dicho que despierta la imaginación de cualquiera, el destino de esas



obras de arte perdidas...

—Me intrigan sus sapos y serpientes.

—¿Para un cuento de brujas? ¿Cómo demonios familiares?

En ese momento se abrió la puerta y Julian hizo pasar a Philip Warren, seguido de Tom, que la cerró.

—Disculpa, padre. Pensamos que debíamos informarte. Lo encontramos escondido en los almacenes del museo. En la cripta. Yo llevaba un tiempo vigilándolo y lo seguimos. Estaba viviendo ahí abajo.

Todos miraron al sucio muchacho como si, pensó Olive, hubiese surgido de las entrañas de la tierra. Sus zapatos habían dejado huellas en la alfombra.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Prosper Cain—. El chico no respondió. Tom fue con su madre, que le despeinó el cabello. Le ofreció su versión de la historia.

—Se dedica a dibujar los objetos de las vitrinas. Por la noche duerme solo en el altar de un antiguo santo, donde estaban los huesos. Entre gárgolas y ángeles. En la oscuridad.

—Qué valiente —dijo Olive, volviendo sus ojos oscuros hacia Philip—. Has debido de tener miedo.

—En realidad no —dijo imperturbable Philip.

No tenía intención de decir lo que sentía en realidad. Que cuando uno ha dormido en un colchón con otros cinco niños, un colchón en el que además han muerto —y no precisamente en paz— dos de tus hermanos y una hermana, unos pocos huesos viejos no le preocupan lo más mínimo. Toda su vida había sentido un anhelo por estar solo, al que ni siquiera había puesto nombre, pero que nunca había dejado de acuciarle. No tenía ni idea de si a los demás les pasaba lo mismo. En general daba la impresión de que no. En la cripta del museo, entre el polvo y la oscuridad, aquel anhelo se había visto brevemente satisfecho por primera vez. Estaba de un humor peligroso y explosivo.

—¿De dónde eres, muchacho? —preguntó Prosper Cain—. Necesito saber el cómo y el porqué. ¿Qué es lo que haces aquí y cómo te colaste, si todo está cerrado con llave?

—Soy de Burslem. Trabajo en las Potteries. —Una larga pausa—. Me fui, es decir, me escapé.

Su expresión era impasible.

—¿Tus padres trabajan en las alfarerías?

—Mi padre está muerto. Fabricaba gacetas refractarias. Mi madre trabaja en los talleres de pintura. De un modo u otro todos trabajamos allí. Yo me encargaba de cargar los hornos.

—Eras infeliz —dijo Olive.

Philip consideró sus sentimientos.

—Sí —respondió.

—Eran exigentes contigo.

—Tenían que serlo. No es eso. Yo quería. Quería hacer algo...

—¿Querías hacer algo contigo y con tu vida? —apuntó Olive—. Nada más lógico.

Tal vez fuese lógico, pero no era lo que Philip quería decir. Repitió:

—Quería hacer algo...

Vio en su imaginación una masa informe de cieno fundido. Miró a su alrededor como un oso asustado y reparó en el flamante cuenco de Morgan que había sobre la repisa de la chimenea. Abrió la boca para hacer un comentario sobre el esmaltado, pero se contuvo.

Tom dijo:

—¿No vas a enseñarnos tus dibujos? —y añadió, dirigiéndose a su madre—: Se los enseñaba a las estudiantes de arte y a ellas les gustaban, le daban pan...

Philip desató su saquito y sacó un cuaderno de apuntes. Ahí estaba el Candelabro con sus dragones retorcidos y sus tensas figuras de ojos muy abiertos. Esbozo tras esbozo, contemplaron todos los detalles de las contorsiones, mordiscos y apuñalamientos.

—Ese es el hombrecillo que me gustaba —observó Tom—, el anciano de cabello fino y ojos tristes.

Prosper Cain fue pasando las páginas. Ángeles de piedra, ornamentos coreanos de oro para una corona, un plato de Palissy con todas sus asperezas, uno de los dos ejemplares claramente auténticos.

—¿Para qué es esto? —preguntó mientras seguía pasando las páginas.

—Para mí.

—¿Para qué?

—Bueno, me pareció gres esmaltado. O tal vez loza. Estaba dibujando el metal para ver cómo era. No entiendo de metales. Conozco la arcilla, de eso sí entiendo.

—Tienes buen ojo —dijo Prosper Cain—. Muy buen ojo. Estabas empleando la colección justo para lo que está pensada, para el estudio del diseño. —Tom exhaló un suspiro de alivio. La historia iba a tener un final feliz—. ¿Te gustaría estudiar en la Escuela de Arte?

—No. Quiero hacer algo...

Estaba al cabo de sus fuerzas y empezaba a desfallecer. Prosper Cain siguió admirando los esbozos y dijo sin levantar la vista:

—Debes de tener hambre. Julian, llama a Rosie y dile que haga el favor de servirnos el té.

—Siempre tengo hambre —respondió Philip en voz alta, con el doble de fuerza que en sus anteriores intentos. No lo había dicho para hacerse el gracioso, sino

porque realmente quería comer algo, pero todos se lo tomaron a broma y se echaron a reír.

—Siéntate, chico. No estás en un interrogatorio.

Philip miró dubitativo los cojines de seda con motivos de llamas y pavos reales.

—Ya los limpiarán. Siéntate.

Rosie, la doncella, hizo varios viajes por las estrechas escaleras cargada de bandejas con tazas y platillos de porcelana, una base para pasteles con un trozo de tarta de frutas y una fuente con varios tipos de sándwiches cuidadosamente concebidos para resultar apetitosos a las damas y nutritivos a los niños (algunos con rodajas de pepino y otros con lonchas de carne enlatada). Luego llevó un plato de tartaletas, una tetera, un hervidor de agua y una jarra de leche. Era una chica delgada con una cofia y un delantal almidonados, y tenía más o menos la edad de Julian y Tom. Colocó todo en las mesitas auxiliares, puso el hervidor en la chimenea, saludó con la cabeza al comandante Cain y volvió al piso de abajo. Prosper Cain le pidió a la señora Wellwood que sirviera el té. Le divirtió ver a Philip alzar la taza hasta la altura de los ojos para estudiar las pastorcillas y los prados floridos que tenía alrededor.

—Porcelana Minton, estilo Sèvres —dijo Prosper—. Una abominación en opinión de William Morris, pero tengo debilidad por los adornos...

Philip dejó la taza en la mesa a la altura del codo, y no respondió. Tenía la boca llena de sándwich. Estaba tratando de comer con refinamiento y tenía mucha hambre, estaba famélico. Se esforzó en masticar despacio. Engulló. Todos lo observaron con comprensión. Masticó y se ruborizó por debajo de la mugre. Estaba al borde de las lágrimas. Eran desconocidos. Su madre pintaba el borde de tazas como esas, con finas pinceladas, día tras día, orgullosa de su repetitiva infalibilidad. Olive Wellwood, exhalando aroma de rosas, lo atendió y le sirvió un poco de tarta. Se comió dos trozos, aunque pensó que probablemente no fuese de muy buena educación. Pero el almidón y el azúcar hicieron su función. La tensión y el cansancio dieron paso a la pura fatiga.

—Y ahora —preguntó Prosper Cain—, ¿qué vamos a hacer con este joven? ¿Dónde dormirá esta noche, y qué debería hacer con su vida?

Tom recordó la llegada de David Copperfield a casa de Betsey Trotwood. Un verdadero hogar, lejos de la mugre y el peligro. Estuvo a punto de citar al señor Dick —«darle un baño»—, pero se contuvo. Habría sido casi insultante.

Olive Wellwood desvió la pregunta hacia Philip:

—¿Qué quieres hacer tú?

—Trabajar —respondió. Era una respuesta fácil y en gran parte acertada.

—¿No quieres volver?

—No.

—Creo que, si el comandante Cain está de acuerdo, deberías venir con Tom y

conmigo a pasar el fin de semana en casa. Supongo que no debe de tener intención de denunciarte por allanamiento. Este fin de semana es la noche de San Juan y vamos a celebrar una fiesta en nuestra casa de campo. Somos una familia grande y acogedora, y uno más o menos no supone ninguna diferencia. —Se volvió hacia Prosper Cain—. Espero que usted también venga a Andreden desde Iwade a disfrutar de la magia de San Juan, y que traiga a Julian y a Florence para que se unan a los demás niños.

Prosper le besó la mano, canceló mentalmente una partida de cartas y afirmó que estaría —que todos estarían— encantados. Tom miró a su prisionero, para ver si él estaba encantado, pero tenía la vista clavada en el suelo. Tom no estaba muy seguro de querer que Julian fuese a su fiesta. Le intimidaba. Sería divertido que fuese Philip, siempre que consintiera divertirse. Pensó en apoyar a su madre, pero le dio vergüenza y no lo hizo.

**T**omaron el tren para Andreden, en el Weald de Kent, y cogieron un coche en la estación. Philip se sentó enfrente de Tom y de su madre, que se apoyaron el uno en el otro. A Philip se le cerraban los ojos, pero Olive le estaba explicando cosas a las que él sabía que debía atender. «Andred» era el nombre del bosque en inglés antiguo. «Andreden» significaba pasto para cerdos en el bosque. Su casa se llamaba Todefright. De hecho lo habían modificado a partir de Todsfrith, pero el cambio estaba etimológicamente justificado. «Fryth», en la antigua lengua del Weald, era una palabra que designaba las tierras de monte bajo en las lindes de un bosque. El término de Kent para eso era «fright». Suponían que «Tod» significaba «sapo». Philip preguntó con impasibilidad si había muchos sapos. Muchos, respondió Tom. Sapos grandes y gordos. Desovaban en el estanque de los patos. También había ranas, y tritones, y salamandras.

Condujeron, entre setos de espino y castaños, a lo largo de sinuosos caminos que discurrían por bosques de hayas, abedules y tejos. Philip notó el cambio de aires en cuanto el tren se alejó de la nube que cubría Londres como una mortaja. Se distinguían sus contornos oscuros. No era tan malo como el aire negro y espeso cargado de polvo caliente y productos químicos fundidos que emanaba de las altas chimeneas y los hornos en forma de botella de Burslem. Tenía los pulmones irritados y más dilatados de lo normal. A Olive y Tom les gustaba aquel aire tan limpio. Ambos expresaron de manera ritual lo agradable que era librarse de la suciedad. Philip tenía la sensación de que a él se le había incrustado en la piel.

Todefright era una antigua granja de Kent, construida de piedra y madera. Tenía delante unos prados y un río, detrás unos bosques que trepaban colina arriba, y, al otro lado del río, una extensa vista de los límites del Weald. Lethaby había ampliado la casa con gusto, al estilo Arts and Crafts, respetando (y también creando) las ventanas de forma extraña y los aleros, las escaleras de caracol, los escondrijos, las grietas y las vigas vistas del techo. La puerta principal era de roble macizo y daba a una versión moderna de un salón medieval, con bancos de madera y hornacinas, una enorme mesa de comedor tallada a mano, y un aparador muy largo cubierto de porcelana esmaltada. Detrás había una (pequeña) biblioteca forrada de paneles de madera, que era también el estudio de Olive, y una sala de billar, que era el de Humphry cuando estaba en casa. Había muchas dependencias: cocinas, fregaderos, cabañas para invitados y establos con henaes donde guardaban las aves de corral y anidaban las golondrinas. Una escalera amplia y curva ascendía desde el salón a los

pisos superiores.

Un nutrido grupo de niños y adultos salieron andando y corriendo a recibir a Olive y a Tom. Philip los observó con atención: una mujer morena y de corta estatura, que llevaba un vestido amplio de color mora estampado de capuchinas, y que llegó con un bebé de poco más de un año y se lo dio a Olive para que lo besara y abrazara incluso antes de quitarse el abrigo; dos criadas, una maternal, la otra infantil, que esperaban para llevarse los abrigos; dos jóvenes señoritas con delantales idénticos de color índigo y cabello largo por encima del hombro, una morena y la otra castaña, más jóvenes que Philip y Tom, aunque no mucho; una niña con un mandil rojo que se abrió paso entre los demás y se agarró a las faldas de Olive; y un niño pequeño con rizos rubios y un cuello de encaje a la Fauntleroy, que se aferraba a la señora de la falda de color mora y ocultaba su rostro en ella. Olive hundió la nariz en el cuello de Robin, el bebé, que trataba de coger las amapolas y el alfiler de su sombrero.

—Parezco un árbol lleno de pájaros. Este es Philip, que ha venido a pasar una temporada. Philip, las dos niñas mayores son Dorothy y Phyllis. Esta es mi hermana, Violet Grimwith, que es quien se encarga de que todo funcione aquí, es decir, todo lo que funciona. Esa diablilla tan lista es Hedda, que no sabe estarse quieta. El que se hace el vergonzoso es Florian y tiene tres años. Ven a saludar a Philip, Florian. — Florian se agarró a las faldas de Violet Grimwith, y todos le oyeron decir con claridad que Philip olía mal. Violet lo levantó, lo sacudió y lo besó. Él le dio patadas en las caderas. Olive dijo—: Philip se ha ido de su casa y ha hecho un viaje muy largo. Necesita un baño y un poco de ropa limpia..., y una cama preparada en Birch Cottage, ¿puedes encargarte tú, Cathy? Y Ada tal vez pueda prepararle un baño..., ve con Ada, Philip, lo primero es lo primero..., y cuando estés más descansado cenaremos y haremos planes.

Violet Grimwith dijo que buscaría un poco de ropa para Philip. En su opinión, era demasiado alto para que le valiera la ropa de Tom. Pero tal vez hubiese alguna cosa en el cajón de Humphry, incluso unos pantalones...

Sin decir una palabra, Philip siguió a Ada, que era la cocinera, a través de las dependencias de los criados y luego por la parte trasera hasta el patio del establo y la cabaña de los invitados, que tenía un cuarto en el piso de abajo con un fregadero y una bomba de agua y un piso superior, al que se accedía con una escalera de mano, y donde se oía a Cathy sacudiendo los colchones. Philip se quedó allí, sintiéndose un poco incómodo. Ada sacó una bañera de latón, dos jarras de agua caliente, una de agua fría, jabón y una toalla. Luego lo dejó solo. Él se quitó la primera capa de ropa y, a continuación, probó a mezclar parte del agua fría y caliente en la bañera. Por fin renunció a la protección de los calzoncillos y la camiseta. No estaba acostumbrado a las bañeras, sino a darse un remojón rápido debajo de una fría ducha comunitaria. Levantó una pierna para pasarla por encima del borde de la bañera. Violet Grimwith

entró sin llamar. Philip trató de alcanzar la toalla para cubrirse, cayó con un chapoteo en el agua y se peló la espinilla contra el borde. Soltó un grito ahogado y quejoso.

—No te preocupes por mí —dijo la señorita Grimwith—. Déjame ver ese arañazo. No hay nada que no haya visto. Les he curado todas sus heridas toda la vida. Siempre acuden a mí cuando lo necesitan, y espero que tú también lo hagas, jovencito. —Con gran alarma por parte de Philip, se acercó con la pastilla de jabón y un cubo de agua tibia, que le vertió sin previo aviso en la cabeza de forma que las salpicaduras le dieron en los ojos y los hombros—. Cierra los ojos —le aconsejó—. Ciérralos bien. Te voy a frotar hasta llegar a la raíz. —Aplicó el agua y el jabón a su cabello frotándose y retorciéndolo mientras hablaba, le masajeó el cuero cabelludo y tanteó con sus dedos finos los tensos músculos del cuello y los hombros—. Tú déjame a mí —dijo aquella sorprendente mujer—, y ya verás como limpiamos hasta el último repliegue. —Le hablaba como si fuese un bebé, o tal vez un hombre adulto y cómplice. Philip decidió cerrar los ojos, en todos los sentidos. Cerró sus esfínteres, apretó la barbilla contra el pecho y sintió los dedos y las palmas de las manos que lo golpeaban y aporreaban. Se metieron debajo del agua, accidentalmente o a propósito, y aletearon brevemente contra lo que él llamaba «su pito»—. Años de porquería —dijo la voz chillona—. Es sorprendente cómo se acumula la porquería. Ahora tienes la piel sonrosada como la de un cerdito y no como el pellejo de un elefante. Después de quitarte el polvo y todo lo demás, tienes un pelo muy bonito. Ya puedes abrir los ojos. Te he aclarado el jabón, no te escocerá.

No quería abrirlos.

Violet Grimwith lo animó a secarse mientras sostenía delante de él varias prendas para que escogiera la talla que le quedara mejor. Se esforzó, todavía mojado, por ponerse un par de calzoncillos, y escogió una camisa de sarga de color azul marino de entre las tres que le ofreció. Los pantalones de Tom eran demasiado pequeños.

—En realidad, ya lo sabía —dijo Violet. Otro par, probablemente pertenecientes al dueño de la casa, de pana marrón le quedaban un poco grandes, pero, como sugirió Violet, podían sujetarse con ayuda de un buen cinturón. Sacó un cestillo con agujas y bobinas, le pidió que se estuviera quieto y marcó un pliegue a ambos lados de sus caderas, hilvanándolo con rapidez y precisión—. Ya sé cómo sois los jóvenes, os avergüenza tener mal aspecto y os molesta que la ropa no os siente bien. Esto es solo provisional, pero durará de momento. Así olvidarás que son demasiado grandes. Una cosa menos de la que preocuparte. —Le puso una mano en cada cadera y le dio la vuelta como a un maniquí. Le entregó también un par de calcetines nuevos, pero ninguno de los zapatos que había llevado le valían y tuvo que volver a ponerse sus botas viejas, después de darles un buen cepillado. Una chaqueta de tweed ribeteada de cuero completó su vestuario. Incluso le dio un pañuelo limpio. Y un pequeño peine de hueso, que le pasó por el pelo antes de metérselo en el bolsillo de la chaqueta. En

Birch Cottage no había espejos, así que no pudo contemplar su obra. Se retorció, la ropa interior le apretaba. Violet le metió los dedos por la cintura y se la ajustó. Luego hizo un ovillo con su ropa sucia—. No te la robaré, jovencito, te la devolveré limpia y bien zurcida.

—Gracias, señora —dijo Philip.

—Si necesitas alguna cosa, ya sabes a quién acudir. Recuérdalo bien. Tienes una camisa de dormir sobre la cama, un orinal debajo y un cepillo de dientes junto a la bomba de agua. Cuando volvamos te daré cerillas y una vela. Dormirás bien en el aire sano de Kent.

La cena estaba servida en el comedor. En la mesa había una preciosa vajilla de loza esmaltada de amarillo y ribeteada con margaritas. Habían acostado a Robin y a Florian, pero Hedda, que tenía cinco años, todavía seguía allí, porque iban a cenar pronto. Olive llamó a Philip para que se sentara a su lado y le dijo que estaba muy guapo. Humphry Wellwood le hizo un gesto con la cabeza desde el otro extremo de la mesa. Era un hombre alto y delgado con una barba rojiza muy bien recortada y ojos azules y pálidos, vestía una chaqueta de terciopelo de color marrón oscuro.

Había sopa de coliflor, seguida de guisado de cordero y pastel de calabaza y verduras para los vegetarianos (Olive, Violet, Phyllis y Hedda). Philip tomó dos cuencos de sopa. La tarta de frutas de Prosper Cain quedaba ya muy lejos, tenía que recuperarse de dos semanas al borde de la inanición y de una vida de hambruna constante. Había supuesto que el señor Wellwood, que trabajaba en el Banco de Inglaterra, sería como los dueños de las fábricas de las Potteries, estirado, pomposo y condescendiente, pero Humphry les contó a los niños lo que sin duda era un cotilleo sobre la mezquindad de los empleados en las profundidades del banco, que tenían bull terriers atados a las patas de sus mesas y compartían con ellos sus platos de carne de Smithfield antes de volver a sus casas a pasar el fin de semana. Phyllis y Hedda se estremecieron con dramatismo. Humphry volvió a contar la anécdota de un joven que había atado los cordones de otro tipo a su taburete. Dorothy dijo que no le parecía gracioso, y Humphry se mostró inmediatamente de acuerdo y respondió con una tristeza en parte fingida que los pobres desdichados estaban confinados en la oscuridad y no podían dar rienda suelta a sus energías.

—Son como los nibelungos —dijo Humphry—, descienden a las cámaras financieras para contemplar las máquinas que pesan los soberanos de oro..., como criaturas infrahumanas que se tragan las monedas buenas y escupen la calderilla en recipientes de cobre.

Tom dijo que habían visto un candelabro precioso que, según había dicho el comandante Cain, tal vez estuviera fabricado con monedas de oro fundidas. Con dragones, hombrecillos y monos. Philip había hecho unos dibujos preciosos. Todos se volvieron hacia Philip, que se quedó mirando fijamente su sopa. Humphry afirmó,



como si lo dijera de verdad, que le gustaría ver los dibujos. Violet le pidió que no avergonzara al pobre muchacho, cosa que lo avergonzó.

En varias ocasiones, durante la comida, Olive se volvió con gracia e impulsividad hacia Philip, y le pidió que les hablara de él. Poco a poco, le fue sonsacando que su padre había muerto en un accidente en los hornos y que su madre trabajaba pintando porcelana. Él mismo había trabajado llevando gacetas refractarias a los hornos. Sí, tenía hermanas, cuatro. ¿Hermanos?, preguntó Phyllis. Dos, ambos muertos, respondió Philip. Igual que una de sus hermanas.

Y luego había tenido que marcharse, dijo Olive. Debía de haber sido muy infeliz. El trabajo debía de ser muy fatigoso y probablemente la gente no fuese muy amable.

Philip pensó en su madre y, con gran espanto, notó que tenía los ojos ardientes y llorosos.

Olive afirmó que no era necesario que se lo contase, todos lo comprendieron. Se quedaron mirándolo con afecto y simpatía.

—No fue —dijo—, no fue...

La voz le temblaba.

—Te buscaremos trabajo y un sitio donde estar —dijo Olive con voz cálida.

Dorothy preguntó con cierta brusquedad si Philip sabía montar en bicicleta.

Él respondió que no, pero las había visto y estaba convencido de que debía de ser emocionante, ojalá pudiera probar una.

—Mañana te enseñaremos —dijo Dorothy—. Tenemos unas nuevas. Habrá tiempo de enseñarte, antes de la fiesta. Podemos dar un paseo por el bosque.

Tenía una expresión algo arisca, no era guapa y parecía enfadada la mayor parte del tiempo. No se preguntó por qué. Empezaba a dominarlo el cansancio. Olive le hizo dos o tres tímidas preguntas acerca de los malos tratos que sin duda había sufrido. Él respondió con monosílabos, mientras se metía cucharadas de crema de maicena en la boca. Esta vez lo rescató Violet, quien afirmó que el chico se caía de sueño y propuso ir a buscar una vela y acompañarlo a la cama.

—No te preocupes por mi hermana —dijo Violet—. Es escritora. Está inventando historias donde tú encajes. No me refiero a mentiras, sino a historias. Ella es así. Se esfuerza por hacerte encajar.

—Ha sido... muy buena conmigo —respondió Philip—. Igual que todos ustedes.

—Tenemos nuestras creencias —dijo Violet— acerca de cómo debería ser el mundo. Y algunos tenemos experiencia, igual que tú, de cómo no debería ser.

La luna se había enredado entre las ramas de los árboles que crecían junto a la cabaña. Le reconfortó seguir las líneas del entramado de ramas, que era tanto aleatorio como ordenado. No se lo dijo a Violet, aunque le dio las gracias, mientras cogía la palmatoria y se dirigía hacia su cabaña. Temió que pudiera darle un beso para desearle las buenas noches —esa gente era impredecible—, pero ella se limitó a

observarlo subir por la escalera con la palmatoria en la mano.

—Que duermas bien —dijo.

—Gracias —repitió él una vez más.

Y luego se quedó solo, con una palmatoria, en una cabaña. Era lo que había deseado, al menos en parte. Había una camisa de dormir extendida sobre las sábanas limpias de la cama de madera que le pertenecía temporalmente. Miró por la ventana y vio las ramas, iluminadas por la luna en un cielo azul oscuro y sin nubes, con sus hojas pisciformes superpuestas y temblorosas. Tradujo sus formas a un esmaltado y se quedó confuso por un instante. Era demasiado. Quería gritar, o llorar, o, comprendió, tocar su cuerpo —su cuerpo limpio— como solo había podido hacerlo furtivamente en lugares sucios. No debía dejar marcas vergonzosas. Por fin recordó el pañuelo que le habían dado o prestado. Luego podría lavarlo en la bomba de agua.

Se tumbó de espaldas y, llevado por sus manos, se dejó arrastrar por un ritmo delicioso y un éxtasis húmedo y creciente.

Luego se quedó inmóvil, escuchando los sonidos del silencio. Un búho ululó. Otro respondió. Una rama crujió. Algo susurró. La bomba de agua de abajo goteaba sobre el fregadero de piedra. ¿Cómo iba a poder dormir en un silencio tan estruendoso, cómo iba a privarse de un momento consciente de bendita soledad? Estiró los brazos y las piernas en todas las direcciones y se quedó dormido casi al instante. Despertó y se durmió, despertó y se durmió, una y otra vez, antes del amanecer, adueñándose en cada ocasión de la oscuridad y el silencio.

Al día siguiente, prepararon la fiesta de San Juan. Violet le hizo a Philip un desayuno a base de huevos, tostadas y té, y le dijo que estaba invitado a hacer farolillos. Todo el jardín estaría lleno. Tenía que subir a la sala de clase, donde estaban haciéndolos.

La imponente escalera hacía un interesante giro al subir. En la curva, en una hornacina sobre una peana de roble, había una jarra. Era un gran recipiente de loza que se ensanchaba y volvía a curvarse hasta formar un cuello alto con un borde muy fino. El esmalte era dorado y plateado con veladuras de aguamarina. La luz fluía en torno a su superficie, como las nubes reflejadas en el agua. Era una vasija acuosa. Había un ritmo vertical de tallos de hierbas acuáticas que se alzaban hacia la superficie, y un elegante ritmo horizontal de nubes negruzcas e irregulares de comillas retorcidas que, vistas de cerca, resultaban ser renacuajos de colas traslúcidas. La jarra tenía varias asas asimétricas que parecían sobresalir de ella como raíces en el agua, pero tenían el rostro astuto y la cola resplandeciente de las culebras acuáticas, doradas con motas verdes. Descansaba en cuatro patas de color verde oscuro, que eran lagartos retorcidos y escamosos. O dragones menores, tumbados con los ojos cerrados y el hocico apoyado en el suelo.

Eso era lo que había ido a buscar. Sus dedos recorrieron su contorno por el

interior como una rueda imaginaria. Su forma subrayó la percepción que tenía de su propio cuerpo. Se quedó inmóvil mirándola fijamente.

Olive Wellwood subió detrás de él y le puso una mano en el hombro. Olía a rosas. Philip se contuvo para no apartarse. No le gustaba que le tocaran. Sobre todo en momentos de intimidad.

—Es una vasija bellísima, ¿no te parece? La escogimos por esos preciosos renacuajos..., casaban muy bien con nuestra idea de Todefright. A los niños les encanta acariciarlos. —Philip no pudo decir palabra—. La hizo Benedict Fludd. Tiene el taller en Dungeness. Está invitado a la fiesta, pero probablemente no venga. Su mujer sí. Se llama Seraphita, aunque la bautizaron Sarah-Jane. Su hijo se llama Geraint y las hijas Imogen, que debe de ser de tu misma edad, y Pomona. Pomona es de la edad de Tom y tiene la suerte de ser tan hermosa como su nombre..., resulta peligroso, ¿no te parece?, ponerles nombres tan románticos a unos mocosos que pueden crecer tan sosos como un poste de telégrafos. Pomona no es precisamente muy arbórea, ya lo verás, más bien parece un narciso pálido. —Philip estaba interesado solo en la cerámica. Se las arregló para murmurar que la vasija era extraordinaria—. Me han contado que sufre ataques religiosos. Tienen que esconder las vasijas para que no las rompa. También padece ataques antirreligiosos.

Philip emitió un sonido ahogado y evasivo. Olive le despeinó el cabello. Él no se encogió. Lo llevó a la sala de clase.

Para Philip «sala de clase» equivalía a una dependencia de una capilla oscura con largos bancos y el aire cargado del olor de cuerpos sin lavar, intelectos obtusos y punzante temor a la vara. Aquí, en una habitación llena de luz, con cretona de pimpinela en las ventanas, cada cual estaba trabajando en su sitio. Las chicas llevaban delantales de tonos chillones, como mariposas de colores. Dorothy, azul plomo; Phyllis, rosa oscuro; Hedda, escarlata. Florian llevaba un babero amarillo primula. La mesa larga y bien cepillada estaba cubierta de papeles de colores, botes de cola, pinceles, cajas de pinturas y vasos llenos de agua. Las papeleras estaban a rebosar de intentos torpes y descartados. Violet presidía y ayudaba con un tijeretazo aquí y un dedo sobre un nudo allí. Tom le hizo sitio a Philip para que se sentara a su lado. «No —dijo Phyllis—, siéntate conmigo.»

Phyllis tenía el pelo de color mantequilla, liso y brillante. Philip se sentó junto a ella, que le dio un golpecito en el brazo, con un gesto propio de una niña más joven de lo que parecía ser. O un gesto como el que se usaría con un animal de compañía, pensó Philip injustamente. Recordó a su hermana Elsie, que nunca había tenido sitio propio en ninguna habitación y libraba una batalla constante con las liendres en su cabello pálido.

Le mostraron sus farolillos. Tom había hecho unos cuervos encorvados de color fuego. Phyllis había puesto flores silvestres, margaritas y campanillas sobre un fondo

verde. Dorothy había hecho un dibujo con el esqueleto de unas manos (no humanas, pensó Philip, de conejo tal vez) sobre fondo violeta. Hedda estaba recortando muy despacio la silueta de una bruja montada en su escoba. Phyllis dijo:

—Le hemos dicho que las brujas son para Halloween y no para la noche de San Juan. Pero le gustan las brujas de Halloween, se le da bien recortar el sombrero y las cerdas de la escoba.

—Las brujas no dejan de existir en San Juan —repuso Hedda—. Me gustan las brujas.

—Coge un poco de papel, Philip —dijo Violet Grimwith—, y cola y tijeras. Todos tenemos curiosidad por ver lo que harás tú.

Se sintió mejor en cuanto puso la mano sobre algo palpable. Cogió un trozo grande de papel y lo cubrió de renacuajos como los de la vasija, que tuvo que hacer un esfuerzo por recordar. Luego hizo otro con la larga y astuta serpiente, verde y dorada sobre un fondo azul y centelleando a su alrededor. Violet se los llevó para hacer los farolillos. Philip tuvo otra idea. Pintó un insípido horizonte rojizo, con unas siluetas grises que destacaban delante de él. Tenían formas cilíndricas y achaparradas, formas de botella y formas de cascos y colmenas. De lo alto de cada una de ellas salía una lengua de llamas y volutas de humo de color gris peltre, el perfil de Burslem convertido en un elegante farolillo para una fiesta.

—¿Qué es, qué es? —preguntó la ruidosa Hedda.

—Es el sitio de donde provengo. Chimeneas y hornos en forma de botella, y el humo y las llamas de los hornos.

—Es bonito —dijo Hedda.

—En un farolillo, sí —respondió Philip—. En cierto sentido lo es. Pero también es horrible. Apenas se puede respirar.

Dorothy cogió los farolillos y los alineó junto con los otros que ya estaban acabados. Phyllis dijo:

—Háblanos de tu casa. Háblanos de tus hermanas. Dinos cómo se llaman.

Se acercó a él; Philip pudo sentir el calor y el peso de su cuerpo, casi apoyado, casi acurrucado contra él.

—Se llaman Elsie, Nellie, Amelia y Hope —respondió a regañadientes.

—¿Y los muertos? Los nuestros son Peter, que murió justo antes de nacer Tom, así que tiene quince años, y Rosy, que era un bebé precioso.

—Calla, Phyllis —dijo Tom—. A él eso no le interesa.

Phyllis insistió, acercándose más a Philip.

—¿Y tus muertos? ¿Cómo se llaman?

—Ned —repuso Philip con voz neutra—. Y Robert Owen. Y Rosy. Bueno, Mary-Rose. —Hizo un esfuerzo por no recordar ni sus caras ni sus cuerpos.

—Después de comer vamos a enseñar a Philip a montar en bicicleta —anunció

Dorothy, y añadió volviéndose hacia él—: Todos tenemos una. Les hemos puesto nombres, como a los ponis. La mía se llama Quejosa, porque cruje mucho. La de Tom se llama Corcel.

—Y la mía se llama Puntillas —afirmó Phyllis, porque casi no llego con los pies.

—Es una sensación maravillosa —dijo Dorothy—. Sobre todo cuando vas cuesta abajo. Coge más papel, haz otro, tenemos que colgarlos en todos los árboles del huerto y el jardín.

«Yo tuve que mendigar un trozo de papel en South Kensington —pensó Philip—. Y aquí tiran una hoja entera a la basura porque les ha salido mal un pájaro en una esquina.»

Alzó la vista y tuvo la desconcertante sensación de que Dorothy le estaba leyendo el pensamiento.

De hecho, con mayor o menor exactitud, Dorothy había adivinado lo que pensaba Philip. No sabía cómo lo había hecho. Era una niña inteligente y cuidadosa a la que le gustaba considerarse desdichada. Ahora, enfrentada al hambre y las carencias de Philip, y por haber sido educada en el ambiente fabiano de la justicia social racional, no le quedaba más remedio que admitir que no tenía derecho a sentirse triste y era una auténtica privilegiada. Era desdichada, se dijo, por motivos frívolos. Porque, por ser la hija mayor, la trataban como una especie de niñera; porque, al no ser un niño, no tenía un preceptor, como Tom, que le enseñara matemáticas e idiomas; porque Phyllis era guapa y mimada, y la querían más que a ella; porque a Tom lo querían muchísimo más y porque quería algo y no sabía lo que era.

Tenía solo once años, había nacido en 1884, «el mismo año que la Sociedad Fabiana», apuntó Violet. En esa época habían pertenecido a la Comunidad de la Vida Nueva, y Dorothy había sido esa vida nueva amamantada con ideales socialistas. Los adultos siempre hacían bromas al respecto, cosa que la irritaba. No le gustaba que hablasen de ella. Igual que, cuando la conversación era tan elevada que transcurría como si no estuviera allí, no le gustaba que no lo hicieran. De hecho era difícil contentarla. Tenía el don, incluso a los once años, de saber que era una persona difícil de contentar. Pensaba mucho, de manera analítica, sobre los sentimientos ajenos, y empezaba a darse cuenta de que eso no era frecuente ni, por lo general, correspondido.

Estaba ocupada pensando en Philip. «Cree que estamos siendo buenos con él por pura condescendencia, cuando en realidad no es así, solo estamos siendo amables, como siempre, pero eso despierta sus sospechas. Lo cierto es que no quiere que sepamos de dónde es. Mamá cree que vive en un hogar desdichado y que sus familiares son crueles con él..., es una de sus historias favoritas. Debería darse cuenta, como hago yo, de que no le gusta. Creo que se siente mal porque no saben dónde está o cómo es. Se siente peor ahora que le hacemos tanto caso que cuando

estaba escondido en los sótanos del museo. Quisiera saber qué es lo que pretende», se preguntó, sin encontrar una respuesta, pues Philip guardaba silencio al respecto..., igual que, de hecho, guardaba silencio sobre todo lo demás.

La lección de bicicleta se llevó a cabo por la tarde, como le habían prometido. A Philip le prestaron la bicicleta de Violet Grimwith, una máquina resistente, pintada de azul. Violet la había bautizado Campánula. Hanger Woods estaba cubierto de campánulas. No obstante, a Tom y a Dorothy les parecía un nombre poco inspirado.

Tom, montado en Corcel, dio vueltas y más vueltas por el claro cubierto de hierba que había entre la puerta trasera y el bosque, haciendo exhibición de su equilibrio. Dorothy ayudó a Philip, sujetándolo por el sillín, mientras él se balanceaba de forma precaria.

—Es mucho más fácil cuando estás en movimiento —le dijo—. Nadie puede mantener el equilibrio con la bicicleta parada.

Philip arrancó y cayó al suelo; arrancó y cayó al suelo; arrancó, pedaleó un poco por el claro y cayó al suelo; y arrancó y avanzó tambaleante alrededor del claro. Por primera vez desde que llegó a Todefright, se rió en voz alta. Tom trazaba figuras en forma de ocho. Phyllis apareció y ejecutó limpiamente varios círculos. Tom afirmó que Philip ya sabía lo bastante para circular por los caminos, así que decidieron salir a dar un paseo. Tom iba en cabeza, luego Philip, Dorothy y Phyllis. Pedalearon por Frenches Lane, que era un camino liso y discurría entre setos de espino, y luego rodearon la colina boscosa por Scarp Lane, entre árboles imponentes que arrojaban profundas sombras, mezcladas con cegadoras rayas de luz. Philip tuvo una idea para una vasija muy, muy oscura en forma de caldero con líneas brillantes en una superficie mate. Al pensar en la vasija imaginaria, y no en el artilugio metálico que lo transportaba, su equilibrio mejoró y aceleró el ritmo.

Detrás de él, Dorothy también iba más deprisa. Adoraba la velocidad igual que todas las niñas de once o doce años. Soñaba con cabalgar un caballo de carreras por la playa, entre el agua y la arena. Desde que le regalaron la bicicleta, había soñado muchas veces que volaba a ras de suelo, rozando los lechos de flores, sentada como un faquir en una alfombra invisible.

Al llegar a la cima, rodearon un claro en el bosque y Tom dijo:

—¿Bajamos por Bosk Hill?

—Hay demasiada pendiente —dijo Dorothy—. ¿No se caerá Philip?

—Parece que se me da bien —respondió Philip con una sonrisa.

Así que tomaron por Boskill Lane, que tenía mucha pendiente y varios giros muy bruscos. Dorothy ahora iba delante de Philip y detrás de Tom, que se alejaba a toda prisa. Dorothy sintió la misma sensación de siempre en el estómago. Miró hacia atrás para ver cómo iba Philip. Estaba más cerca de lo que pensaba y sin querer se cruzó en su trayectoria. Él frenó, derrapó y salió volando por el aire, más o menos por encima

de Dorothy. Ella cayó en el camino y se despellejó las espinillas mientras las ruedas y los pedales seguían girando. Phyllis pasó de largo, sujetando el manillar muy erguida.

Dorothy cogió a Quejosa, y fue a ver a Philip. Estaba tendido de espaldas debajo de un roble, entre un macizo de ajos silvestres que, aplastados por su caída, exhalaban un olor acre. Yacía muy quieto, mirando fijamente las hojas del árbol.

—Ha sido culpa mía —dijo Dorothy—. Toda la culpa es mía. ¿Te has hecho daño?

—No creo, no. Huele.

Se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Hay cosas en el campo que huelen tan mal como en la ciudad. Lo que pasa es que es un olor vegetal, no ahumado. Nunca he olido nada parecido...

—Son ajos silvestres. No es precisamente muy agradable.

Philip no podía parar de reír.

—Es horrible, pero es nuevo para mí.

Dorothy se agachó junto a él.

—¿Puedes levantarte?

—Sí, en un minuto. Dame un minuto. Me he quedado sin aliento. ¿Se ha roto la bicicleta?

Dorothy la inspeccionó. Estaba intacta.

Philip siguió sumido en aquel olor desagradable y fascinante, y relajó sus músculos, uno por uno, dejando que la tierra sostuviera su cuerpo inerte, y pudo sentir todas sus rugosidades, los tallos aplastados, las nudosas raíces de los árboles, los guijarros, el frío musgo que tenía debajo. Cerró los ojos y se quedó adormilado un instante.

Se despertó porque Dorothy lo sacudió.

—¿Estás bien? Podía haberte matado. ¿No estarás conmocionado o algo así?

—Estoy muy bien —dijo Philip—. Vamos.

—Podía haberte matado —dijo Dorothy.

—Pero no lo has hecho.

—Si quieres —continuó Dorothy, poniendo en palabras lo que llevaba pensando desde hacía unas horas— enviarle una postal a tu madre para decirle que estás bien y que no se preocupe, podría conseguirte una y echarla yo misma al correo.

Philip guardó silencio. Se puso pensativo y frunció el ceño.

—Lo siento —dijo Dorothy—. No pretendía ofenderte. Solo quería ayudar.

Se sentó acurrucada, con los brazos alrededor de las rodillas.

—No me has ofendido. Y tienes razón. Debería escribir a nuestra madre. Si me consigues una postal, le escribiré. Y gracias.

Volvieron a casa pedaleando más despacio. Dorothy fue al buró de Olive y cogió una

postal y un sello de correos. Philip empuñó la pluma con torpeza y se quedó mirando fijamente el rectángulo en blanco. Dorothy —sin mirarlo— esperó junto a la ventana. Una o dos veces pareció a punto de aplicar la pluma al papel, pero no lo hizo. Dorothy decidió que lo haría si ella se marchaba. Cuando tenía la mano en el picaporte, Philip le dijo:

—¿Prometes que no la leerás?

—Nunca se me ocurriría. Las cartas son personales. Incluso las tarjetas postales. Puedo traerte un sobre donde meterla, así sería aún más personal. ¿Quieres?

—Sí —respondió Philip—. No escribo muy bien.

Escribió:

Queridos mamá y todos:

Estoy *vien* y *bolveré* a escribir pronto. Espero que estéis *vien*.

Philip

Dorothy le llevó un sobre y Philip escribió en él la dirección. Se sintió agradecido y también molesto de que Dorothy hubiese reparado en lo que era su deber y su necesidad.



Aquella era la tercera fiesta de San Juan que celebraban los Wellwood. Sus invitados eran socialistas, anarquistas, cuáqueros, fabianos, artistas, editores, librepensadores y escritores que vivían todo el tiempo, o los fines de semana y las vacaciones, en cabañas reformadas, antiguas granjas, casas estilo Arts and Crafts y casas obreras de los pueblos, bosques y prados de los alrededores del Weald de Kent y los Downs del norte y el sur. Eran gente que había escapado del humo, y aspiraba a un mundo utópico en el que no volviera a haberlo. Las fiestas de los Wellwood no eran téis fabianos con tazas y platillos en los que la diversión brillara por su ausencia. Tampoco eran reuniones políticas para discutir acerca del consejo del condado londinense, la Rusia libre y las hambrunas en Rusia. Eran frívolas fiestas de disfraces, de seda y terciopelo, que se celebraban a la luz de los farolillos, con máscaras y bailes al son de la flauta y el violín.

Los niños se mezclaban con los adultos y hablaban con ellos. Los retoños de esas familias, de finales del siglo XIX, eran distintos a los de antes y a los de después. No eran ni muñequitas ni adultos en miniatura. No se les ocultaba en guarderías, sino que estaban presentes en las comidas familiares, donde la evolución de su carácter se discutía, seria y racionalmente, durante la cena o en los largos paseos por el campo. Y no obstante, al mismo tiempo, los niños de aquel mundo tenían vidas separadas y en gran parte independientes como niños. Erraban por los bosques y los campos, construían escondrijos y trepaban a los árboles, cazaban, pescaban, montaban en poni y en bicicleta, sin más compañía que la de los otros niños. Y había muchos otros niños. Eran familias numerosas, en las que las relaciones de parentesco variaban sutilmente a medida que nacía—o moría— gente nueva, y en las que un niño también formaba parte de un grupo, como «uno de los mayores» o «uno de los pequeños». Con frecuencia, los mayores esclavizaban o ignoraban a los pequeños, que estaban siempre enfadados. A los mayores les molestaba que les obligaran a llevarse a los pequeños cuando estaban planeando alguna excursión peligrosa.

A los padres —y los Wellwood no eran una excepción— les costaba un gran esfuerzo hacer en la práctica lo que pensaban que debían hacer en teoría, que consistía en querer a todos los niños. Un hombre y una mujer con ocho, diez o doce hijos reparten su amor de modo diferente a como podrían haberlo hecho con un hijo único o dos hijos. Su amor dependía de los años que se llevaran sus retoños, de la salud de los padres, de la muerte, de las probabilidades de que un niño sobreviviera a una epidemia o a un accidente y otro no. Había familias en las que el hijo favorito

había muerto, y aun así seguía siendo el favorito. Había otras en las que, en apariencia, los muertos habían desaparecido sin dejar huella, y no se hablaba de ellos como si hubieran existido realmente. Y otras en las que se temía al hijo no nacido, que, una vez salía bien librado de la sangre y el peligro, se convertía finalmente en el favorito.

La mayoría de los padres de aquellos niños privilegiados no había tenido tanta suerte. Si se habían desmandado era porque no les prestaban atención o porque se habían endurecido, y no porque les conviniera la libertad.

La mayor parte de dicha libertad, tanto la de los padres como la de los hijos, dependía del cuidadoso trabajo de los criados y de tías solícitas, que en épocas más estrictas habían sido hermanas anticuadas.

Los Wellwood daban la impresión de ser una de esas familias abiertas y agradablemente complicadas. Humphry Wellwood era el segundo hijo de un comerciante de maderas cuáquero, y era él mismo hermano de un banquero cuáquero. La casa familiar estaba en el norte de Inglaterra, donde Yorkshire se convierte en Lancashire, al sur de Cumberland. Humphry había nacido en 1856 y su hermano, Basil, era dos años mayor. En 1873, enviaron a Basil a trabajar como agente de bolsa con un tío suyo, que era corredor bursátil. En la City las cosas le fueron bien y empezó a trabajar para un banco angloalemán, Wildvogel & Quick, y, en 1879, se casó con Katharina, una de las hijas de Wildvogel, cuando tenía veinticinco años y ella veintisiete.

Humphry era un alumno brillante y los maestros de su escuela cuáquera persuadieron a George Wellwood de que lo enviara a Oxford. Ingresó en Balliol en 1874 y cayó bajo la influencia de Benjamin Jowett y T. H. Green, que estaban convencidos de estar educando líderes, pero también padecían lo que Beatrice Webb describió de joven como una creciente sensación de culpa o pecado de conciencia de clase. Dicha sensación de pecado llevó a aquella generación de hombres y mujeres a echarse a la calle para ayudar personalmente a los pobres. Iban al East End y gestionaban las casas de obreros. Dirigían extensiones universitarias e impartían clases a los trabajadores. H. M. Hyndman, que fundó la Federación Social Democrática en 1882, era escéptico acerca de los motivos de aquella gente de sentimientos tan nobles. Llegaban a oleadas, preocupados y elegantes, afirmaba, tras descubrir que había una jungla de ladrillo y cemento justo detrás del Banco de Inglaterra, con dos o tres millones de habitantes, en su mayoría afligidos por la pobreza. Hyndman era un cínico. Observó que «más de una boda de la alta sociedad se había fraguado durante aquellas emocionantes excursiones a las ignotas guaridas de los pobres».

Humphry se licenció en 1877, dos años después que el cristiano Arnold Toynbee, cuya devoción por los necesitados y prematuro fallecimiento conmemoró el canónigo

Barnett con la fundación de Toynbee Hall, concebida como una comunidad de licenciados universitarios que vivirían e impartirían clase entre los pobres. Humphry, lleno de excitación, gravitó de forma natural hacia el East End y vivió en dos habitaciones en los edificios del College, una casa de pisos modélica. Daba clase en los sitios más inimaginables acerca de todo lo imaginable: los ingleses, los ideales de la democracia, la sanidad, Enrique V, el patrón oro y la literatura inglesa. En Oxford, como todo el mundo, había estudiado lenguas muertas y matemáticas. La literatura le atraía especialmente. Impartió clases sobre Shakespeare y Ruskin, Chaucer y Jonathan Swift, Wordsworth, Coleridge y Keats. Se le daba bien. Llegó a tener alumnos de todas las edades. Leía en voz alta con claridad y pasión. Terminadas las clases, era siempre muy atento con las mujeres más vehementes.

En 1879 montó *El sueño de una noche de verano* en el salón de una iglesia de Whitechapel. El reparto era una atrevida mezcla de trabajadores reales y visitantes idealistas. También era una atrevida mezcla de hombres y mujeres. Humphry pensaba constantemente en las mujeres, con independencia de cualquier otra cosa en la que estuviera pensando. Soñaba con cinturas y tobillos, con cabellos desordenados y con las caderas que se movían debajo de las serias faldas. El *Sueño* es una buena obra para las mujeres, pero este montaje estaba (y él lo sabía) inspirado por dos jóvenes concretas que asistían a todas sus clases, se sentaban en primera fila y siempre le planteaban preguntas inteligentes. Estaban fuera de lugar entre los cockneys, los irlandeses y los judíos polacos y alemanes. Hablaban con un marcado acento de Yorkshire. El propio Humphry tenía un acento educado de Yorkshire, con algunas vocales flojas. Llevaban vestidos bien cortados de color oscuro, con unos sombreritos muy graciosos, decorados con alegres flores de seda, anémonas y pensamientos, amapolas y violetas. La mayor era encantadora, con sus enormes ojos marrones y sus rizos de color caoba. La más joven tenía los mismos ojos marrones, aunque eran más pequeños y casi siempre miraban al suelo, y el cabello castaño peinado con un poco más de energía. Desde luego, no eran las típicas señoronas condescendientes que iban allí de visita. Eran pobres merecedoras de la ayuda que se les daba —sus guantes estaban deshilachados, sus zapatos gastados y agrietados—, pero había algo libre e incontrolable por debajo de su respetabilidad que despertaba una vena no menos incontrolable en Humphry.

Había trabado amistad con un joven de Cambridge, Toby Youlgreave, que estaba haciendo una tesis sobre Ovidio, con la esperanza de conseguir una plaza en Peterhouse y dar clases en el East End acerca de la mitología de los cuentos de hadas ingleses, su auténtica pasión. El cristianismo de Toby era un tanto desflecado, estaba convencido que había más cosas en el cielo y la tierra de lo que la mayoría de la gente imaginaba, y le decía a Humphry con mucha seriedad, mientras tomaban una cerveza, que había visto criaturas extrañas no solo en los bosques cercanos a

Cambridge, sino entre los puestos del mercado, o asomados a las ventanas en la carretera de Mile End. Aseguraba que nuestro mundo estaba «interpenetrado». Lo habíamos sabido en el pasado. Ahora lo hemos olvidado. Era un hombre de espaldas anchas y mediana estatura, con unas nalgas y unas pantorrillas impresionantes, y una cabezota cubierta de rizos leoninos. Sus ojos eran tan azules como las llamas de la vela del flautista de Hamelín cuando les echaban sal encima. Sus clases eran populares por varios motivos: los artesanos asistían en busca de ideas para broches y tallas de duendes o espíritus ingleses; los insatisfechos con la religión, en busca del desperdiciado contenido espiritual de sus vidas; las madres, de cuentos que contarles a sus hijos y los profesores, de información. Y también había gente que asistía porque se había corrido la voz de que era imprevisible lo que diría el señor Youlgreave, o lo que aseguraría saber.

Pasó un tiempo antes de que los dos amigos repararan en que las señoritas Grimwith ocupaban los asientos de las primeras filas tanto en las clases de literatura como en las de mitología de los cuentos de hadas. También cayeron en la cuenta de que ambos estaban enamorados de la mayor de las Grimwith.

—Te prefiere a ti —le dijo Toby a Humphry—. Tú tienes *gravitas*. La impresionas. Yo soy solo un bufón.

Humphry no le llevó la contraria: él pensaba lo mismo.

—Podríamos montar el *Sueño* y ella sería Titania —respondió—. Estoy seguro de que lo haría muy bien. Podríamos colaborar en nuestras clases.

Como es natural, Humphry se encargó de la dirección. Al final, no soportó la idea de que otro interpretara a Oberón. Le ofreció a Toby el papel de Puck, pero Toby afirmó que siempre había querido interpretar a Lanzadera, y que, de ese modo, al menos yacería en los brazos de la señorita Grimwith. Pidieron prestado el salón parroquial de una iglesia de Whitechapel, y ensayaron con la señorita Grimwith, cuya voz plena y suave sonó a la perfección. La señorita Violet, a quien le ofrecieron el papel de Hermia o de Hipólita, aseguró que no le apetecía actuar, aunque dijo que se encargaría de confeccionar los trajes, ya que era modista. Encontraron a un escuálido muchacho cockney, que era vendedor ambulante y resultó ser un Puck perfecto, y a una librera alta y rubia que hizo de Helena. Los atenienses eran una agradable mezcla de caballeros y trabajadores. Todo el mundo consideró que los vestidos eran espléndidos desde el punto de vista estético. Olive Grimwith iba vestida con majestuosa liviandad, con plumas de pavo real, flores de seda y los pies descalzos. Humphry quiso arrodillarse y besarle los pies. Se atormentó con detallados pensamientos de otras cosas que quería hacer. Después del baile de las hadas, al final de la obra, la llevó tras las bambalinas y la estrechó entre sus brazos.

Se casaron en la oficina del registro de Whitechapel en 1880. Violet y Toby Youlgreave fueron los testigos.

Humphry no comunicó enseguida a su familia que era un hombre casado. Vivía de una asignación que le enviaba desde Yorkshire su padre, quien estaba convencido de que Humphry estaba estudiando para ser profesor universitario, aunque no le importaban —y de hecho aprobaba— sus aficiones caritativas. Dos meses después de la boda, tuvieron un hijo, Peter. Varios meses más tarde, Humphry llevó a su mujer y a su bebé a que conocieran a su hermano. Por aquel entonces Katharina Wellwood también estaba esperando un hijo (Charles, nacido más tarde, en 1881). El bebé Peter estaba en la etapa confiada y sonriente y era irresistible. Olive era elegante y señorial. Basil aleccionó a Humphry sobre la falta de previsión, y acerca de la responsabilidad, y le buscó un trabajo fijo, como empleado del Banco de Inglaterra. No era lo que Humphry habría deseado, pero eran unos ingresos fijos aunque modestos. Humphry, Olive, Violet y Peter se fueron a vivir a una casita en Bethnal Green. Humphry volvió su aguda inteligencia hacia los negocios. Irritó a Basil al participar en la oscura disputa sobre el bimetalismo del lado de quienes abogaban por un patrón doble. El oro y la plata, ambos, debían ser monedas básicas, con las obvias ventajas que eso suponía para nuestro Imperio y los comerciantes en la India. Basil pensó, aunque no lo dijo, que Humphry era poco de fiar y desagradecido, además de irresponsable.

El año 1881 fue un año de inicios. Se fundaron varios grupos y proyectos idealistas y milenaristas. Estaba la Federación Social Democrática, la Sociedad para la Investigación Física, la Sociedad Teosófica, el movimiento contra la vivisección. Todos diseñados para cambiar y reinventar la naturaleza humana. Los jóvenes Wellwood los consideraron todos e ingresaron en algunos. Toby Youlgreave, que era casi parte de su pequeña familia, se unió de inmediato a los teósofos y arrastró con él a sus amigos. Los tres asistieron también a las primeras reuniones de la Federación Social Democrática, a las que iban sobre todo socialistas y anarquistas austriacos y alemanes, algunos trabajadores ingleses descontentos y varios universitarios idealistas. William Morris defendió al disidente austriaco Johannes Most, que redactó lo que Morris describió como un canto de triunfo ante el asesinato del zar Alejandro II. La mayoría acabaron en las cárceles británicas y Hyndman se manifestó en público. Basil le rogó a Humphry que no se implicase.

En octubre de 1882, Edward Pease fundó la Comunidad de la Vida Nueva y los jóvenes Wellwood asistieron a sus reuniones. Tanto allí como en la Federación Social Democrática, discutieron la organización del trabajo de los desempleados, la alimentación en las escuelas de niños pobres, la nacionalización de las minas y los ferrocarriles, y la construcción, por organismos públicos, de casas adecuadas para el pueblo.

En el invierno de 1882, la semana de Navidad, Peter contrajo la difteria y murió. Esa misma semana nació Thomas Wellwood.

En 1883, Olive Wellwood cayó gravemente enferma. Violet se ocupó de la casa.

Karl Marx murió. Hubo intentos de volar por los aires varias oficinas gubernamentales, el periódico *The Times* y varias estaciones de metro abarrotadas de gente que volvía de las exposiciones de South Kensington. Basil llevó a Humphry a su club, y le dijo con mucha firmeza que el anarquismo era sencillamente intolerable. Un funcionario del Banco de Inglaterra no podía dejarse ver confraternizando con anarquistas.

Humphry respondió llevándose a su mujer a Múnich —para que cambiase de aires, según le dijo a Katharina—, donde se reunieron varias veces en secreto con librepensadores y socialistas, visitaron la Alte Pinakothek y acudieron a la inauguración del Löwenbräukeller, con servilletas, manteles y cuatro bandas militares. Olive se recobró lo suficiente para asistir al baile del martes de carnaval. A Tom lo dejaron con Violet por primera, pero no última, vez.

En 1884 la Sociedad Fabiana se escindió de la Comunidad de la Vida Nueva. Humphry y Olive, lo bastante recuperada para tener un pálido encanto, se afiliaron. Lo mismo hizo Toby, aunque su asistencia era irregular. Olive tejía durante las reuniones, con la cabeza gacha, haciendo entrechocar las agujas.

Dorothy nació a finales del otoño de 1884. Phyllis nació en la primavera de 1886. En 1888 dio a luz a una niña muerta.

En 1887, Olive escribió algunos cuentos para niños y los vendió a diversas revistas. Eran cuentos convencionales sobre niños que sufrían diversas penurias: un huérfano rescatado por un magnate, los hijos de los mineros luchando contra el hambre, un niño enfermo sanado por un loro parlanchín.

Hedda nació en 1890 y Florian en 1892.

En 1889 apareció el *Libro de las hadas azules*, de Andrew Lang. De pronto, los cuentos infantiles empezaron a incluir cuestiones mágicas, mitos, mundos y criaturas inventados. El advenimiento —o retorno— de los cuentos de hadas abrió una puerta en su imaginación. Su escritura se volvió compulsiva, fluida y osada. Tomó ideas de los libros etnológicos de Toby. Inventó peligrosos pueblos ocultos de enanos y elfos. Escribió *Elfinia y las bestias del bosque*, *Las sandalias de la salamandra*, *La reina de las cavernas de hielo*, *El pueblo oculto de la caja de cuchillos*, *El túnel perforador* y *El bosquecillo, o el niño que desapareció*, que le dieron fama y le hicieron ganar una sumas considerables. Ahora escribía libros cortos y más extensos y cuentos para revistas.

Los Wellwood más jóvenes decidieron trasladarse al campo, compraron Todefright en un estado ruinoso, la reformaron y se instalaron en ella justo cuando nació Florian, a mediados del verano de 1892. En 1893 nació otra hija, que vivió solo una semana.

Ese mismo año, Humphry Wellwood también empezó a escribir para la prensa. Escribió algunos artículos para *The Economist* firmados con su propio nombre. También inició una serie de informes anónimos sobre turbios asuntos financieros, que

publicó en un semanario satírico llamado *Midas*. Su seudónimo era «la Liebre de Marzo». Escribió sobre los manejos de los corredores de bolsa y los magnates de la minería que especulaban con el oro sudafricano. Se interesó por las nuevas minas del oeste de Australia, algunas de las cuales era tan ficticias como el túnel inventado por Olive. Los niños de los Wellwood jugaban a perseguir gnomos y gusanos gigantes por lugares con nombres de minas australianas y sudafricanas como Jumpers Deep, Nourse Deep, Glen Deep, Rose Deep, Village Deep y Goldenhuis Deep, o a través de Bayley's Reward, Bird-in-Hand, Empress of Coolgardie, Faith, Hit or Miss, Just in Time, King Solomon's, Nil Desperandum y The World Treasure. Tom imaginaba con total claridad muchos de aquellos lugares. Rose Deep eran unas relucientes cavernas de cuarzo rosa, con ríos que se deslizaban sinuosos hacia las montañas. Nil Desperandum era negro y resbaladizo, con fuegos que ardían lentamente en grietas ocultas y chimeneas que se abrían al cielo. Sabía que se podían ver las estrellas en pleno día desde la profundidad de las minas y trataba de imaginar qué aspecto tendría en realidad. ¿Sería el cielo que sostenía las estrellas visibles azul o negro? ¿Y por qué?

Basil Wellwood hizo dinero con aquel asunto de las minas sudafricanas. Le sugirió pequeñas inversiones a Humphry, quien, en lugar de hacerle caso, invirtió, por una cuestión de principios, en bicicletas. Gracias al éxito de la Dunlop Tyre Company, Humphry se encontró de pronto en una situación financiera más que desahogada. Contrató a un profesor de matemáticas a fin de que preparase a Tom para ingresar en Eton. Toby lo ayudaba con los clásicos.

Había champán en la fiesta de San Juan de 1895.

La fiesta de San Juan de los Wellwood era una celebración ligeramente móvil. Humphry le explicó a Philip que el solsticio de verano —es decir, el día más largo del año solar— es, de hecho, el 21 de junio. Pero la festividad europea de San Juan se celebra la noche del 23 de junio, víspera del día de San Juan, que es el 24.

—En la práctica —dijo Humphry, que creía que a los jóvenes se les debe hablar como si fueran adultos— hemos sido más bien eclécticos sobre nuestra celebración, y hemos escogido el día del verdadero solsticio o el día de San Juan según nos conviniese uno u otro día de la semana para celebrar la fiesta. Hoy es viernes veintiuno, es decir, el día del verdadero solsticio, aunque la víspera del solsticio fue ayer, y los días empezarán a acortarse el sábado al amanecer, antes que en Europa... El sábado tenemos luna nueva, así que lo celebraremos, si tenemos suerte con el tiempo, a la luz de una luna menguante y gibosa. «Gibosa» es la palabra adecuada —afirmó Humphry, a quien le gustaba saborear las palabras que utilizaba.

A Philip le había asustado la enorme cantidad de términos que había oído, por primera vez en su vida, en aquella mesa. Pero ahora se formó la imagen de un disco menguante y giboso, y su aguda imaginación empezó a decorar un enorme cuenco con discos gibosos menguantes y crecientes y con discos totalmente circulares. Podía ser interesante. Plata y oro, sobre un fondo oscuro de color cobalto.

—El viernes es un buen día para recibir a los amigos —dijo Olive—. Vienen a pasar el fin de semana lejos de la ciudad. Vamos a tenerte muy ocupado con los preparativos, Philip.

—Bueno —dijo Philip.

Los criados, la familia, los empleados y Philip se pusieron a trabajar frenéticamente. Olive y Humphry terminaron el tiempo que dedicaban a escribir, hacia el amanecer, antes del desayuno. La cocina estaba repleta de los aromas de los guisos y nadie podía comer nada para almorzar salvo pan y queso, pues la cocina y casi toda la vajilla estaban ocupados. A Philip lo destinaron a colaborar en la decoración del huerto y el jardín. Ayudó a colocar mesas sobre trípodes en el césped cerca de la casa y luego a disponer pequeños grupos de sillas donde estar cómodos —o conspirar—, en sitios pintorescos. Se requisaron todas las sillas —las sillas de mimbre, las de madera, las de la sala de clase, la mecedora de la guardería y las sillas metálicas de jardín—. Las colocaron debajo de las espalderas, en el claro que había en el centro del bosquecillo, incluso en el huerto. Luego colgaron los farolillos de las ramas, los



ocultaron entre los manojos de hierba y los cardos decorativos en los bordes de los arriates. Enviaron a Philip y a Phyllis a colgar farolillos en el huerto. Era un lugar abandonado y descuidado donde el musgo y los líquenes crecían sobre las ramas de los viejos árboles frutales, y las zarzas serpenteaban y en algunos sitios lo cubrían todo. En varios de los árboles había extrañas estructuras hechas de tablones y trozos de cuerda. Aquellos eran buenos sitios para poner la iluminación, afirmó Phyllis. Ató los farolillos a las cuerdas y envió a Philip a trepar a las plataformas.

—Son casas de los árboles viejas —le dijo Phyllis—. De cuando éramos pequeños. Incluso Hedda puede subir. Ahora tenemos una mucho mejor en el bosque..., pero es un secreto —añadió dubitativa. Philip estaba recogiendo las manzanas que el viento había tirado al suelo. Phyllis le advirtió que tuviera cuidado con las avispas—. Dentro hay gusanos de todas clases, que te miran asomando sus cabecitas negras. Es horrible pensar en morder algo que se retuerce... —Merodearon por el huerto. Phyllis le indicó—: Esos dos son los árboles mágicos del cuento. La manzana dorada y la pera de plata. Solo se aprecia el oro y la plata con cierta luz, así que tendrás que creerme. Esos dos son el centro. Sus ramas tocan el suelo y las copas se elevan al cielo. Y todo... esto..., las brionias y el escaramujo, crecen encima para que resulten deliciosos... —Eran árboles hermosos, viejos y descuidados. Philip miró las formas retorcidas de sus ramas y lamentó no tener un lápiz. Phyllis lo cogió de la mano y tiró de él—. Aquí es donde yace Rosy. Mira ese círculo de piedras. Rosy está debajo, debajo del manzano y el peral. —¿Un gatito, un pájaro?—. Le traemos flores el día de su cumpleaños. Vertemos libaciones de zumo de manzana para ella. No la olvidamos. Nunca la olvidaremos. —Su voz era solemne, untuosa y cálida—. Vivió una semana, solo una semanita, nada más. Tenía unos deditos preciosos. Ahora duerme aquí.

Inclinó la cabeza con reverencia. Philip, sin llegar a formularlo con palabras, notó que estaba actuando. Se preguntó si Phyllis pensaba siquiera en lo que había debajo de las piedras blancas, entre las raíces.

—Qué bien —dijo vaga y falsamente.

Arrojó varias manzanitas contra la mata de zarzamora. Luego colgó un farolillo con una luna creciente y la silueta de un mirlo en las ramas del peral sobre las piedras blancas.

Phyllis le cogió de la mano. Empujó su cuerpecillo contra su costado. Philip tuvo la sensación de que su carne siempre había sido limpia y agradable, y de que, por el contrario, la suya nunca lo había sido. Una vez más, era solo una sensación no expresada en palabras. Se apartó.

Después de decorar el jardín, y de almorzar un poco de pan con queso, llegó la hora de vestirse. Violet vistió a los niños —incluyendo a Philip— en la sala de clase, mientras Humphry y Olive iban a ponerse sus túnicas, que eran una especie de

concesión hacia «su» obra, *El sueño de una noche de verano*, aunque no exactamente isabelinas, ni siquiera atenienses, sino más bien sedas y linos sueltos, estilo Arts and Crafts, en tonos oro y plata, floridas y etéreas.

En la sala de clase había un gran baúl pintado, una imitación de un baúl de ajuar estilo Renacimiento, con escenas en el bosque y los oscuros pantanos, pálidas damiselas, sabuesos y un ciervo blanco pintado en los lados. Era el baúl de la ropa y estaba extrañamente bien provisto de camiones de seda, camisas con pecheras de volantes, chales bordados, cintas para velos y coronas de príncipes.

—Siempre viene bien —le dijo Violet a Philip— tener una tía modista capaz de convertir una toga en un vestido de baile, o un par de medias viejas en unas flores mágicas de seda. Creo que vestiremos a Hedda de Chicharrillo. Aquí hay una preciosa camisola rosa y violeta.

Hedda estaba rebuscando con los brazos metidos entre las sedas.

—Yo quiero ser una bruja —dijo.

—Ya te lo he dicho, cariño —dijo Violet—. Halloween es para las brujas. San Juan es para las hadas. Con bonitas alas de organdí, mira.

—Yo quiero ser una bruja —repitió Hedda. Su carita era una mueca enfadada.

Olive había entrado con una hebilla reluciente para que Violet se la cosiera a una faja. Le despeinó el cabello a Hedda.

—Deja que sea una bruja, si quiere —dijo desenfadadamente—. Queremos que estén cómodos, ¿no?, para que puedan corretear por ahí y divertirse. ¿Has encontrado ropa de bruja, cariño? Ahí tienes mi viejo chal negro con un ribete precioso y un dragón horrible. Y ahí tienes la vieja túnica de baile de Phyllis, hazle un respunte para que no se suelte, Vi. Y aquí hay un broche con un escarabajo de cristal que quedará que ni pintado. Y Philip te hará un sombrero de papel negro. No muy grande, Philip, para que no se caiga...

—Y una escoba —dijo Hedda.

El rostro de Violet tenía un gesto de enfado no muy distinto del de Hedda, pero hizo lo que le pedían, u ordenaban, y la niñita pronto estuvo dando vueltas en un remolino de negras alas de murciélago ribeteadas de un modo casi intangible. Violet disfrazó al dócil Florian de Mostacilla, con un jubón festoneado verde y amarillo. Tenía un gorro puntiagudo de fieltro al que daba palmaditas un tanto dubitativo. Phyllis aceptó el rechazado disfraz de Chicharrillo, y dejó que la vistieran con gasa de seda malva, rosa y marfil; llevaba una capa plateada, como las alas plegadas de una libélula, y una guirnalda de flores de seda en el pelo.

Dorothy se disfrazó de Polilla, con una chaqueta de terciopelo verde y una capa con ojos pintados. Violet trató en vano de persuadirla para que se pusiese unas antenas de alambre.

Tom iba a ser Puck. Iría descalzo con unas medias marrones y un jubón de color

verde hoja. También se negó a llevar ningún tocado y afirmó que se pondría unas ramas por el pelo. Phyllis observó que Puck no llevaba gafas. Tom respondió: «Este las llevará. O acabará en el estanque y enganchado entre las zarzas».

Llegó el momento de vestir a Philip. Este afirmó que no podía disfrazarse, se sentiría idiota. Nadie quiso sugerir que hiciese de rudo mecánico. Habría sido una falta de delicadeza.

—¿Por qué no te pones una especie de toga y haces de uno de los atenienses? —preguntó Tom.

Philip no conocía *El sueño de una noche de verano* y estaba totalmente confundido por la elección de los disfraces. Afirmó que no creía ser capaz de llevar una toga. De hecho, no estaba muy seguro de saber lo que era una toga.

—No me gusta que me miren —afirmó con voz entrecortada.

Todos los niños, incluso los que se paseaban por ahí exhibiendo sus disfraces, comprendieron que no le gustase que lo observaran. Dorothy tuvo una idea y bajó el guardapolvo de color azul plomo que usaba Tom en las clases de manualidades.

—Podrías disfrazarte de artista. Al fin y al cabo, esto te lo pondrías de todos modos para hacer vasijas y esas cosas. —El guardapolvo tenía el cuello alto, manga larga y grandes bolsillos. Era un mono de trabajo. En muchos sentidos era menos un disfraz que la ropa prestada que llevaba puesta. Philip se miró las piernas—. Podrías ir descalzo —añadió Dorothy—. Igual que nosotros.

—Puedes quedarte como estás —dijo Tom.

—Philip se puso el guardapolvo. Se sintió cómodo. Dejó que Violet le cambiara las botas por unas sandalias. Todos los que no iban descalzos llevaban sandalias.

—Ahora podrás correr y saltar —dijo Dorothy.

Sus pies por debajo de las tiras de cuero eran blanquecinos, pero no blancos. Sintió un momento de placer al pensar en la idea de correr y saltar.

A media tarde empezaron a llegar los invitados. Llegaron de forma espaciada, de cerca y de lejos, en carruajes, calesines, coches alquilados en la estación, a pie y, en un caso, en un triciclo tándem.

Humphry y Olive, esperaban en los escalones para recibirlos. Iban vestidos de Oberón y Titania. Humphry llevaba un jubón de seda bordado con arabescos florentinos, unos calzones negros y una voluminosa capa de terciopelo que se balanceaba en arriesgado ángulo desde un cordón de seda por encima del hombro. Tenía un aspecto absurdo y hermoso. Y divertido. Olive vestía una túnica de seda plisada color aceituna sobre lino plisado blanco y una capa de gasa veteada como las alas de un insecto. Llevaba el cabello adornado con flores de madreselva y rosas. Parecía ardiente y salvaje. Violet, a su lado, llevaba un vestido cubierto de hojas de hiedra de satén e inclinaba infantilmente la cabeza, cubierta de hojas de seda y plumas blancas. Los niños corrían de aquí para allá. Ya los llamarían al orden cuando

llegasen los otros niños.

Los primeros en llegar —no tenían más que cruzar el prado desde la cabaña de la granja de enfrente— fueron los anarquistas rusos. Vasili Tartarinov había escapado de San Petersburgo en 1885. Daba clases sobre la sociedad rusa y recibía una generosa ayuda (incluyendo la cabaña) de los socialistas ingleses. Tenía solo dos mudas: su mono de trabajo y el traje con el que daba las clases. Se había puesto el traje. Era una figura impresionante, muy alto y delgado con una barbita blanca y apuntada como la de un mago. Su mujer, Elena, lucía el mejor de sus dos vestidos, que era de popelina marrón con trenzas y botones negros. Llevaba el pelo peinado hacia atrás. No habían hecho la concesión de disfrazarse. Sus hijos, Andréi y Dimitri, ambos de la edad de Phyllis, vestían sus delantales de siempre, rojos y azules. La mayor parte del tiempo fingían no saber hablar inglés.

El triciclo llegó rodando con Leslie y Etta Skinner, camaradas fabianos, a los pedales. Skinner trabajaba en estadística y herencia en el University College de Londres. Tenía el cabello negro y liso, la piel blanca y los ojos azules. Etta Skinner era mayor que Leslie. Se habían conocido en la facultad en el Club Masculino y Femenino alrededor de 1880. Habían discutido la cuestión de la mujer, el control de la natalidad, las pasiones animales y los instintos sexuales. Skinner era muy serio y tenía una voz preciosa. Despertaba muchas pasiones animales entre sus alumnas y compañeras. Los Wellwood coincidían en pensar que se había casado con Etta para protegerse de esas ménades frenéticas. Etta era una teósofa convencida, asistía a reuniones sobre cuestiones esotéricas y astrales en Albemarle Street, daba conferencias sobre el vegetarianismo y enseñaba a leer, a escribir y rudimentos de matemáticas a los londinenses más pobres. Tenía la cara redonda, labios finos y el cabello entrecano con las puntas abiertas. Daba la impresión de haber sido ambiciosa y expectante y de haber cambiado de modo de ser. Era pariente lejana de los Darwin, los Wedgewood y los Galton, lo que, según decía Humphry, debía de haber resultado atractivo para un especialista en herencia. Pero los Skinner, que llevaban diez años casados, no tenían hijos. Humphry observó que era extraño que la gente interesada por los antepasados a menudo no tuviese descendientes. Olive replicó que no le gustaba la ropa de Etta, que estaba teñida en casa y tenía forma de saco. Cuando se quitó la falda y el velo de montar en bicicleta, apareció el mismo vestido de siempre.

Pegado a sus talones llegó Toby Youlgreave, también en bicicleta. Tenía una casita donde pasaba los fines de semana en el bosque. Etta y él iniciaron una discusión sobre las costumbres populares en el solsticio de verano.

Prosper Cain llegó de Iwade House en un carruaje, con Julian y su hija Florence. Los tres iban disfrazados. Prosper había elegido un disfraz de Próspero con una suntuosa túnica negra cubierta de signos zodiacales. Llevaba un largo báculo, hecho con el colmillo de un narval, con un pomo cubierto de piedras de adularias y olivinas.

Julian era el príncipe Fernando, con un teatral traje de color negro y plata. Florence, que tenía doce años, iba muy guapa disfrazada de Miranda, con una etérea camisa de color azul turquesa, el cabello negro suelto y un collar de perlas. Julian y Tom se miraron con cautela. Habían compartido una aventura, pero no estaban muy seguros de querer ser amigos. Olive se adelantó sonriente y Prosper le besó la mano y le susurró al oído:

—He tomado prestado este fantástico objeto de la colección del museo, mi querida señora, pero no se lo diga usted a nadie.

—No sé si creerle.

Él siguió sin soltarle la mano.

—Nadie me cree. Me gusta fomentar la incertidumbre.

Julian vio a Philip vestido con el mono de trabajo.

—No te había reconocido.

Philip se balanceó sobre los pies.

—Ha hecho unos farolillos increíbles —dijo Tom—. Ven a verlos.

Se fueron, y Florence los siguió.

El grupo de Dungeness llegó en una especie de landó: las señoras habían llevado sus vestidos en cestas de mimbre, pues venían de muy lejos. Benedict Fludd, como había predicho Olive, no había ido. Seraphita, en los días en que era una belleza de Margate llamada Sarah-Jane Stubbs, había posado para Burne-Jones y Rossetti. Ahora que rozaba la cuarentena todavía conservaba la estructura ósea, la mata de pelo negro, la enorme frente despejada, los ojos verdes muy separados y la boca plácida de los retratos, pero su cuerpo se había vuelto más grueso y su expresión mucho menos benévola. Viajaba con una amplia túnica Liberty, pero había llevado consigo una más elegante, con una especie de velo para cubrirse los hombros y la cabeza. Sus hijos eran Imogen, una niña de dieciséis años, avergonzada porque empezaban a crecerle los pechos, Geraint, que era un poco mayor que Tom y había heredado los ojos y el cabello de su madre, y Pomona, que era de la misma edad que Tom, tenía una ondulante mata de pelo castaño y llevaba una túnica tejida en casa y bordada con narcisos, campanillas y flores de azafrán. Ambas niñas llevaban también unos bonetes bordados. Geraint vestía una especie de guardapolvo tejido a mano parecido al de Philip.

Los Fludd llegaron acompañados de un joven muy solemne llamado Arthur Dobbin. Dobbin se consideraba el aprendiz de Benedict Fludd. Su mayor aspiración era fundar una comunidad de artesanos en las marismas salobres de los alrededores de Rye. Era rollizo y bajo de estatura y tenía el pelo pringoso y una mirada ansiosa y decidida. Le habría gustado ir disfrazado de Oberón o de sir Galahad, pero era consciente de que ninguno de los dos disfraces le habría sentado bien. Iba vestido con las prendas de lana de punto popularizadas por G. B. Shaw, que resultaban un poco

calurosas en pleno junio.

Dorothy estaba esperando al siguiente carruaje. Igual que Humphry, que tomó aliento cuando lo vio acercarse elegantemente a la fachada principal de la casa. Habían llegado los otros Wellwood. Venían desde Vetchey Manor, su casa de campo. Iban sobriamente vestidos con ropa de viaje y llevaban sombrereras. Basil y Katharina iban sentados mirando hacia delante, sus hijos, Charles y Griselda, iban sentados detrás del cochero mirando hacia atrás.

Dorothy esperaba a su prima Griselda. La prima Griselda siempre acudía a su memoria cuando empleaba la palabra «querer», con la que tendía a ser muy cuidadosa. Griselda era de su misma edad y estaba más unida a ella que su hermana Phyllis. Realista como era, pensaba que no quería a Phyllis, aunque sabía que debía hacerlo. Tal vez por eso quisiera a Griselda —a quien no veía muy a menudo— de un modo un poco más enfático. A veces Dorothy temía haber nacido con una capacidad para querer menor que la mayoría de la gente. Phyllis quería a todo el mundo: a su madre, a su padre, a la tía Violet, a Hedda, a Florian, a Robin, a Ada y a Cathy, a los ponis, a los gatitos peludos, a Rosy, que estaba muerta en el huerto, a los sapos de Todefright. Dorothy tenía distintos sentimientos por toda aquella gente, algunos de ellos afectuosos. Pero, desde luego, quería a Griselda, a quien había escogido como objeto de su afecto.

Frieda, la doncella de Katharina, ocupaba el asiento junto al cochero. Se apeó para vigilar mientras descargaban las sombrereras.

Basil Wellwood era más bajo y más musculoso que su hermano pequeño. Vestía un traje gris pálido de corte muy elegante, que no tenía intención de cambiarse, y llevaba un anillo de diamantes y una cadena de reloj múltiple de complicados eslabones. No ocultó su desaprobación al ver el vistoso disfraz de Humphry, que le pareció absurdo. Felicitó a Humphry por el buen tiempo, como si Humphry hubiese hablado con alguien para conseguirlo, cosa que Humphry, a su vez, encontró absurda.

Charles, que tenía catorce años y se estaba preparando para los exámenes de ingreso en Eton, se parecía a los dos hermanos, con su cabello rojizo dorado, sus pestañas rubias y sus rasgos marcados. Él también vestía un traje, corbata y un alfiler rematado con una perla.

Katharina era pálida y delgada, su cabeza sobre el cuello esbelto estaba empequeñecida por un sombrero de alas anchas y un velo moteado firmemente atado. Su cabello era entre rubio y gris descolorido. Tenía grandes ojos irisados que giraban en unas órbitas levemente amoratadas con la piel delicadamente arrugada y plegada.

Griselda era muy delgada, con un precioso cabello rubio plateado, trenzado en torno a su cabeza, como una auténtica *mädchen*, pensó Humphry. Llevaba un vestido de viaje de color beige. Su boca era fina y adusta. Era alta y no parecía muy fuerte. Dorothy corrió a recibirla.

Entraron para cambiarse. Phyllis se unió a Dorothy y Griselda y dijo:

—¿Has traído un vestido bonito, prima Grizzel?

—Vais todos disfrazados.

—Es la noche de San Juan —dijo Dorothy—. Siempre lo hacemos. ¿Vosotros no?

—Yo no. He traído mi vestido de fiesta nuevo. Ya lo veréis.

Tardaron un buen rato en vestirse. Había infinitos lazos y botones que abrochar. Cuando madre e hija salieron del dormitorio de Olive estaban encantadoras y totalmente fuera de lugar. Katharina iba vestida de seda *moiré* malva y blanca y encajes de Valenciennes con enormes mangas abombadas por encima del codo. Vestía guantes de cabritilla y llevaba un tocado de encaje y capullos frescos, como un acerico gigantesco, en la cabeza. Griselda llevaba un vestido de satén de color rosa pálido, con un canesú de encaje, decorado con todo tipo de lazos de color rosa más oscuro alrededor de las mangas abombadas, a la altura del dobladillo. Phyllis afirmó que era precioso.

—Si salimos al jardín se te va a ensuciar —dijo Dorothy.

—Es totalmente inapropiado —respondió Griselda—. Charles lo llama «el vestido de pastorcilla».

—Pareces una muñeca de porcelana —dijo Dorothy—, sacada de un cuento de hadas, de pie en un estante y amada inútilmente por un soldadito de plomo o un ratón presuntuoso.

—En Portman Square no llamaría la atención —dijo Griselda con voz neutra—. Tendré que aguantarme.

Llegó un calesín, que a primera vista parecía transportar un tropel de fantasmas y demonios pálidos y de ojos fijos. El cochero era Augustus Steyning, que vivía en Nutcracker Cottage al límite mismo de los Downs. Tenía las piernas larguísimas y se apeó apoyándose elegantemente sobre las puntas de los pies como un bailarín. Lucía una barbita gris, un elegante bigote y una poblada mata de cabello plateado y bien cortado. Llevaba puesto un traje de caza, pero resultó ir disfrazado también de Próspero, pues había llevado consigo una túnica cabalística con capucha y un nudoso báculo de madera de castaño. Era director teatral y dramaturgo ocasional, y debía su fama sobre todo a sus montajes de *Peer Gynt* y *La tempestad*, aunque también había escrito un drama histórico sobre Cromwell y Carlos I. Era de ideas avanzadas. Estaba interesado en el nuevo teatro alemán y en los cuentos y la imaginería alemanes. (Su casa, aunque tenía nogales en el jardín, no se llamaba así tanto por una extravagancia típicamente inglesa como por el siniestro cuento de Hoffman sobre el Cascanueces y el rey de los ratones.) Su calesín estaba repleto de grandes máscaras teatrales.

—He traído una cabeza de burro, amigos míos..., el *Sueño* estaría incompleto sin una, y esta tiene la distinción de haber sido utilizada por Beerbohm Tree en persona. Podemos turnarnos para desaparecer en ella y metamorfosearnos. Y también he traído

estos preciosos disfraces de Venecia: aquí están Pierrot y Colombina, aquí hay un buitre, que en realidad es un médico de la peste protegiéndose de los bubones, aquí tenéis una hechicera negra con lentejuelas. Aquí está el sol, con su flamígera cabellera, y aquí la luna, con sus montañas nebulosas y sus lágrimas de plata... —Se volvió hacia Olive—. Me he tomado la libertad de traer a un invitado. Viene en su propio coche, porque necesitaba espacio. Venía justo detrás de mí. —Una sombra de irritación cruzó por el rostro de Olive. Era su fiesta. Ella era la anfitriona. Y entonces llegó el segundo calesín, con un hombre a bordo y una compañía inanimada..., en este caso oculta en cajas negras y maletas con cierres de latón—. Tengo entendido que es un viejo amigo vuestro —dijo August Steyning (le gustaba hacerse llamar August, en honor de los payasos)—. Espero haber hecho bien. —Había reparado en el leve gesto de Olive.

Olive contempló al recién llegado, dudó y luego se adelantó con los brazos abiertos.

—Bienvenido a nuestra casa. Qué placer tan inesperado...

El desconocido se apeó. Era bajo, delgado y moreno y vestía unos pantalones negros muy estrechos, una larga levita negra y un sombrero negro de fieltro con plumas de arrendajo en la cinta. Lucía una perilla de apariencia teatral y un cuidado bigote. Sus pies no hicieron ruido al pisar la gravilla. Tomó a Olive de la mano e hizo una leve reverencia.

—Ciertamente es un viejo amigo, a quien conocimos en Múnich. Comandante Cain, permita que le presente a herr Anselm Stern, que es un artista muy poco convencional. Herr Stern, este es el señor Wellwood, mi cuñado, y Katharina Wellwood...

No le presentó a los niños.

Dieron instrucciones a Cathy para que ayudara a herr Stern con sus cajas. Hedda las tocó y preguntó qué había dentro.

—Lo verás a su debido tiempo —dijo August Steyning—. Con el permiso de tu madre, esperamos tener ocasión de mostrártelo.

Mientras supervisaba la descarga de las cajas, herr Stern pareció recobrar la voz y dijo en un inglés un tanto entrecortado:

—He traído un regalo para las niñas. —Miró inseguro a Dorothy, a la emperifollada Griselda, a la preciosa Phyllis y a la brujita con el broche de escarabajo—. La caja con la cinta roja —le dijo herr Stern a Cathy—. Por favor.

—¿Qué podrá ser? —preguntó Phyllis.

—Ábrelo, por favor —dijo Anselm Stern.

Estaba envuelto en una especie de pergamino y tenía el tamaño de una caja de zapatos. Violet cortó la cinta, Phyllis desenvolvió el papel. Hedda se adelantó y levantó el cierre de la caja que había dentro, que se parecía mucho a una caja de



zapatos, si es que no lo era. Miró lo que contenía.

—Hay un zapato —dijo.

Violet lo sacó.

Era un zapato muy grande hecho de cuero rojizo repujado, con una enorme lengüeta y una gran hebilla con un clavo puntiagudo.

Dentro había lo que Dorothy confundió al principio con unos ratones. Dio un paso atrás.

—Son bebés —dijo dubitativa Phyllis.

El zapato estaba repleto de muñequitas, cada una con su cabeza redonda y sus cuentas a modo de ojos.

Llevaban o bien diminutos *lederhosen*, o pequeños delantales. Phyllis rió intranquila. Las muñecas la miraron fijamente. Hedda dijo:

—Es como la canción de la vieja que vivía en un zapato. Solo que aquí no hay ninguna vieja, los niños están solos.

Cogió el zapato y lo abrazó. Las otras niñas se sintieron aliviadas.

—Es un juguete muy original —dijo Violet.

—¿Te gusta? —le preguntó herr Stern a Hedda.

—Da un poco de miedo. Me gustan las cosas que dan miedo.

August Steyning explicó que Anselm Stern era titiritero. Representaba historias de magia con títeres y marionetas. Como regalo sorpresa para la reina del cuento de hadas, dijo, haciendo una reverencia en dirección a Olive, esperaban poder representar una versión de *La Cenicienta* para los invitados. Los actores estaban a salvo en las cajas negras forradas de terciopelo que habían visto. Y, si les gustaba el espectáculo, esperaba que fuesen al día siguiente a Nutcracker Cottage para ver algo más elaborado.

—Digo que la representaremos —aclaró—, porque Anselm me ha iniciado en el misterio de las marionetas. Ejerceré de aprendiz de brujo. Daré vida a las hermanas malvadas.

Olive sonrió. Humphry los invitó a tomar alguna cosa.

—Primero la comida y la bebida. Luego la actuación. Después comeremos algo más y bailaremos. Tenemos músicos de mucho talento: Geraint a la flauta, Charles al violín, y Tom, que hace lo que puede con un silbato.

Se congregaron en el césped. Steyning, que había ido allí a buscar a Anselm Stern, había llevado sorprendentes noticias de Londres. El gobierno liberal había caído inesperadamente. Un voto rutinario sobre el aprovisionamiento de armas ligeras del ejército se había convertido de improviso en una moción de confianza. Lord Rosebery había dimitido, y lord Salisbury era ahora primer ministro, hasta que pudieran celebrarse elecciones en otoño.

Prosper Cain afirmó que el cambio podía tener consecuencias nefastas para el

museo. Todavía estaban esperando que los premiados planos de sir Aston Webb para la nueva fachada principal y el patio central se convirtieran en algo real.

—Aquello parece el patio de una obra —se quejó—. En el mejor de los supuestos, esto traerá más retrasos.

Basil Wellwood no vio a nadie con quien pudiera discutir los efectos de aquellos acontecimientos en la Bolsa. Pensó que estaba rodeado de gente muy curiosa, todo oropel y relumbrón.

Leslie Skinner bajó la voz. Tenía entendido que el nombre de lord Rosebery había salido a relucir en relación con los lamentables sucesos de los últimos juicios. Corría el rumor de que la triste muerte del hijo mayor de lord Queensberry —no lord Alfred Douglas, sino lord Drumlanrig— no se había debido a un accidente de caza sino a un suicidio, llevado a cabo —según se decía— para proteger el buen nombre de lord Rosebery. Se había hablado mucho de eso durante la fallida querrela por difamación que el señor Wilde había presentado contra lord Queensberry. El interés de Skinner era puramente académico. Su rostro solemne expresaba un claro deseo de tener un conocimiento más preciso.

Violet Grimwith soltó una especie de cloqueo, reunió a los niños que estaban escuchando y se los llevó a tomar un poco de fruta. Julian y Tom no la siguieron. Julian le hizo un gesto a Tom y ambos se quedaron detrás de una mesa apoyada en unos trípodes, desde donde podían oír la conversación mientras probaban unos pasteles. Había pasado menos de un mes desde la tercera comparecencia de Wilde ante los tribunales, en su segundo juicio por comportamiento indecente, después de que un primer jurado no hubiera logrado ponerse de acuerdo. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Julian, como sus compañeros de clase, había leído los reportajes periodísticos. Quería oír lo que se decía. Leslie Skinner le dijo a August Steyning que tenía entendido que había asistido al juicio.

—Así es —replicó Steyning—. Desde luego. El pobre hombre necesitaba un público favorable. Me vi obligado a prestar testimonio. Fue una caída verdaderamente trágica. Con aspectos inquietantes. ¿No han oído la historia de las predicciones del quiromántico?

Todos respondieron que no, aunque al menos Humphry conocía muy bien la historia.

Steyning se la contó, extendiendo sus manos largas, pálidas y exquisitas, una tras otra, a modo de ilustración.

—Fue en una cena en casa de Blanche Roosevelt. El quiromántico estaba en la oscuridad, detrás de una cortina, y los invitados le mostraban la mano de manera anónima. Por lo visto, la mano izquierda muestra el destino escrito en las estrellas, y la derecha muestra lo que su dueño hará con ese destino. La mano izquierda de Oscar (las suyas son mucho más gruesas que las mías) mostraba una brillante carrera de

éxitos. La derecha anunciaba su ruina... en una fecha precisa. Su mano izquierda es la mano de un rey, pero la derecha es la de un rey que acabará enviándose a sí mismo al exilio. Oscar preguntó la fecha exacta, se la dieron y luego se marchó sin despedirse. La profecía parece haberse cumplido. —Skinner preguntó por la impresión que le había producido el juicio a Steyning—. Se comportó con mucha dignidad y se presentó como un cordero al sacrificio. Se dejó llevar por su agudeza. Habló con valentía del amor que no osa pronunciar su nombre. Le aplaudieron. Pero no le sirvió de nada. Y su situación actual es desesperada. Han retirado su nombre de los teatros donde aún siguen representándose sus obras, aunque temo que no por mucho tiempo. Se dice que la prisión lo está matando. Había pensado tomársela como un monasterio, o el estudio de Próspero, pero duerme sobre tablas, no tiene libros, ni pluma ni tinta, y le obligan a hacer trabajos forzados. Le han salido muchas arrugas. No puede dormir.

Humphry, que se movía en el mundo de los cotilleos periodísticos, apuntó brevemente que lord Rosebery había estado muy enfermo varios meses y se había recuperado de pronto a finales de mayo. Solo para ver cómo caía su gobierno, al parecer. Intercambió una mirada con Steyning y de pronto vio a Tom y a Julian.

—No tenéis por qué quedaros ahí escuchando conversaciones sobre política. Id a colocar las sillas para la representación de marionetas.

Tom y Julian se alejaron por el césped.

—Siempre que te dicen que no tienes por qué escuchar algo es justo porque te interesa escucharlo —dijo Julian.

—¿Ah, sí? —preguntó Tom.

—Se creen que no sabemos esas cosas. Deberían saber que se aprenden en el colegio, solo por el hecho de estar allí. Se aprenden igual que el griego, el críquet, el remo y el dibujo. Igual que se aprende a reír con disimulo, a dar codazos y a pasarse mensajes. Deberían saber que lo sabemos. Seguro que ellos también lo sabían.

Tom no lo sabía. Vivía en casa y tenía un preceptor, aunque Basil y Humphry tenían pensado que hiciera el examen de ingreso en Eton la primavera siguiente. Basil había intervenido cuando Humphry había sugerido enviar a Tom a la novedosa y recientemente fundada Bedales, donde los niños cuidaban los animales de la granja y se bañaban desnudos. Basil propuso contribuir a pagar la matrícula de su sobrino. Tom era muy inteligente, se le daban bien las matemáticas y los idiomas. Estudiaba latín y griego con los anarquistas, a quienes les gustaba enseñar y les venía bien aquel ingreso. Aprendía matemáticas con el preceptor, cuyas lecciones se volverían más frecuentes después del verano. Tom recorría prados y caminos para asistir a clase. Vivía libre la mayor parte del tiempo. No estaba seguro de querer saber de qué le hablaba Julian. Y tampoco estaba seguro de querer ser su amigo. A menudo no estaba muy seguro de saber lo que quería y, como era un niño muy amable, el resultado era

que tenía muchos conocidos y ningún amigo íntimo. Había cumplido trece años y seguía siendo un niño, mientras que Julian, que tenía quince, en ocasiones podía comportarse como un hombre muy serio.

Las gafas de Tom le daban aspecto de búho. Su hermoso cabello rubio crecía en todas las direcciones y parecía estar pidiendo que lo despeinaran. Su piel era joven e inmaculada y tenía un tono dorado debido a la vida al aire libre. Había heredado los ojos y las largas pestañas de su madre. Sus pómulos eran altos y amplios, su boca dulce. Era la viva imagen del chico guapo, totalmente inconsciente de su belleza, del que tanto se hablaba y que era tan solicitado en la escuela preparatoria de Julian, y en Eton. Julian se había preguntado si Tom era guapo, o un posible objeto de pasión, y había comprendido que, en teoría, lo era sin duda. Los chicos guapos en la escuela enseguida se volvían engreídos. Tom parecía no ser consciente de su belleza y eso le daba encanto y cierto distanciamiento. Julian quería estar repleto de amor y deseo, y en consecuencia solía estarlo. Tenía la inapropiada costumbre de observarse a sí mismo con distancia y preguntarse si el amor y el deseo eran forzados y fingidos. Le daba miedo estar solo y aislado y temía que ese fuese su destino. Desde luego, no era deseado por los demás niños, al menos que él supiera..., y lo sabía. También estaba constantemente preocupado por las pústulas, y los cráteres de pústulas pasadas. No estaba seguro de que Tom, a pesar de ser tan guapo, no fuese tan simple que resultase aburrido.

Tom estaba juzgando a Julian en los términos habituales. ¿Era, o sería alguna vez, digno de ser invitado a la casa del árbol? Era demasiado pronto para saberlo, pero se inclinaba a pensar que no. Dijo lánguidamente y sin ningún objeto:

—Los mayores siempre creen que no sabemos cosas que ellos debían saber a nuestra edad. Creo que sienten la necesidad de hacerlo.

El público se había reunido para asistir a la función de marionetas como una bandada de gallinas. Se sentaron en un semicírculo, a la luz del día, en sillas y taburetes y sobre la hierba. Griselda y Dorothy se sentaron juntas en una banqueta tapizada para preservar la falda de Griselda. Ambas pensaban que eran demasiado mayores para un espectáculo de marionetas.

August Steyning salió de detrás del teatrillo que él y herr Stern habían erigido. Tenía un telón de color azul noche con barras y estrellas. Hizo una profunda reverencia y anunció:

—Sean bienvenidos a *Aschenputtel* o *La Cenicienta*.

Se retiró detrás del cajón oscuro.

Sonó una trompeta y se oyó el redoble de un tambor. Se abrió el telón. Una comitiva fúnebre cruzó lentamente el escenario: los enlutados familiares cargando con un ataúd, el melancólico viudo, la hija decorosamente vestida de negro y con el rostro ensombrecido. Descargaron el ataúd al triste son del tambor. Un montículo

verde y una lápida se alzaron en su lugar. El padre y la hija se abrazaron.

La siguiente escena tuvo lugar en la casa. La madrastra y las hermanastras llegaron acompañadas de una pomposa melodía de violín. Las marionetas eran criaturas delicadas, con rostros de porcelana fina, cabellos auténticos rizados o trenzados en peinados complicados, y un frufú de faldas bien cosidas, carmesíes, lilas, ámbar. Las hermanas no eran feas. Eran bellezas a la moda, con collares de perlas, expresión altiva, bocas desdeñosas y cejas pintadas y fruncidas. Ellas y la madre eran como dos gotas de agua, estaban cortadas por el mismo patrón. Aschenputtel tenía largas trenzas doradas, y llevaba un sencillo vestido de color azul celeste. Su nueva familia le indicaba con gestos imperiosos las sillas que debía limpiar y colocar en su sitio, las soperas de plata que debía cargar, el hogar que debía barrer, el fuego que debía cuidar. Ella ejecutaba todas sus órdenes. Una bocanada de humo auténtico salió de la chimenea.

Aschenputtel se estremeció, se sentó en un taburete y apoyó su hermoso rostro de porcelana en sus delicadas manos de porcelana. El escalofrío pareció humano y perturbador, cuando extendió y dobló los brazos.

El padre volvió, con botas y cubierto con una capa de viaje. Les besó las manos y les preguntó qué querían que les trajera como regalo.

Había pocas palabras en aquella representación, pero August Steyning pronunció la pregunta ritual con su voz clara aguda y aflautada, que parecía estar en consonancia con el minúsculo tamaño del actor. La elevó a la altura de un contratenedor. «Seda y terciopelo», dijo la hermana del vestido carmesí. «Perlas y rubíes», dijo la que iba vestida de violeta. «La rama de un árbol que roce tu sombrero», dijo Aschenputtel.

Luego apareció arrodillada junto al montículo verde y la lápida gris, cuidando el césped y plantando la rama. Lentamente, de forma maravillosa, un árbol se desplegó desde debajo del escenario, un tronco de alambre del que salían ramas cubiertas de una confusión de hojas. Dos palomas blancas hechas de plumas y seda con cuentas en lugar de ojos, patas rosadas y plumas iridiscentes, aletearon y revolotearon, hasta posarse en el árbol. El violín gorjeó. Las palomas volaron hasta los dedos de Aschenputtel. Se tumbó y abrazó el montículo y ellas se posaron en su cabello.

Dorothy parpadeó. Aquellos animalillos habían cobrado una vida siniestra que la perturbaba. Trató de resistirse a la ilusión. Griselda estaba a su lado observando fascinada.

La madrastra ordenó a Aschenputtel que separase las lentejas de las cenizas. Las palomas tamizaron las cenizas y echaron hábilmente las lentejas en una sartén..., se oyó una lluvia de sonidos repiqueteantes.

Otra marioneta, una sumisa modistilla con la boca pintada llena de agujas, atavió a las hermanas con vestidos de baile. Una llevaba un corbatín rojizo. Otra pompones

púrpuras. Aschenputtel estaba sentada al lado de la chimenea con la cabeza apoyada entre las manos.

La hija llorosa se hallaba ahora junto al montículo, se había soltado el pelo, una mata de cabellos dorados, debajo del árbol danzante que alargó sus ramas y le entregó, como caídos del cielo, un precioso vestido dorado, una corona y un par de zapatillas doradas.

El baile tuvo lugar detrás de una gasa, con figuras que daban vueltas al son de una caja de música: vibrantes valeses, agitadas polcas. El príncipe tenía deslumbrantes cabellos blancos, recogidos detrás de la cabeza, vestía una chaqueta negra y unos calzones que le llegaban por la rodilla. Bailaba con la chica de cabellos dorados. El reloj sonó. Ella huyó. El árbol y los pájaros fabricaron de la nada un segundo vestido, plateado como la luna. Y luego apareció un tercero, cubierto de estrellas como el cielo, colgado de las puntiagudas ramas. El contrateno cantó.

Arbolito, arbolito, dame un vestido;  
que sea de oro y plata muy bien tejido.

Apareció el príncipe con un bote de alquitrán y embadurnó astutamente los escalones de su palacio. Bailaron, sonaron las campanas, Aschenputtel huyó, el zapatito de oro quedó pegado en el alquitrán.

Las escenas finales fueron escalofriantes. Una de las desdeñosas hermanas, sin alterar la expresión orgullosa de su rostro, ayudada y animada por su madre, cogió un cuchillo de cocina y se cortó los dedos del pie. «Cuando seas reina, no necesitarás ir a pie», dijo la madre con voz de falsete. La novia y el novio se alejaron a caballo en un corcel lujosamente enjaezado y hecho de piel auténtica. Con el zapato de oro rebosante de sangre. Muchos de los niños recordaron durante mucho tiempo haber visto el líquido rojo goteando del zapato.

Dorothy parpadeó y se negó a imaginar.

Las palomas, revoloteando, llamaron al príncipe.

No sigas adelante,  
detente a ver un instante  
que el zapato es muy pequeño  
y esa novia no es su dueño.

Así que volvieron. Y la madrastra, contumaz y arrastrada por su destino, cogió el cuchillo, cortó el talón de la otra hermana y metió sus pies de porcelana en el zapatito de oro.

—Qué horrible —se oyó decir a Hedda—. Ahora que está todo ensangrentado.

Las palomas cantaron y el príncipe regresó de nuevo.

El padre de Aschenputtel la llamó al verla sentada con sus harapos en un montón de cenizas. Ella llegó y metió su delicado pie en el zapatito, y el príncipe la besó. La joven salió corriendo y reapareció radiante con su vestido cubierto de estrellas. El títere padre y el títere hija se abrazaron en mitad del escenario, ella apoyó su mejilla de porcelana en su hombro y él le acarició el cabello dorado.

El telón de fondo se convirtió en un coro a la luz de las velas. La comitiva nupcial salió de detrás del altar. Las palomas se posaron a la puerta de la iglesia, arrullando y chillando, y empezaron a picar a las altivas hermanas, golpeándolas con las alas blancas en la cabeza, estropeándoles los peinados y llenando de conmoción unos rostros que de pronto aparecieron sin ojos y con las órbitas sanguinolentas.

Griselda apretó los labios. Dorothy se estremeció. Phyllis dijo que todo estaba mal, no había habido calabaza, ni hada madrina, ni carroza de cristal. Ni ratas, ni ratones, ni lagartos, gritó Hedda, muy turbada y excitada por las crueles palomas. Florian dijo «más», sin entender nada, pero fascinado por aquel minúsculo mundo en miniatura.

Griselda le dijo a Dorothy que le había llamado la atención lo distinta que era la historia. Dorothy respondió que ella no estaba muy interesada, pero que si Griselda quería saber más, debería preguntarle a Toby Youlgreave, que siempre estaba hablando de los cuentos de hadas.

Griselda, con el aspecto de una pastorcilla de porcelana perdida en mitad de un enjambre de hadas harapientas, le tiró tímidamente del brazo a Toby. Afirmó que realmente quería saber por qué la historia era tan diferente. «Me ha dicho Dorothy que usted me lo aclararía.» Toby se sentó a su lado en un banco del jardín. Le explicó que la versión a la que estaba acostumbrada era la francesa de Charles Perrault, cuyas historias se escribieron para jovencitas y a menudo aludían a hadas madrinas. Mientras que la versión de Anselm Stern era la alemana, inspirada en los hermanos Grimm. Griselda le dijo que ella misma era medio alemana, aunque en su casa no se contaban cuentos de hadas. Ojalá lo hicieran. Toby añadió que esas eran solo dos de las innumerables versiones de muchos países, desde Finlandia, a Rusia y Escocia, con diversas combinaciones de algunos o todos los elementos: la madrastra malvada, las hermanas egoístas, los animales amistosos, los vestidos mágicos, los zapatos, con o sin sangre. Los Grimm estaban convencidos de que lo que estaban recopilando era parte de las antiquísimas creencias y cuentos mágicos del pueblo alemán.

—También hay cuentos de hadas ingleses —dijo Toby—. La señora Wellwood sabe utilizarlos con mucha inteligencia.

Griselda respondió que los cuentos de hadas de su tía le daban miedo. Igual que Hans Andersen, la hacía llorar. Pero no este tipo de cuento. No sabía por qué. Debería darle miedo, había mucha sangre. Toby afirmó que eran recuerdos de otras épocas, hacía mucho tiempo, y estuvo de acuerdo en que no daban miedo.

—Son así y ya está —dijo Griselda tratando de averiguar lo que la intrigaba sin encontrarlo.

Toby contempló su rostro serio y delgado. Dijo que le enviaría un ejemplar de los cuentos de los hermanos Grimm, si le dejaban tenerlo. Griselda respondió que no creía que su familia tuviera nada contra los Grimm. Sencillamente no sabían de su existencia. Toby quiso acariciarle el cabello y decirle «No te preocupes», pero no le pareció que fuese buena idea.

Todos, niños y adultos, se congregaron para dar cuenta de un lujoso picnic. Como suele ocurrir en esas ocasiones donde aquellos cuyas vidas están ya conformadas — feliz o desdichadamente— se mezclan con otros cuyas vidas todavía están por desarrollar, los adultos empezaron a preguntar a los niños qué querían ser de mayores y cuáles eran sus proyectos.

Empezaron, como es natural, por los mayores. Prosper Cain afirmó que Julian tenía buen ojo para las antigüedades y que sabía distinguir un original de una falsificación. Tenía una colección de objetos de valor que había encontrado en diversos mercadillos, una cuchara medieval, una jarra muy antigua de cerámica de Staffordshire barnizada de rojo. Julian dijo con desenvoltura que, cuando terminase sus estudios en Cambridge, le encantaría trabajar en algún museo o galería. Seraphita Fludd observó que esperaba que Geraint fuese como su padre, un artista, y creara cosas preciosas. Geraint respondió que eso no era lo suyo. A él lo que se le daban eran bien las matemáticas. «¡Un astrónomo!», exclamó Violet. Geraint aseguró que le gustaría vivir con comodidad. Sonrió con amabilidad. Basil afirmó que en ese caso debería dedicarse a los negocios. Como William Morris, apuntó Arthur Dobbin, que tenía la esperanza de introducir las prácticas comerciales en los talleres de los artistas de Lydd. Geraint siguió sonriendo y comiendo jamón con gelatina. Basil Wellwood afirmó que le encantaría que Geraint trabajase con Charles en la empresa familiar. Charles emitió un sonido ahogado, se ruborizó y se le oyó murmurar que eso todavía estaba por decidir. Etta Skinner observó que era raro que, tratándose de personas de aspecto tan avanzado, nadie hubiera preguntado a ninguna de las chicas qué querían ser de mayores. Tenía la esperanza de que alguna tuviera ambiciones. Prosper Cain, al mismo tiempo, preguntó a Tom qué quería ser. Tom no tenía ni idea. Respondió la verdad.

—No quiero marcharme nunca de aquí. Quiero seguir viviendo en el bosque..., en los Downs..., seguir aquí...

—Y seguir siendo siempre un niño... —dijo inevitablemente August Steyning, con un murmullo teatral. Olive afirmó que Tom disponía de todo el tiempo del mundo.

Leslie Skinner respondió a la insinuación de Etta. Se dirigió a Dorothy de un modo casi belicoso.



—¿Y tú, jovencita? ¿Qué quieres ser de mayor?

—Médico —dijo Dorothy.

Violet afirmó que esa era la primera noticia que tenía de aquello. Era, de hecho, la primera vez que se le había ocurrido a Dorothy, y había respondido con espontaneidad. Nunca jugaban a médicos y enfermeras. Pero se oyó a sí misma responder y de pronto vio en su imaginación a una Dorothy adulta, médico. No dulce y bondadosa, sino blandiendo un escalpelo. Skinner dijo que era una ambición muy noble, aunque se trataba de una carrera muy difícil, y expresó su esperanza de que asistiese al University College.

—Pero querrás casarte, Hejjog —dijo Phyllis, utilizando un mote que Dorothy detestaba—. Al menos es lo que quiero yo. Quiero una boda encantadora y una casa exactamente igual que esta, con rosales, y cocer pan y llevar preciosos vestidos y tener siete hijos...

Phyllis sabía que era guapa. Todo el mundo se lo recordaba constantemente. Se podría decir que las jóvenes Fludd, Imogen y Pomona, también lo eran, pero solo de un modo vago y sutil, y era sumamente improbable que acabaran siendo un par de bellezas. Con sus vestidos de lino tejidos a mano y sus brazaletes esmaltados artesanalmente resultaban graciosas y desgarbadas al mismo tiempo. Imogen tenía los pechos muy desarrollados y no llevaba ningún tipo de ropa interior para sujetarlos. Parecía un poco rolliza. Afirmó que a veces había pensado en estudiar bordado en el Royal College. Pomona dijo que a ella también le gustaría, aunque quizá le apeteciera quedarse y hacer azulejos en Dungeness. Hedda afirmó que ella quería ser bruja. Violet le dio una palmada en la muñeca.

Todos se volvieron hacia Florence Cain. Florence tenía una preceptora que la había convencido de que había sido la responsable de la muerte de su madre y debía consagrar su vida a cuidar de su padre. Nunca le había hablado a él de aquellas admoniciones, que las desconocía por completo y estaba muy bien cuidado por mayordomos y zapadores. Le gustaba jugar con Julian y Florence, llenar bandejas de latón con una mezcla de botones, cuentas, botellitas, cajas de rapé y cosas así, y pedirles a sus hijos que las recordaran, describieran e identificaran. Le agradaba tanto la agudeza de Florence como la de Julian. De hecho Florence se parecía a su desaparecida Giulia, aunque él consideraba aquel parecido en términos de un ángel de Van Eyck, sereno y de cabellos rizados.

—Bueno —preguntó—. ¿Y qué quieres hacer tú?

—Cuidaré de la casa para ti —dijo Florence, convencida de que eso estaba decidido.

—Espero que no. Quisiera que tuvieses casa propia y que, antes de eso, adquirieses una educación. Aspiro a que Julian vaya a Cambridge, y deseo que tú también lo hagas. Newnham College parece muy prometedor. Ojalá quieras asistir.

Florence se quedó confusa. Nunca lo habían hablado, y ahora se hacían afirmaciones muy serias, en mitad de una fiesta. No sabía nada de Newnham College. Para ella no era más que un nombre.

—No quiere ser una solterona —dijo Julian—. Una sabihonda.

Eso molestó a Florence, que afirmó que no veía por qué no iba a estudiar algo. Julian iba a hacerlo. Y ella también. Impresionada por sus propias palabras, se quedó en silencio. No acertaba a imaginar qué podría estudiar.

Solo quedaba Griselda. Basil y Katharina tenían claro su futuro. La presentarían en la corte, sería una debutante y haría un matrimonio ventajoso. Katharina afirmó que esperaba que Griselda se casara tan felizmente como sus padres.

Griselda retorció rítmicamente uno de los lazos rosas de sus puños. Su madre le dio un golpecito en los dedos. Griselda se había sorprendido mucho al oír afirmar a Dorothy que quería ser médico. No había pensado en nada, solo en librarse de aquellos lacitos rosas. Tenía una vida interior secreta, que consistía en leer novelas sobre mujeres reducidas a un silencio atento, llenas de rebelión interior, o del esfuerzo de renuncia. Jane Eyre, Elizabeth Bennet, Fanny Price, Maggie Tulliver. Aunque en realidad todas trataban de amor y matrimonio. En ellas nadie quería algo tan..., tan destructivo, como ser médico. ¿Por qué no le había dicho Dorothy nunca nada de sus intenciones? Griselda quería a Dorothy igual que Dorothy quería a Griselda. Amaba Todefright con una pasión que no se atrevía a admitir, ni siquiera en Todefright. Cuando iba allí se liberaba en el acto de su ropa fina y era libre de correr por los bosques. Había libros por todas partes. Se le había metido en su rubia cabecita que ella y Dorothy podrían vivir juntas en el campo y no volver a preocuparse por corsés, alfileres de sombrero y ojales de botones. Era en lo único en que había pensado. Y ahora el mundo de Dorothy consistía en maletines negros, sangre y lechos de enfermos, drama y dolor, y Griselda no aparecía en él por ninguna parte. Dorothy tenía un secreto. Griselda dijo, muy pálida:

—Quiero estudiar. Como Florence. Estudio alemán y francés. Quiero estudiar idiomas.

Katharina dijo que Griselda tenía los mejores maestros y que su progreso era ejemplar.

Basil observó entre dientes que la educación de las mujeres solo servía para llenarlas de insatisfacción. No dijo con respecto a qué.

Griselda retorció otro de sus lazos, y su madre le dio otra palmada en la mano. Humphry Wellwood cogió a Florian en brazos.

—¿Y tú qué quieres ser, Florian?

—Un zorro —dijo Florian con total convicción—. Un zorro en su madriguera, en el bosque.

Olive estaba convencida de ser una excelente anfitriona, y su convicción resultaba contagiosa, aunque no estuviese del todo fundada. Se apoyaba en el encanto de su presencia, y allí donde ella se encontraba, sus fiestas eran animadas. Le gustaba ser el centro de atención y disfrutaba encandilando a sus invitados..., en este caso líderes de la cultura, Prosper Cain y August Steyning, que estaban allí de pie con sus copas de champán en la mano riéndole las modestas bromas. Delegaba en otros para hacer lo más necesario: presentar a la gente, darle de comer o modificar la estructura de los grupos. Hasta cierto punto, Violet podía ocuparse de eso y asegurarse de que todo el mundo estuviera a gusto, pero no era una conversadora brillante, y, por lo general, confiaba en Humphry para que entretuviera tanto a los hombres como a las mujeres; sin embargo, en esta ocasión se había enzarzado en una ominosa discusión con su hermano. Los niños corrían y revoloteaban entre los lechos de flores y entraban y salían de la arboleda mientras oscurecía.

Vasili Tartarinov estaba montando su numerito para los Skinner y los niños, Tom, Julian, Philip, Geraint, Florence y Charles. Dicho numerito, que también era parte de sus clases en Londres, era la historia de un caballo. A los ingleses les gustaban los caballos y era un buen modo de captar su atención. Este en particular, Varvar el bárbaro, un noble animal de color negro, había desempeñado un papel esencial a la hora de burlar la vigilancia de la policía en una serie de osadas fugas de varias cárceles rusas, incluyendo la del propio Tartarinov. Varvar estaba esperando cuando el príncipe Kropotkin se quitó su inmensamente grueso batín verde con un movimiento ensayado durante semanas, salió corriendo del patio de la enfermería de la cárcel y se metió en un carruaje, donde le esperaba un conspirador, mientras otro distraía a los guardias mostrándoles cómo observar parásitos al microscopio. En otra ocasión Varvar había galopado hasta perderse de vista llevando a Serguéi Mijáilovich Kravchinski, conocido universalmente como Stepniak, convertido ahora en un apreciadísimo miembro de los grupos socialistas y anarquistas ingleses, que ayudaba a traducir los clásicos rusos y cuya espesa barba le daba aspecto de oso grande y amable. Tartarinov, a su vez, se disponía a escapar con Varvar —llevando solo lo más esencial en una maleta—, y estaba bajando las escaleras de su apartamento cuando se topó con la policía secreta.

«Disimulé —contaba con su voz aguda—. Les dije: llegamos tarde, yo también venía en su busca, el pájaro ha... volado. Se ha esfumado, eso es lo que dije. Bajamos

juntos las escaleras y subí al carruaje, condujimos muy despacio hasta doblar la esquina y luego el gran Varvar huyó rápido como el viento. Me llevó a la finca de Cherkasov, donde él vivía, y allí me disfracé de marinero, y escapé a través de Suecia y Holanda hasta llegar a esta tierra de asilo. Otros no tuvieron tanta suerte», decía mientras se secaba el ojo con el pañuelo.

A los socialistas ingleses les cohibía plantear ciertas preguntas. Tres años atrás, un artículo anónimo en el *New Review* había descrito el asesinato a sangre fría de un tal general Mesentsev. Lo habían apuñalado con un cuchillo de cocina envuelto en un periódico, exactamente el mismo método utilizado posteriormente para asesinar al presidente francés, Carnot, hacía solo un año. El artículo daba a entender que Stepniak había sido el asesino. A sus amigos ingleses les conmovían profundamente sus escritos sobre la tortura, el confinamiento y la ejecución de los objetores y nihilistas rusos. Pero les desasosegaba imaginar a aquel hombre risueño, con quien tomaban el té, esperando en la acera con el cuchillo y el periódico. Los actos violentos e indiscriminados empezaban a inquietarles. El año anterior un desconocido había volado misteriosamente en pedazos junto al Real Observatorio de Greenwich. Los de más edad recordaban la ola de ataques de diez años atrás contra las oficinas gubernamentales, el periódico *The Times*, las estaciones de metro y ferrocarril, Scotland Yard, la columna de Nelson, el puente de Londres, la Cámara de los Comunes y la propia Torre. Comprendían que el sufrimiento condujera a la rebelión. Trataban de comprender los ataques aislados y clandestinos contra la gente corriente. Se esforzaban por ponerse en la piel del terrorista. Era difícil.

—Dígame, señor Tartarinov —dijo Etta Skinner, que era cuáquera y pacifista—, ¿estaría usted dispuesto a volar cosas, y personas, por los aires en pro de su causa? ¿Haría usted personalmente algo semejante?

—Debemos estar preparados. Ciertamente no hay nada que no estemos dispuestos a volar por los aires, si se interpone en nuestro camino. Debemos considerar el fin y escoger los medios apropiados. Sin vacilar.

Etta se echó el chal por encima de los hombros.

—¿Y usted? ¿Podría matar a alguien a sangre fría?

—No lo sé. Nunca me he visto enfrentado a esa necesidad. Nadie sabe de lo que puede ser capaz, cuando se le necesita.

August Steyning se unió al grupo, pues quería presentarles a Anselm Stern, que les traía saludos de los socialistas alemanes, muchos de los cuales estaban, como solía ocurrirles a los socialistas alemanes, en prisión por delito de lesa majestad debido al odio que les profesaba el káiser.

Como es natural, los jóvenes se preguntaron si serían capaces de matar a alguien. Geraint se había educado con cuentos de caballeros andantes y guerreros islandeses, pero era incapaz de imaginarse la sangre. Charles había decepcionado a su padre al

no sentir la menor afición por la caza del zorro o las armas y se sentía inclinado a pensar que no podría. Philip en realidad no estaba prestando atención a lo que hablaban. Estaba contemplando la yuxtaposición de texturas en la hierba, las flores y las sedas, y los rapidísimos cambios de color que acontecían a medida que el cielo se oscurecía. El ensombrecimiento y la desaparición de los rojos, la eflorescencia y el ennegrecimiento de los azules. Tom imaginó el golpe sordo y la succión de una bomba, los cascotes y el cemento volando por los aires, pero no pudo imaginarse la carne quemada y aplastada. Pensó en su propio cráneo y en sus costillas. El hueso bajo la piel y los tendones. Nadie estaba a salvo.

Basil y Humphry Wellwood habían empezado a discutir sobre el bimetalismo y el patrón oro. Paseaban por la hierba respirando ira y retórica y señalando decisivamente con el dedo hacia el cielo nocturno. Basil era miembro de la Asociación para la Defensa del Patrón Oro. Humphry apoyaba a la Liga por el Bimetalismo.

Ese verano de 1895 se había producido el auge de la especulación con el oro sudafricano. Se vendían y compraban febrilmente acciones de vetas de oro reales y ficticias. Basil cenaba con los magnates de la minería sudafricana y había hecho una fortuna, en oro y valores. Humphry repetía en público el comentario sarcástico de que una mina era un agujero en el suelo propiedad de un mentiroso. También afirmaba en público que la prensa financiera aceptaba sobornos bajo mano para promover o condenar las prospecciones. Basil sospechaba que Humphry era el responsable de unos artículos publicados con seudónimo en varios periódicos satíricos en los que el autor se burlaba de Crespo, Midas y el Becerro de Oro.

También sospechaba que utilizaba la información confidencial obtenida en su empleo en el Banco de Inglaterra para atacar a dicha institución. En 1893 se rumoreó que Frank May, el cajero jefe, había concedido cuantiosos adelantos no autorizados a su hijo, un especulador bursátil. Y, lo que es peor, que había cobrado él mismo varios adelantos. A lo largo de 1893 y 1894 siguieron filtrándose rumores. May había concedido adelantos al director de la sección financiera de *The Times*. Los administradores del banco eran unos aficionados, incapaces de presentar un balance y carentes de auditores independientes. Basil creía haber detectado el estilo de Humphry en algunos de los ataques. Él mismo no estaba muy satisfecho con las circunstancias. Pero creía que debía dejarse que la anciana institución pusiera sus asuntos en orden con prudencia. Lo que estaba haciendo Humphry, si es que lo estaba haciendo, era traicionar al banco y al propio Basil, que era quien lo había colocado allí. Además, aquellos escritos ponían en peligro los negocios de Basil, e incluso su reputación.

Se unieron al grupo justo a tiempo de oír las observaciones de Tartarinov sobre la necesidad de volar los obstáculos. Basil le murmuró a su hermano que frecuentaba

compañías muy raras para tratarse de un hombre que ocupaba una posición de responsabilidad. Humphry respondió malhumorado, pero sin alterarse, que sus creencias eran asunto suyo.

—No si incluyen disculpar las explosiones y conspiraciones. Tus actividades cuando no son ridículas, resultan homicidas.

—¿Y acaso no lo son también la extracción de oro y los salarios miserables? ¿Sabes cómo viven los mineros o los pobres desdichados que han cosido tu preciosa camisa y se han desangrado para hacerlo?

—No mejorarás sus condiciones vendiendo panfletos y desfilando por el Strand con tu levita y tu sombrero de seda.

Humphry empezó el discurso que pronunciaba en las reuniones. Describió a los tres millones de personas que se hacinaban en la fétida selva que había más allá del Banco de Inglaterra, sin ropa ni comida saludable, ni camas donde dormir. Los socialdemócratas habían asegurado, en esos panfletos que tanto despreciaba, que el veinticinco por ciento de los obreros no ganaba lo suficiente para subsistir sin padecer hambre y enfermedades. Charles Booth había rechazado esas cifras y hecho su propia y meticulosa investigación sobre la pobreza. Y había revisado el porcentaje —al alza, Basil, al alza—. No el veinticinco, sino el treinta por ciento de las familias obreras se esforzaban por sobrevivir con menos de doce libras al mes. «Piensa —dijo Humphry inclinándose provocativamente la copa de champán hacia su hermano— cuántas cosas que consideras imprescindibles pueden comprarse con doce libras.»

Basil no se sintió con ánimos de hablarle de las considerables cantidades que donaba a organizaciones caritativas.

Humphry prosiguió. Describió el vertiginoso declive de la situación de un obrero herido, un hombre con una mano o un pie aplastados, o un ojo cegado por una astilla. En muy poco tiempo se quedaba sin casa, sin comida, sus hijos pasaban hambre, tenían que empeñar la ropa, dormían en el hospicio o en la calle, su mujer se veía obligada a prostituirse para comprar comida. El señor Booth y el señor Rowntree habían estudiado la escolarización. Según sus descubrimientos, en épocas normales había en las escuelas londinenses unos cincuenta y cinco mil niños demasiado debilitados por el hambre para que pudieran aprender algo. «Cincuenta y cinco mil es un número muy grande. Imagínatelos uno por uno, niño por niño...»

Basil respondió que no estaban en un mitin y no era necesaria tanta demagogia. A él también le gustaría encontrar soluciones prácticas al problema de la pobreza, pero no creía que pudiera resolverse fomentando la revolución o volando por los aires edificios públicos e hiriendo a los transeúntes inocentes.

Humphry dijo, como había hecho antes en los mítines:

—Una vez anduve por Poplar detrás de dos hombres harapientos. Se agachaban continuamente sobre la acera y recogían peladuras de naranja y corazones de

manzana, racimos de uva podridos y migas de pan. Cascaban huesos de ciruela entre los dientes para comerse la almendra. Cogían granos de cereal sin digerir del estiércol de los caballos. ¿Te imaginas?

Florence Cain, que acababa de llevarse una empanada de gambas a la boca, la tiró en la hierba.

—La verdad, Humphry —dijo Violet—, no veo la necesidad de asquear y molestar a los niños.

—¿No? —dijo Humphry—. Pues yo espero que lo recuerden cuando decidan cómo quieren vivir.

Los niños y las niñas lo escuchaban. A Tom le pareció notar el sabor de los huesos de ciruela y los granos de cereal en la boca seca. Supo que esa noche dormiría mal. Philip frunció el ceño y se apartó a un lado. Aquellas vidas puestas como ejemplo para horrorizar a los demás eran una descripción de su propia vida. Él era uno de aquellos pobres. Y, al abandonar a su pobre madre, había hundido aún más a sus hermanas en la miseria. Sintió un sordo rencor... no por Basil, el millonario, sino por Humphry, que lo había convertido en un objeto y se había apropiado de aquel modo de su hambre.

Charles Wellwood estaba muy afectado. Era un muchacho muy lógico y había recibido una educación cristiana. En las capillas de la escuela y los servicios dominicales, los pastores y los capellanes con sus sobrepellices inmaculadas repetían siempre el mandato de Cristo: «Vende lo que tienes y dónalo a los pobres». Charles pensaba que se trataba de un precepto muy sencillo y que sus mentores y familiares debían ser estúpidos o pecadores para no comprenderlo. El mensaje cristiano era igualitario y anárquico. Nadie parecía escucharlo. Solo tal vez su tío Humphry, a quien quizá angustiaban todas aquellas comodidades que les rodeaban. Pensó que uno de esos días debería preguntarle a Humphry qué podía hacer. Sin que lo oyeran sus padres. Su madre era una buena luterana temerosa de Dios que dedicaba su tiempo y su dinero a visitar hospitales para los pobres y a organizar mercadillos y recogidas de ropa, pero luego comía en porcelana de Meissen con cubertería de plata. Era una incoherencia horrible.

—Vayamos a ver los farolillos del huerto —le dijo Dorothy a Griselda—. Aunque tendrás que tener cuidado con tus zapatos.

—Dichosos zapatos —dijo Griselda, siguiendo a su prima.

Geraint simpatizaba automáticamente con cualquiera que no estuviera gritando. Admiraba la contención de Basil. Le encantaba el lustre de su chaleco y el brillo de sus gemelos. Percibía el misterio de una vestimenta correcta. El misterio del dinero. Estaba harto de la ropa hecha y tejida en casa. Había escamoteado una copa de champán detrás de las cajas de marionetas lacadas de negro y le había parecido complejo y delicioso, las frías burbujas que estallaban en la lengua, el vaho en el

crystal, el líquido dorado y transparente. Había gente que lo bebía a diario. Gente que no dormía bajo un techo con goteras en una vieja mansión llena de frías corrientes de aire por culpa de unos montones de arcilla y unas vasijas esmaltadas. El dinero era la libertad. El dinero era estético. El dinero eran sementales árabes, y no pencos vulgares. Al dinero nadie le levantaba la voz. (Aunque Humphry le estuviera gritando a Basil.) El dinero era la libertad. El dinero era la vida. Algo por el estilo, pensó Geraint. Los dos hermanos siempre se habían contenido al borde de una auténtica ruptura. Refunfuñaban, gruñían y hablaban de otra cosa. Cuando Humphry sacó a colación a Barney Barnato nadie pensó que esa vez pudiera ser diferente.

Barnato era un tipo locuaz y efusivo del East End, que había hecho una fortuna en las minas de diamantes de Kimberley. Era miembro fundador de un club en Angel Court, cerca de Throgmorton Street, jocosamente conocido como la Cocina de los Ladrones. Barnato había cambiado los diamantes por las minas de oro, y ahora estaba inmerso en el proceso de fundar su propio banco. Había generado una fiebre de excitación, riesgo y codicia. Basil había invertido en sus empresas y eso le tenía intranquilo. En un periódico satírico llamado *Domino* había aparecido un artículo bajo el seudónimo de la Liebre de Marzo. Describía la Cocina de los Ladrones como un garito diabólico en el que un reconocible Barnato era el crupier demoniaco que arrojaba las apuestas a un pozo infernal. También lo comparaba con el Demás de Bunyan (de aspecto tan cortés), que «estaba en el camino junto a una loma llamada Lucro, y les gritaba a los peregrinos: “Eh, venid y os enseñaré una cosa sorprendente. Hay aquí una mina de plata donde se puede cavar y sacar un tesoro; si venís podréis enriqueceros sin apenas esfuerzo”». Cristiano preguntaba a Demás: «¿Y no es peligroso ese lugar? ¿No ha entorpecido a muchos en su peregrinaje?». Demás respondía: «No, no lo es, solo para quienes se descuidan», pero esto lo decía sonrojándose.

La Liebre de Marzo había aprovechado con elegancia aquel sonrojo delator. Humphry cometió el error de citar a Bunyan en su discusión con Basil. Eso les recordó a ambos las acusaciones de la Liebre de Marzo, aunque Humphry citó pasajes de *El progreso del peregrino* que no aparecían en el ataque de *Domino*. Barnato inducía a la gente a actuar con precipitación y a cometer errores, aseguró Humphry.

—No puedo decir con seguridad si cayeron al pozo por acercarse demasiado, o si bajaron a cavar en él, o si se ahogaron en el fondo por las emanaciones que de él suelen desprenderse..., pero la gente parece igual que el señor Interés-espurio —dijo Humphry.

—Te sabes muy bien el texto —respondió Basil.

—Todos conocemos *El progreso del peregrino* desde la infancia. Y no me negarás que no puede venir más a cuento.



—No a todos se nos da tan bien hacer citas en artículos infamantes que no nos atrevemos a firmar con nuestro nombre.

La acusación estaba hecha. Humphry no podía ni negarlo ni ponerse a bravuconear.

—¿Es que vas a negar que se trata de un argumento de peso? ¿O que valía la pena oír esas advertencias?

—Uno no debería hacer un trabajo durante el día y dedicarse a remover el fango por la noche para arrojárselo a sus colegas, y para perjudicar a su familia —añadió Basil.

Humphry hizo un gesto de desdén. No se sentía con ánimos de ponerse desdenoso, tenía la sensación de estar él mismo al borde de un pozo. Pero el tono de la disputa requería aquel gesto.

—¿No habrás sido tan estúpido de dejarte enredar en uno de los tinglados de Barnato?

—No sabes de lo que estás hablando. Te limitas a soltar una cháchara maliciosa que puede ser verdaderamente dañina.

—Hago lo que me ordena mi conciencia.

—Tu conciencia es un fuego fatuo que te conduce a una ciénaga —replicó Basil retorciendo, con mucha inteligencia, la metáfora en su beneficio.

—Hablemos de otra cosa. Hagamos las paces —dijo Violet.

—No creo que pueda seguir en esta reunión. Vamos, Katharina. Es hora de irse.

Katharina respondió: «Está bien». Era consciente de que es difícil marcharse a toda prisa cuando todas tus cosas están en el dormitorio de tu anfitrión.

—Ve a buscar a Griselda —le dijo a Charles.

—No le va a gustar —repuso Charles, *sotto voce*.

Trajeron a Dorothy y Griselda del huerto. Katharina comunicó a Griselda que se volvían a casa.

—¿Por qué?

—Eso no te importa. Nos volvemos a casa. Ponte el abrigo, por favor.

Griselda se quedó allí con su vestido de fiesta igual que una estatua de sal. No era de naturaleza insolente, pero tampoco era sumisa. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se tambaleó. Dorothy intervino:

—Estábamos deseando que llegase la fiesta de San Juan. Todavía no hemos encendido el fuego, ni tocado música, ni bailado. ¿Cómo vamos a hacerlo sin Griselda y Charles? ¿Cómo vamos a tener música sin Charles? Sus camas están hechas...

—No puedo quedarme —le insistió Basil a su mujer.

—Tal vez podamos dejar a los niños con sus primos. Llevan mucho tiempo esperando este día...

—Como quieras. Simplemente no me apetece quedarme.

—En ese caso nos iremos —dijo Katharina, haciéndole una señal a su doncella y tendiéndole las manos a Olive, que había acudido a ver lo que ocurría. No se sentía capaz de disculparse por Basil, de hecho, pensaba que estaba justificado, pero tampoco le apeteecía aguarles la fiesta.

Violet apareció a su lado murmurando palabras sensatas acerca de la vuelta de los niños. Llegó el coche y lo cargaron. Nadie fue a despedirles. Humphry se llenó la copa, la vació y volvió a llenarla. Tenía la electrizante sensación de que todo estaba en peligro. De momento, tenía que ocuparse de la fiesta. Pidió un poco de música.

—Lo primero que hay que hacer —le dijo Dorothy a Griselda— es buscarte un disfraz como el nuestro.

Griselda seguía pálida y afligida. Violet la tomó de la mano para llevarla al cuarto de los niños. Violet mandó a Philip y a Phyllis que encendieran los farolillos.

En el cuarto de los niños, Griselda se desabrochó los botones del vestido rosa. Salió de él y la prenda se desmoronó. Doña Puñeta convertida en banqueta. Debería haberla colgado de una percha. La dejó donde estaba.

Violet afirmó que el disfraz de doncella del Rin le iría que ni pintado. Seguro que le sentaría de maravilla.

Se trataba un antiguo vestido de fiesta de Olive que Violet había cosido y reformado para convertirlo en un disfraz de niña. Era de seda verdemar plisada sobre unas enaguas de color verde hierba, con un cinturón dorado. Violet se lo ajustó. Griselda levantó las manos y deshizo los rizos de su cabello. Violet se lo cepilló sobre los hombros. Los ojos de Griselda normalmente habrían podido describirse como grises o avellana, pero al vestirse de verde se volvieron de pronto de color esmeralda.

—Estás guapísima —dijo Dorothy.

Griselda se contoneó.

—Al menos puedo moverme.

Cuando volvió a unirse a la fiesta, todos aplaudieron. Humphry cogió otra copa de champán y propuso un brindis por Mangas Verdes. Violet les explicó que era un disfraz de doncella del Rin, y Anselm Stern empezó a cantar de pronto una versión de la obertura de *El oro del Rin*, y le besó la mano a Griselda. Tenía una voz clara y tonante.

Se pusieron a bailar. Los músicos formaron un trío: Charles al violín, Geraint a la flauta y Tom que tocaba el silbato y el tamboril. Interpretaron «Mangas Verdes» en honor a Griselda, y «Ach du Kleiner Augustin» para August Steyning y Anselm Stern. Empezaba a ser tradición que los adultos bailaran con los jóvenes. Humphry arrastró en un torbellino a Dorothy, que trató de seguir el ritmo con sus piecitos cuadrados, mientras Prosper Cain daba vueltas muy despacio con Florence. Olive

danzó con Julian, que era un bailarín pulcro y airoso. August Steyning sacó a bailar a Imogen Fludd, y luego bailó con su majestuosa madre. Humphry soltó a Dorothy, que estaba casi sin aliento, a petición de Leslie Skinner que la llevó como si fuese de cristal, dando extraños saltitos sobre la hierba. Anselm Stern bailó con Griselda, tarareando para sus adentros y brincando como el príncipe de su propia representación de marionetas. Los Tartarinov bailaron moviéndose al unísono como un tiovivo. Anselm Stern le hizo una reverencia a Dorothy, que dio un paso atrás y afirmó que no le apetecía bailar más.

Violet Grimwith insistió en bailar con Philip, que se puso de color grana a la luz de los farolillos y estuvo arrastrando los pies y mirando al suelo hasta que ella lo soltó para ir a bailar con Humphry. Philip se refugió en la arboleda, donde encontró a Dorothy sentada en un banco en la penumbra, en una especie de escondrijo junto al seto. Ambos habían ido allí en busca de soledad y se sintieron obligados a ser educados. Dorothy afirmó, con sinceridad fabiana, que estaba harta de bailes. Philip asintió con una especie de gruñido.

Se quedaron allí en silencio.

—Nadie te ha preguntado qué querías ser de mayor —dijo Dorothy.

—Probablemente no fuese necesario.

—Yo he dicho que quería ser médico. No lo sabía hasta el momento en que lo he dicho. Y es raro, porque quiero serlo.

Dorothy creía que, si le contabas sincera y honestamente algo a alguien, le estabas dando algo, como si le demostraras una especie de respeto.

—¿Pueden las mujeres ser médicos? —preguntó Philip.

—Algunas hay. Es difícil, creo, adquirir esa formación. —Hizo una pausa—. La gente cree que las mujeres no deben trabajar.

Philip quiso decir: «Mi madre trabaja, no tiene más remedio». No parecía lo más correcto.

—Mi madre trabaja, no tiene más remedio —dijo.

Dorothy le prestó atención.

—¿Y tú? ¿Qué quieres ser tú? ¿Por qué te fuiste de casa?

Su desesperación hizo que pareciera enfadado.

—Quiero hacer algo. Una auténtica vasija. —Siempre la imaginaba en singular—. Puede parecer raro marcharse de las Potteries para hacer una vasija. Pero tenía que hacerlo.

—Creo que encontrarás el modo —dijo Dorothy muy seria en la oscuridad—. Espero que podamos ayudarte.

—Todos han sido muy amables conmigo.

—Esa no es la cuestión.

Se hizo un silencio. Ambos eran conscientes de los pensamientos no formulados

del otro: la intranquilidad de Dorothy acerca de su recién descubierta ambición, y lo que podría suponer en su vida, y la inexpresable necesidad de Philip. Oscureció. Se pusieron en pie al mismo tiempo y salieron de la arboleda para volver con los bailarines.

August Steyning y Anselm Stern habían relevado a los músicos para que ellos también pudieran bailar. Steyning cogió la flauta y Stern el violín. Improvisaron unos vales y unas danzas populares bávaras. Geraint, atrevido, sacó a bailar a Florence Cain y ambos dieron unos pasos tentativos pisándose los pies el uno al otro, hasta que Humphry se la arrebató e indicó por señas a los músicos que tocaran más deprisa. Sujetó a Florence muy cerca, con la mano seca y cálida apretada contra su cintura. Ella sintió cómo la llevaba y enseñaba a su cuerpo ritmos que no era consciente de conocer, cimbreantes y elaborados, mientras apoyaba la cara contra la pechera bordada de su jubón. Sus pies de pronto se volvieron ágiles, como si fuera una de las marionetas de herr Stern. Contuvo el aliento. Violet aplaudió. Olive pasó a su lado dando vueltas, bailando con Tom, igual que habían bailado en el cuarto de los niños, sujetándose de las manos con los brazos estirados, dando vueltas y vueltas y vueltas; los pies de Tom recorrían la periferia y Olive sonreía y giraba en el centro, por lo que, cuando se detuvieron, el firmamento entero siguió girando en círculo con un siseo, los planetas y las constelaciones, la enorme luna, las ramas de los árboles y la llama difusa de los farolillos.

Después del baile, cuando todos estaban sin aliento, llegaron las ya casi tradicionales escenas de *El sueño de una noche de verano*. August Steyning sacó la cabeza de burro que, según decía, había utilizado Beerbohm Tree, y Toby Youlgreave interpretó el sueño encantado de Lanzadera, tumbado en el montículo que conducía a la arboleda, mientras Dorothy, Phyllis y Florian revoloteaban haciendo de Chicharrillo, Polilla y Mostacilla. Toby no llevaba otro disfraz que la máscara de cartón piedra y crin de caballo. Se tumbó sobre el regazo de Olive, con sus pantalones de franela que le daban un aire vulnerable. Olive acarició la máscara. Toby sintió el latido de su corazón en la parte inferior de su cuerpo. Se acurrucó contra ella, dejándose llevar por su actuación como podría haber hecho un niño, y recordó con tristeza otras interpretaciones anteriores en las que se había debatido en un tormento de cadencias y punzadas eróticas. Justo ahí, debajo de su falda, estaba el lugar deseado. Sus mejillas ardientes se apoyaban sobre él. O más bien sobre una funda muy bien forrada con orejas de burro que rodeaba su cabeza. Cantó sordamente dentro de ella. «Ni el cuclillo, ni la alondra ni el pinzón...» Ella estaba un poco temblorosa. Acarició la máscara. Acarició la carne viva de su hombro. Humphry avanzó con su capa, vertió el jugo de la flor sobre sus párpados y ella despertó dramáticamente. El encantamiento había concluido. Oberón había ganado y reclamaba al paje cambiado.

El otro pasaje que siempre interpretaban era el final de la obra, la bendición de la casa. Tom se plantó a la entrada de la arboleda y empezó:

Ahora ruge el león hambriento  
y el lobo aúlla a la luna...

Decía el texto con gracia y claridad. Nadie se movió.

Y las hadas, que corremos  
tras el carruaje de Hécate, la triple,  
para escapar de la presencia del sol,  
seguimos a la sombra como un sueño,  
y nos regocijamos. Ni un ratón  
ha de perturbar esta casa consagrada:  
me han mandado escoba en mano  
para barrer el polvo detrás de la puerta.

Philip se vio atrapado por el silencio general. El león rugió y el lobo aulló en su desusada cabeza. Las personas y los arbustos se cubrieron de hechizo, y por primera vez vio la casa y el jardín como la veían sus creadores, con amor. Resultaba descabellado y tranquilizador al mismo tiempo. La magia destellaba en la circunferencia rodeada de tapias y setos. Humphry y Olive, rey y reina de las hadas, pronunciaron los áureos discursos de bendición de los hombres y mujeres casados y los niños nacidos y por nacer. (Olive había empezado a sospechar que estaba otra vez encinta.) A juzgar por la expresión de sus rostros, los espectadores estaban satisfechos.

Hedda llegó corriendo con su vestido de bruja. «¡Fuego, fuego!», gritó alegre y portentosa. El público volvió corriendo a la hierba.

El farolillo de Philip, con sus llamas y humo pintados, y sus siluetas siniestras y elegantes, ocupaba un sitio de honor junto a unas matas de hierba sobre una inestable columna de terracota. La vela se había tambaleado al quemarse y el papel se había prendido fuego. Luego había caído entre la vegetación, que era una mezcla de helechos, hinojo y amapolas, tanto grandes y sedosas amapolas Shirley como amapolas silvestres. Era un ejemplo muy inglés de vegetación casi silvestre, en cuyo centro había una foránea mata de hierba pampera mezclada con la maleza del año pasado; estaba tan seca que ardió furiosamente con un chisporroteo. Las amapolas se marchitaron con el calor. Olía a helecho quemado. Las chispas se alzaban entre la cortina de negras y minúsculas pavesas de hojas y semillas ennegrecidas. Violet dijo que iría a buscar un cubo, pero Olive le pidió que no lo hiciera, el fuego no se extendería y era una hoguera mágica de San Juan, como las que hacían los hombres

prehistóricos en la Edad de Piedra y las brujas medievales en los Downs.

Cuando se apagara, saltarían sobre las cenizas. Era una auténtica hoguera de San Juan, un signo propicio. Los enamorados debían saltar juntos sobre las cenizas. Habría que conservar las ramas —o tallos— quemados. Toby Youlgreave podía hablarles de las hogueras.

Todos se agruparon en torno a Olive, observando las llamas y oyendo sisear la savia en los tallos. Ella sonrió con descaro a Prosper Cain, August Steyning, Leslie Skinner y Tartarinov. Luego le dijo a Toby:

—Mira, incluso hay semillas de helecho.

Toby aclaró que las semillas de helecho eran demasiado pequeñas para verlas. Tenían el poder de volverte invisible si se recogían la noche de San Juan. Aunque había que recogerlas con una rama bifurcada de avellano en una bandeja de peltre. Se dice que son de un color vivísimo, y los folcloristas opinan que son las semillas de la ardiente luz del sol. Hay una leyenda alemana acerca de un cazador que le disparó al sol el día de San Juan y recogió tres gotas de su sangre en un paño blanco, que se convirtieron en semillas de helecho. Se dice que pueden mostrar dónde hay tesoros ocultos si se arrojan por el aire. Es uno de los hechizos más potentes que hay.

El fuego empezó a extinguirse, y se convirtió en un resplandor entre las grises cenizas que flotaban por el aire.

—Ahora tenemos que saltar —dijo Olive atractiva y encantadora. C cogió a Tom de la mano, tiró de él, corrió y saltó con él, riéndose y rozando las brasas con la falda. Humphry cogió a Griselda de la mano y ambos saltaron juntos. Muy pronto todos, anarquistas y etonianos, estaban corriendo y saltando mientras el esbelto dramaturgo balanceaba a la minúscula Hedda por la cintura.

Alguien se puso a cantar. Era Anselm Stern que, apoyado en un saúco, entonaba con voz clara y aflautada la canción de Loge acerca de la fruta de la eterna juventud:

Die goldene Äpfel,  
in ihrem Garten...

Era mágico. Todos coincidieron en que era mágico.

Los Wellwood se desvistieron en un dormitorio iluminado por una lámpara, las cortinas estaban abiertas y dejaban ver la luna y el cielo estrellado. Discutieron como de costumbre. Humphry llevaba puestos sus calzones de terciopelo y su jubón bordado, y estaba apoyado en una de las columnas de la cama contemplando a su mujer, despojada de sus túnicas y sus alas, vestida solo con un corpiño y bombachos, y todavía con las rosas y las flores de madreselvas prendidas en el cabello.

—Te he visto encandilar a todos esos hombres. Es superior a tus fuerzas. El alemán y el profesor, el dramaturgo y el soldado del museo, a todos les has dedicado

una mirada...

—No tiene nada de malo. En cambio no es del todo correcto explicarle a una niña pequeña como Griselda que las prostitutas empleaban pantalones verdes porque se revolcaban en la hierba.

—¿Eso he hecho? Desde luego he bebido demasiado. No debería haber dado por sentado que Griselda sabía lo que es una prostituta. Ella no vive en círculos avanzados.

—Bueno, Dorothy lo sabe, no sé cómo iba a no saberlo. Así que supongo que Griselda también.

—Etta Skinner las reclutará para repartir folletos en defensa de las prostitutas.

—Has bebido demasiado.

Ella empezó a quitarse, una a una, las flores marchitas del cabello. Él se quitó la ropa y se quedó allí de pie, ligeramente excitado, buscando su camisa de noche. Era de batista blanca, bordada por Violeta con calas y espadañas. Le había hecho un gorro de dormir con crisantemos dorados. Nunca lo empleaba, aunque lo colgaba de una columna de la cama y tal vez Violet supusiera que sí lo usaba.

—He bebido más de la cuenta por lo de Basil. Ahora ya lo sabe. Sospecho que lo ha sabido siempre, aunque no lo decía claramente. Según él, lo que escribí no era honrado.

—Has hecho lo que te parecía correcto —respondió Olive con desenvoltura.

—No estoy seguro. He hecho lo que sentía que tenía que hacer. Ahora creo que tendré que dimitir en el banco. Por motivos tanto nobles como innobles. Creo que es mi obligación. No sé cómo vamos a pagar la matrícula de Tom.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo Olive, interrumpiendo el acto de desabrocharse.

—Escribiré. Emplearé la pluma. Escribiré para los periódicos. Escribiré libros. Aún puedo tratar de cambiar el mundo.

Olive siguió desabrochándose. Se quitó la ropa interior.

—Escribiré más. Últimamente me va muy bien. Trabajaré más.

—Te gusta esa idea. Que la mujer sea la que gana el pan.

—Me gusta, sí. Creo que nos gusta a ambos.

—Por suerte hacemos una buena pareja.

Olive se había puesto el camisón blanco y no bordado por Violet.

—Tal vez demasiado buena. Ya sé que es un mal momento, pero tengo que decírtelo. Estoy casi segura de que pronto tendremos otra boca que alimentar.

Humphry alzó la barba, se echó a reír y abrazó a su mujer. Ella lo notó erecto, por debajo de las espadañas.

—Chica lista. Y yo tampoco soy tonto. Qué bien se nos da, ¿eh?, dulce Olive.

—No hace falta que seas tan engreído. Ya sabes que tiene sus riesgos. Supone unos gastos. Así no me será tan fácil ganar el pan.

—Tenemos amor de sobra para otro. Encontraremos un modo, siempre lo hemos hecho.

Él le acarició el costado sonriendo.

—Me parece que estás tan contento porque sigues borracho. ¿Cómo vamos a arreglárnoslas?

—Violet se encargará. Tú descansarás y escribirás. Y yo cambiaré el mundo, uno de estos días.

Desde su habitación iluminada por la luna, apoyado en el alféizar, Philip distinguía sus siluetas, moviéndose en la ventana, gráciles y dedicadas a oscuras ocupaciones. No los reconoció. Él estaba fuera observando. Eso le satisfacía. Vio que apagaban la lámpara, y se quedó un rato allí quieto, contemplando la luna. Luego cogió su pañuelo, se acostó y volvió a complacerse, estremeciéndose de breve placer en aquella soledad. Luego se relajó y se sumió en el sueño.



Nutcracker Cottage, como tantas otras cosas inglesas, parecía a primera vista un puro capricho, pero de hecho se trataba de algo más complejo. Era una cabaña de labradores restaurada, con el techo de paja nuevo y pequeñas ventanas como casetones en los gruesos muros encalados. El jardín delantero tenía largos lechos llenos de flores que bordeaban un sendero empavesado: malvaloca, espuelas de caballero, dedaleras, claveles, clavelinas y acianos entre una confusión de nomeolvides silvestres. La puerta principal daba directamente al salón, y las paredes estaban cubiertas de eso que William Morris había llamado «la honrada cal en la que el sol y las sombras juegan de modo tan placentero». El salón lo habían hecho convirtiendo dos habitaciones en una. En un extremo había un despacho incrustado en la pared, y empapelado con las madreselvas rosas y doradas de Morris, que contenía una mesa muy sencilla. Había muy pocos muebles: una pesada mesa de comedor, algunas sillas muy robustas de apariencia medieval y un piano cuadrado moderno. Tanta austeridad se contradecía, hasta cierto punto, por la profusión de vasijas de formas incongruentes que había sobre la repisa de la chimenea, el hogar o el alféizar de la ventana. Había absurdas tazas con caras sonrientes, un ejemplar de oro fino italiano y mayólica azul, decorado con arabescos y ménades, una imponente pieza de Minton estilo Sèvres, en ese violento rosa azucarado oscuro, con Pierrot y Colombina en una placa ovalada entre rosas y clemátides. De pie en un rincón había un objeto de casi un metro y medio de altura que sorprendió a Philip y que Prosper Cain reconoció en el acto como una versión del ánfora de Prometeo expuesta por Minton en la Exposición de París de 1867. Prometeo, modelado en carnal arcilla, estaba tumbado sobre la brillante cúpula turquesa de la tapa. Un águila verde y dorada se posaba sobre su muslo y su estómago y le rasgaba el hígado carmesí. Las altas asas eran titanes rubios y barbudos encadenados con cotas de malla. El cuerpo del ánfora estaba pintado con furia, una vertiginosa escena de cazadores orientales montados con turbantes y sabuesos, que alanceaban a un hipopótamo que abría la boca y mostraba sus colmillos y molares y una lengua y una garganta de coral. Al pie del ánfora, varias serpientes se enroscaban y entrelazaban con unas hojas de acanto. Philip se quedó mirándola boquiabierto. No acertaba a comprender los esmaltes, y menos aún el asunto en el que se inspiraba.

El teatro de marionetas estaba montado ya sobre la mesa del comedor, que habían apartado a un lado a fin de hacer sitio para el público. Era una caja grande y lacada de negro, velada por negras cortinas de terciopelo, y tenía columnas de imitación de

ónice y un arquitrabe dorado. La propia mesa estaba cubierta por una sábana negra debajo de la cual se apilaban las cajas de las marionetas.

August Steyning ofreció té a todo el mundo en el jardín. Su ama de llaves, la señora Betts, estaba disponiendo los sándwiches y una tetera sobre la mesa redonda de piedra que había en el césped. El jardín estaba rodeado de árboles, un castaño, un fresno, varios espinos y endrinos, y un cercado con una puerta que conducía a un bosquecillo sobre la falda de la colina, en el que, según aseguró Steyning, habían ocultado sorpresas para los niños que se aburrían con la charla de los adultos.

Anselm Stern vestía una chaqueta Norfolk, no muy británica, de color hollín, por encima de los pantalones ajustados. Se quedó de pie con su taza de té (Minton, de forma Dresde, decorada con pensamientos) y habló en alemán con Vasili Tartarinov. Cuando hablaba en inglés parecía inseguro, pero en alemán se volvía rápido y apasionado. Tartarinov, mucho más alto, vestido con su mono de trabajo, se inclinaba hacia él y le hablaba en voz baja con insistencia. Los ingleses sacaron la impresión de que trataban de conjuras y conspiraciones, en parte porque las únicas palabras que entendieron fueron los nombres del recientemente asesinado presidente francés, Carnot, y del anarquista guillotinado, Vaillant, que había arrojado una bomba en la Asamblea Nacional. Sin embargo, unos minutos más tarde, Tartarinov se unió con autoridad a una discusión acerca del tesoro real que se había entablado entre Olive Wellwood y Prosper Cain e hizo ciertas observaciones eruditas sobre los objetos de oro y plata que poseía el zar. Etta Skinner ataviada con una especie de tienda de campaña informe de color verde manzana, cogió su taza de té con mucho cuidado y contempló con ojos críticos el plato de los sándwiches, que representaba a las Tres Gracias danzando sobre un prado florido rodeadas de rosa azucarado. August Steyning sonrió. Dijo que probablemente ella habría pensado que tendría platos de loza, con las marcas de los dedos que los moldearon, ¿no era ese el *diktat* de William Morris? Etta respondió que esas eran, desde luego, sus preferencias, aunque todo el mundo tenía derecho a tener su propio gusto. August le explicó que le gustaban las cosas frágiles y absurdas, y que para pintar y dorar hacía falta tanto arte como para moldear. Philip se quedó allí, con aire hosco, digiriendo aquel argumento y pensando en su madre. Prosper Cain afirmó que sentía debilidad por Minton, que había diseñado algunas piezas muy osadas, incluyendo las columnas de cerámica del museo. Olive Wellwood describió cómo de niña había inventado toda clase de historias sobre las personas pintadas en las tazas de té.

—Había unas preciosas que solo empleábamos los domingos y las fiestas de guardar, con unas niñas vestidas con unas vaporosas enaguas rosas que trepaban entre unos peñascos cubiertos de arbustos con las raíces al aire. Les puse nombre a todas e imaginé cómo habrían acabado en un lugar tan pedregoso y que unas águilas las rescataban justo cuando empezaba a soplar el viento del norte... —Siempre que

Olive hablaba, se hacía en torno a ella un silencio electrizante. Tenía un aspecto encantador, con una túnica de algodón estilo Liberty de color crema, cubierta de flores silvestres, acianos, amapolas y margaritas. Llevaba puesto un sombrero de paja con una cinta escarlata. Cuando vio que todos estaban escuchándola, se rió y añadió —: Todavía lo hago. Esos personajes de los platos, que sorben de vasos que jamás vaciarán y cortan rosas que nunca se ponen en el cabello. Los imagino escapando de ese círculo plano. Una vez se me ocurrió una idea acerca de dos seres bidimensionales que trataban de orientarse en un mundo tridimensional. Y luego los seres tridimensionales entraban en otra dimensión del mismo modo. Captaban vistazos de otras formas de vida...

Anselm Stern le dijo algo a Tartarinov a propósito del *Porzellansocialismus*.

—¡Ah, sí, hum! —respondió Tartarinov—. La definición que hace Fiódor Dostoievski del socialismo utópico, ¡hum!, un paisaje frágil y placentero pintado en una taza de té. Socialismo de porcelana.

—Tal vez sea eso lo que seamos —observó amargamente Humphry—. Socialistas de porcelana, o, en el caso de Etta, socialistas de loza. Cuando llegue la sociedad justa, tendremos otras ideas de la belleza. Estoy de acuerdo con Morris, la porcelana de Sèvres es una abominación. Me sorprendes, August.

—Ser frívolo equivale a ser humano —respondió August—. Y ser absurdamente habilidoso también lo es, a mi entender. Espero que no estés pensando en legislar para impedirme tener una fuente de porcelana de Sèvres.

Humphry frunció el ceño.

—Debemos tener la esperanza de construir una sociedad en la que nadie quiera tener nada tan absurdo.

Etta asintió con vehemencia. Leslie Skinner afirmó que una nueva sociedad produciría modelos nuevos, todavía inimaginables. Hechos por artesanos, no por esclavos asalariados. Humphry miró en busca de Philip, pero este se había escabullido para volver a contemplar el ánfora de Prometeo.

Los niños, en su mayoría, habían salido, como se les había dicho, al bosque. En él encontraron varios animalillos ocultos en las grietas y colgados de las ramas: sapos verrugosos, lagartos escamosos, un búho con plumas de cerámica y ojos ambarinos, un par de cuervos malevolentes. Atados a sus cuellos y a sus garras había brillantes cajitas escarlatas llenas de caramelos y bombones. Pasaron mordisqueándolos junto a un rápido arroyuelo por encima de un puente de madera. Hedda había llevado consigo el zapato lleno de muñequitos, del que no estaba dispuesta a separarse.

Philip se quedó atrás. Quería quedarse en la casa y estudiar el ánfora, pero salió a tomar el té y un trozo de pastel, y descubrió algo igual de interesante. Una fuente que, como las jarras y tazas de dos caras que había dentro, y como las criaturas grotescas del bosque, era obra de los hermanos Martin, que agradaban a la imaginación teatral

de August Steyning. Estaba formada por una serie de platos gruesos esmaltados en fangosos tonos verdes y marrones y de vez en cuando con un vivo limo de color esmeralda. El centro era una maraña de raíces, serpientes, gusanos y enredaderas. Los platos estaban habitados por sapos, salamandras y peces con patas.

Detrás de la columna, fundiéndose con ella, había una figura de Pan con cuernos y barba, pestañeante y sonriente, el agua fluía sobre su suave torso y sobre el peludo pellejo de sus patas y sus pezuñas hundidas. Empuñaba su flauta y el agua goteaba despacio por los tubos llenos de delgados hilos vegetales.

Philip fingió estar absorbido por ella y acabó estándolo de verdad.

Alguien le puso la mano en el hombro.

—Tengo entendido que eres un experto en vasijas. —Se trataba de Arthur Dobbin, el acompañante de las Fludd. Philip se encogió de hombros y movió la cabeza. Murmuró que procedía de Five Towns, eso era todo—. ¿Y qué te parece esta monstruosa creación?

Philip respondió que era muy inteligente. Interesante. Difícil, en su opinión. Dobbin le dio una pequeña charla sobre los hermanos Martin y su extraño arte. Dijo que le habían contado que Philip quería hacer vasijas. ¿Era eso cierto? ¿Por ese motivo le había intrigado tanto el ánfora?

Philip respondió cautamente que sí, que quería hacer vasijas.

—No exactamente como esto. Esto está... vivo y es muy inteligente..., pero yo quiero..., quiero...

Recordó que Dobbin tenía algo que ver con la vasija acuosa de Todefright.

—Trabajo con un alfarero —le informó Dobbin—. Con Benedict Fludd, el marido de esa señora. Trato de ayudarle, pero él opina que soy un inepto. Creo en las artes manuales, pero mi talento no consiste en..., en trabajar con el barro. El señor Fludd no es un hombre paciente. Creo que es un genio. Me gustaría promover una comunidad de artistas, esa es mi mayor ambición, aunque me resultaría más fácil si fuese más habilidoso con las manos.

Su tono era una extraña mezcla de alegre entusiasmo y estólida pesadumbre. Le apretó el hombro a Philip, que dijo:

—Me gustaría ver la obra del señor Fludd. He visto la vasija..., la de la casa..., la he visto..., nunca había visto nada mejor...

Dobbin volvió a apretarle el hombro y luego aflojó.

—¿Qué harás cuando te vayas de aquí?

—No lo sé. Creo que están pensándolo.

—Tal vez yo pueda ayudar.

August Steyning salió de su casa con un enorme tambor, tocó un redoble y proclamó con voz clara y aguda que el espectáculo estaba a punto de empezar.

Cuando todos estuvieron sentados dentro, se plantó delante de la caja con las

cortinas y les habló.

Estaban a punto de ver a las Marionetas Sternbild, de Múnich, interpretar *Der Sandmann*, de E. T. A. Hoffmann. August quería decir una palabra o dos sobre las marionetas. Muchos de los presentes conocerían a Punch y a Judy. Él mismo había tenido sus propios Punch y Judy. Tanto ellos como su primo Kasperl eran artistas honrados con una antigua tradición. Eran marionetas y las marionetas eran terrestres, terrenales. Surgían del suelo, como seres subterráneos, gnomos o enanos, se apaleaban con sus bastones y luego regresaban a las profundidades de sus cajas, de nuestra conciencia humana. Los títeres, en cambio, son criaturas de las esferas superiores, como los elfos y las sílfides, que apenas rozan el suelo. Bailan con perfección geométrica en un mundo más intenso, menos torpe que el nuestro. Heinrich von Kleist, en un sugerente y misterioso ensayo, afirma osadamente que esas figuras actúan con mayor perfección que los actores humanos. Hacen exhibición de las leyes del movimiento: sus piernas se levantan y caen en arcos perfectos, de acuerdo con las leyes de la física. No tienen, al contrario que los actores humanos, necesidad de encandilar o caerle bien al público. Kleist llega tan lejos como para decir que el títere y Dios son dos puntos en un círculo. Los primeros títeres de sombras eran de hecho dioses, presencias divinas. «En Ámsterdam encontré algunos ejemplos de títeres de sombras orientales, el Wayang Golek, de cuyos movimientos se encargaban sacerdotes adiestrados. Herr Stern y yo hemos estudiado esos seres maravillosos e introducido algunos refinamientos en sus títeres alemanes.»

Hizo una reverencia. El cabello rubio le cayó sobre la cara. Retrocedió unos pasos detrás de la caja.

Una ilusión es una cosa compleja y un público es una criatura complicada. Ambos deben dejar de ser partes independientes y casi incontrolables y convertirse en un todo uniforme y bien engarzado. El mundo dentro de la caja, un mundo hecho de seda, satén, molduras de porcelana, alambres, bisagras, telones pintados, luces móviles y notas musicales debe cobrar vida con sus propias leyes del movimiento y sus propias normas narrativas. Y los espectadores, de ojos abiertos y codiciosos, distraídos y altaneros, preocupados, incómodos y tensos deben convertirse en uno, igual que un banco de peces de ojos enormes y aletas centelleantes se convierte en uno y va de aquí para allá en respuesta a mensajes de hambre, temor o placer. Cuando se oyó la flauta de August algunos estaban deseando escuchar y otros no. Se abrió el telón y dejó ver el dormitorio de un niño. Estaba apoyado en las almohadas. Su niñera, pulcramente vestida de gris, pululaba en torno a él y su sombra se cernía sobre él en la pared blanca.

Le contó al pequeño Nathanael la historia del hombre de la arena. «Les roba los ojos a los niños malos —dijo calmadamente— y se los da de comer a sus hijos, que viven en un nido en la luna y abren los picos como crías de búho.»

Se oyó el ruido de unos pasos que subían cansinamente las escaleras. El telón de fondo mostró la sombra del pasamanos y la cabeza y los hombros del anciano, de nariz ganchuda, jorobado y con manos como garras, que subía paso a paso con los faldones de la chaqueta balanceándose.

El niño se tapó la cabeza con las mantas y el escenario se oscureció.

En la escena siguiente, el padre de Nathanael, el alquimista, y su horrible visitante, el doctor Copelius, se inclinaban sobre un caldero con su fórmula secreta. El escenario estaba iluminado por la luz temblorosa de la lumbre. Nathanael se escondió y lo descubrieron. Copelius blandió su bastón de marfil. El padre cayó fulminado sobre las llamas. Salieron unas volutas de humo.

Siguieron unas escenas más felices. Nathanael crecido, su amigo Lothar y Clara, la hermana de Lothar, se encontraban y abrazaban en el jardín. Clara tenía tirabuzones dorados y llevaba un vestido de seda azul. El jardín estaba lleno de rosas y lirios y bañado por una luz azulada. Bailaron al son de la flauta.

Luego Nathanael estaba en su estudio en Roma, rodeado de libros minúsculos, una bola del mundo, un astrolabio, los esqueletos articulados de animales diminutos que se movían agitadamente cuando no había nadie en la habitación. Serpientes, ratas, lagartos, gatos. Proporcionaban ese placer que dan las miniaturas, réplicas perfectas y diminutas que despiertan un inexplicable interés en el espectador. En aquel lugar tan agradable, Nathanael recibía la visita de Copelius disfrazado, vestido con una capa, un sombrero de ala ancha y un antifaz, llevaba una bandeja de buhonero llena de brillantes ojos de cristal y pequeños tubos que eran catalejos. Nathanael compró un catalejo. Cuando miró por él, sujetándolo contra el ojo con su blanca mano de porcelana, apareció un círculo de luz rosada que se movía cuando él movía la cabeza.

Y luego, a un lado del escenario, se vio a una figura femenina asomada a la ventana y envuelta en un halo rosado y, al otro lado, a Nathanael, que la observaba con el catalejo. La figura llevaba un sencillo vestido blanco de seda, que la luz llenaba de llamaradas rosadas y pliegues sanguíneos. Apenas se movía..., de vez en cuando se llevaba la manita a la boca redonda para tapar un bostezo y agachaba con modestia la cabeza.

La escena del baile, que vino después, fue todo un triunfo. Una cajita de música tocó invisible. Las parejas daban vueltas por el escenario, deslizándose suavemente mientras bailaban el vals, trotando extravagantemente al bailar la polca y haciendo cortesías y reverencias. Nathanael bailó con Olimpia. El titiritero, con extraordinaria habilidad, creaba simultáneamente los agitados movimientos de su protagonista y el mecánico deslizarse de su amada. El títere masculino se azacana en torno al femenino, abriéndole paso, ayudándolo, interrogándolo, besándole la mano, temblando de emoción. Ella repitió su escaso repertorio de gestos, la graciosa

inclinación de la cabeza y el movimiento de la mano elegante para taparse la boca rosada y redonda.

El telón se cerró y volvió a abrirse. Nathanael irrumpió en la habitación donde el principesco padre de Olimpia discutía con el doctor Copelius. Ambos se amenazaban mutuamente con sus bastones de ébano. Copelius saltó por el aire como una rana furiosa. Los dos agarraron a Olimpia, que estaba muy quieta en una silla tapizada de satén. Uno la cogió por el cuello y el otro por el pie. Estiraron. Olimpia tembló, pero no se debatió; la representación de sus mínimos movimientos fue magnífica. De pronto se partió en dos de un modo terrible y sus restos quedaron esparcidos por todo el escenario, la cabeza voló hacia arriba arrastrando tras de sí su vaporoso cabello y el tronco salió despedido hacia un lado dejando ver una maraña de alambres metálicos. El príncipe y el médico se amenazaron el uno al otro blandiendo un brazo y una pierna. Hedda aplaudió, y un niño anarquista rompió a llorar y tuvieron que consolarlo. Nathanael se desmayó en su desesperación.

Lothar y Clara reaparecieron, lo levantaron y le hicieron volver en sí. Pasearon por la torre de una iglesia tras las almenas. Nathanael tenía el brazo en la cintura azul de Clara. Y luego el cielo se ensombreció y la sombra de Nathanael se alzó gigantesca a la luz de las candilejas y empezó a amenazarlo, como si tuviese vida propia. Él se volvió para enfrentarse a ella, y empezó a danzar dando vueltas de forma convulsa como si estuviese boxeando, como un ahorcado al extremo de la soga. Lothar cogió a Clara y la apartó de aquel enloquecido torbellino. Los movimientos de Nathanael se volvieron más violentos, más convulsos y cada vez menos humanos, y su sombra le clavó las garras desde el telón de fondo. Él saltó, moviendo las piernas en el vacío en un vuelo casi incorpóreo y luego se precipitó por encima de las almenas hacia su perdición.

Todos aplaudieron. Tom estaba sin aliento, como si hubiese participado en una pelea y hubiera perdido. Miró de reojo a Julian, Charles y Geraint, para ver cómo les había afectado la representación, y vio que estaban sonriendo y aplaudiendo entusiasmados, así que él también aplaudió. Philip aplaudió. Por encima de todo le habían interesado los rostros de porcelana de los personajes. ¿Cómo decide uno, cuando un personaje tiene que pasar por tantas cosas, y solo puede tener una expresión, cuál ha de ser esa expresión? Comprendía que el doctor Copelius pudiera arreglárselas con una boca que sonreía y hacía un gesto desdeñoso al mismo tiempo, pero Nathanael era perfecto, serio, no muy fuerte, delicadamente delgado y no precisamente sonriente. Su enloquecida danza del final había mostrado más la sombra que su rostro. Eso era inteligente. Y la diferencia entre el títere «verdadero» y Olimpia, el títere autómatas, estaba muy lograda. Se deslizaba de un modo que era una caricatura del modo en que deslizan todos los títeres..., eso tenía mucho mérito. Aplaudió.

A Dorothy no le había gustado *La Cenicienta* y tampoco le gustó aquello. En su

cabeza bullían imágenes de arañas, hilos y agujones. Pensó en los dedos que controlaban inteligentemente la historia y sus personajes, y sintió de manera casi inconsciente que aquel control era peligroso por lo que era necesario resistirse a él. Disfrutó con la desintegración de Olimpia. Se dijo a sí misma que no acababa de entenderlo, aunque sí que lo entendió y eso le disgustó.

A Griselda le encantó. Percibió una libertad en aquel mundo del interior de la caja donde las cosas eran más vivas, más hermosas y más terribles que en el mundo real. La túnica de seda azul de Clara con sus minúsculos pliegues le pareció mágica, mientras que su vestido de doña Puñeta era una monstruosidad. Olimpia era una excelente parodia —y un comentario— sobre el mundo de las tarjetas de visita y las tazas de té. Había cosas mejores en el mundo que las que le ofrecían a ella. Y el titiritero lo sabía.

Anselm Stern salió con August Steyning de detrás de la caja de terciopelo que ocultaba ahora a sus criaturas e hizo una tímida reverencia ante su público sin mirarlos a los ojos. La señorita Betts les llevó algo más de comer. Anselm Stern volvió a desaparecer. Griselda miró a Dorothy, que parecía enfurruñada.

—Me gustaría ver las marionetas. ¿Vamos?

—Seguro que le encantará que vayas. A mí no me apetece. —Griselda dudó—. Ve —dijo Dorothy—, le gustará.

Griselda se plantó junto a Anselm Stern, que estaba ordenando y enrollando los alambres, y guardando las figuritas, ahora inanimadas, en sus cajas o camas. Miraban con sus rostros lívidos y los ojos negros e intensos sin fijar la vista en ninguna parte en concreto. Griselda dijo:

—*Ich danke Ihnen, Herr Stern, ich danke Ihnen für eine grosse Freude. Das war ausgezeichnet.*

El titiritero alzó la vista y sonrió.

—*Du sprichst Deutsch?*

—*Meine Mutter ist aus Deutschland. Ich lerne nur, ich kann nicht gut sprechen. Aber die Sprache gefällt mir. Und die Märchen. Ist es möglich, den Sandmann zu lesen?*

—*Natürlich. Es ist ein Meisterwerk von E. T. A. Hoffmann. Ich schicke dir das Buch, sobald ich nach Hause komme. Deutsch mit Hoffmann zu lernen, das ist etwas.*

Se incorporó y le tendió formalmente la mano. Luego sacó un cuadernito y un lápiz del bolsillo, y le pidió que escribiera en él su nombre y dirección. Griselda estaba entusiasmada, tanto porque acababa de sostener una auténtica conversación en alemán como porque iban a regalarle un libro de cuentos de hadas.

Arthur Dobbin estaba pensando en Philip. Quería decirle a alguien que Philip debería volver con los Fludd y él mismo a Purchase House. Benedict Fludd necesitaba un



ayudante. Dobbin había querido serlo y había fracasado. La arcilla se retorció hasta volverse informe entre sus dedos. Sus hornos no funcionaban. Fludd le había dicho, cuando partió para Todefright, que no se tomara la molestia de volver. Él quería hacerlo. Fludd era un genio, y Dobbin quería tenerlo cerca. Quería llevarle a Philip como ofrenda de paz. Consideró la idea de preguntarle a Seraphita Fludd, pero ella no estaba acostumbrada a tomar decisiones, se limitaba a soportarlo todo majestuosa y sonriente. Dobbin tenía la sensación de no caerle bien a Geraint. Y Geraint temía los cambios de humor de su padre, como todo el mundo. También estaba Prosper Cain, que iba a Purchase House a pedirle consejo sobre cerámica, puesto que Fludd no quería ir a verlo a él. A Dobbin le costaba decidirse. Observó a Philip mientras contemplaba absorto y pensativo el espectáculo de marionetas. Dobbin quería formar parte de un grupo, una hermandad. Miró a Philip con un amor anticipatorio. Lydd, en las marismas de Romney, era el lugar perfecto para una comunidad, aun cuando Fludd tuviera una personalidad tan complicada. Dobbin podría suavizar las cosas. Pensaba que esa podía ser su vocación.

Había llegado a Lydd por casualidad. Como les había ocurrido a otros muchos, su vida había cambiado como resultado de una visita a Edward Carpenter en Milthorpe. Carpenter vivía, con su amigo de clase obrera George Merrill, una vida de estudiada simplicidad, cultivando la tierra, vistiendo sandalias y ropa tejida a mano, y tomando desnudos el sol y el aire. Dobbin había oído a Carpenter pronunciar una conferencia, en Sheffield, sobre los males de la civilización y el modo de curarlos y había respondido violentamente al razonable carisma del santo anarquista.

Era el rollizo hijo de la viuda de un médico. Se dedicaba aplicadamente al estudio de la medicina, como habría querido su padre, y lo suspendían continuamente en los exámenes. Imaginaba, tímidamente, apasionadas amistades con sus compañeros, pero la vergüenza le hacía enmudecer de forma casi patológica. Cuando oyó a Carpenter, supo que la única respuesta era un cambio de vida radical, o un autosacrificio. No se consideraba una persona imaginativa. No sabía dónde buscar una nueva vida.

Se las arregló para balbucirle algunas de estas cosas a Carpenter, mientras fumaban y bebían una cerveza después de la conferencia. Carpenter lo reconoció por lo que era, y lo invitó a visitar Milthorpe.

Allí probó el pastel de salmón de George Merrill y vio a los dos hombres hacer punto tranquilamente. La casa estaba ocupada por una variable población de buscadores, idealistas y extraviados. Había gente de Cambridge, granjeros, mujeres emancipadas y clérigos insatisfechos. Dobbin dejó la medicina y consiguió un empleo en una farmacia. En Milthorpe un verano se bañó desnudo en el río con un vagabundo gitano llamado Martin Calvert. Calvert había estudiado para cura y lo había dejado. Había sido lego en una comunidad religiosa en Glamorgan. Había aprendido a tejer en una comunidad de artesanos de Norfolk. Cuando Dobbin lo

conoció, había decidido ser alfarero. «Para trabajar con la propia tierra», decía. A Dobbin le encantó la idea de un arte de la tierra. Mientras se bañaban repararon, entre risas y sonrojos, en que sus miembros estaban erectos y meciéndose en el agua, «como serpientes encantadas», se había reído Martin, y Dobbin quedó encandilado.

Emprendieron un viaje a pie en busca de un maestro de la cerámica. Fueron al museo de South Kensington y vieron unas vasijas hechas por Benedict Fludd. Martin Calvert afirmó que aquel hombre era un genio y debían tratar de encontrarlo. Dobbin apreció la perfección de las vasijas con los ojos de Martin, tal como él describía sus proporciones, la sutileza del esmaltado, la autoridad.

Se encaminaron al sur, en busca de Fludd. Lo encontraron en Purchase House, una mansión isabelina casi en ruinas, oculta en una zona boscosa en la llanura de las marismas de Lydd. Martin habló por los dos con un entusiasmo arrebatador. Fludd estaba muy comunicativo y aceptó su oferta de ayuda con una cocción. La cocción fue un desastre. El humor de Fludd se ensombreció. Los maldijo. Dobbin estaba casi seguro de haberle oído pronunciar una maldición formal, sacada de un sermón conminatorio. A la mañana siguiente, Martin no estaba allí. Había cogido sus cosas, se había escabullido antes del amanecer y había desaparecido.

Dobbin se quedó y esperó una señal que no llegó. Evitó la presencia de Benedict Fludd, que vivía en una especie de retiro, y trató de ayudar a Seraphita y su familia. No sabía hacer vasijas, pero sabía cocinar. Cocinó pescado fresco, pasteles de verduras y tartas de crema. Las Fludd no sabían cocinar, y en esa época eran demasiado pobres para contratar a una cocinera. Lo aceptaron. Él tenía el corazón destrozado, pero era demasiado humilde para darle importancia a eso.

Así pasaron unos seis meses. Fludd fingía no ver a Dobbin, y Seraphita le entregaba pequeñas sumas de dinero para que hiciera la compra y algunas chapuzas. Un día Dobbin entró en la iglesia del pueblo. Los marjales estaban salpicados de iglesias imponentes, construidas por marinos y granjeros ricos antes de que el mar retrocediera y el cieno obstruyese los canales. Aquella iglesia estaba consagrada a santa Edburga. Para sorpresa de Dobbin, tenía una pequeña vidriera de Burne-Jones, que mostraba a la santa con una elegante túnica blanca, descalza en unos prados floridos. Dobbin se arrodilló bajo su luz herbosa y dorada, apoyó la cabeza entre las manos, rompió a llorar y las lágrimas le corrieron entre los dedos.

Alguien se le acercó por detrás, le tocó amablemente y se ofreció a ayudarlo.

Así fue como Arthur Dobbin conoció a Frank Mallett, el pastor de santa Edburga. Era delgado, flaco y rubio, con un precioso bigotito y una perilla shakespeariana. Era soltero y vivía en una cabaña en el pueblo de Puxty. No era Martin, ni Edward Carpenter. En muchos aspectos —su timidez, su falta de amor propio— se parecía a Dobbin, así que pronto abandonó sus papeles de consejero o salvador y se convirtió en un amigo. Hablaron del sueño de una comunidad o hermandad, de la nueva vida

que podría iniciarse en los húmedos graneros y cabañas de Purchase House para beneficio de todos.

Dobbin decidió que lo único que podía hacer era preguntarle a Geraint. Geraint estaba hablando con Julian y Florence Cain de internados y clases particulares. Geraint pensaba que le habría gustado estar en Eton o Marlowe, pero recibía clases de historia y latín de Frank Mallett y compartía un preceptor, que le enseñaba matemáticas, con los hijos del terrateniente local. No le gustó que Dobbin le interrumpiera, preguntándole por Philip.

«Ve a decírselo a mi madre», dijo.

Dobbin pareció deprimido. Ambos sabían que no le daría ninguna respuesta. Florence afirmó que había visto los dibujos de Philip y eran extraordinarios. Geraint respondió que, si era tan bueno, no le harían ningún favor enterrándolo en las marismas donde no tendría nadie con quien hablar. Florence añadió que había estado durmiendo en una tumba en el sótano. El interés de Florence llamó la atención de Geraint. Dijo que creía que su padre estaría dispuesto a plantearse lo de Philip si el padre de Florence lo recomendara..., si le enviase una carta o algo parecido. Consultaron a Prosper Cain, y él habló con Seraphita, que sonrió pacíficamente y afirmó que estaba segura de que todo saldría bien.

**H**umphry se marchó el lunes por la mañana decidido a dimitir de su puesto en el Banco de Inglaterra. Le embargaba una enorme excitación nerviosa. Le explicó a Olive —que estaba descansando en la cama— que hablaría con el secretario y le pediría que hiciese efectiva su dimisión de inmediato. Afirmó que echaría de menos a la anciana institución. Pensaba quedarse en el centro y ver a algunas personas. Asistiría a la velada de *The Yellow Book*, en Cromwell Road, y hablaría con Harland. Pasaría a ver a Henley, del *New Review*, y se dejaría caer por *The Economist*. Y tal vez cogiera el tren a Manchester y hablase con los del *Sunday Chronicle*. Olive observó amablemente que en algún momento tendría que sentarse y escribir algo de verdad. Y añadió que esperaba que el arresto de Oscar con un libro amarillo debajo del brazo no acabara hundiendo la revista.

—No era más que una novela francesa. No el *The Yellow Book* de Harland.

—Sin embargo, una multitud muy desagradable les rompió los escaparates.

Humphry se agachó, vestido con su traje de ciudad, y besó a su mujer. Los primeros días de embarazo ella nunca demostraba mucho interés por él, otra razón más para hacer un viaje. Dijo que pediría que le subieran el desayuno.

—Y dile a Tom que venga, si lo ves.

—Por supuesto.

En el vestíbulo, Violet lo esperaba con el abrigo, el sombrero y el maletín. Él se preguntó si Violet sabría que Olive estaba embarazada. Apenas estaba enterado de lo que las dos hermanas sabían la una de la otra.

—Cuida de la casa, Vi —dijo.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

Tom subió con el desayuno, que Ada le había puesto en una bandeja. Olive dijo, como hacía siempre: «Ven a mis brazos, mi niño radiante», y los dos se echaron a reír. Tom puso la bandeja en la mesita y se inclinó para dejar que lo besara Olive. Estaba ruborizada. Su cabello era una mancha oscura sobre las almohadas. En otro tiempo, Tom se acurrucaba con ella en la cama, y ella le contaba cuentos sobre los guerreros de dos centímetros de altura que desfilaban por las colinas y valles de la colcha. Luego, tanto Dorothy como él habían sido invitados a acurrucarse uno a cada lado, pero Dorothy era un poco torpe y todo se había vuelto más incómodo. Hacía ya tiempo que Tom era demasiado mayor para meterse en la cama. Pero se sentó en el borde, le acarició los brazos invisibles debajo de las sábanas y dijo que lamentaba que

no se encontrara bien. Ella sonrió y respondió que pronto estaría mejor. Le apetecía trabajar un día en la cama. ¿No le importaría llevarle los libros de cuentos? Se le habían ocurrido unas cuantas ideas nuevas. Tom volvió a besarla, saltó de la cama y fue al piso de abajo.

Los libros de cuentos se guardaban en una vitrina en el estudio de Olive. Cada niño tenía su propio libro y su propia historia. Había empezado, por supuesto, con Tom, cuya historia era la más larga. Cada historia estaba escrita en un libro distinto, decorado a mano con papeles pegados y dibujos de colores. El de Tom era negro azulado y estaba cubierto de helechos, unos reales, secos y prensados, y otros recortados en papel oro y plata. El de Dorothy era de color verde bosque y estaba adornado con recortes de animales diminutos: erizos, conejos, ratones, ranas y herrerillos. El de Phyllis era de color rosa, como de encaje, y estaba decorado con hadas de alas vaporosas y vestidos floridos, guisantes de olor, campanillas, margaritas y pensamientos. El de Hedda estaba pintado de rayas púrpuras, verdes y blancas, con siluetas de brujas y dragones. El libro de Florian era muy pequeño, de color rojo intenso, con Papá Noel y un árbol de Navidad.

La idea surgió cuando Tom descubrió en su historia una puerta que conducía a un mundo mágico que aparecía y desaparecía. La puerta imaginaria se encontraba en un lugar real, en un sótano de Todefright lleno de carbón y telarañas. Era una trampilla plateada por la que solo cabía un niño, pero no un adulto, y únicamente era visible a la luz de la luna llena. Conducía a un mundo subterráneo lleno de túneles, pasadizos, minas y animales y personajes extraños, benéficos, maléficos e indiferentes. Resultaba que el héroe de Tom, que en ocasiones se llamaba Tom y en ocasiones Lancelin, estaba inmerso en la búsqueda, aparentemente interminable, de su sombra, que le había robado una rata, cuando él todavía estaba en la cuna.

El cuento había tenido tanto éxito, que Olive había inventado otras puertas, encajadas en el tejido de su realidad cotidiana, para los demás niños. El álgter ego de Dorothy, una niña muy resuelta y decidida llamada Peggy, había encontrado una puerta de madera con remaches de hierro entre las raíces de un manzano del huerto. Resultó ser el acceso a una extraña región poblada de personas, animales y seres híbridos capaces de cambiar de piel y de tamaño, unas veces por elección y otras por accidente, en la que uno podía ser un niño y convertirse de pronto en un erizo oculto entre las hojas muertas. En aquel país había lobos y jabalíes. El personaje de Phyllis, una princesa que había sido cambiada por una criada, descubrió una grieta en una tetera que le habían mandado lavar, justo en mitad de una escena en un precioso prado en el que unas damas bailaban al son de la flauta y el tamboril. Uno podía hacerse lo bastante pequeño para colarse a través de la grieta mordisqueando ciertas hojas de té chino, conocido como «pólvara de cañón», que eran unas bolitas duras que se desenrollaban hasta tener forma de hoja al meterlas en agua caliente. En la

historia de Phyllis había castillos donde príncipes y princesas, durmientes o congelados, esperaban a que el salvador encontrase la clave para liberarlos. La puerta de Hedda estaba dentro del reloj del abuelo que había en el comedor. La puerta solo podía verse cuando el reloj daba la medianoche. Conducía a un mundo de brujas, magos, bosques, sótanos y pociones, en el que había niños en jaulas esperando a ser rescatados y donde enanos mágicos y brujos, damas oscuras y gnomos azules rivalizaban entre sí cambiando de forma constantemente. La historia de Florian apenas había empezado. Tal vez su puerta estuviese en la chimenea, donde afirmaba haber visto una robusta figura escarlata con un saco. Aunque también podía ser que aquello no llevara a ninguna parte y tuviese que inventar un mundo diferente. De momento, su historia estaba poblada por sus juguetes de peluche, un oso llamado Peludo, un gatito blanco llamado Nieve y una serpiente de punto llamada Ringary. En el mundo del otro lado de la puerta los tres eran figuras poderosas, resplandecientes y deslumbrantes, Oso, Gato y Serpiente.

Tom hojeó su libro. La historia había avanzado una o dos páginas. Un grupo de buscadores estaban descendiendo por un túnel oscuro, eran el héroe sin sombra, un lagarto dorado del tamaño de un terrier con ojos granates y un ser informe, transparente y gelatinoso que se derramaba por el suelo y cambiaba constantemente de forma. Acababa de aparecer un nuevo personaje, que había pasado corriendo por delante de ellos dejando unas leves huellas en el polvo. Se había suscitado la duda de si se trataba de la sombra perdida, que había cobrado corporeidad; de otro buscador, amigo o enemigo; o simplemente de un desconocido en la oscuridad.

Las historias de los libros eran, por su propia naturaleza, interminables. Eran como gusanos segmentados, con uñas y ojos capaces de encajar en la siguiente sección móvil y retorcida. Cada cierre de la trama tenía que contener un nuevo comienzo. Había tramas secundarias, que volvían a desembocar, una y otra vez, en la trama principal. Olive saqueaba a veces los cuentos de los niños en busca de situaciones que pudiera publicar, o de ambientes y personajes, pero todos estaban de acuerdo en que si la magia persistía era porque estaba oculta, porque se trataba de un secreto compartido.

Todos ellos, desde Florian a la propia Olive, iban por la casa y el jardín, la arboleda y el huerto, los establos y el bosque con la sensación de que las cosas tenían formas invisibles, además de visibles, incluyendo la recia cocina y las paredes del cuarto de los niños, que ocultaban torreones de piedra y aposentos revestidos de seda. Sabían que las madrigueras de los conejos conducían a caminos subterráneos que llevaban al país de los muertos, y que las telarañas podían convertirse en cadenas tan fuertes como el acero, y que miríadas de criaturas transparentes danzaban junto al borde de los prados y charlaban colgadas de las ramas como murciélagos, aunque

eran invisibles e inaudibles. El jugo de cualquier fruta o flor podía ser la poción que, frotada en los ojos, rozada con la lengua o los oídos, concediera al espectador o al oyente una vía de entrada, un poder de percepción sobrehumano. Cualquier ramita retorcida podía ser un mensaje o una señal. El mundo visible e invisible se entrelazaban y superponían. En cualquier momento se podía pasar del uno al otro.

Tom le llevó el montón de libros a su madre, que esperaba arrebujada entre edredones y colchas. Olive le preguntó si los había hojeado. Por supuesto, respondió Tom, claro que los había hojeado.

—¿Y quién crees que corría delante de ellos?

A veces inventaban la trama entre los dos.

—Un niño perdido. ¿Un niño que cayó a un pozo por accidente?

Olive lo meditó un instante.

—¿Amigo o enemigo?

Tom no estaba seguro. Afirmó que el intruso podía no saberlo todavía. Podía resultar ser cualquiera de las dos cosas. Aún confiaba en salir de allí cuanto antes, le explicó Tom a su madre, no había reparado en lo difícil que era escapar.

—Lo pensaré —dijo Olive—. Ahora ve a estudiar latín.

A Olive le asustaba a veces la incansable inventiva de su cerebro. Era un consuelo saber que así ganaba dinero, cheques de banco válidos en sobres verdaderos. Eso la anclaba al mundo real. Y en el mundo real brotaban historias allí donde volviera la vista. La acuosa vasija de Benedict Fludd que había en las escaleras, por ejemplo. Miraba por casualidad los renacuajos traslúcidos e inventaba un mundo subacuático de ninfas amenazadas por una enorme serpiente de agua, o tal vez por aquel viejo terror, Jenny Dientesverdes, acechando entre las algas y examinándolas con sus dedos retorcidos, antes de llegar a tierra.

Los acontecimientos del día anterior también se habían convertido en materia para un cuento, nada más suceder. Había visto la versión de Anselm Stern del cuento de E. T. A. Hoffmann con agrado..., su respuesta a cualquier representación, a cualquier obra de arte, era el deseo de hacer otra, de hacer una ella misma. Se instalaba a observar en ese mundo, pero no lo hacía con mera cotidianidad. El deslizarse de los títeres, el resplandor de las candilejas en sus vestidos de organdí de seda, los hilos apenas visibles, como la seda de una araña, se habían transformado en otras figuras y otras luces en su imaginación, casi antes de que hubiesen realizado su propia secuencia de movimientos. ¿Y si un títere se las arreglase para liberarse y cobrar vida y se paseara entre los torpes humanos de dedos gruesos y carnosos? No sería igual que Pinocho, esa criatura no querría ser un «niño real», sino tan solo un deseo de tener vida independiente. Por un momento, en el terrible instante en que Olimpia se desintegró en un torbellino de miembros arrancados, Olive había hecho

justicia a Anselm Stern y se había limitado a responder a su arte sintiendo solo una impresión. Sin embargo, luego volvió a perderse en su imaginación. ¿Y si un títere que se hubiese convertido en una criatura real conociese a una muñeca que se negase a serlo, que fuese inerte, cérea, complaciente? Había muñecas que en cierto modo tenían almas —o carácter, o personalidad— y las había que se negaban a cobrar vida, que se quedaban sentadas sonriendo con sosería. A Dorothy no le gustaban las muñecas. Phyllis tenía una caja llena, en la que las había tanto con vida como sin ella. Supongamos que un títere recién liberado entrase en el cuarto de los niños y se viera atacado por un montón de réplicas en formación —por supuesto, había sacado aquella idea de Olimpia, qué inteligente era Hoffmann—, se podía hacer un cuento para niños verdaderamente inquietante, pero había que tener cuidado, y ella lo sabía, de no sobrepasar los límites de lo tolerable. A menudo estaba a punto de superarlo. De hecho, su éxito como escritora de cuentos para niños había empezado con *El bosquecillo*, que se acercaba mucho a lo inadmisibile y, de hecho, según algunos críticos perspicaces, sobrepasaba esa frontera. Pero a los niños les gusta vislumbrar lo insoportable a dosis tolerables. Ella misma había tenido un libro de niña, los *Cuentos de Hans Andersen*. Su madre le había leído *La princesa y el guisante* y *Pulgarcita*. Le había horrorizado la niña de un centímetro de altura, al cuidado del ratón estúpido y amable, que estaba prometida a un topo negro y ciego que pretendía llevársela a disfrutar de las comodidades burguesas bajo tierra, donde no volvería a ver la luz del sol. Era probable, pensaba Olive, que los complicados vagabundeos subterráneos de Tom tuviesen su origen en su propio temor infantil al túnel del topo de *Pulgarcita*.

Untó la tostada de miel y sorbió un poco de té. Tom le había dejado un ramillete de flores silvestres en la bandeja del desayuno, violetas, campanillas y unas ramitas de helecho. Sintió un leve acceso de náusea al morder la tostada, que alivió el azúcar de la miel. Una imagen del niño no nacido que llevaba en su interior acudió a su imaginación, un ser acurrucado en una membrana amniótica y unido, como un títere, por un largo hilo a su propia vida. Se esforzó por no sentir temor ni esperanza por el no nacido. Si pensaba en ellos, los veía más como al céreo niño que había nacido muerto que como un Tom o una Hedda potenciales. Temía por ellos, y aquel temor perturbaba su tranquilidad. También se preocupaba por ellos. Mordió el pan con miel y mantequilla nutriéndose a sí misma y a la vida ciega a la que no había invitado exactamente a instalarse en su seno. Volvió en su imaginación al sombrío fugitivo subterráneo.

Olive Grimwith era hija de minero. Su padre, Peter Grimwith, había sido ayudante de capataz y arrancaba carbón en su puesto, debajo de la misma tierra por la que ella pasaba para ir a la escuela o a la tienda en Goldthorpe. Su madre se llamaba Lucy, de soltera Lucy Appledore, la hija de un pañero de Leeds. Lucy era una mujer pequeña, delgada y exhausta, que albergaba la esperanza de llegar a ser maestra de escuela, y



sabía cosas como el significado del nombre Lucy, que quería decir «luz». Tuvo cinco hijos: Edward, Olive, Petey, Violet y Dora, que había sido un bebé inesperado, y había muerto, como su madre, de neumonía, cuando Olive tenía doce años. Edward y Petey habían ido a trabajar a la mina a los catorce años. Olive Wellwood no contaba historias de Goldthorpe o la mina Gullfoss. Había empaquetado los montones de carbón y las poleas, la casita en Morton Row, con su salón oscuro y desierto, su animada cocina y su minúsculo jardín, el olor omnipresente de los montones de escoria en los patios, y el hollín que flotaba hasta enredarse en las cortinas de encaje. Lo había empaquetado todo y lo veía en su imaginación como un paquete atado y bien atado, envuelto en papel encerado y con sellos de cera roja en los nudos, que una mujer parecida aunque distinta a ella cargaba constantemente por un páramo barrido por el viento, a veces en la cabeza, a veces entre los brazos, como el cojín donde reposan los atributos reales durante la ceremonia de coronación. Aquella imagen no era un cuento. La mujer no llegaba nunca a su destino y el paquete no se abría jamás. El tiempo era gris y el viento turbulento. Cuando Olive Wellwood notaba que sus recuerdos iban en esa dirección, era capaz de desplazarlos por un raíl imaginario y desviarlos desde «allí» de vuelta a Todefright, a la penumbra de sus bosques silvestres y sus vaporosas apariciones.

Olive Grimwith persistía en Olive Wellwood, sobre todo debido a la presencia de Violet Grimwith, que, aunque era pequeña cuando sucedieron todas las desgracias, sentía lo mucho que tiraban sus raíces, se empeñaba en recordar y de pronto decía cosas como: «¿Recuerdas el pan con pringue de los domingos? ¿Te acuerdas de cuando untábamos de grasa las botas?».

Era Olive quien, cuando no podía evitarlo, era capaz de recordar a Peter y a Petey, a Lucy y a Dora. O eso pensaba Olive.

El narrador de la familia no era Lucy, que les enseñó a leer y escribir, y trató de inculcarles modales. Era Peter, que llegaba a casa a tomar el té con la ropa rígida y negra por el polvo de carbón, los ojos y los labios enrojecidos en la cara negra y las uñas rotas y teñidas de azabache. Subía a Olive en sus rodillas, después de bañarse, y le contaba historias del mundo subterráneo. Le hablaba de los animales que vivían allí abajo, de los ponis de nariz blanda que arrastraban las vagonetas de carbón a lo largo de los túneles, de las ratas y los ratones que entraban y salían a toda prisa de los morrales de los ponis y que se comían las judías de los mineros y les roían las velas, si no iban con cuidado. Le hablaba de los canarios amarillos que saltaban temblorosos en sus jaulas. Era un sistema de alarma viviente. Si caían muertos de pronto, era señal de que se aproximaba uno de los terrores invisibles, el gas asfixiante, el gas venenoso o el grisú. Todos eran vapores liberados del profundo sueño del carbón por los mazos y los picos de los mineros, o por el hundimiento de una sección de puntales en el pozo. Y es que el carbón, le contó Peter Grimwith a su

hija, había sido antes bosques vivos..., bosques con helechos altos como árboles y gruesos como barriles, y tan retorcidos y escamosos como serpientes, que se habían hundido y compactado en el barro primitivo. Se podía encontrar el fantasma de una hoja con millones de años de antigüedad, o el molde de una libélula de un metro de envergadura, o la huella de un lagarto monstruoso. Lo más increíble era la idea de que su muerte vegetal estuviese solo en suspenso. Los tres gases eran las emanaciones producidas durante su descomposición interrumpida. Le dijo los nombres de las plantas muertas que ahora ardían y llameaban en su cocina. *Lepidodendron*, *Sigillaria*. Le dio los nombres científicos de los gases que ellos llamaban «vapores». El dióxido de carbono, que te asfixiaba antes de que te dieras cuenta. El monóxido de carbono, que se te acercaba con sigilo, pacíficamente, por así decirlo, oliendo a violetas y otras flores. Y el grisú que era el metano, «que es lo que sale por el trasero de las vacas, Olive». Se contaban historias de ratas que, al huir con una vela encendida entre los dientes, habían causado explosiones enormes. «Tal vez podrías acercarle una cerilla a una vaca, Olive», decía Peter, y Lucy respondía: «Contén la lengua, esas no son cosas para contarle a una niña».

También había historias sobre los habitantes invisibles de las minas: seres conocidos como Golpeadores, a los que se oía dar golpes, una criatura llamada Gorrazul, que estaba revestida de una llama azulada y a veces ayudaba a empujar las vagonetas, y un espectro malvado llamado Cortacables, a quien le encantaba cortar los cables, o cadenas, con las que los ponis y los mineros tiraban de las vagonetas y carretillas. Si sabías que andaban cerca, más te valía darles medio penique. Sus cuentos sobre los duendes de las minas eran tan auténticos y vívidos como sus historias de ratas y canarios.

De vez en cuando, llevaba a casa en el bolsillo un trozo de carbón con una hoja de helecho aparentemente grabada en él. Y, en dos ocasiones, llevó una de las «bolas de carbón» por las que era tan famosa la mina Gullfoss. Una bola de carbón es un conglomerado de seres que vivieron en otra época, hojas, tallos, ramas, vainas, flores e incluso semillas de millones de años de antigüedad. Olive Wellwood todavía conservaba aquellos bloques petrificados, pero nunca se los había enseñado a nadie.

Edward, un chico fornido como su padre, había bajado encantado a la mina, o esa impresión tenía Olive cuando se paraba a pensarlo, pues nunca había «conocido» a Edward, que era demasiado mayor para fijarse en ella. Petey era diferente. Petey. Era un año mayor que ella, y había salido a la madre más que al padre, era un chico pequeño, aunque nervudo, con el cabello fino de su madre. (Olive había heredado su poblada mata negra como ala de cuervo directamente de Peter.) Era un chico que escribía poemas, y conocía el nombre de las flores y las mariposas, y le decía a Olive que sabía que tenía que bajar a la mina, aunque no era eso lo que quería. «¿Qué?», le susurraba Olive al oído, en la oscuridad, en la cama, donde estaban abrazados para

estar más calientes y cómodos. «¿Qué es lo que quieres?» Y Petey respondía: «De nada sirve querer nada, si no puedo conseguirlo». Y Olive decía: «Yo lo haría, si fuese un chico». Y Petey replicaba: «Las dos cosas vienen a ser lo mismo, ¿no crees? Tú sabes que tienes que ser una chica, y yo que tengo que bajar a la mina».

Petey bajaba al pozo, porque era su deber, y como era un chico muy menudo, lo pusieron a vigilar una entrada. La ventilación, y la contención del grisú, dependían de una serie de portezuelas controladas por chicos de baja estatura, que se acurrucaban en unos agujeros excavados en la pared y sujetaban una cuerda de la que tiraban para dejar pasar las vagonetas. Hacían turnos de doce horas sentados en la oscuridad, bajo aquel techo bajo, esperando a oír el sonido de las vagonetas al acercarse. Petey no le contó a nadie lo mucho que le asustaban la oscuridad y la agobiante estrechez de su agujero, oprimido por kilómetros de tierra, carbón y piedra, que, en cierto modo, le oprimían también a él. Pero, la noche antes de bajar por primera vez, se agarró a Olive con fuerza y le dijo: «¿Y si no puedo? ¿Y si no me atrevo?».

Y Olive pensó en lo que haría ella, si la obligaran a bajar allí, y en cómo empezaría a gritar y a temblar en la jaula durante el descenso, aullando para que la devolvieran a la superficie. Era incapaz de imaginarse agachando la cabeza para atravesar aquel umbral y arrastrándose en la oscuridad. Se abrazaron temblorosos y por las mejillas de ambos corrieron lágrimas húmedas y ardientes.

La primera vez, cuando salió, Petey dijo que no era tan malo. Pero, a la mañana siguiente, Olive lo notó rígido de terror.

Se acostumbró. Llevaba poco menos de un año tirando de la cuerda en la oscuridad, cuando, en la superficie, el lecho del río Gull tembló, se estremeció y empezó a burbujear, que despertó la curiosidad del peón de una granja. Aquel hombre vio, con gran sorpresa, que el río empezaba a vaciarse por ambos lados, a través de sendas grietas en las orillas. Echó a correr. Comprendió que la tierra entre el lecho del río y el techo de la mina había cedido y que el agua estaba vertiéndose en el interior de la mina. Corrió casi cuatro kilómetros hasta llegar a la boca del pozo; unos hombres bajaron a dar el aviso y otros subieron, tras vadear el atronador torrente que estaba anegando los túneles y los pozos y cortando las comunicaciones con las galerías más alejadas.

El agujero de Petey fue uno de los que se inundaron. Olive no supo si se inundó de prisa o despacio, si había tratado de escapar o si había quedado sumergido en el acto. El remolino de agua negra y sucia absorbió y escupió los cuerpos de los muchachos —seis de ellos y siete hombres—. Un miembro del equipo de rescate cayó en una cueva y se ahogó también.

Se celebró un servicio religioso en la capilla y se hizo una colecta para erigir una lápida conmemorativa en el lugar del desastre. Peter Grimwith parecía más pequeño. Andaba encorvado, mirando al suelo. Aun así sentó a Olive en sus rodillas después

del té —empezaba a ser demasiado grande—, pero no tenía ningún cuento que contarle, ni llevaba secretos en los bolsillos. Lucy no lloró delante de los niños. Estaba encinta, no paraba de toser, el contorno de sus ojos estaba hinchado y enrojecido. También ella, a pesar de su vientre hinchado, parecía estar menguando.

Seis meses después, conmovieron al pueblo entero una serie de crujidos y explosiones. Todos sabían lo que eso significaba, vivían en un perpetuo temor de que sucediera. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo —un pastel a punto de cocer, una bota a medio limpiar, las tiras de periódico para el depósito de la ceniza— y acudieron con presteza, unos pocos corriendo, y la mayoría andando deprisa, muy deprisa, a la boca del pozo, donde las llamas, las cenizas y el polvo caliente volaban en el cielo vespertino. Los hombres subieron y trataron de decir dónde estaba el daño, dónde debía de haber gente atrapada. Olive cogió de la mano a Violet, porque esta se había aferrado a ella. Habría preferido no tener ningún contacto humano, no ser, quedarse en suspenso. La falta de noticias resultaba insoportable. Estaba vivo, subiría, lo abrazarían y llorarían. Estaba muerto, sacarían su cadáver, o no, si estaba carbonizado, o enterrado a demasiada profundidad en el traicionero pantano de carbón.

No lo encontraron, ni a él ni a ninguno de los que estaban trabajando con él. La espera fue tan larga, y tan difícil, como pueda imaginarse.

Una vez, Olive despertó en plena noche con la idea de que Peter y sus compañeros seguían vivos allí abajo, en una bolsa de aire detrás de un montón de cascotes, esperando un equipo de rescate que no podía llegar, y de hecho no llegaba, a donde estaban.

Aquellas dos historias las guardaba en el paquete atado y envuelto en papel encerado. La mujer recorría el páramo azotado por el viento con el paquete cerrado que contenía aquellas cosas tan obscenas.

Cuando Lucy guardó cama y empezó a morir, con el recién nacido que se negaba dócilmente a tomar leche, o a empezar a vivir, Olive se quedó junto a su cama, inmóvil como una estatua. Violet estuvo maravillosa. Preparó caldo de carne, tras rogar a las vecinas por un poco de ternera, y lo metió a cucharadas entre los labios agrietados de Lucy, le lavó la cara, le frotó las manos, se inclinaba y le levantaba los párpados enrojecidos, para mirarle los ojos. Ada, la hermana de Lucy, llegó de Batly y animó a Lucy a vivir. La tía Ada y Violet no fueron muy amables con Olive. «Muévete de una vez», gritaba Ada. Violet sollozaba y sacudía compulsivamente a la moribunda. La única persona que comprendió lo que le ocurría a Olive fue la propia Lucy, que cada vez se esforzaba menos por mantenerse consciente y pensó para sí: «Ha sufrido demasiado, está exhausta». Pero descubrió que era incapaz de levantar la mano para hacerle un gesto o de obligar a sus labios a pronunciar palabras. Su última emoción verdadera fue su preocupación por la mirada pétrea de Olive. «No seas tan

dura», quería decirle, y no podía. «Bueno, si no puedo, no puedo», se dijo, y cerró los ojos para siempre.

El marido de la tía Ada, George Mablethorpe, había sufrido un accidente en el pozo cinco años antes. Una roca le había aplastado la cadera. Se quedaba sentado en casa y arreglaba cosas, botas, zapatos y porcelana rota con unos remaches invisibles. Tenían un hijo, Joe, que trabajaba en la mina y llevaba a casa parte de su salario, pero los ingresos y el estatus de la familia eran precarios. Ada era modista. Confeccionaba la ropa de los mineros con tela muy gruesa, uniformes para criados, faldas y enaguas. Puso a Violet, que era buena con la aguja, a ayudarla y aprender el oficio. A Olive se le daban bien los libros, pero no las agujas. Había ganado una beca para ir a la escuela, lo que había enorgullecido mucho a Peter. La tía Ada le permitió seguir asistiendo a la escuela un año. Cuando volvía a casa a la hora del té, trabajaba. Limpiaba el asiento de madera del retrete. Se arrodillaba en el suelo de cemento para fregarlo en medio de aquel hedor. Limpiaba botas, pelaba patatas, bruñía cuchillos, fregaba las escaleras de la entrada. La tía Ada decidió que no podía mantener tantos delantales y botas limpias y la sacó de la escuela. Olive no le caía bien. Decidió ponerla a servir. De ese modo, no tendría que darle de comer y podría enviarles parte de su sueldo.

Olive fue a trabajar como criada para el propietario de una verdulería de Doncaster. Vestía un uniforme negro de tela gruesa, un tosco delantal y un gorro torpemente almidonado que parecía un casco. Sus piernas eran demasiado delgadas para las medias de algodón negro, que se le caían formando pliegues alrededor de los tobillos. Se sentía a disgusto consigo misma y a su patrón su presencia le daba escalofríos, así que la envió de vuelta con la tía Ada y afirmó que no le había parecido adecuada. La tía Ada la tumbó sobre sus rodillas y le golpeó con un cepillo del pelo.

Tras consultarlo con el pastor de la capilla, la enviaron a trabajar como chica para todo con dos solteronas que eran maestras de escuela en Conisborough. Las señoritas Bean tenían una estantería llena de libros y eran muy amables. Olive tenía que fingir que era dos criadas distintas: una criada que trabajaba en el fregadero envuelta en una cofia y un grueso delantal, y una doncella que llevaba el té con una cofia de encaje almidonada, un mandil con volantes y un peto. Odiaba aquella ropa. Cuando se miraba en el espejo por las mañanas, imaginaba que era una señora con un vestido de baile y una especie de corona ducal. Se daba cuenta de que se estaba volviendo cada vez más guapa.

Si Olive hubiese sido más amable, o más dócil, o más patética, las señoritas Bean habrían descubierto que la habían obligado a renunciar a una beca y le habrían prestado algunos libros, o la habrían enviado a clase por las tardes. Pero siguió mostrándose altiva y lúgubre, y ellas siguieron criticando tímidamente su forma de

planchar, o de zurcir o de sacarle brillo a la plata. Un día ocurrió algo terriblemente embarazoso para las tres cuando Olive entró en el saloncito y les informó de que tendría que dejar el trabajo, pues creía que estaba muriéndose.

—Muriéndote ¿de qué? —preguntó Hesther Bean.

—De flujo de sangre —dijo Olive, citando la Biblia, agarrotada por su primer período, sangrando profusamente y totalmente desinformada.

Las señoritas Bean no se vieron capaces de explicárselo. Enviaron a buscar a la cocinera de los vecinos, que se lo explicó con rudeza, sin amabilidad, y le mostró a Olive cómo cortar y lavar tiras de sábanas viejas.

Se contaba cuentos a sí misma. Igual que le había contado cuentos a Violet cuando eran pequeñas.

—Había una vez una vaca verde que no quería entrar en el establo por mucho que la golpeasen. No quería y no quería. Llevaban perros para que le ladrasen y cuerdas para tirar de ella..., y le ponían paja en el cobertizo, pero ella no quería.

—¿Y por qué no quería, Olive?

—No lo sé —decía Olive, que comprendía con claridad la terquedad de la vaca, aunque no viese una solución razonable.

Cuando trabajaba de criada vivía dos cuentos. Uno era bastante convencional. Érase una vez una noble dama a la que raptaron o tuvo que huir de su verdadera casa, y que estaba viviendo disfrazada, escondida, como si fuese una criada. Al fin y al cabo, lo que hacían aquellas heroínas era tamizar las cenizas, iban tiznadas y manchadas de ceniza camino de su epifanía con un vestido de baile y unas zapatillas adornadas con piedras preciosas. Le hacía falta un príncipe y lo buscaba, como hacen las doncellas en los cuentos de hadas, en la oscuridad, detrás de su imagen iluminada por las velas en el espejo (iba a ser guapa, eso ya era algo, el patito feo iba a convertirse en cisne, y la criada en una novia). Lo malo era que aquel príncipe era solo una sombra sin sustancia. Tenía las palabras. Apuesto, moreno, peligroso, osado (había leído novelas). Pero carecía de solidez. No tenía rostro. Y, lo que es peor, no hacía nada, así que no había historia, tan solo el significativo tamizado de las cenizas. Una vez encontró entre las cenizas un alfiler repujado de piedras preciosas, era de oro, con diminutas piedrecitas azules y hojas esmaltadas. Lo sacó y lo ocultó detrás de un ladrillo en la tapia del jardín. Era un talismán. Aunque su magia no hubiera empezado a surtir efecto todavía.

Desde el punto de vista narrativo, el otro cuento era mucho más eficaz. Una vez (solo una) Peter y Lucy habían llevado a sus hijos en tren a la costa, a Filey, donde se habían alojado una semana y habían jugado y chapoteado en la gran bahía arenosa. Filey estaba limpio. El mar era enorme. Bajabas por una empinada pendiente, pasabas por un túnel debajo del paseo y la carretera, y llegabas a la arena suave y fina, tras la

cual estaba la arena dura y húmeda, con su superficie rizada y sus charcos de agua salada. Empezó a contarse la historia de un niño, Peter Piper, encerrado en un orfanato, un niño solo en el mundo, sin nadie a quien querer, ni nadie que le quisiera. El niño trazó un plan, que llevó a cabo con una paciencia meticulosa, para escapar por la noche y llegar andando hasta el mar, lejos del hollín, el fango y el azufre. Aquel cuento era tan preciso como el otro vago y ambiguo. Tenía que imaginarlo e inventarlo todo: la escalera del orfanato, la falleba de la puerta interior, los grandes cerrojos de la puerta de fuera, la llave robada que los abría, el aceite que silenciaba el crujido del mecanismo.

Paso a paso, literalmente, mientras Olive Grimwith cumplía con sus obligaciones domésticas, Peter Piper escapaba hacia la libertad por las largas calles de la ciudad, repletas de mendigos acechantes y de repartidores de carbón, por una carretera, por pueblos (no pueblos reales, pues no sabía el nombre de ninguno, sino pueblos con prados, patos, gansos y tiendas con campanillas en muelles sobre la puerta). A Peter le salieron ampollas y Olive cojeaba por la cocina de las Bean. Peter pasaba hambre y se sentaba en un campo donde un amable pastor le daba un bocadillo..., no..., le daba queso y una manzana —una manzana dulce y jugosa y un queso curado y delicioso— y a Olive se le hacía la boca agua.

Y luego estaban los perseguidores, claro, las autoridades y el patrón con quien Peter iba a trabajar de aprendiz; Peter se ocultaba en una zanja y veía pasar de largo sus botas...

De hecho fue Violet quien unas navidades, cuando Olive estaba haciendo una breve visita a la tía Ada y su familia, sugirió que tal vez debieran escaparse.

Violet estaba cubierta de moratones en los que Olive apenas reparó. Pensando en Peter Piper y su huida hacia el mar, le preguntó a Violet adónde podrían ir.

—A Londres, diría yo —dijo Violet—. Allí podríamos conseguir trabajo. He ahorrado lo suficiente para pagar un billete de tren. Tendremos que coger de su monedero el dinero para pagar el otro billete.

Y así fue como llegaron a asistir a las clases de literatura inglesa de Humphry Wellwood, vestidas con blusas, faldas y sombreros hechos por Violet, que había conseguido un buen empleo en una sastrería y había encontrado también trabajo para Olive como simple zurcidora, nada de florituras.

Violet pensó que aquel podría ser un buen sitio para encontrar, como ella misma se dijo, un modo de ascender y mejorar de situación.

Olive encontró a Humphry, y a los ritmos de Shakespeare, Swift, Milton y Bunyan, que creyó haber ansiado oír toda su vida sin saberlo.

Ascendieron y mejoraron de situación.

Mientras Olive escribía sus cuentos, Violet daba clase a los pequeños en la hierba. Hacía un día cálido y luminoso. Los criados estaban terminando de recoger lo que quedaba de la fiesta. Violet se había instalado en una combada butaca de mimbre, con la cesta de labor a su lado, y zurcía calcetines, tensándolos sobre una seta de madera, que habían pintado como una falsa oronja, de color escarlata con verrugas blancas. Phyllis, Hedda y Florian se dedicaban a «estudiar la naturaleza» con una colección de flores y hojas que habían recogido. Tom, Dorothy, Griselda y Charles se habían tumbado en la hierba, medio leyendo, medio escuchando, medio conversando sin mucho entusiasmo. Se suponía que Tom estaba estudiando latín. Robin dormitaba a la sombra en su cochecito. Un cuco cantó en el huerto. Violet les dijo que escucharan.

—En junio cambió de canto —dijo. «Cu», cantó el cuco lacónicamente. Violet les habló de los cucos—: No construyen nidos. Los toman prestados. Ponen los huevos disimuladamente en los nidos de otros pájaros, entre los demás huevos. La madre cuco escoge a la madre adoptiva con mucho cuidado y aprovecha para poner los huevos cuando la madre adoptiva ha ido a por comida. Y luego esta, tal vez un mosquitero musical, o un escribano, alimenta al polluelo extraño como si fuese suyo, incluso cuando crece hasta hacerse mucho más grande que ella y cuando apenas cabe ya en el nido, él la llama pidiendo comida y ella responde...

—¿Y qué les pasa a los hijos verdaderos? —preguntó Hedda.

—Tal vez se marchen antes —respondió vagamente Violet.

—Los echa fuera del nido —dijo Dorothy—. Lo sabes muy bien. Me lo enseñó Barnet, el guarda forestal. Echa los otros huevos fuera del nido, y se rompen contra el suelo, y lo mismo hace con los polluelos. Empieza a dar vueltas y vueltas y los empuja con los hombros hasta echarlos abajo. Los he visto en el suelo. Y a pesar de todo los padres siguen alimentándolo. ¿Cómo es posible que no se den cuenta de que no es su hijo?

—Es sorprendente lo mucho que ignoran los padres —repuso Violet—. Es sorprendente cuántos animales no conocen a sus verdaderos padres. Igual que el patito feo de Hans Andersen, que en realidad era un cisne. La madre naturaleza quiere que el polluelo de cuco sobreviva y vuele con los demás cucos a África. Y cuida de él.

—Pero no cuida de los mosquiteros musicales —replicó Dorothy—. Si yo fuese el mosquitero lo dejaría morir de hambre.

—No —objetó Violet—. Harías lo que es natural, que consiste en dar de comer a quien pide comida. No es tan fácil decidir quiénes son tus verdaderos hijos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dorothy, sentándose.

—Nada —respondió Violet desdiciéndose. Luego, casi *sotto voce*, le dijo a la seta donde zurcía los calcetines—. ¿Quién es la verdadera madre de un niño? ¿La que le da de comer, lo lava y llega a conocer todas sus manías, o la que lo deja en un nido



ajeno para que se las arregle como pueda...?

Dorothy adivinó lo que pensaba Violet, igual que antes había adivinado lo que pensaba Philip. No era la primera vez que Violet hablaba de aquel modo. Respondió, recurriendo a la ayuda de la ciencia:

—Es solo el instinto natural. El de los cucos y el de los mosquiteros.

—Es la bondad que hay en el fondo de las cosas —objetó Violet. Apuñaló el calcetín con una aguja.

—Hay muchos que no son los verdaderos padres de sus hijos, y otros que ignoran quiénes son sus verdaderos padres, se oye decir constantemente... —dijo Charles en voz baja pero audible.

—No deberías prestar crédito a esas habladurías —repuso Violet con fuerzas renovadas—. Y la gente no debería decirlas.

—No tengo la culpa de tener oídos —replicó Charles.

Hedda cogió sus muñequitos del zapato.

—Estos no tienen ni padre ni madre, solo un zapato. Son míos y yo cuidaré de ellos.

La situación resultaba bastante incómoda. Tom se sumergió en su latín. Griselda le propuso a Dorothy ir a dar un paseo por el bosque. Charles se ofreció a acompañarlas, y Tom también.

«Cu», dijo el cuco en el bosque. «Cu-cú, cu-cú.»

—Es curioso —observó Dorothy— que, cuando llega el momento de volar a África, sepa que es un cuco y vuele con los demás cucos. Quisiera saber qué es lo que cree ser él. No puede verse a sí mismo.

Fueron al bosque de dos en dos, dos niños seguidos de dos niñas, los cuatro vestidos con la ropa práctica y gastada de Todefright, con la que podían trepar a los árboles y vadear los arroyuelos. Iban a la casa del árbol, un lugar secreto y oculto que muy poca gente conocía o podía encontrar. Estaba encajada entre las ramas en forma de tienda de campaña de un pino de Escocia, que hacía las veces de pilar central, y que habían unido entre sí con cuerdas e hilos. La techumbre estaba hecha de brezo y helechos secos y oculta entre otras ramas dispuestas al azar. Tenía dos habitaciones con mirillas y era posible tumbarse en el tejado, entre las ramas del árbol, dentro había sofás de brezo y mesas hechas con tablas. Era el sitio preferido de Tom. Dentro, totalmente oculto, era él mismo. Pensaba en la casa del árbol como en un sitio propio, aunque el mérito del diseño y la solidez de la construcción hubiese que atribuírselos a Dorothy. A Dorothy le gustaba llevar cosas allí para estudiarlas —pequeños cráneos y plantas de forma extraña—. También le gustaba ir con Griselda y pasar horas hablando. Tom daba por sentado que era eso lo que hacían, porque no gozaba del privilegio de poder acompañarlas. Aunque, a cambio de que las dejara solas, ellas le concedían aquellos largos períodos de soledad en los que la casa se convertía en su

escondrijo. Phyllis les planteaba un problema, pues insistía en seguirles siempre que intuía que iban a ir ahí, y no era bien recibida, tanto porque trataba de «jugar a las casitas», con papás y mamás, como porque Tom, Dorothy y Griselda sabían que era el punto flaco en su tejido de silencio. Podía contarlos, es más, disfrutaría haciéndolo, y más de una vez se hacía necesario amenazarla y sobornarla.

A Charles le permitían ir porque las casas en los árboles no le interesaban gran cosa —era urbano por naturaleza—, aunque admiraba convenientemente la habilidad constructiva que habían empleado en aquella edificación. A Tom le habría gustado saber si a Philip le hubiera gustado la casa. Imaginaba que sí, puesto que lo habían encontrado en un escondrijo. Pero Philip había partido ya hacia las marismas en el carruaje de Dobbin y las Fludd. Tom también dudaba acerca de si enseñársela o no a Julian. Tal vez no cayese en lo especial que era aquel lugar. Y también era posible que a Dorothy no le gustase la presencia dominante de Julian. Era demasiado pronto para tener una opinión sobre Julian. Se sentaron en los sofás de brezo, que estaban cubiertos de mantas, y Tom los invitó a manzanas y caramelos de café con leche que guardaba en una caja.

—¿Qué querías decir —preguntó Dorothy a Charles— con eso de que hay muchos que no son los verdaderos padres de sus hijos?

Griselda explicó que todos se burlaban de su amiga Clementine Burt porque aseguraban que no se parecía en nada a su padre y, en cambio, sí se parecía mucho a lady Agnes Blofeld. Su madre le había dicho que era natural porque tenían un antepasado en común, pero su hermano Martin había oído una conversación entre sus padres y le había contado a Clementine que estaba seguro de que su padre era lord Blofeld. Charles se explayó. A lord Blofeld y a la madre de Clementine siempre los ponían en habitaciones contiguas en las grandes fiestas en casas de campo. Todo el mundo lo sabía. Dorothy preguntó si Clementine estaba muy afectada. Griselda respondió que no lo sabía con seguridad. No quería hablar del asunto. Dorothy se despistó pensando si Clementine sería más amiga de Griselda que ella. Griselda añadió que Clementine le había dicho que estaba segura de no ser la única. Charles afirmó que Agnes Blofeld estaba muy enfadada porque Clementine era más guapa y simpática que ella, era la misma clase de chica, pero mucho más atractiva. A Tom no le gustaba discutir si la gente era o no atractiva.

—Si uno descubriese que sus padres no son sus padres, ¿sería una persona diferente? —dijo pensativo.

—Creo que sí —dijo Griselda.

Dorothy afirmó que a eso mismo era a lo que se había referido la tía Violet, con lo de si tu verdadera madre era la que te había cuidado, alimentado y demás. Siempre había sabido que Violet estaba convencida, en cierto modo, de ser su verdadera madre. Entendía sus motivos, pero no se tenía, ni quería tenerse, por hija de Violet.

Griselda dijo que Clementine había oído a sus padres gritándose, y a su madre llorando.

Tom repuso que todos los padres se gritaban, ¿no era así? Dorothy recordó haber estado con Tom en el rellano de la escalera y haber oído una violenta discusión entre sus padres. «Siempre he cuidado de tus hijos», había gritado uno, y el otro había replicado: «Lo mismo puedo decir yo». Tom y Dorothy sabían que los padres cuando están enfadados se refieren a los niños como «tus hijos». No es agradable para un niño oír algo así, le parece imposible, como si de pronto lo hubiesen convertido en un objeto, en la manzana de la discordia.

A veces jugaban a preguntarse: «¿Quiénes te gustaría que fuesen tus padres, si no tuvieses a los de verdad?».

Seguro que Clementine no querría jugar a eso.

Tom pensó en su vida, en los bosques, el jardín, los libros, las voces, las presencias familiares dentro y fuera de la casa, el maravilloso movimiento de la comodidad a la libertad y viceversa.

—Somos una familia feliz —dijo vaga y amablemente—. ¿Quieres un caramelo? ¿Una peladilla?

Charles le preguntó a Dorothy si realmente quería ser médico, o lo había dicho solo por hablar.

—Lo dije sin pensarlo, y en ese momento comprendí que era cierto.

—A mí me gustaría hacer algo parecido. No sé si podría soportar ver a los enfermos, y no digamos tener que sajarlos. Pero creo que uno debería tratar de hacer algo que sirviese para mejorar las cosas. Tu padre lo entiende. El mío no.

### ***El bosquecillo***

*Érase una vez una madre cuyo marido había partido para hacer un largo viaje, y ni había regresado, ni había enviado noticias en mucho tiempo. En consecuencia, la familia atravesó una época muy difícil, aunque vivían en el campo en una casa muy bonita rodeada de huertos y jardines. Las madres, en los cuentos, suelen ser de dos tipos. Hay madres afectuosas, entregadas, sacrificadas y llenas de recursos, que siempre son cariñosas y están de buen humor. Y luego están las otras, que a menudo no son madres, sino solo madrastras, que son desagradables, orgullosas y quieren a unos niños (los propios) más que a los otros, a los que tratan como criados y no dejan jugar o soñar. Puestos a elegir, la madre de esta historia es una buena madre, no una madrastra malvada. Pero no es perfecta, porque las personas reales tampoco*

lo son. Tiene tantos niños que, cuando la gente quiere burlarse de ella, la llaman Mamá Oca o la Vieja que vivía en un Zapato. Los cuida lo mejor que puede. Les zurce la ropa, les remienda las sábanas y les prepara comidas muy sustanciosas con productos no demasiado caros —no, seamos sinceros—, con productos decididamente baratos, guisados con cariño, y sazonados con hierbas que no cuestan nada. Se asegura de que a los que van a la escuela no les entre agua en los zapatos. Ahorra y economiza para que cada niño pueda tener un regalito el día de su cumpleaños y en Navidad. A veces pasa las noches en vela, convirtiendo un viejo vestido en una preciosa blusa, o haciendo un muñeco de peluche con una chaqueta vieja tan gastada que ya no puede ponérsela para salir. Al fin y al cabo, tampoco tiene adónde ir. No le queda tiempo para hacer visitas, ni tiene amigos a los que visitar.

La mayoría de sus hijos eran buenos y bien dispuestos. Cada cual tenía asignada una tarea: sacarle brillo a las cucharas, ir a por leche, regar el huerto. Los pequeños corrían por el corral y la cocina como una bandada de crías de ganso y, por supuesto, se metían muchas veces por medio y uno acababa pisándolos. Pero había uno —no el mayor ni el menor, aunque tal vez fuese el más grande de los que todavía no iban a la escuela— que siempre estaba haciendo travesuras. Se llamaba Perkin, pero nadie lo llamaba por su nombre. Lo llamaban Cerdo. El origen del mote era cariñoso. Cuando era solo un recién nacido, una de sus hermanas se asomó a la cuna y observó que estaba radiante como un «cerdo sucio y sonrosado». Todo el mundo se rió, y desde entonces lo habían llamado con mucho cariño Cerdo Sonrosado, cuando era un bebé rollizo, y solo Cerdo, cuando empezó a corretear por ahí a su aire.

Todo el mundo conoce a alguien con un mote vergonzoso, que habría sido mejor desechar o no emplear la primera vez. De pequeño, Cerdo encontraba el suyo muy natural e incluso tenía un cerdito de juguete, hecho de franela rosa, del que nunca quería separarse, y se fijaba en los cerdos que veía cuando iban de paseo o de visita a alguna granja. Pero, cuando se fue haciendo mayor, reparó en que la gente empleaba su nombre con sorna o con reproche. «Menudo cerdito», decían cuando comía demasiado deprisa. «Qué cerdito tan sucio», decían cuando iba lleno de barro, cosa que ocurría a menudo, porque le gustaba jugar con la tierra y buscar raíces y lombrices. Así que en algún momento empezó a pensar que le habían puesto aquel nombre porque no les gustaba y tal vez porque no lo querían.

No pretendo decir que fuese tan travieso por culpa de aquel mote. Todo el tiempo nacen niños traviosos, y las madres saben que sus travesuras son como el cabello rizado, o los ojos azules: algo que simplemente ocurre. De hecho, Cerdo era un niño muy guapo con bucles dorados y unos brillantes ojos azules que destellaban con pillería, y tenía un ingenio inagotable para hacer travesuras.

Llevaba cosas a la casa y las guardaba en los sitios más insospechados. Metió unos gusanos en el bote de la harina, y los gusanos se ahogaron y hubo que tirar la harina a la basura. Les dio un pastel entero a los pájaros del jardín, y los niños se quedaron sin pastel a la hora del té. Cogía los botes del armario y mezclaba las lentejas con las hojas de té, la mostaza con el azúcar, y la pimienta con las uvas pasas. A eso le llamaba «mis recetas», y lloraba amargamente cuando Mamá Oca le daba unos azotes para enseñarle una lección que él se negaba a aprender. Llegaba del jardín cubierto de barro y se metía en el cesto de la ropa limpia y se quedaba dormido tan inocente y encantador como un bebé perdido en el bosque. Había que volver a lavar, retorcer, secar y planchar toda la ropa de cama, las toallas y las camisas. Y luego tropezaba con un vaso lleno de pinceles metidos en agua y aterrizaba de cabeza en la ropa recién lavada y la empapaba de agua con pintura. Escondía cosas —las cucharillas en las madrigueras de los ratones, los botones en los desagües, y las tijeras en el tarro del escabeche— y olvidaba dónde las había puesto. Su paciente madre —y era muy paciente— decía que tenerlo en la casa era como vivir con un duende o un espíritu travieso. Una vez, cuando recortó el cuello de su camisa para que pareciese de encaje, ella dijo que parecía un niño cambiado por las hadas. «¿Qué es eso?», preguntó Cerdo. Pero no obtuvo respuesta. Y es que, por si fuera poco, siempre estaba preguntando. Qué era el viento, y por qué este escarabajo estaba muerto y el otro vivo, y quién hacía crecer la hierba, y quiénes eran las criaturas de las raíces del bosquecillo, y por qué gruñían los cerdos y quién daba golpes en la ventana de su cuarto por la noche y por qué tenía que dormir la gente cuando podía estar despierta. No conseguía respuestas porque su madre estaba exhausta, y porque hacía la mayoría de sus preguntas con voz chillona cuando uno de los otros niños estaba hablando y diciendo algo sensato sobre los deberes de la escuela o los agujeros que tenía en los calcetines.

Le gustaba coleccionar cosas. Tenía una bolsa llena de insectos muertos, una bolsa de ramas especiales, una bolsa de canicas de cristal y una bolsa llena de guijarros, que era su colección más preciada. Los conocía todos, sus irregularidades, sus superficies lisas y ásperas. El que más le gustaba era un trozo de arenisca blanca con un agujero, una piedra que se había agujereado sola y que había encontrado en el bosquecillo. Se la ponía delante del ojo y afirmaba que, a través de ella, podía ver cosas que de otro modo eran invisibles. Decía que veía a unas mujeres diminutas que corrían por el canalón. Decía que veía el pelo de su madre lleno de arañas que tejían largos hilos para hacerle un velo. Decía que veía a un ratón que sostenía un hilo de oro con las patas mientras otro hacía una madeja.

Llegó un día en que Mamá Oca estaba especialmente cansada, y especialmente triste, pues había recibido una carta y había pensado que podían ser noticias de su marido, pero había resultado ser una factura atrasada del carbón. Estaba

preparando una masa, para hacer una empanada para la cena, con un poco de carne mezclada con muchas hierbas y verduras. Resultó que el único niño que había en la cocina era Cerdo, pues todos los demás estaban en la escuela o habían ido a hacer un recado, o a jugar con los amigos, o estaban dormidos, si eran pequeños. Cerdo estaba jugando con sus canicas y sus guijarros junto a la reja de la cocina. A Mamá Oca le hizo sospechar que estuviera tan tranquilo. Sabía que debería alegrarse de que estuviese jugando tranquilamente, pero se sentía un poco inquieta, y con razón, claro. Mezcló la harina y la manteca con los dedos y oyó un leve chasquido.

—¿Qué estás haciendo, Cerdito? —dijo sin mirarlo.

—Jugar a las canicas —replicó Cerdo—. El ejército de las canicas está combatiendo con el ejército de los guijarros. Las canicas son más rápidas y los guijarros más resistentes.

—No las dejes tiradas por el suelo de la cocina —repuso Mamá Oca—. Es peligroso.

Cerdo no respondió. Su madre siempre le estaba diciendo que las cosas eran peligrosas y nunca le había pasado nada. En cuanto volvió a trabajar la harina, él envió una avanzadilla de canicas, las más pequeñas verdes y rojas a las que llamaba «canijas», y las esparció convenientemente en torno a la cocina. Los guijarros tuvieron que salir a su encuentro. Avanzaron en una sólida formación en cuadro, y luego, clic, clac, crac, atacaron a las «canijas» y se armó la marimorena. Cerdo envió un pelotón de canicas marrones en ayuda de las más débiles, y los guijarros respondieron con un furioso asalto.

Mamá Oca se volvió y dijo: «Te he dicho que no dejaras las canicas por el suelo», y Cerdo se asustó y soltó la bolsa de las canicas, que salieron despedidas en todas las direcciones. Retrocedió para ocultarse detrás de la trampilla del carbón, pues vio que iba a llevarse una azotaina, y se clavó una canica en la rodilla, cosa que le hizo daño y le ayudó a comprender que era un poco peligroso.

Mamá Oca atravesó la cocina, con intención de coger a Cerdo de la oreja y darle unos azotes. Pero resbaló con unas canicas y cayó al suelo, se dio un golpetazo y tiró al suelo el cuenco donde estaba la masa de la empanada. El pelo se le soltó y se golpeó con una pata de la mesa, se hizo un corte en la mejilla y se le puso un ojo morado. Tenía el pelo lleno de harina y la mejilla ensangrentada y miró a Cerdo muy enfadada, vaya si lo miró. Cerdo decidió que estaba muy graciosa. Era mejor que decidir que daba miedo, aunque de hecho parecía una bruja. Cerdo se rió.

—Ya estoy harta —dijo Mamá Oca. Y empezó a recoger las canicas y los guijarros y a tirarlos al cubo de la basura.

—No —gritó Cerdo.

—Me tienes harta —respondió Mamá Oca—. Ve ahora mismo al bosquecillo, y no vuelvas.

*Cerdo sintió que la cocina entera daba vueltas y más vueltas como las espirales de cristal del interior de sus canicas. Cogió su piedra agujereada —no pudo salvar ninguna de las otras—, se incorporó a trompicones y salió corriendo de la cocina. La cerró a sus espaldas como mejor pudo, porque no era lo bastante alto para llegar al picaporte, y se quedó unos minutos en el corral, esperando a que lo llamaran, pero nadie lo llamó. Así que dio la vuelta a la casa y atravesó el jardín para ir al bosquecillo, que era muy grande y estaba lleno de maleza, con plantas que no deberían crecer allí, como las serpenteantes zarzamoras, las matas de ortigas y las grandes trenzas de brionias, pues Mamá Oca había tenido que decirle al jardinero que no podía seguir pagándole. Para alguien tan pequeño como Cerdo, el bosquecillo tenía el tamaño de una selva. O al menos, para no pecar de exagerados, de un bosque muy espeso. Tenía laberínticos senderos que las plantas como el ombligo de Venus, que crecía por doquier, y la vincapervinca, trataban de invadir, oscurecer y cubrir, plantas algunas muy hermosas, aunque necesitan mano dura, y otras descuidadas y reptantes con semillas pegajosas.*

*Por lo general, Cerdo no se internaba mucho en el bosquecillo. Conseguía sus gusanos y sus guijarros en los lechos de flores que había delante de la casa. Pero quiso demostrarle a Mamá Oca que no tenía miedo, así que echó a andar y anduvo y anduvo y anduvo.*

*A medida que se internaba entre los árboles y arbustos y se alejaba de la casa, tenía la sensación de que las matas y la maleza iban haciéndose más grandes, y de que él iba volviéndose más pequeño. Siguió adelante un poco más despacio; ya no sabía exactamente dónde estaba, pues el bosquecillo se extendía como un laberinto y Cerdo era demasiado pequeño para mirar por encima de los arbustos. Podía estar describiendo un círculo que lo llevara al comienzo del primer sendero por donde había entrado, o podía estar acercándose más y más hacia el centro oculto del bosquecillo. Era tarde y las sombras de las hojas se proyectaban alargadas sobre las demás hojas, y sobre el sendero de grava, sombra sobre sombra, como una red gris sobre la vegetación verde. Al mismo tiempo, todas las cosas en el bosquecillo parecieron volverse más duras y dieron la impresión de estar teñidas de los verdes oscuros y los marrones leonados de las plantas que crecían allí. Se detuvo para contemplar un acebo. Ciertamente, un acebo es un ser vivo, pero aquel acebo le pareció que tenía más vida de la cuenta, una vida de un tipo muy diferente. Las brillantes hojas casi daban la impresión de emanar luz verde, y las pocas bayas que tenía eran más rojas, redondas y brillantes que cualquier otra baya que hubiese visto nunca antes. Y, no obstante, estaban atrapadas al mismo tiempo por la espesa red de sombras casi tangibles. Cerdo se dijo: «No tengo miedo», lo que, por supuesto, significaba que sí lo tenía. Apretó con fuerza su piedra blanca, como si fuese un talismán. Vio un grupito de setas de superficies sedosas y leonadas y con los tallos*

*húmedos y perlados rodeados de una maravillosa gorguera de color pálido como la carne. Tuvo la extraña idea de querer convertirse en una baya de acebo o en una seta, para ver lo que se sentía. Anduvo todavía más despacio —tenía todo el tiempo del mundo, le habían dicho que no volviera nunca— y tuvo la sensación de que el reloj se había detenido donde él estaba.*

*Llegó a un lugar donde había un banquito de madera en un minúsculo claro del bosque. El banco estaba cubierto de verdín. Cerdo se sentó en él sin pensar siquiera en que el verdín le ensuciaría las piernas, los calcetines y los pantalones. De pronto se había hecho un silencio. Hasta entonces había oído ruidos en la maleza, el gorjeo de un pájaro parecido al entrechocar de dos guijarros, y una vez un rumor de pasos sobre el lecho de hojas. Ahora no se oía nada. Cerdo se llevó la piedra al ojo y miró, a través de ella, hacia una maraña de helechos y zarzamoras. Sentada en los helechos había una mujer diminuta, una mujer morena de largo cabello castaño, que llevaba un sombrero marrón, y tenía ojos agudos y penetrantes debajo de unas cejas muy pobladas. No era ni vieja ni joven, e iba envuelta en una capa marrón, con venas como las de una hoja. Llevaba una cestita en la mano y estaba recogiendo algo. Cerdo no pudo ver de qué se trataba, pues era demasiado pequeño. Se quedó muy quieto allí sentado, no dijo nada y siguió mirando a través de la piedra. Al cabo de un rato, la mujer cerró la cesta, bajó de las frondas del helecho donde había estado y se alejó por el sendero. Él la observó marchar, hasta que llegó a las retorcidas raíces de un espino, se agachó y fue como si se la hubiera tragado la tierra.*

*Cerdo se incorporó y anduvo detrás de sus pasos. Se agachó en el sendero, con las rodillas manchadas de barro y verdín que tanto habrían enfadado a Mamá Oca, y miró debajo de la raíz. Encontró unos cuantos huesos blancos, de algún pajarillo muerto hacía mucho tiempo, y una alfombra de hojas podridas de las que solo quedaba el esqueleto. No vio ni rastro de ninguna mujer diminuta, aunque había una especie de madriguera de ratón que se internaba bajo tierra debajo del árbol. Miró y vio el barro que descendía en espiral entre sombras. Se llevó la piedra agujereada al ojo, se acercó al agujero y miró hacia abajo.*

*Era precioso. Había un salón, con una rutilante multitud de gente, unos vestidos de marrón, como la mujer a la que había seguido, otros vestidos de oro con el cabello brillante y prendas amarillas de aspecto muy antiguo y otros con cabellos blancos como el claro de luna y vestidos con trajes de plata con luces deslumbrantes. Todos parecían muy atareados, unos cocinando en un brillante hogar, otros tejiendo en minúsculos y elegantes telares y otros jugando con niños diminutos del tamaño de hormigas o escarabajos. Todo el salón era de color marrón, con mesas marrones y sillas y colgaduras de terciopelo marrón, aunque había platos y copas de oro y plata sobre las mesas y en todos los estantes y rendijas había candelabros donde ardían las*



velas.

—¡Oh! —dijo Cerdo—. ¡Cuánto me gustaría poder entrar!

Se oyó una cháchara estridente, como la de una bandada de estorninos, y todas las caras marrones, doradas y plateadas se volvieron hacia él, y se quedaron tan atónitas como si se hubiesen convertido en piedra.

Luego un hombre muy esbelto, uno de los que vestían de oro, con un jubón dorado y unos zapatos dorados terminados en punta, se acercó a la entrada del túnel donde se había asomado Cerdo. Llevaba una capa preciosa hecha con las suaves plumas negras como el hollín, azules y amarillo limón de los herreros y carboneros, y una especie de sombrero acabado en punta con una pluma en la cinta.

—Puedes entrar —dijo—. Sé bienvenido.

—Soy demasiado grande —respondió Cerdo, que siempre había sido demasiado todo.

—Tendrás que comer semillas de helecho —le explicó el hombrecillo—. ¿Sabes dónde encontrarlas?

—Debajo de las hojas —dijo Cerdo, que era muy observador. Miró a su alrededor y vio una mata de pálidos helechos que centelleaban a la sombra del espino. Era un chico impulsivo. No se paró a pensar: «¿Será seguro?». O: «¿Cómo volveré a recuperar mi tamaño si esto funciona?». Cogió una hoja de helecho, rascó las semillas de debajo de las frondas, se llevó dos o tres a la lengua y se las tragó. Luego volvió al túnel que había debajo de las raíces, cogió su piedra y miró a través de ella.

Es muy difícil describir sus sensaciones de los momentos siguientes. Estaba justo al mismo tiempo asomado a una madriguera de ratón o al túnel de una lombriz, donde apenas cabían con dificultad dos de sus dedos, y balanceándose en una especie de cornisa sobre una amplia, tosca y alta escalinata con enormes peldaños tallados en el barro que conducían abajo. Y lo que es peor, su preciosa piedra se ajustaba tan bien como siempre entre sus dedos y al mismo tiempo se volvía tan pesada como una lápida.

—Valor, Pucan —dijo la voz del hombrecillo, a quien no podía ver, pues el túnel se había vuelto muy largo y estaba lleno de una especie de niebla.

—Me llamo Perkin —dijo Cerdo.

—Entre nosotros serás Pucan. Aquí todo es diferente.

Hubo un momento en el que Cerdo, o Pucan, pensó en volverse atrás. Pero sintió cómo lo impregnaba la niebla que había en aquel agujero en el suelo, y oyó unas vocecillas que lo llamaban a través de la niebla, y a aquel pueblo tan hermoso cantando y saltando como minúsculos martillos golpeando un cristal. Así que levantó un pie, que era al mismo tiempo tan pesado como el plomo y tan liviano como una pluma, y lo arrastró por el borde del agujero. Y nada más hacerlo, hete aquí que se

convirtió en un minúsculo hombrecito, ágil y nervudo, y echó a correr por el túnel en dirección al salón. Y cuando entró en él, se encontró al hombre vestido de oro, que ahora era más alto que Pucan, y a una dama vestida de plata, y ambos le dieron la bienvenida entre risas y ceremonias. Le explicaron que eran Huron y Ailsa, el rey y la reina de los portunos, y que se alegraban mucho de tenerlo con ellos. Todos se unieron en una danza laberíntica y circular, haciendo reverencias y adelantando los pies, y Cerdo descubrió que conocía los pasos tan bien como los demás bailarines y que sabía cantar la melodía igual que cualquiera.

En el mundo exterior estaba oscureciendo y Mamá Oca había limpiado la cocina, recogido las canicas y metido la tarta en el horno, donde despedía un apetitoso aroma. Se había lavado y curado la herida, y cepillado y recogido el pelo. Por un tiempo había disfrutado del silencio. Todo estaba tranquilo y ordenado. Y luego, como era su madre, empezó a preguntarse qué habría sido de Cerdo. Así que se asomó a la puerta y lo llamó amablemente en el aire vespertino, y luego más alto con cierto tono de irritación y alarma en la voz. Pero todo siguió en silencio. No se oía ninguno de los ruidos habituales. Ni el chillido de un búho, ni el aleteo de un pájaro al ir a posarse en su rama. El aire parecía espeso, como de gelatina. Pensó que Cerdo se había escondido para hacerla enfadar, pero no acababa de tenerlas todas consigo. Cogió su chal y salió a buscarlo. Sus otros hijos estaban ya en la cocina, así que les pidió que cuidaran unos de otros, esperasen a que llegara Cerdo y que la llamaran si volvía.

Y se internó a toda prisa en el crepúsculo, llamándolo preocupada como una gallina que ha perdido a sus pollitos. Anduvo cada vez más deprisa, describiendo círculos cada vez más amplios, y no obtuvo más respuesta que un profundo silencio. Al principio, lo llamó «Cerdo»; luego, para que sonara más cariñoso, «Credito»; y finalmente, como «Cerdo» le sonaba mal, lo llamó «Perkin, Perkin». Pero nadie respondió y se hizo de noche, y una luna gigantesca dorada y plateada se alzó sobre el bosquecillo, brillando ciegamente y alterando todas las sombras. Y ella tuvo que volver, pues tenía muchos niños a los que dar de cenar y meter en la cama, y era tarde, y Perkin-Cerdo no respondía.

Al día siguiente, vio que no había vuelto y reanudó su búsqueda. Lo buscó y cuidó de la casa sin pensar en lo que hacía, y volvió a buscarlo, día tras día, y su voz se iba volviendo cada vez más cansada y desesperada. Lo buscó muy lejos, por campos y caminos donde Cerdo nunca había estado. Se internó más y más en el bosquecillo, donde volvían a oírse los ruidos de siempre, los pájaros, los ratones, las conchas de caracol al quebrarse bajo los pies. Y un día, mucho tiempo después, descubrió la piedra agujereada de Cerdo, brillando blanquecina y semienterrada debajo de una raíz. La recogió y empezó a llorar y se llevó la piedra a su ojo lloroso.

*Estaba mirando en torno a ella, sin buscar nada en concreto, cuando reparó en el agujero o túnel. Y por alguna razón sintió que debía mirar por aquel túnel a través de la piedra, acordándose de las irritantes manías de Cerdo, que, al recordarlas ahora, le parecían mucho más simpáticas. Y vio el salón marrón, y el pueblo dorado, plateado y marrón, todos trabajando, tejiendo, cosiendo, puliendo y cocinando, y a un grupo que estaba sentado a la mesa y entre quienes se encontraba Cerdo-Perkin, cómodamente vestido con un jubón y unos calzones de color castaño.*

*Ella trató de hablar, pero solo pudo pronunciar unos sonidos gimoteantes.*

*Cerdo alzó la mirada. Vio un ojo enorme, cubierto de venillas rojas, inundado de agua salada y rodeado de largos pelos húmedos, que bloqueaba la entrada del túnel. Dejó sobre la mesa la copa de oro de la que estaba bebiendo. Luego, cuando ella recobró la voz, oyó que le decía:*

*—Cerdo, Cerdito, ¿dónde estás?*

*—Ya lo ves —respondió él—. Estoy de visita. Con mis amigos los portunos. He cambiado de nombre. Tengo trabajo que hacer aquí y luego saldré a ver cómo crecen las plantas con los demás...*

*Parecía estar flotando enfrente de su ojo lleno de lágrimas. Ella pensó que parecía no tener edad, no era ni un niño ni un hombre.*

*—Vuelve a casa —le rogó. Él respondió que ella misma le había dicho que no lo hiciera—. Sabes que no hablaba en serio —dijo ella.*

*—Las palabras tienen vida propia —dijo el rey Huron, acercándose a la entrada del túnel—. Vuélvete a casa, mujer. Pucan está bien aquí. —Ella dijo algo de ir a buscar una pala y desenterrarlos a todos como hormigas. Se produjo un ruidoso zumbido, como de avispas enfurecidas, en el salón. El rey replicó—: No serviría de nada. Él no volverá, y atraerías la mala suerte sobre ti y tu familia.*

*A ella le entró miedo y se quedó allí sentada como una estatua, mirando por el agujero de la piedra.*

*—Vete a casa —dijo Pucan—. Yo estoy bien aquí. Iré a veros uno de estos días, no tardaré mucho.*

*—¿Lo prometes?*

*—¡Oh, sí! —dijo, y volvió a coger su copa y vació su contenido.*

*Ella guardó cuidadosamente la piedra agujereada en el bolsillo de su delantal, para no seguir oyendo las risas y aquel zumbido. Él había prometido ir a verla pronto.*

*Mientras salía apresurada del bosquecillo, y vio las ventanas de la casa iluminada por el sol, y a su hija mayor con el hijo pequeño en brazos asomada a la puerta y aguardando su regreso, recordó los cuentos de aquellos que visitaban al pueblo feliz, y para quienes siete años pasaban como un día y una noche.*

**L**os Fludd condujeron despacio a lo largo de los Downs del norte, y luego hacia el sudeste, en dirección a Rye y las marismas de Romney. Seraphita y sus hijas se sentaron en su destartado carruaje, y fueron alternativamente seguidos y precedidos por el calesín de Arthur Dobbin y Philip. Cruzaron la parte baja del Weald, bordeando la rama oriental de los Downs, a través de Biddenden y Tenterden, y del páramo de Shirley, hasta llegar al camino que separaba las marismas de Romney de las marismas de Walland, en dirección a Lydd y Dungeness. La primera parte del viaje transcurría por una región muy fértil, campos llenos de vacas festoneados de plantaciones de lúpulo, a lo largo de caminos que serpenteaban debajo de gruesas ramas verdes y junto a cunetas llenas de nudosas raíces. Dobbin trató de conversar con Philip, que miró distraído a su alrededor. Una vez llegaron a las marismas, el aire cambió, se volvió más fresco, y salado, pensó Philip, y menos calmado. Tuvieron que atravesar toda clase de pequeños canales y zanjas y regatos. Había árboles que, modelados por las continuas ráfagas de viento, se inclinaban y extendían hacia los lados. Philip sintió deseos de dibujarlos. Eran una forma estacionaria de movimiento violento. Todo crujía, silbaba y gemía, no había hollín.

Condujeron hacia el sur a través de Brenzett y Brookland. Dobbin, que se suponía que debía haberse dedicado a indicarle los nombres de los sitios, se puso sombrío y silencioso. Tiró nerviosamente del bocado del poni, y se movió con enfado en el asiento. Siguieron por una carretera, rodeada de altos setos y bordeada por una zanja verde y fangosa, y se desviaron por un camino a través de una verja. Detrás de unas hayas había una casa con chimeneas isabelinas. Entraron a un patio donde había varias dependencias exteriores, establos y un montón de estiércol. Philip olió a quemado. Eso tapó el olor del agua salada y la hierba agitada por el viento. Era humo de leña. Se quedaba pesadamente en el aire.

Dobbin pidió a Philip que sujetara al poni y entró, a través de una puerta cerrada con pestillo, en lo que parecía una lechería o un cobertizo para el ordeñado. Philip se quedó con el poni. Alguien salió de una puerta al otro lado del patio. Un hombre bajo y fornido, que andaba deprisa moviendo la cabeza y los brazos y dando gritos.

—Te dije expresamente que no volvieras nunca. Fuera de aquí. Largo. —Philip no se movió. Benedict Fludd comprendió que Philip no era Dobbin—. Largo de aquí. Lleva al poni a su establo y vete de una vez. ¿Dónde se ha metido?

Philip no tenía ni idea de dónde estaba el establo del poni. Guardó silencio. Fludd lo maldijo en inglés medieval y cruzó a grandes zancadas la puerta donde había

entrado Dobbin. El carruaje entró rodando en el patio. Geraint se apeó y corrió a ocuparse de los caballos. No parecía haber criados que lo ayudaran. Fludd salió del edificio de la lechería, más o menos tirando de Dobbin y sin dejar de maldecir. Tenía la cabeza fuerte y erguida cubierta por una mata de pelo negro, una espesa barba negra rizada y brazos y hombros muy musculosos. Vestía ropa de trabajo, gruesos pantalones de algodón y botas de pescador. «Fuera», siguió diciéndole a Dobbin. Geraint llevó el coche del carruaje a los establos y volvió a por el poni sin dirigirle la palabra a su padre o a Philip.

Imogen le dijo a su padre:

—No te enfades. Hemos llegado a tiempo de ayudarte con la cocción. Podemos ayudarte.

—No, no podéis. Wally y yo la hemos encendido mientras vosotros estabais por ahí de picos pardos. Ha sido un desastre. Un desastre sin paliativos.

—¿Por qué no nos has esperado? —preguntó Imogen.

Su padre respondió lacónicamente que había querido controlar él mismo la cocción, aprovechando que el desastroso Dobbin estaba ausente y no podría estropearla. Pero Wally se había dormido en mitad de la noche y no había alimentado el fuego como es debido, con el resultado de que no solo la cocción, sino también el horno, se habían echado a perder sin remedio. Y encima el carretero había llegado con la arcilla y había tenido que pagarle.

Seraphita se quedó en el patio, sombría y majestuosa, y preguntó si había un poco de comida en la casa. Fludd respondió que no, no la había, no había tenido ni tiempo ni ganas de ir a Lydd, y Wally había tenido que ayudarle con las cerámicas, además el dinero le había hecho falta para pagar la arcilla nueva, y tampoco tenía ni la menor idea de cuándo iban a hacerle el honor de volver. ¿O sí? Tendrían que haber pensado en eso, ¿no?

Las tres Fludd se quedaron tan quietas como estatuas y se miraron unas a otras y a Dobbin en busca de ayuda. Dobbin afirmó nerviosamente que podía coger un caballo e ir a la granja vecina a por leche y pan, y algo para la cena, queso o beicon, y algunas verduras. Si les parecía bien. Pero necesitaría dinero. Seraphita buscó en su bolso y encontró unas monedas, que le dio a Dobbin. Geraint salió del establo y aseguró que el caballo estaba demasiado cansado y que tendrían que ir a pie a por las provisiones. Dobbin preguntó a Philip si le gustaría dar un paseo hasta la granja. Philip respondió que tal vez pudiera ayudar con el horno. Fludd lo miró con aire iracundo.

—¿Quién es? —le preguntó a Seraphita.

—Arthur cree que puede serte de ayuda en el taller.

—Con un patán patoso tengo más que suficiente.

—No es ningún patoso —dijo Dobbin—. Yo lo soy... —Benedict Fludd gruñó—,

admito que yo sí lo soy, pero él no. Procede de la región de las Potteries. Ha trabajado en los hornos. Quiere trabajar con usted.

Seraphita dijo, mirando a lo lejos, que, si no encontraba a alguien que le ayudara, no podría seguir trabajando. Fludd respondió que por él podía irse todo al demonio. Philip lo interrumpió:

—He visto su vasija, en aquella casa, en Todefright. Quiero trabajar para usted. Conozco el oficio.

Echó a andar hacia la alfarería, que resultó estar en la lechería. Conocía a suficientes personas malhumoradas para saber que es mejor apartarse de ellos, de lo contrario no pueden calmar su cólera, aunque lo necesiten.

La alfarería era un caos. En un extremo había un horno pequeño con las puertas abiertas, que dejaban ver unos estantes cubiertos de cenizas y trozos de vasijas rotas. Había otros jarrones secándose en los estantes a lo largo de la pared, y el polvo y la ceniza se estaban posando en ellos de un modo no muy deseable. Había cubos de agua y cubos de lechada mal tapados. Había toda clase de platos de esmalte y pinceles mal ordenados y goteando peligrosamente unos encima de otros. En medio del suelo había un montón de cerámicas rotas como si alguien les hubiera saltado encima. Philip pensó con cuidado: «No toques las herramientas de otro, a menos que tengas permiso. No vacíes su horno, necesita saber qué es lo que fue mal». Detrás de la puerta encontró una escoba con la que empezó a limpiar las baldosas del suelo. Vio un baño de hojalata donde habían metido algunos de los pedazos rotos para molerlos, y mientras trabajaba añadió unos cuantos, los más limpios. Benedict Fludd le siguió. Se quedó apoyado en el umbral con aire sombrío y lo observó barrer.

—Puedes ayudarme a sacar todo eso del horno —dijo por fin—. No hay más remedio que hacerlo. Tengo que encontrar las piezas de prueba.

Había sido una cocción de esmaltado, con muchas vasijas de colores que a Philip le parecieron verdes y miel, todas quemadas, saltadas, desportilladas y rotas. Ayudó a Benedict Fludd en silencio absoluto, metiendo las piezas en una cesta para la ropa y barriendo los trozos. Todo se había hundido hacia el centro. Encima del montón, Philip encontró un platillo intacto, y luego otro. Estaban todavía calientes, a la temperatura de la sangre. Sopló en ellos suavemente, para quitar la ceniza. Uno era del mismo color dorado y turquesa que la vasija de Todefright, y otro era de un rojo muy chillón, que no creyó haber visto antes, una especie de intenso carmesí cochinilla. Ambos estaban pintados con un gris nebuloso, una especie de red fuliginosa a través de la cual asomaba una minúscula criatura. Dichas criaturas eran como demonios que hacían muecas desdeñosas y desagradables llenas de vida. Philip rompió el silencio.

—Hay unos cuantos que no se han roto. El esmalte ha quedado bastante bien.

Se los alcanzó a su creador, que les dio vueltas canturreando sin melodía. Philip

se atrevió a decir que nunca había visto un rojo como aquel.

—Todos tratamos de redescubrir el *sang de boeuf*. Este pretendía ser un rojo de Nicea, pero se parece más al *sang de boeuf*. No tenía demasiadas esperanzas puestas en él.

Philip observó que el otro esmalte —el verde, dorado y azulado— era como el de la vasija de Todefright.

—Ese es otro intento fallido. Bastante fallido. ¿Has trabajado antes con cerámica esmaltada?

—Trabajaba en los hornos. Poniendo las gacetas encima de las vasijas. Pero mi madre es pintora. Está enferma, por el plomo y el polvo. Como todos. Pero conoce los colores, y la he observado mucho.

—¡Hum! —dijo Benedict Fludd—. ¡Hum!

Siguieron limpiando en silencio, ahora con una camaradería relativamente razonable.

Pomona se asomó tímidamente a la puerta y dijo que la cena estaba lista, si querían. Fludd respondió, con cierta amabilidad, que estaba hambriento, y Philip reparó en cómo se relajaban los músculos de la cara y los hombros de Pomona, antes tensos de rabia. Notó el mismo cambio en el resto de la familia —incluso en Geraint—, que estaban sentados en torno a la mesa de la cocina, sobre la que había unos cuencos de sopa, esmaltados de color miel, con serpientes de color ocre oscuro enroscadas en su interior, una enorme bandeja de quesos, una barra de pan, y un plato de manzanas. Fludd se sentó a la cabecera de la mesa, y dio unas palmaditas en el asiento de al lado invitando a Philip a sentarse a su lado. Inclino la cabeza y empezó bendecir la mesa, rápidamente, en latín. *Gratias tibi agimus, omnipotens Deus, pro his et omnis donis tuis...* La familia inclinó la cabeza, y Philip les imitó. Luego Imogen sirvió una sopa de verduras muy caliente de un caldero de hierro y empezaron a comer. Nadie dijo nada. Todos observaron a Philip, que tenía la confusa sensación de que demasiadas cosas dependían de él, y de que tal vez no estuviese a la altura.

Cuando terminaron, Fludd afirmó que estaba considerando la posibilidad de emplear a Philip en el taller. Dobbin dijo: «¡Oh, muy bien!», y atrajo sobre sí otra serie de observaciones desdeñosas acerca de su inutilidad. Dobbin dijo valientemente que si el señor Fludd tenía ayuda fiable en el taller, sería posible reconstruir el horno grande y...

—Y no morirnos de hambre —dijo Fludd—. Es un proyecto a muy largo plazo, con pocas posibilidades de éxito.

Parecía casi satisfecho de su pronóstico.

Imogen le dijo a su padre que debería ver los dibujos que había hecho Philip en el museo de South Kensington. Volvieron a sacarlos junto con su cuaderno de apuntes, y

todos admiraron los ágiles dragones y los enanos con yelmos del Candelabro de Gloucester. Philip se quedó con el cuaderno de apuntes y el lápiz y empezó a dibujar. Fludd lo observó. Dibujó de memoria las formas subacuáticas de la vasija de Todefright, el modo en que los renacuajos flotaban entre las algas. Descubrió que lo recordaba con notable exactitud. Supo que, tal vez por primera vez en su vida, estaba haciendo exhibición de su talento. Tenía que demostrarle a Fludd que sabía mirar y guardar las proporciones y que tenía buena memoria. Su mano se deslizó sobre el papel. Las criaturas en forma de pez, los embriones flotantes, centellearon y cobraron vida de pronto. Benedict Fludd se echó a reír. Dijo que había olvidado lo buena que era aquella vasija. Se sorprendió de haberse separado de ella, aquella dama tan encantadora le había engatusado para que le permitiera quedársela. A Dobbin le habría gustado saber si había cobrado algo por su obra, pero aquella inquietud —fútil, al fin y al cabo— acerca de su pasada despreocupación quedó borrada por su alivio y deleite al ver sonreír al alfarero. Llevaba en Purchase House el tiempo suficiente para saber que el humor de Fludd se movía siguiendo ciclos repetidos —aunque impredecibles— que oscilaban entre la cólera, la jovialidad, la desesperación lúgubre e inactiva y los esfuerzos sobrehumanos por crear y trabajar. Entre aquellos extremos iba haciendo cosas, hacía vasijas y, con suerte, conseguía venderlas para alejar el fantasma del hambre. La familia se quedó allí, a la luz de la lámpara, como una auténtica familia: el padre sonriente, la madre elegante y atenta, las dos hijas encantadoras repartiendo manzanas e incluso Geraint, que estaba admirando los dibujos. Geraint empezaba a pensar que Philip podía ser útil y que tal vez valiera la pena cultivar su amistad. Necesitaba ayuda para poder salir de aquella casa. Había abandonado toda esperanza de que aquel incompetente de Dobbin pudiese ayudarlo. Pero tal vez Philip sí pudiera.

Purchase House tenía muchas habitaciones. Había más que estaban vacías o en estado de ruina que ocupadas. Había una escalera de piedra sin alfombra y un pasamanos de metal que conducía al primer piso: en otro tiempo debió de resultar muy imponente, pero ahora subía serpenteando lúgubrementemente hacia la oscuridad. Imogen cogió una vela y condujo a Philip a una habitación pequeña y austera, con una cama, un lavabo, una cajonera y una ventana muy alta, demasiado para asomarse. Recordaba un poco a una celda monástica. Había sábanas y una colcha tejida a mano y con un ramo de lirios bordado. Imogen parecía poco dispuesta a hablar con Philip, y casi avergonzada de estar a solas con él. Le indicó dónde estaba el baño, al otro lado del rellano, pasadas varias puertas cerradas, y luego se marchó y lo dejó con una caja de cerillas y la vela.

Se tumbó muy tranquilo. Su incoherente plan le había llevado hasta un alfarero y un posible empleo. Pensó en los Fludd mientras yacía agotado y al borde mismo del sueño. Apenas tenía con quién compararlos..., tal vez con la familia de Todefright.



Violet le había hecho un paquete con una camisa de noche y la ropa prestada, que se había convertido así en un regalo. Aquella familia no hacía más que corretear y reír, abrazarse y recitar tonterías, y él no sabía cómo comportarse cuando estaba con ellos, aunque sentía una especie de pesar por no formar parte de aquel círculo mágico. Aquí todos eran demasiado callados y vigilantes, aparte del alfarero que tenía ataques de cólera, un estado que Philip reconoció en el temperamental maestro artesano a quien había observado desde lejos. Pensó que no le caía bien Geraint, aunque no estaba del todo seguro. Tenía un rostro agradable, como si le hubiese gustado hablar con alguien, de haber tenido con quién hacerlo. Arthur Dobbin parecía bienintencionado, aunque Philip había aceptado irreflexivamente el veredicto de Benedict Fludd y Geraint sobre su inutilidad. Dobbin también tenía un cuarto en alguna parte de la casa. A veces, cuando irritaba más de la cuenta al alfarero, dormía en la vicaría, con Frank Mallett. Seraphita dijo una vez que le gustaba que se quedase a pasar la noche, pero siempre se trataba de «pasar la noche», por mucho tiempo que llevara con ellos. Era un invitado, no parte de la familia, algo que Philip había comprendido sin pararse a pensarlo. También había reparado en que escaseaba el dinero y en que Dobbin era el único que tenía sentido común para conseguir comida.

En mitad de la noche sucedió algo extraño. La falleba de su puerta se levantó y la puerta se abrió con un crujido. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y había suficiente luna y estrellas para que pudiera ver. La persona que entró era una mujer, llevaba el cabello suelto sobre los hombros. Era pálida como la porcelana a la luz de la luna, y estaba desnuda. Anduvo descalza, a pasos cortos y delicados, sobre la alfombra y se plantó junto a su cama. Era Pomona. Tenía los pechos juveniles pequeños y erguidos, y Philip vio claramente una pequeña e íntima mata de vello suave y dorado. Su boca parecía relajada y extrañamente tranquila. Respiraba como si estuviese dormida, y Philip pensó que lo estaba, debía de ser sonámbula. Siguió con los ojos abiertos y no se movió. Los ojos de ella también lo estaban, aunque no parecían ver nada. Sabía de oídas que no se debe despertar a los sonámbulos. La gente decía que eso podía matarlos. Tal vez se fuese. Entretanto, Philip contempló con placer estético y angustia moral aquella forma desnuda y su piel blanca. De repente, ella se inclinó, apartó la manta, levantó una rodilla y, pasándole un brazo sorprendentemente rígido por el cuello y acurrucándose junto a él, se deslizó en la cama a su lado. La pierna de la chica estaba sobre su muslo. Contuvo el aliento. No tenía ni la menor idea de dónde había venido, así que no podía llevarla o conducirla de vuelta a su habitación.

Esperó. Estuvo a punto de quedarse adormilado a fuerza de estar tan quieto y de respirar de modo tan regular y pausado. ¿Qué haría si se despertaba? Pero no se despertó, y por fin, pasado un rato, volvió a sacar las piernas de la cama y se movió como un autómatas hacia la puerta. Philip se levantó tras ella sin hacer ruido y la abrió

para dejarla salir. Tal vez hubiese debido seguirla, para asegurarse de que no se hacía ningún daño. Pero le dio miedo y vergüenza hacerlo.

**A**rthur Dobbin a veces se quedaba a pasar la noche en la casa del párroco de Puxty. Lo hacía tanto cuando Benedict Fludd lo amenazaba con violencia, como cuando él y Frank iban en bicicleta a Rye, o a Winchelsea, para asistir a una conferencia. Era una agradable casa de piedra, de paredes gruesas para protegerla del viento y las inclemencias del tiempo, con ventanas pequeñas y cálidas chimeneas. Estaba pared por medio de la iglesia normanda de Frank, construida en el siglo XII, cuando allí había un puerto en el que rompían las olas llegadas del canal. La iglesia databa de la época en que se desecó la marisma de Walland, y estaba construida sobre tierra ganada al mar y rodeada de diques de fango. En el siglo XIII, la tierra fue golpeada, arrasada y deformada por una serie de espantosas tormentas, y el mar arrastró cieno hasta el puerto de Romney y lo acumuló allí, por lo que muchos puertos prósperos se vieron desplazados lentamente hacia el interior y se vieron obligados a dejar de comerciar. En el siglo XIV, muchos granjeros murieron a causa de la peste negra, y las congregaciones disminuyeron. En las marismas había ovejas por todas partes, ramoneaban entre la alta hierba y vagaban hasta perderse en el horizonte. Desde la ventana de un lado de la casa se veía la pared de la iglesia de Santa Edburga, junto a su pequeño y herboso cementerio, con su sendero empavesado, su puerta techada, y sus tejos enanos. Desde el otro lado, donde Frank Mallett tenía su despacho y la sala del desayuno, se divisaban las marismas: la hierba, las ovejas, las largas hileras de carrizos mecidas por el viento, los chorlitos y las gaviotas. Aquella sala era el lugar donde Dobbin había pasado los momentos más felices de su vida. El desayuno en Purchase House tendía a estar crudo o quemado, o a ser escaso, y a veces las tres cosas a la vez. El desayuno en casa del párroco era a base de huevos con beicon, bien fritos y con la yema blanda, tostadas calientes envueltas en un paño de lino, mantequilla fresca, miel y enormes cantidades de té fuerte recién hecho. A Dobbin le gustaba comer aquellas cosas sobre todo cuando hacía mal tiempo, cuando los chubascos agitaban el carrizo, el cielo se ponía del color del peltre y las ovejas se apelotonaban tristemente. Le parecía casi una comida sacramental, aunque no se habría atrevido a decírselo a Frank, que oficiaba los verdaderos sacramentos, por muy exigua que fuese su congregación.

Dedicaban gran parte del tiempo a hablar de lo que ocurría en Purchase House. A Frank le costaba entender que Arthur Dobbin no se hubiera desanimado por los constantes cambios de humor de Benedict Fludd, e incluso por su propia ineptitud para ayudarlo. Dobbin adoraba al genio. Benedict Fludd era un genio, el único al que

Dobbin conocía. Él mismo carecía de talento artístico, pero anhelaba servirlo, y parecía convencido, contra toda evidencia, de haber sido conducido hasta aquel lugar y aquella tarea. La pobreza del paisaje y de la gente le habían llevado a pensar que aquel era el lugar idóneo para establecer una comunidad centrada en el genio, donde se hiciesen cosas hermosas y genuinas. Y luego había encontrado a Frank Mallett. Y, en los momentos de desesperación, no se le ocurría adónde ir. Frank, que también estaba solo, pensaba que Dobbin era ilógico y estaba obsesionado, pero secundó sus vagos proyectos porque le gustaba su compañía, y porque los Fludd eran, con mucho, sus parroquianos más novelescos y problemáticos.

Un día, varias semanas después de la llegada de Philip a Purchase, Dobbin y Frank estaban desayunando juntos, antes de coger sus bicicletas para ir a Winchelsea, para informarse sobre una serie de conferencias organizadas por los teósofos locales. Dobbin untó la tostada de mantequilla y miel y observó que la miel tenía muy buen sabor, le parecía notar el delicado aroma de las flores de clavo. Frank replicó, como Dobbin había imaginado que haría, que era su propia miel, hecha por sus abejas. Les había enviado varios tarros a los Fludd, con sus mejores cumplidos, por medio de Dobbin, y había recibido una nota de agradecimiento de Seraphita, escrita con su letra redondeada e infantil.

Dobbin afirmó que Benedict Fludd parecía transfigurado por la destreza de Philip. Estaban reconstruyendo el horno pequeño en el cobertizo, y hablaban de construir uno mayor con una chimenea en forma de botella, y una parrilla giratoria de flujo de aire. Philip le había dibujado a Fludd su idea de la parrilla de flujo y a este le había interesado mucho. Si construían un horno más grande, por supuesto, dijo Dobbin, necesitarían más ayudantes. Él mismo ayudaba en todo lo que podía, y empleaba la fuerza de sus brazos para alimentar el horno con las estacas que se emplean para sujetar el lúpulo —«bajo supervisión»—, decía patéticamente. Pero era la vieja historia de saber qué va antes, el huevo o la gallina, decía mientras mordisqueaba la crujiente tostada y la miel dulce y suave. No había dinero para aumentar la producción, y no había producción con la que ganar más dinero. Y los hornos de alfarero, que él siempre había considerado un medio estable, fiable y con los pies en el suelo de producir obras de arte, habían resultado ser tan violentos y temperamentales como el propio Fludd. Se podían perder meses de trabajo en diseños y decoraciones, por culpa de una llamarada o una explosión o de una burbuja de agua en una vasija mal hecha. Confiaba en que, ahora que Philip estaba allí, podrían convencer a Fludd de que hiciera vasijas más pequeñas y fáciles de vender —o tal vez incluso azulejos— que sirvieran para alimentar a la familia. Seraphita y sus hijas tenían sus telares, claro, pero trabajaban despacio y con rigidez, y su trabajo dependía de que Fludd estuviera de buen humor y tuviese la energía de hacer diseños para ellas. No se las arreglaban muy bien cuando las dejaban a su aire. Había una

conversación que los dos amigos siempre tenían llegados a ese punto, en la que volvían siempre a lo mismo y repetían las mismas observaciones sabihondas y perplejas, como si acabaran de caer en la cuenta, acerca del curioso desinterés e inhibición de los tres miembros femeninos de la familia de Purchase House. Desde la fiesta de Todefright, Dobbin podía añadir nuevos detalles a la discusión: había observado a las tres mujeres, tanto en Todefright como en Nutcracker Cottage, con la vaga esperanza de que, lejos de la influencia de Benedict Fludd, se relajaran o charlasen un poco. Pero no había sido así. «Es como si tuviesen la enfermedad del sueño, o estuviesen hechizadas», observó Dobbin, igual que hacía a menudo. Añadió que Geraint se había llevado muy bien con los otros jóvenes, los hijos de los Wellwood, Charles y Tom, el joven Julian Cain, y su hermana Florence. Le alegraba poder ofrecerle a Frank aquellas personas y discutir solemnemente acerca de ellas. Frank conocía, o debería conocer, a Geraint, claro. Le daba clases de historia, le enseñaba a los clásicos y el estudio de la naturaleza. A Geraint se le daban bien las matemáticas y a Frank no. Trataba de enseñarle y Geraint se burlaba de sus errores. Geraint no confiaba en Frank, aunque al principio este había tenido la esperanza de que lo hiciera. El chico estaba aburrido y amargado, de eso Frank estaba convencido, igual que lo estaba de que era amable y extrovertido por naturaleza, aunque no habría sabido decir muy bien por qué. Al contrario que sus hermanas, Geraint había trabado amistad con los jóvenes del pueblo y salía con ellos en sus botes de pesca o ayudaba a recoger manzanas o recolectar cebollas. Vagaba libre por las marismas y hablaba con los cazadores furtivos y los guardas forestales y oía las historias de contrabandistas que contaba todo el mundo. Frank y Dobbin charlaban de todo aquello, y trataban de imaginar qué sería de Geraint, sin llegar a hacer ningún pronóstico claro. No se les daba muy bien hacer planes y por esa misma razón estaban allí.

No obstante, Frank Mallett sabía más cosas acerca de Benedict Fludd de las que revelaba en sus agradables conversaciones con Dobbin. Una vez, Fludd le había pedido —le había implorado desesperadamente— que lo oyera en confesión. Sucedió unos dos años antes, cuando Frank era más anglocatólico de lo que era ahora; había habido momentos en aquel entonces en los que había anhelado los misterios y la solidez de los sacramentos y la presencia de santos y ángeles capaces de responder a su necesidad de una vida superior y de confortar su espíritu pobre y solitario. Su iglesia, como la mayoría de las iglesias de las marismas, había sido despojada durante la Reforma. Habían hecho pedazos a la Virgen y decapitado y golpeado los ángeles de piedra, aunque la sombra de una pintura al fresco en la que tocaban la trompeta y el salterio todavía teñía la pared este, debajo de los carteles ovales con las admoniciones de los puritanos que la habían reemplazado. «Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores.» Y el dicho de Salomón: «Peso de piedra, carga de arena: más pesada es la ira del necio». Y de Job: «Podrán agotarse

las aguas del mar, secarse y aridecerse los ríos, que el hombre que yace no se levantará, se gastarán los cielos antes de que despierte o se desperece de su sueño». Los puritanos de las marismas estaban obsesionados con los cambiantes peligros de las masas de agua y arena.

La mayoría de las vidrieras normandas estaban rotas y Frank había tenido la idea de recaudar dinero en la diócesis para encargarle una vidriera nueva al gran artista que vivía en la parroquia. Había llamado a Fludd y, a modo de vago principio, le había hecho una propuesta, y Fludd le había respondido que tenía muchas ideas, el espíritu de Dios cerniéndose sobre la faz de las aguas, tal vez, o el Árbol de la Vida con frutos dorados y carmesíes. Habían pasado unas semanas discutiéndolo con entusiasmo delante de unas jarras de cerveza, y habían hecho varios esbozos, a tiza, tinta y acuarela. Frank Mallett todavía conservaba un par de ellos. El resto los había destruido Fludd en un arrebato de desesperación. Frank había pasado a verlo un día, como de costumbre y había encontrado al alfarero sentado en su sillón y mirando al vacío. Parecía casi incapaz de hablar, casi catatónico. Había murmurado: «No puedo hacer nada» y «Déjeme», y Seraphita había entrado en la cocina y le había dicho con voz neutra —¿o había sido con placidez?— que su marido no se encontraba bien y no podría hacer nada por algún tiempo, lo sabía bien, y podía asegurarle al señor Mallett que no conseguiría nada con sus visitas, hasta que Fludd volviese a estar bien. Mallett había aventurado la opinión de que las facultades artísticas tal vez siguiesen flujos y reflujos como las mareas. (Ahora no osaría decir una simpleza semejante.) Seraphita había concedido, fríamente, que tal vez fuese así y había esperado con aire estatuario a que se marchase. Él sabía que, como su consejero espiritual, tenía la obligación de ofrecerle su ayuda, o su consuelo, o una oportunidad de compartir con él su carga. Pero ella lo miró, con aire obtuso y paciente, y esperó a que se marchase, y él se fue. Ya habría mejor ocasión, pensó. Todo eso ocurrió antes de que Arthur Dobbin y el desaparecido Martin Calvert llegasen a Purchase House.

Y luego, una tarde de invierno, cuando Frank Mallett estaba arrodillado en el presbiterio de la iglesia de Santa Edburga, tratando de evitar con sus rezos que su fe se secara y aridciera, Fludd había ido a buscarlo. Había abierto la puerta de par en par dejando entrar una agitada corriente de aire que hizo volar unos papeles y arrugó momentáneamente la sabanilla del altar. Se plantó en mitad de la nave, con los hombros de toro encorvados y la cabezota gacha, sin prestar la menor atención al hecho de que el sacerdote estuviese arrodillado.

—Estoy desesperado —dijo—. ¿Me oirá usted en confesión?

Frank se había puesto en pie. Mucho se temía que sin demasiada elegancia. Era un hombre joven e inocente, a pesar de la preciosa perilla dorada que lucía en la barbilla. Había vivido siempre entre algodones y no se había topado con ningún horror verdadero en su breve ministerio, aparte del hecho presente de la muerte, y del

destrutivo malhumor de los capilleros competitivos y las damas bordadoras de cojines. Le explicó que aquella era una iglesia anglicana, y que la confesión no era un sacramento. Fludd le agarró, le tiró de la manga, le hizo sentarse en un banco de la iglesia y se sentó a su lado, le faltaba el aliento. Vestía una levita negra, que parecía el paródico remedo de una casulla.

—Dios —dijo Benedict Fludd—, su Dios, quiero decir, entra y sale de mi vida sin previo aviso. Un día parece imposible, incluso risible, y al siguiente es imperioso. — Se interrumpió y dijo—: Tal vez sea como las fases de la luna. O como las estaciones de la esfera en la que vivimos, que gira dentro y fuera de la luz, un día los árboles se convierten en esqueletos, luego nieva, después cae el velo verde y brillante y por fin llegan el calor y la luz. Solo que Él no es regular ni predecible, y hay otros muy persuasivos que entran cuando a Él le da por salir. Como los demonios hindúes, que son dioses en sus propios términos. —Frank le escuchó. Por su joven cabeza cruzó la idea de que toda aquella retórica debía de ser ensayada. Murmuró algo acerca de la tenacidad de la fe en los momentos de oscuridad del alma, en las épocas de escualidez del espíritu—. Carezco de voluntad —dijo Fludd, con una nota de satisfacción en la voz—. Soy un mero campo de batalla, y, sin embargo, vivo y ando por el mundo. Pero hay destellos de luz, momentos de equilibrio entre un estado y el otro, entre las victorias del pálido galileo y la multiforme fuerza vital. Si entiende a lo que me refiero. Momentos en los que miro adelante y atrás.

—Sí —dijo Frank.

—Estoy en una de esas cimas. Su Dios me priva de su presencia como si nunca hubiese existido. No vierte ninguna luz, no ilumina nada, todo es una espesa nube gris, o una noche vacía llena de absurdos puntos brillantes cuyo orden nada tiene que ver conmigo, aunque no resulte amenazador. Lo será. Hoy estoy lúcido.

—Sí —replicó Frank.

—Le hablo, joven, de cosas que, en realidad, ni siquiera puede usted imaginar. Tengo que quitarme esa carga de encima. Quería hablarle de mis cambios de hombre lobo, con la esperanza de librarme así de ellos. ¿Me he explicado bien?

—Sí —respondió Frank, que estaba asustado del cuerpo tembloroso que tenía a su lado—. De momento, sí.

—Mañana podría ser lo que usted llamaría un loco —dijo Fludd—. Entonces no me importará, pero ahora la idea me produce náuseas. Cada vez es peor. De niño ni siquiera lo sospechaba. Era un niño del coro con la cabeza separada del cuerpecillo por un cuello almidonado de color blanco inmaculado. Si asomaban mis minúsculas partes pudendas nadie lo notaba y era todo muy inocente. Y el sol brillaba todo el tiempo, redondo y deslumbrante como mi cuello. Luego empecé a convertirme en hombre, me cambió la voz, me quitaron el collar, y mi cuerpo, ya sabe a lo que me refiero, empezó a crecer con vida propia, sin que yo pudiera controlarlo. Se me

ocurrían ideas terribles. Me gustaba ir a cazar cosas. Animales. Ranas y conejos. Modelaba imágenes de ellos con amor e ideaba ingeniosos modos de destruirlas, también con amor. ¿Comprende? Veo que no. He escogido muy bien a mi confesor. Es usted una persona íntegra, y no hablará con nadie de esto. Fui a la Escuela de Arte, y dibujé esbozos de los hombres y mujeres desnudos e imaginé, eso es, que los pintaba de un modo distinto, como si fueran pollos. Hacía dibujos privados de los dibujos. Paseaba por Haymarket como Rossetti, ya sabe: contemplando la mercancía expuesta a la venta, y al final acabé deslizándome en una doble vida con suma facilidad. Encontré a una joven cuya especialidad era complacer a los hombres como yo, y satisfacer sus fantasías. Empecé a visitarla, cada vez con más frecuencia, y me imaginé haciéndole daño, de formas cada vez más ingeniosas, al mismo tiempo que la amaba con mi ser más luminoso, de un modo cada vez más profundo e inocente. No había nada, nada, de lo que no pudiéramos hablar, y en su presencia..., en su cama barata, joven, quiero decir, padre, sané y me purifiqué. Se llamaba María. Era una María Magdalena que limpiaba los pecados, y a mí me parecía Venus Anadiomena, aunque creo que sufría de desnutrición desde la infancia. Como artista reparaba en que estaba escuálida, pero como enamorado sus pechos me parecían globos de mármol lechoso, y la mata que tenía entre las piernas, los arbustos que rodeaban la puerta del Paraíso Perdido..., y Recobrado. —Se interrumpió. Frank pensó: «Esto es retórica ensayada, ha contado esta historia antes y la ha perfeccionado. Puede que sea pura ficción o solo una versión», se preguntó cómo lo sabría—. ¿Le estoy avergonzando o excitando, joven, quiero decir, padre?

—No —respondió Frank, aunque estaba tanto avergonzado como ligeramente excitado—. No, estoy aquí para escucharle.

—Naturalmente, sé que no era su único amante —dijo Fludd—. Ella tenía su negocio, era parte de su ser. O eso pensaba yo. Tal vez fuese una joven criatura perdida y empobrecida, obligada por el hambre y el frío a ofrecer calor y oídos que yo tomé equivocadamente por comprensión. Pienso en ello de forma diferente cada día, según las fases de mi ciclo lunar. La necesitaba de un modo tan abyecto que incluso consideré la posibilidad de casarme con ella. Al encontrarla, descubrí mi verdadera vocación: los dedos en la arcilla húmeda, los dedos chapoteando en la divina carne femenina, hice vasijas que eran metáforas de ella y de nuestra relación: sirenas retorcidas y frondas de helechos que se desenrollaban... ¡oh!, era todo muy inocente, a pesar de su profesión y de mi locura. —Se interrumpió. Por un descabellado momento, Frank se preguntó si aquella Magdalena no se habría convertido en Seraphita Fludd, y si eso explicaría su inhibición y rigidez. Fludd estaba haciendo algo que Frank vio que le hacía apretar los puños, pensó que nunca había visto hacer eso. Fludd dijo—: Lo que viene ahora es desagradable. Es usted el primero a quien le cuento... esto. Fui a verla a la hora convenida: yo tenía llave, pero



habíamos concertado cuándo debía y cuándo no debía visitarla, y subí los escalones de dos en dos. —Volvió a interrumpirse. Frank esperó y entrelazó también las manos—. Noté un hedor, creo que me di cuenta antes de abrir la puerta. Estaba en su cama. Muerta. Era un amasijo de sangre..., sangre y heridas abiertas. Los bordes de los charcos empezaban a coagularse, igual que el esmalte, sobre la superficie de sus muslos y el linóleo.

—Sí —dijo Frank—, para interrumpir su verborrea.

—Había corrido por toda la habitación, desangrándose, aferrándose a las cosas con los dedos sanguinolentos, las marcas estaban por todas partes. No pude mirarle a la cara..., era solo un amasijo de bultos ensangrentados...

—Sí —dijo Frank, con más firmeza—. ¿Qué hizo después?

—Retrocedí, cerré la puerta y volví a mi alojamiento. ¿Qué más podía hacer?

—¿Avisó usted a la policía?

—La venganza es mía, dijo el Señor. Era demasiado tarde para ayudarla. Y me sentí... enfermo, asqueado y debilitado.

Se interrumpió.

—¿Eso es todo? —preguntó Frank.

—¿Todo? Es un horror.

—Pero no un horror del que sea usted responsable, al menos por lo que me ha contado.

¿Cómo encontrar la voz de un confesor, o un juez? A Frank se le pasó por la cabeza la duda de si Fludd habría matado en realidad a la mujer en un arrebato, y luego lo había olvidado, o de si estaría mintiéndole. También se le ocurrió que la historia podía ser inventada, tanto para herirle a él, como para alimentar el apetito de Fludd por el horror. Fludd dijo:

—No le estoy mintiendo, ¿sabe? Sigo siéndole involuntariamente fiel —añadió después—. No amo a mi mujer como prometí hacer. Entre nosotros hay paredes muy gruesas. Es una mujer hermosa que necesita que la deseen, y yo no la deseo, al menos con frecuencia. No debería haberme casado con ella.

—Es muy tarde para decir eso —respondió el cura.

—Es estúpida. Un pollo desplumado en un caparazón de sarga. A veces pienso que no tiene alma.

—Prometió usted amarla y respetarla.

—Lo he intentado. Podría burlarme de usted, pero lo he intentado. No hay amor en nuestra casa. Y no soy yo el único culpable.

—En eso no puedo juzgar.

—No le estoy pidiendo que juzgue. Ni que se entrometa. Si hubiese pensado que tenía usted el valor o la capacidad de entrometerse, no habría venido a verle. Mire cómo tiembla. Hará como si esta... confesión no hubiese ocurrido nunca.

—Tengo la sensación de que su propósito en parte era conseguir que me echara a temblar. ¿Qué quiere que haga?

—Nada, nada, nadie puede hacer nada. Volveré a casa y me escabulliré por un tiempo en mi departamento privado del infierno. Siempre tengo un miedo terrible de no encontrar la salida o de...

—¿O de...? —le animó a seguir Frank. Pero Fludd había llegado al final de su confesión, tan abruptamente como la había empezado. Se levantó y salió a trompicones de la iglesia sin mirar atrás.

Frank Mallett llegó a la conclusión de que lo que había «confesado» Fludd no era lo que había ido a confesar. Vivió varias semanas asustado de que Fludd pudiera hacerse daño a sí mismo, o a su familia, o a algún otro..., Fludd había temido algo en el futuro y había confesado algo muy lejano en el pasado. De hecho, luego pasó por una época muy sombría, en la que se dedicó alternativamente a maldecir y romper vasijas y a dar largos paseos solitarios por la playa de guijarros de Dungeness, agitando los brazos e increpando a los cielos. Frank Mallett hizo tímidos intentos de visitar a Seraphita con la esperanza de que «le abriera su corazón» y Seraphita, a regañadientes, hizo mínimos comentarios triviales acerca del tiempo, o la mermelada, o los criados, y esperó a que se marchase. El rendimiento escolar de Geraint disminuyó mientras Fludd estuvo de malhumor. Su aritmética se deterioró. Igual que sus traducciones del latín. Y luego un día —o eso imaginó Frank, que, como es natural, no estaba presente— Benedict Fludd entró en razón y volvió a su estudio y empezó a amasar la arcilla.

Los dos amigos fueron en bicicleta a Winchelsea un día muy caluroso de verano, para discutir la preparación de una serie de conferencias que tendrían lugar en Lydd en los meses más oscuros del otoño. Recorrieron varios caminos a través de las marismas de Walland y pedalearon a lo largo de las dunas de Camber Sands, que cubrían la sumergida ciudad de Old Winchelsea, como si nunca hubiera existido. Borearon el puerto de Rye y pasaron junto al castillo de Camber a lo largo del llano, teniendo siempre delante la colina donde se había reconstruido Winchelsea en el siglo XIII según la clásica planificación medieval. Fueron a visitar a la señorita Patty Dace, que vivía en una casita enfrente de la iglesia, parcialmente en ruinas, de Santo Tomás Mártir, al otro lado de un apacible jardín, jalonado de antiguas lápidas inclinadas. Como muchas casas de Winchelsea, la suya recordaba a las casas de madera blanca de Nueva Inglaterra. Tenía un pequeño y cuidado jardín en la parte delantera.

La señorita Dace estaba esperándoles y abrió la puerta antes de que pudiesen llamar. A sus cuarenta años, era todo hueso y músculo, tenía una expresión feroz en el rostro, la nariz ganchuda, los pómulos salientes y los ojos negros y profundos debajo de unas cejas que parecían un par de orugas peludas. Su pelo parecía haber sufrido intensas aplicaciones de las pinzas de rizar, aunque de hecho se le rizaba de forma

natural, como si tuviese ancestros africanos. Le gustaba estar ocupada. Era la secretaria interina de muchos grupos: los teósofos locales, los fabianos locales, la Sociedad Dramática de Winchelsea y su Distrito, el Círculo de Acuarelistas, y un grupo que trabajaba en pro del sufragio femenino. En otra época había impartido clases en un internado femenino londinense, y había trabajado brevemente como asistente social en un hospital. Había tomado parte muy activa en la campaña para que las mujeres casadas y las mujeres que no poseían casa en propiedad pudiesen ser elegidas como miembros de las autoridades locales y los consejos de beneficencia. El año anterior, el gobierno liberal había abolido la condición de ser propietario para presentarse a los consejos y había hecho posible que las mujeres casadas se presentaran a las elecciones. La señorita Dace se había alegrado mucho. Se había presentado ella misma y había sido derrotada por una mujer casada, Phoebe Methley, la mujer del escritor Herbert Methley, que había comprado una pequeña granja cerca de East Guldeford. La señorita Dace había recibido una buena educación cristiana. Trató de no sentir decepción ni resentimiento, y volcó su atención en la vida cultural de la comunidad. Era la guardiana de las cajas de libros fabianos, que llegaban de Londres llenas de lecturas instructivas y estimulantes. Organizaba conferencias, tanto para los fabianos como para los teósofos, y para grupos combinados de los dos. Hasta hacía poco, también había tratado de organizar debates sobre la vida espiritual, y sobre todo acerca del aspecto femenino de la espiritualidad cristiana, a través de algo llamado Sociedad Cristiano-Teosófica. Patty Dace necesitaba más vida y pensaba que tal vez residiera en la teosofía. Se había quedado muy desconcertada al leer, en las páginas de *Lucifer*, una apasionada denuncia de la actitud del cristianismo para con las mujeres, escrita por la propia Blavatsky y repleta de citas de la Biblia y de los Padres de la Iglesia en las que se definía a la mujer como el portavoz del demonio, el siseo de la serpiente, el más peligroso de los animales salvajes, un escorpión, un áspid, un dragón, una hija de la mentira, un centinela del infierno o el enemigo de la paz. Madame Blavatsky añadía que, en el Nuevo Testamento: «Las palabras hermana, madre, hija y esposa son solo sinónimos de degradación y deshonor».

Patty Dace, la feminista, teósofa y socialista se sentó a discutir con Patty Dace, la cristiana vestigial, le reprochó su nostalgia por la Iglesia y le hizo renunciar a ella. Eso le producía cierta vergüenza por lo que consideraba la duplicidad de sus tratos con Frank Mallett, con quien era todo un placer colaborar al elegir a los conferenciantes y dar publicidad a las conferencias. Curiosamente, no le habría consolado saber que el propio Frank tenía a menudo la sensación de que su fe se erigía en arenas cambiantes y movedizas. Le gustaba que la Iglesia estuviese ahí, como los descomunales, sólidos y antiguos edificios medievales de las marismas, y que fuese una realidad, aunque se hubiese visto obligada a romper sus vínculos con ella.

Dio la bienvenida a los dos jóvenes, y les ofreció unas tazas de té y unas galletas caseras de mantequilla para recobrar fuerzas después del viaje. Habían reservado, como comité, una serie de tardes de los jueves en un salón comunitario de Lydd, donde el público de escritores locales, profesores y tenderos se veía aumentado por la presencia de oficiales y soldados del cuartel que había cerca del pueblo. Se puso las gafas y le indicó a Frank que tal vez debiesen elegir un título para el ciclo de conferencias. Dobbin respondió que antes deberían escoger oradores interesantes y luego ya tendrían tiempo de buscar un título. Aunque Dobbin se había mostrado tímido e incómodo durante su estancia en Todefright, al recordarla, se sentía privilegiado y feliz de haber conocido a aquella gente tan deslumbrante con sus brillantes disfraces. Quería volver a oírlos, a Humphry y a Olive, a Toby Youlgreave y a August Steyning, a los anarquistas y al profesor londinense que trabajaba con el profesor Galton en demografía humana y genética. Afirmó haber oído algunas ideas muy interesantes acerca del folclore y las costumbres antiguas mientras estaba en Andreden. Tal vez a ella le gustase tenerlo en cuenta.

La señorita Dace dijo estar más interesada en el cambio. Quería conferencias sobre cosas nuevas, la nueva vida, la nueva mujer, las nuevas formas de arte, democracia... y religión, añadió mirando valientemente a Frank.

Frank sorbió un poco de té y dijo pensativo que, de hecho, la contradicción era solo aparente. Pues muchas de aquellas novedades se inspiraban en cosas muy antiguas. Los teósofos buscaban la sabiduría de los maestros tibetanos, por ejemplo. El socialismo de William Morris se inspiraba en los gremios y comunidades medievales. Las ideas de Edward Carpenter de rechazar la estulta respetabilidad de la vida familiar victoriana se basaban en que los hombres viviesen en armonía con la naturaleza, como las criaturas naturales. Y lo mismo podía decirse de los vegetarianos y los antiviviseccionistas, que exigían un sano respeto por la vida natural animal, como el que había antes del desarrollo de la civilización técnica. En las artes ocurría lo mismo; Benedict Fludd, por ejemplo, quería volver al antiguo arte del alfarero independiente y recuperar los esmaltes rojos olvidados, el turco de Nicea, el *sang de boeuf* chino. La Sociedad para la Investigación Física había redescubierto el viejo mundo del espíritu y las facultades primitivas perdidas de la comunicación humana. Las antiguas supersticiones, podían proporcionar un nuevo entendimiento espiritual. Incluso la nueva mujer, dijo, atreviéndose a hacer una especie de chiste, aspiraba a la liberación de las ballenas y los encajes a través del vestido racional, pero también de las amplias túnicas medievales. Que las mujeres tuviesen puestos de responsabilidad, hoy parecía una novedad, pero en la Edad Media las abadesas habían gozado de mucho poder y gobernado comunidades enteras, igual que hacían en estos días los directores de los colegios. Tal vez todos los pasos que se daban hacia el futuro sacasen su ímpetu de la investigación del pasado más remoto. Casi estaba tentado de

proponerse a sí mismo como conferenciante sobre el particular.

Hay un peculiar placer estético en elaborar un programa de estudios, una recopilación de ensayos, o un ciclo de conferencias. Es posible organizar, una y otra vez, las imágenes y las sombras de la gente como las piezas de cristal emplomado de una vidriera, o las fichas en un tablero de ajedrez. El comité consideró lo que le gustaría oír, y cómo organizar las conferencias. Dobbin propuso pedirle a August Steyning que expusiera sus ideas sobre el nuevo teatro, que iría más allá del realismo hacia el antiguo arte de las marionetas y los títeres. Acordaron proponerle a Toby Youlgreave que hablase de las relaciones entre el folclore moderno y la creencia en las hadas de nuestros antepasados. Decidieron invitar a Edward Carpenter a hablar de sus esperanzas para los hombres, mujeres y el «sexo intermedio» que había descrito recientemente. Surgieron nombres: Bernard Shaw, Graham Wallas, Beatrice Webb. Y Annie Besant, que había hablado convincente, intensa y sucesivamente a favor del secularismo, el control de la natalidad y el socialismo fabiano, y había asumido el disputado liderazgo de los teósofos desde que madame Blavatsky, en 1891, hubiese «abandonado un instrumento físico que no podía seguir usándose», la «gastada vestimenta que había empleado en una encarnación». En dos o tres momentos quiméricos los tres especularon acerca de lo que tendría que decir la señora Besant. Pero Patty Dace observó, con pesar, que la señora Besant estaría demasiado implicada en los actuales problemas de la sociedad para querer ir a dar una charla en la marisma de Romney.

La señorita Dace propuso una conferencia sobre la prostitución y la injusticia de la desigualdad entre hombres y mujeres. Aunque, pensándolo bien, una conferencia sobre ese tema no parecía lo más adecuada para un público en el que habría tantos militares. Tal vez la señora Wellwood pudiera dar una charla sobre los niños modernos y la moderna literatura infantil, eso sería más seguro. Coincidieron enseguida en que, por su temperamento, el señor Fludd no estaba capacitado para impartir conferencias. Tal vez alguien del museo de South Kensington pudiera hablar del futuro de la artesanía.

Todos ellos, Dobbin incluido, sabían que ningún ciclo de conferencias se ajusta a la elegancia y profundidad ideales con que fueron concebidos. Unos conferenciantes rehúsan asistir. Otros fallan. Las personas en quienes se podía confiar llegaban y decían las mismas cosas. Tendría que haber una conferencia sobre el cultivo de verduras, y tendría que pronunciarla la señora Wolsey. A Bernard Shaw acabaría sustituyéndolo un estudiante flaco y nervioso, que no tendría ni idea de cómo hablarles a los soldados. Pasaron a la segunda fase de la planificación, que consiste en elaborar la lista de conferenciantes con los que podían contar a ciencia cierta.

Patty Dace dijo que pensaba que debían pedirle a Herbert Methley que participara. Tenía opiniones firmes y era un orador muy estimulante. Lo había oído

una vez, en Rye, lo que era un indicio de que podía estar dispuesto a aceptar. No recordaba lo que había dicho exactamente, pero había sido fascinante. Tenía que ver con la liberación del ser instintivo, o algo por el estilo. Todos los presentes se habían emocionado y conmovido mucho.

Frank afirmó no conocer al señor Methley en persona, aunque le había impresionado mucho —muchísimo— la lectura del ejemplar de *Luces de la marisma* que la señorita Dace había tenido la amabilidad de prestarle. Luego había leído *El gigante de la colina* y *Bel y el dragón*, que también había admirado mucho. Le encantaría tanto conocer al señor Methley como oírle pronunciar una conferencia.

Patty Dace le miró con aire inquisitivo. Frank sonrió con timidez. Ignoraba que ella le había prestado la novela para poner a prueba su fe. Y lo había hecho. Aunque él se creía obligado a no revelar a la señorita Dace hasta qué punto lo había hecho. De hecho, pensaba en ello a diario. La novela le había proporcionado imágenes muy claras de sus dudas.

Trataba de alguien en su misma situación, un cura solitario en una iglesia de las marismas, con una congregación cada vez más reducida. El sacerdote del libro, que se llamaba Gabriel Medcalf, había sido hechizado, o se había enamorado, o había engañado y decepcionado a una mujer llamada Bertha, a quien se encontraba cuando salía a pasear por el campo junto al arroyo. Había una especie de frescura en ese personaje, inteligentemente conseguida mediante fugaces referencias a las luces en su cabello, o sus ojos, o a las sombras en su piel fina. Frank no sentía demasiado interés por los encantos femeninos, y Bertha no se correspondía con ninguna de sus fantasías. Pensaba más bien en ella como en la encarnación de una bruja de los saúcos, una guardiana de las flores y las bayas. Carecía de imperfecciones y era huidiza. Lo que más conmovió a Frank fue la descripción que hacía Methley de las relaciones entre el edificio de la iglesia y el paisaje. En ese mundo, la iglesia estaba desnuda como un esqueleto, era una concha sólida alrededor de un espacio sin vida. La energía espiritual se había filtrado, o había regresado, a la tierra, la marisma y el agua que rodeaban la iglesia. Los árboles daban la impresión de andar, y de agitar los brazos con enfado, o de hablar con voces inhumanas, crujiendo y gimiendo. Las luces de la marisma se estremecían y juntaban en círculos danzantes, y volvían a separarse formando serpientes de luz, yendo de aquí para allá a través de la oscuridad nocturna. De niño, a Frank le había impresionado el modo en que hablaba Wordsworth de la fuerza primitiva —no medida en términos humanos— de las piedras y los despeñaderos. Methley había aprendido de él: las piedras gigantes oscilaban, como escamosas bestias primitivas, entre las orillas de las lagunas salobres y la tierra seca. Los altozanos suspiraban con lenta energía. Las grietas se abrían formando abismos. La tierra entera estaba poseída, y o bien era indiferente u hostil, a menos que la inadecuada Bertha fuese un medio de entrar o de encontrar armonía en ella.

Gabriel Medcalf no superaba la prueba, y se aventuraba cada vez con menos frecuencia fuera de la iglesia y las tapias de su cementerio. Gabriel, en la novela, perdía su sentido de la divinidad de Cristo, y lo veía como «un judío bondadoso, asesinado muchos años antes en Palestina». Aquella frase le había llegado a Frank Mallett a lo más hondo. La reconoció como propia y le dolió admitirlo. A veces tenía la sensación de que su iglesia, como la de la novela de Methley, estaba rodeada de fuerzas hostiles, que la asediaban, se asomaban por las rendijas, murmuraban y esperaban. No estaba seguro de querer conocer al autor. Pero le disgustaba no superar las pruebas. Sugirió que él y Arthur irían a ver al señor Methley y discutirían con él su proyecto.

Patty Dace dijo que era una idea excelente. Se quedó pensando un momento y luego dijo que a los Methley les gustaba mucho su pequeña granja y eran unos jardineros entusiastas. Si no contestaban al timbre, normalmente se les podía encontrar trabajando en el jardín trasero.

Pedalearon por la carretera de East Guldeford en amistoso silencio y encontraron el modo de llegar a la granja Wantsum, que apenas era lo bastante grande para merecer el nombre de granja, aunque en ella hubiera unas pocas ovejas, patos, un par de cabras y un pequeño huerto. La casa era achaparrada, con ventanas pequeñas y una puerta muy fea. Llamaron al timbre y, como no respondió nadie, hicieron lo que les había sugerido la señorita Dace y fueron por el sendero que conducía a la parte de atrás de la casa por un césped con un minúsculo estanque de patos y a través de una verja en la tapia del jardín.

Se abrieron paso hasta el centro de aquel lugar entre altas hileras de guisantes y judías, que crecían junto a unas estacas que sostenían una red. Aquellas plantas, que hacían de pantalla, fueron la explicación de que se topasen tan inesperadamente con los Methley, que estaban en un rincón resguardado en el sitio donde confluían los senderos. Estaban sentados en la hierba; Herbert Methley tenía un libro abierto en la mano y Phoebe Methley estaba pelando guisantes y judías en un colador que tenía en el regazo.

Ambos estaban desnudos. Ambos llevaban gafas.

Se miraron atónitos.

Ni Arthur Dobbin ni Frank Mallett habían visto a un mujer desnuda en toda su vida adulta, aunque Frank había visitado a sudorosas señoras enfermas o agonizantes con camisones desaliñados.

Los dos Methley tenían la nariz, el cuello y las muñecas curtidas y enrojecidas. Los dos eran, por lo demás, pálidos y delgados. Herbert Methley tenía el cabello oscuro, lacio y fino, y una exuberante mata negra debajo de los sobacos y alrededor de su miembro en reposo. Era bastante nervudo y tanto sus brazos como sus piernas eran delgados pero musculosos, su pecho estaba salpicado de pelos ásperos. Phoebe

Methley tenía el cabello rubio recogido con una cinta. Sus pechos —fue lo primero que vieron, en perjuicio de todo lo demás— eran montículos aplastados, que colgaban sobre sus costillas; los pezones, del color de la rosa canina, no asomaban sino que estaban retraídos. Vieron que ella también tenía abajo una mata de pelo, más pelirroja que la de la cabeza, y apartaron la mirada. Tenía el cuello muy largo y la piel que lo cubría empezaba a arrugarse. Sus ojos eran muy grandes —y aún lo parecían más detrás de las gafas— y, de haber estado vestida, habría sido en lo primero en lo que habrían reparado. Con el sobresalto volcó sin querer el colador, que descansaba sobre sus muslos, por lo que las brillantes esferas verdes de los guisantes y las judías verde-grisáceas en forma de riñón rodaron por doquier sobre su carne y la tierra.

Curiosamente, ni Frank ni Dobbin sintieron el impulso de marcharse o retirarse en desorden. Herbert Methley dijo tranquilamente:

—Nos han pillado tomando el sol. Adorando al sol, de hecho. Es una costumbre que tenemos, siempre que podemos, y este junio está siendo muy caluroso.

Frank Mallett murmuró que le habían dicho que los encontraría en el jardín. Un sentido innato de la precaución le llevó a no revelar quién se lo había dicho. Había notado cierto brillo en la mirada de la señorita Dace.

Phoebe Methley rodó sobre un costado para recoger los guisantes y las judías. Dobbin se sintió impelido a ayudarla y a mirar hacia otro lado. No hizo ni una cosa ni la otra, sino que siguió contemplando su carne desnuda. Frank Mallett dijo:

—Tal vez será mejor que volvamos en otro momento. Veníamos a pedirle que participase en un ciclo de conferencias este otoño. Teníamos la esperanza de que usted pudiera...

Herbert Methley se incorporó imperturbable sobre los pies desnudos, y cogió de un taburete de campaña unas prendas plegadas que resultaron ser dos túnicas bordadas en forma de quimono. Le dio uno a su mujer, que se puso en pie con un ensayado movimiento, y alargó los brazos para pasarlos por las mangas. Se ató el cinturón y se arrodilló para seguir recogiendo los guisantes y las judías. Herbert Methley observó:

—La pareja original en el jardín original vivía más feliz antes de conocer la vergüenza. Pasen a la casa. Háblenme de sus conferencias.

Su voz tenía un deje norteño, que Frank, oriundo de los condados de los alrededores de Londres, no fue capaz de situar. Dobbin, en cambio, supo enseguida que procedía de algún lugar ligeramente al norte de su Sheffield natal.

En fila india, y sin hacer ruido, entraron en la casa por la puerta trasera, Phoebe Methley cerraba la marcha con el colador en la mano, como si del atributo de una santa de una pintura se tratara. Entró en la cocina para preparar el té. Herbert Methley ofreció asiento a los dos amigos en unas butacas bajas de tablillas estilo Arts and Crafts. En comparación con el resol del jardín, la sala parecía sumida en una



penumbra fuliginosa. Había un jarrón lleno de flores silvestres en una mesa tallada. Dobbin explicó a Herbert Methley el proyecto del ciclo de conferencias, y Frank se quedó absorto un instante, mientras se preguntaba si debía felicitar a Methley por *Luces de la marisma*, o al menos decirle lo mucho que le había conmovido. Decidió no hacerlo. Descubrió que le irritaba que aquel hombre de la túnica, con su cabello negro eléctrico, fuese más dueño, por así decirlo, de las rocas y piedras imaginadas y de las matas de saúcos que él, el lector. Los lectores no deberían conocer a los escritores, pensó. Se supone que no deben hacerlo.

Salió de su breve ensoñación para oír a Methley proponer una conferencia sobre «algo así como “Los elementos del paganismo en el arte moderno”, o incluso “Los elementos de lo pagano en el arte y la religión modernas”». Frank dijo que eso era exactamente lo que habían esperado oír. Luego añadió, con fingida naturalidad, que había disfrutado mucho con la obra del señor Methley. El señor Methley respondió que le alegraba oírlo. Preguntó si Frank había leído su último libro *Mordiéndose manzanas*. Estaría encantado de regalarle un ejemplar. Encontró uno, y se lo dedicó con mano firme. El hombre del alzacuellos sonrió cautamente al hombre que no llevaba puesta más que una túnica salpicada de peonías carmesíes y crisantemos dorados y plateados.

Mientras pedaleaban de regreso a casa, Dobbin dijo:

—Lo raro es que, si hubiésemos salido corriendo, habríamos demostrado tener mucha peor educación. Es muy raro que la cortesía pareciera empujarnos a quedarnos allí mirando.

Frank respondió que el mundo estaba cambiando. Y estuvo de acuerdo en que habría sido mucho más violento marcharse que quedarse. Dobbin, al recordar su breve visita a Edward Carpenter y sus baños desnudos en el río y el aire de la campiña de Derbyshire, preguntó si Frank no sentía la tentación de tomar el sol de aquel modo. Frank respondió que no. Después de pensarlo un poco, añadió que el cuerpo humano no era hermoso sin ropa. Su rostro estaba encendido por el esfuerzo del pedaleo. Las ovejas se movían despacio por las marismas, mordisqueando la hierba salada. Dobbin dijo que había sido un día provechoso. Frank replicó que sin duda lo había sido.

## **II**

### **La edad de oro**

La vieja lechería tenía la forma ideal para albergar el taller de un ceramista. El horno estaba aparte, en un cuarto que antes había sido un fregadero, la chimenea asomaba a través del tejado de pizarra. La lechería tenía estantes de pizarra, con cajones debajo, y varios armarios en la pared, además de una despensa donde, en otras épocas, habían guardado el suero y la mantequilla, y ahora dejaban las vasijas para que se endureciesen hasta tener la textura del cuero, o para esperar a que se secase un esmaltado. Las ventanas eran muy pequeñas y estaban encastradas en la pared. Había dos, y ambas tenían un torno debajo de cada una de ellas. Uno grande impulsado por un pedal y otro más sencillo que se movía a mano y tenía al lado un taburete de ordeñar y un cubo. Habían colocado unos cristales redondos de colores en las ventanas. Uno mostraba a una serpiente marina con cuernos y melena entre unas olas de color cobalto, y otra una balandra blanca, surcando las olas o yéndose a pique, era difícil saberlo. Clavado en la puerta, había un dibujo coloreado a tamaño natural que representaba a un hombre del Renacimiento, con calzones, jubón, una túnica de color carmesí y una gorra de terciopelo. Estaba detrás de una enorme urna.

Philip, con mucho cuidado, empezó a ordenar las cosas. Barrió los pedazos e hizo un montón con las partes reutilizables del horno. Actuaba con tacto: sabía lo que podía cambiar de sitio y lo que no podía tocar sin permiso. Encontró unos cajones que contenían un caos de metales —utilizados en los esmaltes experimentales— y que dejó tal como estaban. Metió la arcilla nueva en cubos que llevó a una especie de cobertizo para el carbón que le indicó Fludd, quien al principio se quedó en el umbral sereno y vigilante, para ver lo que hacía Philip. Este limpió los tornos, y encontró unos trapos con los que tapar la lechada.

—Bueno —dijo Fludd—, más vale echarle un vistazo al horno. Habrá que tener cuidado con el mortero. El último era demasiado grueso. Explotó por todas partes y dejó marcas en las vasijas.

Philip asintió. Entendía de explosiones. Incluso ofreció algunos consejos mientras reconstruían los orificios de encendido y las mirillas para los conos pirométricos. Subió al tejado —Fludd le sujetó la escalera— y arregló la chimenea allí donde asomaba entre las tejas de pizarra. Desde arriba, al otro lado del patio, vio la forma rechoncha de un secadero de lúpulo. Bajó y le preguntó a Fludd qué era aquello. Era demasiado grueso para ser un horno, dijo, aunque al principio, al verlos en el campo, había pensado que eran hornos con chimeneas en forma de botella. Fludd le contó cómo se cultivaba, recogía y fermentaba el lúpulo en Kent. Y le explicó que encendía

el horno con las varas que se utilizaban para sostener el lúpulo, que eran muy abundantes y fáciles de conseguir. Philip afirmó que, en su opinión, se podría construir un horno muy grande en uno de aquellos secaderos. Fludd respondió: «Tal vez. Pero tendrías que hacer algunas vasijas». Philip sonrió encantado y Fludd le devolvió la sonrisa.

Las semanas siguientes, con mucha prudencia, los dos hicieron vasijas. Al principio, Philip solo llevó a cabo labores de aprendiz. Trabajaba la arcilla, un proceso muy similar al amasado del pan, que servía para expulsar las burbujas de aire y las gotas de agua de la masa sólida. De lo contrario, como Philip sabía muy bien, una burbuja del tamaño de un huevo de pato podía expandirse, estallar durante la cocción y causar grandes o pequeñas explosiones que podían echar a perder todo el contenido del horno. En su mayor parte, la arcilla procedía de la zona. La había de Rye Hill, que era de color rojizo, y de las marismas, que era un poco más amarilla. Fludd señaló un saco rojizo y observó lacónicamente que esa era la arcilla a la que todos acabamos volviendo, y añadió que la habían extraído del cementerio, donde había una capa muy gruesa. Miró a Philip para ver lo que pensaba, y Philip volvió a sonreír. Era, como decía Fludd, una arcilla buena y fuerte.

Fludd también importaba, por tren, una arcilla cremosa y blancuzca de Dorset, que utilizaba para hacer barbotina, o engobe, y mezclaba con la arcilla roja para aclararla. Philip aprendió a golpear y tamizar esa arcilla y a mezclarla con agua. Aprendió a remover las arcillas en el molino de cerámica, que estaba donde había estado antes la mantequera. Aprendió a mezclar las arcillas y luego a mezclar los esmaltes. Como casi todos los alfareros, Fludd era muy reservado acerca de sus recetas para ambas cosas. Guardados bajo llave en un cajón, tenía unos cuadernos con el lomo de piel que estaban escritos en una clave, basada en las runas anglosajonas y las letras griegas, que Philip era incapaz de leer. No empleaba las medidas convencionales, sino que tenía sus propias esferas de arcilla seca numeradas del uno al ocho. Philip mezclaba esmaltes de estaño y plomo, y bebía jarras de leche para contrarrestar el veneno de los esmaltes emplomados. Mezclaba antimonio, manganeso y cobalto. Había una sustancia llamada «serrín de clavos», hecha del polvo de cobre producido durante la manufactura de clavos, que producía unos esmaltes verdosos.

Llegó un día en que Fludd lo invitó a sentarse en el torno y a hacer una vasija. Fludd le centró la bola de arcilla, y Philip puso sus fuertes manos encima y la hundió por el centro. La arcilla marrón corrió sobre sus dedos como si estos se estuviesen volviendo de arcilla, suave y homogénea, o como si la arcilla se estuviera convirtiendo en carne, con yemas y nudillos. Bajo sus manos la arcilla se alzó y convirtió en una delgada pared cilíndrica, cada vez más alta, como si tuviese voluntad

propia. Giraba de forma uniforme, arrugándose con el movimiento de los dedos..., arriba, arriba, y luego de pronto se tambaleó y se desplomó convirtiéndose en una masa informe. Philip se echó a reír casi sin aliento. Fludd se rió también, y le mostró cómo rematar el borde, y cómo reconocer la forma que aspiraba a conseguir la arcilla. Le explicó que muchos maestros artesanos nunca torneaban las vasijas, sino que se limitaban a decorarlas. Philip preguntó cómo era posible que no quisieran aprender a sentir la arcilla. Fludd respondió que Philip tenía manos de alfarero. Ocupó el lugar de Philip y torneó una jarra de cuello alto, un plato hondo muy ancho, una copa y una jarrita con un borde ridículo. Philip lo intentó también y al cabo de un rato consiguió que le salieran bastante bien. Siguió riéndose en silencio. Fludd sonreía benévolo. Parecía habersele pasado el mal humor. Le entregó a Philip un grueso cuaderno de esbozos y le dijo al oído, mientras torneaba y suavizaba la tierra húmeda, que no tuviera ningún reparo en ir allí a modelar siempre que quisiera.

Philip no acababa de fiarse de la jovialidad que embargaba al artista. No daba nada por sentado. Había reparado —aunque sin pararse a analizarlo— en el continuo estado de temor vigilante, o al menos de ansiedad, de los curiosamente inertes miembros de la familia. Había reparado en el carácter indómito y desdeñoso de Geraint, y en lo que este ocultaba, aunque no había tenido ocasión de comentarlo con nadie. Incluso cuando estaba de buen humor, Fludd era hombre de pocas palabras. La familia, al contrario que el grupo de Todefright, comía casi en silencio y se dispersaba sin decir nada después. En una ocasión, Fludd anunció que Philip necesitaría más ropa, si es que quería lavar la que llevaba puesta. Parecía dar por supuesto que su vaga petición se llevaría a cabo en el acto. De hecho, reunieron un paquete de ropa, aunque fueron Dobbin y Frank Mallett quienes lo hicieron, juntando algunas prendas suyas, algunas de miembros de la parroquia, varios calcetines de pescador y una chaqueta, unas camisas de obreros, grises y azules, y un mono de trabajo, para poder lavar el que le había prestado Tom Wellwood. Philip encontró a Pomona sentada en la terraza de delante de la casa, cambiándole los puños de las camisas y cosiéndole los botones que faltaban. Protestó y ella le respondió: «No me creerás, pero es un cambio dejar de bordar flores de azafrán y margaritas». Su voz sonaba entrecortada y demasiado baja. Philip replicó que él también sabía coser, y Pomona le respondió: «Calla y deja que pruebe cómo te queda esto». Imogen salió con unos vasos llenos de agua de cebada, y le dijo a Philip: «Si puedes ayudarle para que trabaje, haga cosas y se vendan, todos te estaremos infinitamente agradecidos». Philip respondió que confiaba en que pronto tuviesen suficientes vasijas para hacer una cocción de prueba.

Tanto Fludd como Philip eran taciturnos a su modo, y a lo largo de varias semanas tan solo hablaron del peso de la arcilla, o del mejor sitio para secar una bandeja, o del color de los esmaltes, o de por qué se habían estropeado las vasijas de

Philip. A Fludd no se le ocurrió interrogar a su aprendiz por su vida pasada, o por su familia, y Philip tampoco le contó nada. De hecho el propio Philip apenas hacía preguntas, y solo al cabo de un tiempo se interesó por la figura del dibujo que había clavado en la puerta. Afirmó que le había parecido verlo en South Kensington, ¿era eso posible? Fludd respondió que ciertamente lo era. Se trataba del retrato de Palissy, el gran alfarero francés, del Valhalla de Kensington en el patio sur. «¡Ah, sí! —respondió Philip—. Vi un plato suyo, con sapos y serpientes, en casa del comandante Cain. Dijo que era una falsificación.» Fludd le explicó que el museo había cometido un tremendo error al comprar por miles de libras una imitación moderna de un plato de Palissy, que valía como mucho diez libras. Añadió que era fácil equivocarse: las falsificaciones recordaban mucho a las vajillas de Palissy. ¿Estaba Philip interesado en aquel alfarero? «¡Oh, sí!», respondió Philip, que estaba interesado en hacer vasijas.

Fludd empezó a contarle a Philip la heroica vida de Bernard Palissy. Se la contó en vívidos e intensos episodios, siguiendo el ritmo del torno, los golpes sobre la arcilla o los arañazos y chapoteos del tamiz. Fue casi un rito de iniciación: aquella era la historia ejemplar de lo que debía ser un auténtico alfarero, un artista completo. Fludd tenía la voz grave y dejaba espacio entre las frases, mientras meditaba lo que estaba diciendo. Philip también meditaba. Estaba aprendiendo.

Aprendió que Palissy había sido, como Benedict Fludd, un habitante de las marismas salobres, un trabajador que pintaba retratos y había aprendido también a pintar el cristal. Era pobre y ambicioso y un día alguien le mostró una copa de barro, hecha en Italia, torneada y esmaltada con tanta belleza que se había sentido empujado a aprender cómo hacerlo, «a pesar de que no sabía nada de alfarería, empecé a buscar los esmaltes, como quien anda a tientas en la oscuridad».

Fludd se interrumpió y dijo:

—Algo parecido me ocurrió a mí. Las decisiones de dedicarse a uno u otro arte o de tener una u otra vida no obedecen al dictado de la razón. En mi caso fue un plato de mayólica italiana, de color índigo y dorado, cubierto de arabescos y con una especie de luz en sombras...

—Yo vi su vasija acuosa en Todefright —respondió Philip—. Es cierto que ya estaba buscando. Crecí rodeado de arcilla, pero vi esa vasija.

Era lo más personal que había dicho nunca. Fludd, que estaba pintando una jarra con una pluma de ganso deshilachada empapada de manganeso, alzó la vista y sonrió a Philip mientras contemplaba su rostro serio y cuadrado.

—Es una forma de locura —dijo—. Palissy era un loco, aunque en mi opinión no podía estar más cuerdo, y, si te quedas aquí, verás que yo también lo estoy. Cuando el viento sopla de donde no debe, me empuja en la mala dirección, por así decirlo. Ya lo verás. Te lo advierto. Un buen huracán en la dirección apropiada, y un poco de

arcilla, y me convierto en un perfeccionista.

Le contó cómo después de ver aquella copa Palissy había intensificado y concentrado su búsqueda de la perfección para descubrir un esmalte blanco puro que emplear con la loza. Tenía mujer y un montón de hijos y vivió muchos años en la pobreza, experimentando con mezclas de metales y tinturas que había aprendido cuando pintaba cristal, en cientos y cientos de fragmentos de vasijas, que llevaba a los alfareros o esmaltadores locales para que los cocieran. Y fracasó una y otra vez. Fludd soltó una carcajada que sonó como un ladrido, y observó que el fracaso con la arcilla era más completo y evidente que con las otras formas artísticas. «Está uno sometido a los elementos —dijo—. Cualquiera de los cuatro, la tierra, el aire, el fuego o el agua pueden traicionarle y fundir, hacer estallar o romper en pedazos meses de trabajo, y convertirlos en polvo, cenizas y vapor de agua. Es necesario ser un científico muy preciso, y hay que saber cómo jugar con lo que el azar hará con las superficies que has construido con tanto cuidado, una vez las sometas al calor del horno. Es un fuego purificador y demoniaco —le dijo a Philip, que escuchó todas sus palabras y asintió con gravedad—. Muy peligroso, muy simple y muy elemental...»

Palissy había abandonado su búsqueda, por un tiempo, y había vuelto su atención a otras cosas —la naturaleza de la sal, o las sales, el modo en que las plantas las utilizan, el modo en que usan el abono y el modo en que este se relaciona con las sales..., y con la construcción de salinas artificiales, «en terrenos tenaces, pegajosos o viscosos, como la tierra con la que se hacen las vasijas, los ladrillos y los azulejos».

Amaba la tierra, le explicó Benedict Fludd. Trabajaba con la tierra y la amaba. Se ensuciaba las manos y se iba volviendo más sabio.

Otro día le contó la heroica historia del descubrimiento inicial del esmalte blanco. Representó las cuatro horas de espera delante de un horno de cristalero para ver las trescientas muestras de cerámica rota, numeradas y cubiertas cada una con una mezcla química diferente. Se abre el horno. Uno de los fragmentos tiene un compuesto fundido encima, y lo sacan oscuro y reluciente. Palissy lo observa mientras se enfría. Se muestra pesimista. Pero a medida que el fragmento negro se enfría se va volviendo blanco, blanco y brillante, un esmalte blanco, «de singular belleza». Palissy es un hombre nuevo, renacido. El esmalte contenía estaño, plomo, hierro, antimonio, manganeso y cobre.

Palissy muele cierta cantidad de aquello —sin revelarles a nadie las proporciones, claro—, reviste las vasijas de un horno, lo enciende y trata de que alcance la temperatura de los hornos de cristalero. Pasa seis días y seis noches echando leña al fuego y el esmalte no se funde.

—Eché a perder toda la primera cocción —dijo Fludd—. Salió a comprar más vasijas, volvió a moler el esmalte, encendió el horno y trabajó otros seis días con sus noches. Al final tuvo que emplear los tablones del suelo y hacer pedazos la mesa de

la cocina para alimentar el fuego. Y aun así la cocción falló. La gente empezó a tomarlo por un alquimista loco o falsificador, y se vio reducido a una pobreza extrema. Trabajó otros ocho años, construyó un nuevo horno, y perdió una cocción entera de piezas delicadamente esmaltadas porque en el mortero había pedernal que astilló y desportilló las vasijas.

—Pero al final —le interrumpió Philip—, al final, descubrió el esmalte e hizo las vasijas.

—Trabajó para reyes y reinas, diseñó un jardín del Paraíso, y una fortaleza inexpugnable. Odiaba a los alquimistas, pues sabía que estaban buscando algo que era sencillamente mítico. Le gustaba ver crecer las plantas y especular sobre cómo los manantiales de agua caliente, y de agua dulce, surgen de las entrañas de la tierra. Tenía una teoría de los terremotos, que no era nada descabellada..., pensaba con inteligencia que la tierra, el aire, el fuego y el agua movían las montañas...

—¿Qué le ocurrió?

—Era protestante. No aceptaba las doctrinas de la Iglesia, y no estaba dispuesto a renunciar a sus creencias. Lo metieron en la cárcel y lo condenaron a muerte por hereje. Habría ardidado en la hoguera, por negarse, según sus propias palabras, a prosternarse ante ídolos de barro. Murió en la Bastilla, tan irreductible como siempre. Tenía setenta y nueve años. Te dejaré el libro del profesor Morley, ahí podrás leerlo todo.

Philip respondió que mucho se temía que no sirviera de nada. Su nivel de lectura no estaba a la altura. Luego añadió ruborizándose:

—En realidad, no está a ninguna altura. Solo sé leer palabras sencillas y ya está.

—Eso no puede ser —dijo Fludd—. No puede ser. Imogen te enseñará a leer.

—¡Oh, no...!

—Pues claro que sí. No tiene nada que hacer. No llegarás muy lejos sin saber leer. Y te gustará leer acerca de Palissy.

La dócil Imogen accedió a darle a Philip lecciones diarias de lectura. Afirmó que nunca había enseñado a nadie, y no sabía muy bien cómo hacerlo, aunque se esforzaría todo lo que pudiera. Se sentaba con él a una mesa de jardín en el huerto, o en la cocina, si soplaba viento del canal. Vestía siempre los mismos dos o tres desgarrados vestidos de lino, con cuellos irregulares y lirios e iris bordados, en cuyos pétalos Philip podía sentir las minúsculas esferas de sangre producidas al pincharse los dedos. Reparó —era joven y hombre— en que la chica tenía un cuerpo fuerte y bien proporcionado debajo de los pliegues de aquella especie de saco. Pensaba con las puntas de sus dedos de alfarero en los contornos de sus pechos, que eran redondos y abultados. No percibía ninguna atmósfera femenina en torno a ella: ni el olor del cabello, ni el aroma de la piel, ninguna humedad oculta, ni siquiera el aliento..., y era demasiado joven para saber lo extraño que era aquello. Aunque, al verla sentada con



la cabeza y la espesa mata de cabello inclinadas sobre las páginas, pensaba que parecía una de las *madonnas* de cerámica del museo. Dulcemente calmada. Era un modo inexacto de describirla.

Las dos primeras lecciones ella le escribió palabras en un cuaderno de notas con caligrafía fluida. Palabras como «manzana» y «pan», como «casa», «estudio» y «jardín». Luego decidió que a Philip le convendría más leer palabras relacionadas y le llevó un precioso libro de cuentos de hadas, ilustrado con dibujos a plumilla de varios artistas, entre los que se contaban Burne-Jones y Benedict Fludd. Los cuentos eran una colección bastante ecléctica de historias de los Grimm, Andersen, Perrault y los poetas, incluyendo *La dama de Shalott* de Tennyson. Las ilustraciones contrarrestaron la sensación que tenía Philip de que le estaban haciendo leer algo infantil. Aquel era el mundo de las escenas oníricas que habían representado en Todefright. Estaba experimentando con el modelado de serpientes y dragones de arcilla para utilizarlo en las asas de las vasijas y le impresionaron los espíritus maléficos de Fludd. Leyó *La Cenicienta* y *La bella durmiente*, *La princesa de la montaña de cristal*, *La princesa y el guisante*, *El sastrecillo valiente* y *El soldadito de plomo*, y, por último, *La dama de Shalott* y *La reina de las nieves*. Practicó con la escritura, que se le dio bastante bien, pues manejaba el lápiz y la pluma con precisión y habilidad. Practicó dibujando a personas imaginarias, siguiendo las líneas vaporosas de las prendas y los cabellos de Burne-Jones.

Aquello no era exactamente lo que quería. No era su estilo. Fludd había ilustrado *La reina de las nieves*. Su reina tenía el rostro largo y afilado y una sonrisa triste en un remolino de copos de nieve sobre un lago lleno de canales helados. La asistían espíritus deformes, y el minúsculo Kai; se acurrucaba a sus pies como un caracol dormido. El esquema de las líneas era fascinante y daba miedo. Quería aprender de él, y hacer algo diferente.

Los cuentos —para bien y para mal, con intuición o peligro— le proporcionaron formas de descubrir a los que lo rodeaban. Imogen era la bella durmiente, se había pinchado el dedo y era sonámbula. Alternaba aquella imagen con otra medio soñolienta en la que la veía como una figura medio cocida en bizcocho, todavía sin esmaltar o colorear, un pálido primer intento de conseguir una criatura viva. Geraint —que pasaba en casa el menor tiempo posible— era una versión del «muchacho de las cenizas» recorriendo el mundo en busca de fortuna. Pomona era todas las cenicientas, afligidas y olvidadas junto al hogar. Había vuelto a su cama en otras dos ocasiones y lo había asustado de un modo terrible. ¿Qué haría si ella se despertaba y se encontraba allí?

Imogen nunca le tocaba, ni siquiera por descuido, Pomona lo hacía constantemente, le tiraba de la manga, le rozaba las manos cubiertas de barro, se ponía detrás de él en la mesa y le despeinaba el cabello. Nadie decía nada de aquel

comportamiento y Philip hacía un gran esfuerzo por fingir que no estaba sucediendo.

Hizo dos analogías más peligrosas, más o menos al mismo tiempo. Parte de su trabajo diario consistía en ir organizando, poco a poco, los almacenes de Fludd: colocaba en su sitio las ollas de barro y los sacos, barría y quitaba el polvo. Se dijo que, cuando supiera escribir con fluidez, lo etiquetaría todo. El taller del alfarero había invadido parte de las dependencias de los criados en la casa señorial, lo cual no tenía mucha importancia porque no tenían criados, solo una anciana oriunda de las marismas que limpiaba, lenta y quejumbrosamente, y su hija, que ayudaba con la colada. Philip descubrió una despensa que estaba cerrada. Le preguntó a Fludd si tenía la llave. Fludd respondió lacónico que no, no la tenía. Philip recordó aquello cuando leyó *Barbazul*. Reparó en que la gente en los cuentos siempre hacía lo que le decían que no hiciera e iba a donde les decían que no fuesen. No entendía por qué, no tenía intención de entrometerse. Pero, tal vez debido a *Barbazul*, aquella despensa le parecía inquietante.

Un día, cuando estaba guardando su libro en la cocina, donde había estado leyendo, vio a Seraphita, que volvía de una de sus raras excursiones al aire libre.

Llegó dando pasitos leves, muy lentos y rítmicos, sobre la hierba y el sendero de grava. Al contrario que sus hijas, prestaba mucha atención a su vestido. Vestía muselina blanca adornada con violetas y un chal violeta. La muselina colgaba de un canesú, no llevaba corsé, solo una sencilla faja de color violeta. Tenía el centelleante cabello recogido con unas horquillas con violetas de seda. Iba mirando hacia delante, despistada y soñolienta, su boca esbozaba una hermosa y perpetua media sonrisa. Philip pensó que era como si estuviese deslizándose sobre hielo, o rodando sobre unas bolas o ruedas invisibles. Entró por la puerta, pasó a su lado, sin dejar de sonreír, reconociendo su presencia con una inclinación del cuello tan fugaz, que él se preguntó si no lo habría soñado. Le evocó algo. Luego recordó lo que era: el títere de Olimpia de la brillante representación de Anselm Stern, Olimpia que era un autómata, un títere que hacía de títere, mientras que los demás personajes parecían tener vida.

Ignoraba a qué se dedicaban las damas, suponía que iban de visita, asistían a fiestas, salían de compras, a montar a caballo, jugaban al tenis. Pero Seraphita era diferente. Paseaba, se sentaba en su butaca y se quedaba con la mirada perdida hasta la hora de comer, cosía un poco, se sentaba un rato al telar y esperaba un poco más hasta la hora de la cena. A Philip le parecía que pasaba días enteros sin decir palabra. Cuando leyó la historia de la dama de Shalott, que estaba bajo los efectos de una maldición y solo veía el mundo a través de un espejo, pensó en Seraphita Fludd, y sus ojos grandes, glaucos y luminosos. Pero la dama de Shalott estaba rebosante de deseo e insatisfacción: atravesaba corriendo una habitación y abría una ventana. La señora Fludd no parecía tener prisa por ir a ninguna parte.

Otra peculiaridad de la familia consistía en que todos salían a pasear por el campo,

pero nunca iban juntos.

Geraint se relacionaba con las pandillas de muchachos de las marismas. Aquellos jóvenes lugareños tendían a esquivar a Philip, cuando se lo encontraban, o, si iban en grupo, a burlarse de él desde la distancia. Geraint no hizo el menor intento de presentarle a los chicos a quienes conocía, y de hecho apenas le dirigía la palabra. Fludd pasaba fuera días enteros, envuelto en una capa de tela encerada, empuñando un nudoso bastón y tocado con un sombrero de ala ancha calado sobre los ojos. Nunca invitó a Philip a acompañarlo. Imogen iba a Lydd, y ocasionalmente, en bicicleta, a Rye o Winchelsea, a comprar y bordar cosas. A veces Pomona iba con ella. No invitaban a Philip a acompañarlas no —pensaba él— porque no quisieran que lo hiciera, sino porque no se les ocurría. Esperó varias semanas a que su escritura hubiese mejorado y entonces escribió una meditada carta a su casa. Esperó un poco más, y luego le preguntó a Dobbin, que ese día estaba por allí, qué había que hacer para enviarla. Dobbin le explicó dónde estaba la oficina de correos de Lydd y le entregó a Philip un sello. Le preguntó si le gustaría acompañarlo a Lydd dando un paseo a pie o si prefería pedirle una bicicleta prestada a los Fludd. Imogen dijo que por supuesto podía coger la suya. Dobbin le preguntó si conocía la región y Philip respondió que no había salido de Purchase House.

—¿No has visto el mar? —preguntó Dobbin.

—No —replicó Philip—. No tengo horario, ni cobro un salario..., así que hago lo que puedo.

Dobbin afirmó que Philip debía ir con él y el pastor a ver el mar. No podían exigirle que pasara todo el tiempo en el taller, por muy estimulante que fuese su trabajo. Dobbin preguntó a Seraphita, quien respondió que estaba segura de que sería bueno que Philip saliera de vez en cuando y les aconsejó que fuesen a preguntárselo al señor Fludd. Cuando hablaron con él, les respondió que desde luego Philip tenía que ver el mar. Era un chico listo. Sabía dónde podía ir y también dónde no, por supuesto.

Así que fue a pie, con Frank Mallett y Dobbin, al pueblo costero de Dymchurch. Dymchurch tiene un dique para contener la constante invasión del agua salada y tormentosa, y es preciso pasar al otro lado para ver, o llegar, a la playa. Los tres subieron por las estrechas escaleras, y Frank y Dobbin observaron con benevolencia cómo su artístico *protégé* de tierra adentro veía por primera vez el mar. Hacía un día sereno y soleado, y las rizadas olas rompían pacíficamente, una tras otra, empapando la arena. Philip sintió la masa de agua en sus huesos, y sufrió un cambio, pero no se le ocurrió nada que decir y se quedó allí mirando impasible. Frank y Dobbin aguardaron. Al cabo de un rato, Philip observó que era muy grande. Ellos estuvieron de acuerdo. Hizo algunos comentarios a propósito del olor a sal y el ruido de los chillidos de las gaviotas. Tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo que nadie le

preguntaba lo que hacía o sentía y que se limitaba tan solo a sentir o actuar. Supo que tenía que conocer el mar por su cuenta. Había unos niños chapoteando en la orilla. Quiso saber lo que se sentiría, pero se acobardó. Frank y Dobbin estuvieron paseando con él por la playa y, poco a poco, acertó a formular mejor las requeridas exclamaciones de interés y sorpresa. Cogió un trozo de alga, interesado por su textura y las pequeñas burbujas llenas de agua. Recogió unas frágiles conchas de color rosa y la concha de una navaja. Frank y Dobbin estaban encantados. Lo acompañaron de vuelta al pueblo, le invitaron a comer en la taberna del puerto, y le contaron historias de contrabandistas, que le interesaron mucho menos que la textura de la superficie del agua y las algas. Frank Mallett le preguntó si tenía un cuaderno de apuntes y unos lápices. Philip respondió que no, había utilizado el que tenía en South Kensington. Luego el señor Fludd le había dado otro, y también lo había terminado. Frank le compró uno nuevo en el almacén de Lydd; el papel no era muy bueno —era grisáceo y demasiado poroso—, pero era papel. Lo llevaron a casa.

De regreso a la casa del párroco en Puxty, Frank Mallett preguntó a Dobbin si no le preocupaba la situación de Philip en Purchase House. Por lo visto, estaba trabajando mucho a cambio de nada, dijo Frank. Nadie parecía haber pensado en proporcionarle nada, ni en cubrir sus necesidades más básicas. Dobbin respondió que a Fludd le caía bien Philip. Se quedó pensando un momento y luego añadió que probablemente Philip fuese la única persona que le caía bien. Dijo que esperaba que Philip hiciese las cosas con la suficiente habilidad para que pudiesen ganar un poco de dinero con el taller. Y luego podría tener un salario. Tendrían que cuidar de su bienestar.

En el taller, Philip contó a Fludd que había ido a ver el mar. Dijo que esperaba volver otro día. Fludd respondió que por qué no y que Philip debería ir a Dungeness, seguro que lo encontraría interesante.

Philip fue a Dungeness, a pie, un día muy caluroso en que la retama brillaba como el oro y la col marina estaba cubierta de semillas esféricas, que estaban cambiando de color verde a hueso. Dungeness es un lugar desolado y fértil, la playa de cantos rodados más larga del mundo, barrida por los vientos marinos, tanto del este como del oeste. Está habitado, hay botes en los bancos de guijarros rosados y blanqueados por el mar, y unas extrañas cabañas de madera, negras como el hollín, en las que viven los pescadores y en torno a las cuales se acumulan las nasas de langosta, las anclas, los remos rotos y las redes. Anda uno sobre la superficie de piedra, que en realidad está repleta de raras formas de vida, tanto plantas como animales, que sufren y sobreviven en unas condiciones extremas. Al final del promontorio, las piedras se acumulan por encima de una playa de cantos rodados que constantemente están siendo absorbidos por la negra corriente, agitados y regurgitados en algún otro sitio. Entre las piedras, de un color ocre-rosado, las coles marinas brotan con extraños

flecos fruncidos u hojas de color púrpura, verde intenso o azul verdoso. Philip vio planta viborera, azul, cubierta de púas y con aspecto siniestro (tal vez debido solo a su nombre), que conocía de los prados de Staffordshire, pero que aquí parecía más azul y brillante. Vio lavanda y amapolas escarlatas y matas de valeriana rosa. Todo aquello era deslumbrante y provisional: en invierno desaparecía como si no hubiera existido nunca.

Philip anduvo casi ceremoniosamente a lo largo de la playa hacia el montón de guijarros que había en la punta del cabo. La primera vez que llegó —luego volvió muchas veces— estaba ansioso por llegar a la orilla, y apenas dedicó una mirada de reojo al desorden humano y las plantas tenaces. No vio a nadie. Era su aventura y sintió el lugar como propio. Cuando llegó al extremo, subió por los guijarros, que entrechocaban y se deslizaban bajo sus pies arrastrándolo en su caída, por lo que la escalada fue lenta y laboriosa. Desde la cima inestable se veía el mar. En pie, bajo el cielo despejado, vio que era oscuro y profundo, las rachas de viento y las corrientes contrarias iban de aquí para allá y las olas llegaban a la orilla sin cesar, golpeando y limando las piedras. Pensó que le gustaría verlo en plena tormenta, si se pudiese estar allí. Estaba al borde de Inglaterra. Pensó en los bordes, y en los límites, y en Palissy, estudiando el agua dulce y salada, los manantiales y los riachuelos. Nunca se había parado a considerar que la tierra era redonda, que estaba en la superficie curva de una esfera. Aquí, al mirar al horizonte y sentir la precariedad de su observatorio, lo acometió de pronto una imagen: una esfera gigantesca, que volaba, cubierta sobre todo de agua en movimiento constante, pero que aun así estaba sujeta a la superficie mientras se movía por la atmósfera, y cuyas negras profundidades, azules, verdes, marrones, negras, ocultaban otra tierra más fría de piedra y arena, que nunca iluminaba la luz del sol, donde tal vez viviesen seres que se atacasen y devorasen unos a otros en la oscuridad, no lo sabía y tal vez nadie lo supiera. La tierra redonda, con sus valles y colinas de tierra debajo de la superficie líquida. Era agradable, y aterrador, estar vivo al sol.

Se sentó en los cantos rodados, que estaban tibios, y se comió el pan con queso y la manzana que había llevado consigo. Pensó que debería quedarse con una piedra. Es un instinto muy primitivo coger una piedra de un lugar pedregoso, para contemplarla, y dotarla de una forma y una vida que conecten al ser humano con la inhumana masa de piedras. Empezó a cogerlas y descartarlas, encantado por una mancha oscura, una veta brillante, o un agujero. Las sostenía en la mano, las miraba, las dejaba en el suelo y las perdía, y volvía a coger otras. La que escogió por fin, casi con irritación y ansiedad por la enorme montaña de piedras abandonadas, tenía forma de huevo con líneas blancas y pequeños y estrechos orificios que no llegaban a atravesarla. Minúsculos escondrijos de criaturas diminutas, arañas de la arena o gusanos finos como un cabello.

Pasó un rato dibujando cosas —las hojas de la col marina, un fantasmal caparazón de cangrejo, un trozo de madera blanqueada y arrastrada por la marea—, solo por el simple placer de verlas y aprender. De vez en cuando, echaba una mirada furtiva hacia el agua, para ver si había cambiado: siempre lo hacía. Él también se sintió distinto, pero no había nadie a quien decírselo.

Volvió allí con frecuencia, y extendió sus exploraciones a la marisma, donde descubrió las iglesias normandas, construidas sobre láminas de agua de las marismas y rodeadas de diques y zanjas para impedir que se hundiesen. Un día que hacía mucho viento vio, desde lo alto del montón de guijarros, la figura encorvada de Benedict Fludd, que avanzaba penosamente por la orilla, arrastrando los pies entre las piedras y sujetándose el sombrero. Parecía estar gritándole al mar. Philip no le saludó, y tampoco le dijo luego que lo había visto.

Dibujó, dibujó y dibujó.

Cuando completó el cuaderno de esbozos, fue a ver a Benedict Fludd y le mostró diseños que había hecho a partir de sus dibujos, y que tal vez podrían emplearse para hacer azulejos. Tenía una idea para una serie. Un diseño basado en las hojas de la col marina, otro en una maraña de algas, con siluetas en forma de llave y burbujas blandas, y un diseño muy delicado, como de encaje, realizado un día en que había reparado, junto a la solitaria iglesia de Santo Tomás Becket de Fairfield, en que los diques y la hierba de la marisma estaban infestados de frágiles moscas grúa de alas muy largas y patas angulosas.

Hizo una red geométrica con sus cuerpos. Hizo otra con las pálidas bolitas de las semillas de la col marina y sus tallos y una con frondas de hinojo. Se interesó por un principio del diseño que empleaba la estructura geométrica subyacente a las formas naturales para hacer una geometría formalizada. Las marcó lo mejor que pudo con un lápiz blando en el papel grisáceo. Le explicó a Fludd que sabía cómo trasladar los diseños del papel y repetirlos en bizcocho sin esmaltar. Pero no sabía cómo hacer los esmaltes. Sabía lo del serrín de clavos, que daba un color verde, y varias cosas que podían hacerse con el manganeso. Pero no cómo conseguir ese verde grisáceo y azulado de la col marina. O el fantasmal color de las moscas grúa, que, afirmó osadamente, sería mejor trazar sobre un fondo cobalto, o tal vez verde fangoso.

Fludd respondió que tenía buen ojo. Afirmó que aquel papel era una porquería y que estaba echando a perder sus diseños. Philip replicó que era el único que tenía. Fludd abrió un armario y le regaló varios cuadernos de apuntes y una caja con diversos lápices y plumas. Dijo que por él podían hacer los azulejos. Tendrían que probar algunos esmaltes.

Cuando tuvieron una hornada lista para cocer, llenaron el horno y pasaron toda la noche alimentándolo con madera recogida en la playa y estacas de lúpulo serradas. Geraint se ofreció a ayudarles, cosa que no era habitual. Le gustaba el dramatismo de la caverna de llamas y estaba interesado en el resultado. La cocción y el enfriamiento fueron sorprendentemente bien. Del horno salió una serie de azulejos azules, dorados, verdes y escarlatas, con los diseños de Dungeness formando una maraña de grises, negros y ocre oscuro quemado sobre los colores y otra serie de un esmalte color crema, con los diseños en carmesí, azul y verde cobrizo. Philip estaba extasiado. Pomona afirmó que eran muy bonitos. Geraint preguntó si no podrían hacer más..., muchos más.

—No es difícil —dijo Fludd.

—Podrías venderlos. Suministrarlos. A arquitectos y gente así. Quedarían preciosos en una chimenea. Sería un ingreso fijo.

Geraint tenía solo quince años pero vivía en una perpetua ansiedad, que casi rozaba la ira, por la ausencia de ingresos fijos. Le habló de los azulejos a Frank Mallett cuando fue a clase de historia. Le preguntó si conocía a alguien que pudiera necesitar azulejos para decorar una casa, o una iglesia. Ojalá hubiese un sitio donde exhibir los azulejos, en Rye, en Winchelsea, en Londres, ¿cómo saberlo? No obstante, estaba convencido de que debía de haber un modo de hacerlo. «Mi padre es tan poco práctico —decía Geraint—. Es un artista, no hace las cosas para que la gente las compre. Pero esos azulejos que ha hecho Philip son muy bonitos y ellos dicen que pueden repetirse, una y otra vez. Mi padre afirma que son muy originales. Es posible, no lo sé. Lo que sí sé es que a la gente les gustarán. Pero ¿cómo hacer que los conozcan?»

Frank y Dobbin discutieron la cuestión con Geraint durante el almuerzo. Fue a Dobbin a quien se le ocurrió la brillante idea de implicar en el asunto a la señorita Dace. Ella conocía a gente que estaría encantada de exponer unos cuantos azulejos, con mucha elegancia, en un mirador, o en el escaparate de una galería de arte, o incluso en una tienda que vendiese artículos de moda. Al final podrían tener su propio escaparate. Tal vez incluso hacer una exposición en Londres. Dobbin recordó la noche de San Juan que pasó en Todefright. Afirmó que Prosper Cain de South Kensington había estado allí. Él mismo había visto la obra de Benedict Fludd en el museo, una maravillosa vasija y una especie de plato. Tal vez el comandante Cain pudiera ayudarles. Cuando él mismo llegó a Purchase House había tenido la esperanza de sugerir que fundaran una comunidad como la de Edward Carpenter, pero diferente, centrada en el arte de la cerámica. Si todo iba bien, afirmó, esquivando delicadamente la cuestión del problemático temperamento de Fludd, ¿no podría el comandante Cain enviarles fondos y alumnos que les ayudaran, y proporcionarles contactos con compradores para un nuevo tipo de obras cerámicas?

Geraint respondió que todo dependía de Philip Warren. Era él quien se había ocupado del horno y quien había diseñado los azulejos.

Dobbin afirmó que estaba seguro de que Philip se quedaría, si tenía trabajo que hacer.

«Y comida —añadió Geraint—, e incluso un salario. Nadie parece haber reparado en eso. Mi familia cree que es vulgar pensar en el dinero, les parece algo demasiado bajo para preocuparse por él..., pero yo sé que no lo tienen. Ni un céntimo. No pueden comprar arcilla, le deben al granjero los huevos y la leche, y yo tengo que engatusar a los tenderos del modo más abominable para conseguir carne, té o café. — Se le iluminó el rostro—. Podríamos ofrecerle al carnicero algunos azulejos para su escaparate, a cambio de la carne. No soy vegetariano por elección. Me encanta la carne.»



**E**n noviembre de 1895 Olive Wellwood se encontraba encinta. Se sentaba a su escritorio con sus habituales túnicas sueltas, que todavía ocultaban lo abultado de su vientre a las visitas y a los niños pequeños, y trataba de escribir. Descubrió que se le hacía difícil escribir estando «en estado»; el desconocido que llevaba en su seno parecía robarle las energías y perturbar el orden de las frases en su sangre y su cerebro. Una parte de ella tan solo deseaba sentarse y mirar por la ventana el césped, cubierto de hojas húmedas como escamas, y las ramas con «... hojas amarillas, o pocas, o ninguna», pensó deleitándose al menos con el ritmo shakespeariano y sintiéndose vieja al mismo tiempo. También disfrutaba con la solidez inerte de los paneles de cristal, los muebles y las hileras de libros que la rodeaban, y con la magia de los árboles de la vida tejidos con vivos colores en las alfombras que tenía bajo sus pies. No acababa de acostumbrarse a poseer todas aquellas cosas, no las veía como objetos domésticos. Para ella eran menos reales que los cajones de la ceniza de Goldthorpe. Seguían teniendo la misma cualidad que debía de tener el palacio para Aladino y la princesa, cuando el genio lo construyó de la nada. Estaba tratando de escribir un cuento titulado «Seguro como una casa», sería irónico, porque las casas son todas tan inseguras como las absurdas construcciones de paja y adobe de *Los tres cerditos*, o aquella casa de la que habla la Biblia, que estaba edificada sobre arena. Las casas se construían sobre dinero, y Humphry se había peleado con su hermano rico, y había dejado su trabajo fijo entre los lingotes del banco en Threadneedle Street. Su imaginación siempre despierta revoloteaba a la velocidad del rayo entre bancos, bancales cubiertos de hierba, paja, arena, adobe y sillares de piedra, pero el cuento no surgía, no estaba listo, igual que ella tampoco lo estaba para superar el miedo a perder su casa.

Amaba Todefright, tanto como amaba a cualquier ser viviente, incluyendo a Humphry y a Tom. Cuando lo pensaba, siempre le parecía que tenía dos caras: por un lado, su presencia tallada y elaborada —puertas, ventanas, chimeneas y escaleras—, y por otro, el mundo que ella había construido en, a través y por debajo de él: el mundo imaginado e interpenetrado, con sus puertas secretas que conducían a túneles y cavernas, el inframundo que se extendía por debajo de la verde colina de las hadas. Imaginaba que su hogar estaba asentado sobre los aterradores estratos de las rocas y minerales subterráneos —arcilla y pedernal, carbón y esquistos, basaltos y areniscas—, a través de los cuales serpenteaban ríos y afluentes de agua fría y relucientes venas de mineral —plata y oro líquidos—, siempre las imaginaba líquidas, como el

mercurio, aunque sabía que no lo eran.

Tal vez todos los escritores tengan frases talismánicas que representen para ellos la fuerza y la naturaleza intrínseca de la escritura. La de Olive estaba tomada del cuento de Tomás el rimador, a quien la reina de los elfos secuestró y llevó debajo de la montaña.

Cuarenta días con sus noches  
vadeó con la roja sangre por las rodillas,  
sin ver el sol ni la luna,  
y oyendo el rugido del mar.

Quería escribir acerca de eso —del vadear por la sangre, de la ausencia del sol y la luna y del rugido del mar—, pero no lo había hecho nunca, pues sus cuentos, aunque cada vez se estaban volviendo más oscuros y extraños, eran para niños. En esa época proliferaban los cuentos cristianos sobre niños ejemplares que morían de forma ejemplar, viendo brincar a los angelitos sobre las mullidas nubes en el cielo. Pero en ellos no había nada parecido a vadear con sangre roja hasta la rodilla. Pensó por un momento en su próximo parto, en la marea de sangre, en el dolor que la convulsionaría, en la posibilidad de que el desconocido, al surgir entre la marea de sangre, estuviese manchado, céreo e inerte, como una muñeca de párpados cerrados, igual que Rosy. Sabía lo que era el líquido amniótico y que la criatura no nacida no flotaba realmente en sangre, sino que la sangre —su sangre— llegaba hasta ella a través de un lívido cordón que podía dar vida, o estrangular. No se hablaba, ni escribía, de esas cosas. Y eso las hacía más reales y más irreales al mismo tiempo.

Necesitaba seguir escribiendo. La continuidad de Todefright dependía de eso. Humphry había vendido varios artículos, sobre los magnates de la minería que especulaban con el oro sudafricano, sobre la pobreza en el East End y lo aconsejable de que la tierra pasase a ser de propiedad pública. Estaba dictando ciclos de conferencias en Manchester, Tunbridge Wells y Whitechapel, uno de ellos con Toby Youlgreave sobre la Inglaterra shakespeariana, otro sobre el gobierno local y otro sobre la historia de Gran Bretaña. Estaba contento, pero ganaba mucho menos que con su sueldo en el banco. Y pasaba fuera días y semanas enteras. Olive imaginaba a las jovencitas mirándolo con los ojos muy abiertos en las duras sillas de los salones municipales, igual que lo habían hecho ella y Violet. En eso sus sentimientos estaban divididos: cuando estaba embarazada no le gustaba que la tocaran, y comprendía que, en la práctica, Humphry tenía motivos para necesitar distraerse. Pero siempre existía el riesgo de que se tratase de algo más que una simple distracción: un escándalo público, una disminución de su amor, una amenaza a la seguridad de la casa.

Cuando no se le ocurrían ideas para sus cuentos, recurría, de mala gana, a las

historias secretas propiedad de Tom, Dorothy, Phyllis y Hedda, y reescribía algunos fragmentos dándoles una forma más pública, sencilla, redonda y simplificada. No había ningún acuerdo explícito que estableciera que lo secreto y privado tuviese que ser inviolable. Los cuentos son cuentos, se decía Olive, se cuentan incesantemente y se vuelven a formar, como un gusano seccionado, o los ríos divididos de agua y metal. Los cuentos infantiles siempre incluían cosas tomadas de otros escritores..., su propio Tomás el rimador conocía a la reina de los elfos en su falda de seda de color verde hoja, y un siniestro topo del mundo de animales cambiantes de Dorothy debía mucho al temor infantil que le había inspirado a Olive la Pulgarcita de Andersen. Había pasajes que escribía y reescribía, a veces cambiándolos de forma radical y otras sin apenas modificar una palabra. Uno de los inicios de «Tom bajo tierra» lo había escrito tiempo después de escribir el arranque original, que había sido el encuentro con la reina de los elfos. Tal vez pudiera utilizarlo para escribir un cuento que se vendiese bien, y Tom se enfadaría, y ella diría que no era el mismo cuento, y le hablaría en confianza, de mujer a hombre, de los terrores de la liquidez económica.

Cogió la pluma y empezó a escribir en una página nueva. La sangre fluyó del corazón a la cabeza, y a las puntas de los dedos, esquivando al hambriento ser que dormía en su seno. Empezaría por el bebé. Unas veces, el bebé del cuento era un príncipe de sangre azul, y otras el robusto hijo de un minero. Hoy se decidió por el príncipe.

Érase una vez un príncipe recién nacido, muy esperado y querido por todos, a quien, tal vez porque había tardado tanto en llegar al expectante palacio, todo el mundo consideraba muy guapo e inteligente. Era amable por naturaleza, aunque podía haber sido un malcriado, y sabía divertirse cuando lo dejaban solo, cosa que, como es lógico, no ocurría a menudo, excepto de noche. Había un guardia en la puerta de su cuarto, pues la consabida hada malvada había profetizado que le robarían alguna cosa. «Se llamaba Lancelin», escribió Olive, y luego lo tachó y volvió a escribirlo, porque no se le ocurría otro nombre mejor, o distinto.

*De noche, la habitación de Lancelin se transformaba (como les ocurre a la mayor parte de las habitaciones) en una caverna llena de sombras. Las sombras son muy misteriosas. Son reales e irreales. Tienen color y no lo tienen. Cuando la luna brillaba a través de las ventanas de piedra iluminaba algunas cosas parcialmente. Lancelin tenía un sonajero con forma de dios barbudo y con cuernos que, por debajo de la cintura, tenía un asa de madreperla a la que se agarraba Lancelin. Los brazos del dios estaban abiertos y de sus dedos colgaban unos hilos con campanitas de oro y plata, como burbujas metálicas, que, a la luz del claro de luna, se convertían en algo distinto: adularias centelleantes y pizarrosas. A Lancelin le gustaba coger el muñequito y empujarlo de aquí para allá bajo la luz fría para que sonasen las campanitas, y al hacerlo el bebé veía la sombra de su brazo proyectada en las cuatro*

paredes, y la silueta del juguete entre sus dedos diminutos. Hacía que aquel otro yo fuese más pequeño, más alto o más bajito, contra la colcha de la cama, o los barrotes de su cuna. También podía hacer que la figura fuese más gruesa y oscura al proyectar toda la sombra en el panel de la puerta. O convertirlo en un demonio alargado, grisáceo y gesticulante, que sostenía la habitación entre sus brazos. No tenía ni ojos ni boca y estaba cortado en pedazos por los barrotes de la cuna. Podía multiplicarse y saludar con las manos a las otras manitas que le respondían.

Había otras sombras en la habitación con las que el valiente bebé trataba de jugar a veces. Sombras que acechaban en los huecos oscuros, entre los muebles, y que, si uno movía la cabeza de forma que la luz de la luna se reflejase en los tiradores dorados de los cajones, parecían tener ojos que brillaban en la oscuridad. También había formas altas y silenciosas que se ocultaban en los rincones y a través de las cuales se podía mirar. Todos vemos rostros amenazadores en los nudos de la madera de las puertas del armario, y brujas en las sombras de las ramas en el techo, que, movidas por el viento, parecen extender unos dedos largos y puntiagudos.

*Pero él no tenía miedo, y eso hace que lo sucedido resulte aún más sorprendente.*

Algo se movió en la oscuridad de un rincón del cuarto, junto al zócalo. Lancelin lo observó y se rió, aunque no pudo cambiar su forma moviendo la cabeza y, al cabo de un rato, cuando empezó a acercársele, reparó en que se trataba de algo oscuro y corpóreo. Parecía lustroso y brillaba, pues su pelaje negro reflejaba la luz de la luna. Tenía patitas blanquecinas con garras afiladas y un hocico tembloroso con bigotes. Y una cola larga y lívida sin pelo, que golpeaba en el suelo y se deslizaba tras él. Sus ojos tenían en el centro un par de puntos carmesíes que brillaban.

Se acercó cada vez más y Lancelin se preparó para recibirle. Le gustaba hacer nuevos amigos. Se incorporó sobre las patas traseras, se coló con un saltito entre los barrotes de la cuna y se agazapó junto a sus pies. Lancelin hizo un ruido inquisitivo. El animal abrió la boca, mostrando dos hileras de dientes amarillentos y puntiagudos. Agachó la cabeza y empezó a mordisquear y desgarrar. Desgarraba no la colcha blanca con flores bordadas, sino las costuras invisibles donde la sombra de Lancelin rozaba las plantas de sus pies, y las puntas de sus dedos. El príncipe podría haberle rozado la suave piel de la cabeza, pero le daban miedo sus dientes afilados y el ruido que hacían. No prestó la menor atención a Lancelin. Después de mordisquear toda la sombra, la plegó con las zarpas formando un hatillo. Luego cogió el hatillo, saltó silenciosamente de la cuna y desapareció en la oscuridad. Lancelin levantó el brazo a la luz de la luna. No arrojó una sombra gris en ninguna parte. Era como si no estuviese allí.

Olive llegó al punto donde se había interrumpido la última vez, y no se le ocurrió qué sucedería después. Necesitaba una narración bien estructurada, en contraposición al incesante flujo del río subterráneo de Tom. El bebé no podía seguir a la rata en la

oscuridad. ¿Qué harían el rey, la reina y la corte con un niño sin sombra? Recordaba remotamente que había varios cuentos de hadas acerca de sombras perdidas. ¿Por qué daría tanto miedo no tener un segundo yo y no arrojar sombra? Comprendió vagamente que había hecho que el bebé fuese tan sonriente y seguro de sí mismo porque era un detalle singular tratándose de un niño sin sombra. Podía convertirse en uno de esos seres protegidos que no pueden salir porque son vulnerables, como la bella durmiente, que no podía ver husos, como el Buda, protegido de la enfermedad y la muerte. Lancelin viviría en un perpetuo mediodía y eso era insoportable. Tendría que meterse por el agujero de la ratonera, no había otro remedio, tendría que internarse en ese mundo de sombras si quería recobrar la suya. Imaginaba un reino de ratas con sombras humanas, que se burlaban de un bebé dedicado a buscar una. Necesitaba alguien que le ayudara: un perro, un gato, un gusano (no, aunque era sutil y subterráneo), una serpiente mágica, tal vez, las serpientes comían ratones...

No se le ocurría qué más escribir. Y en ese preciso momento —un alivio y un terror para todos los escritores— oyó las ruedas del cabriolé de la estación en la gravilla. Humphry había vuelto. Escribió una frase:

«Al principio el rey, la reina y los cortesanos notaron solo que Lancelin estaba incluso más guapo, luminoso y sonriente de lo que recordaban. Y luego aquella gracia singular empezó a resultar alarmante».

Dejar de escribir siempre *in medias res* era una norma que había aprendido. Apartó su cuaderno y bajó las escaleras para saludar a su marido errante. Como de costumbre, Violet había llegado antes, le estaba ayudando a quitarse el abrigo y le había cogido la bolsa de libros y el paraguas. Humphry besó a Olive, e hizo una broma sobre su tamaño, cosa que a ella no le hizo gracia.

Entró en su despacho para ver la correspondencia. Había un abultado montón de cartas, algunas habían llegado hacía una o dos semanas, otras el día anterior. Olive se sentó en una silla de respaldo de paja en el rincón del despacho. No le apetecía reanudar el trabajo interrumpido, y al mismo tiempo se sentía levemente molesta por la interrupción.

Humphry leyó las cartas y sonrió para sus adentros. Volvió a meterlas en los sobres, a excepción de las facturas. Luego llegó a una de la que cayó un recorte de periódico. Humphry lo leyó y se quedó de piedra. Olive le preguntó qué ocurría, y Humphry le alcanzó el recorte.

“Financiero hallado muerto con la garganta seccionada en la Estación Término.”

Por un momento, Olive pensó que Basil se había suicidado..., la violenta reacción

de Humphry sugería algo parecido. No se trataba de Basil, sino de

“Frederick Oliver Heath (38), miembro de la Bolsa, que llevaba tres semanas sin dormir debido a los inconvenientes por sus graves pérdidas económicas...”

—¿Lo conocías? —preguntó Olive.

—No, pero sé que tenía dificultades con los especuladores sudafricanos. Sé muchas cosas de las que la gente no se ha enterado todavía. Estoy seguro, siempre lo he estado, de que Basil está metido hasta el cuello en la inmundicia de Barnato, aunque inmundicia es una palabra demasiado noble, sería mejor decir lobreguez, una nube lóbrega de ofuscación, prestidigitación, trucos de la cuerda y promesas que nadie tiene intención de cumplir. Basil no habrá vendido, en parte porque no quiere admitir que yo tenía razón..., conozco a Basil. Debo telegrafiarle. Cogeré el calesín. Perdóname, cariño, justo cuando acababa de llegar...

Humphry estaba sinceramente preocupado y al mismo tiempo disfrutaba y cobraba energías de la tragedia. Salió dando grandes zancadas mientras llamaba a Violet para que el criado enganchara el poni, le llevara el abrigo...

Olive se sentó en el despacho de Humphry, y meditó las útiles palabras, inmundicia y lobreguez. Las ratas eran lóbregas e inmundas. Brevemente, su imaginación recordó, y olvidó, las historias de Peter y Petey sobre las ratas de las minas, que roían las velas y se comían las judías de los mineros. Empezó a ordenar los papeles de Humphry y echó un vistazo a la carta que le había hecho sonreír. Empezaba:

«Mi queridísimo».

Miró la firma: «Tu (¡ya no tan virginal!) Marian».

«No soy idiota —se dijo Olive—. Es mucho más sensato no leer algo que no está dirigido a mí.» La leyó.

Mi queridísimo:

Apenas te has ido, y ya el mundo entero me parece distinto, más vacío y lleno. Lo cierto es que no sé quién era, o cómo vivía, antes de verte y oírte por primera vez. La mujer que soy ahora nació al oírte hablar de la deliciosa igualdad de los burlones enamorados de *Mucho ruido y pocas nueces*, de cómo un hombre y una mujer pueden amarse, sin saber que lo hacen, y de lo raro que es que los enamorados de los cuentos y obras de teatro estén cómodos en presencia el uno del otro. Pensé en explicárselo a mis alumnas, y no comprendí, hasta que fue demasiado tarde (menos mal que fue así), que mi deseo más profundo era estar cómoda en ese sentido contigo, con tu ser más

profundo. Si discutí tus ideas en público, fue solo en busca de esa comodidad en la que todo puede decirse. Y cuando te referiste a otras cosas —cuando me sentí valorada personalmente y (por muy recatada e ilusoriamente que fuese) hermosa y deseada por primera vez— me convertí en tu esclava y seguiré siéndolo. Aunque no puedo imaginar que quieras ser mi dueño, eres en primer lugar un amigo, y en segundo un amante, y yo..., estoy radiante de alegría.

Ayer te escribí hasta aquí, vida mía. No te dije que no me encontraba bien mientras estabas aquí, porque no quería malgastar ni un momento de nuestro tiempo secreto y precario. Pero el caso es que no me encontraba bien y ahora sé que no podía haber una causa más natural, ni un motivo de mayor alegría, al menos para mí. Voy a ser madre. No te pido nada —ni ayuda ni consejo—, soy una mujer independiente y confío en seguir siéndolo. Si todo va bien, si podemos estar cómodos el uno con el otro en estas nuevas circunstancias, me gustaría que mi hijo llegase a conocer a su padre de algún modo..., aunque nunca te pediré nada material. ¡Oh, queridísimo, por supuesto que tengo miedo, pero también poseo mis propios recursos y no seré una carga para ti, créeme..., solo rogaré por que, si logramos arreglarlo de un modo apropiado, podamos seguir viéndonos.

Tu (¡ya no tan virginal!)

Marian

Olive volvió a plegar aquel documento y dijo «Maldición» varias veces. Aquello tenía muy, muy mala pinta. Se trataba de una mujer real, no de un frívolo asunto de faldas. Era una persona no muy distinta a Olive, para quien Humphry era real, y que, como ella misma decía, estaba cómoda con él, lo que debía significar que él, a su vez, se sentía cómodo con ella. Una especie de profesora que lo había oído disertar sobre Shakespeare. Alguien con quien él sin duda estaba en deuda, a pesar de las protestas de renuncia de ella y de la situación económica de él. «Maldición», volvió a decir Olive, que estaba empezando a enfadarse y a avivar una llama interior. «Maldición y maldición.» Estaba sinceramente preocupada por el predicamento que había adquirido aquella mujer. Humphry, por supuesto, debería ofrecerle su ayuda, era su deber. Olive conocía muy bien la sensación que transmitía su marido de estar cómodo y a gusto con las mujeres: era lo que le más le gustaba de él. Pensaba que formaba parte de un promiscuo tipo de galanteo, más raro que el del don Juan con su sucesión de conquistas: el del hombre que encontraba verdaderamente interesantes a las mujeres. Si Humphry hubiese llegado a casa en ese momento, tal vez lo habría abrazado y le habría sonreído tristemente, para asegurarse de su propio encanto y de que seguía ocupando el lugar central en sus afectos, cosa de la que, en realidad, nunca le había cabido ninguna duda. Pero Humphry no volvió a casa, y el humor de Olive

se volvió quejoso. Empezó a leer, casi con rencor, las otras cartas que había sobre el escritorio, y encontró dos artículos rechazados. «Un análisis muy inteligente, pero tan dogmático que difícilmente puedo concebirlo como una expresión de las opiniones de nuestro periódico.» «Muy interesante, como siempre, aunque me temo que no podamos dar cabida a artículos de un interés tan limitado para el público general.» Olive se sintió amenazada: debería estar ganando dinero con su principito y su rata gorda y siniestra, no allí esperando para discutir acerca de un desliz, o algo peor. Todefright estaba amenazado. Olive dijo: «Maldición».

Cuando Humphry regresó, ella era como una peonza que girara de rabia. Entró seguido de Violet que había ido a recoger su abrigo y su sombrero.

—He enviado un telegrama —dijo—. Creo que debo ir a ver a Basil, estoy convencido de estar enterado de cosas muy peligrosas de las que él no sabe nada. Esperaré la respuesta a mi telegrama y luego me pondré en camino. Esto puede tener mucha trascendencia y unas consecuencias terribles, si las redes de Barnato empiezan a destaparse..., y sé de buena tinta que no se trata tanto de si van a destaparse como de cuándo lo harán...

—De paso, puedes aprovechar para ir a ver a Marian —dijo Olive.

—No seas absurda, ella está en Manchester —dijo Humphry, absorto en el asunto de las minas de oro y de su hermano. Comprendió que se había delatado y reparó en su mujer y en el montón de cartas desordenado. Esbozó su sonrisa más astuta y concentrada, interesado por la reacción de Olive—. *Touché* —dijo—. Tú, mejor que nadie, deberías saber que no hay que leer la correspondencia privada de los demás. Es algo indigno, y lo sabes muy bien. No es nada que tenga que ver contigo ni conmigo, y por eso mismo no deberías rebajarte a leer las cartas de otro.

Hizo ademán de acariciarla, pero Olive le apartó la mano con una palmada.

—Claro que tiene que ver conmigo, tiene muchísimo que ver conmigo, perderemos Todefright a menos que ganemos un poco de dinero y dejemos de traer al mundo más bocas que alimentar. No hago más que trabajar, tengo que mantener Todefright yo sola, me siento angustiada y enferma y debería estar descansando...

—El dinero —dijo Humphry—. El dinero, o los devaneos sexuales, ¿cuál de los dos asuntos tiene prioridad y cuál ocasiona más discusiones y causa más daño a los matrimonios? He ahí un problema interesante.

—No es un problema interesante, es mi vida —gritó Olive.

Hasta ese momento, ninguno de los dos había tenido claro si tendrían una terrible discusión o si podrían evitarla. Ahora quedó claro que sucedería, no había otro remedio que pasar por ello. Olive rodeó con las manos al bebé no nacido y empezó a gritar como una pescadera de opereta. Humphry podía haber tratado de calmarla, o de disculparse..., en cualquier caso debería haber abandonado su actitud distante y divertida y su seguridad calmosa. Él nunca se ponía a la defensiva. Cuando lo



amenazaban, atacaba.

—Escúchate a ti misma —dijo—. ¿Cómo puede una mujer adulta organizar semejante escándalo? Pensaba que te habías convertido en un ser civilizado, pero de eso nada, chillas como una criada o una verdulera...

Sus discusiones adoptaban formas diversas, había distintos ciclos de reproches y recriminaciones, diferentes estocadas al tejido de su matrimonio. Esta discusión fue larga y seria.

Tom, Dorothy y Phyllis se quedaron en las escaleras, escuchando, dispuestos a escabullirse a toda prisa a sus dormitorios sin que los descubriesen. Oyeron las mismas frases que oían siempre.

—Siempre he tratado de querer a tus hijos por igual, no puedes decir lo contrario. No ha sido fácil, aunque a ti te lo parezca. Nunca me lo has agradecido.

—Yo podría decir lo mismo. No puedes reprocharme que haga el menor distingo entre tus hijos y los míos. Todos tienen su sitio, el mismo, el mismo, tienes que admitirlo.

Dorothy se tapó la cara con las manos. La interesada por el cuerpo humano era ella. Tenía una idea muy clara de cómo llegaban los niños al mundo. Era fácil no saber quién era tu padre. No saber quién era tu madre era mucho más difícil, aunque a veces ocurriera. Griselda le había hablado de varios modos en los que las mujeres de la alta sociedad dejaban a sus hijos en familias ajenas. Había familias en los pueblos que tenían estructuras muy complicadas en las que las abuelas, las madres, las tías y las hermanas mayores eran casi indistinguibles, y en las que los niños crecían pensando que su madre era su hermana, y su abuela su madre. También sabía que la gente tenía niños a edades poco mayores que la suya. Pero ¿quién?, y ¿cómo? A Violet le gustaba decir que ella era su «verdadera madre», pero por lo que sabía Dorothy, si le gustaba decirlo era precisamente porque no lo era, y les ofrecía su amor maternal desde la posición de una tía soltera que no había tenido hijos. Se notaba quién era la madre de alguien, se veía crecer al hijo todavía por nacer.

Era extraño, muy extraño, que tuviesen la costumbre familiar de alejar a todo el mundo antes de la llegada de un nuevo bebé. Ella no había estado en casa en el momento del nacimiento de nadie. Siempre había estado con Griselda, o de vacaciones en la playa con alguna familia amiga. Dorothy también se sintió amenazada. ¿De quién era o dejaba de ser hija ella? Casi inconscientemente, se distanció un poco del amor que sentía. Sería cauta. No invertiría demasiada pasión en amar a sus progenitores, sus supuestos padres, por miedo a que su amor fuese desproporcionado y no correspondido, y sus padres resultaran no ser sus padres.

Tom fue incapaz de pensar con claridad. Tuvo la sensación de que su mundo estaba

amenazado, y su mundo era Todefright, tejido y entretejido por la luz de los bosques y la hierba, y también por la red de cuentos de su madre, cuyos colores esmaltados y sombras negruzcas, puertas ocultas y bestias voladoras hacían que el verdadero Todefright pareciese por un momento un lugar blanco y vaciado en escayola, un simple modelo de un hogar, que sostenía las formas constantemente cambiantes del otro mundo, cuya entrada era subterránea. Ni siquiera pensó por un instante —era incapaz de hacerlo— que Olive no fuese su madre, y tampoco se le ocurrió intentarlo. Y Humphry era Humphry, que siempre había estado allí. Lo que temía era que todo pudiera convertirse en un escenario de cartón piedra, aunque solo era un temor instalado en lo más profundo de su estómago y su cabeza y no habría sabido formularlo con palabras.

Phyllis no oyó todo lo que se decían a gritos sus padres. Observó a Tom y a Dorothy para saber cómo reaccionar. Parecían disgustados. ¿A santo de qué? Estaban nerviosos. ¿Por qué razón? Como siempre, la habían dejado fuera: era demasiado tonta y demasiado inocente. Tiró del brazo de Tom —era más amable que Dorothy— y le preguntó: «¿Qué pasa, qué pasa?», una pregunta carente de sentido que quedó sin respuesta. Dorothy dijo: «Será mejor que nos larguemos o nos pillarán», y empezó a alejarse rápidamente de puntillas por las escaleras. Mientras escapaba, se hizo un silencio en el despacho. Nunca se habían rebajado a mirar por el agujero de la cerradura, y por eso no vieron a Olive y a Humphry entrelazados, el abultado vientre de ella apretado contra los pantalones de él, la cabeza enterrada en el hombro, y la mano de su padre acariciándole el cabello mientras su boca esbozaba una sonrisita.

Al día siguiente muy temprano Humphry ordenó al criado que dispusiera el *dog-cart* y le llevase a la estación. Olive apareció vestida de calle, con abrigo y sombrero, mucho antes de la hora a la que acostumbraba levantarse. Afirmó que tenía intención de visitar a Prosper Cain. Necesitaba resucitar el cuento de la aventura en el museo. John Lane, el editor, estaba interesado. Humphry sonrió, la ayudó a subir, y los dos fueron juntos charlando amablemente. Humphry comprendió muy bien que Olive necesitaba restablecer el equilibrio entre los dos visitando a un hombre que era evidente que la admiraba. Comprendió con mayor tristeza que las preocupaciones financieras de su mujer, la sensación de que la economía doméstica dependía de sus escritos y el temor de que todo pudiera verse amenazado por el parto inminente, eran preocupaciones reales, incluso aunque ella le hiciera rabiar con su independencia e importancia.

Tom y Dorothy los vieron marchar.

—Parece que más o menos han hecho las paces —dijo Dorothy.

—¿Ah, sí?, ¿ah, sí? —preguntó Phyllis sin obtener respuesta.

—Si se reconcilia con el tío Basil, seguro que me envían al colegio —dijo Tom.

—Puede que te guste —dijo Dorothy, que sabía que Tom estaba aterrorizado ante la idea de tener que dormir y comer con cientos de lo que ella, y sin duda él, consideraban una pandilla de críos medio salvajes.

—No —dijo Tom, clavándole un dedo en las costillas—. Vayamos a la casa del árbol.

El escondite secreto era tranquilizador y le daba fuerzas incluso a finales del otoño o principios del invierno. Ahora que habían caído las hojas era más fácil de encontrar, aunque seguía protegido por matas de helechos de aspecto natural que tapaban los huecos y por las ramas de hoja perenne. Phyllis iba, como de costumbre, tres pasos por detrás de ellos. Ninguno dijo nada. Parte de la imaginación de Tom estaba viendo un caballo sobrenatural, en el siguiente grupo de árboles, montado por un jinete embozado. Dorothy examinaba los postes de las puertas donde el guarda forestal había clavado hileras de cadáveres rígidos, cuervos desmembrados y martas con las patas estiradas, y las pieles aterciopeladas, minúsculas y encogidas de los topos. Era una pega para Olive, que ni siquiera lo sospechaba, que Dorothy relacionara su propia historia de los animales antropomorfos del bosque, los prados y el subsuelo, con aquellas alimañas y depredadores sacrificados. Dorothy llevaba consigo una bolsa de cuero, donde introducía los especímenes que podían ser diseccionados y examinados, después de desclavarlos con mucho cuidado. No se preguntaba si Olive estaba enterada de que no le gustaba su historia. Era taciturna por naturaleza, y se decía a sí misma que Olive estaba tan encantada con sus propias invenciones que apenas necesitaba respuesta por parte del público para el que estaban concebidas. Dorothy no era muy aficionada a la lectura, aunque era inteligente y leía con fluidez. Tenía un libro que llevaba siempre en el bolsillo porque la entretenía de modo un tanto siniestro. Se lo habían enviado a Olive para que hiciera una reseña en *The English Illustrated Magazine*, junto con un montón de cuentos para niños y cuentos de hadas, aunque no tenía nada que ver con eso. Se titulaba *Coplas de la madre naturaleza para antes de dormir*, y su autor era Herbert K. Methley. Incluía poemillas burlones sobre animales que, incluso levemente antropomorfizados, parecían malvados bajo aquella apariencia humana. La araña y la mantis religiosa, devorando las patas crujientes y nutritivas de sus parejas. El cuco, el gran embaucador, poniendo los huevos camuflados (la naturaleza era muy previsora: las manchas eran indistinguibles de las de los huevos del mosquitero musical) y alejándose para cantar en las ramas, mientras su industrioso hijo expulsaba, una por una, con la cabeza ciega y carnosa, a los pequeños mosquiteros y se convertía en un monstruo que llegaba a empequeñecer el nido. La avispa parásita, que ponía sus exquisitos huevos bajo la piel de las orugas y las convertía así en despensas ambulantes, que morían devoradas lentamente. Dorothy se lo había mostrado a Tom, que lo había apartado con un gesto. No era de esos niños que les arrancan las patas y

las alas a los insectos. Dorothy dijo:

—Es un buen libro, el mundo es así. Y lo cuenta de un modo divertido, lo que demuestra inteligencia.

—¿Qué dices? ¿Cómo es el mundo? ¿A qué te refieres? —preguntó Phyllis sin obtener respuesta.

**A** Prosper Cain le alegró que lo distrajeran de los contratiempos del museo, sobre todo tratándose de Olive Wellwood. Varios periódicos y revistas estaban atacándolo y criticaban las exposiciones itinerantes, expresaban su sorpresa por la imprudente adquisición de falsificaciones, incluyendo la fuente de Palissy, y sobre todo se quejaban de que la educación artística de los británicos se hubiese puesto «estúpida e inexplicablemente en manos de los militares». El museo era poco más que un hospicio para el ejército. El actual director, el profesor Middleton, no era un soldado sino un huraño erudito de Cambridge, que se llevaba muy mal con el general de división sir John Donnelly, jefe del Departamento de Arte y Ciencia, y era perseguido también por James Weale, el irascible esteta conservador de la Biblioteca de Arte. El ambiente era agrio, y Prosper Cain pasaba gran parte de su tiempo yendo y viniendo entre personas incompatibles con propuestas inaceptables. No tenía nadie en quien confiar y se sentía solo. Era muy grato contemplar la cálida sonrisa llena de admiración de la señora Wellwood, y que le preguntara por anécdotas e información práctica que eran fáciles y agradables de explicar. Reparó en su estado, por debajo de su vaporoso vestido Liberty y, curiosamente, eso le permitió darle a entender sin peligro que la consideraba atractiva. Era como una encantadora talla o pintura, aunque no podía decírselo. Ella fijó en él sus ojos oscuros y líquidos y él se relajó y le devolvió la sonrisa. Le preguntó qué tal iba el cuento de los niños detectives. Ella respondió que la construcción de una historia detectivesca era muy interesante.

—Ya sabe, comandante, en un cuento, sobre todo en un cuento de misterio, todo está patas arriba. Funciona hacia atrás, como los túneles y los espejos. El final es la causa del principio, por así decirlo. Necesito que mis niños encuentren objetos ocultos, y por tanto tengo que saber quién los escondió, dónde y por qué. Aunque, en realidad, los escondieron para que los encontraran.

Prosper Cain respondió que nunca lo había visto de ese modo. Le preguntó si sus hijos la ayudaban a escribir sobre los personajes infantiles. A pesar de tener él mismo dos hijos, no estaba muy seguro de saber cómo pensaban o sentían los jóvenes.

Olive bajó la voz y se inclinó hacia donde él estaba.

—¿Sabe?, es un truismo que los escritores para niños deban seguir siendo niños en el fondo, deban seguir teniendo sentimientos infantiles y sorprendiéndose de un modo infantil ante el mundo.

—¿Así que para escribir recurre usted a la niña que lleva dentro? No sé si yo seguiré llevando un niño en mi interior. La vida militar y los museos no favorecen la

espontaneidad.

—Compartiré un secreto con usted. En realidad no me gusta inventar niños imaginarios. Me aburren soberanamente sus pequeñas disputas y su inocencia. Creo que la niña que llevo dentro vive en el país de los elfos..., no en el precioso y aéreo país de las hadas, sino en un sitio mucho más peligroso y descabellado. Me gusta observar los seres invisibles y las criaturas extrañas que se cuelan en el mundo real desde otros sitios, por así decirlo. Me gustaría escribir la *Muerte de Arturo* o *El mercado de los duendes*, no *La aventura del sarcófago oculto*. Pero los lectores tienen un apetito insaciable por esas personitas tan inteligentes que investigan y viven entretenidas aventuras. Así que trato de complacerles.

Se rió. Dijo que estaba hablando demasiado de sí misma, se disculpó y añadió que debería volver a su lista de preguntas. Prosper Cain respondió que le gustaba oírle hablar de ella. De hecho, afirmó que encontraba su trabajo —y a ella— fascinantes. Confiaba en que siguiera tratándolo como a un amigo y hablándole con libertad.

—La mayoría de mis conversaciones —dijo Prosper Cain— son aburridas, formales y difíciles.

Olive replicó que no podía creerlo y que, de ser así, era una lástima y deberían ponerle remedio.

Lo que se habrían dicho después quedó en el terreno de lo incierto, pues se vieron interrumpidos por Florence, que se había encontrado con Geraint Fludd, deambulando por el patio sur. Lo había invitado a tomar el té y él le había confesado que había ido allí con la esperanza de encontrársela, estaba tratando de reunir el valor para preguntarle algo a su padre...

Pidieron el té y se lo sirvieron. Olive observó a Geraint. Tenía quince años, así que era dos años mayor que Florence, que iba recatadamente vestida como una señorita, con una falda de sarga y una camisa de rayas, y parecía mayor de lo que era. Geraint iba un poco harapiento con unos bombachos raídos y una chaqueta Norfolk. Las muñecas le asomaban por los puños. Tenía la piel bronceada como un gitano, pensó Olive, los mofletes colorados y una boca muy elegante. Con aquel cabello tan rizado, a Olive le pareció una especie de imagen del dios Pan, un niño salvaje disfrazado de niño normal y corriente, que sería interesante incluir en algún cuento. Observó, al verle fruncir el ceño y mirar al comandante Cain por encima del borde de la taza, que daba la impresión de estar incómodo y, al mismo tiempo, lleno de determinación. No sabía cómo poner en palabras lo que había ido a decir. No solo Olive se dio cuenta, Florence también lo hizo. Dijo:

—Geraint quiere preguntarte una cosa, papá. Ha venido adrede para eso.

—Pregunta lo que quieras —dijo Prosper, con una buena voluntad poco habitual en él, satisfecho tanto por la presencia de Olive como por la interrupción, y la consiguiente prolongación, de aquel momento íntimo.

—No es fácil —dijo Geraint.

Quería pedirle al comandante Cain que le ayudara a vender las obras de su padre, que le ayudase a levantar otra vez el taller. Pero no podía rogarle y no debía delatar la terrible pobreza de la familia: sería contraproducente y el comandante Cain pensaría mal de él si lo hiciera.

Olive lo observó mientras el chico buscaba las palabras adecuadas. Había empezado a convertirlo ya en uno de sus jóvenes buscadores: aquel sentido adulto de la responsabilidad en un niño era una emoción muy interesante. También su rubor y sus reticencias. Dijo:

—Tengo que entendido que tú y tu familia habéis ayudado al niño perdido que conocí en mi primera visita..., el muchacho huido de casa a quien Julian y mi hijo Tom encontraron en el sótano. ¿Qué tal le van las cosas? Sus dibujos eran preciosos. ¿Sigue con vosotros?

—Sí, todavía está con nosotros. En parte he venido por eso. Ha estado ayudando a mi padre, trabajando con él, y han arreglado el horno y han hecho muchos cacharros que a mi padre parecen haberle gustado mucho. Quería preguntarle si estaría dispuesto a ir a ver lo que han estado haciendo. —Se interrumpió dubitativo—. Mi familia no es muy práctica que digamos. A veces pienso que debe de ser la familia menos práctica del país. A ninguno se le ocurre... —Geraint miró desesperado a su alrededor: Prosper, Olive y Florence lo miraban dándole ánimos—. A ninguno se le ocurre vender nada, o tratar de que alguien vaya a ver lo que han hecho. Mi madre y mis hermanas son muy «artísticas». —Muy a su pesar, una nota de puro desprecio impregnó aquel adjetivo—. Dobbin, aquel hombre que estuvo en la fiesta de San Juan y el espectáculo de marionetas, estuvo en casa, quería ayudar a mi padre y fundar una especie de escuela o comunidad en Purchase Hall, hay sitio de sobra y podría haber funcionado. Pero no pudo ayudarlo, según dicen no tiene aptitudes, mi padre se pasaba el día enfadándose con él y Dobbin acabó yéndose a vivir a casa del párroco. Pero antes me contó que usted decía que mi padre era un genio, y que el museo tenía parte de su obra y se me ocurrió... que tal vez usted supiera qué hacer ahora. O que iría a ver sus nuevas obras. A mi padre le cae muy bien Philip..., nunca lo había visto trabajar así. —Dudó. Volvió a ruborizarse. Olive pensó que aquel rubor era encantador—. Lo cierto es... que a nadie se le ha ocurrido siquiera pagarle a Philip. No está bien. Es como si yo fuese el único que piensa en estas cosas..., en buscar compradores para las vasijas, conseguir arcilla..., productos químicos..., e incluso comida —añadió a toda prisa—. Lo siento —dijo muy colorado y arrepentido de haber dicho lo de la comida.

Prosper Cain adoptó un aire serio muy apropiado. Florence cortó un trozo de pastel para Geraint.

—Iré a Rye. Llevaré a Florence y a Julian, que estará de vacaciones, iré a ver su

nuevo trabajo y veré qué se puede hacer. Tu padre es ciertamente un genio y, desde luego, muy poco práctico como les ocurre a muchos grandes hombres. ¿Crees que es mejor que le escriba, o que me presente sin más?

—Escríbale —dijo Geraint— como por casualidad. No le diga que he venido a verle.

—Por supuesto que no. Iré el próximo fin de semana, cuando Julian tenga vacaciones. Parecerá de lo más natural.

—¿No podría ir yo también? —dijo Olive impulsivamente—. Me encantaría ver su nueva obra. Tal vez pueda ayudarle. Humphry conoce a muchos financieros. Podría llevar a Tom y a Dorothy, será una excursión muy agradable...

Prosper respondió que le encantaría que fuese. Geraint estuvo a punto de decir que un número muy grande de visitantes causaría mal efecto en su padre, y luego pensó que ya había conseguido todo lo que quería y que sería mejor dejar las cosas como estaban. Olive le leyó el pensamiento.

—No será necesario que todos molestemos a tu padre al mismo tiempo. Nos quedaremos en segundo plano y veremos si podemos serte de ayuda. E iremos a ver el mar, será maravilloso volver a verlo. —Geraint le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa—. ¿Y tú? ¿A qué piensas dedicarte? ¿También tienes dotes artísticas?

—Dios mío, no —dijo Geraint, con excesiva vehemencia—. Tengo tan pocas que cualquiera diría que me cambiaron en la cuna. Soy muy torpe con las manos, y todo el mundo en mi familia dice que carezco de gusto.

—Entonces, ¿qué te apetecería hacer?

—Lo que yo quiero —dijo Geraint, relajándose después de aquel enorme esfuerzo— es ganar mucho dinero y vivir cómodamente. Me gustaría trabajar en un banco, o algo así. No sé por dónde empezar.

—Pues empieza por preguntarle a mi marido —respondió Olive, a quien le encantaba dar cosas a la gente—. Dejó su puesto en el banco, pero sabe exactamente cómo conseguir uno. Eso es lo que tienes que hacer cuando estés seguro.

—¡Pero si lo estoy! No pienso en otra cosa. Estoy totalmente seguro.



**L**os Cain y los Wellwood de Todefright llegaron a Rye y se alojaron en la posada The Mermaid. El tiempo, que había estado tormentoso y frío, se volvió de pronto despejado, luminoso e incluso caluroso. «El veranillo de san Martín», dijo Benedict Fludd, a quien invitaron a comer en uno de los reservados de The Mermaid, con Seraphita y los niños. Es frecuente que haya un falso verano en la tercera semana de noviembre, una agradable ilusión. Prosper lo había organizado todo con precisión militar. Había pedido que les preparasen una oca asada con salsa de cebolla y un montón de patatas asadas con zanahorias y mantequilla, seguidas de un enorme pastel de manzana con nata montada. Habían llegado hasta allí en tren; el grupo de Todefright incluía a Tom y a Dorothy; Violet se quedó a cargo de la mitad más joven de la familia. Después de comer, le había explicado Prosper a Florence, todos los niños irían a pasear..., tal vez por la playa de Dymchurch, ya que hacía un tiempo tan bueno y tan tentador. Tenía que hablar con su viejo amigo, y para eso necesitaba tranquilidad. Los Fludd estaban hambrientos: la comida era abundante y reconfortante. Geraint charló con Julian, que estaba sentado enfrente de Tom, en el extremo de la mesa donde estaban los niños, y observaba su rostro. Dorothy habló con Florence del colegio. Florence iba a matricularse en el Harley Street College el próximo año académico. Dorothy no sabía qué sería de ella, aunque sabía que iban a intentar que Tom entrase en varios colegios.

Seraphita, Imogen y Pomona sonreían con serenidad. Fludd les habló de san Martín, san Martín de Tours, que había sido un soldado romano y había compartido su capa con un mendigo. A menudo se le pintaba con una bola de fuego, o con un ganso, pues el día de su festividad coincide con la migración de esas aves. Había una vidriera en la iglesia de San Martín en Puxty, donde se utilizaba el cristal con mucha eficacia para representar la bola de fuego.

A Philip no lo habían incluido en el grupo, y él tampoco había contado con que lo hicieran. Había cogido un poco de pan y queso y había salido a dar un largo paseo aprovechando aquel buen tiempo tan inesperado. Fue andando hasta su iglesia favorita de las marismas, la diminuta iglesia de ladrillo de Santo Tomás Becket, cerca de Fairfield. Philip la consideraba su propia iglesia: apenas sabía nada de Tomás Becket e ignoraba que la iglesia estaba construida en las tierras del santo. Jamás había visto una iglesia tan aislada. Se hallaba en mitad de los prados, que se extendían a lo lejos, y en los que las ovejas mordisqueaban la hierba salitrosa. No había ningún

camino y desde allí no se divisaba ningún pueblo, ni carretera, solo las marismas y el cielo. Las marismas se inundaban con frecuencia en invierno y entonces la iglesia parecía flotar misteriosamente en las láminas de agua, reflejada en su superficie brillante y oscura los días más tranquilos, y batida y golpeada por el aullante viento y la lluvia los días tormentosos. Philip se abrió paso de mata en mata por la marisma, pues el suelo estaba empapado y el agua lo inundaba todo. Cuando llegó a la iglesia, miró a su alrededor hacia el cielo infinito, el horizonte llano, los prados aparentemente interminables salpicados de ovejas, y se sintió en paz. No pensaba exactamente con palabras. Reparaba en las cosas. El movimiento agitado de un pato, el aspecto extrañamente hermoso y casi lisiado de las patas de una garza al mover las alas. Los peces revolviéndose en el barro. Los dibujos hechos por el viento.

Pasó un buen rato sentado en una piedra del cementerio de la iglesia, sin pensar siquiera. El tiempo pasaba tan despacio que no había ninguna razón para ponerse en pie o seguir adelante.

En el sendero de Fairfield apareció una figura, en el límite de su campo de visión. La silueta de una mujer, vestida con una falda y con el cabello recogido por una bufanda, que llevaba una especie de maleta en la mano. Se detuvo para apoyarse en la puerta de una cerca, y luego anduvo un poco más y se desplomó en el suelo, como una especie de montículo, y no se levantó. Philip se puso en pie y empezó a andar por la marisma, con la sensación de que aquella persona, que ahora compartía aquel vacío con él, era tanto un intruso como alguien que tal vez necesitase ayuda.

Tardó un rato en llegar donde ella estaba. Mientras avanzaba a saltos y grandes zancadas, y quedaba de vez en cuando atrapado en el fango, ella no se movió.

Parecía muerta o desmayada. Se había acurrucado, formando una especie de bola, con el rostro tapado con la mano abierta y la maleta de cartón tirada a poca distancia sobre el barro. Philip se arrodilló. No quería que estuviese muerta. La cogió por el hombro y le dio la vuelta. Tenía la cara sucia, los labios ligeramente agrietados y los ojos cerrados. Le temblaban los labios y las aletas de la nariz: estaba respirando. La brisa movía los flecos de su andrajosa bufanda, que parecía más animada que ella. Vestía un abrigo de fieltro, sobre una falda gris. Tenía los tobillos hinchados, y los zapatos rotos y polvorientos. Había andado mucho.

Philip se agachó junto a ella entre la hierba y la tomó de la mano, tratando de ser amable. Se inclinó y le dijo al oído con mucha dulzura:

—¿Puedo ayudarla? —Y luego añadió—: ¿Se encuentra bien?

Ella tembló un poco, se movió, abrió los ojos brevemente mirando a lo lejos, pues Philip quedaba a contraluz, y pronunció su nombre:

—Philip Warren. —Philip se puso rígido—. Estoy buscando a Philip Warren —dijo la chica—. No hago más que perderme.

Philip le quitó la bufanda y el pelo de delante de la cara, reconstruyó sus rasgos

en la imaginación, y reparó en que se trataba de su hermana Elsie. Elsie, un año mayor que Philip, era su hermana preferida, a la que más le había costado abandonar. Dijo:

—Elsie. Soy yo. Philip.

—No podía verte la cara por culpa del sol. Me he perdido. Estuve andando, andando y andando, sin encontrar nada ni a nadie. ¿Qué haces aquí?

Por un instante, Philip se sintió muy enfadado.

—Eso mismo te pregunto yo a ti, ¿puedes sentarte?

Tiró de ella, ahora ya sin respeto y con la confianza de la familia. Ella se sentó, se arregló la falda y estiró los horribles pies. Siempre había sido, dentro de lo posible, muy meticulosa con su ropa y su persona.

—Mamá ha muerto —dijo Elsie—. He venido a decírtelo.

—No me escribisteis.

—Nunca pones remite en tus postales. Probablemente no quieras que te molesten. Pero pensé que debías saber que mamá había muerto. La tía Jessie se llevó a los demás, menos a Nellie, que se ha puesto a servir. No creí que pudiera soportarlo. Me sentía incapaz de acabar el año en casa de la tía Jessie.

—¿De qué murió?

—De envenenamiento por plomo. Llevaba mucho tiempo enferma, y por fin sucedió. Preguntó por ti. Muchas veces. Me pidió que te diera sus pinceles y la copa Minton, lo llevo todo en la maleta. Le dije que te encontraría. Ella sabía que no soportaría quedarme con la tía Jessie. Y te he encontrado, aunque no donde había imaginado. —Hablaba con una especie de vehemencia decidida, con la voz áspera por el polvo y la sed. Dijo—: No deberías...

De pronto rompió a llorar y unas lagrimitas ardientes desbordaron sus párpados y salpicaron sus grises mejillas.

Philip estaba al mismo tiempo tratando de pensar y no pensar en su madre. La entrevió, delgada y encorvada, y apartó la imagen de su memoria.

Elsie oyó su siguiente pregunta.

—Las postales tenían matasellos de la marisma de Romney, y de Winchelsea. Así que fui a pie a Winchelsea y alguien me dijo que si estaba buscando a un alfarero había uno que estaba loco y que vivía en un sitio llamado Purchase. Así que me puse en camino y me perdí, como has visto.

—Será mejor que vuelvas conmigo. ¿Puedes andar?

—He venido andando.

—Sí, y te caíste al suelo. ¿Puedes ponerte en pie?

—Tendré que hacerlo.

Tardaron un buen rato, un rato más bien penoso, en volver a pie a Purchase House. De vez en cuando, Elsie se apoyaba en Philip y luego seguía cojeando, erguida y

decidida. Era una muchacha delgada y nervuda, de pómulos marcados, ojos azules y boca imperturbable, no exactamente hosca, pero distante.

Philip estaba avergonzado de su sentimiento más poderoso. Había perdido algo, y no era precisamente en su madre en lo que estaba pensando, sino en su soledad. Gracias a su fuerza de voluntad se había liberado de Five Towns y había ido a parar a un lugar imprevisible, donde nadie sabía quién era, o lo que sentía, y lo único que importaba era que se le daba bien hacer lo que siempre había sabido que debía hacer: fabricar vasijas con las manos. Si tenía una hermana —que sin duda daría a conocer sus opiniones despreciativas o, lo que resultaría aún más embarazoso, sus opiniones laudatorias acerca de él, entre aquellas personas que lo ayudaban, aunque no estaban interesadas en su ser o su alma— habría perdido algo. Luego pensó por fin, mientras renqueaban por el camino rodeado de setos, en su pobre madre, que siempre lo había perdido casi todo, excepto la habilidad de pintar, que la había matado, y la caterva de hijos, que podían morir, o enfermar, y que no podía alimentar con su menguado salario; habían crecido flacos y con la piel grisácea, como Elsie. «Que tenía voluntad», se dijo furioso, pensando para sus adentros de un modo poco habitual en él. Elsie tenía voluntad, y parecía tan fuerte como la suya.

También pensó que, puesto que no le pagaban, tampoco tenía nada que darle a Elsie y tendría que rogar en su nombre. Era un mal asunto.

Cuando llegaron a Purchase House, a los dos les sorprendió encontrar la cocina llena de gente. Todo el grupo estaba allí: Prosper Cain y Humphry Wellwood, Benedict y Seraphita, Olive. Los jóvenes habían ido a pasear por la playa, y habían vuelto con toda clase de cosas recogidas en la orilla: conchas, algas, navajas, orejas de mar, pinzas y caparazones de cangrejo, sargazos y frondas de aspecto bronceado o blanqueado. Arthur Dobbin y Frank Mallett también estaban allí, pues aunque no los habían invitado a comer, sí lo habían hecho a tomar el té. Seraphita se había puesto en movimiento para preparar un poco de té insípido, que sirvió en varias tazas y platillos de cerámica de Faenza, todos desparejados. Imogen había preparado un pastel que se había hundido por el centro y se desmigajaba en el plato. Todo el mundo estaba alrededor de la mesa de la cocina contemplando lo que había encima, por lo que los dos Warren, al entrar en silencio por la puerta, no vieron más que espaldas encorvadas y oyeron el murmullo de las voces. Elsie pensó, erróneamente, pues la cabeza le daba vueltas, que Philip había ingresado en la alta sociedad. Pomona fue la primera en reparar en su presencia y salió corriendo a su encuentro gritando: «Aquí está, aquí está» y acariciándole el brazo a Philip. Todos se volvieron. El grupo inspeccionó a los dos Warren.

—¡Ah, estás ahí! —dijo Benedict Fludd—. Estábamos admirando tu obra. Lo que has hecho.

—Disculpe —respondió Philip—, esta es mi hermana Elsie, de Burslem. Ha

venido a buscarme. A pie. Desde Burslem.

El grupo se paró a observar a Elsie, quien se sentía un poco intimidada por el sombrero de Olive, que era negro y amplio y estaba decorado con frutas y lazos escarlatas. Olive dijo: «Extraordinario». Seraphita exclamó: «¿De verdad?». Frank Mallett observó que la joven parecía a punto de desmayarse de cansancio y añadió que deberían llevarle una silla y tal vez un poco de té, o un vaso de agua. Dobbin acercó una silla que dejó junto a la puerta trasera. Elsie se desplomó en ella. Todos siguieron mirándola fijamente. Seraphita sirvió con aire ausente una taza de té, que Dobbin le alcanzó a Elsie, pero ella se la devolvió, pues estaba demasiado temblorosa para sostenerla.

De algún modo era evidente que Seraphita no tenía ni idea de qué hacer y no tenía intención de hacer nada.

Solo quedaban Olive, que era una mujer adulta, y Frank Mallett, que era un clérigo. Este consultó con Olive y decidieron que habría que encontrar un sitio donde la señorita Warren pudiera descansar y tal vez prestarle un poco de ropa limpia. Olive se inclinó sobre Elsie y dijo que era muy raro estar en presencia de dos miembros huidos de la misma familia. Estaba pensando en que podría escribir un cuento muy bueno acerca de la chica que había atravesado media Inglaterra para encontrar a su hermano. Sonrió a Elsie con aire ausente, mirándola con mucha atención. Elsie le dijo después a Philip que la mujer del sombrero parecía una especie de bruja. La cuentista que había en Olive recordó su propia huida de la indigencia en el norte. Philip no tenía intención de contarle a aquel grupo que su madre había muerto, así que Olive ignoraba por completo que Elsie se parecía, en cierto sentido, mucho a lo que había sido ella de joven. No obstante, lo intuyó, y percibió algo de lo que no quería hablar.

Habían dispuesto una selección —había sido idea de Geraint— de las nuevas vasijas, y uno o dos ejemplos de los nuevos azulejos diseñados por Philip. Fludd llamó a Philip para que le hablase a Prosper Cain de los esmaltes y de cómo había escogido los diseños, la flora de Dungeness, la col marina, los sargazos, las moscas grúa y el hinojo. Prosper habló como un entendido de los esmaltes, y admiró el azul verdoso acerado, y el rojo intenso, con las sorprendentes alas rosadas. Humphry dijo —como era de esperar— que podría ganarse una fortuna, si se ponían a la venta del modo adecuado. Había estado en la sala de exposiciones de los hermanos Martin en Brownlow Street. Algo así podía ayudar. Geraint dijo: «Hay muchas tiendecitas en Rye que exponen toda clase de objetos de artesanía. Tal vez hubiese alguna que pudiese exponer cosas mejores». Humphry respondió que Geraint tenía buenas ideas, ¿también él quería ser alfarero? No, respondió Geraint, no, lo que le gustaría sería trabajar en un banco o algo parecido, le atraía esa clase de vida. Humphry sonrió. Acababa de reconciliarse con su hermano Basil, que finalmente había prestado oídos a sus advertencias sobre el banco de Barnato y las acciones sudafricanas, y ahora que

sus amigos se arruinaban o cometían suicidio, estaba dispuesto a demostrarle a Humphry su agradecimiento y se había ofrecido a pagar la matrícula de Tom en un colegio privado. Humphry le dijo a Geraint que debería pedirle consejo a su hermano el banquero. Lo llevaría un día a verlo cuando coincidiesen en la ciudad. Basil sabría cómo aconsejarle y tal vez incluso le encontrase un empleo adecuado llegado el caso. Geraint se ruborizó y le dio las gracias.

Tom le había contado a Julian que iba a hacer el examen de ingreso en Marlowe al año siguiente. Añadió que en los últimos tiempos había tenido la impresión de que no iba a ir allí, pero ahora habían empezado a buscarle tutores. No estaba seguro de que le apeteciera mucho ir. Julian miró a Tom, y pensó que era el chico más guapo que había visto nunca. En Marlowe lo adorarían. Aunque no estaba tan seguro de que a él fuese a gustarle Marlowe. Pensó que podría enamorarse fácilmente de Tom. Se limitó a responder, sin comprometerse, que Marlowe no estaba mal, para lo que era un colegio privado. Nada mal.

Prosper Cain afirmó que las vasijas eran la obra de un maestro, y de un maestro en la plenitud de su arte. Admiró una bandeja como la cola de un pavo real con manchas doradas y cubierta de frutas, y dijo que le encantaría adquirirla para el museo, si es que él estaba dispuesto a venderla, o incluso comprarla para su colección particular. Olive escogió una pequeña vasija de color rojo, en parte vasija, en parte escultura, que era un demonio negro y retorcido, con cola y cuernos que sujetaba una taza flamígera que era a la vez fuego y caldera.

—La quiero —le dijo Olive a Benedict Fludd—. Tiene una expresión perversa, representa la maldad.

—Ha habido suerte con la cocción —dijo Fludd—. Allí hay otro cuya cara no se ve a través del esmalte. Tiene usted buen ojo.

Le besó la mano y le pidió a Philip que la envolviera, pero Olive se resistió a soltarla y siguió dándole vueltas junto a la ventana.

Frank Mallett le había pedido a Imogen que tuviese la bondad de buscar un poco de ropa para Elsie, ya que estaba tan sucia. «¿Y tal vez también un poco de agua?», dijo, preguntándose por qué, exactamente, las mujeres de Purchase serían tan lánguidas e ineptas. Imogen hizo lo que le pedían, y Elsie apareció tímidamente en el umbral con una larga falda negra y una especie de blusón de punto con crisantemos marrones y naranjas bordados. Ninguna de las dos prendas le sentaba bien. Imogen no había pensado en agujas ni alfileres. Elsie todavía llevaba puestos sus zapatos rotos y sucios, y seguía llevando la bufanda cubierta de polvo, que no había querido quitarse porque sabía que estaba muy despeinada. Frank dijo que esperaba que estuviese más cómoda. Ella recorrió la sala con la mirada un poco a la defensiva, luego se recogió la falda y empezó a retirar los platos y las copas. Encontró el fregadero y la pila de

lavar. El grupo siguió hablando. Elsie volvió y le preguntó a Philip en voz baja por el agua caliente y los trapos de fregar. Había encontrado algo que hacer y comprendía que era necesario hacerlo. Frank Mallett le sonrió y le dio las gracias, ya que nadie parecía tener intención de hacerlo. Prosper Cain y Humphry estaban hablando con Benedict Fludd de salas de exposiciones y estudiantes. Julian estaba hablando con Tom. Dorothy había visto a Philip y le estaba diciendo lo mucho que le gustaba su trabajo. Añadió que era increíble que su hermana lo hubiera encontrado. ¿Cómo estaba su madre?

Philip miró el rostro práctico, agudo e interesado de Dorothy.

—Ha venido a decirme que ha muerto —dijo.

Dorothy respondió sinceramente que lo lamentaba. Imaginó a Philip al recibir la noticia, y pensó que debía de sentirse mal por no haber estado allí.

—No podías saberlo —añadió.

—Podía haberle enviado mi dirección y no lo hice.

—Probablemente ella lo entendiera.

En realidad, Dorothy no estaba segura de hasta qué punto las madres entendían las cosas, pero el rostro de Philip tenía una expresión desolada que ella quería cambiar.

—No lo sé. Elsie está enfadada conmigo. Me ha traído los pinceles de mi madre. Mi madre le pidió que me los diera.

—¿Lo ves? Eso es que lo entendió. —Fuese o no cierto, era bueno decir eso. Añadió—: Es lógico que Elsie esté enfadada contigo. Pero ha venido a hacer las paces. —Philip parecía abatido. Dorothy recordó lo mucho que le había gustado. Dijo —: Esos azulejos son muy buenos. El modo en que haces los diseños a partir de cosas reales. Se pueden ver las moscas y el hinojo, es posible verlos de verdad.

—Yo quería hacer vasijas.

—Pues ya ves qué suerte has tenido. Casi parece obra del destino. Tienes que seguir haciendo vasijas, eso está claro.

**E**l invierno que siguió al veranillo de San Martín fue húmedo y severo. El final del dorado 1895 estuvo teñido de negrura. El 23 de diciembre por la mañana, toda la familia Tartarinov se presentó en Todefright telegrama en mano. Los Wellwood se reunieron en el vestíbulo decorado ya para la Navidad con ramas verdes, muérdago y acebo. Stepniak había muerto, explicó Vasili Tartarinov. Por la imaginación de Basil pasaron escenas de bombas y apuñalamientos furtivos. Tartarinov estaba arrasado en lágrimas. Lo cierto era que Stepniak había sufrido una muerte violenta, puede que accidental y puede que no. Había cruzado la vía del tren cerca de su casa, en Bedford Park, y lo había atropellado un tren; murió más o menos en el acto. Era un tren de cercanías que circulaba por una vía única. El conductor había hecho sonar el silbato y frenado en vano varias veces. Era difícil de entender, dijo Tartarinov, agitando expresivamente las manos y enjugándose las lágrimas, que Stepniak no se hubiese apartado. Tal vez se hubiera enganchado el pie. Tal vez hubiera decidido poner fin a su vida abrumado por sus desdichas personales y las desdichas del mundo. «No habrá otro como él», dijo Vasili Tartarinov mientras la familia Wellwood daba instrucciones de que preparasen el té y trataba de ayudarlo a serenarse. «No, no habrá otro como él», coincidió Basil deseando que los niños Tartarinov dejasen de aullar, y la señora Tartarinov dejase de actuar como si estuviese a punto de ahogarse de emoción.

Olive se agarró al respaldo de la silla: sentarse habría parecido descortés, pero le dolían todos los músculos. Masajeó disimuladamente su distendido costado con los dedos. Las vivas imágenes del cuerpo destrozado de Stepniak le recordaron que pronto ella misma tendría que enfrentarse al dolor y a la posible muerte de una o dos personas.

Cuando llegaron, Tom estaba a punto de ir dando un paseo a casa de los Tartarinov a leer a Virgilio con Vasili. Se aferró a su *Eneida* y a su libro de ejercicios. Trató de apartar la imaginación del destino de Stepniak antes de imaginarlo de verdad, y fracasó. Vio el raíl brillante, extendiéndose antes y después, y el peso negro y atronador, envuelto en su mortaja de vapor, propinando el golpe mortal. Habría sido rápido, debía de haber sido rápido. Un muro negro en movimiento, una boca de túnel sólida. *Facilis descensus averno*.

El funeral de Stepniak se celebró el día 28. La Navidad cayó en medio, y los Wellwood pusieron un árbol, decorado con chucherías e iluminado con velas, y cantaron juntos «Navidad, dulce Navidad» y «Noche de paz». Trincharon dos ocas y



comieron pudin de Navidad, esférico entre unas siniestras llamas azules, igual que un fuego fatuo cautivo, pensó Olive, que inventó una historia acerca de un demonio flamígero dedicado a causar el caos en la cocina de una casa de las afueras. Después de Navidad, antes del inminente nacimiento, enviaron a los mayores a pasar el Año Nuevo en casa de Basil Wellwood, en Portman Square. Humphry los llevó a Londres, los dejó en casa de su hermano y fue a unirse al *cortège* fúnebre de Stepniak, que avanzó lentamente de Bedford Park a la estación de Waterloo, desde donde el ataúd viajaría en tren hasta el crematorio de Woking.

Fue un día de sucia y persistente llovizna londinense. El ataúd iba cubierto de vistosas flores atadas con cintas rojas. Radicales y revolucionarios de toda Europa desfilaron tras él. Cientos de personas se congregaron en Waterloo. Se pronunciaron discursos en alemán, italiano, yidish, francés y polaco. La multitud tardó más de una hora en dispersarse y escuchó a los líderes socialistas y anarquistas, Keir Hardie, Eduard Bernstein, Malatesta, el príncipe Kropotkin y John Burns, el obrero, sindicalista, fabiano y miembro radical del Parlamento por la circunscripción de Battersea, que había organizado el acto. Eleanor Marx habló como siempre lo hacía: lúcida y apasionadamente; dijo que Stepniak había amado a las mujeres y que estas deberían llorarlo. William Morris, enormemente gordo y casi sin aliento, habló a favor de los socialistas ingleses y condenó la opresión rusa. Fue el último discurso de Morris ante una muchedumbre al aire libre. Humphry Wellwood fue en tren al crematorio de Woking con los dolientes, sentado discretamente al fondo, y observó con curiosidad casi técnica cómo el ataúd pasaba por las puertas plegables en dirección a las llamas. Luego escribió una emocionante descripción del suceso para una revista, describiendo el pesar y la solidaridad internacionales, la confusión y la perpleja sensación de pérdida de la paciente muchedumbre en el andén del ferrocarril, y la desolación de los dolientes llorosos ante el horno.

Al día siguiente, el 29 de diciembre, era la fiesta de santo Tomás Becket, el cura turbulento y obstinado político, sangrientamente asesinado ante su propio altar. Otro orgulloso y terco político, Joseph Chamberlain, nombrado ministro de las Colonias en el nuevo gobierno conservador, animó secretamente a Cecil Rhodes, primer ministro de la Colonia del Cabo, en Sudáfrica, para que enviara a su amigo, el doctor Starr Jameson, con quinientos hombres a invadir la república bóer del Transvaal. El presidente Kruger, del Transvaal, negaba decididamente el derecho al voto a la marea de mineros y especuladores, los ingleses que acudían atraídos por el oro sudafricano. De vuelta a Todefright, Humphry oyó los rumores que llegaban por el telégrafo, y de buena gana se habría quedado en Londres a seguir los acontecimientos, y a escribir algo sardónico e ingenioso sobre el patriotismo exaltado, tan distinto del pesar internacional por la muerte de Stepniak, que dominaba gran parte de la vida pública inglesa. Los fabianos estaban divididos acerca de las cuestiones del Imperio: algunos,

incluyendo a los socialistas como Ramsay MacDonald, detestaban aquella idea. Otros creían en las virtudes de la planificación para conseguir el bien mayor de muchos, lo que incluía a los desterrados habitantes de las colonias. Beatrice Webb, una de las mayores influencias del socialismo fabiano, había estado enamorada de joven de Joseph Chamberlain, y escribió en su diario, a principios de 1896, que todo el país estaba absorbido por la política exterior, que la ocasión había encontrado a su hombre y que Joe Chamberlain era el héroe nacional del momento. «En estos tiempos agitados, en los que todas las naciones nos odian secretamente —escribió—, es reconfortante pensar que tenemos un gobierno de hombres fuertes y decididos, no dados a la jactancia ni la vacilación, sino dispuestos a adoptar cualquier medida para apartarnos de la guerra o conducirnos a la victoria en caso de que nos veamos obligados a entrar en ella.» Pequeña Inglaterra, gran Imperio. En 1896 Humphry Wellwood estaba interesado en las relaciones entre los ejércitos y las minas de oro, los traficantes de diamantes y los agentes de bolsa. El nihilista fallecido forcejeaba con el rapaz Starr Jameson en su agitada imaginación. Pero Olive le había hecho prometerle que volvería a casa de inmediato, así que volvió.

Al abrir la puerta principal lo recibió un aullido de dolor, seguido por un terrible sollozo procedente del piso de arriba. Había empezado. Violet apareció en las escaleras, le cogió el abrigo, le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—Lo está pasando mal. El niño está atascado y no puede salir. Y tengo para mí que los dos están muy débiles.

—¿Debería subir a verla? —preguntó Humphry.

Olive prefería que la dejaran sola en aquellos momentos. Violet le besó y respondió que iría a decirle que había vuelto. Eso la tranquilizaría un poco. Hablaría con la comadrona y luego le prepararía a Humphry una taza de té, o un cuenco de caldo, para después del viaje. La niñera se había llevado a todos los niños a casa de los Tartarinov, donde estaba cuidando también de los hijos de estos, pues la pareja había ido al funeral.

Violet volvió junto a la cama de su hermana, y regresó para decir que Olive tal vez viese a Humphry más tarde, el médico y la comadrona estaban muy ocupados. Otro grito resonó en el rellano: Humphry y Violet bajaron a hurtadillas. Se oyó un gemido frenético y agitado, y los susurros y sonidos tranquilizadores del personal médico.

Olive pensaba que había olvidado lo que podía llegar a ser el dolor. Se había convertido en un túnel del ferrocarril en el que un tren se había parado de pronto. En una madriguera en la que se había atascado un animal que no podía ni entrar ni salir. En un arco tras otro de dolor electrificante, e imaginar aquella geometría no era suficiente para crear un dibujo..., el objeto inamovible y la fuerza irresistible eran

uno solo, y no podía avanzar ni retroceder, solo una explosión parecía ser capaz de hacerlo salir, igual que la erupción de un volcán. Algo se ahogaría allí, algo acabaría rodeado por las llamas. El médico le rogó que no moviese la cabeza de un lado a otro y que no malgastase el aliento chillando y gimiendo, sino que hiciera un esfuerzo, por el bien del niño, que no podía salir, y lo expulsara.

Se arqueó, aulló y empujó.

Rojo y enfadado, con los labios ennegrecidos y un sollozo de desesperación, el niño salió disparado al mundo. Era un niño. Le limpiaron la cara, cortaron el cordón y él siguió llorando y llorando. «Tiene buena voz», dijo el médico. «Y buenas piernas», observó la comadrona, rodeando el minúsculo muslo con la mano y limpiando el rojo órgano masculino. Había sangre y agua por todas partes. Olive sintió cómo manaba. Y la placenta, así que todo había ido bien. La comadrona amontonó las sábanas ensangrentadas y limpió el suelo con ellas, lavó a la madre y la preparó debajo de una hermosa colcha, pasándole un peine por el cabello empapado de sudor. Hizo cosquillas debajo de la barbilla al niño envuelto en trapos. «Ahora traeremos a tu papá, para que te vea.» Lo metió en la cuna, que no era nueva pero estaba adornada con sábanas almidonadas y cintas. Salió a buscar a Humphry, que estaba tomándose el cuenco de caldo bajo la mirada atenta de Violet, a quien le estaba describiendo el funeral, el tiempo, la música, las flores.

Humphry entró de puntillas en el dormitorio, al modo tradicional. Olive lo miró desde la distancia, con las manos inertes sobre la colcha. La comadrona le mostró al niño, que tenía el cabello rojizo, aunque escaso, y los rasgos muy marcados: era ceñudo y tenía la boca grande. «¿Cómo lo llamaremos?», preguntó Humphry a Olive. Ella cambió de posición el saco ensangrentado en que se había convertido su cuerpo. «Escoge tú», dijo. Humphry estaba pensando en Shakespeare, para el artículo que iba a escribir sobre el Transvaal. Estaba pensando en Inglaterra. Dudó entre Harry y George. «Clama a Dios por Harry, Inglaterra y san Jorge.» Harry era más atrevido. Harry era un buen nombre inglés como Dios manda. «Harry», respondió, y Olive sonrió y dijo que Harry era una buena elección, ella también había estado considerando el nombre de Harry. Harry Basil, sugirió, pensando en la próxima generosidad de Basil con la matrícula escolar de Tom.

**E**l día de Año Nuevo de 1896 Humphry fue a Portman Square a recoger a sus dos hijos mayores. A Phyllis, Hedda, Florian y Robin se los había llevado Cathy, la doncella, a visitar a su familia, en una granja cerca de Rottingdean. Phyllis se había mostrado quejosa y algo enfurruñada. Prefería ser la pequeña de los mayores que la mayor de los pequeños. Violet trató de sugerir que en casa de Basil Wellwood tal vez pudieran tener sitio también para ella: le vendría bien ser un poco más independiente, pero todo quedó en nada. Dorothy estuvo seria y tensa durante aquellas discusiones. Quería estar con Griselda, y tener a Phyllis con ella no era exactamente estar con Griselda. Tom habría preferido quedarse en casa: no tenía intereses en común con Charles, que era un año mayor, aunque lo cierto es que nunca discutían.

Decidieron que Humphry hablara con su amigo Leslie Skinner, que trabajaba con Karl Pearson en el Departamento de Matemáticas Aplicadas del University College de Londres, para que buscara un buen tutor que se hiciera cargo de Charles y Tom y los preparara para los exámenes de ingreso en Eton y Marlowe. Toby Youlgreave había accedido a ayudarles con la historia y la literatura. Tartarinov estaba haciendo grandes avances con el latín de Tom, y Humphry estuvo encantado de corresponder a la hospitalidad de su hermano ofreciéndole alojamiento a Charles, para darle oportunidad de pulir un poco sus clásicos. Basil y Katharina opinaban que lo único que necesitaban las jovencitas era aprender ciertas cosas como música, modales, dibujo y pintura. Se ofrecieron a invitar a Dorothy a compartir las clases de arte con Griselda. Esta había estado leyendo *El molino del Floss* y había convencido a Dorothy de que lo leyera también. Las dos se quedaban en el cuarto de Griselda indignadas con Maggie Tullivers, que opinaba que las matemáticas, el latín y la literatura no eran cosa de señoritas.

Todos fueron a tomar el té con Leslie y Etta Skinner en su estrecho salón de Tavistock Square, para conocer al profesor de matemáticas en quien había pensado Leslie Skinner. Fueron todos porque Humphry combinó el té con una visita al Museo Británico, y disfrutaba de la compañía de Dorothy en aquellas excursiones. Los llevó a ver el oro vikingo y los mármoles de Elgin, y les hizo estremecer delante de los sarcófagos egipcios en cuyo interior había hombres y mujeres muertos envueltos en vendas.

El salón tenía un empapelado verde oscuro de Morris & Co., salpicado de bayas escarlatas, y un estilizado tresillo Sussex de Morris, con respaldos de mimbre. Había alfombras tejidas en el suelo y altos estantes repletos de libros muy bien ordenados.

El posible tutor había llegado ya: un joven alemán nacido en Múnich, el doctor Joachim Susskind, que vestía un traje raído y una corbata roja. El doctor Susskind llevaba suelto el cabello rubio y seco y tenía un bigote fino y ondulado a juego. Sus ojos eran tristes y azules, no de un azul cerúleo vidrioso y claro como los del doctor Skinner, sino nebuloso y desvaído, el azul diluido de una mariposa duende oscuro, pensó Tom. Parecía amable e inofensivo. Leslie Skinner se lo presentó diciendo que no solo era un matemático de primera, sino también un gran profesor, cosa que no podía decirse de muchos matemáticos. El doctor Susskind sonrió amablemente. Dijo que le gustaría saber si a Tom y a Charles les gustaban las matemáticas. «Sí», dijo Tom. «No», dijo Charles. El doctor Susskind les preguntó a los dos: «¿Y por qué?». Tom afirmó que lo que le gustaba no era la aritmética, que casi siempre se le daba mal, sino el modo en que ajustaban las cosas en la geometría y la sensación de descubrirlo. Charles explicó que no le gustaba sentirse como un idiota y que ese era el efecto que le producían las matemáticas. Leslie Skinner preguntó qué materias le interesaban a Charles, y él respondió que ninguna en realidad, pues no le decían lo que quería saber.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —preguntó socrático Skinner.

—Cosas de la vida. ¿Por qué son pobres los pobres? ¿Qué es lo que ocurre?

Humphry se rió y dijo que mucho se temía que Charles no obtendría mucha información sobre la pobreza en Eton. Charles replicó que no quería ir allí, aunque a nadie parecía importarle lo que pensara. Skinner observó que siempre resulta útil que te enseñen a pensar, y el doctor Susskind respondió, de forma casi inaudible y sin mirar a nadie, que era una buena pregunta, una pregunta muy buena.

Las dos niñas estaban sentadas la una al lado de la otra, una morena y la otra rubia, con el largo cabello cepillado sobre los hombros. Etta Skinner se volvió hacia ellas de pronto y les preguntó, por una cuestión de principios y en un tono levemente beligerante, dónde pensaban conseguir su educación. Leslie Skinner volvió su mirada azul hacia Dorothy y le dedicó todo su interés.

—Tú eres la jovencita que quiere ser médico.

Dorothy respondió que así era.

—Pues ya va siendo hora de que te pongas a estudiar ciencias en serio.

—Lo sé —dijo Dorothy ganándose una aguda mirada de reproche de su padre—. Pero ¡si es cierto que lo sé! —dijo respondiendo a aquella mirada.

Resultó que Etta también tenía una respuesta que ofrecer. Era profesora en el Queen's College de Harley Street, donde se impartían clases para mujeres de cualquier edad a partir de los doce años, ya fuese para prepararlas para la carrera docente, o para mejorar sus conocimientos si eran ya profesoras. Dorothy y Griselda podrían asistir juntas, aunque fuese a tiempo parcial. Griselda aceptó ir a clase de ciencias con Dorothy, si ella asistía a sus clases de alemán y de francés. «Y latín»,

añadió Leslie. Si estaban pensando en ir a la universidad, como esperaba que hicieran, necesitarían saber latín. El University College de Londres tenía un cupo de mujeres que estudiaban ciencias. Skinner dijo a Humphry que un buen fabiano debería considerar la educación de sus hijas con tanta seriedad como la de sus hijos. Humphry respondió que Dorothy y Griselda eran todavía muy pequeñas. «De eso nada», replicó Skinner sonriendo a las dos serias caritas. «De eso nada.» Era evidente que pronto serían un par de mujercitas. Su mirada hizo que Dorothy se sintiera inesperadamente acalorada, tanto por fuera como por dentro. Se removió un poco en el asiento y se sentó más rígida. Griselda afirmó que no creía que sus padres vieran la necesidad de proporcionarle una educación. Skinner dijo que bastaba con que ella quisiera recibir una educación. Etta cogió a Humphry del brazo y dijo que sin duda él podría explicarle a su familia lo mucho que podía significar tener una adecuada... Griselda apuntó que Dorothy podía quedarse a vivir con ella, y así podrían ir juntas a clase si sus familias estaban de acuerdo. Humphry dijo que echaría de menos a su niña, y Dorothy respondió que no lo notaría, al fin y al cabo él también pasaba mucho tiempo fuera de casa últimamente.

Tom y Charles enseguida empezaron a ir a clase de matemáticas con el doctor Susskind en el University College de Londres; Susskind compartía un minúsculo despacho que daba a un callejón, detrás del edificio principal, con otro estadístico, que estaba recopilando datos sobre alturas, edades y pesos humanos. Iban a clase los lunes y los martes por la tarde y se llevaban trabajo para hacer en casa. También a ellos los midieron para las estadísticas. Además, algunos fines de semana, viajaban a Todefright para trabajar con Vasili Tartarinov y para leer con Toby Youlgreave en su cabaña.

A Tom le gustaban mucho las matemáticas, y trataba de no pensar en las consecuencias de conseguir la beca en Marlowe. En Londres tenía una sensación de irrealidad, como si su sangre y sus músculos estuviesen en desuso, como si fuese un simulacro de un niño que flotara por Gower Street con sus pulcras casas y esquivase cabriolés por Torrington Street. Las matemáticas, sobre todo la geometría, intensificaban su sensación de ensimismamiento. Ansiaba estar de vuelta en Todefright. Pensaba continuamente en los bosques y en la casa del árbol. Leyó el último libro de William Morris, *El pozo del fin del mundo*, y también *El bosque del fin del mundo* y *Noticias de ninguna parte*. Charles también los leyó, pero no los comentaron demasiado, solo para hacer alguna broma, cuando tenían mucho trabajo, acerca del hecho de que William Morris pareciera ser de la opinión de que los niños pueden educarse a voluntad a sí mismos sin más esfuerzo que el que tuvieron que hacer de bebés para aprender a hablar. Joachim Susskind disfrutaba dándole clase a Tom, pues era rápido e instintivo y no necesitaba de explicaciones demasiado prolijas.

Charles era más lento y tenía menos aptitudes. Recibía clases de repaso en las habitaciones del doctor Susskind en una casa justo detrás del Hospital de Mujeres, entre Euston y Saint Pancras. Era cierto que Susskind era lo bastante buen profesor para reparar no solo en lo que Charles no entendía, sino en cómo y por qué no lo entendía. Explicaba con un suave acento alemán justo lo que bloqueaba su comprensión. Al principio, no habló con Charles de otra cosa que de matemáticas. Luego, un día, dijo:

—Me impresionó que preguntaras por qué los pobres son pobres.

—Lo que no entiendo, lo que escapa por completo a mi comprensión, es por qué todo el mundo no se pregunta lo mismo, a todas horas. ¿Cómo puede esa gente ir a la iglesia y luego salir a la calle y ver lo que es evidente para todo el mundo, y oír lo que dice la Biblia sobre los pobres, y seguir viajando en sus carruajes, y escogiendo corbatas y sombreros, y comiendo enormes filetes...? No lo comprendo.

—Te he traído un libro para que lo leas. Probablemente no sea muy conveniente que lo vean en tu casa. Pero creo que te resultará revelador.

Así que Charles Wellwood leyó *A los jóvenes*, del príncipe Kropotkin, que animaba a los jóvenes médicos, abogados y artistas a considerar cómo vivirían y trabajarían en vista de los horrores del hambre, la enfermedad y la desesperación que afligían a los pobres. Sus consejos sobre la buena forma de vivir eran más vagos que sus feroces diatribas contra la mala. Llamaba a los jóvenes para que se organizaran, lucharan, escribieran y publicaran contra la opresión, para que se hicieran socialistas. No decía cómo debía llevarse a cabo la deseada revolución. Charles volvió a ver al doctor Susskind y le preguntó si tenía otros libros parecidos. Los dos se miraron, el alemán con amabilidad y cierta excitación, tenso el muchacho inglés, presa de una necesidad abstracta, pálido, con el ceño y las mejillas ruborizadas y los ojos ansiosos.

Preguntó a Susskind si era socialista. Susskind replicó que era anarquista. Creía que el mundo sería mejor si se aboliera toda autoridad, toda jerarquía y todas las instituciones. Habría una revolución. Después, la armonía, todo sería de todos y siempre llovería a gusto de todos.

Algo hizo desconfiar a Charles de aquel entusiasmo profético. Si el bien era verdaderamente tan sencillo y natural, ¿cómo es que había surgido la autoridad? Había leído *Noticias de ninguna parte* con cierto escepticismo. No estaba seguro de que se pudiera volver a una época medieval pastoril y abolir la máquina. Empezaba a creer que los Wellwood de Todefright no eran verdaderos socialistas y no se estaban enfrentando al problema con sinceridad. Por un lado, su casa estaba llena de cosas fabricadas en pequeñas cantidades para los ricos por gente pobre. Había oído a su propio padre burlarse con desdén de Morris & Co., por vender tejidos y tapices carísimos con paradisíacos follajes de la Edad de Oro. En cierto modo, apartaban la mirada de los horrores a los que debían estar enfrentándose.

Le explicó todo eso lo mejor que pudo a Susskind, quien respondió que era muy inteligente, que el propio señor Morris se había definido a sí mismo como un soñador nacido a destiempo. Piotr Kropotkin creía en la imprenta. Tal vez Charles no lo supiera, pero cerca de donde estaban había una imprenta que producía un periódico revolucionario mensual llamado *The Torch of Anarchy*. Quizá a Charles le interesase saber que el periódico lo habían fundado tres muchachos —niños en realidad— de una famosa familia de poetas, Olive, Arthur y Helen Rossetti, cuando eran aún más jóvenes que el propio Charles. Hacía poco que habían instalado de forma estable la imprenta en un desván en Ossulston Street, pero antes había salido una literatura revolucionaria muy poderosa de un cuarto en el sótano de la casa de William Rossetti, un sótano en el que todo estaba pintado de color rojo, le explicó Joachim Susskind sonriendo ante el absoluto entusiasmo de los jóvenes Rossetti. Añadió tímidamente que podía darle a Charles algún ejemplar de aquel panfleto, e incluso llevarlo a ver la imprenta, si se sentía con ánimos de ir allí. Él mismo iba a echar una mano siempre que podía. Amaba las matemáticas tanto como la revolución, así que no podía dejar su trabajo en la universidad. Los estadísticos y los matemáticos serían bien recibidos en el nuevo orden. El profesor Pearson también simpatizaba con la causa, aunque se inclinaba más por el socialismo de Karl Marx que por el anarquismo de Kropotkin. De hecho, había cambiado su nombre de Charles por Karl, para demostrar el respeto que le inspiraba aquel pensador.

Charles quiso ver la prensa. Tenía curiosidad por ver cómo se trabajaba para cambiar las cosas. En casa nadie le hacía preguntas si decía que iba a visitar al doctor Susskind. Así que, una tarde, los dos se pusieron en camino hacia Ossulston Street.

Ossulston Street hedía; orines amarillos de caballo corrían por el arroyo y la calle estaba casi totalmente cubierta de estiércol solidificado. Charles anduvo con cuidado, tratando de no ensuciarse los zapatos, y preguntándose si tener los zapatos limpios era un verdadero motivo de preocupación. Las oficinas de *The Torch of Anarchy* estaban en un desván encima de un establo, detrás de la puerta de servicio de una sórdida taberna llamada *The Bay Tree*. Susskind y Charles tuvieron que esquivar una especie de estercolero para llegar a las escaleras de madera que conducían al desván. Mientras subían, Charles recordó de pronto el discurso de Humphry la noche de San Juan acerca de aquel hombre que recogía y comía granos de trigo sin digerir de un sitio así. Eso era lo que tenía que saber. Siguió a su tutor a través de una puerta desvencijada hasta una larga sala similar a un cobertizo de madera donde el polvo flotaba en el aire y se acumulaba sobre los panfletos y artículos que cubrían el suelo casi por completo. Había olores muy fuertes en el aire: humo y jugo de tabaco, olores humanos de sudor y excrementos, un intenso tufo de leche agria y otro de grasa rancia. Y olor a perro, aunque no vio ningún perro. También olía a cerveza amarga. En un extremo de la habitación, un hombre con una chaqueta grasienta estaba



engullendo pan frito y tiras de beicon envueltos en un periódico sobre lo que parecía ser la plancha de la imprenta. Había dos o tres grupitos de personas, entre las que no parecía encontrarse ninguno de los jóvenes Rossetti. Un grupo estaba hablando muy deprisa y apasionadamente en italiano. Otro lo integraban tres personas sentadas en un banco en el que había apoyado un cartel: «El día del Juicio está próximo». En un ángulo de la sala había un jergón donde un individuo —o más— roncaba ruidosamente debajo de un montón de telas harapientas y un ovillo de banderas. Susskind le dijo al hombre de la comida que tenía entendido que el camarada Bartlett estaría imprimiendo. Le había llevado el artículo prometido sobre las leyes antisocialistas alemanas. Le acompañaba un joven interesado en las ideas anarquistas. El camarada Bartlett respondió que tenía las manos demasiado sucias de tinta para estrecharle la mano al nuevo camarada, y le preguntó su nombre. Charles replicó que se llamaba Karl. Afirmó que le gustaría ayudar. El camarada Bartlett quitó la comida de encima de la imprenta y empezó a cargarla de tinta. Charles/Karl cada vez estaba más preocupado por su ropa, que hacía que los ocupantes del desván no le quitaran la vista de encima. Su camisa estaba limpia y almidonada, su chaqueta era cara y estaba bien planchada. Su aspecto no era el adecuado y además se iba a ensuciar y eso le causaría dificultades en casa. Joachim Susskind le salvó al sacar un mandil de obrero de su bolsa de libros y entregárselo con una sonrisa de entendimiento cómplice.

Finalizada aquella primera visita, Charles no creyó que fuese a volver por Ossulston Street. Nadie le prestó mucha atención. Trabajó todo lo que pudo y se marchó con un fajo de panfletos y folletos para leer. Pero el caso es que en esa primera mitad de 1896 volvió varias veces, en parte por el respeto que le inspiraba Joachim Susskind, y en parte porque así tenía la sensación de estar en contacto con la auténtica clase trabajadora. Estaba seguro de que herr Susskind, que ahora siempre lo llamaba Karl, estaba sinceramente preocupado por la clase trabajadora. Y le gustaba lo que leía en *The Torch*. Le dieron varios números, ilustrados con conmovedores dibujos de Lucien Pissarro de mujeres dominadas por la desesperación. Contenían escritos de Lev Tolstói y Piotr Kropotkin, recordatorios del martirio, en 1887, de los anarquistas de Chicago y un debate entre el pacifismo cuáquero y los que abogaban por la violencia y la propaganda de los hechos. Anunciaba reimpresiones de *Trabajo útil o esfuerzo inútil*, de Morris, y atacaba al príncipe de Gales por lo abultado de su cuenta de ropa. También había relatos de *Las mil y una noches* y cuentos de hadas alemanes de Otto Erich Hartleben. Karl leyó las instrucciones de CÓMO AYUDAR.

Coge una docena de ejemplares de cada número de THE TORCH y trata de venderlos o distribuirlos.

Deja ejemplares de THE TORCH y otros escritos en los vagones de ferrocarril, salas de espera, tranvías, tabernas y otros lugares parecidos para

que el público los lea.

Convence a los vendedores de periódicos de que vendan THE TORCH.

Acude a los mítines para apoyar a los oradores y ayudar a repartir los escritos.

Adquirió una muda de ropa para ir a Ossulston Street y la guardó en las habitaciones de Joachim Susskind: unos pantalones viejos, un jersey deshilachado, una chaqueta de una tienda de empeños y un gorro de obrero, que se calaba sobre los ojos regodeándose en la sensación de disfrazarse y convertirse en otra persona. El tutor y su alumno procedieron siempre con suma discreción, y nunca debatieron o planearon aquellos refinamientos, que ocurrieron sin más. Lo que sí discutieron es si sería «bueno» o no que Karl fuese a Hyde Park, o cualquier otro sitio, a vender los paquetes de ejemplares de *The Torch*, y decidieron que podía hacerlo siempre que fuese lejos de Portman Square. Susskind y Karl vagaban por las calles de Londres en momentos en que se suponía que Charles estaba haciendo sus deberes, o paseaban discutiendo tibiamente sobre cárceles y ejecuciones y sobre si poner bombas era un deber o un acto de irresponsabilidad. Los que habían ido al patíbulo en París y Chicago eran mártires valerosos. No habían tenido «alternativa», decía Susskind, y Karl estaba de acuerdo. Pero también coincidían en que ellos dos no tenían madera de asesinos. Susskind afirmaba, mientras paseaban discretamente por Baker Street, que prefería creer que bastaría con emplear una persuasión razonable.

Una tarde, en un mitin celebrado en Ossulston Street para debatir aquella misma cuestión de la necesidad de dar una respuesta violenta a la violencia de la opresión, Karl se llevó un buen susto. Había más gente de lo normal —habían llegado algunos nuevos camaradas que habían huido clandestinamente de Rusia—. Cuando entraron, los acompañaba Vasili Tartarinov vestido con el traje que se ponía siempre para enseñarles latín y griego a los chicos. Charles/Karl se sentó en un rincón con el gorro calado sobre los ojos. No sabía lo que le harían sus padres si descubrieran cómo pasaba el tiempo. No sabía que acusarían a Joachim Susskind de traidor, ni que probablemente este perdería su empleo.

El mitin transcurrió como siempre. Se pronunciaron largos discursos, y el hombre del cartel afirmó que, puesto que el día del Juicio era inminente, no valía la pena matar a nadie: muy pronto todos serían derrotados. Alguien llevó una tetera y sirvieron el té en tazas agrietadas y grasientas. Tartarinov pasó junto a Karl. Dijo «Buenas tardes» en tono distante y formal. Karl alzó la mirada. Tartarinov parpadeó y volvió a adoptar una actitud imperturbable.

En su siguiente clase Tartarinov saludó a Tom y a Charles como de costumbre y, como de costumbre, alabó cáusticamente la traducción de Tom y la comparó con la de Charles. Estaban trabajando todavía en el sexto libro de la *Eneida*, donde el héroe, después de cortar la rama dorada, desciende al mundo subterráneo para interrogar a

su padre muerto. Habían llegado al pasaje donde la Sibila y Eneas llegan al olmo gigantesco, donde sueños falsos cuelgan de las ramas como murciélagos, y las sombras de monstruos imaginarios sisean y hacen crujir los dientes. La Sibila impide que Eneas emplee la espada contra esas vidas incorpóreas y revoloteantes, cuyas formas son solo transitorias y fugaces. Tartarinov recitaba en latín con marcado acento ruso:

*et ni docta comes tenuis sine corpore vitas  
admoneat volitare cava sub imagine formae,  
inruat et frustra ferro diverberet umbras...*

Tom vio con la imaginación matices de materia tenebrosa, irrealidades más finas y más gruesas, que formaban volutas como el vapor de un tren o el humo de una chimenea, pero en la oscuridad, bajo las negras ramas, *cava sub imagine formae*. A Charles le irritó el entusiasmo de la declamación de Tartarinov. Él no veía nada. En su imaginación no había nada. Aquellas cosas eran irreales, gorgonas, harpías, quimeras, cosas de la infancia. Inexistentes. Quería otra señal de Tartarinov, otro guiño a su yo secreto, por parte del anarquista que tal vez tuviese manchadas las manos de sangre y que había tenido que abandonar su patria por su fe en la causa. Pero Tartarinov parecía verdaderamente obsesionado con aquella poesía vieja y muerta escrita en un idioma viejo y muerto. Aquel hombre era doble, pensó Charles, un hombre con dos caras y dos inteligencias distintas, por muy sincero que pareciese. Y también él Charles/Karl se estaba volviendo doble. Su secreto hacía que se tuviese por invisible, un ser sutil que tenía sus propias ideas e intenciones, mientras exteriormente decía las banalidades que dicen siempre los chicos, sobre el críquet, los exámenes, los nidos de los pájaros y los castigos. Eso le llevó a preguntarse si Tom sería doble, y en tal caso, qué habría en el Tom secreto. Luego pensó que tal vez Tom no fuese doble. Tom parecía tomarse a Tartarinov —y al propio Charles— amablemente y al pie de la letra.

Una vez que la idea de las personalidades secretas empezó a echar raíces en su imaginación, empezó a mirar a todo el mundo de manera distinta, en parte en broma y en parte como peligrosa forma de investigación. Después de pasar la mañana con Tartarinov, él y Tom fueron por el camino que iba más allá del bosque hasta los Downs, donde Toby Youlgreave tenía su cabaña, que, según insistía él, había pertenecido antes a un porquero. Toby estaba preparando a los muchachos para las redacciones que tendrían que escribir el día del examen. Era un día de punzante frío invernal, el suelo estaba cubierto de escarcha y el aire arrastraba los copos de nieve. Llevaban gorros, bufandas y guantes de lana. Toby les dio una taza de té y les tostó unos bollos en la chimenea. El suelo del reducido salón estaba cubierto de columnas irregulares de libros apilados, en algunos de los cuales habían descansado ya otras

tazas de té y se veían manchas de mantequilla. Les había encargado que escribieran una redacción sobre los sueños, y les había dicho que emplearan la palabra en el sentido que más les apeteciera: sueños, pesadillas, ensoñaciones o esperanzas futuras. Les había pedido que trataran de encontrar ejemplos reales de lo que escogiesen. Les hizo leer en voz alta lo que habían escrito, como si estuviesen en la universidad. Tom leyó bien, con voz clara e inexpresiva, tal vez un poco más deprisa de la cuenta. Charles se contuvo más y escuchó su propia argumentación. Le gustaba discutir, incluso acerca de los sueños. Tom había escogido escribir acerca de los sueños nocturnos, lo que se sentía y lo que significaban. Charles, que sabía que Tom haría eso, había optado a propósito por hablar del sentido moral y político, el sueño de la justicia, de la vida futura y la utopía. Tom escribió sobre la sensación de soñar, y distinguió entre aquellos sueños en los que el soñador no participa en el sueño, sino que es una especie de espectador, como la voz del cuentista en un relato, casi un comentarista, aunque sin llegar a serlo, pues de todos modos no serviría de nada: en los sueños no se pueden tomar decisiones, pese a lo cual uno sabe que estaba en ellos y que despertará en el mundo real. A veces uno incluso trata de seguir durmiendo para ver lo que ocurriría a continuación. Luego estaban los sueños en los que uno participa realmente y en los que se tiene la sensación de que no se puede salir: como cuando soñamos que nos entierran vivos, o nos dicen que van a ahorcarnos al día siguiente (él lo soñaba a menudo), o en los que nos persiguen y el animal que creíamos tener a nuestras espaldas resulta que ha dado un rodeo y está esperándonos al final del pasillo. Era raro que los sueños así casi siempre fuesen pesadillas.

—No todos —objetó Toby Youlgreave—. También se puede soñar que —dudó delicadamente—..., que alguien te quiere..., o que alguien que había muerto está vivo en realidad y todo había sido un error.

—En ese caso —replicó Tom—, despertar sería tan horrible como tener una pesadilla.

Charles se preguntó si el secreto de Toby tendría que ver con el amor. Con el instinto sexual. Siempre acababa volviendo a lo mismo, aunque también podía deberse a que estaba todo el tiempo dedicado a la poesía. En la poesía había mucho amor, y también sexo. Le ponía la piel de gallina, pero no estaba seguro de que le gustase. «Majaderías —pensó, empleando una palabra de su niñera—. Majaderías. El secreto de Toby es algún tipo de majadería.»

Su escrito era una demolición más bien perversa, aunque ciertamente inteligente, del sueño de la vida natural en *Noticias de ninguna parte*, de William Morris, así como de las comunidades que se inspiraban en ella y vestían faldas estampadas a mano y comían verduras. Escribió que el sueño del cielo siempre le había preocupado por lo aburrido que era —no había nada que hacer— y que los sueños del cielo en la tierra, de la vuelta a la naturaleza, la vida en jardines de hortalizas y arriates de flores,

sin máquinas por ninguna parte, le parecían un soñoliento rechazo a mirar de frente los problemas reales y a hacer planes reales. Citó a Morris para criticarlo:

Soy un soñador nacido a destiempo,  
¿por qué esforzarme en enderezar lo que está torcido?

Ciertamente era, escribía censurándolo Charles/Karl, «el cantor ocioso de un día vacío».

La ira inspiraba sus frases, volviéndolas alternativamente bruscas e incoherentes. Toby Youlgreave se aplicó amablemente a refinarlas y mejorarlas. Observó que tal vez no fuese aconsejable exponer aquellas opiniones en un examen para conseguir una beca en un colegio tan elitista.

Toby esperó a oír algún comentario —de Tom, no de Charles— y Tom dijo con aire pensativo que mucho se temía ser también un soñador. Toby Youlgreave miró hacia el crepúsculo por la ventana de la cabaña y dijo, casi para sus adentros, que eso es lo que eran todos, al llevar una vida tan placentera: unos soñadores.

—Servíos un poco de tarta de melaza —dijo burlándose amablemente de sí mismo—. La he hecho para vosotros. ¿Cómo salimos del país de los sueños? *Hic labor, hoc opus est.*

Ese mes de julio, Tom hizo los exámenes de ingreso sumido en una especie de ensoñación. Olive estaba preocupada por él, pero él mismo no lo estaba: las matemáticas eran matemáticas, el latín era latín, sabía lo que tenía que hacer igual que sabía cómo hacer un lanzamiento en el críquet o manejar una bicicleta. Escribió una redacción sobre Keats —«Mi poeta favorito»— en los exámenes de Marlowe y otra sobre «Las características de los ingleses» en los de Eton. En Marlowe lo aceptaron, en Eton lo rechazaron, ambos colegios aceptaron a Charles. A Tom le perturbó vagamente que lo rechazaran. No estaba acostumbrado. Los padres de Charles decidieron que iría a Eton. Le compraron una bicicleta nueva. Charles se escabulló preocupado para consultar con Joachim Susskind. Dijo que ir a Eton iba por fuerza en contra de sus principios. Sorprendentemente, Susskind lo animó a seguir adelante. El mundo era imperfecto, le dijo. Un muchacho no podía cambiarlo negándose a ser educado. Debía ir a Eton y aprender a argumentar, y observar en su salsa a las clases gobernantes, y pensar en cómo frustrar sus planes. «Debemos ser astutos como serpientes», dijo citando a Jesucristo, que según él había sido el primer anarquista, y sin añadir el corolario «y mansos como palomas», porque seguía pensando en la propaganda de los hechos, y en si era justo o no propinar golpes simbólicos. Susskind estaba exaltado por la exclusión de los grupos anarquistas de la Segunda Internacional Socialista, que se reuniría ese verano en Londres. Los anarquistas rechazaban la acción política. Susskind tampoco tenía una opinión clara

sobre este asunto. Bakunin había dicho que los alemanes eran malos anarquistas porque querían ser a la vez amos y esclavos. En el anarquismo de Susskind había una especie de orden germánico que pugnaba con la inclinación que tienen los alemanes por llevar las cosas al extremo.

Tanto Tom como Dorothy habían estado leyendo *La edad dorada* de Kenneth Grahame, publicada apenas un año antes. Grahame le había regalado un ejemplar a Humphry; ambos habían sido colegas en el Banco de Inglaterra, donde Grahame trabajaba todavía: tenía un cargo más alto que el que había desempeñado Humphry, y hacía poco que lo habían ascendido a secretario interino del banco. Al igual que Humphry, escribía para *The Yellow Book* y, como Humphry, se esforzaba por llevar la cultura al East End. En 1893, había publicado un libro titulado *Artículos paganos*, un tributo a Pan, el dios-cabra, con portada de Aubrey Beardsley, que incluía las historias de infancia que se continuaban en *La edad dorada*. Dorothy preguntó a Tom si pensaba que el colegio lo cambiaría, como le ocurría a Edward en el libro. Tom respondió vagamente que, por supuesto, las cosas no serían igual, y de pronto, por primera vez, fijó su imaginación soñolienta en todo a lo que iba a poner fin aquel nuevo comienzo, y en lo que se había hecho a sí mismo al aprobar aquel examen. Lo embargaron un temor y un pesar que no supo cómo explicarle a la aguda Dorothy.

Olive, a pesar de sus preferencias por las leyendas y los cuentos de hadas, había publicado ese año dos libros sobre niños imaginarios, escritos con facilidad, a toda prisa y de forma compulsiva. Les había hecho falta el dinero porque Humphry había tenido que «echar una mano» con el parto de la virginal Marian de Manchester. Antes de pedirle ayuda había mirado de soslayo a Olive, pero no había pronunciado patéticos discursos de contrición, ni se había dado golpes de pecho, sino que le había dicho, casi de hombre a hombre: «Es una buena chica. Muy lista y muy valiente». Olive respondió que debería haberlo pensado antes, y Humphry replicó, con una especie de sonrisa de sátiro, que pensaba haberlo pensado, aunque obviamente no lo suficiente. Era un modo de invitar a Olive a que sonriera con él. Gran parte de su éxito como marido radicaba en aquella sonrisa provocativa: había mujeres en el mundo a las que él, sencillamente, no podía resistirse, pero ella, Olive, su mujer, era la única con quien compartía las cosas, la única con quien hablaba sinceramente de sí mismo. Ella sintió el raro placer que le confería su independencia cuando le entregó un cheque para pagar las facturas de Manchester. Molesta menos que te traicionen — de un modo tan convencional — cuando no te lo ocultan, cosa que resulta humillante, o te definen como una simple esposa y persona dependiente, cosa que resulta devastadora.

Los dos cuentos de Olive se titulaban *El fugitivo* y *La niña que anduvo un largo camino*, y estaban basados en parte en el modo en que Olive había imaginado la historia de Philip Warren y su hermana Elsie. Había recurrido a sus propios recuerdos

cuando huyó de la cuenca minera y del humo de las fábricas, para instalarse en el jardín de Inglaterra, entre campos de manzanos y huertos llenos de verduras limpias y saludables. Sus dos personajes eran niños preadolescentes que escapaban de una tía cruel y un tío borracho. Se refugiaban no en un sitio como Purchase, sino en una comunidad granjera de fugitivos y niños huérfanos como ellos. Había inventado una especie de gurú para su comunidad, un flautista de Hamelín, que recordaba vagamente a Edward Carpenter por su idealismo y sus sandalias. Pero no pudo evitar que aquella figura tuviese tintes dominantes o siniestros, y reparó en que era porque lo que les gustaba a los niños era leer acerca de un mundo sin adultos, en el que ellos mismos se aseguraban su sustento y decidían cómo hacer las cosas. Reemplazó aquella figura a lo Carpenter por un muchacho de catorce años llamado Robin, que estaba acampado en un granero abandonado y acogía a otros fugitivos. Se hacían llamar los «proscritos», y aprendían a recoger bayas y setas, y a engatusar a las gallinas extraviadas para que pusieran huevos en sus cobertizos. Le gustó mucho aquella idea y no supo si enfadarse o reírse cuando se enteró de que la Marian de Manchester había llamado a su hijo Robin. Le indicó a Humphry que era negligente —o enojoso— por su parte tener dos hijos llamados Robin, y Humphry esbozó su sonrisa de sátiro y afirmó que era una prueba de lo poco que tenía que ver con Marian y su hijo, aparte de asegurarse de que tuviesen lo suficiente para vivir. Olive no le recordó que era ella quien se aseguraba de eso. Ambos lo sabían.

Ese verano, antes de que Tom se fuese de casa, fueron todos juntos, los mayores, los pequeños y los medianos Phyllis y Hedda, a pasar las vacaciones a un pueblo llamado Selstrood, que tenía una playa muy agreste desde donde a veces se vislumbraba Francia, al otro lado del canal, como una franja sombría en el cielo, u oculta entre las nubes y la niebla, y, muy de vez en cuando, como una línea luminosa de rocas, claramente distinguibles de las nubes y la espuma de las olas. Alquilaron la antigua casa del párroco, amueblada solo con unas pocas sillas y mesas de madera y unas camas de hierro, y acamparon como les gusta acampar a los ingleses. Tom y Dorothy, y Charles y Griselda, que habían ido con ellos, dormían en tiendas de campaña en el huerto. Violet alquiló un carrito y un burro y llevó a los pequeños de excursión por los poco frecuentados caminos. Olive escribía sin parar. Fueron de excursión a la playa, cargados a través del acebo marino con cestas de manjares deliciosos hasta llegar a la arena. Tomaron baños de mar. Visitaron, por supuesto, Purchase House, que seguía estando destartalada, aunque había adquirido un aspecto reluciente, remendado y de platos limpios, que era sin duda obra de Elsie. Olive observó a Philip y a Elsie. Ella lo notó, pero él no. Estaba aprendiendo su oficio, y Benedict Fludd seguía de buen humor y haciendo trabajo productivo.

Llegaron otros invitados. Toby Youlgreave, que se alojó con la señorita Dace en Winchelsea. Habló con Griselda de literatura, y Charles confirmó su impresión de

que el yo secreto de Youlgreave era el caballero andante de Olive Wellwood, o tal vez otra cosa. La familia Cain, que se alojó en una cómoda posada cerca de Winchelsea. Prosper Cain necesitaba descansar y distraerse. Aquel año había sido horrible en el museo. Al director, el profesor Middleton, lo habían encontrado muerto en junio, con una botella de láudano y un vaso a su lado. Se sabía que consumía láudano de forma habitual, pues sufría de «fiebre cerebral» desde joven, y se emitió un veredicto de muerte accidental. Pero casi todo el mundo, incluyendo a Prosper, sospechaba que se había quitado la vida harto de discutir con eruditos, soldados y bibliotecarios. La campaña de las revistas de arte contra la presencia militar en el museo se había intensificado: en julio, en la época de los exámenes de Tom, el debate parlamentario sobre el presupuesto había dado lugar a críticas desdeñosas sobre la gestión del museo, lideradas por el socialista John Burns. Cain esperaba poder olvidar todo aquello. Tenía pensado tratar de interesar a las desocupadas hijas de Benedict Fludd para que solicitaran plaza en el nuevo Royal College of Art, fundado a partir de la antigua National Art Training School. Pomona era casi una niña todavía, pero Imogen tenía diecisiete años y nadie parecía preocuparse por lo que pudiera ser de ella. No hablaba con Julian, que era un año más joven que ella, y tenía un modo muy particular de mantenerse sardónicamente al margen. Algunos de sus bordados eran prometedores. Insulsos, pensaba sinceramente Prosper, pero técnicamente prometedores. Se preguntó, no por primera vez, qué sería lo que le ocurría a Seraphita, y recordó la botella vacía de láudano.

Fueron muchas veces de excursión a la playa, con sombrillas de rayas blanqueadas, bajo las cuales se sentaba Olive entre un elegante remolino de muselinas y un sombrero de algodón para el sol, a presidir la corte, pensaba Prosper, que se había convertido él mismo en cortesano. Le gustaba ver moverse a los numerosos Wellwood, arriba y abajo por la arena, entrando y saliendo del agua salada, recogiendo cosas con redes y cubos y dando paseos en bicicleta. Confiaba en Olive Wellwood como en una encarnación de la maternidad, pero era consciente de que ella sabía que no despegaba los ojos de su cintura, los movimientos ansiosos de sus manos y la curva de sus nalgas y sus muslos. Dijo que temía que su Florence tuviese demasiada *gravitas* para correr libremente con Dorothy y Griselda. La habían obligado a adoptar una seriedad de adulto antes de tiempo. No había más que verla, sentada en una roca, mirando fijamente al mar como una sirena. No sabía cómo ganársela. Olive preguntó, mirando cómo los dedos recios de él jugueteaban con la arena, si alguna vez había pensado en volver a casarse, aunque solo fuese por el bien de Florence. Y de Julian. Prosper respondió que se había planteado si debería hacerlo, pero no había conocido a ninguna mujer por la que pudiera... sentirse atraído de ese modo. O, si lo había hecho —añadió— ya estaban comprometidas. Sabía que había cosas que no podía hablar con Florence y que ella necesitaría hablar con alguien.



Olive afirmó que tenía la impresión de que se las arreglaba muy bien solo y era una persona perspicaz. Añadió que Julian era ya un joven y apenas quedaba nada infantil en él. Confesó que no le gustaba que Tom fuese a ir a Marlowe. No creía que Tom fuese tan fuerte como Julian. «A veces pienso que es tan inocente que casi mueve a risa —dijo en tono confidencial—. La vida le dará muchos golpes. Ha vivido libre y feliz, pero le costará mucho adaptarse a la disciplina.»

Hablaban tranquilamente e intercambiaban confidencias con el agradable y electrizante cosquilleo del sexo desactivado. Era igual que bailar. A Olive le gustaba. Creía tener derecho a hacerlo, teniendo en cuenta lo de la virginal Marian. Hacía falta establecer un equilibrio, si es que podía llamarse así, libertad por libertad, escarceo por escarceo. Los devaneos de Humphry significaban que ella tenía derecho a disfrutar con que la admirasen, contemplasen e hiciesen confidencias.

Toby la quería mucho. Esperaba, siempre en silencio, sin saber a qué, y todo el mundo se daba cuenta, o eso le parecía a ella, lo que la obligaba a ser circunspecta y andarse con cuidado, pues lo cierto era que no podía pasarse sin Toby, necesitaba que Toby le hablase de la mitología de los cuentos de hadas, de tramas e historias. De vez en cuando, le pagaba por la conversación —no lo veía como algo comercial, sino cariñoso, como ella quería a Toby— con un abrazo apasionado y silencioso, boca contra boca, piel contra piel, su rostro sonriente contra el rostro perplejo de él. Toby había comprendido desde el principio que aquellos encuentros solo podían suceder si ninguno de los dos decía nada ni aludía después a ellos. Al comienzo había sido raro, se ruborizaba y actuaba con torpeza, pero luego se había hecho adicto a aquellos abrazos, y se había acostumbrado a dejarse llevar, a la pasión seguida de la lasitud y a una especie de indiferencia consiguiente. Ella guiaba sus dedos hasta lugares ocultos de su cuerpo, inmóvil al principio y luego un poco tembloroso. Olive no sabía lo que pensaba él de todo aquello, pero no tenía importancia, siempre que no los descubriesen, y él no se excitase más de la cuenta, se indignara o se pusiera mohíno.

En invierno y primavera, Toby había estado impartiendo conferencias en Winchelsea y en Lydd sobre la creencia en las hadas de los sajones, y los elementos de Paracelso. Se había hecho muy amigo de Patty Dace, Frank Mallett y Arthur Dobbin. El escogido grupo de teósofos había celebrado tertulias sobre *La mayoría de edad del amor*, de Edward Carpenter, en el salón de la señorita Dace. Dicho grupo incluía a Herbert y Phoebe Methley, que eran claramente francos acerca del hecho de que el amor sexual y su expresión eran naturales y necesarios para los dos sexos. Si Patty, Frank o Dobbin les miraban el cuerpo con curiosidad al oírlos —y dichas miradas eran casi inevitables— ellos les devolvían la mirada con amabilidad y sin avergonzarse.

Olive quiso conocer a Methley, y pidió a Toby que llevase a los Methley a comer un domingo a la vicaría. Quería conocer a Methley, porque, al igual que le había

sucedido a Frank Mallett, le había perturbado mucho uno de sus cuentos. Tenía un libro de relatos intrascendentes sobre encuentros con las hadas, los habitantes de las colinas, o el pueblo amable (que no tenía nada de amable). Los cuentos estaban escritos en pragmática primera persona por un naturalista que veía y observaba a aquellas criaturas igual que otros hombres observaban aves o insectos raros. La introducción del libro señalaba, de manera bastante convincente, que sin duda había más cosas en la tierra y en el cielo de las que los humanos podían percibir con sus limitados sentidos. No podemos ver las ondas de radio o las moléculas. Podemos recibir una descarga eléctrica de un cable aparentemente inerte. Vemos cómo se forman y desaparecen las nubes: ¿dónde está aquel músculo gris y abultado que veíamos hace menos de un minuto? ¿Dónde el velo azul grisáceo de niebla que se cernía sobre los álamos de las marismas? ¿Cómo es posible que nuestra especie haya informado tantas veces y de forma tan continua y categórica de la existencia de las hadas, y de ocasionales tratos con ellas, si es que no existen? Al principio de la Biblia los hombres hablaban y andaban con Dios, luego con los ángeles, luego con voces invisibles. «Algunos humanos, entre los cuales me cuento —escribía el narrador cuyo nombre era, según aseguraba, Nathanael Carter—, tienen el don de poder ver a esa gente, lo que tal vez no sea tan diferente de saber dónde se oculta una trucha debajo de una piedra o dónde se esconde la miel en el tronco de un árbol.»

Nathanael Carter afirmaba haber visto a las hadas desde su infancia y no haberle dado mayor importancia de niño, hasta que un maestro le regañó por mentir cuando le contó lo que había visto. Así que no volvió a decir nada. Comprendió que veía porque no se lo contaba a nadie.

Olive nunca había imaginado que las hadas o los espíritus existieran. Vivía intensamente en un mundo imaginario poblado de cosas y criaturas que sacaban su energía y su poder de otras invenciones humanas con siglos y siglos de antigüedad. Pero nunca había pensado que esas criaturas fuesen tangibles, o que estuvieran vivas y se dedicasen a sus quehaceres más que cuando ella estaba «inventándolos» u observándolos con la imaginación. ¿O sí? ¿O sí? Leyó los cuentos de Methley y se quedó medio convencida de que el cuentista debía de haber visto lo que decía..., al leerlos, parecían limitarse a relatar los hechos y no seguían los canales habituales de los cuentos fantásticos. ¿Sabría de verdad algo que ella ignoraba? ¿O se trataba solo de un escritor extraordinariamente competente? En cualquier caso, Olive tenía que conocerlo.

Sus criaturas no eran precisamente agradables. Una historia empezaba:

Tropecé con uno de esos duendes cuando estaba en el páramo con mi cazamariposas. Vi un estremecimiento de carne gris entre el brezo, y creí haber espantado a un gazapo, luego se me acostumbró la vista y entró en mi campo de visión como cuando uno ajusta una lente binocular. Estaba sentado

con las piernas cruzadas en una mata de genista, y su piel era plateada como la de un tritón, aunque más oscura y como de peltre. Era todo del mismo color: tenía largos y ásperos cabellos de color peltre, y ojos de peltre en su rostro gris como una tela de araña. No eran ojos humanos, ni siquiera de gato, y no se parecían a los ojos de ningún animal terrestre o pez que hubiese visto nunca. No creo que él me viera. Su boca huesuda estaba fruncida y sus dedos largos y puntiagudos se hallaban muy ocupados. Estaba despellejando una gruesa culebrilla ciega —que estaba todavía viva y no paraba de retorcerse— con un cuchillo triangular aguzado y afilado como una hoja. Iba totalmente desnudo. Todos los duendes que he visto iban desnudos, a excepción de una hembra a quien vi paseando desapercibida por el mercado de Smithfield, y que vestía una falda hecha toda de la misma tela, igual que una malaya, y un collar de perlas.

Olive le habló de aquel cuento a su autor, que se sentó a su lado en la comida. Le preguntó directamente si veía las cosas que describía.

—Parecen reales, ¿no cree? No creo que yo fuese capaz de inventarlas. A veces añado algún detalle, o adorno un poco una historia..., pero para empezar tengo que verlo. ¿Usted no? Sus espléndidas historias suenan tan auténticas que pensé que...

Después de la visita, Herbert y Phoebe Methley dieron un paseo hacia la antigua vicaría, jugaron al críquet y a la pelota con los chicos en la playa. Methley vestía una camisa de algodón y un sombrero flexible para protegerse del sol. Tenía las piernas largas, nervudas y bronceadas. Era un buen lanzador —demasiado bueno, pues eliminó a los bateadores más jóvenes con demasiada facilidad— y un corredor infatigable. Olive se sentó con Phoebe, o con Prosper Cain, y estuvo viéndolos corretear. Luego Herbert y Phoebe fueron a bañarse con Toby y los niños. Phoebe llevaba un gorro que, en opinión de Olive, hacía que su rostro pareciese muy enjuto y un traje de baño con una faldita alrededor de las delgadas caderas.

Cuando Methley se quedó a solas con Olive, le habló en un tono distinto. Le consultó acerca de la escritura, los editores y la literatura. ¿Qué opinaba de Bernard Shaw? ¿Le parecía que tenía corazón, después de todo? ¿Y Kenneth Grahame? ¿Había sucumbido Olive a sus encantos? ¿No le parecía que, en el fondo, era un poco frío? Methley era uno de esos hombres que miran a las mujeres a los ojos y no desvían la mirada. ¿Qué opinaba de la nueva revista de John Lane, *The Savoy*? Afirmó envidiar la plenitud y complejidad de la vida de Olive. Los niños y las niñas y sus caracteres tan diferentes. No comprendía cómo podía hacer extensivo su amor a todos ellos, aunque veía con toda claridad que lo hacía. Él no había tenido nunca esas vivencias. Estaban sentados en la playa, picoteando de un plato de fresas. Olive respondió que los hijos te ligaban a la tierra, y por tanto te aplastaban un poco bajo su peso. Se sentía —dijo— como una gallina cloqueando en un corral. (Aunque era

Violet quien, cerca de allí, estaba limpiándole a Florian la cara de arena, después de una caída, y frotando los pantalones sucios de Robin.) Methley apuntó que la familia debía de ser de inestimable valor a la hora de escribir cuentos para niños. Ella escribía con tanta penetración de los temores y esperanzas de la imaginación infantil. Olive repuso que no creía que tener hijos fuese necesariamente de ayuda. Bastaba con haber sido niña...

—No lo sé —dijo Methley—. No tengo hijos, y últimamente tengo la sensación de estar perdiendo el contacto con el niño que fui. ¿Cree usted que hay una edad en la que nos volvemos totalmente adultos, señora Wellwood? ¿Una edad en la que no queda ni rastro del niño que fuimos? ¿Cuándo cree usted que ocurre eso? Y no me refiero a esa segunda infancia que nos llega a todos los que no morimos lo bastante pronto. —Había bajado la voz y se había puesto muy serio. Hablaba de una idea que Olive había tenido. Ella escribía para la niña que había sido, para la niña que era. Con cierta precipitación, le preguntó a Methley si lamentaba no tener hijos. Nada más hablar lamentó habérselo preguntado. Había muchas razones por las que los matrimonios no tienen hijos. Y era mejor no mencionarlas. Él se inclinó hacia ella—. He observado que hay matrimonios sin hijos en los que la pareja lo son todo el uno para el otro, todo. Representan a los niños ausentes, aman al niño que hay en el otro, tienen una capacidad para el juego y la inocencia que a menudo, según he notado, desaparecen en relaciones más fecundas. Aunque también pueden ser, por utilizar la expresión de Blake, «experimentados» el uno con el otro y desinhibidos ante cualquier presencia ajena... —A Olive no se le ocurrió ninguna respuesta rápida. Herbert Methley prosiguió—: No es del todo cierto que no tenga hijos en mi matrimonio. Siento que puedo confiar en usted, señora Wellwood, como todos los buenos escritores, permite usted que su yo privado aparezca en público, y sé que es usted inteligente y amable. Yo no tengo hijos. Mi mujer tiene tres hijas. Estuvo casada con... un vicario de Batley, felizmente casada, pero inconsciente. Vivía en un mundo ideal de buenas obras y vestidos bonitos. Nos conocimos y tratamos de negar durante dos años lo que nos había ocurrido. Ella enfermó. Yo no podía escribir. Sufrió una misteriosa fatiga, apenas se tenía en pie y no podía andar. Fui a decirle que me iba de Batley..., pensé en emigrar a Canadá, la tomé de la mano y los dos vimos, como si fuéramos uno, que no podría marcharme, al menos solo, nunca más. Así que se vino conmigo, y vivimos felices aquí, y somos, como le he dicho, todo el uno para el otro. Casi nunca le contamos esto a nadie. Su marido se niega a concederle el divorcio. O a permitirle ver a sus hijas, y tal vez tenga razón: ha escogido otro modo de vida, y cada paso atrás hacia su vida anterior sería doloroso, muy doloroso.

Dos o tres días más tarde, Herbert Methley fue solo a la casa del párroco. Encontró a Olive en el huerto, sentada ante una mesita plegable, escribiendo. Llevaba un sencillo sombrero de paja y un vestido suelto de color azul plomo, parecido al

delantal de su hija. Se plantó relajadamente ante ella, su cuerpo siempre daba la impresión de sentirse cómodo, aunque su voz no lo pareciera.

—No pretendo molestarla, mi querida señora Wellwood. Nadie conoce mejor que yo el horror, esa sensación que hace que se le hiele a uno la sangre en las venas, de que alguien interrumpa el flujo de la escritura. Tan solo he venido a traerle un pequeño obsequio, aquí lo tiene, me he tomado la libertad de dedicárselo..., tal vez sea mi mejor obra..., pero es a usted a quien le corresponde juzgar.

Le entregó un libro envuelto en papel y se marchó. A Olive le conmovió. Casi nadie sabía lo doloroso que resulta que alguien quiebre el hilo de las frases de tinta. Era un hombre considerado.

El libro era *Hijas de hombres*, de Herbert Methley. Dentro, había escrito: «Para Olive Wellwood, una mujer inteligente y una escritora dotada. De su buen amigo, Herbert Methley».

Olive terminó de escribir, y empezó a leer *Hijas de hombres*, mientras descansaba tumbada en la hamaca después de comer.

Trataba de un joven de provincias a quien le gustaban las mujeres. Empezaba subrayando que muy pocos hombres admiten que les gusten las mujeres, en plural. Un buen hombre debería estar buscando a La Mujer que será la compañera de su alma, pero ¿cómo va a reconocerla si no explora, compara e investiga lo que son las mujeres?

La primera parte de la novela detallaba las relaciones del protagonista con varias jóvenes, compañeras de clase en el colegio, chicas que cantaban en el coro de la iglesia, muchachas como auténticas dríadas a las que conocía cuando paseaba por los bosques en busca de paz y tranquilidad, chicas misteriosas ocultas detrás de mostradores de mercerías. Se llamaba Roger Thomas. Las descripciones de sus relaciones con las chicas estaban en clave, pero de algún modo lograba transmitir la naturaleza y variedad de una extensa experimentación sexual. Había suficiente piel y electricidad, manos que se aferraban a enaguas, largos cuellos jóvenes y ojos que viajaban hacia abajo, o piernas jóvenes y encantadoras que ascendían desde un par de tobillos finos. También había cabellos, negros y rizados como las moras silvestres, marrones y brillantes como las castañas o pálidos como el lino. Hacia la mitad del libro Roger Thomas reparaba en una mujer melancólica, una mujer casada, la encantadora y joven esposa del director del colegio. Sentía su mirada inteligente clavada en su nuca. Empezaba a temer lo que ella pudiera opinar de sus escauceos inocentes y no tan inocentes. En esa época Roger era profesor en prácticas. Los dos se sentaban en la mesa de la cocina y escribían listas de alumnos y ordenaban papeles. Hasta que, un día, ella levantó la mano, sin soltar la pluma, y siguió el contorno de su boca con los dedos.

Se hicieron amantes. Yacían trágicamente entre los brazos del otro sobre mantas

en los bosques, en la alfombra, enfrente del rojo resplandor de la estufa, en su habitación alquilada. Planeaban un fin de semana clandestino en una posada, y se amaban con abandono, lamentando cada momento al mismo tiempo que lo disfrutaban. Se suponía que era una apasionada despedida al pecado, pero la historia terminaba igual que la historia que le había contado Methley a propósito de sus relaciones con Phoebe.

Olive pensó que debía de ser autobiográfica. Pensó también que a Herbert Methley se le daba muy bien escribir acerca de la carne y sus estremecimientos, y le sorprendió que el lord chambelán no hubiera prohibido el libro o que no lo hubiese requisado la policía. Le interesó el modo en que las descripciones sexuales incitaban estremecimientos sexuales en el lector..., en este caso en ella misma. «La palabra hecha carne», musitó para sí, entre divertida e irritada. Sabía que él había querido causarle esa impresión. Pero su respuesta se confundía con la imagen de Phoebe Methley, cuyo rostro sensato y cuerpo de carne y hueso se interponían entre Olive la lectora y su entrada en el universo del libro. No se le quitaban de la cabeza los nudillos algo grandes de Phoebe, las incipientes arrugas de su cuello, la forma leve de su tripa y sus pechos en el traje de baño.

¿Qué quería hacerle sentir Methley? Pensó en la relación entre lectores y escritores. El escritor obraba un encantamiento, convocaba al lector a entrar en el círculo mágico del universo del libro. Con palabras sutiles, el escritor encandilaba a un lector para hacerle sentir el cosquilleo de su piel, de sus labios abiertos y de la sangre al correr por sus venas. Pero el escritor hacía todo eso a condición de que el lector estuviese a solas con el papel impreso y la cubierta. ¿Qué debía sentir uno — qué debía sentir ella— cuando en lugar de los evanescentes personajes del papel tenía delante a los originales en carne y hueso y vestidos con ropa mucho más prosaica? Una chaqueta rojiza de tweed, una falda descolorida de algodón con flores azules, y una cinturilla elástica con una caída extraña.

Herbert Methley fue a verla y se sentó a su lado en la playa unos días después. Tom, Charles y Geraint estaban bañándose. Las niñas andaban descalzas por la orilla con sus trajes de baño. Julian estaba leyendo un libro. Methley le preguntó a Olive:

—¿Ha leído mi libro?

—Con gran interés —dijo Olive, sustituyendo la palabra «placer» por «interés» en el último momento.

—Es usted una lectora muy aguda. Habrá notado que hay partes sacadas de la vida real. Más de lo que es normal en mi obra. Quería que lo leyera para que me conociese.

—¡Ah! —dijo Olive bajando la mirada—. Él puso la mano sobre la suya, en la arena. Apretó un poco. Ella no la apartó.

—Un amor así..., una historia de tanto..., tanto dolor, y tanta satisfacción..., es

algo sagrado. Cambia a un hombre por completo. Igual que Roger en el libro, antes me tomaba a mí mismo a la ligera, me consumía lo que ahora me parece una curiosidad normal y muy extendida sobre los sentimientos sexuales. Pero una vez que un hombre se ha entregado... y se han hecho ciertos sacrificios..., no hay lugar para...

Olive pensó, de manera un tanto desabrida, «no me hacen falta advertencias». Se soltó la mano y se compuso el peinado. Era probable, claro, que no la estuviera advirtiendo, sino amonestándose a sí mismo contra sus propias inclinaciones, que parecía conocer muy bien. Observó tímidamente, con una sonrisita, que tenía mucha razón en lo que decía y que sus palabras le honraban. Pensó para sus adentros que aquel tipo de conversación era mucho más perturbadora que la devoción de Toby, o la cortesía de Prosper. Se alegraría cuando volviese Humphry de dondequiera que estuviese...; le había dicho que iba a Leeds, pero podía muy bien tratarse de Manchester.

Olive Wellwood tenía treinta y ocho años. Procedía de una clase social en la que muchas mujeres, tal vez la mayoría, no vivían muchos más, y en la que eran conscientes de la disminución de sus fuerzas y de la amenaza real de la muerte. Y, sin embargo, ahí estaba en el mágico jardín de Inglaterra, con un cuerpo atractivo y un rostro que era, en su opinión, más interesante, definido... y, sí, sin duda, más hermoso que cuando era una jovencita inexperta. Y por todas partes flotaban telarañas de atracción sexual que rozaban su piel como semillas de diente de león con sus blancos parasoles, como el ozono que llegaba flotando del mar. Aquel todavía era su tiempo, pensó mirando hacia el canal y a los niños, y a Toby que daba saltos con ellos, y a Violet instalada con la niñera junto al cochecito, y a Prosper que se acercaba a grandes zancadas con un elegante sombrero panamá. Los niños eran niños, gracias a Dios, todavía sin formar. Aunque observó que Herbert Methley había apartado su atención de ella y estaba mirando con expresión complacida el grupo de niñas, la pálida y elegante Griselda, la ágil y morena Dorothy, la soñolienta Pomona y la tímida Imogen, la bella Phyllis y la correcta Florence, la única en quien se distinguía una sombra de la futura mujer. «¿Verdad que son encantadoras?», le dijo a Methley, quien la miró fijamente, sonrió con complicidad y asintió.

Los chicos estaban saliendo del agua hacia la arena. Eran como tritones, pensó Olive. Relucientes criaturas de las profundidades, que se bañaban y adoptaban forma humana. El desgreñado Geraint, el siempre preciso y medurado Charles y, detrás de ellos, cabalgando en la cresta de una ola y luego de pie con el agua hasta el muslo y el cabello empapado y chorreante, Tom. No parecía muy deseoso de salir. Se agachó y agitó la superficie del agua con los brazos dorados. Era la criatura más hermosa que había visto nunca. Era mediodía. El sol brillaba en lo alto e iluminaba directamente a su niño reluciente, que no se reflejaba en la superficie del mar, que él mismo acababa

de deshacer en partículas brillantes, miríadas de oblicuos fragmentos cristalinos, un mosaico de superficies, igual que había miríadas de gotas de agua que capturaban la luz y formaban un arco iris en torno a sus hombros y su largo cabello. Olive vio que tenía el cuerpo cubierto de un fino vello dorado. Pelillos dorados lo bastante largos para enredarse y formar goteantes diseños en su pecho y sus piernas. Vio —por efecto de las semillas de diente de león y el ozono— que su fino miembro (no tenía palabra familiar para designarlo) estaba medio erguido hacia su estómago. Amaba a Tom. No podía retenerlo a su lado. Tom la amaba..., este también seguía siendo su tiempo con él..., pero se marcharía y lo cambiarían.

Empezó a inventar cosas en el otro mundo. La reina en el calvero del bosque, montada en el caballo que tenía cincuenta y nueve campanillas de plata en el copete de la crin..., fuese lo que fuese eso. La mujer y el muchacho en el claro. Un cuento. Sonrió, segura en la distancia, y Herbert Methley se preguntó por qué estaría sonriendo, y como es lógico lo malinterpretó.

Dorothy fue al taller del alfarero para ver cómo estaba Philip.

Estaba sentado en el torno, con las manos húmedas en el interior de la móvil y creciente pared de una vasija. Dorothy se quedó en el umbral y lo observó. Rozó la punta de sus dedos con los dedos de la otra mano y trató de imaginar en su propia piel lo que se sentiría. Era algo preciso y extraordinario. Philip dejó de dar vueltas, remató el borde, suavizó los lados con un listón de madera, y levantó el plato del torno. Le dijo a Dorothy «Hola», sin volverse. Ella no estaba del todo segura de que se hubiese percatado de su presencia. Philip añadió:

—¿Te apetece hacer una vasija? —Dorothy respondió que sí. Él le buscó un mandil y le cedió su sitio en el torno. Cogió una bola de arcilla, la estampó contra el torno y se la centró—. Ahora apriétala, así, con las dos manos..., utiliza los pulgares..., y siente cómo sube.

Dorothy presionó. La arcilla estaba húmeda, resbaladiza e inerte. Sin embargo tenía un movimiento propio, una respuesta, una especie de vida. El torno giró, la arcilla giró, Dorothy dejó los dedos rígidos dentro del cilindro rojizo que se alzó con las paredes cada vez más delgadas, al compás de las vueltas. Estaba encantada. Y luego, de pronto, algo fue mal: el ritmo decayó, las paredes de arcilla se plegaron, se deslizaron y se derrumbaron hacia el centro, y donde había habido antes un tubo, quedó solo una masa que se agitaba informe. Dorothy se volvió hacia Philip para preguntarle qué había hecho mal. Se reía y lloraba al mismo tiempo. Philip se reía. «Siempre pasa», dijo. Cogió la arcilla en la mano para moldearla, y, en ese momento, Elsie entró del almacén con algo en la mano y, sin reparar en la presencia de Dorothy, se lo mostró a Philip.

—Mira lo que he encontrado. ¿Habías visto alguna vez algo parecido?

Luego vio a Dorothy y se ruborizó hasta ponerse de color granate. Dorothy se



preguntó por qué la habría asustado tanto: aunque no mucho, las dos se conocían..., y luego empezó a comprender qué era lo que tenía en la mano. Philip se había dado cuenta en el acto, y la sangre también había acudido a su rostro.

—Estaba en una caja, al fondo de una especie de agujero —dijo Elsie.

Era blanco y brillante. Era un modelo, esmaltado uniformemente, a una escala mayor que en la vida real, y con todos los detalles, de un pene erecto con sus testículos, en el que brillaban hasta la última arruga, pliegue y superficie glabra.

—Yo no lo he hecho —dijo Philip.

—No lo había pensado —dijo su hermana. Luego se dirigió a Dorothy—: Lo siento. —No estaba segura de si podía tutearla o no.

Dorothy se adelantó, con las manos cubiertas de barro húmedo.

—¿Puedo verlo? Voy a estudiar anatomía. ¿Crees que es para emplearlo en los hospitales?

—No —respondió Philip—. Creo..., creo que es un objeto fálico. —Había aprendido esa palabra de la conversación con Benedict Fludd. Ninguna de las otras dos sabían lo que significaba—. Una especie de objeto religioso —dijo Philip entre avergonzado y al borde de soltar una carcajada histérica.

Dorothy cogió el falo y lo blandió. Dijo: «Es muy grande», y empezó a reír también de forma incontrolable. Elsie se unió a las carcajadas.

—¿Vosotros creéis..., creéis —preguntó Dorothy— que es un autorretrato, por así decirlo? —Había dejado unas marcas de barro donde lo había sujetado—. Tendrás que lavarlo —le dijo a Elsie, y volvió a echarse a reír.

—Dámelo —dijo Philip—. Lo pondré debajo del grifo. Y luego Elsie lo dejará donde lo encontró.

Sus dedos reconocieron lo bien que estaba hecho, cómo lo habían sentido los dedos de su creador, y siguieron sus venas hinchadas.

Cuando dejaron de reír, no sabían qué decirse, y sin embargo se sentían muy cercanos. Dorothy dijo que tenía que marcharse. Preguntó si Philip querría darle otra clase. Le preguntó a Elsie, con una voz todavía convulsa por las risas, si también hacía vasijas.

—Sí —dijo Elsie—. Pequeñitas, cuando no me ve nadie. Me gustan delgadas y pequeñas.

—Nunca me lo habías dicho —exclamó Philip.

—Nunca me lo habías preguntado —respondió Elsie.

**O**live reescribió, una vez más, el principio de la historia de Tom.

### **Tom bajo tierra**

*Resulta curioso que, mientras el joven príncipe fue un niño de naturaleza luminosa y unas dosis normales de curiosidad y travesura infantiles, la ausencia de su sombra pareciera divertir y agradar más a quienes reparaban en ella que causarles ninguna alarma. Sin embargo, a medida que se fue haciendo mayor, y empezaron a aparecer los primeros indicios de que pronto dejaría la infancia atrás, su familia y los cortesanos empezaron a murmurar cuando creían que no les escuchaba, y a consultar, sin que él lo supiera, con los sabios del reino sobre el posible significado de aquella singularidad. Empezaron a cubrir los espejos de las habitaciones donde él estaba, como si temieran que pudiera reparar en aquella ausencia, al menos parcial. El muchacho veía las sombras de los demás, y las estudiaba con detenimiento cuando las arrojaban en los patios, o quedaban suspendidas de las paredes, donde se extendían y contraían como entidades intangibles de forma humana. No veía su sombra, y durante un tiempo dio por sentado que nadie veía su propia sombra, sino tan solo las de los demás. Luego reparó en una niña que jugaba a que su sombra trepara por un muro, y hacía sombras chinescas y conejitos poniendo los dedos delante de la luz. En sus dedos no había conejos ni dragones, y, si los había, eran invisibles. No sabía a quién preguntarle por su problema. Y tuvo la sensación de que sus padres le habrían hablado, si hubiesen querido o podido.*

*Adquirió la costumbre de dar largos paseos por los terrenos del palacio, que eran muy extensos. No tenía permiso para ir más allá de las puertas, por miedo a que lo secuestraran forajidos o conspiradores extranjeros. Pero había bosquecillos intramuros y unos claros casi silvestres, y podía dar largas cabalgadas bajo los árboles. Cayó en la cuenta de que, cada vez con más frecuencia, salía cuando el tiempo estaba gris, y todo tenía el mismo color de las sombras, o a mediodía los días luminosos, cuando nada arrojaba sombra bajo el sol.*

*Tenía un sitio favorito, un pequeño montículo rodeado de abedules donde le gustaba ir a sentarse y observar a los atareados insectos mientras entraban y salían de sus agujeros del suelo, o a leer un libro, o a contemplar el cielo a través del follaje. En su imaginación, se decía que era un lugar mágico, y siempre tenía la sensación de que allí el aire poseía una cualidad diferente y estaba lleno de chispas y*

agitación en el silencio.

*Había un banco de piedra, pero no se sentaba nunca en él, sino en la hierba, que estaba tibia en verano y fría en otoño.*

*A veces se quedaba adormilado. Debió de quedarse adormilado, porque reparó en que tenía los ojos cerrados y oyó el tenue sonido de unas campanitas que tintineaban, un sinfín de campanillas diminutas, como si los árboles estuviesen llenos de ellas. Y también oyó una especie de revoloteo, como si un pájaro enorme se hubiese posado en el claro. Se resistió a abrir los ojos. Las campanillas dejaron de sonar, y tuvo la sensación de que debía alzar la mirada o el tiempo se detendría.*

*En medio del claro, donde antes no había nadie, vio a una dama muy elegante montada en un caballo blanco. El caballo era suave y plateado: tenía cascos de color marfil y el cuello orgullosamente arqueado, con una espesa crin en la que había entretejidas miríadas de minúsculas campanillas de plata, con hilos carmesíes, que brillaban al sol como gotas de agua, y sonaban cuando el caballo movía la cabeza o se volvía para mirar a Thomas. La silla era de cuero carmesí, y la amplia falda de su jinete era de terciopelo verde como la hierba y brillaba como un prado cubierto de pasto que resplandeciera bajo la luz del sol. Calzaba unas elegantes botas de cuero verde y unas espuelas de plata, Thomas levantó la vista y miró por fin su rostro, que le pareció lo más hermoso que había visto jamás. Era bello y pálido con los pómulos bien marcados y una boca de labios finos. La dama tenía una mata de cabellos dorados, recogida con una redecilla plateada por debajo de un espléndido sombrero con una pluma verde de algún pájaro que él no había visto ni imaginado nunca. Los largos dedos enguantados empuñaban una pequeña fusta con el mango de marfil y el pomo de plata. Sus ojos eran verdes. Verdes como los de un enorme gato vigilante y distintos de los de cualquier hombre o mujer a quien él hubiese conocido. No parecía ni bondadosa ni malvada, y se le ocurrió que tal vez no pudiese verlo, quizá perteneciese a un mundo que se hubiese materializado brevemente en el suyo. Reparó entonces en que ni ella ni su precioso caballo arrojaban sombra alguna. Las campanillas y el reluciente pelaje del caballo, así como el cabello de la dama y su falda de terciopelo, centelleaban por doquier, pero no arrojaban sombra.*

*Ella lo miró y esbozó una sonrisa, ni malvada ni bondadosa. Thomas se incorporó, hizo una pequeña reverencia, y se plantó sin arrojar ninguna sombra junto a aquella pareja sin sombra. Quiso decir algo como «Saludos» o «Mi señora», pero dijo:*

*—No tenéis sombra.*

*Cayó en la cuenta de que era la primera vez que sus labios pronunciaban aquella palabra.*

*—Soy un elfo —dijo la dama. Su voz era como fragmentos de hielo fino en el*

viento, como las campanillas de plata en la crin del caballo—. Soy la reina de los elfos y los elfos no tenemos sombra. Tú eres Thomas el Sincero, un humano, y deberías tener una, pero no la tienes.

—Al principio parecía no tener importancia —respondió Thomas—. Una curiosidad. Pero ahora resulta muy extraño.

—Sin embargo, no naciste sin sombra —le explicó la reina de los elfos—. Te la robó en la cuna una rata enorme, que la recortó con sus dientes afilados y se la llevó a su ratonera. En todas partes hay ratoneras, incluso en los palacios, y todas conducen bajo tierra, al mundo de las sombras, donde la reina de los elfos oscuros las usa para tejer redes con las que atrapar a los mortales y a otros seres. Tu sombra está plegada en un baúl en su mansión oscura, donde la llevó la rata corriendo por túneles y pasadizos, sujetándola suavemente entre los dientes. Es su amiga y su sirviente. Pueden usar una sombra humana para atrapar al hombre o la mujer a quien pertenece, para atraerlos a la oscuridad y manejarlos a voluntad. Cuando seas rey, podrán gobernar todo tu reino, manipulando tu sombra desde las sombras. Poco a poco, arrastrarán a todo el país hacia las sombras y lo apartarán del sol.

—Parece que sea culpa mía, pero no he hecho nada —gritó Thomas.

—Es posible hacer daño sin actuar ni tener la voluntad de hacerlo. Pero la voluntad y nuestros actos pueden impedir el daño.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó Thomas, pues comprendió claramente que la reina de los elfos había ido allí a pedirle algo.

—No pueden hacer nada hasta que tú, y la sombra, seáis hombres y no muchachos. Así que tendrás que ir bajo tierra, ahora, cuando todavía eres un muchacho y la sombra resulta inofensiva, encontrarla y devolverla a la superficie.

—¿Y cómo voy a hacerlo?

—Te acompañaré parte del camino. Tendrás que montar a mi grupa.

—No estoy preparado —dijo Thomas, pensando en su vida en el palacio, en las cosas que dejaba en su habitación, sus libros y sus juguetes, en la preocupación de su padre y de su madre y en su vieja niñera.

—Lo estás ahora más que nunca —dijo la reina de los elfos inclinándose y tendiéndole la mano que sostenía la fusta. Thomas temió, pues aunque fuese noble y sincero también era un chico despierto, que pudiera ser una fuerza maligna que hubiese ido allí a hacerle daño—. Si no confías en mí, este será el peor día de tu vida —le advirtió ella, y Thomas tuvo la sensación en su interior de que decía la verdad. Así que alargó el brazo, se agarró a su mano, que era fría y seca, y subió de un salto a la silla detrás de ella, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cara contra el vestido de terciopelo—. Ahora —dijo ella—, cabalgaremos con el viento hacia las tierras baldías.

Y el caballo bajó de un salto del montículo y se dirigió como un viento (hay

animales que se mueven como el viento) hacia los altos muros que rodeaban el palacio. Allí se detuvo un instante, se alzó sobre las patas traseras, saltó y pasó muy por encima del muro, con la capa verde ondeando en el aire y el viento en el cabello de Thomas.

Se alejaron a todo galope a través de aquel reino, por tierras extrañas, y se detuvieron un rato junto a la puerta de un huerto. La reina de los elfos advirtió a Thomas que no debía coger las frutas que colgaban tentadoras de las ramas, porque aunque parecían buenas eran malas y lo envenenarían. A cambio le dio un pastel blanquecino de un zurrón que llevaba enganchado al pomo de la silla y una botella de agua clara para beber. Y el cielo empezó a oscurecerse no como lo hacía en casa, sino como si lo hubiesen cubierto con una cortina, o estuviesen entrando en una cueva invisible.

—Esta es la frontera del país de los elfos —dijo la reina—. Es un país sin sombra por donde viajan los que no tienen sombra.

Las rocas y la hierba eran grises, el riachuelo que corría junto al camino era gris, y los setos junto a los que pasaron eran grises, gris rata, gris sombra, y se oía una especie de susurro y un estruendo como el de las olas en la playa. La corriente gris corría sobre los guijarros grises y rompía formando pequeñas crestas de espuma gris. La falda de la dama seguía siendo verde y el pelaje del caballo todavía era de un fantasmal color blanco, y las manos de Thomas seguían siendo rosadas por la sangre humana que circulaba bajo su piel.

El río desembocaba en una costa de cantos rodados, donde la marea se alzaba y caía en silencio entre ondulaciones grises y rosadas. Thomas no alcanzó a ver el otro lado del agua, cuya superficie brillaba interminable ante sus ojos, pero pudo ver que no era gris, sino roja, como la sangre, o tal vez fuese sangre. No había ni sol ni luna en aquel dosel constantemente pizarroso que tenían sobre sus cabezas. El caballo se metió sin dudarle en la sangrienta marea y siguió adelante, alzando con delicadeza los orgullosos cascos. Pronto le llegó por la rodilla y a veces por el pecho. Y Thomas vio que la sangre parecía manchar su pelaje blanco, aunque luego goteaba por la cerneja y los cascos plateados sin dejar huella. Thomas tuvo la impresión de pasar así no horas, ni días, sino semanas, con el rugido del agua en sus oídos y las olas grises y carmesíes extendiéndose ante sus ojos.

Por fin llegaron a otra orilla (de lo contrario no habría historia que contar) y, cuando el caballo pisó sobre la arena, esta brilló dorada y Thomas contempló una playa alargada con acantilados de creta blanca, cubiertos de hierba verde, sobre los cuales daban vueltas y chillaban las gaviotas, y unas cuantas ovejas lanudas que hacían equilibrios al borde del acantilado y mordisqueaban los arbustos que allí crecían. Las paredes de los acantilados estaban horadadas de cuevas, de las que manaban riachuelos que trazaban su curso en la arena serpenteando entre los

guijarros. Thomas volvió la vista atrás y allí, al otro lado del mar, vio una línea roja que era la orilla del mar de sangre y un muro, como de espuma, que era el confín del mundo grisáceo, más allá del cual no se veía nada.

—Este es mi país —dijo la reina de los elfos, desmontando y ayudando a bajar a Thomas—. Aquí debemos separarnos, pues aunque vivo debajo de la montaña, no puedo acompañarte bajo tierra, que es donde debes ir ahora. Te daré el zurrón de comida, y la botella de agua que mandé llenar en la fuente de mi jardín, donde espero volver a verte con el tiempo. La entrada, o al menos una de las entradas, pues hay muchas, está en aquella cueva del centro que ves entre otras dos en la pared del acantilado. Tendrás que abrirte camino en tu descenso hasta el lugar donde te esperan la rata y los elfos oscuros. El camino es largo, tendrás que andar, saltar, trepar y gatear. Los túneles están poblados por toda clase de criaturas, humanas e inhumanas, algunas viejas, otras muy jóvenes, y otras desaparecidas. Encontrarás compañeros que te ayudarán, o eso espero, pero también criaturas salvajes y peligrosas, unas enviadas por Ella y otras que no sirven a nadie y nada tienen que ver con elfos, ratas o sombras. Harás bien en viajar acompañado, pero deberás escoger muy bien con quién lo haces, pues ahí abajo hay criaturas malvadas que parecen amistosas y razonables a primera vista.

»Tengo tres regalos para ti. El primero es una luz que brillará en la oscuridad: son luciérnagas élficas metidas en un cristal, que darán vueltas y lo iluminarán todo si las agitas y les murmuras las palabras “luz alfer”. Te aconsejo que no le digas a nadie que tienes este cristal, ni ninguna de las otras cosas. El segundo es un mapa un tanto impreciso de los túneles que llevan a la corte oscura. Lo hicieron elfos luminosos, muchos de los cuales perecieron en los pasadizos, e ignoramos, pues no ha sobrevivido nadie que lo sepa, hasta qué punto es exacto, o cuántos de los túneles principales no están descritos en él. Si puedes apuntar en qué se equivoca y cuándo resulta de utilidad, los siguientes viajeros te lo agradecerán.

»El tercer regalo es algo que no alcanzo a comprender del todo. Es una cajita de latón en cuyo interior hay suspendida, no sabemos cómo, ni en virtud de qué ley física o mágica, una aguja de cristal que da vueltas e indica el camino hacia el centro. Se dice también que emana una luz extraña, azul como una genciana, cuando está cerca de Ella, pero eso no puedo garantizártelo. ¿Tienes una pregunta?

—¿Una? Tengo miles.

—Solo hay tiempo para una. Debes partir cuanto antes, sin mirar atrás, antes de que suba la marea e impida el acceso a la cueva.

—¿Qué es lo peor que puedo encontrar ahí abajo?

—¿Lo peor? La reina de los elfos oscuros y la rata gigante son malos. Pero lo peor puede ser tu propia sombra, cuando la veas, si es que la reconoces.

—Eso es malo, teniendo en cuenta que tengo que buscarla.

—*Lo es. Apresúrate ahora y ve con cuidado.*

**E**n septiembre de 1896, Tom se puso su impresionante uniforme nuevo, y subió al tren, en King's Cross, junto a una multitud de chicos de Marlowe. La familia — Olive, Dorothy, Phyllis, Hedda y Violet, que llevaba en brazos al bebé Harry— había ido a despedirlo, y él reparó enseguida en que hacían que se sintiera avergonzado. Eran demasiadas, demasiado ruidosas, demasiado femeninas, demasiado nerviosas. La belleza de su madre la hacía destacar de un modo inapropiado y el desaliño de Dorothy la hacía destacar de otro modo también inapropiado. Habían discutido mucho sobre cuánto cortarle el pelo a Tom. Se lo habían cortado una vez y el primo Charles había opinado que no era suficiente y que lo considerarían afeminado, y ahora lo llevaba casi al cero, así que se sentía desnudo y se veía como un criminal condenado. Llevaba una gorra, cosida en segmentos de fieltro dorado y de color vino, con una borla y un ala absurda y estrecha, que hacía que su precioso rostro pareciera ahuevado. Vestía una chaqueta, del mismo color vino, con un unicornio bordado en el bolsillo de la pechera. Igual que a todos los nuevos, no se le permitía abotonarse aquella prenda, ni meterse las manos en los bolsillos. Llevaba una corbata de color vino con unicornios, que podría cambiar por una corbata de punto pasados dos años, y por una pajarita cuando cumpliera los dieciocho. Tenía un cuello rígido y redondeado, que debía llevar abotonado —más adelante, podría llevarlo desabrochado, y aún más tarde podría vestir una camisa con cuello de punta, como un hombre—. Su madre dijo que pensaba que la presencia de los imaginarios unicornios podía ser una señal de imaginación. Tom no opinaba igual. Cuando subió al tren, Hedda empezó a llorar y tuvieron que llevársela.

Así partió hacia el norte. Marlowe estaba en los valles de Yorkshire, justo a las afueras de una ciudad no muy grande llamada Fosters. Era horrible, construido con imponentes y opresivas losas de piedra gris, con toda clase de anacrónicos torreones y puertas con rastrillo. Tom vio a Julian Cain y lo llamó desde el otro lado de un patio. Julian se le acercó andando sin prisa —los muchachos cultivaban una especie de paso elástico y zorruno— y le dijo en voz baja que no debía volver a emplear jamás su nombre de pila, y tampoco debía hablar a los mayores a menos que ellos se dirigieran a él. Tom preguntó cómo iba a saber todo aquello. Y Julian respondió que lo aprendería deprisa o tendría que vérselas con los «arqueros». Los chicos que en Eton habrían sido «prefectos» y «novatos», en Marlowe eran «arqueros» y «dianas». Julian preguntó en qué casa estaba Tom y supo que estaba en Jonson House —las casas tenían nombres de dramaturgos del siglo xvii, los herederos de Marlowe,



Dekker y Jonson, Middleton y Ford, Webster y Turner (la forma anglicanizada de Tourneur). Tom dijo que iba a ser diana de Hunter, el arquero jefe de Jonson, un chico rubio y musculoso con un rostro que parecía tallado a cuchillo. Era el capitán del segundo equipo y remaba en el bote de Jonson. A Tom le había producido muy mala impresión, pero no se atrevió a preguntarle a Julian cómo era, por miedo a quebrantar algún complicado tabú. Julian sabía cómo era, pero no se atrevió a decírselo a Tom. Pronto tendría ocasión de descubrirlo. Julian estaba en Ford House, cuyo arquero jefe era un muchacho amable llamado Jebb, que era el mejor lanzador de todo el colegio, y por lo tanto no tenía nada que demostrar. Julian miró lo que habían hecho con la belleza de Tom, al embutirlo en aquella chaqueta y encasquetarle aquella gorra, y vio que seguía destacando. Su nuca rapada era elegante y vulnerable. Para un diana de Hunter, eso presagiaba toda clase de horrores. Julian habría querido advertirle: «Apártate de Hunter, no te cruces en su camino». La boca inocente de Tom era perfecta.

—Tengo tanto que aprender, y nadie me dice qué —dijo.

—Te lo meterán en la cabeza —dijo Julian—. Igual que antes se lo metieron a ellos.

Julian, a sus dieciséis años, compartía un estudio con otros dos chicos. Tom, como novato, no disfrutaba de ninguna intimidad. Ni siquiera en los lavabos, donde los chicos estaban de pie o se sentaban en un banco con agujeros a distancias regulares y observaban con disimulo o abiertamente las partes pudendas de los demás. Tampoco en el dormitorio, donde yacía a medio metro de un chico llamado Hodges y otro llamado Merkel, que despedían el mismo acre aroma de queso que impregnaba todo el colegio. Hodges le preguntó si prefería tocar o que le tocaran, y Tom se puso furioso y respondió que ni una cosa ni la otra. Por supuesto, lo estaba tocando Hunter, que tenía un grupo de acólitos, miembros del equipo de rugby, que jugaban a las prendas con las dianas recién llegadas y les iban despojando de sus prendas, una por una, a medida que los interrogaban sobre el misterioso código del colegio. «¿Cómo se llama uno que hace la pelota a los arqueros?» «Un inútil asqueroso», respondió Tom, que sabía esa respuesta. Pero siguieron hasta encontrar cosas que ignoraba: que nunca hay que decir «beicon con huevos», sino siempre «cerdo y cáscaras», que no se debe decir «deberes», sino «papel higiénico»; ¿qué se debe hacer cuando te pegan? Dar las gracias, porque es por tu bien, de lo contrario te pegarán mucho más. Le quitaron los calzoncillos antes que los zapatos y los calcetines, y todos lo toquetearon, uno tras otro. El código de esos sitios insiste en que es bajo y deshonesto contarle a alguien esas cosas. Tom no lo hizo. Se topó con Julian en una carrera campo a través por los valles, y pensó en hablarle. Pero lo miró y comprendió que sabía lo que estaba pasando y que, al igual que todo el mundo, esperaba que lo soportase con una sonrisa.

Las cartas que enviaba a casa decían que se estaba adaptando, y que tenía que desempeñar varias tareas, como hacer la cama de los arqueros y llevarles golosinas de la tienda. Se ponía en la piel de un niño pequeño, estúpido y sin imaginación, y escribía lo que suponía que escribiría un niño así. Humphry observó que sus cartas eran un poco ramplonas, para tratarse de un niño cuyos padres eran escritores, y Olive respondió que estaba segura de que era solo una especie de camuflaje para protegerse, a los niños en la escuela no se les enseñaba a mostrar sus sentimientos. Al final siempre escribía: «Gracias, mamá, por enviarme el cuento. Supone mucho para mí».

Teniendo en cuenta que en la casa había otros seis niños, aparte de Humphry, por supuesto, Olive echaba muchísimo de menos a Tom. Su hijo tenía mucho que ver con su capacidad de escribir buenas historias y no solo obras mediocres pensadas para ganar dinero..., y lo echaba en falta. No era exactamente su público ni una musa, pero sí quien infundía vida a sus historias. Siguió escribiendo compulsivamente para él *Tom bajo tierra*. Esperaba que no le importara que hubiese cambiado el nombre del protagonista de Lancelin a Tom. Los escritores a veces no tienen mucho control sobre los nombres. Tom bajo tierra no actuaría ni pensaría igual sin su verdadero nombre. La trama se bifurcaba en toda suerte de entretenidas y terroríficas complicaciones a medida que Tom se abría paso hacia abajo, a lo largo de rumorosos ríos subterráneos y de cornisas que discurrían al borde de abismales chimeneas cuyo fondo no podía verse ni oírse: si dejabas caer una piedra el eco no devolvía el menor ruido. En ocasiones, pasaba por cavernas iluminadas por relucientes joyas incrustadas, que algún desconocido había pulido y tallado en la roca. A veces, en la distancia, se oían sonidos de actividad: criaturas con bigotes, que podían ser ratas, o animales más grandes, ruedas de carretillas que giraban en galerías adyacentes, gente que pasaba y grupos de trasgos y salamandras de quienes Tom se escondía en alguna grieta asustado de sus extraños rostros oscuros y sus uñas sucias y puntiagudas.

Siguió pasando el tiempo y las cartas breves y estólicas de Tom continuaron llegando. «Gracias, madre, por el delicioso pastel de fruta, que los arqueros apreciaron mucho. ¿Puedes enviarme más pastel de melaza?, al arquero jefe le encanta. (Y a mí también, cuando me dan un poco.) Ayer fuimos a correr campo a través por los valles, junto a un arroyo truchero. El tiempo estaba lluvioso y acabamos empapados y cubiertos de barro, pero fue agradable estar al aire libre y al llegar el tercero conseguí una marca notable. Estoy tratando de aprender a jugar mejor al rugby y tengo un montón de moratones que dan fe de mis esfuerzos. El mayor de los hermanos Fawcett afirma que soy buen corredor, aunque carezco de sentido de la estrategia. Tendré que mejorarlo. Gracias por enviarme el cuento. Supone mucho para mí. Tu hijo que te quiere, Tom.»

El cuento era un motivo de vergüenza. ¿Cómo puede un niño pequeño, al que se ha privado deliberadamente de pronto de su intimidad, leer docenas de hojas de papel mecanografiadas sin llamar la atención? ¿Cómo y dónde ocultarse? El cuento era una necesidad para él. El Tom que leía *Tom bajo tierra* era real. El Tom que trataba de evitar a Hunter, que entonaba las declinaciones, que limpiaba los lavabos y escuchaba chistes verdes era un simulacro, un muñeco de cuerda con aspecto de colegial.

Se ocultó bajo tierra. El colegio se calentaba con un rugiente y tembloroso sistema de radiadores de carbón. Abajo había carboneras y cuartos de calderas accesibles desde los vestuarios del sótano. Aprovechando una excursión escolar, Tom adquirió en el pueblo una lámpara de petróleo con la base basculante llamada «lámpara Kelly». Recordó los días en que había sido Tom, el perseguidor del niño oculto tras las columnas subterráneas y las bóvedas del museo de South Kensington. Tom era uno de esos niños solitarios que enseguida creen ser diferentes de todos los demás y se consideran el único objeto de todas las burlas, abusos y desprecios. Así que no se le ocurrió pensar que otros desesperados pudieran haberse visto obligados a refugiarse allí, entre las palas y las escobas. Pero encontró rastros de los fugitivos que le habían precedido: un dibujo a tiza de una hilera de chicos ahorcados en el patíbulo pintado en la pared, una manta de viaje cuidadosamente doblada y una almohada metidas en una mochila bien abrochada debajo de unos sacos viejos. Había, o había habido, al menos otro como él. Así que instaló su escondrijo en un rincón muy estrecho y desagradable detrás de un horno, que emitía vapores muy malolientes. Ni siquiera a otros fugitivos se les ocurriría pensar que aquello era un refugio. Allí extendía una manta, se ponía un jersey, encendía su lámpara Kelly y leía *Tom bajo tierra*, ensuciando el manuscrito con el hollín de los dedos.

El príncipe había adquirido varios compañeros a lo largo de su periplo, unos humanos y otros inhumanos, algunos lo habían espiado días enteros antes de darse a conocer, a otros los había seguido él mismo por túneles y grietas. Uno era un espíritu de las minas, de un tipo llamado «gathorn», cuyo nombre parecía ser, como el de todos los de su clase, Gathorn. Era pálido y delgado y podía emitir una luz de color azul cobalto desde la punta de sus dedos y sus cabellos. Decía de sí mismo que era asustadizo, aunque en los momentos de peligro demostraba un valor trémulo pero real. Había una criatura escurridiza como una salamandra, tan larga como alto era Tom, igual que un pequeño dragón con las patas arqueadas, escamas de color marfil y ojos rojos como carbones encendidos. Había siseado y erizado la cresta al ver a Tom, pero el gathorn la había calmado y persuadido para que se uniera al grupo. Sabía dónde encontrar el agua dulce que goteaba entre los bloques de pizarra o manaba por las fisuras de los esquistos. Había un ser que a veces estaba y a veces no estaba allí, que adoptaba la forma de un tubo enorme y transparente redondeado por los extremos, con ojos y una boca que aparecía y desaparecía de vez en cuando en

distintas partes de su cuerpo. Lo conocían por Loblolly y había caído como una cuenta de ámbar sobre el cabello del príncipe, y luego se había hinchado y expandido hasta cubrir toda la cueva. Era capaz de fluir por el suelo, o de encogerse hasta convertirse en un cuadradito de gelatina que el joven príncipe podía llevar en el bolsillo. Le advertía de la presencia de los tres gases mortíferos: el gas venenoso, el gas asfixiante y el grisú, y extendía su propio cuerpo como un tejido impermeable para evitar que aquellos horrores se colaran por los huecos y las grietas.

Encontró a otros seres en los que no confió ni desconfió. Cortacables, muy alegre, con la estatura de un hombre muy bajo, dedicado a golpear con su pico rodeado de un resplandor de color verde mostaza, desnudo hasta la cintura, vestido con una gorra verde harapienta y con una barba puntiaguda, les había advertido que no siguieran descendiendo..., ¡él nunca se atrevería a hacerlo, oh no! Había confundido al grupo enviándolos hacia la izquierda por un lugar que terminaba en una superficie impenetrable de roca. Podía ser o no que estuviese ayudando al enemigo. Eran conscientes de la presencia de espías. Como unos murciélagos con ojos como rubíes y diamantes diminutos, que les rozaban el pelo con sus dedos huesudos y desaparecían aleteando entre las sombras. Gusanos de todas las formas y tamaños, lentos y veloces. Luces danzantes que tuvieron la prudencia de no seguir. Una figura tallada en un trono de piedra que sobresalía de la roca.

También estaba el niño salvaje. Era posible —Tom, en el cuento, consideraba esa posibilidad— que el niño salvaje fuese la sombra de Tom. Siempre lo habían visto a lo lejos, al otro extremo de un túnel, corriendo a toda prisa. Iba descalzo y harapiento y cubierto de polvo y era huidizo. A veces, se volvía para saludarlos con la mano, invitador o burlón, era imposible saberlo, antes de desaparecer en la oscuridad.

Acabaron descubriéndolo, claro. Hunter y sus conmlitones, Blewett y Fitch, registraron, en batín y zapatillas, el cuarto de la caldera iluminando todos los rincones y debajo de los estantes y las tuberías. Probablemente llevasen a cabo aquellas cacerías de muchachos de forma habitual, aunque a Tom no se le había ocurrido pensarlo, pues tenía la sensación de ser Tom el Solitario, el único y exclusivo objeto de sus burlas e insidias. El batín de Hunter era escarlata, de faldones anchos, del color de las túnicas de los jueces, con bordados dorados y un cinturón dorado en torno a su viril cintura y por encima de sus caderas decididas. Calzaba unas zapatillas brillantes y negras como escarabajos, con su blasón, que tenía plumas y rastrillos, en relieve. Los dianas limpiarían la carbonilla de las zapatillas al día siguiente. Tom recordó, conteniendo el aliento, que él mismo había desempeñado aquella tarea y se enfureció consigo mismo por no haber reparado en lo que implicaba. Pasaron de largo junto a su escondrijo, y él volvió a respirar, y luego, por supuesto, volvieron sobre sus pasos y Hunter dijo:

—Echemos un vistazo ahí detrás..., vaya, qué tenemos aquí, un diana travieso

que se ha levantado de la cama con su lamparita y un sucio montón de papeles, y con una manta, todas las comodidades modernas. Mañana nos veremos, Wellwood, te voy a calentar el culo. Vamos, muéstrame lo que estás leyendo. Seguro que es un cuento verde. —Hizo un gesto a Blewett para que le quitara las hojas. Tom le mostró los dientes como una rata, se acurrucó y jadeó—. Papel higiénico —dijo Hunter—. Léelo en voz alta, Blue, oigamos con qué se está masturbando el muy guarro.

Blewett leyó. Leyó mal, parándose e interrumpiéndose, en un falsete chillón y exagerado.

—*Debemos seguir adelante por muy oscuro que esté* —dijo Gathorn luego.

—*Darí­a casi cualquier cosa por volver a ver la luz del sol. Carezco de sombra a la luz de las velas y las linternas y no me importaría carecer de sombra en pleno día* —respondió Tom. *Luego el loblolly tarareó una cancioncilla, y dijo que había ratas cerca de allí, podía olerlas, miles de ratas que corrían por el túnel*—. *Temo que no saldré de aquí con vida* —dijo Tom.

—¿Qué mierda es esta? —dijo Hunter—. Cuentos de niños llorones, que necesitan la papilla antes de irse a la cama. Vas a recordar esto mucho tiempo, Wellwood.

—Devuélvemelo —graznó Tom.

—¿Lo has escrito tú? Parece muy largo, ¿no? Ya sabes lo que se hace con bodrios así. Se usan como papel higiénico. O también podemos echarlo ahí —dijo abriendo la puerta del horno.

Una llama salió de la superficie de lecho de carbón incandescente del interior de la caldera. Las llamas azules se ondulaban, las llamas doradas vacilaban, manchas rojizas aparecían en las brasas. El olor era asfixiante. Fitch se puso a toser y Hunter empezó a meter *Tom bajo tierra*, página a página, mazo de hojas tras mazo de hojas, por la portezuela del horno. El cuento se marchitó y arrugó sobre su lecho de fuego. Tom cogió su lámpara Kelly, que había apagado y se la lanzó a la cabeza a Hunter. Le golpeó en la mejilla, donde le dejó una moradura y le hizo un pequeño chirlo, y manchó de petróleo el batín escarlata.

—Podrían expulsarte por esto —dijo Hunter, secándose la mejilla con un pañuelo —, mierdecilla. Podrían llevarte ante el director y azotarte delante de todo el colegio, estarías acabado. Me has hecho daño, imbécil. Mucho daño. Ya me encargaré yo de que nunca lo olvides. Sé que te gustaría que te expulsaran y me aseguraré de que no lo consigas. No diré nada y me ocuparé de que lo pagues con creces..., me duele. Pero yo también te haré daño, no te equivoques. —Golpeó a Tom varias veces rítmicamente junto al oído, hasta que su cabeza se convirtió en una caja de dolor—. Ven a verme mañana después de clase. Que no se te olvide. Trae la vara negra mañana después de clase. Ni se te ocurra olvidarte. Y ya puedes quitar estas manchas de mi batín a primera hora de mañana.

A la mañana siguiente, Hunter esperó en vano a su diana. Envió exploradores en su busca: probablemente estuviese temblando en alguna parte, en algún escondrijo, paralizado de terror, carecía de valor. No lo encontraron en clase y le pusieron falta al pasar lista. No se presentó a recibir sus azotes después de clase. No lo encontraron en el dormitorio por la noche. Hunter envió a Fitch a registrar los sótanos, pero no estaba allí.

Al día siguiente, el director preguntó a todo el colegio en pleno si alguien había visto a Wellwood. Hunter le había mostrado su moradura y el corte de la mejilla y le había dicho que se lo había hecho Wellwood arrojándole una lámpara encendida cuando lo sorprendió leyendo después de que apagaran las luces. El director afirmó que el muchacho debía de estar escondido. En su memoria guardaba el desagradable recuerdo de otro muchacho muy agraciado con la cara hinchada y ya no tan agraciada colgando de un gancho en la carbonera. Ordenó a Hunter que se pusiera a buscar a Wellwood. Organizó un registro de las instalaciones. Pasados otros dos días, llamó a la policía y telegrafió a Humphry Wellwood.

Humphry y Olive tomaron el tren y se dirigieron al norte. Humphry estaba un poco molesto por tener que retrasarse en la fecha de entrega de un artículo para el *Evening Standard*. Olive estaba tratando de continuar varias tramas, desde *Los proscritos* hasta *Tom bajo tierra*. Y al mismo tiempo, justo a la vez que experimentaban aquella irritación, se sentían como si estuviesen en otra parte, ajenos y helados de terror, mientras contemplaban por la ventana las formas amenazantes de las plantas a través del humo y el vapor.

Cuando llegaron a Marlowe, Tom seguía sin dar señales de vida. Humphry contó los días que llevaba desaparecido y en los que no le habían informado. Expresó su indignación. Olive afirmó que las cartas de Tom habían sido muy plácidas. Ahora que lo pensaba, lo eran demasiado, como si no fueran propias de Tom. Conocieron a Hunter, quien los trató con insolencia, y les mostró sin más su corte y su moradura. Olive le preguntó cómo se los había hecho. Hunter explicó que Tom estaba empleando una lámpara para leer un montón de tonterías en la oscuridad y le había lanzado la lámpara cuando lo descubrió. «Una lámpara caliente es peligrosa», dijo Hunter y los miró con frialdad y en apariencia sin inmutarse.

Cuando Hunter se fue, Olive sugirió que tal vez valiera la pena hablar con Julian Cain, que conocía a Tom fuera del colegio y quizá gozara de su confianza.

Llamaron a Julian, y dijo que no sabía nada. Tras ser interrogado, afirmó que le daba la impresión de que a Tom le estaba costando mucho adaptarse. Aseguró, cautamente, que la casa Jonson era famosa por su disciplina y que a los dianas nuevos —es decir, a los chicos recién llegados— a veces les resultaba difícil al principio. Humphry comprendió el mensaje oculto, pero no sirvió de nada. No había ni rastro de

Tom, y después de pasar unos días en una fonda, Humphry y Olive volvieron a casa, con sus otros hijos, por si Tom se ponía en contacto con ellos, cosa que no hizo.

Todefright se convirtió en un lugar horrible. Phyllis lloraba mucho y se llevaba frecuentes azotainas. Humphry bebía whisky y hablaba con la policía. Olive andaba. Iba de un extremo al otro de la casa, igual que hace una mujer antes del parto, para estirar los músculos y distraer del dolor al cuerpo y al espíritu. Pasadas tres semanas, sin parar de andar y de desplomarse de vez en cuando en la silla más próxima y de morderse las uñas y mesarse los cabellos, bebió un poco del whisky de Humphry, y luego un poco más. Al principio, lo hacía en plena noche, luego a pequeños tragos por la tarde y por fin de día mientras andaba y andaba sin parar. A las seis semanas, su cabello negro y brillante parecía mate y tupido, y sus ojos —a pesar de no haber llorado— estaban hinchados por el alcohol.

Violet se ocupaba de todo. Las comidas, las cartas a los directores, los niños pequeños, a quienes no les habían dicho nada, pese a que Violet sabía que Hedda estaba al tanto de lo que sucedía, aunque ignorase lo que pensaba o sentía.

Dorothy se ausentaba de la casa. No iba a ver a Griselda, ni a ninguna de sus clases. Salía al campo y desaparecía. Era raro que ni Humphry ni Olive repararan en su ausencia, pues lo lógico es que se hubiesen preocupado también por sus otros hijos.

Iba a la casa del árbol, que seguía bien camuflada por el follaje del otoño y por los helechos que se habían vuelto de color dorado. Se sentaba al borde de una de las camas de helechos y esperaba. Al cabo de seis semanas, encontró una taza de porcelana desportillada y unas migas, justo detrás de la puerta. Empezó a espiar la casa del árbol, acercándose a hurtadillas por detrás, no por el sendero, y de ese modo pudo entrar un día y descubrir al muchacho harapiento encogido como un feto en la cama de brezo, con las suelas de los zapatos desgastadas, una chaqueta sucia varias tallas más grandes de lo normal, una mochila que reconoció, y una larga y sucia mata de pelo llena de toda clase de cosas vivas y muertas.

—Sabía que vendrías aquí —le dijo Dorothy—. Creo que, si hubieses muerto, lo habría sabido. Pensé que no lo estabas. —Tom emitió un sonido chirriante como si sorbiera—. ¿Dónde has estado?

—Ayudando a un guarda forestal —respondió Tom.

Fue la única respuesta que ella, o nadie, pudieron sacarle. Era y no era como uno de los cuentos de fugitivos de Olive. Dorothy tardó dos días en persuadirle de que volviera con ella a Todefright. Nunca le dijo a Olive que esos dos días había sabido dónde se encontraba y aun así no les había contado nada, pues sabía que jamás la habría perdonado.

Cuando Olive vio al harapiento Tom tuvo que ir corriendo al baño para vomitar violentamente de un modo nada novelesco. Volvió tan blanca como la pared, y abrazó

a su hijo, que olía a cosas indecibles y cuya piel había perdido su lozanía. Tom se puso rígido y la apartó de forma instintiva. Olive preguntó: «¿Dónde has estado? Nos moríamos de preocupación». Tom no respondió. Olive volvió a abrazar sus hombros encorvados e inertes y afirmó: «No volverás allí jamás». Quería decirle, dominada por el pesar, el dolor y la ira, lo que habían sido aquellos días de espera sin saber nada, pero sabía que el estado de su hijo era demasiado malo para abrumarle con lo que había sentido. Había vivido eso antes, cuando el pozo se inundó y cuando el grisú exhaló su veneno. Había esperado convencida de que todo era en vano, casi había deseado que la certeza reemplazara la agonía de la incertidumbre. Algo en su interior —debido a aquellas esperas previas— la había convencido de que no volverían a ver a Tom. Y ahora estaba allí, ajeno y mugriento. Dijo: «Mi pobre niño». Y añadió dirigiéndose a Violet: «Necesita darse un baño, y su ropa». Y por fin volvió a hablarle a Tom: «Ya me lo contarás todo, cuando quieras».

Pero nunca lo hizo. Olive sospechó que se lo había contado a Dorothy y la interrogó. Dorothy aseguró, sinceramente, que solo sabía que Tom había estado ayudando a un guarda forestal. Olive no creyó que eso fuese lo único que sabía Dorothy. Tom dijo algo, pasada una semana o dos:

—No tengo el cuento.

—No pasa nada —respondió Olive—. Tengo una copia. No te preocupes. Lo sé todo. No tiene importancia.

—Sí que la tiene —dijo Tom, y se encerró en su cuarto.

Olive se sintió excluida. Tom era parte de ella y ella era parte de Tom, y aquel malvado, Hunter, había cortado aquella conexión. Estaba enfadada con Tom por la espera a la que la había sometido y su inconsciencia de dicha espera. No era muy dada a la introspección. Había «pasado» por algo malo y lo superó del modo habitual en ella, escribiendo un cuento sobre un niño inocente acosado por los matones del colegio, que se enfrentaba valientemente a ellos. Convertía los torreones neogóticos de Marlowe en un horror gótico e incluía una sentida llamada a los colegios para que se convirtieran en lugares más amables y civilizados. La inocencia no debería ser reglamentada y violentada brutalmente como se hace con los reclutas en el ejército. Deberíamos cuidar de nuestros jóvenes y enseñarles tolerancia, amabilidad y confianza en sí mismos. Dicho libro, titulado *Negros sucesos en Blacktowers*, fue un enorme éxito. Julian Cain lo leyó en las vacaciones de Pascua de 1897 y se dijo que, si él fuese Tom, aquel libro le parecería imperdonable. Entonces Tom había vuelto aparentemente a la «normalidad», corría libre por los bosques, y seguía estudiando latín con Vasili Tartarinov e inglés con Toby Youlgreave. Olive le había regalado un ejemplar de *Blacktowers*, con la dedicatoria: «A mi querido hijo, Tom», pero ni ella ni nadie llegaron a saber si lo había leído. Tom había desarrollado la costumbre de



limitarse a guardar silencio acerca de muchas cosas. Olive no siguió escribiendo *Tom bajo tierra* hasta después de la publicación de *Blacktowers*. Reescribió la última parte que había enviado a Marlowe, con el grupo atrapado en un túnel que era un callejón sin salida, e hizo que oyeran un golpeteo argentino al otro lado de lo que parecía una roca impenetrable. Gathorn golpeaba con su pico por un lado y alguien respondía a sus golpes por el otro, hasta que la roca se hacía pedazos de pronto y se encontraban en un enorme aposento, iluminado por lámparas de plata, donde una criatura que no era ni mujer ni araña, pero tenía rasgos de ambas cosas, tejía largos hilos plateados...

**E**l año 1896 fue triste. William Morris murió en octubre, mientras Tom se ocultaba entre los setos y Olive deambulaba arriba y abajo por los pasillos de su casa. Prosper Cain, todavía afligido por el suicidio de su director en junio, se vio hostigado, tanto personal como profesionalmente, por la continuada campaña de la prensa contra la presencia militar en el museo. Los militares, acusados de torpeza e incompetencia, replicaban con estadísticas y oratoria. Se formó un comité parlamentario, que se reunió en veintisiete ocasiones en 1897, y en veintiséis en 1898, para estudiar el asunto. Incluía a sir Mancherjee Bhownaggree, diputado conservador por Bethnal Green, donde se exhibían varios objetos del museo. También incluía a John Burns, el diputado socialista por Battersea. El comité recomendó que se reorganizara todo el Departamento de Arte y Ciencia y se redefinieran las obligaciones de todos los funcionarios.

Se estaban creando todo género de instituciones. La Tate Gallery abrió sus puertas en Millbank en 1896, la National Portrait Gallery se trasladó de Bethnal Green a su nueva ubicación junto a la National Gallery ese mismo año. La Whitechapel Gallery, un sólido y elegante edificio estilo *art nouveau* diseñado por C. Harrison Townsend, y retoño de todas las enseñanzas, estudios y entusiasmo social de Toynbee Hall, se construyó entre 1897 y 1901. Un miembro de la Sociedad Fabiana, enfermo incurable, se suicidó y dejó su fortuna a los fabianos para colaborar en la persecución de sus fines. Sidney y Beatrice Webb decidieron que el mejor modo de hacerlo sería mediante la fundación de la London School of Economics, y, en 1896, la millonaria irlandesa Charlotte Payne Townshend alquiló el último piso del número 10 de Adelphi Terrace para alojar a los estudiantes y conferenciantes más destacados, aunque no todos los fabianos estuvieron de acuerdo. Los disidentes contaban entre sus filas con John Burns y con sir Sydney Olivier, que trabajaba en el Ministerio de las Colonias y había impartido clase en Toynbee Hall.

Se produjeron otros suicidios: en 1897, Barney Barnato, el arruinado especulador con las minas sudafricanas, saltó por la borda y se ahogó a su regreso de El Cabo para asistir a una fiesta monstruosa que iba a celebrarse en su no menos monstruosa mansión recientemente construida en Park Lane, para festejar las bodas de diamante de la reina Victoria en el trono. En 1898, Eleanor Marx, socialista, mujer avanzada, sindicalista y traductora de Ibsen, tomó veneno al descubrir que su amante, Edward Aveling, se había casado en secreto con una actriz y necesitaba que ella vendiera los libros de su padre para mantenerla. *The Yellow Book* publicó su último número en

1897, arruinada al menos parcialmente por Oscar Wilde. (Aubrey Beardsley había diseñado una portada, que no llegó a publicarse, para la primera edición de *The Savoy*, en 1896, que mostraba a un querubín desnudo orinando sobre la descartada *The Yellow Book*. La cubierta, cuando apareció, lo hizo sin *The Yellow Book*, y mostraba a un querubín carente de pene o de testículos.)

En mayo de 1899 la anciana y diminuta emperatriz de la India, después de ser agasajada en 1897, en plena canícula, con una ola de leal emoción, se dirigió en un landó semioficial a cumplir con la que sería su última obligación pública: la ceremonia de colocación de la piedra fundacional de los nuevos edificios de Aston Webb de lo que ahora iba a llamarse Museo de Victoria y Alberto. La piedra era de granito rojo de Argyll, y la paleta ornamentada con la que, ayudada por Aston Webb, colocó la piedra, quedó bajo la custodia del museo. Estaba demasiado temblorosa para hablar o subir escaleras y entregó su discurso al excelentísimo presidente del consejo, el duque de Devonshire, que la había convencido de que añadiera su nombre al de su difunto marido.

«Accediendo a vuestros ruegos, tengo la satisfacción de ordenar que en el futuro esta institución sea conocida como Museo de Victoria y Alberto y confío en que sea para la posteridad un monumento de liberalidad y una fuente de progreso y refinamiento.»

En 1899, en octubre, el alto comisionado de la colonia de El Cabo se dispuso a ir a la guerra contra los bóers por las minas de oro del Transvaal y el Estado Libre de Orange. Los bóers invadieron de inmediato Natal y la provincia de El Cabo, tomando Ladysmith, Mafeking y Kimberley. Prosper Cain no pensó que todo hubiese terminado para navidades. Fue a Purchase House a hablar con Benedict Fludd, después de visitar a los zapadores destinados al frente, en los cuarteles de Lydd donde se estaban entrenando como artilleros y expertos en explosivos. Habían inventado un explosivo, la lidita, que pensaban emplear en Sudáfrica para volar puentes y destruir granjas.

A Cain no le gustaba aquella guerra. No estaba seguro de que fuese una guerra justa, y tampoco de que pudiese culminarse con una victoria. Esbozando una sonrisa sardónica citó para Benedict Fludd unos versos de Rudyard Kipling:

Aléjate de la viuda de Windsor,  
suya es la mitad de la Creación:  
se la hemos comprado con la espada y la llama  
y la hemos sazonado con nuestros huesos.  
(¡Pobres desdichados! ¡Está cubierta con nuestros huesos!)

Fludd dijo: «Ciertamente es una viuda negra». Prestaba poca atención a la guerra, que denunciaba como otro mal en un mundo caído. Cain, con y sin sus hijos, visitó con frecuencia Purchase House entre 1896 y 1899. En otra época, cuando era muy joven, Cain había frecuentado a la bohemia prerrafaelita a la que perteneció brevemente Fludd, y lo había visto desaparecer en la noche..., «en búsqueda de la disolución», decía siempre, extendiendo una mano pálida para impedir que nadie le acompañase. Corrían rumores de que disfrutaba con el peligro. A menudo, cuando lo dominaba el malhumor, desaparecía semanas enteras y sus amigos y compañeros consideraban la posibilidad de que estuviese muerto en un callejón o flotando en las negras aguas del Támesis. De una de aquellas ausencias regresó acompañado de su propia modelo, Sarah-Jane, a quien llamó Seraphita y con quien contrajo matrimonio. Prosper, que en aquel entonces era un joven teniente, asistió a la boda, y todavía recordaba, aunque cada vez con mayor dificultad, el rostro radiante, alegre e inocente de la joven novia, su cabello lleno de flores y su vestido salpicado de ellas, como la Flora de Botticelli. El teniente había pensado que miraba a Fludd con una adoración un tanto estulta aunque francamente conmovedora, pese a que él mismo no la encontraba deseable, pues, en su opinión, carecía de chispa. Cain tenía entonces, en 1878, veintitrés años y calculaba que Seraphita era aún más joven. Él mismo estaba enamorado y se casó con su elegante y reservada Giulia a finales de ese mismo año, la llevó brevemente a Lucknow, lugar que ella detestaba, y ambos volvieron a Londres en 1880 para el nacimiento de Julian. La siguiente ocasión en que vio a los Fludd, después de la llegada de Florence al mundo, y de la muerte de Giulia, en 1883, Imogen tenía cuatro años, Geraint dos y Pomona uno. Para entonces Seraphita había adoptado la expresión lánguida e inexpresiva que tenía todavía. Los niños iban bien vestidos aunque un poco sucios. Supo que Fludd llevaba desaparecido días y semanas. Había estado haciendo vasijas en Whitechapel y había causado un incendio en una casa tras la explosión de un horno, tras lo cual simplemente se perdió en la noche y desapareció. No fue Seraphita quien le contó todo esto a Prosper Cain, sino que se limitó a ofrecerle un té preparado con agua tibia y menos hojas de té de la cuenta y se quedó mirándolo de perfil. Prosper Cain encontró a algunos entendidos que le compraron varias vasijas y encargaron otras, y, cuando Fludd regresó, lo empleó como asesor ceramista del museo South Kensington.

La reciente renovación de las energías artísticas de Fludd tras la llegada de Philip le había inspirado ciertas dudas. Había reparado en que las hijas —sin duda Imogen y también Pomona de un modo más extraño, irritable y efusivo— habían adoptado la mirada vacía de Seraphita. Volvió de vez en cuando para animarles a seguir con las cocciones y se sorprendió tanto de lo lejos que habían ido con su trabajo como de los beneficios obtenidos. Decidió que el responsable de aquello debía de ser Philip Warren, cuyos torneados y, más tarde, esmaltes le habían ido impresionando cada vez

más. Pensaba que Philip era un poco torpe —se ocupaba de los respiraderos y de cargar el horno— y le sorprendió la filigrana y delicadeza de sus diseños para los cuencos y azulejos. Fludd era atrevido y sorprendente. Philip era refinado. A Prosper Cain le divirtió y alentó el desarrollo comercial tan poco convencional del que disfrutaba ahora el taller del alfarero. Geraint, todavía desesperado por escapar de la pobreza, sobornaba a los comerciantes y encandilaba a las grandes damas. La señorita Dace, Frank Mallett y Dobbin llevaban la cuenta de los pedidos y las entregas, que, aunque escasos, iban en aumento. Fludd desaparecía de vez en cuando, discretamente y sin previo aviso, como hacía antes, pero Philip seguía en silencio con su trabajo. La casa cada vez parecía más una casa y menos un granero abandonado, le dijo Prosper a Olive Wellwood, con quien salía a veces a pasear por las marismas, cuando iban allí de visita.

—¡Oh! —replicó Olive—. Eso es cosa de Elsie. No podrían pasarse sin ella. — Prosper afirmó que apenas había reparado en ella, cosa que alegró secretamente a Olive, pues últimamente Elsie se había convertido en una muchacha muy guapa, casi en una belleza—. No pretende llamar la atención —le explicó con justicia Olive—. Simplemente se ocupa de disponerlo todo para que ellos puedan seguir trabajando. ¿Sabes, Prosper? —últimamente se tuteaban—, no creo que ninguno de los dos, ni Philip ni Elsie, cobren ni un penique. Creo que ella saca toda su ropa de los restos que Patty Dace destina a sus mercadillos. Creo que Dobbin cuida de él. Y también creo que Seraphita no se da cuenta de nada y que nadie se atreve a decírselo a Fludd, por miedo a que sufra uno de sus ataques de malhumor, o deje de trabajar, cosa que hace a diario, pese a que en los últimos cinco años solo había trabajado muy de vez en cuando. —Prosper Cain se quedó perplejo. Olive prosiguió—: Me he dado cuenta. Una mujer se fija en esas cosas. Las cortinas están remendadas, las cucharas y los aparadores no tienen polvo. Hay jarrones con flores silvestres sobre la cómoda. El fregadero está limpio.

—¿Qué edad tiene esa chica?

—Nadie lo sabe. Debe de tener unos veinte años.

—¿Crees que, con la ayuda necesaria, podría atender a un grupo de estudiantes del Royal College of Art? Las pobres están molestas por las obras en el museo..., había concebido la idea, tal vez demasiado ambiciosa, de organizar una escuela de verano en las dependencias y prados de Purchase House, con tiendas de campaña y alojamiento para las damas en los pajares..., y, con mucha suerte, unas cuantas clases magistrales de Benedict Fludd.

—Ciertamente es una idea ambiciosa —repuso Olive—. A Geraint le encantaría. Podríamos añadir algo más..., charlas literarias, representaciones teatrales y cosas así.

—Fludd es el reclamo, y el mayor riesgo —objetó Cain.

El alfarero estaba de muy buen humor, después de hacer unas vasijas de forma extraña con unas viudas negras que acechaban en sus profundidades, tejiendo sin parar y observando con ojos opalinos y relucientes. Dijo: «¿Por qué no, por qué no?, que vengan y que aprendan a ver con claridad y a utilizar las manos».

Estaban tomando el té, y Frank y Dobbin estaban presentes. Dobbin preguntó, con mucho respeto, si Fludd estaba seguro de que tener allí una escuela de verano no le parecería una intrusión, tal vez incluso opresiva.

—No seas zoquete —respondió Fludd—. Un grupo de jovencitas guapas es justo lo que necesitamos..., y algunas puede que tengan alguna idea de cerámica. He estado pensando en volver a modelar mujeres. Que vengan.

—Debemos hablar con Elsie —objetó Frank, que era tan consciente como Olive de la importancia que tenía Elsie.

—Elsie hará lo que se le diga. Es una buena chica —repuso Fludd.

Nadie preguntaba a Elsie lo que pensaba o sentía. O al menos ella pensaba con un egoísmo juvenil, que se había visto obligada a ocultar, que nadie le preguntaba nunca nada ni se preocupaba lo más mínimo de lo que pensara o sintiese. Había concebido su plan desde el momento en que puso el pie en Purchase House, o tal vez incluso antes, en el camino polvoriento a través de la marisma, cuando reparó en que a Philip le incomodaba en cierta manera su presencia. No llegó tan lejos para pensar que no quisiera tenerla allí, aunque no descartaba del todo la posibilidad. Comprendió que en la casa faltaba algo —una mujer de verdad, se dijo al ver a las tres pálidas mujeres Fludd—. Trabajo doméstico, astucia, previsión y fuerzas incansables. Había llevado consigo los delicados pinceles de pelo de camello de su madre para Philip. Y ella se había quedado con su costurero, con sus agujas, pedazos de algodón y ovillos de lana, y un par de afiladas tijeras que nunca habían empeñado. Habría preferido quedarse con los pinceles, pues estaba aprendiendo a decorar la porcelana fina cuando su madre expiró susurrando el nombre de Philip. Pero decidió que emplearía las agujas y las tijeras como arma para hacerse un hueco. Preparaba unas sopas deliciosas, casi sin ingredientes, solo con un hueso de jamón y una vaina de guisantes, cocidos a fuego lento, un pescuezo de cordero de las marismas salitrosas de Romney, cebollas y cebada. No era, hablando con propiedad, una mujer ordenada o doméstica. Le gustaba ir descalza y no le importaba que sus zapatos estuviesen agujereados. Pero, en vista de la situación, comprendió que le urgía volverse imprescindible, y lo hizo. Aprendió —por su cuenta, sin que nadie la enseñara— las distintas labores, el punto de cruz y el medio punto, y deshizo y reparó lo que Pomona había bordado mal. Pensó en cómo tratar con Philip. Ella lo quería y pensaba que él no la correspondía. Según creía, solo tenía una pasión y no era su familia. Mediante un sinfín de mudos indicios y retiradas prudentes, le dio a entender que no esperaba nada de él, solo que

no la obligara a regresar. Le habría sorprendido si le hubiese dicho que pensaba que no la quería, así que guardó silencio. De hecho su carácter era más bien taciturno. Al principio, preguntó a Seraphita e Imogen si podía remendar las colchas de las camas, o emplear unos retales para hacer un felpudo y ambas le respondieron con sus vacuas y dulces sonrisas y le dijeron que por supuesto que sí. De manera que lo hizo y remendó las sábanas viejas, e ideó modos de guardar las cosas y encontró muselina para tapar las jarras de agua cuando hacía calor. Se movía por la casa deprisa y en silencio: era como si toda la energía que había escapado de las tres pálidas mujeres se hubiese concentrado en ella mediante una especie de galvanismo.

Por la noche, muy tarde, una vez establecido un inicio de orden que podía mantener y vigilar, iba a hurtadillas al taller de alfarería. Fabricaba, como le había dicho a Dorothy, vasijas pequeñas. Fludd no tenía arcilla de porcelana, pero Elsie mezclaba caolín con el barro y hacía que pareciese más claro, encendía una lámpara y pintaba intrincados y minúsculos diseños en tacitas y platillos del tamaño de una bandeja para plumas. Cuando llegó estaba famélica, tenía el cuerpo huesudo y el pelo lacio y cubierto de polvo. La buena alimentación y el ejercicio hicieron que se volviera, como había notado Olive, agraciada o incluso algo más. Su cabello se volvió rizado de pronto y se convirtió en una mata exuberante, que ella llevaba siempre recogida con una especie de pañuelo. Se le estrechó la cintura y se redondeó por arriba y por abajo, por lo que se sintió tentada de pavonearse o dar vueltas, aunque se contuvo, pues ¿quién iba a verla? La persona más obvia que podía desearla, la única persona visible, era Geraint. Tenía energía, como ella, pero la empleaba sobre todo para pasear en bicicleta, lejos de Purchase. Y, si ella se soltaba el pelo, o se confeccionaba una camisa nueva con un rollo de algodón manchado, él no daba muestras de darse cuenta.

Había quien, aparte de Olive, sí lo hacía. Una noche, mientras trabajaba en sus vasijas diminutas, la sorprendió Benedict Fludd, que entró de pronto vestido con una prenda negra y áspera como el hábito de un monje. Llevaba una palmatoria en la mano y sus ojos brillaban en la sombra por encima de la llama.

Elsie recogió sus vasijas como una gallina a sus polluelos. Fludd hizo un gesto como una especie de bendición.

—Por favor, continúa. No te asustes. ¿Te importa que te dibuje mientras trabajas?

—No —respondió Elsie con resolución, aunque se le habían hinchado las venas.

—Tú sigue trabajando. La lámpara da una luz interesante. Emplearé el carboncillo. Tienes una cara muy interesante, ¿sabes?

—Lo siento —replicó Elsie, confusa.

Fludd se echó a reír y empezó a dibujar.

Antes de volver a sus habitaciones, le mostró lo que había hecho. La había dibujado con trazos decididos entre barridos de sombras. Era el esbozo, hecho por un

escultor, de los huesos y la carne joven de una muchacha ciertamente hermosa. Había dibujado también sus manos, los dedos competentes que sujetaban la arcilla y el pincel. Había bosquejado sus pechos puntiagudos por debajo del camisón y reducido al mínimo cualquier indicación de los pliegues del algodón que caía sobre ellos. Elsie aseguró estar muy sorprendida. También preguntó con cierta osadía:

—¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto que no —respondió Fludd—. Los colecciono. —Y pasó las páginas de su cuaderno de bocetos para mostrarle dibujos de los que ella no tenía noticia: Elsie lavando los platos con gesto pensativo, Elsie inclinada cuchillo en mano sobre un pastel, Elsie dando de comer a los pollos con las faldas alborotadas por el viento. Los pollos eran un prodigio de economía de trazos para sugerir movimiento, uno estaba andando, otro echaba atrás la cabeza para cacarear, un tercero ahuecaba las alas a punto de atacar a otro. Había captado los movimientos de la chica igual que la naturaleza de las aves. Se sintió desnuda, como si le hubiesen arrebatado algo.

—No lo sabía —dijo.

—Ahora lo sabes. Me gustaría que posaras para hacer esbozos más en serio.

Elsie se arrebujo en su camisón y dijo entre descarada e indignada:

—¿Y quién se encargará de cocinar, limpiar y hacer la compra? Me gustaría saberlo.

—Desde luego no será mi pálida familia de polillas de seda. Flotan por ahí y no saben la suerte que tienen. Yo sí. El comandante Cain va a traer un grupo de alumnas del Royal College para esa escuela de verano que está planeando. ¿Estarías dispuesta a posar para nosotros..., para mí y las jóvenes artistas? Tienes una apariencia muy peculiar. En el buen sentido. —Se quedó pensando un momento—. Estoy seguro de que Dobbin, el comandante Cain, o el vicario, podrán encontrarte un ayudante cuando venga la gente de la escuela. Así podrías posar para nosotros. Sería estupendo.

Cuando se marchó, Elsie, un tanto agitada, pensó que podría haber prestado atención a sus vasijas, aparte de a su rostro y otras partes de su cuerpo. Podía haberla animado un poco.

Se preguntó si podría hacer carrera posando como modelo. Tal vez no fuese respetable. ¿Acaso le importaba?

Eran unas vasijas preciosas y diminutas. Debería haberse fijado en ellas.



**L**a escuela de verano acabó celebrándose. Humphry montó *El cuento de invierno*, con él mismo en el papel de Leontes, Toby en el de Políxenes y Geraint y Florence en el de Florisel y Perdita.

Herbert Methley habló de sexo con Olive. Se sentó con ella durante los ensayos, cuando ninguno de los dos hacía falta. La llevó de paseo junto al arroyo, más allá de la iglesia, en dirección a la marisma. Su conversación era al mismo tiempo teórica y carnal. En gran parte versaba acerca del deseo femenino. Afirmó que hasta hacía no mucho tiempo los hombres se habían contentado con suponer que las mujeres sentían poco o ningún deseo y eran criaturas puras o simples vacas lecheras, que los hombres trataban como una propiedad más. Los diez mandamientos incluían a las mujeres junto con los bueyes, asnos, campos, criados y criadas, como cosas que no debían ser robadas ni deseadas. En las culturas semíticas se decapitaba a las adúlteras, pero no a los adúlteros. Y, sin embargo, como buen estudioso de Darwin, él creía que el deseo sexual formaba parte de los seres humanos —igual que de los demás animales— debido a la necesidad de propagarse que tenía la especie. Elsie Warren, esbelta y de cintura estrecha, con un sombrero de lino, se les acercó deprisa con una cesta debajo del brazo. ¿Acaso Olive pensaba, preguntó Herbert Methley, que una joven así —fijó los ojos en su figura cuando pasó de largo sonriéndoles con educación— no sentía ninguno de los estremecimientos que embargan a los jóvenes de su edad? Era muy improbable. Olive —afirmó tomando su mano y colocándola en su brazo— era una mujer inteligente y, como él, una estudiosa de la naturaleza humana. ¿Qué opinaba ella?

—Soy mayormente una estudiosa de la naturaleza inhumana..., e imaginaria —se escabulló Olive—. Escribo cuentos de hadas para niños. El príncipe siempre se casa con la princesa. O el joven torpe acaba casándose con ella debido a su bondad y a que es el hijo pequeño. O el príncipe se convierte en un gamo, o en un cerdo, y la inteligente princesa tiene que romper el hechizo. No sé qué tiene eso que ver con lo que usted llama las necesidades de la especie. Todos los cuentos terminan con una boda, o tal vez preludian una progenie numerosa e indefinida.

Estaban cruzando un cercado donde pastaba un rebaño de vacas de color crema, pesadas, sucias de barro y de mirada fija. En un rincón, debajo de un olmo, una vaca estaba montando a otra e imitando los movimientos que habría hecho un toro y produciendo —ambos se dieron cuenta— un temblor de respuesta (o irritación) en la

zona de debajo de la cola de la otra vaca.

—¿No demuestra eso mi teoría? —dijo Herbert Methley—. Esos pobres animales se ven privados de la presencia del toro, que en la naturaleza estaría ahí, cuidando de su harén y resoplando para desafiar a los otros toros. Sin embargo, sienten la necesidad... —Olive notó cómo ascendía el rubor desde su seno a su rostro—. Espero no haberla escandalizado. No era mi intención.

—Yo creo que sí. Pero no estoy escandalizada. Y comprendo su punto de vista. Científicamente, su ejemplo..., mire, ha desmontado y se ha apartado de ella, es una prueba de lo que dice.

—Cuando podamos evitar las desdichadas consecuencias de seguir nuestros instintos para eso que John Donne llamaba el verdadero y único fin del amor..., nuestra sociedad será diferente y nos transfiguraremos.

—¿Mediante la libertad sexual? Los instintos son una cosa. Donne emplea la palabra amor.

—¿Y no es amor el deseo mientras dura? Sea lo que sea en lo que se convierta, a veces creo que hay tantas formas de amar a las mujeres como mujeres. Y a veces creo que, si las mujeres fuesen sinceras, habría tantas formas de amar a los hombres como hombres.

—¡Ah!, pero un buen estudioso de la naturaleza humana necesita estudiar también la indiferencia, e incluso la repulsión y el disgusto. También eso son instintos.

Methley meditó un momento acerca de su observación y luego atacó directamente:

—Espero no inspirarle ninguno de ellos a usted.

Soltó una risa forzada.

—No sea insensato —dijo Olive—. No estamos hablando de nosotros. Y además somos buenos amigos, lo que no deja de ser otro tipo de relación entre hombre y mujer, difícil de manejar y rara de encontrar.

Cuando volvió a la posada donde se alojaba, Olive se sintió estremecida por una mezcla de emociones. Por supuesto aquella conversación despertaba en ella cierta comezón —sí, sexual—. Tenía que hacerlo. Sabía en qué consistían tanto el deseo como su satisfacción. Pero no tenía ni idea de si deseaba a Herbert Methley. Su presencia despertaba algo en su interior, pero no estaba segura de que no fuera tan solo indiferencia, repulsión y disgusto. No era tan apuesto como Humphry. Aunque tenía una especie de terrible energía que siempre está —¿cómo sabía ella esas cosas? —agitándose, como un enorme pulpo que se estremece en el agua, o se desliza sobre una roca para volver al mar.

De lo que sí estaba segura era de que no había tenido aquellas sensaciones a la edad de Elsie Warren. Eran las sensaciones de una mujer adulta.

Benedict Fludd impartió clases de modelado con barro en lo que había sido la majestuosa cochera. Elsie había limpiado la hilera de ventanas cubiertas de telarañas y Philip había llevado barreños y cubos de barro y barbotina. Había un grupo muy serio de jovencitas del Royal College, cuya experiencia previa con la cerámica había consistido en pintar azulejos, y también un par de hombres. Además, había gente del pueblo que quería probar suerte: Patty Dace, Arthur Dobbin, un maestro de escuela de Lydd, y la futura maestra de Puxty, una joven viuda llamada señora Oakeshott. La señora Oakeshott había llegado del norte, «para empezar de nuevo», decía ella, tras la trágica muerte de su joven marido en un accidente de ferrocarril. La acompañaba su hijo pequeño, Robin, que empezaría la escuela en Puxty el próximo septiembre. Con los pocos chicos de las marismas que asistían a clase, la escuela entera, para niños de cinco a once años, contaba solo con catorce alumnos. A Frank Mallett, que formaba parte del comité local de educación, le había encantado conocer a la señora Oakeshott, y temía que la soledad y las inclemencias del tiempo pudieran resultarle insoportables. Tenía excelentes referencias y un ingenio benévolo. Su hijo había ido con ella a Purchase House, en compañía de una especie de niñera diminuta de piernas escuálidas y cabellos crespos, que debía de rondar los doce o trece años de edad y se llamaba Tabitha. La señora Oakeshott tenía una trenza rizada de cabello rubio, suave y dorado con tonos rosados. Su rostro era muy hermoso, de forma cuadrada, plácido pero despierto, e iluminado, cuando sonreía, por una sonrisa encantadora. Llevaba gafas, que tendía a dejarse olvidadas, y que los jóvenes y Dobbin le devolvían, cuando las encontraban entre la hierba o entre las vasijas puestas a secar en el taller. Se le daba bien modelar.

Fludd había convencido a Elsie de que posara para las clases, aunque la muchacha se sentaba allí pensando para sí en las cosas que había que comprar en la granja y en el mercado para preparar la siguiente comida. Nadie se atrevía a contradecir a Benedict Fludd, por miedo a que dejase de mostrarse tan amable y se volviera malhumorado o irascible. Estaba enseñándoles cómo modelar una cabeza. Nadie modelaba a Elsie por debajo del cuello. Estaban tratando de representar su cabello crespo, su boca bien marcada y sus ojos grandes. El intento de la señora Oakeshott era con mucho el mejor. Había captado muy bien el ángulo de la mandíbula y el cuello. Las cejas sobre los ojos vacíos eran prometedoras y estaban llenas de vida.

La pequeña Tabitha vagaba por ahí con el niño, Robin, y se tropezó con Violet Grimwith en el huerto, que estaba leyéndoles en voz alta a los Wellwood más pequeños, Florian, Robin y Harry. Hedda, más bien huraña, se encontraba junto al grupo, pero no formaba parte de él. Estaba leyendo un libro, tumbada boca abajo en la hierba, pensando que aquello no era suficiente para ella y que, a ese paso,

enloquecería de aburrimiento.

Tabitha se acercó al público. Violet levantó la vista.

—Venid y sentaos con nosotros, si os apetece. ¿Cómo se llama ese niño?

—Robin. Yo cuido de él por encargo de su madre.

Era mayor que Hedda, pero más bajita.

—Bueno, tráelo aquí para que oiga el cuento —dijo Violet—. Estamos leyendo *Tras el viento del norte*. ¿Lo conoces?

—No, señora.

—Yo sí —afirmó Robin Oakeshott, y se sentó junto a Robin Wellwood—. Me gusta. Siga leyendo.

Violet le echó una mirada calculadora, y siguió con la lectura.

La señora Oakeshott se ofreció para ayudar a montar la obra. Echó una mano a Imogen Fludd con los vestidos, y demostró su destreza con las trenzas doradas y los abundantes pliegues del vestido de la encinta Hermione. A Olive le cayó bien. Cayó bien a todo el mundo. Lo contrario habría sido casi imposible.

Olive encontró a la señora Oakeshott detrás del seto de tejo, en el lugar donde esperaban para hacer las entradas y salidas; estaba ajustándole a Humphry la hebilla del manto real. Vio la mano de Humphry en la nuca de la señora Oakeshott, palpando la tensión y aliviándola con sus dedos hábiles, como hacía con la propia Olive. Dio un paso atrás.

—En todo caso, Marian —dijo Humphry—. Por muy sensata que seas..., que seamos..., la idea es una locura. Preferiría que te volvieras a casa.

Marian Oakeshott apoyó la cabeza —con confianza— en el hombro de Humphry.

—Es difícil —dijo, y luego añadió—: Te quiero, te quiero mucho, cariño, por escasas que sean mis esperanzas.

—¡Oh, bueno! —respondió Humphry—, yo también te quiero, eso no puede cambiarse. Pero es imposible, y lo sabes, siempre lo has sabido.

Y Marian Oakeshott extendió los brazos, lo obligó a agacharse y lo besó, él soltó una especie de gemido y la abrazó y besó a su vez. Olive vio cómo temblaba y oscilaba su cabello. Pensó en seguir adelante, y se batió en retirada.

Hedda estaba tumbada en la larga hierba con la falda arrugada por encima de las bragas y con las piernas morenas y larguiruchas extendidas. Tenía la suerte de no tener fiebre del heno, como decía Phyllis. No estaba exactamente leyendo *La edad dorada*. «Soy una serpiente entre la hierba —pensaba—, una serpiente escondida.» Violet estaba a poca distancia de allí, cosiendo en una butaca baja de mimbre entre la hierba mal cortada. Hedda pasaba mucho tiempo espiando a Violet, en represalia por el hecho de que Violet la espiaba a ella y registraba sus cajones y leía sus cuadernos. Hedda, como Phyllis, estaba siempre disgustada porque la dejasen fuera del grupo de

los mayores, Tom y Dorothy, Charles y Griselda, y ahora Geraint. Pero, así como Phyllis era quejosa, Hedda se sentía ofendida. Era el traidor de los cuentos de caballerías y los mitos. Era Vivien, era Morgan Le Fay, era Loki. Despreciaba a los personajes amables de ojos bovinos, a Elaine, la doncella lirio, a la fiel Psyche, a Nanna, la llorosa mujer de Baldur. Era un detective que veía más allá de las apariencias. Su norma para juzgar a las personas es que nadie es tan amable como parece. Era la más morena de los niños, tenía el cabello largo y negro, cejas negras y gruesas, que estaban fruncidas la mayor parte del tiempo, y largas pestañas hermosas en sí mismas, sobre todo cuando dormía. No tenía con quien hablar acerca de sus investigaciones. Phyllis era idiota. Florian era un bebé. Había tenido esperanzas sobre Pomona, pero había resultado ser tan idiota como Phyllis. A Dorothy la odiaba porque era mayor y tenía privilegios de los que Hedda carecía, y porque tenía a Griselda y siempre estaban juntas, mientras que ella no tenía a nadie. Sin embargo, Dorothy ignoraba lo que Hedda sabía, al menos en parte. Incluso había considerado la posibilidad de tener a Tabitha como amiga —era raro que ella, a los diez años, fuese claramente una niña pequeña, mientras que Tabitha, a los doce, tuviese a Robin Oakeshott a su cargo, y fuese una especie de niñera—. Comprendía que la sencillez de Tabitha era fingida. Tabitha tenía sus propias ideas, que se reservaba para sí. Hedda ignoraba en qué consistían, y notaba que Tabitha no quería que lo supiera. Tabitha estaba actuando y no podía permitirse dejar un resquicio en la superficie.

Olive llegó por el huerto, corriendo, cogiéndose las faldas. Acercó una silla a Violet, se inclinó hacia ella y le siseó con un susurro de desesperación. Hedda podía oírlas perfectamente desde donde estaba y se quedó muy quieta.

—Acabo de descubrir algo terrible, Vi. No sé qué hacer.

Estaba temblando como el azogue.

—Cuéntamelo —dijo Violet. Hedda sabía que a Violet le gustaba que le contaran las cosas.

—Esa mujer..., esa señora Oakeshott..., no es la señora de nadie..., es la misma mujer..., la virginal Marian.

—Estaba claro desde el principio —repuso Violet.

—¿Qué?

—Me lo había imaginado. ¿Qué te ha disgustado tanto?

—Ella lo besó y él le respondió. Lo he visto.

—Fue una estupidez. Es mejor no verlo. Va a ser la maestra de Puxty. ¿Qué piensas hacer?

—No soy de piedra, Violet, aunque tú lo creas. Tengo sentimientos violentos. Estoy muy, muy enfadada..., no soporto estos enredos. Así no puedo trabajar. Lo sabes muy bien. No puedo permitirme ponerme tan nerviosa. Necesito trabajar.

—En ese caso, será mejor que no te pongas nerviosa. Eres la gallina que pone los

huevos de oro de los que dependemos todos. Incluyendo, supongo, a la virginal Marian. Nos irá mejor si empieza a ganarse la vida en Puxty. Lo último que necesitas son más bocas que alimentar.

—Él la besó.

—Bueno, ya sabes cómo es y cómo se comporta. En cualquier caso, no nos abandonará, de eso puedes estar segura. La verdadera víctima no eres tú, la gallina, sino la señorita Marian.

—Pero vi cómo...

—Pues asegúrate de no ver nada más. Tienes práctica. Besa tú también a alguien, hay muchos a quienes les gustaría, y lo sabes muy bien.

Hedda intuyó que estaba ocurriendo algo que no acababa de comprender, algo que escapaba a su comprensión.

Olive soltó una risita.

—El señor Methley me ha estado dando una charla sobre la naturaleza de las mujeres.

—Ese es otro que no sabe tener las manos quietas.

—¿Lo has notado?

—Hay pocas cosas que se me escapan —repuso Violet con satisfacción. Eso era, pensó Hedda, tenía que saberlo todo o se sentía..., inferior y menospreciada...

—Así que crees que debería seguir como si nada..., como si no me hubiese dado cuenta de nada...

—¿No es esa una de tus mayores habilidades?

—¡Qué dura eres conmigo!

—Más bien lo contrario —replicó Violet.

Aquella primera escuela de verano fue azarosa e improvisada de principio a fin. Más tarde adquirió un patrón que se desarrollaba, como por casualidad, en momentos concretos, pero en ese primer año, cualquier acontecimiento —una conferencia, una clase de dibujo, una lectura poética y, sobre todo, la obra de teatro— se relacionaba con los demás; Toby Youlgreave daba una charla sobre los cuentos italianos acerca de bebés abandonados y devueltos cuando eran niñas preciosas, mientras el grupo de bordado diseñaba esquemas y tejidos florales para el primer acto invernal en blanco y negro, y el festival de primavera del segundo, donde Perdita tenía que esparcir flores. August Steyning llegó para ayudar con los efectos escénicos —sobre todo con Olive-Hermione, como estatua— y se quedó para dar clase de teatro y diseño de vestuario a los jóvenes Fludd y Wellwood. Tomó de *El cuento de invierno* todo lo que se ajustaba a su teoría de que las marionetas eran más profundas en su presentación de la pasión humana que los torpes, o cohibidos, actores humanos. Instruyó a Florence sobre cómo bailar «como una ola del mar» y dobló su cuerpo con sus propias manos, induciendo una parálisis de la timidez y luego, inexplicablemente, una nueva libertad

de movimientos. Florence dijo frotándose las muñecas y los tobillos:

—¿Qué es lo que me ha hecho? Me siento como si mis manos y mis pies no me pertenecieran.

—Bien —respondió August Steyning—. Ahora otra vez, salta, salta, deslízate, rodea la luna llena con los brazos, deja que tus dedos la sostengan..., está fría, así que...

Florence tuvo la sensación de estar hecha de mercurio líquido.

Prosper Cain fue a verlos siempre que pudo y se lo permitieron los asuntos del museo. Impartió una charla sobre la artesanía del arte y el arte de la artesanía, y sobre cómo —incluso en la pintura y la escultura— ambos eran inseparables. Hacía falta conocer el diseño, lo mismo que la física y la química, o la pintura no secaría debajo del barniz y el barro no retendría el esmalte. Y también hacía falta algo —una agudeza de visión— que no podía enseñarse, pero, en su opinión, tampoco podía adquirirse sin una práctica constante.

Asistió a una clase en la que varios alumnos —profesionales y aficionados— estaban diseñando la serie de cuadrados, como si fuesen azulejos, en tejido bordado o impreso, de *El cuento de invierno*. Seraphita Fludd estaba impartiendo aquella clase sentada en un extremo del granero, y diciendo «muy bien, más que pasable» a todo lo que le mostraban. Cain deambulaba con Olive Wellwood detrás de las sillas y caballetes y hacía comentarios. Sus propios hijos habían hecho unos diseños florales muy aceptables y levemente paródicos. Holandés el de Florence y una versión de la porcelana de Sèvres el de Julian.

—Muy bonito —le dijo Prosper Cain a su hijo.

—Querrás decir muy competente —respondió Julian—. Sabría hacer esto con una mano atada a la espalda. Es una burla. Carezco de esa agudeza visual que tanto alababas esta mañana. No es real, y sé que lo sabes.

—Quisiera saber qué le falta para ser real —afirmó Prosper, dando por buena la evaluación de Julian de su propio trabajo.

—No creo que el arte deba ser personal —repuso Julian—. De hecho, creo que no debe serlo. Y, aun así, lo malo de mis rosas es que no tienen nada que ver conmigo. No me necesitan, y yo no las necesito a ellas.

Cuando estuvieron donde nadie podía oírles, Olive dijo a Prosper que era afortunado por poder hablar con sus hijos con tanta comodidad, por hacer que se sintieran cómodos, quería decir, lo bien que los había educado teniendo que ser...

—Un padre y una madre al mismo tiempo —dijo Prosper—. Tanto un hombre como una mujer. No ha sido fácil. Los soldados somos muy masculinos, por naturaleza. Pero necesitamos ciertas habilidades femeninas, como coser y limpiar, porque vivimos lejos de las mujeres. En ese sentido somos como los niños a quienes el doctor Badley está enseñando costura y cocina en Bedales. Una idea que, como

soldado, me resulta atractiva. Campamentos y costura para chicos. Y teatro. Vayamos a ver lo que ha hecho la señorita Fludd. Me interesa.

Ahí estaba Imogen Fludd, con su ropa cosida a mano de mala manera, que carecía tanto de arte como de artesanía. Había diseñado un cuadrado blanco y negro, y un grupito de flores primaverales. El blanco y negro eran flores cubiertas de escarcha en una ventana, los pétalos estaban delineados con meticulosas hileras de puntos minúsculos, una filigrana como de encaje que debía algo al trabajo de Beardsley para *The Yellow Book* y *The Savoy*, aunque Prosper Cain no acertaba a imaginar cómo aquella chica medio obtusa podía comprender las formas sutiles y sexuales de Beardsley. ¿Serían inocentes los frunces y los pliegues de sus flores escarchadas? Sus flores primaverales estaban pintadas con colores pasteles, un matiz de rosa, una sombra de amarillo pálido, una mancha azul como las venas de su pálida muñeca. Parecían estar tratando de volver al plano del papel, como si se ruborizaran levemente por estar allí. Poco faltó para que dijese algo anodino y pasara de largo, pero las formas despertaron algo en su imaginación y comprendió que la chica tenía, sin saberlo, justo esa agudeza de visión a la que, con razón, había renunciado Julian.

—¿Sabes? —dijo—, esto podría ser bueno. ¿Qué hacen tus flores en mitad del papel? Como si estuviesen cayendo por una chimenea. Deberías hacer lo que siempre ha dicho el señor Morris, extender las formas vegetales hacia el borde del cuadro, para que puedan crecer más allá...

—No sé cómo hacerlo.

No alzó la mirada, su expresión parecía reconcentrada.

—Pues entonces —dijo Prosper, llevado por un impulso—, define sus límites, ¿me permites?

Imogen le alcanzó el carboncillo y los lápices.

Prosper rodeó las flores cubiertas de escarcha con ventanas cuadradas. Y luego dibujó un círculo alrededor de las flores primaverales, casi como si estuvieran en un plato, o rodeadas por el borde de una cesta. Fue sorprendente cómo el encierro les insufló vida. Prosper se echó a reír.

—Necesitaban sentirse protegidas —dijo.

—Necesitaban sentirse protegidas —repitió ella.

—¿Puedo ver alguna cosa más? —preguntó Prosper.

Imogen le pasó una carpeta. Dentro había una serie de dibujos de pececitos de colores, azules, amarillos y rojos, que saltaban y se retorcían.

—Trataba de ilustrar las *Las mil y una noches* —explicó—. Los peces parlantes. Carece de forma, como todo lo que hago.

Prosper rodeó los peces con una improvisada sartén con dos asas y cobraron vida con tanta peculiaridad como antes.

—No puede decirse que ahora estén más protegidos —afirmó—. Pero sí que



parecen más animados. Tienen un propósito, aunque solo sea escapar de la sartén.

—¿Para caer en el fuego? —respondió Imogen con aire dubitativo.

—¿Te has planteado la posibilidad de matricularte en el Royal College? —dijo Prosper—. Tienes talento. Podrías aprender el oficio.

—No sé —replicó Imogen.

—Deberías pensarlo. Hablaré con tu padre.

Reparó en que ella estuvo a punto de rogarle que no lo hiciera, pero luego decidió callarse.

Cuando salieron de la clase, Olive le preguntó por qué había animado a Imogen Fludd y no a sus propios hijos, que, obviamente, eran mucho más expertos.

—Expertos, sí —dijo Prosper Cain—. Pero esa chica tiene lo mismo que tú, amiga mía, intuye la forma de las cosas igual que tú reconoces la forma de los cuentos. Un artista debería saber reconocer a otro.

—Yo no soy una artista. Me gano la vida escribiendo cuentos.

—Eso es una tontería, y lo sabes.

Así llegaron lentamente la representación teatral y el final de la escuela de verano. El teatro estaba en el descuidado jardín que había junto a Purchase House y que, en otro tiempo, había sido un jardín simétrico y en la actualidad tenía varios setos descuidados que habían sido de tejo bien podado y ahora estaban cubiertos de barbas y penachos e invadidos por las zarzas y los líquenes. Steyning ordenó a algunos estudiantes y colaboradores, incluyendo a Dobbin y a Frank Mallett, que hicieran estatuas de cartón piedra sobre bastidores de alambre, que en las escenas invernales aparecerían desnudas y en las veraniegas estarían cubiertas de flores reales y de seda mezcladas. Había llevado consigo unos focos que alteraban las sombras de aquellas formas y hacían que pareciesen calvas y siniestras, o brillantes y claras. Había un sátiro con cuernos de cabra y muslos peludos, una chica desnuda con el cabello suelto vista de espaldas y dos faunos con las piernas cruzadas, que sonreían mirando al extremo del escenario en la escena de la cosecha y no aparecían en el palacio esculpido siciliano. Luego estaba el pedestal de Hermione. Fue muy exigente: quería que la estatua de la mujer estuviese por encima del público y los actores, con la luna llena, sombría y plateada por detrás. Quería que tanto la madre de piedra como la hija carnal estuviesen castamente vestidas con infinitos pliegues de tela blanca, y agotó a Olive cambiándola de sitio y recolocando su complicado vestido una y otra vez. Señaló que, de espaldas a la luna y cubierta con un velo, resplandecería entre las sombras, y las siluetas de los arbustos y de su cabeza encapuchada producirían un efecto mágico. Cuando bajara de allí debería moverse como un autómatas. Como si la fuerza de la gravedad, y no su propia voluntad, levantase sus pies, doblara sus rodillas y colocara los brazos en su sitio.

—No sé qué hacer con los brazos.

—Tendrá que sujetar los pliegues mientras esté ahí arriba, o asomarán. Cruce el brazo derecho por encima del pecho para sostener el velo sobre el hombro izquierdo. Y ponga el brazo izquierdo en torno a la cintura para aguantar la tela y que no se suelte cuando se mueva. Necesitará anillos blancos, de marfil o adularia, para los dedos. Veré lo que puedo encontrar.

A Olive no se le daba demasiado bien deslizarse como un autómata y le irritaron las constantes repeticiones.

—Piense que está emparentada con el convidado de piedra en *Don Giovanni*, que es una hermana de la Galatea de marfil de Pigmalión... Piense en la música de piedra...

—Soy una mujer de mediana edad que ha traído varios hijos al mundo —repuso Olive con aspereza.

—Tiene usted una preciosa figura femenina —repuso Steyning—, que seguía pensando en términos escultóricos.

La primera noche se plantó allí, con la luna a sus espaldas, haciendo sombras con su ropa, a la que se aferraba con los nudillos pálidos. Le sorprendió lo difícil que era estarse quieta tanto rato. Pensó en su cuerpo, bajo aquella extraña túnica blanca, «como el maniquí de una modista —pensó—, un objeto impreciso y enfundado». Se estaba haciendo mayor. Tenía pliegues a través del estómago y sobre los hombros. Aquel era todavía su tiempo. Prosper Cain la admiraba. Herbert Methley la deseaba. Humphry la quería, pero estaba enfadada con él. La había alegrado un poco, al recordar su conversación con la virginal Marian, que pareciera evidente por sus palabras que no sabía ni que Marian fuese la nueva maestra de Puxty, ni que tuviera pensado asistir a la escuela de verano. Aquello pasaría, igual que antes habían pasado otras cosas. Cambió imperceptiblemente de postura, pues tenía los tobillos tensos y entumecidos.

Una mujer subida en un pedestal puede ver por encima del cercado sobre el que debe sobresalir. Allí, en el camino detrás del seto de tejo, con las cabezas apoyadas la una contra la otra, estaban Humphry con su túnica real y sus medias, y el cabello pelirrojo artificialmente blanqueado por August, y Marian Oakeshott, con un precioso vestido cubierto de nomeolvides sobre un fondo de color crema. Estaba cepillándole el polvo blanco que había caído de sus cabellos sobre el terciopelo de la túnica. Era un gesto típico de una esposa. La rabia embargó a la estatua, que, no obstante, debía seguir inmóvil. Deliberadamente, pensó en los dedos inquisitivos de Herbert Methley. Involuntariamente, recordó las vacas absurdas y alarmantes. Era su propia dueña.

Olive y Humphry celebraron el éxito de la obra en el jardín iluminado por el claro de luna rodeados de un círculo de admiradores que incluía a Marian Oakeshott. Todo el

mundo alabó la inmovilidad e impasibilidad de Olive en el papel de estatua. La señora Oakeshott hizo inteligentes comentarios sobre el brillante discurso en verso con el que Hermione se defiende apasionadamente en el primer acto. Incluso se refirió a varios aciertos en la prosodia. Olive se quedó un tanto confusa y se alegró de volverse hacia Herbert Methley, que hizo varias observaciones sobre el carácter de Hermione como mujer, y observó que pocos personajes femeninos de Shakespeare eran mujeres, puesto que la mayor parte estaban concebidos para ser interpretados por muchachos, que hacían mejor de jovencitas. Siempre se había preguntado cómo podía un crío hacer de Cleopatra. Le gustaría ver a la señora Wellwood interpretar a Cleopatra. Le besó la mano y la retuvo más tiempo de la cuenta.

Y así fue como Olive acabó en la cama con Herbert Methley. Fue en una cama de una posada llamada Smugglers' Rest, en un lugar de la costa enfrente del canal. Una cama combada que parecía probable que crujiera, en un dormitorio con el suelo irregular de madera y una ventana que no ajustaba bien, cubierta con una cortina de ganchillo con pececitos. La posada la regentaba una señora gorda, untuosa y extrovertida, que alimentó a los amantes con platos de marisco y pan con mantequilla. Methley le explicó que, de vez en cuando, alquilaba ahí una habitación, si quería estar solo para inspirarse. Olive pensó que «estar solo» significaba «no estar con Phoebe» dado que, por lo demás, su pequeña granja era bastante solitaria. Para poder reunirse allí habían tenido que hacer una sorprendente cantidad de preparativos. Habían tenido que contar muchas mentiras. Olive había cogido el tren para ver a un editor en Londres y se había apeado en la siguiente parada, lo cual explicaba que fuese vestida de un modo tan formal, con un gran sombrero y guantes.

Habría sido mejor si hubiesen podido caer impulsivamente el uno en brazos del otro en un pajar, pero ambos pensaron que, estando rodeados de estudiantes de arte y tantos niños, no sería muy práctico. Methley había repetido con halagadores apremios: «Tienes que venir, tienes que venir, es inevitable». Y, cuando ella se lo sugirió, dispuso todos los preparativos con una desenvoltura que Olive prefirió no cuestionar. Durante la comida, había criticado con ciertos celos y amargura las «anémicas» teorías de August Steyning acerca del método de interpretación impersonal. «Anémicas y sin alma», afirmó Herbert Methley. Bastante poca pasión había en el mundo para apartarla también de los escenarios, donde debería reinar sin limitaciones. Olive pensó que resultaba muy embarazoso estar sentada comiendo ostras, conversando sobre Kleist y las marionetas y mirando a los ojos de un futuro amante. Todo era demasiado calculado y nada espontáneo. Pensó que debía de haber mujeres que disfrutasen con aquello..., pero ella no era así. Pensó en cómo decir que se había equivocado y tenía que volver a casa, pero fue incapaz de dar con las palabras y el tono adecuados. Así que terminó su tarta de fresas con nata, y siguió a Herbert Methley por las estrechas escaleras de madera.

Una vez en el dormitorio, él se agachó para cerrar la puerta con llave y levantó los brazos para ayudarla a quitarse el sombrero. Ella se puso rígida como una estatua. Methley observó:

—Estás pensando que has cometido un error y deberías volver a casa. Te avergüenza estar cometiendo adulterio por una especie de venganza. Tienes la sensación de que todo esto resulta mecánico y poco apasionado. Ya ves que puedo leerte el pensamiento. —Olive se rió, murmuró: «Ciertamente has dado en el clavo», y se relajó un poco—. Soy escritor, sé lo que piensa la gente. Me pongo en su pellejo. Me gusta tu cuerpo, y a ti te gustará el mío. El sexo, mi querida amiga, siempre es absurdo y ridículo y, al mismo tiempo, tiene una importancia apasionada. Nos conoceremos mutuamente, como dice la Biblia. ¿Qué puede haber más sorprendente?

Se fue quitando la ropa mientras hablaba y dejándola bien plegada sobre una silla. Olive miró su cuerpo de soslayo. No era pálido con las extremidades rojizas, como el de Humphry, sino de un color tostado y bronceado, debido a los frecuentes baños de sol. Soltó una risa como un gruñido. «Todos los cuerpos son ridículos —pensó—, es muy inteligente por su parte el decirlo.»

—«Me desnudo yo primero para enseñarte, así pues, ¿qué necesitas para cubrirte más que un hombre...?» —dijo. Olive no supo identificar la cita. Él le desabrochó el cinturón y empezó a desabrocharle los botones.

—En todo caso —afirmó Olive después de recuperar el habla—, tienes razón, creo que esto puede ser una equivocación, me siento avergonzada.

—Pues claro, pues claro —respondió él, quitándole el vestido y empezando con la ropa interior—. Pero pretendo hacer que olvides todos esos pensamientos pronto, muy pronto.

Y ella se metió a toda prisa desnuda en la cama, sin quitarse siquiera las horquillas del pelo, para que él no pudiera fijarse en las flojedades y cicatrices de su piel.

Al contrario que Humphry, habló mucho durante el acto sexual. Humphry era viril, silencioso y autoritario. Methley era íntimo, se acurrucaba a su lado, pensó ella, como una serpiente, como una salamandra, murmurándole al oído: «¿Es mejor así? ¿Mejor aquí... o aquí...? ¿No es delicioso...?».

A su cuerpo le complació lo que le hacía, la mayor parte del tiempo, y él se daba cuenta enseguida cuando no era así, cambiaba de dirección, se corregía. Ella miró su «cosa», que era parda y fina, a diferencia de la de Humphry, que era más gruesa. No debía pensar en Humphry.

—No pienses, deja de pensar —le dijo Herbert Methley al oído—, ahora debes dejar de pensar, cariño, mi amor. —Y ella dejó de pensar, y llegó a un clímax estremecido como no había conocido nunca, con un grito que pensó que debió de ser audible en toda la posada—. Te lo dije, te conozco, estamos hechos el uno para el

otro —susurró la voz en su oído, y ella comprendió que sería difícil renunciar a una segunda experiencia como aquella, y, sin embargo, estaba... no avergonzada, sino turbada por lo diferente que había sido todo y por sus propios e involuntarios movimientos.

Cuando Olive estaba turbada, escribía. Escribía como si soñara, encontrando el significado o descartando posteriormente las imágenes. Escribía para volver a aquel otro mundo mejor. Cuando regresó a Todefright, después de *El cuento de invierno* y la posadas Smugglers' Rest, escribió una larga descripción de un pasadizo en el que el grupo de expedicionarios se encontraba con un objeto alto y cubierto de vendas, una columna o un prisionero, escribió, como una escultura de escayola recubierta de vendajes húmedos, que estaban endureciéndose hasta adquirir una forma permanente. Era blanco grisáceo, una especie de enorme capullo. El joven príncipe avanzó hacia él valientemente, como hacía siempre. Gathorn le previno: «No lo toques. Esas son las redes que ella teje y son venenosas». El príncipe se aproximó por el pasadizo con su lamparita y reparó en el brillo de unos ojos entre las redes, unos ojos vacíos que hablaban, aunque la boca estaba tapada y los labios eran un leve montículo. «Está viva, debemos liberarla», dijo el valiente muchacho al duende.

Aquí Olive se vio chasqueada un momento por su propio ingenio. ¿Cómo iba a liberarla si las redes eran venenosas? Lo hizo con su espada mágica, que siseó al entrar en contacto con el líquido y arrancó chispas en los sitios que se habían solidificado. Ahora podía verlo. Las vendas se deshacían formando pequeñas tiras y otras partes sólidas como loza o porcelana, igual que uñas rotas. Después de quitar todas las vendas, salió de la mortaja una mujer de cabellos blancos con la cabeza gacha y los hombros encorvados, que al principio parecía demasiado anciana y exhausta para sobrevivir a su liberación. Se tambaleó y el joven héroe la cogió entre sus brazos, la sostuvo y de pronto reparó en que era una joven hada, cuyos níveos cabellos resplandecían con una vida y una luz sobrenaturales, y cuyos ojos de esmeralda brillaban con magia. Y de repente volvió a ser vieja, de labios pálidos y con la piel descolgada sobre los huesos.

Le explicó que era un hada muy poderosa, que había ido debajo de la montaña a ayudar a aquellos a quienes les habían robado la sombra y se había dejado atrapar por la reina oscura que tejía en aquellas profundidades y la había envuelto en sombras muertas a las que las tejedoras habían absorbido la vida. Si hubiesen tenido suficientes para taponar los ojos se habría vuelto como ellas. Pero todavía conservaba un poco de poder en la mirada.

Olive se detuvo, insatisfecha. La imagen era buena, pero no acababa de casar con el cuento subterráneo. Además, tenía la impresión de que la presencia de aquel hada — aparentemente adulta— debilitaba, en lugar de fortalecer, el conflicto entre la reina

blanca de los elfos y la reina oscura de los abismos. Por alguna razón, solo había sabido incluir aquellos dos personajes femeninos. No lograba insuflarle vida a ningún otro, los chicos los encontrarían afeminados, y complicaban el hilo de la narración.

Sin embargo, la idea de la criatura bondadosa envuelta en sombras muertas era demasiado buena para descartarla.

Reescribió el pasaje, eliminando la altura, la edad y la belleza del hada, y sustituyéndola por un espíritu aéreo, de piernas y brazos delgados, con cabellos de un luminoso y pálido color dorado (y sin sexo reconocible, se refería a él de forma neutra). Le fascinaban los espíritus terrestres de Paracelso: sílfides, gnomos, ondinas y salamandras. Pero cuando empezó a concebir conscientemente el cuento subterráneo eliminó cualquier palabra o imagen que remitiese de manera demasiado obvia a la mitología clásica y despertara todo género de respuestas fáciles que quería evitar en el lector. Quería que sus lectores —Tom en primer lugar, aunque pensaba muy vagamente en otros— viesen su criatura aérea tal como ella la había inventado. Hizo que tuviese el cabello encrespado, como movido por el viento, transparente como el hielo, pero luminoso. Le proporcionó venas y tendones azules como el cielo y dorados como el sol. Sus huesos también eran transparentes. ¿Y sus ojos? Eran extraños y amarillos, con un lunar negro en el centro. Pensó en él y dudó si llamarlo «silfo», y en si bastaría con eliminar la terminación «—ide» para borrar las asociaciones clásicas. «Silfo» se parecía a «elfo», una palabra inglesa suavizada.

El silfo no se tambaleó como un anciano, ni se convirtió en una joven lozana entre los brazos del muchacho. Bailó como una luz de las marismas, celebrando su liberación, y advirtió al grupo de los peligros inesperados que acechaban en los siguientes pasadizos. Afirmó que, si él fuese Tom, se volvería ahora que estaba a tiempo, y añadió que podía pasarse perfectamente sin su sombra, viviendo en un perpetuo mediodía. Dijo: «Tal vez tu sombra no quiera volver a la superficie. Es posible que prefiera quedarse con los gnomos y las salamandras». Tom replicó: «Mi sombra es mía».

«Puede que ella ya no opine así», repuso el silfo, y Olive se preguntó asustada cuáles serían las implicaciones de aquella observación que había escrito llevada por un impulso, sin pararse a pensarlo demasiado.

**A**l acercarse el cambio de siglo, los jóvenes estaban a punto de convertirse en adultos, al menos varios de ellos, y sus mayores los miraban, con sus pieles lozanas y sus gracias y torpezas recién adquiridas, embargados por una mezcla de ternura, temor y deseo. Los jóvenes ansiaban librarse de los adultos, y al mismo tiempo les ofendía cualquier indicio de que los adultos pudiesen estar deseando librarse de ellos.

La familia de Prosper Cain no parecía tener grandes dificultades y, de hecho, gozaba de buenas perspectivas. Julian fue a Cambridge en diciembre de 1899 e hizo el examen de ingreso para el King's College, donde consiguió una beca. Debía empezar en otoño de 1900. Florence estaba estudiando para conseguir diplomas superiores de Cambridge en varias materias, y hablaba de estudiar idiomas en Newnham College. El recién bautizado Museo de Victoria y Alberto estaba sumido en un torbellino de obras y reorganización, había encendidas polémicas entre quienes veían el museo como una «colección de curiosidades» y quienes consideraban que su primera función era la formación académica de los artesanos y profesores. El Royal College of Art, que había reemplazado a la National Art Training School, de la que Walter Crane había sido director entre 1898 y 1899, estaba dirigido ahora por un consejo artístico: cuatro expertos de la asociación de artistas empapados del idealismo del Arts and Crafts. W. R. Lethaby se convirtió en el primer profesor de diseño del college, y el curso se dirigió a «los profesores de arte de ambos sexos», «diseñadores», y «artistas». Había una mujer para atender a las estudiantes femeninas, pues no había ninguna profesora y sí un grupo muy nutrido de jóvenes alumnas.

Prosper Cain había estado observando a Imogen Fludd. Se decía a sí mismo que era incapaz de quedarse plantado y verla mirar las musarañas en Purchase House, a mitad de camino entre una pastorcilla cubierta de barro y una princesa raptada. En 1900 tenía alrededor de veintiún años, y no tenía ni marido, ni profesión, ni una vida sensata en casa. Aunque, en opinión de Prosper, poseía un auténtico y delicado talento artístico. Estaba convencido de que debía alejarse de la influencia de Benedict Fludd, y de las miasmas de la inactividad de Seraphita, y aprender a hacer algo. Habló con Walter Crane, que admiraba las vasijas de Benedict Fludd y estaba al tanto de las extravagancias de su temperamento. Los futuros estudiantes tenían que aprobar una serie de rigurosos exámenes sobre arquitectura (doce horas para dibujar un objeto arquitectónico pequeño); un examen de seis horas de modelado, pongamos que de la boca del David de Miguel Ángel a carboncillo, dibujo (un dibujo al natural de la

cabeza, la mano y el pie), ornamento y diseño —un dibujo de memoria de una hoja de roble fresno o tilo—; y caligrafía de una frase dictada. Prosper Cain ignoraba si Imogen tendría bastantes dotes —o el valor suficiente— para presentarse a aquellos exámenes públicos. Persuadió a Crane de que le permitiera asistir a las clases como oyente. Ya verían después cómo se desarrollaban los acontecimientos. Sería fácil mantener la ficción de que había ido a «visitar» al conservador de metales preciosos.

Cain fue a Lydd a finales de otoño de 1899 y le propuso aquella idea a Imogen, a quien llevó a dar un paseo por la playa, después de rechazar con firmeza y cierta desconsideración la sugerencia que les hizo Seraphita de que a Pomona le gustaría acompañarlos. Eso le produjo la ridícula sensación de estar comportándose como un pretendiente, cuando, de hecho, sus sentimientos eran casi paternales. Imogen vestía una larga capa con capucha, sujeta con dos broches de plata abollados que a él le parecieron feísimos. La capucha se le quitaba sola y toda la prenda ondeaba y aleteaba con el viento que llegaba del mar. Al quitársele la capucha, su cabello también ondeó al viento. En teoría lo llevaba recogido con una cinta trenzada que lo sujetaba con una especie de melena detrás de la cabeza, pero Prosper pensó que el conjunto era un desastre. Debería ir al peluquero y llevar un sombrero elegante. Miraba hacia abajo, con las pestañas caídas, a sus botas cómodas pero muy gastadas, y se sujetaba la ropa con los dedos enguantados en unos mitones de encaje para que no se le volase. Tenía, en opinión de él, una cara muy dulce e inocente, que no debería exhibir aquella expresión carente de vida que percibía en ella.

—Llevo tiempo queriendo hablar contigo a solas, pero ha resultado muy difícil. Tengo una idea que quisiera proponerte.

—No creo que...

—Por favor, escúchala, antes de rechazarme...

Aquellas eran las palabras de un pretendiente.

Imogen siguió mirando al suelo.

Le expuso su plan. Le explicó que, tras un período de aprendizaje y cuando dominase los trucos básicos del oficio, podría hacer el examen de ingreso y convertirse en profesora o artista, según sus preferencias.

—¿Por qué? ¿Por qué hace usted esto por mí?

—No me gusta que la gente se malogre. Y tú tienes talento.

—Hay un sinfín de razones —dijo hablándole al viento y las gotas de agua del mar— por las que no puede ser. Es imposible.

—¿Te gustaría hacerlo, si fuese posible? —La chica inclinó la cabeza y la capucha cayó hacia delante—. Hoy mismo hablaré con tu padre.

—No puede. Debo..., mi padre, mi madre, Pomona me necesitan...

—¿Y qué necesitas tú? Tu hermano no parece haber sentido la necesidad de quedarse. —Geraint, en efecto, se había trasladado a las oficinas de contabilidad y



telegramas de la City londinense, donde se estaba abriendo rápidamente camino en el banco de Basil Wellwood—. Creo tener cierta influencia en tu padre. Le convenceré de que estarás segura, pienso invitarte a alojarte conmigo y con Florence, mientras aprendes a manejarte en el college. ¿Cómo va a poner objeciones?

—Usted no lo comprende —repuso Imogen, sin entusiasmo. Él se detuvo, la cogió por los hombros y la miró a la cara.

—No, no lo comprendo todo. Pero creo comprender lo suficiente para poder exponerle el caso a tu padre.

Y luego, de pronto, ella se arrojó a sus brazos y apoyó la cara en su hombro. Prosper no oyó lo que decía, nerviosa y atropelladamente, junto al cuello de su chaqueta, pero la abrazó y le dio unos golpecitos en la espalda, mientras notaba cómo la chica sollozaba entre sus brazos.

Abordó a Benedict Fludd con una inquietud que supo ocultar a la perfección. Fue a ver a Fludd a su estudio: la estancia, que antes había sido un fregadero, estaba ahora repleta de vasijas secándose y cuadernos de dibujo, en medio de los cuales había un sillón Sussex de Morris & Co. En el que se hallaba sentado Fludd.

—Hay algo que quiero decirte... —dijo—, una propuesta que quiero hacerte. A propósito de Imogen.

De nuevo, aquella paródica y acechante sensación de estar comportándose como un pretendiente.

—¿Qué le pasa a Imogen? —preguntó Fludd, con descortesía.

Prosper Cain afirmó estar impresionado con el talento de Imogen, y le explicó su plan sobre su futuro inmediato.

La chica está muy bien donde está.

—Está sola y no tiene trabajo —objetó Cain.

—Su familia la necesita, yo la necesito.

—Tienes a Philip Warren y a la inestimable Elsie. Tienes a Pomona y a tu mujer. Creo que va siendo hora de que concedas a Imogen su libertad.

—¡Ajá! Piensas que la tengo encerrada.

—No. Pero creo que ha llegado el momento de dejarla marchar.

—Eres un militar cabrón, pomposo y entrometido. Y sabes mejor que nadie que no tengo dinero para mantenerla en esa ciudad asquerosa.

—Sugiero que viva en mi casa como invitada hasta que..., como creo que conseguirá hacer, obtenga una beca para estudiar en el Royal College. Así podrá ganar su propio sustento. Si no se casa. Aquí no tiene oportunidad de conocer a muchos jóvenes.

—¿Crees que ignoro cuál es mi deber? El suyo es cuidar de sus padres.

—Ahora no, todavía no, lo mires por donde lo mires. Viejo amigo, te estás portando como un padre tiránico de novela. Te conozco. Sé que quieres a tu hija.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabes?

—La quieres demasiado para separarte de ella fácilmente. Pero ella te querrá más si la dejas marchar. Y estoy dispuesto a hacerme cargo de los gastos del traslado si me das aquella jarra de color rojo oscuro con las serpientes fuliginosas que hace años tengo entre ceja y ceja. Debería estar expuesta en el museo, lo sabes muy bien.

—El que no sabe nada eres tú.

—Ya sé que no sé. Pero he observado a Imogen, y todavía no me has dado una buena razón por la que no deba venir conmigo a Londres.

—¡Oh!, llévate a mi hija y mi jarra y vete al demonio. Tómame un brandy. Mira las flores de diente de león que ha hecho Philip en esas bandejas con las semillas volando. Es un muchacho brillante.

—También es joven, igual que Imogen. ¿Puedo llevarme también algunas de las bandejas con los dientes de león para enseñárselas a los conservadores del museo?

Imogen llegó a Londres y Prosper dijo a su hija que debía conseguirle un sombrero decente y un vestido, pero no sabía cómo. Florence respondió:

—Yo le buscaré un sombrero, ya sabes que tengo buen gusto, le diré que es mío y que ya no me vale. Es demasiado alta para mis vestidos. Pensaré en algo.

—Te quiero, Florence. ¿Serás siempre igual de sensata?

—No. La verdad es que espero volverme muy tonta cuando envejezca. Es lo que le pasa a todo el mundo.

En casa de los Cain, dentro del museo, aparte del estruendo, el ajetreo y el polvo de las obras, Imogen dio la impresión de adaptarse a una normalidad más alegre. Resultó tener un don natural para el dibujo arquitectónico, hizo algunos capullos de rosa y nomeolvides de seda para el sencillo sombrero que le encontró Florence, y reformó por propia iniciativa su ropa para adaptarla a lo que llevaría una estudiante de arte. En casa de los Fludd, las cosas no eran tan alegres. Tras la partida de Imogen, Pomona empezó a andar en sueños de nuevo. Acabó varias veces en el dormitorio de Philip, en una ocasión sin ropa y envuelta solo en su cabello dorado, no demasiado limpio y excesivamente largo. Philip y Elsie hablaron del asunto. Elsie pensaba que Pomona estaba actuando. Le dijo a Philip que Pomona se estaba echando literalmente en sus brazos porque era el único joven disponible en los alrededores. Afirmó que Pomona era una histérica y estaba fingiendo. Philip respondió que no, que estaba completamente dormida, se notaba por el modo en que le tocaba. Quiso decirle a Elsie que la carne fría y desnuda de Pomona oprimida contra la suya le turbaba y estremecía —al fin y al cabo no era de piedra—, y al mismo tiempo se dijo que estaba tan profundamente dormida que, pese a su deseable blancura y sus pechos pequeños y firmes y sus pezones suaves y sonrosados, era inerte, carnosa, como si estuviese muerta. Elsie no le habló a Philip de la extraña conversación que había

tenido con Imogen el día de su partida. Le parecía tan inverosímil que, cuando trataba de recordarla, se preguntaba si no la habría imaginado. Imogen la había abrazado con afecto, cosa rara en ella, pues siempre la había mantenido a distancia en todos los sentidos. Le había dicho que tenía algo que decirle. La llevó a la cocina con la excusa de comprobar las provisiones.

—Si te pide que..., que poses para él, no lo hagas. Es decir, no te quites la ropa, aunque te parezca que no pasa nada, no lo hagas. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió Elsie, pensando perversamente que se quitaría la ropa si le venía en gana, aunque, si le hubiesen preguntado diez minutos antes si estaría dispuesta a posar desnuda para un artista, se habría reído y habría contestado: «Ni muerta».

La situación en casa de ambos Wellwood era menos feliz y más disputada que en la de los Cain. Los dos hijos de Basil Wellwood se oponían al futuro que sus padres tenían previsto para ellos. A Charles, o Karl, le había ido moderadamente bien en Eton, y había pasado parte de sus vacaciones asistiendo en secreto a las reuniones de la Federación Social Democrática con Joachim Susskind y (también acompañado de Joachim Susskind) a los mítines de la Sociedad Fabiana, donde su tío ejercía de orador. Los fabianos también estaban atravesando una época de disputas, que dividían a los imperialistas —que apoyaban al ejército británico en la guerra de los bóers y creían en la necesidad de extender por el mundo las virtudes de la democracia británica— de los socialistas más pragmáticos, que preferían concentrar sus esfuerzos en la propiedad pública y la gestión de los recursos y las tierras en Inglaterra. La sociedad había votado una moción que expresaba «su profunda indignación por el éxito de la monstruosa conjura... que ha conducido a esta guerra absurda e injustificable». La moción había sido rechazada por unos pocos votos. Sydney Olivier, a pesar de ser un alto funcionario del Ministerio de las Colonias, estaba indignado con la guerra: sus exaltadas hijas quemaron en efigie a Joseph Chamberlain la noche de Guy Fawkes de 1899. Los Webb consideraban que la guerra era lamentable y «vulgar». G. B. Shaw argumentaba que la sociedad debería sentarse a esperar a que se ganase la guerra y luego exigir la nacionalización de las minas del Rand y mejoras laborales para los mineros. En noviembre se celebró otra votación y ganaron los imperialistas. Un grupo de fabianos se dieron de baja, entre ellos Ramsay MacDonald, Walter Crane, director del Royal College, y Emmeline Pankhurst, líder de la campaña a favor de los derechos de la mujer.

Charles/Karl y Joachim estaban muy animados. Charles quería ir a la nueva London School of Economics, que por entonces llevaba seis años impartiendo clases. Basil Wellwood, que no había ido a la universidad, quería que su hijo estudiara en Oxford o en Cambridge, e insistía en que hiciese el examen de ingreso. Charles pidió tener al menos tiempo para decidirse. Le apetecía viajar, ver el mundo. Pensaba,

aunque no lo dijo, que podría visitar a los socialistas alemanes con Joachim. Era corriente que los caballeros ingleses viajaran. Todo lo que pedía, afirmó Basil, era que Charles se asegurara la plaza en Cambridge antes de su viaje. Charles aceptó presentarse al examen en diciembre de 1900. Volvió a Eton e hizo el menor trabajo académico posible.

Griselda vivía bajo la amenaza de su presentación como debutante. Ella y Dorothy habían cumplido dieciséis años en 1900 y estaban estudiando, de manera más lenta e irregular que si fueran chicos, para aprobar sus diplomas escolares. Katharina ofrecía ya pequeños bailes para Griselda, con jóvenes escogidos, un arpa y un piano, ponche de frutas y ensalada de langosta. Griselda rogó a Dorothy que asistiera. «Me paraliza la timidez, si estás allí podremos verlo desde fuera, sonreírnos, no estaré sola.» Dorothy respondió que los bailes no entraban dentro de sus planes. No obstante, asistió de vez en cuando. Apreciaba mucho a Griselda, que era demasiado pálida para ser guapa, pero cuya fragilidad resultaba atractiva en cierto sentido. Dorothy era todo lo contrario, morena, bronceada, ágil de tanto correr por los bosques. Le dijo a Griselda que no tenía vestido de fiesta. Griselda le dio dos de los suyos: uno de seda color marfil y otro de gasa rosa oscuro. Violet se los ajustó. Dorothy le echó una mirada feroz e insistió en que eliminase la mayor parte de los adornos. Eso tuvo el efecto de estilizarla y le proporcionó un aspecto esbelto y atractivo. Los chicos posaban las manos húmedas sobre su cintura y le hablaban de caza y de otras fiestas. Dorothy trataba de hacerles hablar de la guerra y solo conseguía que la rechazaran. Desarrolló una fantasía en la que se dedicaba a diseccionar a los más torpes y granujientos en un quirófano. Si decía que quería ser médico, le respondían cosas como: «Mi hermana hizo un curso de enfermera hasta que nacieron sus hijos». Parecían pensar que estaba confundida acerca de la profesión médica, cuando eran ellos los que se equivocaban.

Griselda le preguntó si alguna vez había estado enamorada. No, respondió Dorothy, extrañamente no lo había estado, aunque tal vez debería haberlo hecho, ya que todo el mundo parecía estarlo. Griselda afirmó que a veces ella creía estar enamorada. Eso sorprendió e incomodó un poco a Dorothy. Se suponía que era la más lista de las dos. Si Griselda estaba enamorada, debería haberse dado cuenta.

—¿Lo conozco? —preguntó con fingida indiferencia.

—¡Oh, sí!, claro que lo conoces. ¿No lo adivinas?

Dorothy repasó en su memoria a todos los chicos de los bailes. Griselda los trataba a todos igual, conversando amablemente con ellos, bailando con elegancia, sin bromear ni coquetear.

—No, no se me ocurre. Estoy perpleja. Cuéntame.

—Tienes que haberte dado cuenta. Estoy enamorada de Toby Youlgreave. Ya sé que no tengo esperanzas. Pero cuando lo veo siento algo. Voy a sus clases solo por oír

su voz, bueno, no solo por eso, lo que dice es muy interesante, pero cuando le oigo siento algo en mi interior.

—Es mayor —dijo categórica Dorothy. Lo dijo con demasiada vehemencia, porque había tenido que morderse la lengua para no decir: «Pero si está enamorado de mi madre».

—Lo sé —respondió Griselda—. Es totalmente inapropiado —afirmó en tono lúgubre. Luego añadió sentenciosa—: Aunque poco importa que sea viejo: a nuestra edad, sería un desastre conocer al chico indicado, porque no sería el momento oportuno. Así que, si no he de tener esperanzas, por mí puede ser todo lo viejo que quiera. Bueno, lo viejo que es.

—Creo que te burlas de mí, Grisel.

—No, no. Mi parte más sensata me dice que estoy utilizando a mi querido Toby para practicar el enamoramiento de forma segura, por así decirlo. Y hay una parte irracional que se aturde y se deshace cuando lo veo. ¿A ti no te pasa igual?

—No —respondió Dorothy con firmeza y sinceridad. Se echaron a reír sin ningún motivo, y pronto no se tenían en pie de risa.

Prosper Cain estaba contento con sus hijos. Los Wellwood estaban preocupados por Tom. Se había vuelto solitario de un modo inexplicable que apenas parecía natural. Charles había aprobado los exámenes cómodamente. Tom no. Le habían ido bien la zoología y la geometría y lo habían suspendido en todo lo demás, incluyendo el inglés, cosa que resultaba difícil de comprender. Humphry y Olive se quedaron muy sorprendidos, igual que Toby Youlgreave y Vasili Tartarinov, que contaban con que aprobase con mejores notas que su primo. Tom observó lacónico que tenía la sensación de no haber estado muy concentrado. La situación —tener que escribir todo aquello— le había parecido apremiante e irreal. ¿Qué pretendía hacer ahora?, le preguntó Humphry. En apariencia, Tom lo ignoraba. Siempre estaba ocupado. Pasaba los días recorriendo los bosques y las colinas, sin pensar realmente en abandonar esa parte de la campiña inglesa que se extiende entre los Downs del norte y del sur. No parecía importarle estar solo: Dorothy, con quien antes había estado tan unido, pasaba tanto tiempo allí como en casa de Griselda, y estaba muy concentrada estudiando física, química y biología. Se hizo amigo, en cierto sentido, de los guardabosques y los chicos de las granjas. Pasaba mucho rato apoyado en las cercas preguntándoles por los conejos, los faisanes, las truchas y los lucios. Se sentaba a la orilla de los ríos con una caña y un sedal y observaba las hierbas y las sombras donde nadaban los peces en la corriente, o acechaban debajo de una piedra. Aprendió a acercarse a los conejos y a las liebres como recomendaba Richard Jefferies, moviendo los pies despacio y con firmeza, aunque con un ritmo diferente al de los bípedos, y con los brazos junto a los costados —Jefferies estaba convencido de que los brazos de las personas asustaban a los animales silvestres igual que los dientes, las garras y el olor

de otros depredadores—. Tom llegó a ser muy hábil al aproximarse a una liebre agazapada o al guardar silencio en el bosque a la caída del sol mientras esperaba que saliesen olisqueando los tejones. Sabía seguir su rastro, como si él mismo fuese un animal salvaje. Pasaba horas forzando rigurosamente su imaginación para comprender las necesidades y limitaciones del cuerpo de una abeja, un colirrojo, una culebrilla ciega, una polla de agua, un cuco o la esclavizada madre adoptiva de su monstruosa cría. Hacía inventario de las diferentes variedades de hierba que crecían en las lindes de los campos labrados, o del número de pájaros que anidaban en un seto, o de la fauna del estanque de orillas lodosas donde el ganado baboseaba con los labios, oliendo a paja, estiércol y leche. No consideraba todo aquello una preparación para ningún tipo de vida. No quería «ser» naturalista, y no tenía el menor interés profesional en convertirse en cazador o guardabosques. Leía constantemente — siempre llevaba un libro en su zurrón—, aunque solo frecuentaba dos géneros: leía libros de naturalistas, en particular a Jefferies, cuyo profundo misticismo inglés acerca del campo inglés a Tom le parecía que formaba parte de su propio cuerpo, y también leía y releía las novelas de William Morris sobre amantes trágicos, peligros monstruosos y viajes infinitos; eso incluía *Noticias de ninguna parte*, con sus artesanos idealmente felices en sus cabañas de piedra, sus abundantes cosechas de verduras, flores, uvas y miel. Había muchas cosas que no leía. Evitaba las intrigas sexuales, con una sensación que identificaba con el asco y el aburrimiento, aunque sabía secretamente que era una especie de temor. No leía, como hacían muchos niños fabianos y los renegados de clase alta como Charles/Karl, las airadas descripciones de la situación de los trabajadores en Manchester, Londres, Liverpool y Birmingham. Tampoco, y eso era más sorprendente en un chico de sus inclinaciones, leía libros de viajes y exploraciones fuera de Inglaterra. La India no ocupaba ningún lugar en su imaginación, igual que no lo hacían las llanuras norteamericanas y las selvas sudamericanas. Sabía que se libraban violentos combates en el Veld, en Sudáfrica, y que había bóers tercos y contumaces que se enfrentaban a la Gran Bretaña imperial, pero sus fantasías no tenían que ver con valientes batallas, ni con heridas y derrotas. Y menos aún pensaba en los habitantes negros o cobrizos de aquellos lugares remotos. Hurgaba en la arcilla con avispa solitarias y mariposas de color azul celeste que ponían sus huevos en los hormigueros. Leyó las obras de Darwin sobre las lombrices, y aceptó —sin detenerse a pensarlo demasiado— sus opiniones sobre el mundo natural, incluyendo a los animales humanos, concebido como una constante y violenta lucha por la existencia. Le interesaba el sexo de los animales ingleses: conocía la vida doméstica de los arniños y la crianza de los perros y los caballos campeones. El amor le interesaba como algo lejano y desesperanzado en un mundo novelesco. Pasaba por la tierra fijándose en las cosas como un explorador o un cazador: una rama rota, un montón de piedras caído, una mata de zarzas

especialmente densa, las huellas hendidas de un gamo, los agujeros hechos en el suelo por picos depredadores. Parecía estar allí solo para reparar en todo eso y conocerlo. Bajo tierra, en un reino imaginario de túneles en la roca y escaleras de caracol, el buscador sin sombra, con su grupo de fieles acompañantes, sin envejecer, ni desistir jamás de su empresa, proseguía su viaje hacia la reina oscura que urdía sus redes, trampas y mortajas.

En una de las visitas que hizo a Prosper Cain en su casa londinense, cubierta de polvo de las obras y estremecida por el sonido del martillo pilón y las grúas, Olive Wellwood le contó en confianza al conservador de la sección de metales preciosos que estaba preocupada por su hijo. Sabía que Cain encontraba atractiva aquella devoción maternal y creó deliberadamente un ambiente de calidez y desamparo, pese a que fuese cierto que, como se confesó alarmada a sí misma, estuviera preocupada por Tom. Había sido un niño tan luminoso, dijo, tan dulce, tan despierto. Y ahora parecía vagar sin objeto y no tenía amigos. «Es como si no lo conociera», dijo. El comandante Cain afirmó que eso ocurría a menudo con los padres y los hijos. Los hijos crecían y se apartaban. Sí, respondió Olive, pero en el caso de Tom no era exactamente que se hubiese apartado, a eso se refería. Se había recluso, dijo elegantemente, en sí mismo.

Cogió la mano de Prosper Cain entre las suyas.

—Me preguntaba si Julian..., los dos parecían caerse bien..., me preguntaba si Julian podría venir y..., digamos..., salir a dar un paseo y hablar con él.

Cain pensaba que era peligroso emplear a un miembro de una generación contra otro y respondió, cautamente, que le constaba que Julian se había sentido mal cuando Tom huyó de Marlowe.

—Entonces fue cuando empezó todo —dijo Olive.

—No quiero que le pidas a Julian que interroge a Tom, eso sería muy poco inteligente. Solo que venga y salga a pasear y hablar con él.

Así que Julian escribió a Tom y le pidió que lo acompañara a dar un paseo por el New Forest. Le escribió, cosa que era cierta, que necesitaba alejarse de Londres y el trabajo académico. Pensaba que podrían dormir al sereno y, de vez en cuando, en alguna taberna. Tom tardó un tiempo en responder, y luego le envió una postal descolorida diciéndole que estaría encantado de ir.

En cuanto Julian volvió a ver a Tom, comprendió que siempre había estado enamorado de él. O, al menos, pues Julian siempre era un poco retorcido, que necesitaba creer en la fantasía de que siempre había estado enamorado de él. A los dieciocho años, Tom era encantador en el mismo sentido en que lo había sido a los doce: tenía la misma gracia rápida, tímida y extraña, el mismo rostro de proporciones

perfectas, las mismas —ahora Julian era más experimentado— nalgas encantadoras en sus pantalones de franela. Seguía siendo como una figura tallada, con su mata de pelo de color miel y sus pestañas largas y doradas, que casi le rozaban los pómulos cuando pestañeaba. Su boca era callada y tranquila, y el extraño hecho de que se hubiese vuelto muy velludo, tanto de rostro como de cuerpo, tan solo hacía el efecto más sofisticado al cubrirlo con una especie de velo. Los hombres que amaban a muchachos, pensaba Julian, simplemente amaban la belleza de un modo distinto al de los hombres que amaban a las mujeres. Había chicas muy hermosas que producían el mismo efecto de pureza que los muchachos guapos, pero había que considerarlas como futuras madres, no única y sencillamente encantadoras. No se hacía ilusiones pensando que besar a Tom, o simplemente tocarlo, tuviese nada que ver con comulgar con su alma. El cuerpo de Tom era opaco. Julian presentía que, si hubiese un alma en su interior, sería presuntuoso y tal vez poco gratificante tratar de comulgar con ella. Observó la luz en los pelillos del antebrazo de Tom mientras se echaba la mochila al hombro. Sintió —aparte de un cosquilleo en los pantalones— lo mismo que cuando su padre le enseñaba una reluciente cuchara medieval, después de quitarle todo el envoltorio. Pensó que Tom había hecho bien en abandonar Marlowe de un modo tan precipitado. De haberse quedado, habría sido la presa de todos y probablemente habría aprendido a ser un petimetre descarado, como le ocurría a tantos. Todo eso, y otras muchas cosas, pensó Julian mientras recorrían los senderos y rodeaban los bosques, pues Tom no era muy dado a la conversación y se limitó a andar a paso relajado; Julian estuvo todo el rato hablando para sus adentros. Decidió con disgusto que, ya que sus mayores le habían confiado absurdamente a Tom, su comportamiento debía ser impecable.

Tom apenas miró a Julian. Hurgaba con su bastón entre los setos, o se detenía alzando la mano, para escuchar tranquilamente algún ruido entre los arbustos o el canto de un pájaro. Julian sabía que él mismo no solo no era guapo, sino ni siquiera apuesto. Era enclenque y nervudo, tenía la boca larga, estrecha y nerviosa, era un poco patizambo y andaba encorvado con aire circunspecto, al contrario de Tom, que daba la impresión de habitar el aire que le rodeaba. Tom reparó en que estar tanto tiempo sin decir nada carecía de sentido e inició alguna que otra conversación. Habló de setos y zanjas. Le indicó los mejores sitios para poner lazos. Encontró una orquídea, «muy rara». Departió sobre la mala y la buena manera de explotar los bosques.

Y por la noche —dormían sobre mantas extendidas y una capa impermeable— le habló de las estrellas. Las conocía todas: los planetas y las constelaciones. Venus tan brillante, casi alineado con el rojizo Marte, Mercurio apenas visible en el horizonte. La cabeza de Serpiente «justo a la izquierda del Can Mayor», inmediatamente por debajo de Géminis. La luna gibosa y menguante.



No le habló de sí mismo. Nunca dijo: «Quiero...» o «Espero...» y muy pocas veces afirmó: «Creo...». Expresó cierto pesar impersonal por la desaparición de determinadas especies de depredadores exterminadas por los guardabosques, el aguilucho pálido, la marta, el cuervo. Especuló acerca de por qué la comadreja, el armiño y la corneja habían demostrado ser más astutos y pertinaces. Julian dijo:

—¿Te gustaría ser naturalista? Estudiar zoología y escribir libros, o trabajar en el Museo de Historia Natural.

—No creo —dijo Tom—. No me gusta escribir.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer?

—¿Recuerdas cuando, en la fiesta de San Juan, nos preguntaron a todos lo que queríamos ser de mayores y Florian respondió que quería ser un zorro en su madriguera?

—¿Y bien?

—Me atrae mucho esa idea.

—¿Y teniendo en cuenta que no puedes ser un zorro en su madriguera? —insistió Julian, como de pasada.

—No lo sé —respondió Tom. El rostro se le nubló—. No hacen más que presionarme. Quieren que vaya a Cambridge. Me obligan a presentarme a los exámenes y cosas así.

—Cambridge no está mal. Es precioso. Está lleno de gente interesante.

—Cambridge está bien para ti. Te gusta la gente.

—¿Y a ti no?

—No lo sé. No sé qué hacer con la gente.

Al día siguiente hizo calor. Encontraron un río y Tom propuso que se bañaran. Dejó la mochila en el suelo, se desnudó, plegó la ropa con cuidado y la dejó sobre la mochila. Luego se metió en el agua, a través de las cañas de la orilla. Julian se sentó en la orilla, entre los ranúnculos, y lo observó extasiado. Pensó que nunca olvidaría la imagen del pene de Tom contra su muslo velludo cuando se agachó para dejar la ropa. Nunca olvidaría la imagen de aquellos muslos, avanzando en el agua marrón verdosa y cada vez más profunda, ni el modo en que desaparecía y volvía a surgir con el espeso cabello cubierto de lentejas de agua como si fuese confeti. Tom no solo era luminoso, sino que estaba bronceado. La constante exposición al sol lo había pintado de un color cobrizo, con pelillos de color más pálido que brillaban sobre su piel. La uve del cuello de la camisa, el brazalete de color en la parte superior de los brazos, las varias gradaciones de cebra en las pantorrillas y los muslos.

—Vamos. ¿Qué haces?

—Te estoy mirando.

—Pues no lo hagas. Ven y siente el agua, está deliciosa. Caliente en la superficie y fría y fangosa por debajo. Tengo barro y pececillos entre los dedos. Ven, métete

conmigo.

«¡Oh, cuánto me gustaría meterme en ti!» —pensó Julian desvistiéndose y tocándose su propio miembro con dedos precavidos. «No puedo creer que sea tan inocente como parece. Tendría que ser un auténtico aburrido. Lo sería, si no fuese tan guapo. No, no estoy siendo justo, es agradable, muy agradable, signifique lo que signifique esa palabra. Un joven muy agradable. Aunque intuyo que también muy triste.» Sus propias rodillas se sumergieron, y luego el embarazoso apéndice. Tom le salpicó, desde la distancia, siempre desde la distancia, con grandes arco iris de agua, y luego echó a nadar, río arriba, como una trucha.

—Te enseñaré dónde se esconden los lucios —dijo—. Lo sé. Esto está bien, es muy divertido.

—Sí —asintió Julian, disfrutando del agua como sensación sucedánea—. Muy divertido.

Mientras estaban sentados al sol para secarse, Tom le preguntó:

—¿Cuál es tu poema favorito?

—¿Solo uno? Te diría diez. Viejo, necio, afanoso, ingobernable sol. ¿A un día de verano habré de compararte? Oda a una urna griega. Calibán sobre Setebos. ¿Cuál es el tuyo?

¿Qué hacía él, el gran dios Pan,  
entre las cañas del río?

—Podría recitártelo entero. Lo hago a menudo.

—Hazlo.

¿Qué hacía él, el gran dios Pan,  
entre las cañas del río?

Extender la ruina y difundir la prohibición,  
salpicar y chapotear con sus cascotes de cabra,  
y romper los dorados lirios que flotan  
con la libélula en el río...

Lo cercenó sin más, el gran dios Pan  
(¡cuán alto crecía en el río!),  
luego separó la médula, como el corazón de un hombre,  
sin vacilar de la corteza exterior,  
y horadó aquel pobre tallo vacío  
con varios agujeros, allí sentado junto al río.

«Este es el modo, rió el gran dios Pan  
(desternillándose junto al río),

el único modo en que puede conseguirse,  
desde que los dioses empezaron a hacer música melodiosa.»  
Luego acercó la boca a un agujero del junco,  
y sopló con fuerza junto al río...

Mas casi una bestia es el gran dios Pan  
por reírse sentado junto al río,  
y hacer del hombre un poeta:  
los verdaderos dioses suspiran por el coste y el dolor,  
por la caña que ya no crece  
como una caña más entre las cañas del río.

**E**n Purchase House la situación se deterioró. Benedict Fludd siempre había sufrido cambios de humor: había veces en que trabajaba junto a Philip con furiosa energía, y ocasiones en que pasaba días enteros sentado inmóvil en su sillón, gruñendo cuando Philip le pedía dinero o información y sin dirigirle la palabra a Seraphita más que para hacerla objeto de sus desdenes. En cuanto Imogen se fue a Londres, Fludd se sumió en la más negra de las depresiones, se quedaba sentado mirando fijamente el retrato de Palissy, o sujetándose encorvado la cabeza entre las manos, como si le doliera. Cuando pasó el período de abatimiento, no volvió al trabajo como de costumbre, sino que salía de la casa arrastrando los pies, y sin decir nada a nadie, en dirección a las marismas, sin sombrero ni chaqueta, incluso los días de lluvia y viento. Uno de sus días malos estrelló contra el suelo una bandeja entera de vasijas recién esmaltadas, murmurando que eran abortos espantosos.

No lo eran y a Philip le molestó que echara a perder un trabajo tan bueno. Pero era cauto acerca de sus sentimientos, y decidió que no podía permitirse enfadarse o despreciar a su maestro.

Le contó a Elsie que la cosa iba de mal en peor. Los dos sabían a qué se refería. Elsie respondió que había tratado de hablar con la señora Fludd, pero no había llegado a ninguna parte. La señora Fludd opinaba que su marido tenía algo que le rondaba por la cabeza y un temperamento difícil, y eso Elsie ya lo sabía.

Un día, en Dungeness, con tiempo revuelto y tormentoso en que el azote del viento hacía que las nubes se apelotonaran y sucedieran a las brillantes manchas de luz, Philip, en uno de sus paseos solitarios, en los que recogía madera arrastrada por las olas a la orilla y conchas y piedras de formas peculiares, vio a Fludd junto al borde del mar, agitando los brazos y gritándole al océano. Philip pensó en dar un amplio rodeo con la esperanza de que no lo viera. Luego reparó en que Fludd, con botas y pantalones de pana, se había metido en el agua hasta los tobillos. No es fácil andar deprisa por una pendiente cubierta de guijarros. Philip cambió de dirección y fue hacia donde estaba Fludd. Las piedras rechinaban y crujían bajo sus pies. Fludd amenazó con el puño al horizonte, y avanzó varios pasos, moviendo los brazos como un molino de viento. El agua le llegaba por las piernas y chapoteaba con las manos levantando espuma. Philip nunca se había aventurado a meterse en el agua en aquella playa. Estaba convencido, sin saber por qué, de que la pronunciada pendiente continuaba y bastaría para cubrir a un hombre enseguida en una zona de corrientes traicioneras. Echó a correr torpemente hacia el alfarero, que dio dos o tres pasos más

y se sumergió hasta la cintura. Philip no sabía nadar. Empezó a calcular lo que ocurriría si saltaba sobre Fludd y caía él también en el agua. Bajó hasta donde estaba Fludd y aulló al viento: «Vuelva, señor. Volvamos a casa».

Se quedaron allí un rato, el anciano tambaleándose entre las olas y golpeando la superficie del agua con sus manazas, y el joven calculando furiosamente su estabilidad y equilibrio, y avanzando cuando estaba seguro de que sus dos pies estaban firmes.

—Benedict Fludd... —aulló.

Fludd se volvió, mostrándole los dientes entre el pelo revuelto y con el torso inclinado.

—Lárgate —dijo Fludd, y cayó de lado en el agua con un chapoteo. Volvió a incorporarse, poniéndose de rodillas sobre los guijarros y resbalando por la pendiente de la playa, y empezó a gritarle a Philip que era una molestia y un imbécil. Philip avanzó despacio y lo agarró por la camisa de franela empapada.

—Será mejor que salga. Es mejor que volvamos a casa.

—Déjame en paz.

—¿Cómo quiere que haga eso? —dijo Philip dejando traslucir su enfado—. Tengo que llevarlo a casa. Ayúdeme. —Benedict Fludd dio una patada, no quedó claro si para ayudar a Philip o para liberarse, y los guijarros rodaron debajo del agua. Philip rodeó con los brazos el cuerpo de Fludd y tiró de él—. Tiene que ayudarme —exclamó furioso y cargado de razón—. Tiene que ayudarse a sí mismo. Vamos.

Y, de algún modo, llegaron tambaleándose a la orilla seca, que no estaba seca por el agua que chorreaban y por la que arrastraba el viento.

—Tendrías que haberme dejado seguir —dijo Fludd en voz baja—. Había pensado seguir andando hasta ahogarme. Has hecho mal en impedírmelo.

—¿Por qué? —dijo Philip—. ¿Por qué es usted así? Es un gran artista. Puede hacer cosas que los demás ni siquiera sueñan.

—A veces me abandona. Soy incapaz de hacer nada. Creo que ya no lo recuperaré... jamás, en lo que me queda de vida. Y entonces pienso, ¿por qué prolongarla innecesariamente?

—Es solo un cambio de humor. Ya ha pasado otras veces por momentos de mal humor. Lo he visto. Y luego ha hecho cosas formidables. La vasija del sol y las nubes, ¿lo recuerda? Y la de damasco llameante, ¿no se acuerda? Esas vasijas no existirían si se hubiese ahogado.

—Te preocupan más las vasijas que yo.

—Eso es porque soy como usted. Y esta vez casi ha conseguido que nos ahoguemos, y eso es injusto.

A Philip no le pareció raro no haberle pedido a Fludd que se salvase por el bien de su mujer y sus hijas.

Philip se alegró de ver a Arthur Dobbin un día que fue a Lydd a comprar provisiones. Le contó que Fludd estaba «muy deprimido» y que por lo visto tenía que ver con la partida de Imogen a Londres. Le preguntó si Frank Mallett podría pasar a verlo. Dobbin volvió en bicicleta a Puxty y habló con Frank, quien subió en su propia bicicleta y fue a Purchase House. Fludd no estaba en casa —había salido otra vez a vagar por las marismas—, así que Frank pudo hablar con Philip, quien le describió el temible comportamiento de Benedict Fludd y dijo que no sabía qué hacer: no podía vigilar al alfarero constantemente, ya que eso podría impulsarle a cometer otras extravagancias, y además tenía que trabajar o la familia se quedaría sin dinero. Philip añadió que Fludd se negaba a ver a un médico..., no estaba bien. Quizá Frank pudiera hablar con él. Añadió, llevado por un impulso, que Pomona era sonámbula. «La mayor parte de las veces se presenta en mi habitación —dijo Philip—. Resulta muy embarazoso. Sé lo que está usted pensando, pero está profundamente dormida. Elsie no me cree, pero tal vez usted lo haga.»

—Esa familia me desconcierta —repuso Frank Mallett—. Elsie y tú la habéis salvado, por así decirlo. El comandante Cain puede haber salvado a Imogen, pero ha perjudicado a los demás. ¿Cómo está la señora Fludd?

—Es imposible saberlo —respondió Philip—. A veces la veo, cuando trato de devolver a Pomona a la cama. Baja con un camisón muy despeinada, y bebe brandy. Está hecha un guiñapo.

—¿Un guiñapo?

—Arrugada y desaliñada. Sin expresión.

—Para serte sincero, Benedict Fludd me intimida un poco. Hablaré con él, desde luego. Y escribiré al comandante Cain.

—Tenía la esperanza de que lo hiciera —dijo Philip frunciendo el ceño—. Cuando trabaja es peligroso: las vasijas necesitan tiempo y calma..., y él lo hace todo deprisa. Pero aun así le sale bien, mejor de lo que yo lo haré jamás, señor Mallett. El otro día hizo pedazos una bandeja de vasijas que yo acababa de hacer y pintar..., la estrelló contra el suelo.

—¿Te hace enfadar?

—Nooo —respondió Philip lentamente—. Le aprecio, de algún modo. Pero me inspira cierto temor de Dios.

Benedict Fludd esbozó una sonrisa malvada al ver a Frank Mallett y dijo que no necesitaba su ayuda..., todavía.

—No estaré mucho en este mundo, joven, y pronto necesitaré que me oiga en confesión. Pero hasta que llegue ese momento, será mejor que me deje en paz. No le he pedido que viniera. Necesito estar solo.

—No está usted solo en la casa, señor Fludd.

—¿Y qué quiere decir con eso? Es mi casa.

—He venido a ver a la señora Fludd. Y a Philip Warren.

—¡Oh!, lárguese de aquí, antes de que le tire algo a la cabeza. Estoy de mal humor y es mejor no enfrentarse conmigo.

—Philip lo pasa mal.

—Lo sé.

Cuando Prosper Cain recibió la carta de Frank Mallett, estaba planeando una de varias visitas a la Exposición Universal de París, que se había inaugurado en abril, con muchos de sus palacios y pabellones todavía sin terminar. Había una gran frialdad política entre Inglaterra y Francia, debido a la guerra de los bóers. El príncipe de Gales, que era presidente de la sección británica y había supervisado la construcción del palacio británico, se había negado a poner los pies en París en 1900. Varios participantes británicos se habían retirado, pero el Museo de Victoria y Alberto estaba en constante comunicación con los expertos en artes decorativas de Francia, Alemania, Austria, Bélgica y otros países donde florecía y se exponía el arte «nuevo». Prosper Cain estaba interesado en las nuevas joyas, tanto en las obras francesas de René Lalique como en la exquisita labor del nuevo Wiener Werkstatte y Koloman Moser. Había visitado el nuevo Museo de Artes Decorativas de Viena, y estaba entusiasmado con el *Jugendstil*, allí y en Múnich. Tenía pensado hacer una visita más larga en junio, y había concebido la idea de llevar con él a Benedict Fludd, para que viera los nuevos estilos cerámicos y saliese de la desolación de la marisma por un tiempo. Algunos de los grandes cuencos y de las vasijas levemente siniestras de Fludd se exponían en el pabellón británico de Edwin Lutyens.

Cain fue a Purchase House y tentó a Fludd con la posibilidad de contemplar alguna pieza de su vajilla del «Paraíso», cubierta con pájaros, bestias, frutas, ángeles y personas desnudas, que no había visto desde que, hacía veinte años, la comprara un coleccionista belga. Afirmó que a Fludd le gustaría ver el trabajo de Gallé y echarle un vistazo al *art nouveau*. Fludd lo miró fijamente, gruñó y respondió que no había ido a París desde hacía veinte años. Era un torbellino de ciudad, que sería aún más insoportable con las masas de devoradores de ajo que habría entonces. Pero en su mirada apareció un brillo de interés al considerar aquellos horrores y aceptó ir.

Prosper decidió llevar también a su hijo, con la esperanza de que pudiera seguir sus pasos en la profesión. Le dijo a Julian que llevase a un amigo, y Julian respondió que le gustaría llevar a Tom, si es que quería ir, cosa que dudaba. Resultó que Charles Wellwood también tenía intención de ir. Julian pidió a Charles que se lo dijera a Tom.

Charles fue a pie a Todefright para preguntárselo en persona. Los Wellwood de Todefright estaban sentados en el jardín, tomando el té al sol de media tarde. Charles explicó que Prosper Cain iba a llevar a un grupo a la Exposición Universal, y que Julian quería invitar a Tom. Este abrió la boca para decir, sin pensárselo mucho, que

preferiría no ir.

—No irá —dijo Phyllis—. Ya nunca va a ninguna parte.

—Tom es un recluso —añadió Hedda—. Se está volviendo raro, ¿sabes, Charles? Ojalá me hubieras invitado a mí.

Tom cerró la boca y los ojos. Luego los abrió y afirmó que le encantaría ir.

Se estaba volviendo raro. No quería ser raro. Quería ser invisible.

Charles dijo que Prosper Cain había convencido a Benedict Fludd para que los acompañara. Tom apuntó que imaginaba que Philip Warren también iría..., Philip necesitaba ver el arte nuevo.

Resultó que nadie había pensado en llevar a Philip. Cuando consideraron la idea, vieron que era buena. Philip era exactamente la persona que podría inspirarse en el nuevo mundo de arte, técnica y esperanza social encarnado por la Exposición Universal. Así que Fludd dijo a Philip que se iban a París. Y Cain le compró un traje nuevo.

En la cubierta del paquebote, en mitad del canal de la Mancha, Philip, cayó en la cuenta, con súbita sorpresa, de que no tenía ni idea de cómo serían Francia, París o Europa. Había visto la costa francesa en los días claros, unos acantilados blancos que se distinguían con claridad, o unas formas vagas que se fundían con la niebla de un modo fascinante. Siempre le fascinaban las películas transparentes y las sustancias que ocultaban y revelaban en parte otros objetos. Concebía la costa francesa como si fuesen esmaltes. Había estado en aguas del canal, pescando caballas; la piel de las caballas, igual que el cielo cuando parecía estar cubierto de escamas, era otra estructura infinitamente fascinante. Trató de calmarse, cuando reparó en que necesitaba hacerlo, observando las transitorias y repetidas cuchillas y flechas que labraba la proa del barco. Verdes botella, verdes repletos de aire plateado, qué blancos y claros, qué oscuridad por debajo. Fludd estaba de pie junto a él, con la mano en la tapa de la regala, mirando fijamente el agua. Philip sabía que estaban viendo lo mismo. Detrás de ellos, los tres jóvenes charlaban y reían. Julian estaba contándoles una historia e imitando a los franceses. Charles se reía. Prosper Cain estaba leyendo una especie de catálogo. Philip reparó en que se sentía nervioso y asustado. Otro país, otra gente, otras costumbres, comida desconocida. Era el único del grupo que no había viajado nunca.

Julian había estado varias veces en París. Conocía los museos y las galerías: había frecuentado los cafés y remado en un bote por el Sena. Charles se había alojado en los mejores hoteles y cabalgado por el Bois de Boulogne. Tom había estado hacía un tiempo de vacaciones con su familia, a cargo de Violet, y tenía vagos recuerdos de Notre Dame y de tener los pies doloridos. Fludd había pasado un tiempo en una buhardilla en su malgastada juventud, bebiendo, fumando y experimentando con las



mujeres.

Solo Prosper Cain estaba preparado para el efecto que les produciría la Exposición Universal.

La exposición podía verse como una serie de paradojas. Era gigantesca y desorbitada, se extendía a lo ancho de 750 hectáreas y había costado 120 millones de francos. Atrajo a 48 millones de visitantes dispuestos a pagar la entrada, tardó cuatro años en construirse e incluía el nuevo y elegante puente de Alejandro III, que unía las dos orillas del Sena, el Grand Palais, de techo de cristal, y el precioso y rosado Petit Palais. Pero tenía además el encanto idiosincrásico y metafísico de todas las meticulosas reconstrucciones humanas de la realidad, un encanto que asociamos con la miniatura, los teatros de juguete, los escenarios de marionetas, las casas de muñecas, los campos de batalla de tela embreada con ejércitos de plomo en miniatura desplegados en torno a bosques y colinas de pocos centímetros de altura. Tenía la agradable infinitud de la lata de hojalata pintada en la lata de galletas. Miraba hacia el futuro, contenía nuevas máquinas y armas, e imágenes de artesanos que disfrutaban claramente con su trabajo. Contenía una reconstrucción del París medieval, con sus tabernas y trovadores, sus pintorescos mendigos y sus damas con polisones. Había nuevas instalaciones: numerosos aseos públicos repartidos por doquier, desde los más básicos a los más lujosos, con agua corriente y toallas, cabinas telefónicas, escaleras mecánicas, y una acera rodante que se movía a tres velocidades. Había un palacio de espejos, y un pueblo suizo entero de pega, con su cascada, sus campesinos, sus montañas y sus vacas. A lo largo de la orilla izquierda del Sena se instalaron los palacios de las naciones, unos con torres medievales, otros barrocos y otros rococó. El de Estados Unidos proporcionaba telegramas, agua helada e información bursátil a los hombres de negocios de visita en Europa. El káiser en persona había supervisado las mantelerías, las vajillas, la plata y la porcelana del restaurante del pabellón alemán. También había enviado una colección completa de uniformes militares prusianos. Los italianos habían reconstruido la catedral de San Marcos. Los británicos habían encargado a Edwin Lutyens que hiciera una réplica perfecta de una casa de campo jacobea, que luego llenaron de cuadros de Burne-Jones y Watts, y muebles y colgaduras de Morris & Co.

Había un Palacio de la Electricidad, con una Torre del Agua justo enfrente, una sala de dinamos y un salón que contenía cientos de automóviles nuevos de todas las formas y tamaños. El castillo tirolés contrastaba con el Pabellón del Alcohol ruso, el Palacio de la Óptica y el Palacio de la Mujer, junto a la preciosa caja de caramelos del Palacio de Ecuador, que posteriormente se convertiría en la biblioteca municipal de Guayaquil. En la place de la Concorde, donde se compraban los billetes, estaba la imponente y poco apreciada Porte Binet: una entrada monumental que parecía sacada de *Las mil y una noches* y estaba decorada con escayola policromada y mosaicos

tachonados de toscas gemas de cristal. Resultaba deslumbrante y artificial, aunque estaba inspirada en las formas de los seres vivos en la naturaleza: las vértebras de un dinosaurio, las estructuras de las celdas de las colmenas, los opérculos de las madreporas. En lo alto de todo había una gigantesca efigie de una mujer: *La Parisienne*, con pechos gigantescos y casi cinco metros de altura, inspirada en Sarah Bernhardt y vestida con un *négligée*, o camisón, diseñado por el propio Paquin. En la cabeza llevaba la corona de la ciudad de París, un saliente como una especie de tiara puntiaguda. Por lo general no gustaba demasiado y todos se burlaban de ella.

Los dos objetos más grandes de toda la exposición eran el cañón de largo alcance Schneider-Creusot y la colección de ametralladoras Vickers-Maxim. El káiser no había sido invitado a visitar sus lujosos pabellones, ni ningún otro edificio. Sus consejeros y los anfitriones franceses temían que pudiese decir algo desconcertante o incendiario. Las tropas británicas estaban matando a los bóers, pero los alemanes también estaban en guerra, en el mundo exterior, con los chinos. El káiser había reprendido a Krupp por equipar los fortines chinos con un cañón que disparaba contra los destructores alemanes. «Una situación tan grave como esta, en la que estoy enviando a mis soldados a combatir con esas bestias amarillas, no es momento de tratar de ganar un poco de dinero.»

Los chinos, a pesar de los asesinatos, la rebelión y la guerra, habían construido un pabellón caro y elegante en el deslumbrante microcosmos parisino. Estaba tallado en madera de color rojo oscuro, con azulejos de jade verde, y un elegante salón de té. Estaba en la sección exótica, pared por medio de una pagoda japonesa y un teatro indonesio.

El *art nouveau*, el arte nuevo, se inspiraba paradójicamente en el pasado, coqueteaba con los tiempos antiguos, la Esfinge, la Quimera, Venus en Tannenberg, los pavos reales persas, Melusina y las doncellas del Rin, junto al Pan de piernas peludas y las peligrosas sacerdotisas revestidas de túnicas. Parte de su novedad radicaba en el profundo sueño del pasado que daba forma tanto a los caballeros pálidos y vagarosos, y a las doncellas de porcelana fina de Burne-Jones, como a la intuición de las escenas de las sagas y las colgaduras bordadas de Morris. Pero también era radicalmente nuevo en su uso de las líneas insinuantes, ensortijadas y onduladas derivadas de las formas naturales, en el modo en que reproducía en metal las formas de los árboles recién observadas, en su abandono del valor del oro y los diamantes por los placeres estéticos de los metales no preciosos y las piedras semipreciosas, la madreperla, los nudos de la madera, la amatista, el coral, la adularia. Era al mismo tiempo un arte de una quietud congelada y de imágenes de rápidos movimientos. Era un arte de sombras y brillos que comprendía la nueva fuerza que transfiguraba tanto la exposición como el siglo venidero: la electricidad.

El americano Henry Adams visitó, una y otra vez, empujado por una precisa y

feroz combinación de curiosidad científica y religiosa, la exposición mientras estuvo abierta. Escribió un enigmático capítulo de *La educación de Henry Adams* y lo tituló «La virgen y la dinamo». Comprendió dónde estaba el centro, en la galería de las máquinas, en las dinamos. Escribió que empezó «a sentir las dinamos de doce metros como una fuerza moral, igual que los primeros cristianos sentían la cruz». La dinamo no era «sino un ingenioso canal para transmitir a alguna parte el calor latente en unas cuantas toneladas de carbón de una sucia sala de máquinas cuidadosamente oculta a la vista». Pero se sorprendió a sí mismo comparándola con la presencia de la Virgen, la diosa, en las grandes catedrales medievales de Francia. «Antes del final, uno empezaba a rezarle; el instinto heredado enseñaba la expresión natural del hombre ante una fuerza silenciosa e infinita.»

La dinamo que impulsaba la exposición estaba en la planta baja del Palacio de la Electricidad. Al principio, no funcionó. Enfrente había un Château d'Eau diseñado para estar brillantemente iluminado por un arco iris de luz. Había hileras de fuentes, como las fuentes de Versalles, y el palacio estaba cubierto de vidrieras y cerámica transparente, coronadas por una estatua del *Espíritu de la Electricidad*, conduciendo un carro tirado por hipogrifos. Cuando todo aquello no funcionó, se produjo una extraña caverna negra, una especie de hueco sin fondo, al caer la noche. Pero los operarios se ocuparon de ella, la engrasaron, pulieron y acariciaron, como a una bestia a la que hay que despertar de su inercia. Adams tenía razón: pusieron un ramo de flores frescas detrás del cilindro como ofrenda. Sintieron su pulso cuando cobró vida con una sacudida. Y cuando empezó a funcionar, convirtió las fachadas de los edificios en rubíes, zafiros, esmeraldas y topacios, y el negro manto de la noche en un tapiz de hilos brillantes. De la Torre del Agua manaban diamantes líquidos, con vetas de cambiante ópalo, granate y crisoprasa. El propio Sena se convirtió en una cinta de lava coloreada, donde hilos multicolores se entrecruzaban, se hundían y volvían a la superficie, cambiaban y volvían a encenderse.

Portales maravillosamente iluminados, que se curvaban como la vegetación de un paraíso artificial, conducían a la reluciente serpiente eléctrica del nuevo metro. Toda la exposición estaba rodeada por una acera rodante sobre la que los ciudadanos podían trasladarse a tres velocidades diferentes, gritando de sorpresa, agarrándose unos a otros mientras avanzaban de una cinta a otra. Se publicaban encendidos artículos en las revistas sobre el «hada de la electricidad».

El Palacio de la Electricidad estaba cubierto de carteles de advertencia. *Grand Danger de Mort*. Era una muerte sin dientes, garras o aplastamiento. Una muerte invisible que formaba parte de una fuerza motriz invisible, la nueva sensación del nuevo siglo.

**E**l grupo de Prosper Cain tenía habitaciones reservadas en un hotel llamado Albert, en Montmartre. Cain tenía mil cosas que hacer: visitó el Pabellón Bing, para estudiar las delicias del *art nouveau*, y el Petit Palais, para contemplar la abundante colección de arte histórico. Visitó varias veces la sección decorativa alemana, donde la nueva elegancia muniquesa se exhibía en salas decoradas por Von Stuck y Riemerschmidt, en su nuevo estilo: el *Jugendstil*. Frecuentó los salones austriacos y húngaros, que se retorcían audazmente con curvas lineares y muebles simples pero lujosos dotados de una perversidad acechante y sugestiva.

Cuando los jóvenes salieron por la mañana, dispuestos a subir al ómnibus cubierto con un toldo de rayas y tirado por cuatro caballos, apareció una figura de un callejón lateral y les saludó quitándose el sombrero. Era Joachim Susskind, que aseguró estar muy sorprendido y encantado de verlos. Estaba allí para asistir a un congreso, pero había visitado ya gran parte —aunque no toda, eso le habría costado meses— de la exposición. Temía que pudieran considerar ostentoso el pabellón alemán. Aunque había cosas de su Múnich natal de las que se sentía orgulloso.

Julian pensó en el acto que Susskind no estaba allí por casualidad, sino que había quedado con Charles. Sus suposiciones eran sexuales, no políticas. Observó el bigote rubio de Susskind y pensó que no sería agradable recibir un beso suyo. Consideró la esbeltez rubia y huesuda de Charles, y decidió que Susskind probablemente estuviera enamorado de Charles, igual que les ocurre a esos profesores que se enamoran de los alumnos más anhelantes y seguros de sí mismos. La sonrisa con que los había saludado había sido tanto modesta como ansiosa, pensó Julian, satisfecho de su propia perspicacia. Como había concentrado toda su atención en Susskind, no había podido fijarse en si Charles parecía avergonzado, alegre o confundido. Cuando lo miró, reparó en que se había ruborizado, sin duda, consciente de ser partícipe de aquel subterfugio..., pero ¿qué más había allí? Julian se sintió intrigado. Sin embargo, le interesaron más las posibilidades que se abrían ante él.

Cuando llegaron al lugar donde estaba la exposición Julian preguntó, como por casualidad, qué prefería ver cada uno de ellos. Tom respondió que le gustaría subir a la acera rodante y a la noria gigante. Charles miró a Susskind y afirmó que le gustaría visitar la sala de las dinamos y los automóviles. Julian dijo que a él le apetecía más ver el Pabellón Bing, con las decoraciones que su padre le había dicho que no debía perderse. Acordaron encontrarse más tarde en el salón de té vienés y comer unos

pasteles.

Cuando Charles y Joachim Susskind estuvieron donde Julian y Tom no podían oírlos, Susskind afirmó, con cierto nerviosismo, que había una joven a quien quería que Charles conociera. Daba clases sobre la anarquía y la cuestión del sexo. Estaba allí, en París, al igual que él, para asistir al Congreso Antiparlamentario de la Segunda Internacional. También era la delegada de una reunión secreta de malthusianos, que pretendían discutir el control de la natalidad, a la sazón prohibido en Francia. Se llamaba Emma Goldman. Había llegado de América, donde era una gran líder anarquista, y se ganaba la vida haciendo de guía en la exposición para los turistas americanos. «Sin duda, sabrá lo que tanto nos interesa saber y aprender —dijo Susskind—. Pero debes ser muy discreto y no contarle a nadie lo que te he dicho. He quedado en que nos encontraríamos con ella a la salida del Palacio de la Mujer.»

Julian estaba planeando una campaña para aproximarse a Tom, sin estar del todo seguro de lo que pretendía conseguir en el fondo. Estaba muy tenso, con los nervios cargados de electricidad, un estado del que disfrutaba intensamente. Se había contemplado a sí mismo en el espejo del dormitorio del hotel antes de salir, tratando de ver su cuerpo a través de los inescrutables ojos de Tom. Era delgado y parecía bastante nervudo embutido en su chaqueta de pana y su camisa azul. Por otro lado, era bajo..., pequeño..., no había una buena palabra para definirlo. Tenía la piel olivácea y el bigote fino y negro de sus antepasados italianos. Sus ojos eran profundos. Tenía el cabello suave y brillante, así era como le gustaba ser. ¿Cómo lo vería Tom, que era dorado, desenvuelto y parecía esculpido, mientras que Julian estaba dibujado con tinta y plumín?

A Julian le gustaba estar enamorado. Había sentido la necesidad de aprender sobre el sexo. Había necesitado saber, con exactitud, cómo era eyacular en contacto con otro cuerpo y no solo con su propia mano y sus sábanas. Pero era lo bastante inteligente para comprender que lo que en realidad le gustaba de estar «enamorado» era el estado de tensión no consumada. El colegio te convertía en un entendido en chicos guapos, chicos con sobrepellices y caras angelicales, siempre deliciosamente veladas por el sudor mientras corrían tras un balón de fútbol o balanceaban un bate, chicos que se arrodillaban temblorosos a tus pies para limpiarte las botas. Su belleza radicaba en el peligro —incluso, en algunos casos, en la imposibilidad— de tocarlos. Sus rostros graves, amables o traviosos se agitaban en las sombras de tu imaginación mientras escribías un inteligente artículo sobre las formas del bien en Platón, o mientras apoyabas la cabeza en tu almohada solitaria y dormías. Por supuesto, había que creer que todas aquellas encantadoras criaturas eran, *in potentia*, el tanto tiempo anhelado amigo íntimo, a quien no habría que ocultarle nada y que todo lo entendería, perdonaría y admiraría. Sin embargo, Julian era lo bastante inteligente y observador

para reparar en que el amor era más intenso cuando era correspondido. «El amor es una luz quieta o creciente / y su primer momento, tras el mediodía, es la noche.» «¿Cómo será cuando el paladar saboree / el tres veces depurado néctar del amor?»

¿Quería saberlo realmente?

A veces pensaba que elegía amar a personas como Tom, que parecían sencillas, buenas en cierto modo, y opacas, para preservar cierto aislamiento o soledad esenciales, que necesitaba más profundamente que ningún otro contacto humano. Le gustaba hacer sonreír a Tom. Le gustaba darle cosas, y verlo ruborizarse de placer. Pero aún le gustaba más cuando, de vuelta en su habitación solitaria, podía verse a sí mismo disfrutando de aquel placer.

Esa no era la moralidad que le habían enseñado. El amor es lo más alto, decían los libros y los profesores. Tenía que pensar que así era. O debía de ser. Así amaría a Tom, y vería lo que se sentía y sufriría deliciosamente al sentir la distancia que los separaba.

Bajaron del ómnibus e hicieron cola en la Porte Binet para comprar los billetes. Subieron a la acera rodante, pasaron junto a varias atracciones y junto a los escaparates de las casas parisinas, algunos decorosamente cerrados y otros que ofrecían vislumbres de los salones y los balcones extranjeros. Cada tramo de la acera rodante tenía postes con pomos de latón, para que se sujetasen quienes estaban cambiando de velocidad. Las mujeres se reían y se recogían las faldas al dar aquel saltito. Los caballeros y los carteristas les ofrecían el brazo para que se apoyaran. Julian y Tom, haciendo niñerías, se cogieron de los brazos y dieron varias vueltas rápidas. Había miles de personas, de cientos de ciudades y países, cargados de bolsas de comida, bastones elegantes, parasoles y paquetes. Predominaba un aroma extraño. Julian sabía que era de ajo y queso. Tom no lo reconoció, y lo olisqueó como un perro de caza en el campo.

Subieron a la noria gigante. Se sentaron juntos al sol en su pequeña cesta y se alzaron en el cielo azul, junto a la erecta jaula de hierro de la torre Eiffel y las humeantes chimeneas de la estación eléctrica. Vieron el río y los puentes, los palacios imaginarios de la orilla, el inmenso globo celestial en cuyo interior se podía girar en torno al zodiaco.

Julian dijo, como de pasada, que tenía miedo de sentir vértigo. Tom le rozó con la mano para infundirle ánimos y le explicó que el secreto era mirar hacia fuera y no hacia abajo. Afirmó que se sentía feliz allí arriba y le confesó que le agobiaba más una especie de ahogo que sentía cuando estaba entre la gente. Aseguró que no estaba seguro de si podría vivir alguna vez en una gran ciudad. ¿Qué quería hacer entonces?, le preguntó Julian. Seguían subiendo. Julian recordó otra vez la cita de Donne. En lo alto de todo, en el cenit, tocaría a Tom. Este respondió que le gustaba estar allí arriba en los Downs y que no se le ocurría ninguna otra cosa que le apeteciera, aunque

comprendía que algo tendría que hacer. Los dos se rieron de la idea de estar en lo alto de París, en el cielo, y pensar en «estar allí arriba» en los «Downs». Empezaron el descenso, y en ese preciso momento Julian se apoyó sobre Tom, como por casualidad. Tom se encogió de hombros en respuesta. No hubo ningún cosquilleo electrificante.

Prosper Cain estaba muy ocupado, tanto por los asuntos del museo como por cuestiones personales. Debía intercambiar consejos e información con el nuevo Museo de Artes Aplicadas austriaco. Tenía interés en adquirir nuevos objetos de metal de los escandinavos. Aún le interesaba más el entusiasmo de uno de los jurados de la exposición, George Donaldson, que había comprado una colección de ejemplos de los nuevos muebles *art nouveau*, que pensaba donar al Museo de Victoria y Alberto. Cain también disfrutaba de la compañía de los diseñadores austriacos, alemanes y belgas. En Francia, el hecho de que fuera militar causaba tirantezas en ciertas situaciones. Sentía que se le culpaba por la aventura militarista sudafricana, aunque, de hecho, la desaprobaba, tanto como soldado como animal político.

También tenía dificultades con los militares franceses a propósito del caso Dreyfus. Siempre le había parecido probable que el desafortunado oficial judío, condenado hacía seis años por traición y enviado a la isla del Diablo, fuese inocente. La furia de sus defensores, las investigaciones de algunos valientes y el suicidio de su principal acusador, habían demostrado con certeza que era él quien había sido horriblemente traicionado. El año anterior, lo habían traído de regreso, convertido en una sombra decrepita de sí mismo, y habían vuelto a juzgarlo. Y, una vez más, lo habían considerado culpable. Eso había horrorizado a Cain tanto como a los seguidores franceses de Dreyfus. Ahora le habían ofrecido un indulto, para evitar un incidente internacional, o la violencia callejera, con motivo de la exposición. Eso sí que era magnanimidad, pensaba Cain: un indulto por un crimen que no había cometido.

Había muchas tensiones entre los franceses y los ingleses. Los franceses publicaban malvadas caricaturas de la viuda de Windsor, como una araña maligna y enloquecida o una bruja de ojos saltones. Se hablaba de que la tensión internacional conduciría a una guerra entre Francia y Gran Bretaña. Cain sonrió al ver la vehemente dedicatoria de un jarrón de Gallé, montado en plata, con un iris flamígero en *appliqué* y una cita de Zola a propósito de Dreyfus. *Nous vaincrons. Dieu nous mène*. Le habían regalado un jarrón similar a Sarah Bernhardt, que era también una apasionada defensora de Dreyfus.

Julian había quedado con su padre en que se verían en el Pabellón Bing y se presentó allí pronto, para poder pasear tranquilamente con Tom entre sus maravillas. Sentía cierta suspicacia por los estetas ingleses. Wilde le parecía tonto y sórdido, aunque no

conocía su obra en profundidad, y Aubrey Beardsley le atraía y alarmaba con aquellos vislumbres de maligna perversidad que le gustaba contemplar, aunque no quería compartir. A los diecinueve años, no sabía quién iba a ser y era muy consciente de ello, pero lo suyo no eran las máscaras, el popurrí y los crisantemos verdes. Como al káiser Guillermo y a Prosper Cain, lo que le gustaba secretamente a Julian era la mezcla de severidad y opulencia de un uniforme militar bien cortado, pero no tenía intención de ingresar en el ejército, de eso estaba seguro. En la exposición descubrió una faceta suya que lo llevó a meditar cuidadosamente acerca de la nueva elegancia europea. Descubrió que su chaqueta de terciopelo se le ajustaba mejor a los hombros. Pensó que debería comprarse unos zapatos nuevos.

Siegfried Bing, de Hamburgo, había introducido en el arte japonés a los entendidos franceses y tenía una galería en la rue de Provence, donde se exponían cuadros muy modernos —no solo de los impresionistas, sino de los simbolistas y los soñadores—. Su pabellón era una pequeña mansión de fantasía, que más tarde se trasladó a Copenhague. Ese era otro aspecto de la exposición que recordaba a los cuentos de hadas rusos de casas voladoras, o a los cuentos árabes acerca de palacios que se trasladaban en una noche a países más allá del océano y los desiertos. Aquella sensación se hacía aún más intensa por el Palacio de los Espejos, que desde el interior era una falsa infinitud de vistas exóticas de Oriente Próximo, en las que uno mismo se veía repetido desde todos los ángulos, arriba y abajo, avanzando y retrocediendo, o colgando en el vacío. Y, aparte de eso, estaba el Palacio Al Revés en el que, como en un cuento para niños, se podía andar por el techo y mirar encima y debajo de las mesas y las sillas. En su fachada había un fresco que mostraba a dos mujeres jóvenes, esbeltas y morenas, con los dedos enguantados en guantes negros, cinturas finas y nalgas redondas y pequeñas, visibles debajo de sus vestidos ajustados y de sus faldas como colas de pavos reales. Estaban de pie delante de una casa encantada en un bosque. Miraban hacia atrás por encima del hombro. Julian no se esperaba el comentario de Tom, que fue lamentar que su madre no pudiera verlas, le habrían encantado. Llevaban chales transparentes que flotaban como alas sobre sus hombros.

Dentro había una serie de salones amueblados, todos distintos entre sí, todos lujosos y sencillos al mismo tiempo, con reluciente ebanistería, taraceados en varias maderas, telas tejidas con rígido damasco e hilos tan finos como seda de araña, tapices y cobre pulido, cristal y cerámica y toques de dorados que brillaban en los rincones más oscuros. Julian se entretuvo imaginando a Tom en aquellos decorados tan improbables. Era como si se hubiese trasladado del prado de un pueblo inglés a un bosque de cítricos y damascos con solo mover el brazo. Parecía una estatua griega de un joven atleta —que no habría desentonado demasiado allí— desnudo y coronado con una filigrana de hojas de vid.

Entraron en la que quizá fuese la sala más hermosa, un vestidor de Georges de



Feure, todo en colores argentinos, con muebles de fresno húngaro, decorado con un revestimiento de cobre plateado, adornado con tapices de seda con flores azules y grises tejidas sobre una trama de hilos plateados y que cambiaban de forma con la luz. Las sillas estaban cubiertas con una tela azul grisácea bordada con rosas blancas de seda. Julian pensó que le habría gustado ver a Tom con un batín de seda en medio de aquella habitación: imaginó un batín de color azul oscuro, y luego lo imaginó de color peltre oscuro y combinó los dos; mientras tanto, Tom recorría la sala lleno de genuina curiosidad y no hacía más que repetir que era una pena que su madre no pudiera ver todo aquello. «La habría inspirado para su trabajo», dijo. Se pasó las manos por el cabello rubio formando una especie de cuernos. Entraron en un dormitorio donde había una cama enorme con una colcha con toda clase de matices. Julian trató de imaginar a Tom tumbado desnudo en ella, mientras él inspeccionaba con interés las colgaduras del dosel de la cama. Un nutrido grupo de mujeres vestidas a la última moda entraron en la sala y soltaron varias exclamaciones acerca de los adornos, e hicieron numerosas observaciones en voz alta sobre lo que sería dormir en aquella cama. Tom dijo de pronto que estaba cansado y se sentía agobiado, le gustaría poder sentarse un rato.

Se sentaron a esperar a Prosper Cain en un café cercano. Pidieron *citrons pressés* y Tom se despeinó un poco más con los dedos. A Julian no se le ocurría qué decirle a Tom, y este tampoco decía nada, así que soltó de pronto:

—Es raro que herr Susskind aparezca así, de pronto.

—¿Tú crees? Todo el mundo parece haber venido. Me cuesta respirar entre tanta gente. Aunque admito que las posibilidades de encontrar a alguien en particular entre esta muchedumbre son muy escasas.

—Yo creo que había quedado con Charles. Creo que sabía que estábamos aquí. Tal vez sienta algo por Charles.

—¿Algo?

—Puede que esté enamorado de Charles. Parecía muy nervioso.

—No se me habría ocurrido pensarlo. Aunque es raro. Una vez me encontré con ellos en Hyde Park. Yo iba con mi padre. Ellos fingieron no vernos, y nosotros fingimos no verlos. Mi padre dijo que era propio de caballeros mirar hacia otro lado. No comprendí por qué, pero noté que todos estaban avergonzados.

Julian dijo:

—¿Alguna vez has estado enamorado? ¿Verdaderamente enamorado? —Tom desvió la mirada hacia la mesa. Julian pensó enseguida que había ido demasiado lejos. En realidad, Tom estaba pensando que Julian era muy sofisticado y que se burlaría si le respondía con sinceridad. No obstante, replicó:

—Solo en la imaginación.

—He ahí una respuesta misteriosa. ¿Qué quieres decir con eso?

Tom guardó silencio y luego respondió:

—No sé por qué lo he dicho.

—¿Quieres decir enamorado en la imaginación de personas reales a quienes no quieres..., en carne y hueso, por así decirlo? ¿O enamorado en la imaginación de personas ideales a las que ni siquiera conoces?

Tom alzó la mirada y se ruborizó. Julian lo observaba con una sonrisa inquisitiva pero amable.

—Más bien lo segundo. Pero ambas cosas se mezclan. Uno se pregunta cómo sería, ya sabes...

En realidad, con eso de «cómo sería», Tom se estaba refiriendo a caballeros y damiselas que cabalgaban por el bosque alejándose de la ciudad en dirección a la nada y lo desconocido. Desde la infancia tenía la costumbre de ponerse imaginariamente en la piel de sir Gareth, del «Gareth y Lynette», de Tennyson, que había sido obligado por su madre a ser un simple mozo de cocina en los salones del rey Arturo y que había partido a caballo con la joven burlona y refunfuñona que le reprochaba que olía a cocina, como un hongo, pero, poco a poco, había ido reparando en lo fuerte y bueno que era y se había arrepentido y lo había cuidado como una madre mientras dormía. Tom no tenía ni idea de por qué había escogido a Gareth, y no al más complicado y apasionado Lanzarote.

—Supongo que lo probamos en los libros —dijo Julian—, o con los niños guapos en el colegio. Hasta que encontramos algo real... —Tom hizo un gesto nervioso, y Julian recordó lo que imaginaba que le habían hecho en Marlowe. Sorbieron sus *citrons pressés*. Julian prosiguió—: ¿No te parece insufrible tener todo ante tus ojos, la gente que va a tener importancia para ti, la gente a quien no conoces todavía, las decisiones que tendrás que tomar, lo que podrás conseguir, y aquello en lo que podrás fracasar..., y que sea todo tan irreal? El futuro da vueltas en mi cabeza como una nube de mosquitos.

—Cuando pienso en eso —repuso Tom—, pienso en cavernas de hielo, no sé por qué, con cosas congeladas de formas extrañas, y llenas de túneles.

—Dicen que la juventud es despreocupada, y al mismo tiempo, con gran sutileza, van tratando de moldearte para convertirte en un caballero, o en un constructor del imperio, o en cualquier otra cosa. No quiero saber nada del imperio. No quiero mandar en nadie, ni tener que darle órdenes a nadie para que haga nada.

—¿Y qué es lo que quieres? —Ahora era el turno de preguntar de Tom.

—Después de ver todas estas... cosas tan preciosas que ha hecho la gente..., creo que quiero hacer lo que mi padre quiere que haga..., aunque estar de acuerdo con el padre de uno resulte banal y poco ortodoxo, y debiera rebelarme virilmente. No me importaría ser coleccionista, o marchante de objetos hermosos. Y, por supuesto, también quiero amar a alguien. Quiero amar y ser amado.

Miró fijamente a Tom, que tenía la barbilla apoyada en la mano y miraba sin verlas a las damas que esperaban a las puertas del Pabellón Bing. Julian se preguntó si estaría fingiendo aquella distante inocencia. Concluyó que no.

Se dijo que nunca había conocido a nadie tan virginal.

Karl Wellwood estaba descubriendo el sexo de un modo muy diferente. Joachim lo había empujado hasta el Palacio de la Mujer, un edificio moderno y elegante, en cuyo vestíbulo había imágenes de mujeres que habían conseguido grandes logros: la emperatriz bizantina Teodora mano a mano con Harriet Beecher Stowe. Allí se reunieron con la famosa Casandra, la anarquista Emma Goldman, que estaba despidiéndose de un grupo de turistas norteamericanos. Era una mujer de aire serio y ojos profundos, llevaba el pelo muy corto y una pajarita negra con una camisa de rayas. Besó a Joachim Susskind y le estrechó la mano a Karl, diciendo que cualquiera en quien confiase Joachim era amigo suyo. A principios de año, la habían oído hablar apasionadamente en Londres contra la guerra sudafricana, argumentando con lucidez y desarmando con brillante ingenio a los que la interrumpían. Su sentido común y su pasión por la justicia y la tolerancia, comparables a los de Piotr Kropotkin, con quien compartía el estrado, eran parte de lo que atraía a Charles de la anarquía, aunque, como hijo de un exitoso hombre de negocios, no podía evitar pensar que aquellos individualistas idealistas no lograrían salvar a nadie a menos que se organizaran más y mejor.

Anduvieron a toda prisa hacia el boulevard Saint Michel, donde Susskind y Goldman se alojaban en el mismo hotel. Goldman le explicó a Charles que se ganaba la vida haciendo de cicerone en la exposición y cocinando en un infiernillo para un grupo de amigos en el hotel: «... Soy buena cocinera, ya lo veréis, os invito a comer, y pagáis lo que podáis». Afirmó estar irritada hasta la desesperación por los pecatos maestros de escuela norteamericanos, que se avergonzaban al ver las estatuas desnudas en el Louvre. «... Me gustaría saber qué opinan de las mujeres que se venden en las aceras..., pero no me atrevo a preguntarles, debo sonreírles y ganarme los panes y los peces. Me encantaría guiarles por los círculos de un sitio mucho más caliente. ¿Habéis visto *La puerta del infierno* de Rodin? Debéis ir a verla..., y más de una vez, es una obra maestra. Ese hombre ha comprendido lo mucho que significa el sexo en el mundo moderno, en cualquier mundo.»

Hablaba del sexo con orgullo, indignación y una especie de fervor social que eran nuevos para Karl. Había discutido con Kropotkin sobre eso, mientras iban en la acera rodante, y se había visto obligada a decirle que si lo subestimaba es porque ya no era tan joven. Y él había tenido la elegancia de admitirlo y echarse a reír. Le explicó a Joachim en voz baja que la sociedad malthusiana iba a reunirse en secreto, le diría cuándo y dónde si estaba interesado, pero la policía estaba husmeando y ella no quería acabar en la cárcel por la causa del control de la natalidad, porque eso era solo

una parte de una misión mayor, la visión completa.

Llegaron al hotel en el Boul' Mich' y comieron sopa de remolacha rusa y un guisado de ternera con patadas hervidas, cocidas en el infiernillo. La sala estaba llena de humo de cigarrillos rusos y Gauloises franceses..., los perfiles de la gente se desdibujaban en los ojos de Charles y el grupo hablaba muchos idiomas, en apariencia al azar: francés, ruso, italiano, alemán, inglés norteamericano, holandés. En mitad de aquel grupo, Joachim parecía animado y sonriente, con el cabello despeinado y el cuello de la camisa desabrochado. Parecía tímido y pensativo en inglés. En alemán sonaba excitable y áspero. Hablaban de alguien llamado Panizza a quien habían encarcelado en Múnich por blasfemia y que, tras ser liberado, había venido a París. Emma Goldman dijo que Panizza había ido a visitarla —lo que la había conmovido mucho— y la había invitado a cenar con Oscar Wilde. Su «querido Hippolyte», dijo volviéndose hacia su amante, había tenido que apelar a la ética, porque esa noche tenían una reunión de los camaradas..., pero le habría encantado conocer a Wilde.

Karl contempló con curiosidad a Hippolyte, que era bajo, nervioso, iba vestido con elegancia y tenía las manos vendadas. Era un checo sin un céntimo, que se había estropeado la piel limpiando botas para ganarse la vida. Como ejemplo del «amor libre» resultaba poco inspirador. Se puso quisquilloso. Dijo algo en ruso o checo acerca de Wilde que sonó despreciativo. Otro, un canoso doctor no sé cuántos, dijo que le sorprendía que una mujer buena como Emma Goldman defendiera a un hombre como Wilde, un pervertido y pervertidor.

Eso condujo a una animada discusión sobre cuál era la actitud correcta acerca de la inversión, la perversión y la «variación sexual». La mayor parte transcurrió en alemán. Karl había aprendido alemán, siguiendo los deseos de su madre alemana. Pensaba que Susskind lo sabía, pero, por algún motivo, no le había dicho nada. Descubrió que era reservado por instinto. Le gustaba tener una vida secreta y, dentro de aquella vida secreta, le gustaba tener secretos. Escuchó la acalorada discusión sobre las ideas de Panizza acerca de la masturbación, la violación y la perversión con el rostro inexpresivo, obtuso y cortés, que cualquier antiguo etoniano sabe adoptar. Le estimulaba y alarmaba al mismo tiempo el mundo en que había entrado. Si eras un librepensador alemán, podías acabar en la cárcel por blasfemia, como Panizza, o por lesa majestad, como Johann Most, o encerrado en el manicomio y declarado loco. Contempló, vigilante, a través de las volutas de humo, los rostros de la gente y escuchó sus voces, serias, amargamente irónicas y alegres. Era como si estuviera allí sin estarlo. Siempre podía volver a casa, y cerrar una puerta respetable a sus espaldas. Pero no estaba jugando, se dijo a sí mismo, aquello iba en serio. Había que hacer algo acerca de los horrores de la sociedad.

La conversación versaba ahora sobre la próxima conferencia de Emma Goldman

acerca del tráfico de mujeres. La discusión tenía lugar en inglés. ¿Qué otro modo de ganarse el pan tenían muchas mujeres si no vender su cuerpo?, preguntó Goldman. ¿Cómo iba a culparse a una mujer que era una criada en un sótano, o una trabajadora en un banco de una fábrica por necesitar calor humano y mejores alimentos, sí, y ropa bonita? Los salarios eran tan bajos que las mujeres casadas también se vendían. Y a menudo con la connivencia del marido. Los hombres que utilizaban los servicios de aquellas mujeres volvían a casa y contagiaban a sus mujeres —a quienes también habían comprado— la sífilis. Y, por supuesto, no era a los hombres a quienes castigaba el Estado con sus policías y sus médicos, ¡oh, no!, sino a las mujeres. Las mujeres debían tomar el control de sus vidas y sus cuerpos.

Una mujer delgada y vestida de gris, que no dejaba de toser, preguntó si había llegado ya el cargamento de gomas. ¿Era cierto que los norteamericanos tenían intención de explicar su uso en el congreso?

Goldman afirmó que esperaba que así fuera.

Charles se sintió vagamente excitado. Aunque no del modo adecuado. Más tarde, mientras volvía al hotel miró fijamente a las mujeres con las que se cruzó, los grupitos de mujeres sonrientes con bonitas faldas y llamativos corsés, las elegantes *demi-monde*. Nunca había visto a una mujer desnuda, aparte de las esculpidas en mármol o bronce. Tenía cierta idea sobre aberturas y protuberancias de las que necesitaba saber más. Podría ser una buena idea comprar aquellos conocimientos — estaría ayudando a alguien a comprar un plato de comida—, pero precisamente porque necesitaba ver a aquellas criaturas que paseaban, sonreían y le saludaban como personas necesitadas, se le hacía difícil, tal vez imposible, negociar con una de ellas. Todo era mentira. Además, como había insistido Goldman, estaba el asunto de la enfermedad. Joachim le había contado que la obra censurada de Panizza, *El concilio del amor*, describía a Dios, María y Jesús en el cielo, como una familia debilitada y degenerada que daba permiso al demonio para introducir la sífilis en el mundo y castigar a los papas Borgia por sus orgiásticos excesos. Joachim nunca le habría hablado así en Inglaterra. Por primera vez, Karl se preguntó cómo resolvía Joachim la cuestión del sexo. No se le ocurrió ningún modo de preguntárselo.

Cenó con los Cain, Tom, Fludd y Philip. Todos contaron lo que habían visto en la exposición. Charles no les habló de Emma Goldman ni de las mujeres de la calle. Cain afirmó que era alentador que gente que estaba en guerra —los alemanes y los chinos, por ejemplo— pudiese coexistir en una ciudad imaginaria. Benedict Fludd, que a ratos estaba animado y a ratos huraño, preguntó si Cain no había leído los periódicos. Un anarquista había surgido revólver en mano de entre la multitud y le había disparado a quemarropa al rey de Italia.

—Ya lo habían intentado hace tres años con un cuchillo —dijo Fludd—. Esta vez lo han conseguido. Lo han matado. ¿Qué pretenden conseguir?

—El caos —dijo Prosper Cain—. Están locos.

Karl volvió a adoptar su educada expresión de colegio privado. Se encontraba en un atolladero moral que empezaba a conocer. Formar parte de algo, creer en una idea, tal vez equivaliese a aceptar cosas que eran de por sí increíbles, ridículas u horribles. Se había esforzado por ser cristiano y había tratado de obligarse a creer en la Virgen y en la resurrección. Los anarquistas le habían parecido interesantes y sugestivos. Pero no podía, le resultaba imposible, aceptar que el asesinato simbólico de este o aquel viejo monarca confuso o aislado pudiera favorecer realmente el avance de la libertad o la justicia. Y luego trató de verlo desde el punto de vista de un anarquista. Formuló la siguiente idea: están más cuerdos, y más locos, que los demás. Tienen una idea mejor de la naturaleza humana, tal vez sea solo una idea. Pero hablan en serio y son reales, y este hotel no lo es, este *soufflé* no es nada más que aire, y las mujeres de la mesa de al lado se venden y compran.

No obstante, era un *soufflé* delicioso, elegantemente servido con naranjas amargas y Grand Marnier. Dejaba un regusto en la boca que era como una bendición.

Philip había pasado solo gran parte del tiempo. Fludd se negaba a salir de la cama, o se quedaba sentado lúgubrementemente en el hotel bebiendo café con coñac. Le dijo a Philip que saliera a educarse. Philip anduvo kilómetros, mirando las luces y traduciendo lo que veía en ideas para vasijas, y fracasó de forma inmisericorde. Era demasiado para él. Su propio arte le parecía trivial, provinciano y lejano, y se sintió como un palurdo y un ignorante.

Encontró la exposición de cerámica en la Esplanade des Invalides. Se acercó a la exposición especial de la Gien Faïencerie atraído por su principal sensación, un impresionante reloj de cerámica de más de tres metros de altura que descansaba sobre un pedestal tallado. Pensó que tenía una forma un poco absurda y se quedó boquiabierto al pensar en la extraordinaria habilidad técnica requerida para fabricarlo. Tenía la forma de un jarrón muy alto y estaba decorado con un esmalte dorado que no había visto nunca. A la altura de los hombros brotaban, por así decirlo, espirales y colgaduras de follaje verde y azul turquesa del que, como frutos extraños, asomaba un racimo de luces eléctricas. Por encima, tres Cupidos desnudos se arrodillaban deportivamente y sostenían un reloj con la forma de un globo celeste de color azul pálido tachonado de estrellas que daba la hora mediante un mecanismo que había en su interior y mostraba el avance de las horas a través de una abertura en el ecuador. Otro Cupido con alitas se sentaba en lo alto del globo y sostenía una antorcha, que también emitía una potente luz eléctrica.

Philip empezó a dibujarlo. Había aprendido su desprecio por los Cupidos haciendo pucheros y lo que llamaba «frunces de alfarería» de Benedict Fludd. Pensó que podría tentarlo a salir de la cama con aquella visión monstruosa. Los visitantes le empujaban, y a veces le pedían que les dejara ver lo que estaba haciendo. Un joven,

más o menos de su edad, vestido con un mono de obrero, salió de detrás de la caseta y le pidió que le dejara ver el dibujo. Hizo algún que otro comentario sobre su habilidad para el dibujo en francés y Philip no entendió ni una palabra, aunque el tono era amistoso y admirativo. Philip dijo, en inglés, que no hablaba francés. Dejó el cuaderno y el lápiz y le explicó, por señas, que era alfarero, haciendo pasar los dedos por el interior de un cilindro imaginario de arcilla imaginaria en un torno imaginario. El francés se rió e hizo como si pintara unas delicadas florecillas en una superficie con un pincel muy fino. Philip se señaló con el dedo y dijo:

—Philip Warren.

—Philippe Duval —respondió el francés—. *Venez voir ce que nous avons fait.*

Le enseñó a Philip jarrones de porcelana de pasta blanda con esmaltes de cobre *flambé*, y jarrones de forma ahusada o cilíndrica pintados en bizcocho, uno con peonías, otro con campánulas. Philip tomó apuntes y copió las campánulas en su cuaderno de esbozos. Expresó por señas su admiración al ver cómo habían empleado de forma novedosa toda suerte de esmaltes metálicos en superficies como de seda tornasolada o brocada. Philippe le explicó, en francés, que eran endemoniadamente difíciles de conseguir, y Philip lo entendió. Había también un intento muy bueno de imitar el rojo secreto chino.

—Chino —dijo Philip.

—*Oui, chinois* —respondió Philippe.

Y cerámica agrietada en oro y plata. Todo muy elegante, pensó Philip.

Entonces Philippe sacó de un rincón varias piezas muy diferentes: las primeras y famosas reproducciones Gien de la mayólica renacentista italiana, y Philip se enamoró. Quedó prendado de los colores: un amarillo dorado como la arena, un azul índigo y un verde salvia que resplandecía sobre un fondo negro, o daba impresión de delicadeza sobre un esmalte blanco. Amó las criaturas que se entrelazaban, trepaban y gesticulaban sobre las superficies, figuras cornudas del dios Pan, de orejas puntiagudas y barbas apuntadas, y cuyas hirsutas caderas se convertían en hojas por debajo de la cintura, azules, doradas y verdes. Le encantaron las frondas formales en espiral de las ramas de manzanas doradas y los finos zarcillos y pámpanos. Había ágiles muchachos que esbozaban perversas sonrisas y dragones azules con niños de cola de pez —no rollizos querubines, sino muchachos rubios y risueños— y faunos y delfines, todos dibujados con mucha habilidad, brillantes y relucientes. Recordó sus esbozos del Candelabro de Gloucester, con los hombres, los monos y los dragones y tuvo una vaga idea de cómo podría hacer sus propios diseños combinando las ramas de un árbol eterno donde hubiera sitio para todos. Pidió a Philippe que le concediera tiempo para dibujar uno o dos. *Arabesques*, respondió aquel. Dibujó para Philip un reloj diferente, decorado con aquellas criaturas, y le mostró el interesante diseño de la base: unas grecas ondulantes, unas enredaderas con fresas silvestres.

Tomaron una taza de café en una cafetería y se comunicaron haciendo dibujos por turnos: Philip dibujó los diseños de sus azulejos de Dungeness, los líquenes y el hinojo, y Philippe dibujó más criaturas y cuencos con asas como dragones y arpías entrelazados con *rinceaux*. Philip dibujó los renacuajos de Fludd, pero no supo cómo hablarle de Fludd. Así que dibujó a un maestro alfarero sentado en el torno y a un aprendiz con una escoba y se identificó a sí mismo como el aprendiz y, con muchos gestos, le explicó que iba a buscar a Fludd —indicó por gestos que estaba roncando— y a llevarlo hasta allí. Philippe tenía el cabello negro y un rostro alargado de rasgos bien definidos.

—Ahora vuelvo —dijo Philip.

—*Au revoir, donc* —respondió Philippe.



**A**l atardecer, Tom se sentó en la sombría biblioteca del pabellón británico, cuando estaba cerrado para el público y solo los invitados del conservador especial de metales preciosos del Museo de Victoria y Alberto tenían derecho a entrar. Tom se imaginó a sí mismo en el siglo XVII, rodeado de libros encuadernados en cuero y de luminosos tapices con escenas de la búsqueda del Grial. Enfrente tenía el cuadro de Burne-Jones del sueño de Lanzarote en la capilla del Grial. El calvero en el bosque aparecía desolado e iluminado por la luna. La luz pálida y dorada relucía en los cuartos traseros del caballo y en los rostros del caballero dormido y el ángel que lo observaba. El caballero estaba tumbado ligeramente de costado, con los elegantes pies envueltos en la cota de malla y cruzados como si fuese una efigie, su rostro joven y agradable reflejaba, no cansancio, sino un absoluto agotamiento. El escudo se apoyaba en un arbusto retorcido y sin hojas, la luna centelleaba sobre la larga espada y en el yelmo que había en el suelo a sus pies. La expresión del rostro preocupado del ángel era casi de horror o terror. A los pies de las paredes de la capilla crecían varios espinos. Tom se sintió profundamente conmovido por todo aquello. Quería volver a casa. Sacó la última entrega de *Bajo tierra* de la bolsa donde llevaba los libros, y escribió una carta.

Mi queridísima madre:

Gracias por enviarme la liberación del silfo. En mi opinión es de lo mejor que has escrito, muy emocionante y turbador. Espero que volvamos a tener noticias tuyas, ¿es él o ella?, no pareces muy convencida. Creo que has acertado con el nombre. «Silfo» resulta mucho más misterioso que «sífide» y está libre de todas las connotaciones de los cuentos de hadas.

Lo estoy pasando muy bien aquí, viendo muchísimas cosas sorprendentes, algunas divertidas, otras instructivas y algunas hermosas. He subido a la torre Eiffel, y a la noria gigante, me he aventurado en el nuevo ferrocarril subterráneo, el metro, que tiene puertas que parecen la entrada al país de las hadas. Todo está impulsado por electricidad —todo zumba y chisporrotea— y hay bosques de luces que centellean y resplandecen por todas partes. Ignoro si es una feria de las vanidades, un Camelot, o incluso un pandemonio. La verdad es que no tengo costumbre de vivir rodeado de tanto ruido. Recuerdo a menudo mis silenciosos paseos por los Downs a primera hora de la mañana, con la hierba cubierta de rocío e iluminada por el sol naciente. Ojalá

estuvieras aquí. Tú aprovecharías mucho mejor que yo tanto encantamiento y artificio. Es como el cuento que escribiste sobre el palacio dentro del palacio dentro del palacio. Se te ocurrirían cuentos de casi todo.

Julian es muy bueno conmigo, y espero que seamos verdaderos amigos. Pero es tan sofisticado y tan..., me cuesta encontrar una palabra, ¿sardónico? No es eso exactamente, pero ya sabes a lo que me refiero. El caso es que nunca estoy del todo cómodo con él, y no me atrevo a decir lo que pienso, por miedo a que pueda parecerle una tontería. El comandante Cain está siendo amabilísimo y nos explica todos los objetos artísticos. Te encantaría ver las joyas. El señor Fludd es un poco misterioso —por lo visto pasa mucho tiempo en la cama—. Supongo que Philip cuida de él. Tenemos intención de ir a ver bailar a una tal Loïe Fuller. Creo que hay todos los tipos de comida que puedas imaginar. En cuanto a mí, me gustan cosas como las aceras rodantes, los sorbetes en copas diminutas y el diorama ruso. Pero a veces, casi siempre, diría yo, querría estar en casa y sentarme en el jardín a leer las aventuras del silfo.

Tu hijo que te quiere,

Tom

Prosper Cain llegó al modesto hotel donde se alojaban Philip y Benedict Fludd. Encontró a Philip, quien le explicó que Fludd seguía en la cama y había dejado dicho que no le molestasen. Cain respondió que iba a molestarle, e inmediatamente. Tenían que visitar la caseta de Lalique y comer con Siegfried Bing en el Pavillon Bleu, como él sabía muy bien. Philip respondió secamente que no se atrevía a molestar a Fludd.

—Yo sí me atrevo —repuso el comandante. Miró a Philip—. ¿Qué te está pareciendo la exposición?

Philip le detalló sus visitas a las exposiciones de cerámica y sacó su cuaderno de apuntes para mostrarle al comandante Cain el reloj monstruoso.

—¿Has visto algo aparte de las vasijas, Philip?

—Estoy explorando, señor. Me he hecho amigo de un francés en la caseta de Gien. No habla inglés. Es un decorador.

—Deberías estar divirtiéndote y expandiendo tus horizontes. ¿Has visto la exposición de joyas? ¿Has visitado el Pabellón Bing?

—No.

—Benedict debería estar enseñándote todas esas cosas. Tenía intención de enseñarles a algunos marchantes de por aquí varias de tus obras. Podrías venir y hacerles algunos esbozos. Tal vez me hagas falta, si Fludd no está en plena forma.

Benedict Fludd yacía debajo de una sábana manchada de vino, con la cabeza cubierta

por un almohadón francés con serpientes bordadas.

—Fuera de aquí —le espetó a Cain.

—No pienso irme. Sabes muy bien que hoy tenemos el almuerzo con Bing. Levántate. Tienes que mostrarle a esa gente las obras de Philip Warren, se lo debes a él tanto como a ti. Bing está muy interesado en el cuenco del estanque. Mucho. Levántate. En el ejército teníamos métodos muy desagradables para hacer que la gente se levantara. Levántate y lávate. Eres un hombre horrible.

Todos se reunieron ante la caseta de Lalique. Era otra residencia imaginaria, con colgaduras de gasa plisada. Relucientes murciélagos de *moiré* blanco volaban por una alta ventana, y había un biombo siniestro, delicado y encantador hecho con cinco mujeres desnudas de bronce, con alas enormes y esqueléticas, como las venas broncíneas de las polillas, que colgaban por debajo y por los costados. El objeto más destacado era una joya muy grande, el busto color turquesa de una mujer que salía de la boca de una larguísima libélula, cuyo cuerpo estrecho y dorado estaba tachonado de joyas verdes y azules a intervalos regulares y rematado por una minúscula y afilada horquilla dorada en la base. La cabeza de la mujer estaba coronada por un adorno que parecía un yelmo, o un escarabajo partido en dos, o los ojos de insecto de aquel ser en plena metamorfosis. De sus hombros colgaban lo que parecía al mismo tiempo unas mangas rígidas y las alas realistas de la libélula, hechas de un esmalte nuevo transparente, vetado de oro y tachonadas de medallones de turquesa y cristal. El animal tenía gigantescas garras de dragón, que se extendían a ambos lados de la cabeza de la mujer, en el extremo de unos brazos dorados y musculosos. En torno a aquella pieza había joyas más pequeñas con formas de flores e insectos. Philip preguntó a Fludd si sabía cómo hacer aquel esmalte transparente. Le dijo: «Mire» al ver un broche hecho con dos ciervos volantes totalmente realistas, con las cabezas entrelazadas, y la córnea rugosidad de los élitros reproducida a la perfección.

—¡Humm! —dijo Fludd—. Otro mago francés que modela a partir de seres vivos, supongo. Como Palissy.

Fludd estaba volviendo a la vida. Sacó un monóculo y observó los minúsculos huevos de turmalina que había incrustados en las patas traseras de los insectos y la piedra de color rojo sangre que sostenían entre ellas.

Julian le indicó a Tom que la forma de corazón de otra joya con dos libélulas unidas era, de hecho, una reproducción exacta de la copulación. Así era ciertamente, respondió Tom, con el interés del naturalista.

—Quería daros una sorpresa —dijo Olive Wellwood flotando etérea hacia ellos debajo de un sombrero cubierto de mariposas y abejas de seda—. Vamos sorpréndete, cariño. No pude resistirme después de tu preciosa carta...

Iba acompañada de Humphry, con su habitual apariencia informal y elegante, y de August Steyning, que llevaba un traje color ala de mosca y una corbata de color azul

como las plumas de un pavo real.

Hubo besos y exclamaciones. Olive estaba nerviosa y encantadora y tenía el rostro ruborizado por la excitación. Llevaba una sombrilla de seda rosa, que, al aire libre, hacía que su cara en sombras adquiriera un pálido tono rosado. Tom tuvo una sensación que recordó en el acto, aunque siempre le cogía de improviso. Olive en carne y hueso, Olive perfumada con aroma de rosas, no era la persona con quien compartía secretamente el otro mundo y a quien escribía sus cartas, ese era un ser distinto que escribía para él y habitaba sus sueños. Esta era una mujer alegre y sociable vestida con bordados ingleses de color crema, a cuyos pies Prosper Cain estaba inclinándose galantemente la cabeza.

—Qué agradable verla aquí, querida señora Wellwood. Justo el lugar indicado, entre los pavos reales y las libélulas. No sabía que tuviera usted pensado visitar la exposición.

—Tampoco yo lo sabía. Fue una decisión improvisada y precipitada por una carta de Tom..., aunque estoy diciendo tonterías: las cosas improvisadas no pueden precipitarse. En su carta describía todas estas tentaciones y encantamientos de un modo que me vi irresistiblemente empujada a venir. Descubrimos que August Steyning ya había planeado su visita, y nos unimos a él. Debe usted contárnoslo todo, debe mostrarnos todas sus hermosuras...

«Está exagerando», pensó Tom. Lo que no podía saber era que la llegada de Olive era el efecto de un avance por parte de Herbert Methley, que había tratado con insistencia, e incluso acaloramiento, de obligarla a realizar un acto sexual que a ella le repugnaba. Se había ruborizado como si estuviese encendida en llamas. Se le habían llenado los ojos de lágrimas. Ignoraba si Methley era un monstruoso perverso, o si ella era —como él aseguraba— fría e ingenua, e incapaz de comprender y de responder. De pronto no pudo resistir su olor, escapó de sus brazos, salió de la cama alquilada y pensó ciegamente: «Tengo que escapar». Estaba encantada de ver a Prosper Cain, cuya admiración por ella resultaba tan galante y pasada de moda. Y a Tom, claro, le encantaba ver a Tom, que la quería más que nadie en el mundo.

Prosper Cain estaba comprando joyas. Le gustaba comprar piezas pequeñas, y estaba buscando el regalo perfecto para llevarle a Florence. Le había comprado ya uno de los peines de cuerno de Lalique, con semillas de sicomoro tallado, y dudaba si adquirir también un peculiar broche en forma de anémona, en el que la preciosa flor estaba desprovista de todos sus pétalos excepto uno, hecho de esmalte rosado y engarzado entre retorcidas raíces de marfil, a través de las cuales asomaban unas caras extrañas. Pero tal vez no conviniese regalarle a una joven una imagen de derrota y decadencia, por muy hermosa que fuera. Encontró un *pliqué-à-jour* con forma de

amapola esmaltada —«igual que una fina y clara gota de sangre», como dijo Browning de los tulipanes silvestres— y lo compró para sujetar el negro cabello de su hija. Luego examinó otra pieza menos llamativa que combinaba unas vainas de semillas de hierba de plata esmaltadas con un suntuoso cardo, hecho de plata esmaltada y cristal traslúcido. Olive, que estaba rozando las joyas con la punta enguantada de los dedos y sosteniendo un brazaletes de serpiente contra su muñeca para admirarlo mejor, se preguntó de pronto si la segunda pieza sería un regalo para ella. Tenía un brillo suave como de cuento de hadas. Cain observó el envoltorio y la guardó, con la amapola, en el bolsillo. Pensó que podía regalárselo a Imogen Fludd, siempre que no la avergonzara. La joven había desarrollado cierto interés por el diseño de joyas: la pequeña escala, la precisión, el rigor y la delicadeza de ese arte se ajustaban muy bien a su temperamento. Pero Londres estaba lleno de señoras dedicadas a ensartar cuentas y piezas esmaltadas. Si la joyería iba a ser su forma de independizarse debería hacerlo muy, muy bien.

Fue en error tratar de visitar el Grand Palais en grupo. Había miles de cuadros en la Décennale, que exponía obras del último decenio del siglo, y de todos los países participantes. August Steyning afirmó con franqueza que sería mejor que cada cual fuese a su aire de acuerdo con sus propios intereses hasta la hora de comer, cuando podían reunirse —por una buena razón— delante del cuadro de Jean Weber *Les Fantoques*. Pasearon en grupos de uno y dos: Steyning; Cain y Olive; Tom y Julian; Charles y Joachim Susskind; Fludd y Philip. A Philip le abrumaron el tamaño, el peso y el siniestro y repetitivo significado de muchas de las obras. Le horrorizaron los enormes cuadros de muertos amontonados y personas agonizantes, entre las que se deslizaban las serpientes bajo la atenta mirada de unos ángeles minúsculos. En un cuadro titulado *Hacia el abismo*, una mujer con vestimenta moderna, enormes alas de murciélago y un gorro agitado por el viento, avanzaba contra la tormenta seguida de una multitud de personas desnudas que se arrastraban por el suelo: viejos con barba y mujeres de ojos fijos, todos *in extremis*, algunos exhalando su último suspiro. Philip preguntó tímidamente a Fludd lo que significaba.

—No lo sé —dijo Fludd—. Tal vez simbolice a la mujer, aunque no resulta muy atractiva, parece una gobernanta desquiciada. Puede que sea el capitalismo, aunque parece más bien un vampiro miserable. O quizá la Iglesia. O la sífilis. Es muy francés. Prefiero las vasijas. No tiene uno que andar buscándoles el significado. Son lo que son: barro y química.

Julian, convertido en un anhelante estudioso del *art nouveau* y los artistas de la *Secession*, animó a Tom a ir a ver los cuadros de Klimt, cuya deliciosa *Dama de rosa* brillaba pálida, y cuya ambiciosa alegoría de la *Filosofía* relucía con elegancia. Joachim Susskind y Charles se quedaron boquiabiertos con *La carrera por la felicidad* de Roehgrosse, un enloquecido montón cónico de personas con levita,

trajes de fiesta y jerséis de rayas de obrero, que trepaban unos sobre otros, de forma que sus brazos desesperados, con mangas negras o guantes rosas, asomaban como estacas hacia el cielo, contra un fondo de chimeneas industriales. Susskind afirmó que era una imagen impresionante del capitalismo. Se quedó pensándolo un rato, y luego añadió que tal vez un cuadro muy caro que debía de haber costado años de trabajo no fuese el mejor modo de traer una sociedad justa.

Había más carne femenina desnuda en *Les Fantoques*, el cuadro delante del que habían quedado. Mostraba lo que aparentaba ser la habitación de un artista con un largo sofá en el rincón abuhardillado. La luz de los seis paneles cuadrados de la ventana iluminaba el cuerpo desnudo de una mujer que yacía tumbada en diagonal y ocupaba la mayor parte del cuadro. Inclina la cabeza formando un ángulo extraño y abría los brazos y se agachaba con los puños patéticamente cerrados. Tenía el pelo negro y cerraba los ojos con una expresión que lo mismo podría haber sido un mohín que un gesto de desprecio. Las piernas abiertas mostraban su minúscula raja, pero no había vello púbico. Un pie descansaba de forma extraña en un almohadón bordado que había en el suelo, el otro se aferraba de manera no menos rara al cobertor bordado del sofá. Parecía muy incómoda y totalmente inerte, como si en lugar de carne estuviese hecha de masilla. Detrás de ella había un hombre apuesto con barba, con el rostro vuelto hacia una delicada muñeca, o marioneta, cuya cintura rodeaba con las manos: ambos parecían estar conversando. El resto del cuadro estaba poblado por muñecas, o marionetas, que brillaban en la oscuridad..., una figura javanesa, una reina bizantina, rígida, minúscula y con mucha presencia, una Rapunzel flotaba en primer plano. Una muñeca articulada sin sexo reconocible yacía boca abajo formando un ángulo con las rodillas desnudas de la mujer. Sobre la rodilla del hombre había una especie de polichinela que tenía la peculiar falta de vida de la tela inanimada, tan diferente de la carne femenina inerte.

Cuando llegó August Steyning, comprendieron por qué había escogido esa pintura. Apareció acompañado del maestro de marionetas de Múnich, que había actuado en la fiesta de San Juan. Anselm Stern iba sobriamente vestido con una levita negra y un sombrero de ala ancha del mismo color. Con él, delgado y nervudo, con una boina y una corbata azul claro, había un joven que era obviamente su hijo y al que presentó como Wolfgang. Ninguno de los dos era muy alto: ambos tenían ojos grandes y negros y bocas y narices finas. Humphry pidió a Steyning y a Stern que hiciera el favor de explicarles el cuadro.

—Es imposible llegar a tener una opinión concluyente. ¿Está viva o muerta? ¿Prefiere él el arte a la carne? Y, en ese caso, ¿es culpable o digno de admiración? ¿Podría devolver a la vida a la mujer, si le prestase la atención que está concediendo a esa preciosa muñeca? Parece muy incómoda, como si fuese a caerse del sofá en cualquier momento. —Steyning rió—. Trata de las fronteras entre lo real y lo

imaginado. Y lo imaginado tiene más vida que lo real, mucha más, sin embargo, es el artista quien da vida a las figuras.

Olive dijo que era una pena que no hubiese más mujeres que pintasen alegorías sobre la imaginación. Aquella mujer era como barro con medias.

Todos se volvieron hacia Anselm Stern.

—Lo que uno concede a su arte —dijo en un inglés ligeramente vacilante—, se lo roba a la vida, así es. Uno proporciona energía a las figuras. Es su propia energía, pero también cinética. ¿Qué es más real para mí, las figuras del teatrillo que tengo en mi cabeza o las figuras que pululan por las calles?

—Podría considerarse al artista una especie de vampiro —dijo Steyning con ánimo de provocar—. Le ha sorbido la vida a esa pobre chica y se la está insuflando a las piernas y brazos de madera y a los rostros pintados.

—Tiene un rostro interesante —dijo Stern esbozando una leve sonrisa. —Philip tiró a Fludd de la manga y señaló con un susurro que el polichinela era la imagen opuesta de la mujer—. El mensaje es —dijo Stern— que el arte es más real que la propia vida, aunque no siempre es el artista quien paga el precio.

Por un tiempo no quedó claro si Wolfgang hablaba inglés. Joachim le susurró a Charles que Anselm Stern era una figura de importancia en la vida artística muniquesa, y un simpatizante de los anarquistas e idealistas.

—Nada que ver con vuestro Punch & Judy, cena con Von Stuck y Lehnbach, su trabajo se discute en *Jugend y Simplicissimus*. Es lo único que sé de él. No conozco a su hijo.

Philip era el que más desentonaba entre los jóvenes. A menudo se quedaba solo. Wolfgang Stern lo encontró dibujando sentado en un banco y se sentó a su lado.

—¿Puedo? —preguntó. Philip asintió con la cabeza. Wolfgang preguntó—: ¿Me dejas verlo? Hablo muy mal inglés, lo leo mejor.

—Tuve una larga charla con un francés utilizando dibujos —dijo Philip, pasando las páginas hasta llegar a las que había utilizado en su conversación con Philippe; dibujos, la Gien faïence y las figuritas grotescas de los platos y teteras de mayólica.

—¿Tú, artista?

Philip repitió el gesto de las manos dentro del cilindro de barro. Wolfgang se rió.

—¿Y tú? —preguntó Philip.

—Yo quiero ser artista de teatro. Cabaret, obras nuevas, también *puppen*, como mi padre. Múnich es un buen sitio para los artistas, pero también peligroso.

—Peligroso.

—Tenemos malas..., malas leyes. La gente está en la cárcel. No puedes decir lo que piensas. ¿Puedo ver tu trabajo?

Philip estaba tratando de esbozar un nuevo diseño de cuerpos enlazados en parte

humanos, en parte bestias, en parte dragones o fantasmas. Estaba haciendo combinaciones imposibles de los guerreros y simios del Candelabro de Gloucester, los sátiros y tritones de mayólica, las mujeres-insecto de Lalique y, más remotamente, las mujeres desnudas que se desplomaban, sonreían y morían en los gigantescos cuadros simbolistas. El dibujo en que estaba trabajando ahora combinaba la marioneta inerte con la mujer de *Les Fantoques*: había dedicado demasiada atención a los pechos de la mujer y las proporciones resultaban desagradables. Wolfgang se rió y tocó un pecho con el dedo. Philip también se rió. Dijo:

—Vi las marionetas de tu padre en Inglaterra. *La Cenicienta*. Y otra sobre una mujer autómatas. *El hombre de la arena*, o algo por el estilo. Cobran vida y al mismo tiempo no lo hacen. Es inquietante.

—¿Inquietante?

—Como los fantasmas, o los espíritus, o los trasgos. Están más vivos que nosotros, en cierto sentido.

Wolfgang sonrió. Volvió a preguntar:

—¿Puedo? —Cogió el lápiz de Philip y empezó a dibujar su propio enrejado de formas: pequeños demonios negros y sonrientes y mujeres con alas de murciélago—. *Simplicissimus* —dijo, y Philip no le entendió.

Visitaron el Pabellón Rodin, en la place de l'Alma. Allí estaban reunidas la mayoría de las obras de Rodin en bronce, mármol y escayola; las paredes estaban cubiertas con numerosos dibujos suyos. Vastas formas de carne y músculo esculpidos se alzaban por todas partes. Delicados rostros femeninos congelados surgían de la tosca piedra o se ocultaban en ella. Por todas partes había una energía sobrecogedora que se retorció, luchaba, huía, asía, aullaba y miraba con ojos fijos. El primer instinto de Philip fue darse la vuelta y salir corriendo. Aquello era demasiado para él. Tenía tanta fuerza que podía destruirlo: ¿cómo iba a seguir haciendo sus hombrecillos entrelazados y sus modestas vasijas después de ver aquel hábil torbellino de creación? Y, no obstante, también sintió el instinto contrario. Era tan bueno que la única respuesta posible era querer hacer algo. Pensó con los dedos y los ojos. Necesitaba desesperadamente pasar la mano sobre esas caderas y esos labios, esos pulgares y mechones de cabello tallado para sentir cómo los habían hecho. Se apartó de los Wellwood y los Cain. Necesitaba estar solo. Benedict Fludd también se había apartado. Philip lo siguió. Fludd estaba observando la *Mujer acucillada*, que se agachaba sujetándose un pecho y un tobillo, con su abertura femenina claramente visible y delicadamente esculpida. Expresó en palabras lo que Philip estaba pensando:

—Está pidiendo a gritos que la toquen —dijo y la tocó pasándole el dedo por la raja y cubriéndole el pecho con la mano. Philip no siguió su ejemplo, y miró a su alrededor temeroso de encontrarse con unos guardias o un artista enfadado.



De hecho, el artista estaba en el pabellón, que utilizaba como estudio. Estaba hablando con dos hombres, uno de ellos, muy alto y andrajoso y con el pelo largo y grasiento, iba envuelto en un abrigo a pesar de que el tiempo era caluroso. El otro también era bastante harapiento y estaba lleno de tics nerviosos. Estaban delante del fantasmal molde de escayola de *La puerta del infierno*, y Rodin, con su barba pelirroja y sus ojos brillantes y azules se la estaba explicando, mostrándoles su imponente creación con gestos que la abarcaban y señalaban.

—Dios mío —dijo Steyning—, ese es Wilde. He oído que se sienta en los cafés y bebe té de los muchachos argelinos. No tiene dinero y la gente lo evita en la calle. Se oculta detrás de un periódico para no avergonzar a sus antiguos conocidos.

—Deberíamos saludarle —dijo Humphry—. Ha pagado un precio terrible, y ya ha expiado lo que hizo.

Anselm Stern apuntó que el otro hombre era Oskar Panizza.

—Nuestro propio escritor famoso de... obras obscenas y satíricas, prohibidas aquí, en París. Es un alienista, un loco que estudia a los locos.

—Un anarquista —observó Joachim Susskind— que cree que todo está permitido. Deberíamos saludarle también a él.

Olive sintió una ferviente admiración por Humphry al verlo adelantarse en compañía de August Steyning para saludar al gran pecador. Era magnánimo. Lo amaba cuando corría riesgos. Sin embargo, no lo acompañó.

La abrumadora sensualidad de aquellas obras había obrado también su efecto en Olive. Se las había arreglado para aplastar, o al menos comprimir, los recuerdos físicos de sus desagradables desavenencias con Methley en una especie de medallón de carne parda, que podía evitar cuando le remordía la conciencia —¡ah, otra vez tener que mirar hacia otro lado!—, pero cosas como la *Mujer acuclillada*, los reanimaban, como una serpiente helada al calentarse. *La Danaide* era preciosa, blanca y brillante, con la espalda arqueada por la desesperación, el rostro apoyado contra la roca, y el marmóreo cabello que caía desde su cabeza en olas blancas y congeladas. Era una habitante del mundo subterráneo, condenada junto a sus cincuenta hermanas por apuñalar a su marido, castigadas a acarrear eternamente agua en un cedazo, viva imagen de la futilidad eterna. Pero resultaba encantadora y casi cortaba el aliento. Olive le rozó tímidamente la oreja con un dedo enguantado. Tom se concentró en su belleza. No quería tener nada que ver con Oscar Wilde.

A Julian le habría gustado conocer a Wilde, aunque no fuese santo de su devoción. Se quedó unos pasos detrás de Steyning y Humphry Wellwood, mientras le estrechaban la mano al vagabundo. También estrecharon la mano de Rodin, cosa que le habría gustado hacer. Wilde tenía un aspecto horrible, con la piel cubierta de manchas rojizas, que había tratado de ocultar sin éxito con una especie de polvos o crema, o ambas cosas. Cuando abrió la boca carnosa, mostró un hueco negro donde

debían estar los incisivos, que no habían sido reemplazados por una prótesis. Afirmó estar conmovido porque Steyning lo hubiese reconocido. «Todavía tiene usted muchas cosas que decir en los escenarios, mientras yo voy de aquí para allá como las hojas muertas arrastradas por el viento.» Les presentó a Panizza, «otro *poète maudit*, a quien no sorprende ninguno de los actos humanos, y que los ha estudiado todos». Cuando Rodin y Panizza se apartaron, Wilde se acercó a Humphry y le susurró al oído que le quedaría infinitamente agradecido si pudiera hacerle un pequeño préstamo: sus fondos se habían reducido mucho y no le bastaban para vivir. «Hedía de un modo horrible —le contó Humphry a Olive más tarde—. Le di todo lo que llevaba en el bolsillo, porque olía tan mal que me sentí culpable de su hedor. Ahí estaba, sucio, delante de *La puerta del infierno*. Se fue arrastrando los pies, muy avergonzado de tener que pedir, y diciendo no sé qué de ir a tomar una infusión de menta. Su boca también es una *puerta del infierno*.»

Contemplaron *La puerta del infierno*. Ninguno vio lo mismo que los demás. Las puertas eran un fantasma de lo que llegarían a ser. Muchas de las grandiosas formas de los elegidos y los condenados no estaban todavía fijas a las dos hojas blancas, que tenían una apariencia casi abstracta con sus misteriosos remolinos y sus toscas espirales de escayola. Pero las altas columnas del marco y el hueco del tímpano estaban repletas de formas humanas unidas unas a otras en toda clase de posturas depredadoras, ansiosas y repugnantes. Julian conocía a Dante, a quien leía en memoria de su madre muerta. Buscó los círculos del infierno, que no estaban allí, y se perdió en el torbellino. A Tom le extrañó que hubiese tantos bebés muertos en el infierno. Olive se quedó lúgubrementemente impresionada con la figura de una mujer muy anciana que caía o se alzaba a lo largo de la columna izquierda, y en la que todos los detalles de la carne flácida implacable estaban cuidadosamente reproducidos: los pechos fofos y caídos, los muslos marchitos, la barriga que colgaba como una bolsa. Un niño muerto le pisoteaba la cabeza, otro apoyaba la cara en su estómago. Olive se quedó allí, con su vestido de color rosa claro, y su sombrero cubierto de rosas, y apretó el pomo de su preciosa sombrilla rosa. Sintió rabia hacia el escultor por haber observado la decadencia de la carne con tanta indiferencia y despreocupación, sin odio ni amor, pensó, sino llevado solo por el placer que le producía su dominio técnico. Eso hacía que ella también se sintiese dominada, pero, no obstante, se quedó allí rosada y encantadora. Al igual que Charles/Karl, ella también había reparado en las *midinettes* y las mujeres de la calle, y se había dicho, con realismo septentrional, que, de no ser por la gracia de Dios, por la suerte de tener un rostro y una figura tan bellos, y por la excentricidad y magnanimidad de Humphry, ella también estaría allí ahora. Sorprendió al escultor espiándola con el rabillo del ojo. ¿Desnudándola? ¿Qué vería aquel hombre capaz de modelar sin el menor recato la pasión, la vergüenza, la desvergüenza y la voracidad femeninas? Ocultó modestamente el rostro bajo el ala de

su sombrero, movió el trasero debajo de la falda y se alejó para ir a hablar con Prosper Cain.

Philip no soportaba contemplar las puertas. Se le hacían más insoportables que la *Mujer acuclillada*, porque, al igual que lo que ocupaba su imaginación, eran un patrón de figuras humanas entrelazadas. No acertaba a discernirlo o analizarlo, pero su presencia le resultaba sobrecogedora y lo aniquilaba. Pensó en hacer pedazos su cuaderno de apuntes, pero en lugar de eso lo sacó y empezó a dibujar el único ritmo que estaba seguro de ver, una danza de curvas repetidas en el tímpano, pechos y nalgas, mejillas y rizos, que se mezclaban con calaveras grotescas y sonrientes. «Piensa con los dedos, muy de cerca —supo Philip—. Y cada forma le sugiere la idea de la siguiente, incluso antes de haberla terminado. ¿Alguna vez se queda sin saber cómo seguir? No lo creo, tengo la sensación de que lo que teme es no poder terminar nunca.»

Dibujar le calmó. Se sentó junto al borde de un pedestal e hizo un bosquejo para copiarlo rápidamente. Probablemente se lo llevarían de allí a comer comida francesa y no le daría tiempo a verlo.

Una sombra cayó sobre el papel. Alzó la vista. Rodin lo estaba mirando, observando su dibujo. Philip estrechó el cuaderno contra el pecho.

*Je peux? Ne vous inquiétez-pas, c'est bon*, dijo el escultor. El rostro de Philip estaba rojo y cubierto de sudor. Benedict Fludd se les acercó. Rodin pasó las páginas. *Ah, bon, c'est intéressant. Un potier comme Palissy*. Philip entendió «Palissy». Miró a Fludd y, automáticamente, extendió las manos hacia el escultor e hizo el gesto de estar modelando la arcilla en el torno con los dedos. Fludd soltó una carcajada, repitió el mismo gesto y dijo: *Benedict Fludd, potier, élève de Palissy, épouvanté par Auguste Rodin. Anglais. Philip Warren, mon apprenti. Qui travaille bien, comme vous voyez, je pense*.

Rodin afirmó conocer la obra de Fludd. Golpeó los hombres de mayólica de Gien y el Candelabro con el dedo incrustado de barro, y dijo que eran interesantes. «Espere», dijo y abrió un armario del que sacó una enorme jarra verdosa de celadón, con una figura femenina incluida en el esmalte. Afirmó haberla hecho en los talleres de porcelana de Sèvres.

—Hay mucho que aprender en el barro en todas sus formas —dijo y, dirigiéndose a Fludd, añadió—: Conozco su obra. Es usted un maestro.

Fludd pasó la punta de los dedos sobre la porcelana igual que antes lo había hecho sobre la *Mujer acuclillada*. Estaba de buen humor, despierto y benévolo.

Una vez en la acera rodante, empezó mirar a las mujeres y a hacerle comentarios a Philip en voz baja sobre sus formas y actitudes. Le preguntó si se estaba divirtiendo.

—Mira esa carita huraña tan encantadora, la del sombrero brillante... ¿dirías que estás ampliando tu conocimiento del mundo?

—Tal vez más de la cuenta. Es demasiado bueno y demasiado nuevo, y todo al mismo tiempo.

—Y demasiado estimulante, supongo, con tanta carne fresca pasando de largo junto a la acera rodante.

—Pase o no de largo —respondió Philip, con un suspiro—, es demasiado.

—Creo que tendré que cumplir con mi obligación y ocuparme de tu educación —dijo Fludd—. Esta noche saldremos los dos. Solos tú y yo.

Benedict Fludd —es decir, Prosper Cain en su nombre— le había vendido a Siegfried, a veces Samuel, Bing un enorme cuenco de color azul noche con una miasma de pálidos dragones dorados. Tenía dinero francés en el bolsillo. Llevó a Philip por calles alternativamente oscuras e iluminadas por la cegadora luz de las farolas, y silenciosas o atronadoras con el ruido de las voces, hasta llegar a una callejuela estrecha de casas altas donde hilillos de luz se colaban por las puertas de arriba y los resquicios de las persianas. Fludd llamó de forma imperiosa a una de ellas, y, al cabo de un rato, abrió la puerta un criado muy elegante vestido de negro. Fludd dijo, en francés, que madame Maréchale lo estaba esperando. Explicó que Philip era su aprendiz, una palabra que se había introducido hacía poco en su relación y que Philip reconoció en francés.

Subieron por unas escaleras estrechas y cubiertas de alfombras y los hicieron pasar a una habitación con muchas lucecitas que brillaban tras pantallas pintadas de color vino, fresa y topacio. Estaba ocupada por mujeres en diversos estados de semidesnudez. Algunas tenían elaborados peinados y otras llevaban el cabello suelto, como jovencitas. Llevaban puestos ambiguos vestidos, a medio camino entre el camisón y el batín, abiertos para mostrar el balanceo de los pechos y en ocasiones algo más. Había una confusión de olores: raíz de lirio, que Philip nunca había olido antes y encontró nauseabundo, aroma de rosas, vino, humo de cigarrillos y un trasfondo de olores corporales humanos. Distinguió rostros a través de las volutas de humo, caras cansadas, sonrientes, de mediana edad y muy jóvenes. La oronda y elegantemente vestida señora de la casa se adelantó para recibir a Benedict Fludd. Les ofrecieron champán, y Philip, que se había sentado con mucha cautela en un sofá, lo probó por primera vez. Le calmó. Estaba nervioso y asustado. Sacaron más champán. Notó cómo lo estudiaban y hablaban de él en un francés incomprensible. Benedict Fludd se sentó en un sillón decorado con rosas, con una jovencita en la rodilla: una chica con el pelo suelto, escuetamente vestida con una túnica de algodón blanco, descalza, y, por lo que Philip, pudo ver, sin nada de ropa debajo de la túnica. Las damas que lo estaban mirando a él parecían mayores y más decididas. Sonreían con aire profesional, pero con amabilidad.

—Escoge a la que quieras, Philip —dijo Benedict Fludd—. Te enseñarán un par de cosas. Son buenas chicas. Las conozco bien.

Philip no creyó que pudiera conocerlas muy bien, puesto que se pasaba la vida vagando por las marismas o atendiendo los hornos. De repente sintió nostalgia de las vastedades de Romney y la hierba de las marismas. Había visto demasiados cuerpos aquellos últimos días, y no sabía si estaba sobreexcitado o estragado. Recordó a la *Mujer acuclillada* y lo estremeció un deseo primitivo. Bebió más champán y contempló a las mujeres. Una tenía el rostro huesudo, no muy distinto del de la figura acuclillada de Rodin, y una boca grande y bien marcada. Vestía un batín de *crêpe* de China, con una especie de arrugas plateadas sobre unas flores japonesas que le recordaron el inteligente esmalte agrietado de la cerámica de Gien, que admiraba aunque no fuese de su gusto. No sabía cómo se «escogía» a una dama, así que le preguntó, en inglés, cómo se llamaba.

—Rose —dijo ella—, me llamo Rose.

Lo llevó al piso de arriba a una pequeña habitación con una cama muy amplia, con un enorme espejo y varias luces atenuadas. Philip sentía curiosidad y estaba asustado. Conocía el riesgo de enfermar. Podía estar matándose. Le pareció raro que se sintiese obligado a seguir adelante: era lo que esperaba Fludd, su virilidad estaba en juego, había cosas que tenía que saber. La chica se quitó la ropa y se sentó junto a él en la cama echándole el humo del tabaco a la cara. Tenía el cutis cubierto de maquillaje y no transpiraba. Parecía amable, pensó él. La joven empezó a enseñarle las partes del cuerpo, en su idioma, sirviéndole más champán, mojándole los dedos, la barbilla y los ojos con él, nombrándolo todo en francés y lamiendo el champán. Pecho, ombligo, polla y testículos. Su cuerpo respondió a sus caricias. Los dedos con que pensaba explorar el cuerpo de ella, notando la diferencia entre la carne y el barro, el peso de un pecho, la calidez y humedad de ella allí abajo. Por un instante, recordó a Pomona fría y desnuda, metiéndose bajo sus mantas en Purchase House. Fría y blanca como el mármol, como *La Danaide*. Rose tenía dedos inteligentes y coercitivos, con los que ella también pensaba. Philip, que estaba creciendo muy deprisa en todos los sentidos, pensó que lo de nombrar las partes debía de ser una rutina que llevaba a cabo con todos los desconocidos, y luego decidió que no le importaba, todo parecía sensato y eficiente. Rose fue generosa con él. Se excitó mucho y se corrió pronto, y ella lo resucitó y le mostró formas más sutiles de placer, ritmos más lentos, hasta que por fin llegó a pensar con esa parte de su cuerpo, como le ocurría a veces cuando se daba placer a sí mismo. Se dijo que Rodin también debía de pensar en gran parte de aquel modo. Recordó la oscura imagen de la vidriera de una iglesia en las marismas, donde se mostraba la caída del hombre, la mujer entregándole al hombre la redonda manzana del árbol del conocimiento del bien y del mal, y la serpiente de lengua hendida contemplando la escena con satisfacción. Nunca le había encontrado el menor sentido, ni había creído una palabra de aquello, pero de pronto, mientras penetraba a la complaciente Rose y le acariciaba los pechos, lo vio en su cuerpo: la

manzana redonda, la serpiente áspera y sinuosa, el conocimiento de la desnudez y el bien y el mal.

—*Bon?* —preguntó Rose, con preocupación profesional.

—*Bon* —respondió somnoliento Philip, sintiendo la humedad del sexo como la barbotina sobre el barro.

August Steyning invitó a todos a ver a Loïe Fuller actuar en su teatro, al día siguiente volvían a Inglaterra, así que el baile era el broche de oro de su visita. La imagen de Loïe Fuller era omnipresente en la exposición, su figura sinuosa coronaba el Palais de la Danse, y estaba sobre la entrada de su propio teatro, con sus tenues velos solidificados en escayola. Allí y en todas partes se vendían figuritas de bronce y estatuas suyas. Philip le dijo a Fludd que debía de haber modos mejores de reproducir la delicada tela que aquellas masas sólidas que recordaban a la mantequilla fundida. El teatro era bajo y pequeño y el escenario y la fachada principal, modelada para que pareciese una falda o un chal con flecos, le pareció un pastel glaseado antes de decorarlo. Había un portal bajo, como la entrada a una gruta o caverna. Dentro había enormes mariposas y flores y una reja con las mujeres-mariposa de Lalique. «Así se hace —le dijo Fludd a Philip—. Con venas y espacio vacío.» Lalique había diseñado también los portalámparas de bronce dorado. Demonios sonrientes se arremolinaban en torno al rostro misterioso de una hechicera, sobre cuya cabeza las bombillas eléctricas colgaban de flores de tallo largo con delicadas formas de copos de nieve.

Los bailes de Fuller dependían de dos cosas: el plegado y desplegado de largas telas onduladas y la iluminación eléctrica mediante linternas mágicas cubiertas con diferentes gelatinas coloreadas. Su cuerpo apenas se vislumbraba entre los rollos transparentes, traslúcidos y opacos. Desplegaba sus velos con la ayuda de bastones de apoyo. Vieron «El vuelo de las mariposas» y «Radium», una pieza brillante e iridiscente dedicada a Pierre y Marie Curie. Para acabar, vieron la «Danza del fuego», en la que la bailarina aparecía iluminada desde abajo con una linterna que emitía una intensa luz escarlata. Las sedas al moverse se convertían en un torrente de magma volcánico, en las llamaradas de una pira ardiente, en el horno de un holocausto. La mujer giraba al son de «La cabalgata de las valquirias» envuelta en un capullo de fuego —como arcilla roja o mármol blanco iluminados en tonos chillones—, sonreía al ver la conflagración, se adelantaba entre los fuegos de una boca del infierno incandescente y sin consumir. Todos estaban como en trance. Julian se preguntó si aquello no era un poco vulgar y luego se extravió entre las telas de seda. Tom se sentía feliz, debido a esa felicidad que produce estar encerrado en el recinto irreal del teatro. Olive recordó la desasosegante sensación que había tenido al interpretar a Hermione, envuelta en los marmóreos pliegues de una mortaja o un traje de novia. Recordó el mármol del cabello de *La Danaide* de Rodin, y sintió que formaban un

todo, que la bailarina, la mujer esculpida, y la vítrea superficie del río de fuera, con sus hilos de esmeralda, ópalo, amatista y peridotita, que siseaban y chisporroteaban con la electricidad, la electricidad, un río de vida, un río de muerte, eran todos la misma cosa. Le entraron ganas de escribir, como siempre que veía algo hermoso o amenazante, ambas cosas le producían el mismo efecto.

Cuando estuvieron todos de vuelta a salvo en Todefright, Humphry se sentó a escribir un artículo sobre las exposiciones y las artes de la paz y de la guerra.

Olive escribió un cuento en el que, de noche, las damas sedosas y los espléndidos pavos reales, los maniquíes y los hombres y las doncellas de mármol, las marionetas y las resplandecientes mariposas, libélulas y peces de los tapices cobraban vida y celebraban su propio mercado de mercancías mágicas en lugares sombríos y en las salas lujosas e inhabitadas del Pabellón Bing.

**E**n las marismas, los calurosos días estivales se hacían muy largos. En ausencia de Philip y Benedict Fludd, Elsie tenía menos cosas que hacer, y Seraphita y Pomona nunca hacían nada. A veces se sentaban a bordar en el jardín. Elsie limpiaba la casa, hacía la compra y cosía por su cuenta. Había llegado a una edad en que hasta la última superficie de su piel necesitaba ser tocada y acariciada, y todo lo que tenía para entretenerse era una casona polvorienta y dos mujeres levemente trastornadas y ataviadas con vestidos de flores. Ella misma vestía ropa confeccionada a partir de prendas heredadas, cubiertas de pálidos lirios dorados, pájaros y granadas. Lo que le habría gustado tener era una falda oscura, seria y elegante y una camisa blanca con cuello, que le permitieran exhibir su estrecha cintura. No tenía dinero, y no sabía cómo pedirlo, pues era consciente de que en la casa apenas había suficiente para pagar la leche, el pan y las verduras. Otro problema eran los zapatos, que no acababan de quedarle bien. Tenía los preciosos pies llenos de rozaduras, los talones pelados y callos en los dedos gordos. Prefería andar por ahí con sandalias de esparto, que le venían grandes pero al menos no le hacían daño. Se decía a sí misma que lo que más deseaba del mundo era tener zapatos nuevos, sus propios zapatos. Unos que no le destrozaran los pies. En realidad lo que más deseaba era que le hicieran el amor, que unas manos le rodearan la cintura y le acariciaran su precioso cabello. Estaba ardiendo, pero de nada servía quejarse, o siquiera admitir que lo estaba. Se dedicó a remediarlo en lo posible, aplicando las tijeras de modista a los tejidos de la Morris & Co., y transformando las estéticas túnicas en faldas bien cortadas, con pinzas y costuras. En un escaparate de una tienda de Rye había visto un cinturón de cuero color vino, con una hebilla en forma de flecha, que deseaba apasionadamente, como sustituto de aquellas manos con las que soñaba y como provocación a los sentidos.

Seraphita no dijo nada sobre las faldas. La miró vagamente, como una muñeca de porcelana, o la diosa de un jardín, pensó Elsie. Ahora la casa tenía pocos secretos para ella. Sabía dónde escondía Seraphita las botellas entre las cestas de lana y los cepillos para el pelo: tanto las botellas marrones de cerveza como las botellitas azules de láudano. Nunca las tocó o cambió de sitio; de hecho, pensó en cómo ayudarle a encontrarlas, pero Seraphita se las arreglaba siempre para no oír lo que le decían, y debía de tener ya un sistema eficiente para hacerlo, aunque nunca dio la impresión de estar lo bastante despierta para desarrollar uno.

Elsie sabía que debía sentir lástima por Pomona. A la chica le gustaba seguirla, sin ofrecerse nunca a ayudarla, aunque apreciase amablemente sus logros, qué sopa



tan deliciosa, qué ramo de flores tan bonito, qué ventanas tan limpias, el sol nunca había entrado en la casa con tanta claridad. Pomona sí tocaba a Elsie. La acariciaba con timidez, cuando se sentaba a coser, le preguntaba si era feliz. Decía: «Esto no está muy animado, desde que se marchó Imogen», y Elsie replicaba con descaro que había mucho trabajo que hacer. Alguien debería estar educando a aquella chica, llevarla a conocer posibles maridos o enseñarle un oficio, pensaba Elsie, sin demasiada compasión. Habría preferido que Pomona guardase las distancias. Prefería sentarse a coser sola. Estaba haciendo una falda bastante sobria cubierta de ramas de sauce que no estaba del todo mal.

Iba, cuando podía, al estudio del alfarero. Las bolas de barro seguían envueltas en trapos húmedos, los cubos de lechada eran tentadores, y metía las manos en ellos, para recordar lo que se sentía. Cogía un poco de arcilla —no era robar, siempre podía volver a dejarla donde estaba— y hacía figuritas femeninas sentadas con los brazos en torno a las rodillas, o plantadas orgullosamente desnudas sobre piernas elegantes.

Sentía curiosidad por la despensa cerrada. Se dijo que había limpiado todo lo demás y debía limpiar también allí, pero conocía también el viejo desafío de la puerta cerrada. El retrato de Bernard Palissy en el Valhalla de Kensington estaba clavado en la puerta cerrada, y reparó en que una esquina tapaba el ojo de la cerradura. Sin tener verdadera intención de hacerlo, empezó a buscar llaves, diciéndose que, si la despensa escondía algún secreto, la llave tenía que estar en alguna parte. Luego, un día, subió peligrosamente a un taburete para alcanzar un estante alto, cogió un siniestro salero con forma de grifo de amenazante pico y cresta erizada, y oyó un tintineo metálico. El salero estaba al fondo del estante. Elsie lo bajó al suelo. Le dio unos golpecitos y la criatura escupió una hermosa llave de hierro. Elsie la guardó en el bolsillo de su delantal y sonrió para sí con aire felino. Volvió a dejar el salero en su sitio. Y luego esperó. Esperó dos días hasta que Frank Mallett invitó a Seraphita y a Pomona a un picnic veraniego en casa del párroco. Cuando tuvo la casa para ella sola, arrancó los clavos que sujetaban el retrato de Palissy y dejó la cerradura al descubierto. La llave entró con facilidad y giró con tanta suavidad como si estuviese bien engrasada. La despensa era ciertamente una despensa. A lo largo de tres de sus paredes corría un estante de piedra, por encima del cual había otros estantes que se alzaban hasta el techo bajo y enjalbegado. Había una ventanita enrejada y cubierta con una redcilla de alambre llena de polvo para que no entrasen las moscas.

Los estantes estaban repletos de vasijas. Elsie había imaginado que encontraría algo secreto y diferente. Había un par de jarras grandes y rechonchas, pero la mayoría eran pequeñas y brillaban blancas entre las sombras, porcelana esmaltada blanca y bizcocho sin esmaltar. Cuando Elsie se acercó para verlas mejor, un sinfín de pedazos rotos crujieron bajo sus pies, como si a alguien se le hubiesen caído o hubiese arrojado una alfombra de fragmentos al suelo.

Las vasijas eran quimeras obscenas, en parte recipientes en parte humanas. Tenían una enorme pureza y claridad de líneas, y se retorcían en toda suerte de exhibiciones y contorsiones sexuales. Muchachas esbeltas se abrazaban y mostraban, como si fuesen vasijas, intrincados modelos de sus propios canales y labios inferiores. Yacían tumbadas de espaldas y levantaban la pelvis para exhibirse mejor. Se sentaban con muda desesperación junto al borde de las jarras, agarrándose los pezones como a la defensiva, con el largo cabello cayéndoles sobre los rostros abatidos. Había también modelos anatómicos clínicos: siempre elegantes, precisos y económicos, de los órganos sexuales masculinos y femeninos, separados y unidos. Había parejas de figuras en esforzados abrazos posibles e imposibles, amables y temibles.

Algunas tenían la cara alargada y los hombros encorvados de Imogen, otras los de la rolliza Pomona. Los hombres eran fantasmas sin rostro. Elsie se acercó pisoteando las versiones previas destruidas, y vio que los brazos y las piernas, las bocas abiertas y las manos que se aferraban no eran todas de la misma época y se remontaban años atrás, hasta la infancia. Había tantas que Elsie pensó que parecían un arrecife de coral que hundiese las pétreas raíces debajo del agua. A Elsie se le hacía difícil contemplarlas en el estado de necesidad corporal en que se hallaba. Algo en el interior de su propio cuerpo respondía a todas aquellas aberturas y penetraciones y su fuerza visual. Sin embargo, por debajo de la respuesta sexual, había una sensación de terror que resultaba mucho más intensa. No exactamente por lo que se habían visto obligadas a hacer las chicas, tal vez solo de forma imaginaria, sino por la feroz energía que había creado todo aquello, empujada por una necesidad que Elsie no quería siquiera imaginar. Retrocedió. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para quitarse los odiados zapatos y envolverlos en el delantal a fin de cepillarlos y eliminar las posibles huellas. No pensó que el creador de aquella exposición fuese a tomarse bien que lo hubiera descubierto.

Ignoraba si se lo habría contado a Philip, de haber estado allí. Sentía una fuerte necesidad de no decírselo a nadie, como si el silencio pudiera hacer desaparecer los estantes, los objetos blancos y relucientes y la luz polvorienta. Tuvo el efecto contrario. La obsesionó. Cuando Pomona volvió de tomar el té, el cerebro de Elsie desvistió sin querer su cuerpo de color crema y le abrió las piernas, por lo que, cuando Pomona volvió a acariciarle el brazo, Elsie, por primera vez, la apartó de un manotazo y le espetó secamente «¡No!» y se alejó de Pomona, en cuyo rostro se pintó por un instante la angustia, seguida después de la calma.

Aprovechando el fin de semana de las vacaciones de agosto, Geraint volvió a casa a visitar a su madre y a su hermana. Basil Wellwood lo llevó a Kent en su nuevo Daimler. Había desarrollado un afecto paternal por el «joven Gerry», como le conocían ahora, y este le correspondía planteándole preguntas inteligentes sobre las minas, los bonos, y los mercados, que Charles nunca le había hecho. Geraint estaba

trabajando como empleado en el departamento de divisas de Wildvogel & Quick. Tenía habitaciones en Lambeth, y todos los días cruzaba a pie el puente de Londres junto a una multitud de hombres vestidos de negro, apresurados y absortos, como hormigas soldado, o una marea parecida a la lúgubre corriente del río que corría por debajo. Era un cambio enorme para un muchacho harapiento «educado» estéticamente en una marisma miserable. Se pavoneaba con su ropa nueva, signo de una total metamorfosis: una larva convertida en libélula. El murmullo, el calor y el olor de la marea humana le resultaban sumamente alarmantes, pero estaba decidido no solo a acostumbrarse a ellos, sino a que llegasen incluso a gustarle. Era amable con los demás empleados, aprendió a unirse a las bromas y las salidas, y supo cuándo debía ser entusiasta y cuándo retirarse. Geraint resultaba inquietante, de un modo más deliberado que instintivo. Había heredado parte de la habilidad de su padre y su escritura era precisa y hermosa. Descubrió que tenía un don para el cálculo y disfrutaba intensamente poniéndolo en práctica. No le servía de nada en una casona polvorienta en mitad de una triste marisma.

Con frecuencia se aburría hasta el agotamiento, pero nunca bostezaba. Tenía mucho que aprender, así que miraba a su alrededor y se fijaba en todo lo que veía. Iba a tener una casa de campo, criados, champán y —de manera mucho más vaga— una mujer elegante, con vestidos a la moda. Tenía una doble visión de la City y la Bolsa. Le gustaban su conformismo, su estrechez de miras, su puro impulso por ganar dinero. Aprendió a amar su aire parduzco, en el que flotaba una fina neblina de polvo y hollín, un aire espeso, como el sedimento que quedaba en las ventanas polvorientas, de un color que era al mismo tiempo oscuro y respetable y una especie de camuflaje, como las plumas pardas del pecho de los acentores que se escabullían entre los setos. Y reparaba vagamente en que lo que había en el centro de todo era a la vez una cosa y la clave simbólica de todo lo demás: el oro que reposaba tranquilamente en forma de soberanos y lingotes apilados en las cámaras de la anciana institución de Threadneedle Street y en las cajas fuertes de Wildvogel & Quick. Las cifras que copiaba y ordenaba en elegantes columnas de tinta, los telegramas y las letras bancarias también eran símbolos de cosas, cuya solidez atraía a su imaginación. Cosas como ruedas de bicicleta, dinamos, cemento, rollos de seda, balas de lana y pirámides de alfombras, latas de té alineadas, sacos de café en grano, gabarras, barcos de vapor, máquinas de escribir, vino, azúcar, carbón y sal, gases embotellados, aceite en botellas y barriles, especias selladas en recipientes de plomo. Todo estaba cubierto de un polvo curiosamente vivo, que se movía, alzaba y posaba. Polvo de las cenizas de miles de chimeneas, mezclado con un sedimento de especias y azúcar y nuevamente mezclado con el brillo imaginado del polvo del oro.

Antes, todas aquellas cosas se guardaban en los enormes almacenes abovedados que había a lo largo de los muelles, pero eso estaba cambiando, como le explicó

Basil. Los almacenes se estaban convirtiendo en sarcófagos vacíos y resonantes, debido a la influencia de los telegramas y los barcos de vapor. La compañía de fletes Baltic Exchange, le explicó Basil a Gerry, recibía tres telegramas por minuto. Cada uno de ellos podía conducir al envío de un barco que tardaría cerca de una semana en arribar desde Estados Unidos y solo cuatro o cinco semanas desde Australia y Oriente. Los grandes comerciantes deberían cambiar sus modos de operar o extinguirse.

Geraint imaginaba el globo del mundo girando, con sus vastas manchas rojas imperiales y sus cambiantes fronteras, entrecruzado por los hilos invisibles de los telegramas y la estela visible de los grandes barcos de hierro que surcaban constantemente la espuma y los mares tranquilos como espejos.

En el Daimler, aquel luminoso sábado de vacaciones, Basil Wellwood habló acerca del oro. Hacía falta oro para sufragar aquella guerra en Sudáfrica, contra la que había escrito Humphry, describiéndola como una guerra a favor de los intereses del mercado del oro londinense, las reservas de lingotes y los especuladores. Basil estaba inquieto porque el ministro de Economía y Hacienda había escogido ese día, al principio de un fin de semana vacacional, aprovechando que la Bolsa estaba cerrada y la ciudad casi vacía, para anunciar un préstamo de guerra pensado para renovar las disminuidas reservas de monedas de oro y lingotes custodiadas por el Banco de Inglaterra. Los inversores estaban en desventaja. Los trenes no eran puntuales debido a las vacaciones y el tiempo era vital en aquel momento tan delicado. Era un procedimiento injusto. Geraint asintió con la cabeza. Habló de las minas sudamericanas —Camp Rind, Crickle Creek— donde empresas de alto riesgo estaban planeando reemplazar los suministros que habían disminuido con el cierre de muchas minas sudafricanas tras el inicio de la guerra.

Estaba manejando correspondencia sobre aquellos asuntos. Últimamente su trabajo se había vuelto más interesante porque cuatro empleados de Wildvogel & Quick habían partido con los voluntarios imperiales de la City. A aquellos jóvenes patriotas se les había prometido, por supuesto, que conservarían sus puestos a su regreso. No obstante, se había producido un incidente muy desagradable cuando el *Daily Mail* acusó a otro banco alemán de advertir a dos de aquellos empleados que serían despedidos. El periódico no había dado el nombre de los banqueros, pero la City entera sabía que se trataba de Kahn y Herzfelder, y los especuladores sudafricanos habían acorralado, empujado, arrojado al suelo y golpeado a Maurice Herzfelder en el cuerpo y la cara. No se había llevado a cabo ninguna investigación. La Bolsa era un lugar donde se reunían muchedumbres anárquicas y apasionadas. Gerry había estado allí el 18 de mayo, cuando se anunció la liberación de la guarnición de Mafeking. Todos desfilaron, gritaron y cantaron, se enarbolaron banderas, se tocaron trompetas y se entonaron himnos patrióticos. Gerry también

desfiló y cantó. «Rule Britannia» y «Dios salve a la reina». Su espíritu sintonizó con el espíritu comunal. Era nuevo para él, que nunca había visto nada semejante.

El tiempo aquel día de vacaciones fue espléndido. Basil y Gerry, sentados detrás del chófer, contemplaron benévolo los campos de lúpulo y maíz. Cuando llegaron a la casa de campo de los Wellwood, Basil, en un exceso de familiaridad, invitó a su joven empleado a tomar una copa de jerez, y luego ordenó al chófer que llevase al joven y su equipaje por las carreteras comarcales hasta Purchase House. Sería una agradable sorpresa para su familia verlo llegar en automóvil. Seguro que no se lo esperaban. De hecho Geraint sentía cierta preocupación porque no estaba seguro de que lo esperasen de ningún modo, su intención había sido darles una sorpresa. Estaba nervioso por el chófer, ¿debería darle propina?, ¿tal vez invitarlo a pasar?, ¿cómo solucionar aquello? Condujeron despacio hasta salir del jardín de Inglaterra y entrar en las marismas, y recorrieron el largo camino hasta Purchase House. No se movía ni una hoja. Llegaron al patio de los establos, que estaba vacío y recalentado como una tina. Nadie salió a recibirlos. Geraint se ofreció a ir a buscar una cerveza para el chófer, quien declinó educadamente la oferta (llevaba su propia cerveza en la cesta del almuerzo, quería volver con su familia, era consciente de los apuros sociales de Geraint, y solo estaba levemente interesado en darse tono con el coche ante los habitantes de Purchase House, si es que alguno se dignaba aparecer). Geraint se quedó en el patio con su maleta viendo cómo el chófer arrancaba el motor y salía marcha atrás del patio entre una serie de petardeos de gasolina.

Elsie Warren salió del estudio-lechería justo a tiempo de ver desaparecer entre los árboles la parte trasera del coche. Saludó a Geraint con mucha educación y expresó su sorpresa, tanto por su aparición como por el medio de transporte utilizado. Dijo que iría a hacerle la cama, y que su madre estaba durmiendo una siestecita, como solía hacer por las tardes. Ignoraba dónde estaba Pomona. Tal vez hubiese salido a dar un paseo en bicicleta. ¿Tenía hambre?

Estaba hambriento. Elsie sacó, casi en el acto, una excelente ensalada de langosta y un poco de pan moreno. «Hay un pescador —dijo— que me trae una langosta o un cangrejo de vez en cuando, así tiene una excusa para venir a verme.»

Geraint la miró con cierta curiosidad. ¿Así que tenía un pretendiente? Reparó en que ella se había percatado de lo que estaba pensando. Elsie se ajustó la falda contra las caderas, de manera casi inconsciente. Geraint vio que estaba muy guapa: su figura era justo como debía ser y su rostro estaba lleno de vida. Observó cómo lo observaba. Ambos decidieron no decir nada. Contempló sus prendas Arts and Crafts reformadas. No le sentaban del todo bien. Recordó haberle espetado a Prosper Cain que nadie parecía haber considerado conveniente pagarle a Philip. Ignoraba si le estarían pagando ahora..., aunque al menos lo habían llevado a un viaje educativo a París, o eso le habían contado Imogen y Florence, cuando fue a verlas al museo. Se preguntó

si pagarían a Elsie. Pensó que, si no lo averiguaba él, nadie lo haría. Alguien —¿el pescador invisible?— cortejaría a Elsie Warren, querría llevársela, hacerle el amor, convertirla en esposa y madre. Eso sería lo adecuado y supondría un grave inconveniente. Pensó que debía hablar con Elsie.

Pomona llegó y se echó en sus brazos, besándolo y abrazándolo. Geraint le dijo, al contrario de lo que había hecho con Elsie, que se estaba convirtiendo en una joven muy hermosa, y ella agitó su mata de pelo rubio y bajó la mirada. Imogen le había pedido que cuidara de Pomona. Ella estaba asistiendo a un curso de joyería y esbozando unos diseños para unos minúsculos pendientes de plata y esmalte. Parecía tranquila, y eso hizo pensar a Geraint que, en otras épocas, no había parecido tranquila, sino tan solo apagada o mortecina. Le había dicho que estaba preocupada por Pomona, que, según afirmó crípticamente, tendría que «soportarlo todo» ahora que ella y Geraint se habían ido. Geraint había mirado angustiado a Florence Cain, que estaba sirviendo el té. Florence le inspiraba cierto temor, tenía diecisiete años y era dos años más joven que él, uno más que Pomona y al menos cuatro años más que Imogen, pero parecía más sabia y segura de sí misma que cualquiera de ellos. Florence le parecía hermosa, como el retrato italiano de una santa. Pensaba que «estaba bien», sin pararse a analizar su vestido, ni el modo en que manejaba el servicio del té. Imogen le había dicho: «No te preocupes por Florence, es una amiga», y había sido él, y no Florence, quien se había ruborizado cuando se miraron. Recordó a Florence al abrazar a Pomona, que se acurrucó entre sus brazos y le acarició la cara. Tenía los ojos llorosos.

—¿Estás bien, Pommy? —dijo Geraint—. ¿Nos echas mucho de menos? ¿Has hecho planes?

En ese momento, Seraphita bajó soñolienta por las escaleras y se sorprendió mucho al ver lo cambiado que estaba su hijo, con su chaqueta de lino nueva. Preguntó vagamente si Elsie se había «ocupado» de él, y Geraint respondió que lo había hecho. Elsie empezó a recoger con mucha energía los platos de ensalada. Seraphita siguió majestuosamente sentada y sonrió. Pomona dijo:

—Háblanos de..., háblanos de... —pero no se le ocurrió qué preguntar acerca de una vida que ignoraba por completo.

—He venido en automóvil —dijo Gerry—. El señor Wellwood pidió a su chófer que me trajera. Es muy considerado conmigo.

Jamás podría hablarles de los lingotes y los préstamos, los telegramas y el polvo.

El fin de semana de vacaciones fue pasando, en una neblina iluminada por el sol. Geraint dio agradables paseos solitarios por las marismas y salió a dar una vuelta en bicicleta con Pomona. Elsie preparó unos platos deliciosos con arenques fritos y aliñó con mostaza las ensaladas de patata y cangrejo. Herbert y Phoebe Methley pasaron por allí a tomar el té y le hicieron todas las preguntas sobre la vida en la City que su

familia no le había planteado. Les describió el apresurado andar de los hombres por el puente de Londres, el tumulto de la Bolsa, la celebración de la liberación de Mafeking. Herbert Methley afirmó que, en general, se pensaba que el dinero carecía de alma, pero no era así. Mammon era un gran poder espiritual, y perturbaba tanto a los ángeles como a los demonios. Mammon era quien dirigía aquella terrible matanza en el *veld*. El oro había ocasionado la guerra, y el oro la mantenía en movimiento. Aquella disquisición molestó a Geraint. Sabía que el oro era una especie de fuerza vital, pero aquella personificación lo debilitaba con su sentimentalismo, cosa que notó aunque no fue capaz de expresarlo con precisión verbalmente. Veía el dinero en su imaginación: lingotes brillantes y una marea caliente que manaba de un crisol. Nada de demonios apolillados.

—No teníamos ni idea de que fuese tan emocionante —dijo Pomona—. Pensábamos que todo era mucho más aburrido y mecánico.

—Y lo es —respondió Geraint—. Aburrido, mecánico y emocionante. Elsie pasó a toda prisa con unos bollos recién hechos y un bote de estupenda mermelada de grosellas.

Le gustaba respirar el aire de la marisma, le daba fuerzas; sin embargo, cuando llegó la hora de marcharse, no lo lamentó. Antes, tuvo una pequeña conversación con Elsie. Le pidió a la muchacha que saliera un momento al jardín porque quería hablarle. Estuvieron andando entre los árboles.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Geraint—. Pareces obrar pequeños milagros con los panes y los peces..., me siento obligado a preguntártelo, ¿tienes suficiente..., suficiente dinero para arreglártelas? Mi madre es muy poco práctica.

Para su sorpresa, Elsie se sentó en un montículo cubierto de hierba y alargó las piernas. Se quitó las gruesas sandalias.

—Mire mis pies —dijo. Sus pies no eran muy bonitos. Estaban llenos de rozaduras y moratones, tenían callos y bultos, sangraban un poco.

—Quiero tener mis propios zapatos —le dijo la joven con aspereza y vehemencia—. No puedo hacer todo lo que hago con estos pies. Frank Mallett me trae zapatos usados de vez en cuando, pero ninguno me vale, tengo los pies muy finos. Mírelos, señor Fludd. Mírelos. Parecen los pies de una anciana. Están tan machacados que parecen los pies de una vieja. Podría ser mucho más útil si tuviese mis propios zapatos.

—Disculpa que te lo pregunte, pero ¿te pagan?

—No veo por qué tiene usted que disculparse, y creo que ya conoce la respuesta. No, no me pagan. Cobro solo la comida y el alojamiento, y la ropa heredada. No me quejo, sé que no les sobra el dinero, pero necesito unos zapatos.

—¿No tienes... intención de marcharte, de irte a alguna otra parte?

—Escuche. Siempre había jurado no dedicarme a servir, pasara lo que pasara.

Habría preferido quedarme en las Potteries y pintar porcelana. Como mi difunta madre. Cuando murió, vine a buscar a Philip porque ella me lo pidió. Quiero a Philip, es a quien más quiero en el mundo. Y sé que hace bien y que siempre ha hecho bien..., tiene un don y se ve empujado por él. Esto es como un sueño, porque su padre es un gran maestro. Philip está aprendiendo cosas que jamás soñó llegar a aprender. No creo que le guste que yo esté aquí..., huyó..., a otro sitio, y yo le recuerdo todo lo que dejó atrás. Pero, mientras me las arregle para hacerle la vida agradable a todos, Philip será libre de hacer vasijas, inventar y trabajar. Nunca quise ser una criada. Tengo mis propias y modestas ambiciones. No soporto la languidez de este lugar, usted disculpe si soy maleducada, me gusta arreglar las cosas, hacer remiendos, arreglármelas con lo que hay y limpiar un poco. —Se estaba exaltando. Hablaba deprisa, con acaloramiento y aspereza. Añadió—: Y me siento como una idiota con estas telas floridas y estos retales bordados, me gustaría que el reverendo señor Mallett me viese con ropa normal y respetable, no soy una marioneta o un muñeco de pim, pam, pum. Lo siento, no debería quejarme, no era mi intención. Pero ¿ha oído alguna vez el dicho «los pies me están matando»? , pues es cierto, señor Fludd. Lo siento. No diré nada más. Lo siento.

Geraint se sentó a su lado en la hierba. Para su sorpresa, cogió uno de los ardientes pies entre sus manos y se acercó para verlo de cerca.

—¿Cuánto cuestan unos zapatos?

—No lo sé. Usted debe de saberlo mejor que yo. Ahora tiene ropa normal... y muy bonita, diría yo..., y unos buenos zapatos.

Sus zapatos de la City le habían costado el salario de un mes. Cuidaba aquel cuero reluciente más que su propia piel, y de hecho era más suave, pues él tenía propensión a sufrir sarpullidos. Hacía muy poco que Geraint Fludd tenía su propio dinero, ganado con su esfuerzo, y era lo que Elsie habría llamado un «agarrado». No obstante, sacó el monedero, contó cuatro medias coronas de plata y se las puso a Elsie en la mano.

—Con eso deberías tener suficiente para comprarte unos zapatos. Cuando vuelva, espero verte andar con comodidad y que vayas a dar largos paseos. —Dudó. Quiso ofrecerse a acompañarla para elegir los zapatos. Estaba calculando en la imaginación los pequeños lujos a los que tendría que renunciar y lo embargó una sensación de magnanimidad al pensar en los bonitos dedos moviéndose cómodamente en el cuero nuevo. Pero había algo íntimo e inapropiado en ir con aquella joven a una zapatería. O bien se comportaría como si ella fuese una... especie de vasallo de quien él era dueño y señor, o como un amante que le hiciera regalos con la esperanza de cobrárselos después. Dijo con cierta rigidez—: Sé muy bien que haces más por mi familia de lo que necesitarías o de lo que ellos..., nosotros..., apreciamos realmente. Lo sé muy bien.



Elsie sonrió con un poco de lástima. Le habría gustado que alguien la acompañara en su triunfal visita a la zapatería. Tal vez esperase a Philip. Pero los pies la estaban matando.

Geraint volvió a Vetchey Manor en el *dog-cart* y, al cabo de uno o dos días, Elsie cruzó la marisma a pie y subió la cuesta que llevaba a Rye. Había dos o tres zapaterías en el pueblo y en el escaparate de una de ellas —Jas. Plaskett, desde 1872— estaba el cinturón de cuero rojo con la hebilla en forma de flecha. Elsie se plantó delante de la tienda pensando. No quería que su primer par de zapatos fuesen unas botas de obrera, y sabía, con fatídico realismo, que, si se compraba unos zapatos remotamente bonitos o elegantes, no podría ponérselos para cumplir con sus tareas habituales: andar por el corral, subir y bajar las escaleras o ir andando hasta Lydd. Debería comprarse algo razonable, que, una vez cepillado y embetunado, tuviese un aspecto aceptable debajo de una falda sencilla, cuando la tuviera. Por un momento, pensó que Geraint tal vez le hubiese dado suficiente para comprarse los zapatos y el cinturón rojo. Hizo cálculos. Mientras no entrase en la tienda, podía soñar que tenía el cinturón.

—Llevo un rato preguntándome qué te hace fantasear de ese modo —dijo una voz agradable a sus espaldas. Elsie dio un respingo—. No era mi intención asustarte —la tranquilizó Herbert Methley—. Te he estado observando durante casi veinte minutos, y al final no he podido resistirme a preguntarte en qué estás pensando y por qué frunces el ceño y murmuras para tus adentros. No tienes por qué responder, ya sé que estoy siendo impertinente.

Elsie se rió.

—En un par de zapatos. Estaba pensando en unos zapatos. Por primera vez en mi vida voy a comprarme unos zapatos y no consigo decidirme. No sé cuáles escoger.

—Mientras no te decidas, todos los zapatos son tuyos —dijo el escritor.

—Sí, y también ese precioso cinturón rojo con la flecha. Podría comprarme el cinturón si me comprase unas botas más baratas..., pero no me hace falta, lo que necesito son unos zapatos que no me hagan daño.

—Es ciertamente una decisión delicada. Ya sabes que soy escritor, y necesito saber cómo terminará esto. En mi opinión, deberías probarte muchos zapatos..., todos los que puedas, de manera que veas tus pies con todas las formas y aspectos posibles. Sin duda descubrirás que algunos de los que parecen bonitos en el escaparate son engañosos y te rozarán en el talón o te harán daño en el dedo. Y otros, que vistos ahí no parecen gran cosa, se ajustarán como un guante hecho a medida para tus pies y tus elegantes tobillos. En un mundo ideal, podrías comprarte unos zapatos para andar, otros para bailar y otros para hacer las tareas de la casa, pero me parece a mí que lo que tú necesitas es dar con un par que pueda servir para las tres cosas al mismo tiempo, y eso no es fácil. Espero que permitas que te ayude. Siempre

me han dicho que tengo buen ojo para los pies femeninos. La verdad es que tengo curiosidad por saber cómo acabará esto...

Así que entraron en la tienda oscura y con olor a cuero, y Elsie se sentó en una silla tapizada, con Herbert Methley arrodillado a su lado mientras el dependiente de la zapatería sacaba más y más cajas de zapatos de detrás del mostrador. Methley le acarició los pies al calzarla con mucho cuidado con toda clase de zapatos negros y marrones, zapatos con un poco de tacón, zapatos repujados, y prácticos zapatos de trabajo. Sabía con inquietante precisión qué zapatos le quedarían bien y descartaba los que eran demasiado pesados o podían hacerle rozaduras. La hizo andar con los zapatos y dar vueltas para poder verla desde todos los ángulos, y le preguntó dónde le llegaba la punta del dedo gordo y si le rozaban en los talones. Resultaba extrañamente íntimo. Redujeron las posibilidades a dos pares, mucho después de lo que Elsie, de haber estado sola, habría tardado en optar por los más baratos y feos, con la sensación de que no se «merecía» tener nada mejor.

—Tienen que ajustarse como un guante, Elsie. Necesitan aguantar todos esos huesecitos que tanto trabajan en el puente del pie, y tienes que poder mover los dedos sin la sensación de que llevas puesta una caja de zapatos en lugar de un zapato. A mí los que más me gustan son esos negros con un poco de tacón. En caso de necesidad, e incluso sin ella, tienen cierta elegancia, severa pero fina, y aun así estoy seguro de que serán muy prácticos. —Elsie decidió comprar aquellos zapatos y se dispuso a volver a Purchase House con ellos puestos. Methley le explicó que no debía hacerlo —. Póntelos cada día un rato, hasta que lleguéis a conocerlos. Es mejor que se vayan dando de sí poco a poco. Hasta que sean tuyos. ¿Permites que te acompañe a Purchase House? Había salido a dar un paseo y prefiero ir acompañado.

Elsie se sintió confundida. Para ella, Herbert Methley era viejo, parte de la generación de su padre. Tal vez su amabilidad y..., y..., su atención fuesen paternas, pero no lo creía. Era mucho más feo que Geraint, y también mucho más interesado e interesante que él. Le sobraron unas monedas de las medias coronas que le había dado Geraint, pero no lo bastante para pagar el cinturón rojo. Respondió que le gustaría que la acompañara, y en ese momento él sacó, como un mago, un paquetito atado con un cordel.

—Para ti —dijo—. Ábrelo.

Era, por supuesto, el cinturón rojo.

—No puedo...

—¿Por qué no? No es frecuente que uno pueda sorprender a alguien con algo que desea de verdad. Y lo cierto es que tienes muy buen gusto, es un cinturón precioso.

Estaba pensado para llevarlo a la altura de las caderas y señalar hacia abajo, como una flecha, entre ellas. Herbert Methley insistió en ponérselo él mismo, sus largas manos se adaptaron al contorno de su silueta por un instante y se entretuvieron allí un

momento señalando hacia abajo.

Después emprendieron juntos el camino de regreso por la marisma, conscientes ambos de la presencia del otro.

—Quisiera saber si te importaría que utilizase tus pies, y tus zapatos, en una novela que estoy escribiendo. Son justo lo que necesito como ejemplo de... —dijo Methley.

—¿De qué? —preguntó Elsie, sin sentirse halagada ni molesta.

—Es una novela sobre... lo que hay de malo en la vida de las mujeres. La vestimenta femenina es una forma de reclusión y opresión.

Elsie consideró aquel salto de los zapatos a la libertad. Respondió que nunca se había parado a pensar en esas cosas. Estuvo a punto de añadir que tenía demasiado trabajo para eso, pero se contuvo, pues tuvo la sensación de que la frase sonaría un poco estúpida.

—Pues deberías hacerlo, Elsie. ¿Por qué tu hermano está en el alegre París, mientras tú eres una esclava doméstica sin zapatos?

—Él es muy buen alfarero. Y yo no.

—¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que podrías llegar a ser, si tuvieses una verdadera oportunidad?

—No vale la pena —dijo Elsie. Pensó en su insatisfacción, en sus esfuerzos para llegar a fin de mes con aquellas mujeres lánguidas y apáticas de Purchase House. Pensó en la despensa llena de vasijas obscenas. Había varias en las que la figura femenina estaba tendida de espaldas con los dedos entre las piernas, en el lugar al que señalaba la flecha de su cinturón nuevo. Herbert Methley la excitaba y turbaba de un modo no exactamente agradable y distinto del modo en que la turbaban Geraint y el joven pescador—. ¿Y qué le ocurre a su... personaje sin zapatos? ¿Acaba bien?

—Busca su libertad, y llega a bailar descalza —respondió Methley—. Aprende a vivir.

Elsie no preguntó quién enseñaba a la joven descalza. Hizo no sé qué observación sobre la vista de la marisma, y el canto de las alondras. Methley captó la indirecta y ambos siguieron andando relajadamente y mostraron gran interés por las flores silvestres y las ovejas de la marisma, por los árboles inclinados por el viento y por el Real Canal Militar a lo largo de cuyas orillas estuvieron andando un buen rato. Methley se apartó del camino, justo antes de que se desviase hacia la entrada de Purchase Hall. Elsie le dio las gracias, con cierto envaramiento, por su ayuda y por el cinturón.

—Creo que deberías venir a una reunión pública sobre los derechos de la mujer que la señorita Dace está organizando en Lydd —dijo él—. Deberías interesarte más por esas cosas. La vida de las mujeres va a cambiar de un modo radical. Tú especialmente necesitas pensar en eso.

Elsie respondió que ya vería si podía arreglarlo para ir.

—Mi mujer y yo asistiremos. Estarás entre amigos.

—Tendré que pedir permiso —dijo Elsie, un poco molesta por tener que pedirle algo a Seraphita.

—Tal vez la señora Fludd también quiera asistir. Tenemos que hablar con todas las mujeres.

Elsie ignoraba lo mucho que Seraphita Fludd temía que Elsie pudiera marcharse tan súbita y misteriosamente como había llegado.

La señorita Dace había reservado en Lydd una cabaña de madera conocida vagamente como el «salón del club», aunque no perteneciera en exclusiva a ningún club en particular. El ejército la utilizaba para las conferencias y actos sociales. Y la Iglesia para celebrar los mercadillos benéficos. Los conferenciantes de la extensión universitaria la empleaban por las tardes para educar a los trabajadores. La señorita Dace había colocado carteles que anunciaban un día entero de discusiones sobre la cuestión general de «La mujer del futuro». Había cinco oradores, empezando por la propia señorita Dace y acabando por Herbert Methley. Siempre se corría el riesgo de que el número de asistentes fuese igual al de conferenciantes. La señorita Dace tentó a los teósofos y a las damas que se reunían para bordar con la promesa de un estupendo almuerzo frío para empezar el día. Habló con la mujer de un comandante, que era teósofa, y le pidió que animara a otras esposas a asistir. La mujer del coronel era una reputada y vehemente antisufragista y cabía la posibilidad de que asistiera —o enviara a alguna de sus acólitas— para interrumpir a los oradores. No era de esperar que asistiera el vicario de Todos los Santos, de Lydd, aunque algunas mujeres independientes de la parroquia tal vez sí lo hicieran. Frank Mallett y Arthur Dobbin irían, porque eran buenos discípulos de Edward Carpenter, y porque uno de los oradores era la maestra de Puxty, Marian Oakeshott.

Se envió un folleto a la familia de Purchase House. Seraphita lo dejó con displicencia sobre la mesa de la cocina. Elsie dijo con cierta firmeza:

—Me gustaría asistir, si a usted no le parece mal. —Seraphita inclinó la cabeza como si estuviese considerando con dificultad las posibles objeciones—. ¿No le apetece a usted ir? —preguntó Elsie a Seraphita.

—¡Oh!, no creo. No creo en todo ese revuelo sobre el voto femenino, que supongo que es de lo que se trata. No veo cómo los votos iban cambiar nada importante. Las mujeres son..., las mujeres deben...

Siempre dejaba inacabadas la mayoría de aquellas frases.

—Yo te acompañaré —dijo Pomona—. Será un cambio de aires. —Bostezó con mucho encanto. Elsie se enfadó un poco. Quería hacer algo sola. Pero Pomona tenía razón: necesitaba desesperadamente un cambio de aires.

Se pusieron en camino a través de la marisma Denge. Hacía una mañana plácida y calurosa. Elsie había elegido su atuendo con cuidado. Llevaba una blusa blanca de algodón, su falda de ramas de sauce, el cinturón rojo y los zapatos nuevos. Se había hecho un sombrero aprovechando uno de paja que tenía la copa rota y que había

encontrado entre la ropa vieja que le daba Frank Mallett. Lo había cosido y adornado con unos trozos de cinta roja, sacados del costurero de Seraphita, y una especie de flor que había hecho retorciendo trozos de gasa y encaje. Era la primera vez que salía con sombrero. Pomona llevaba una especie de túnica de pastora de color verde manzana, profusamente bordada con mariposas y capullos en flor. No llevaba sombrero. El pálido cabello rubio le caía suelto sobre los hombros. Dio la impresión de ir a hacer algún comentario sobre el aspecto de Elsie, pero al final no lo hizo.

El salón era una de esas estructuras de madera con ventanas demasiado altas para asomarse a ellas. Había una tribuna en la que estaban sentados los oradores, y varias filas de sillas de madera, de las que estaban ocupadas las seis primeras; las cabezas de las mujeres no se veían debajo de los grandes platos y ruedas de sus sombreros, y los hombros eran una mezcla de decorosos colores apagados y verdes y púrpuras más chillones. Había seis hombres, incluyendo a Herbert Methley, que estaba sentado en la tribuna junto a su mujer; Frank Mallett y Arthur Dobbin; y Leslie Skinner, que había ido a apoyar a Etta, que también iba a hablar. Asimismo había un soldado, un experto en explosivos, que había ido con su mujer, miembro de la Liga Antisufragio de Humphry Ward, y un verdulero, un poco pedante, que asistía a las clases vespertinas de Marian Oakeshott, quien ocupaba a su vez un lugar en la tribuna.

Elsie y Pomona se sentaron dos o tres filas por detrás de la última ocupada. Herbert Methley les sonrió desde la tribuna, como aprobando su presencia allí. Elsie le devolvió una sonrisa tensa. Pomona entrelazó las manos pálidas sobre su florido regazo y volvió la cara hacia la luz que entraba por la ventana polvorienta.

Hubo cinco oradores, tres antes y dos después de comer. La primera en hablar fue la señorita Dace. Se mostró muy elocuente sobre la injusticia de que las mujeres no estuviesen representadas en el Parlamento y no pudieran votar acerca de cuestiones que tenían que ver con sus vidas, su trabajo y su salud. Subrayó secamente que cuando las palabras «mujer» o «mujeres» aparecían en los nombres de una ley, se trataba siempre de leyes que recortaban la libertad de las mujeres y hacían su vida más incómoda. Todos los propietarios y contribuyentes podían votar, pero las mujeres que eran ambas cosas debían pagar sus impuestos sin tener el menor derecho a que nadie consultara o representara sus opiniones o necesidades. Elsie se esforzó en escuchar atentamente. Le gustó el tono seco, irónico y apasionado de la señorita Dace. Se las arregló para comprender lo que significaba «sufragio». Siempre había pensado que tenía algo que ver con el sufrimiento de las mujeres, debía de ser como ese fragmento de la Biblia: «Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis». No obstante, la señorita Dace quería que el Parlamento aceptase que las propietarias y contribuyentes solteras pudieran votar en las elecciones, y una especie de rabia se encendió en el interior de Elsie, pues no estaba segura de cómo ayudaría eso a una joven sin un céntimo, acampada, por así decirlo, en una casa con una

despensa repleta de jarras y vasijas obscenas y hermosas, acuciada por necesidades corporales que no acertaba a describir y cuya vida ciertamente estaba llena de sufrimiento. Sin embargo, la señorita Dace era una buena mujer, que decía las cosas sin tapujos y, en su opinión, era muy razonable.

Cuando Patty Dace llegó a su conclusión, la mujer del coronel se levantó para hablar. El país estaba librando una guerra terrible en un país lejano, afirmó, y el Imperio británico implicaba una serie de responsabilidades militares en lugares dejados de la mano de Dios que las amas de casa no podían ni concebir ni comprender. Que las mujeres guardasen el hogar, y los valores hogareños, y dejasen a los hombres los ejércitos y la economía, que eran su vocación natural. La señorita Dace respondió que las intrépidas mujeres que habían visitado los campos de «concentración» en los que el ejército británico retenía a las mujeres y a los niños bóers, habían contribuido al bienestar moral del ejército y los desdichados bóers. Se oyeron susurros y patadas en la sala. Elsie ignoraba lo que era un campo de «concentración». La señorita Dace se volvió hacia la mujer del coronel y le preguntó si es que quería apartar a las mujeres de los gobiernos locales y los consejos de beneficencia en los que ahora podían resultar elegidas y donde trabajaban de forma tan eficaz. No, respondió la mujer del coronel, y reconoció que eran muy competentes.

Siempre era igual, replicó la señorita Dace, su movimiento se había opuesto por sistema a cualquier nuevo avance antes de ponerlo a prueba, y ahora, como le pasó al rey Canuto con las olas, se rasgaban las vestiduras. Pero la marea seguiría subiendo, ya lo vería.

El siguiente orador no era Herbert, sino Phoebe Methley.

Elsie observó con atención a la mujer de Herbert Methley. Había sido una mujer atractiva, pensó Elsie, empleando el pasado con cierta rudeza. Vestía una falda oscura muy sencilla, y una camisa blanca con una pajarita negra y verde. Su sombrero era negro y estaba adornado con una cinta verde. Parecía amable y competente. El título de su conferencia era «El lugar de la mujer». Empezó agradeciendo a la anterior oradora que hubiese sacado a relucir la cuestión de los valores sagrados del hogar, pues de eso precisamente quería hablar. En su opinión, cada vez que se hablaba de eso, todo el mundo pensaba en una mujer en una casa soleada con jardín y un cálido fuego en invierno, rodeada de niños rollizos y sonrientes, tal vez con un bebé en los brazos, y pensando en cómo satisfacer a su marido cuando llegase de un día fatigoso en la oficina o el club. La cabeza de una mujer semejante estaría llena de nuevas y deliciosas recetas de pasteles y gelatinas, nuevos diseños para las fundas de los cojines, y originales adornos para las cintas del sombrero y los corsés. En realidad eran pocas las mujeres que disfrutaban de aquel estado de felicidad. Las mujeres ricas

no prestaban la menor atención a sus hijos y podían pasar días o semanas sin verlos, delegaban el cuidado de su salud a las niñeras y el de su inteligencia a las institutrices, y los enviaban lejos, en cuanto podían, a colegios donde pudieran sentir nostalgia y sufrir toda clase de abusos y atropellos. Y luego esas mujeres se aburrían. No podían emplear un cerebro que solo se había alimentado de almíbar, sopa de crema y alfileres de sombrero. En cuanto a la mayoría de las mujeres trabajadoras — y había miles y miles de trabajadoras que no solo ganaban el pan para mantener a la familia, sino que se ocupaban de la casa y hacían todas las economías que podían—, ellas sí valoraban el hogar, por muchos niños y adultos que durmieran en la misma habitación, pues un paso más allá estaba el hospicio, que era una burla tanto del hogar como del trabajo. Los llamados «valores del hogar», no eran más que un espantajo abstracto.

Y que ninguna se llamase a engaño pensando que su sentido del deber y su influencia en la esfera del hogar tenían la menor importancia a la hora de enfrentarse a la ley. Una mujer que protegía a sus hijos de un padre loco o violento, no tenía la menor oportunidad de llevárselos consigo si decidía huir de la desdicha. Un hombre así podía declarar que, fuera de su hogar, ella era incapaz no ya de cuidar, sino de ver o visitar a sus hijos, que lo habían sido todo para ella, aunque se le rompiese el corazón. Por debajo de los dulces sentimientos acerca de la esfera doméstica, hipócrita recompensa de la sabiduría de la maternidad, subyacía siempre la crueldad. Era cierto que una joven seducida por un hombre elocuente —un patrono, o tal vez el hijo de un patrono— era, siempre que no llegara a casarse, la única responsable ante la ley del bienestar de su desdichado hijo. Pero una madre casada, separada por el motivo que fuese de su marido, dejaba en ese preciso instante de tener ningún derecho como madre.

Elsie sintió cierto rechazo a medida que la señora Methley fue hablando con más apasionamiento. Tenía razón, por supuesto, pero le daba demasiada importancia. Elsie no quería seguir siendo testigo de aquello. Seguro que los Methley no tenían hijos.

Elsie pensó en su propia madre. Siempre había trabajado de firme y hecho bien su trabajo, pero el aire de los hornos la había hecho enfermar. Había tratado de construir un hogar para ellos. Tenían un geranio en una maceta sobre el alféizar de la ventana y una bandeja Minton —de la segunda época— colgada de un clavo en la pared. Todos sabían lo que significaba aquello: significaba que eran respetables. Solo respetables. Trató de pensar que no le habría importado no estar atrapada en la jaula de oro de un hogar respetable: se había esforzado por construir un hogar sustituto en Purchase House, no tanto porque tuviese sentimientos hogareños, como por lo mucho que le desagradaban el desorden, la sordidez y las incomodidades, aunque a las mujeres de Purchase no parecieran molestarles. Toda aquella charla sobre lo que hacían o



deberían hacer las mujeres la desasosegaba. Había querido zapatos y un cinturón y los tenía. Quería..., quería..., quería vivir. Pero empezaba a irritarle no haberse parado a pensarlo hasta entonces. Si se hubiera pasado las noches leyendo, ¿quién sería ahora? Alzó el rostro por debajo de su bonito sombrero para mirar a las mujeres de la tribuna, que habían conseguido tantas cosas a fuerza de pensar y de estar insatisfechas. Vio que la oscura mirada de Herbert Methley estaba dirigida a ella. Una discretísima sonrisa asomaba por debajo del bigote y en el rabllo de sus ojos inteligentes. El rostro de Elsie se acaloró. Bajó la mirada, pese a que habría querido no hacerlo. Se tocó la flecha del cinturón rojo. Él no podía verle las manos desde donde estaba.

El tercer orador era Henrietta Skinner, en representación de la Sociedad Fabiana, y habló valientemente y sin tapujos de las «Mujeres en venta». Alabó a Josephine Butler, gracias a cuyo valor se habían rechazado las Leyes de Enfermedades Contagiosas, y de W. T. Stead cuya —tal vez algo sensacionalista, pero no por eso menos eficaz— denuncia del Tributo de Doncellez había sacado a la luz el tráfico de niñas vírgenes, y obligado al Parlamento a elevar la edad de consentimiento hasta los dieciséis años. Elsie pensó que la señorita Skinner parecía un pastel con adornos de encaje: su cabeza redonda, debajo de un sombrero de paja «rural», daba la impresión de estar colocada sobre el montículo de su túnica Liberty, que caía en pliegues verdes y bronceos como una tienda de campaña. Sus manos, además, eran pequeñas, pálidas y rollizas. Las empleaba para hacer gestos precisos, como si estuviese apuñalando a alguien, a fin de subrayar los puntos más desagradables. No se disculpaba, afirmó, por emplear palabras que la sociedad educada estaba más acostumbrada a ocultar tras eufemismos y sugerencias, que formaban también parte de la opresión y el daño que trataban de evitar. Habló de prostitución, habló de enfermedades venéreas, habló del daño hecho al cuerpo de las mujeres en los desconsiderados e innecesarios exámenes médicos a los que se veían sometidas. Esperaba que nadie sintiese ganas de marcharse al oírla hablar de aquellas cosas. La ignorancia mataba. Los hombres —maridos y padres—, llevados por lo que ellos consideraban urgencias y necesidades «naturales», se contagiaban de mujeres enfermas, y transmitían aquellas enfermedades no solo a otras mujeres y niñas «caídas», como solía decirse, que habían sido compradas, certificadas como vírgenes y vendidas, sino a sus propias mujeres ignorantes e inocentes, y a las generaciones venideras: al niño en la cuna y a la hija que le cantaba a su muñeca en el parque. Nadie había propuesto someter a esos hombres a exámenes médicos. Era impensable que aceptasen someterse a ellos.

¿Y quiénes eran las «mujeres caídas» que, según la imaginación popular, tentaban a aquellos hombres con sus necesidades naturales, maquillándose con henna y carmín, exhibiendo sus preciosos tobillos y empapándose de perfumes exóticos? En

su mayor parte, eran jóvenes obreras y madres de familia, que no podían dar de comer a sus hijos con lo que ganaban en la fábrica, cuyos maridos habían sufrido accidentes que los habían incapacitado para cargar pesos, o empuñar picos y palas. Eran jóvenes criadas, seducidas por el dueño de la casa, o su hijo, a las que habían despedido, sin siquiera una carta de recomendación, al descubrir que estaban encinta. Los hombres debían controlar sus necesidades o aceptar la responsabilidad de las consecuencias.

Pomona tenía las manos cruzadas sobre el regazo en actitud defensiva. Temblaba un poco, aunque la expresión de su rostro era de atención indiferente, como la del niño en el aula que en realidad no está pensando en la lección. Elsie dejó de escuchar a su propio cuerpo y pensó en Pomona. ¿Qué le habían hecho a Pomona? ¿Qué sabía Pomona, cuyos blancos muslos había visto abiertos y contorsionados, modelados en figuras de porcelana? ¿Habría posado para él o las habría hecho de memoria? Elsie no quería saberlo. No creía que las hubiese hecho recurriendo solo a la imaginación. Imaginó, por un instante, sus dedos trabajando. Recordó familias en Burslem en las que se sospechaba que el hermano o la hermana pequeña de alguna chica era en realidad un hijo que había tenido con su padre o con su hermano. Dormían todos tan juntos, carne con carne. Aquí ella tenía su propia cama y se agitaba en ella, consumida por un deseo sin objeto. ¿Sentía Elsie preocupación por Pomona? No quería hacerlo. Sí quería. Claro que quería. No creía que nadie pudiera haber deseado realmente a Etta Skinner, así que ¿qué sabía ella acerca de aquello? Miró al apuesto profesor Skinner, que estaba de perfil iluminado por la luz polvorienta, y se dijo: «¿Acaso no tiene esas necesidades? ¿Y qué hace? ¿Rodea entre sus brazos esa masa de carne?». Se ajustó la falda contra las caderas.

Los miembros del club de la señorita Dace habían preparado un almuerzo a base de ensalada para los oradores y el público. Elsie estaba hambrienta. Avanzó hacia la mesa donde estaban los platos y las tazas de té, acompañada de Pomona, que la seguía como si estuvieran unidas por imanes, tan de cerca que casi se tropezaba con sus pies. Frank Mallett reparó en ellas y les dijo que se alegraba de verlas. Les preguntó si la mañana les había parecido instructiva, y Pomona respondió: «¡Oh, sí, mucho!». «¿Y a ti?», le preguntó a Elsie, quien repitió la palabra «instructiva», y trató de decidir qué «instrucción» podía extraer de aquellos discursos. Frank sonrió. Afirmó que el mundo sería un lugar mejor si más mujeres se interesasen activamente por aquellos asuntos.

—Hace que me dé cuenta de lo ignorante que soy —respondió Elsie— y de que no sé ni pienso lo suficiente.

Había cierto resentimiento en su voz.

Herbert Methley dijo detrás de ella:

—¡Oh, pero sabrás y pensarás lo suficiente! Me alegro mucho de que siguieras mi

consejo. Me alegra verte... tan elegante —dijo sonriendo en dirección al cinturón y los zapatos—. Esta tarde intervendré después de la señora Oakeshott —añadió—, me gustará conocer tu opinión. —Elsie había estado preguntándose si hablarle a Frank Mallett de la despensa, no ahora, sino en algún otro momento. Aquello la angustiaba. Pero Frank había ido a saludar a otras mujeres, sonriéndoles con cortesía. Herbert Methley prosiguió—: Te gustará lo que va a contar la señora Oakeshott. Tal vez incluso te convenza para asistir a alguna de sus clases sobre teatro. Estoy seguro de que le encantará verte por allí.

Methley estaba mirando directamente su cinturón rojo. Elsie estaba avergonzada y sentía ganas de abofetear a Pomona por atosigarla e impedirle pensar con claridad. Deseó que Pomona se fuese de allí. Sin embargo, esta dijo lánguidamente que a ella también le gustaría asistir a clases de literatura.

Después del almuerzo, en la peor hora para los conferenciantes, cuando se está haciendo la digestión, Marian Oakeshott habló de la educación de las mujeres. Era guapa y brillante: su sombrero de lino marrón estaba adornado con flores silvestres, llevaba un vestido de lino de color café con encajes de color crema. Tenía un cinturón parecido al de Elsie y una guirnalda de flores de seda alrededor del cuello del vestido. Su voz era cálida y plena. La charla consistió en una serie de historias sencillas, que conmovieron mucho a Elsie. La historia de Elizabeth Garrett Anderson, que, a fuerza de insistencia y cortesía, había llegado a licenciarse como médico, asistiendo a conferencias y clases prácticas de cirugía de las que todo el mundo trataba de apartarla. Dos años antes, aquella pertinaz dama había sido elegida presidenta de la rama de East Anglia de la misma Asociación Médica Británica que, al principio, había debatido si las mujeres podían cursar o no estudios de medicina.

Habló de Millicent Garrett Fawcett, la hermana de la médico, y una de las líderes del movimiento por el sufragio femenino, que había trabajado de manera incansable no solo por el voto, sino por la causa de la educación superior femenina en Cambridge. La señora Fawcett había tenido el honor y el placer de ver a su hija, Philippa, estudiar matemáticas en Cambridge, y obtener mejores resultados que el primero de la promoción.

Elsie no sabía lo que era una promoción y no podía imaginarse cómo era Cambridge. Le sorprendió el resentimiento que eso le causaba. Justo en ese momento, la señora Oakeshott empezó a contar historias de mujeres —reales e imaginarias— que, por emplear la parábola cristiana que la señora Methley había utilizado con tanta eficacia, habían enterrado su talento bajo tierra. Para una mujer no es fácil estudiar. Si una familia no puede enviar a todos sus hijos a la escuela, enviará a los varones y dejará que las hijas se ocupen de las tareas domésticas para que los chicos estén cómodos y puedan estudiar. «Deber» era una palabra que con demasiada frecuencia se empleaba como talismán para que las mujeres renunciaran a una importante parte

de sí mismas y de ese modo decepcionaran y desilusionaran a sus maridos por su trivialidad y su incapacidad de estar a su altura. Muchas de aquellas mujeres acababan frustradas. Ella estaba convencida de que gran parte de esas enfermedades nerviosas ahora tan de moda eran el resultado de una inteligencia desaprovechada. Las mujeres necesitaban tener el derecho —y la esperanza— de estudiar con gente que opinase como ellas. Por esa razón, entre otras, había iniciado su grupo de lectura, que estudiaría no solo *El molino del Floss* y *Jane Eyre*, sino *Casa de muñecas*, del señor Ibsen, que había sido tan admirado como vilipendiado. Ella misma no había visto, en toda su vida, una descripción tan sutil, terrible y dramática de aquellas mentiras del alma que reducen a una mujer adulta —una mujer inteligente— a una mera marioneta, una muñeca manejada por los hilos de un falso concepto del deber, en un hogar que era realmente una casa de muñecas. Esperaba, siempre que lograra encontrar actores en la región con el valor de hacerlo, poder montar alguna vez aquella obra tan controvertida.

Elsie leía mejor que Philip, aunque había tenido la misma educación fallida y truncada. Había escogido varios libros en Purchase Hall y tratado de entenderlos. Reconoció muy bien aquel ansia de hacer algo más que las tareas domésticas, de la que había hablado Marian Oakeshott. Estaba pensando mucho más rápido de lo habitual y se dijo de forma sardónica que aquellas mujeres ávidas de conocimientos, aquellas pensadoras frustradas de las que hablaba Marian Oakeshott, siempre necesitarían que Elsie, o alguien como ella, les llevara el carbón, les cortara la carne, les remendara la ropa e hiciera la colada, o no podrían sobrevivir. Necesitarían a alguien en el lavadero que cargase con las cenizas. Y, si una salía del lavadero, como la princesa disfrazada de un cuento de hadas, siempre haría falta otra criada que ocupara su lugar.

No obstante, a ella le gustaría salir.

Tal vez fuese mala suerte que Herbert Methley fuera el último orador.

Herbert Methley habló de la libertad sexual, de la libertad del cuerpo, sobre todo para las mujeres. No dijo que fuese a hablar de eso. Afirmó que iba a hablar de la mujer del futuro comparando la situación imperfecta y accidental de la mujer del presente con la de las mujeres de los mundos incivilizados y otras civilizaciones anteriores. Habló de los protozoos indiferenciados, que estaban constantemente transformándose y reproduciéndose, habló de los animales de granja, del ganado en los establos, de los inteligentes elefantes que cuidaban en común de las crías. Habló también de civilizaciones pretéritas que habían valorado más a las mujeres, las habían puesto por encima de los hombres y las habían convertido en diosas y legisladoras. Habló del derecho materno como una fuerza organizadora de la sociedad y del poderoso encanto de las diosas desnudas de cerámica que habían desenterrado los arqueólogos en la Troya de Helena y la Creta de Pasífae. Habló de las matronas

romanas, de las vírgenes vestales y de las bailarinas de los templos sagrados.

Llegó a las mujeres modernas, que, en el mundo que describió, eran tanto las víctimas como las corruptoras de los hombres. El símbolo de aquello era el «vestido», esas mujeres hablaban del «vestido», no de la ropa. Las mujeres se «vestían» para estimular y repeler al mismo tiempo las atenciones naturales de los hombres. Se perfumaban, se cubrían de flores, plumas y pieles arrancadas de otras criaturas vivientes. Se sometían a la tortura de las ballenas para moldear sus cuerpos con formas que pudieran mostrar que su «vestido» era el blasón de su separación y servidumbre. Empleaban zapatos ridículos que aplastaban sus dedos y deformaban sus pasos de un modo no tan distinto de las abominables prácticas chinas del vendado de los pies. Todo aquel «vestido» etiquetaba, invitaba y repelía a partes iguales. Las mujeres de hoy eran tan llamativas como pavos reales o el macho de las aves del paraíso, pero por muy llamativas que pareciesen con aquellos símbolos masculinos de dominación y belicosidad, eran como pajarillos cautivos en la jaula de sus adornos.

Las mujeres deberían poder relacionarse y hablar como iguales con las demás personas de ambos sexos. Deberían vestir ropa sencilla, aunque seductora, y dejarse de hipocresías. El tobillo de una mujer resulta encantador. No es ningún motivo de escándalo montar en bicicleta con una prenda que sea práctica para dicho propósito, aun cuando deje al descubierto esa parte natural del cuerpo.

Miró hacia el fondo del salón.

—El vestido racional no tiene por qué ser amorfo, feo o severo. Tanto hoy como en el futuro, es lógico que a una joven de cintura esbelta le guste lucir un cinturón bonito. No hay ningún motivo para que el comportamiento racional se asocie necesariamente al puritanismo más rancio y timorato. Debemos tener siempre presente que una mujer es una mujer, no un sofá, o un pastel.

Una familia, y cualquier persona en el seno de una familia, elaboran, de manera voluntaria e involuntaria, un cuadro del pasado cuidadosamente construido y arbitrariamente dictado. La madre recuerda una reunión veraniega en el jardín, con una jarra de limonada helada y todo el mundo deshaciéndose en sonrisas, igual que guarda en el álbum la única fotografía en la que todo el mundo sonríe, y oculta en una caja los rostros ceñudos de las fotografías fallidas. El niño recuerda una excursión por los Downs, o una carrera en zigzag por el bosque, de entre otras muchas que quedan en el olvido, y configura su identidad en torno a ella. «Recuerdo cuando vi el pico carpintero.» La memoria cambia cuando se tienen doce, catorce, cuarenta y ochenta años, y tal vez ninguno de esos momentos reproduzca con precisión nada de lo que ocurrió en realidad. Hay cosas extrañas que persisten por motivos inexplicables. Un par de zapatos que nunca nos sentaron bien. Un vestido de fiesta con el que la chica siempre se sintió rara, aunque las fotografías sean bonitas. Una violenta disputa de las muchas que surgieron por el reparto injusto de un pastel, o la desesperada frustración producida por la decisión de no ir a la playa. También hay cosas que son recuerdos tan esenciales y estructurales como los huesos de los dedos. Un cinturón de cuero rojo. Una despensa oscura repleta de jarras preciosas y obscenas.

Y hay recuerdos públicos que sirven de hitos. Todo el mundo era victoriano, y de pronto, en enero de 1901, la diminuta mujer, la viuda de Windsor, la reina y emperatriz, falleció. En toda Europa había familiares suyos, cuyas locuras, vanidades y disputas privadas configuraron las vidas de todas las demás familias. Cuando enfermó, su nieto alemán, el káiser Guillermo, interrumpió las celebraciones del doscientos aniversario de la corona prusiana y subió a su tren especial para cruzar el canal. Que nadie lo viera, afirmó, en calidad de emperador. Iba allí tan solo como nieto. Su propio pueblo le reprochaba que no hubiese respetado su hostilidad por la guerra de los bóers. Su tía política, la princesa Alejandra de Gales, que odiaba a los Hohenzollern, opinaba que no debería haber ido. El canal estaba soleado y tormentoso. El príncipe de Gales, vestido con uniforme prusiano, recibió a su sobrino en la estación Victoria. Las agonías, igual que las bodas, ocasionan dramas, tanto cómicos como terribles. El káiser asumió el control de aquella agonía. Se sentó junto a su abuela y la sostuvo con el brazo bueno, mientras el médico se sentaba al otro lado. «Falleció dulcemente en mis brazos», dijo. También se convirtió en el héroe de la procesión fúnebre. Cabalgó junto al nuevo rey en un enorme caballo blanco. En Windsor los caballos que tiraban del armón donde viajaba el ataúd se detuvieron.

Guillermo desmontó de su caballo blanco y les ajustó los arneses. Siguieron adelante. La muchedumbre inglesa vitoreó al káiser alemán. Su yate, el *Hohenzollern*, estaba atracado en el canal de Solent, y las familias reales celebraron su cumpleaños el 27 de enero. No parecía muy dispuesto a volver a casa. Propuso la alianza de las dos naciones teutónicas: los británicos vigilarían los mares y los alemanes la tierra, para que «ni un ratón pueda moverse en Europa sin nuestro permiso y las naciones lleguen a comprender la necesidad de reducir su armamento».

El príncipe de Gales llevó a cabo su propia rebelión familiar y anunció su intención de reinar bajo el nombre de rey Eduardo. Victoria y Alberto lo habían bautizado Alberto Eduardo, pero él escogió seguir la tradición de los seis Eduardos ingleses previos. «Solo hay un Alberto —dijo en su discurso de coronación—, mercedamente conocido por consenso universal como Alberto el Bueno.»

Él mismo no era, en el sentido en que lo era Alberto, un hombre bueno. Enseguida lo motejaron «Eduardo el Cariñoso». Le gustaban las mujeres, el deporte, la buena comida y el buen vino. Hilaire Belloc escribió un poema sobre las francachelas eduardianas.

Habrá bridge y licores hasta después de las tres  
luego, muchos recorrerán a tientas  
los pasillos en *robes de nuit*,  
pijamas o cualquier otra vestimenta.  
Habrá una robusta asistente  
que atienda a lord \*\*\*\* y le ofrezca su amistad,  
así su mujer podrá ponerle la cornamenta  
y la señora James entretendrá a su majestad.

Se tenía la sensación de que ahora la diversión no solo estaba permitida, sino que era, de hecho, obligatoria. Los frunces negros y rígidos, los collares de azabache, los gorros prístinos, los eufemismos y la deferencia, igual que la seriedad exagerada, el sentido del deber y el preguntarse por el significado profundo de las cosas, movían a risa, como espantapájaros o máscaras de carnaval. La gente pensaba y hablaba, seria y frívolamente, de sexo, al tiempo que mostraba una paradójica propensión a refugiarse en la infancia, a leer y escribir novelas de aventuras, cuentos sobre animales peludos y dramas sobre niños que todavía no habían pasado la pubertad.

Olive Wellwood se convirtió, no de muy buen grado, en una matriarca. Había construido su propia imagen cómoda e inocente de la familia de Todefright. Había niños, niñas y bebés que se arrastraban, gateaban o daban sus primeros pasos, había niños que vivían aventuras reales e imaginarias en los bosques y en los Downs, se celebraban reuniones informales en torno al fuego en invierno, o en el jardín en

verano, donde los jóvenes y los mayores se mezclaban y discutían las cosas entre risas con mucho sentido común. Estaban el constante rasguear de la pluma en el estudio, los paquetes con los manuscritos que Violet llevaba al correo, los gratificantes cheques que llegaban junto a las admiradas cartas de los lectores, tanto niños como adultos. Todo eso había creado, y con tanta certeza como creaba los mundos de los cuentos de hadas y las aventuras que, no obstante, eran a menudo más reales para ella que el desayuno o la hora del baño. Solo Violet y ella sabían que esos mundos estaban contruidos contra y a pesar de la vida mísera de los pozos, las cenizas, los horrores subterráneos y el hollín que se posaba por doquier. Los bosques, los Downs, el jardín, el hogar, los establos, eran una realidad real, que seguía existiendo gracias a su continua inventiva. En los momentos de debilidad, veía su jardín como el palacio que el príncipe, o la princesa, no deben abandonar so pena de sufrir una terrible desgracia. Estaban en el interior de un cortafuegos rodeado de siniestros trasgos que hacían muecas desde fuera. Había creado, había escrito, aquel mundo con el mismo poder de inventiva con el que contaba sus historias.

No podía imaginar, y tampoco lo hacía, que ninguno de los habitantes de aquel jardín amurallado quisiera abandonarlo, o cambiarlo, a pesar de lo que contaba en sus historias. Y tenía que pasar muchas cosas por alto, para conservar la calma y seguir oyendo el rápido rasguear de la pluma.

Por la época en que murió la anciana reina, Olive obtuvo un éxito popular gracias a una colección de cuentos, que incluía el cuento de los espectros y marionetas de la Exposición Universal, y el cuento siniestro e inteligente de *Los habitantes de la casa dentro de una casa*, en el que una niña encerraba a unos duendes en su casa de muñecas, y acababa siendo a su vez encerrada por una niña gigante.

Una revista de moda envió a una joven a entrevistar a la señora Wellwood, y a un fotógrafo que la hizo posar sentada junto al fuego en una mecedora con un vestido de terciopelo, como si estuviera leyéndoles a los niños más pequeños: a Phyllis, que ahora tenía catorce años, y a Hedda, que tenía once, vestidas con delantales y medias negras, y con el cabello largo y brillante, rubio el de Phyllis, moreno el de Hedda, suelto sobre los hombros, y a Florian, que tenía nueve años, Robin, que tenía siete, y Harry que tenía cinco, con vestidos de marinero. Violet repartió chocolate caliente y galletas y no apareció en la fotografía. La periodista, que se llamaba Louisa Catchpole, escribió con reverencia de las brillantes cabecitas de los oyentes: «se podía oír chillar a un ratón, o corretear a un escarabajo», escribió, dejándose llevar por el estilo. Preguntó a los niños cuál era el cuento favorito de cada uno y se quedó un poco perpleja al oír sus respuestas. Olive tuvo que explicarle que cada niño tenía su propio cuento, que iba escribiéndose constantemente y se guardaba en una vitrina de cristal en un libro decorado de manera especial. Louisa Catchpole dijo que aquella era una idea «encantadora» y rogó que le enseñasen los libros. El fotógrafo tomó



fotografías de la vitrina, y de las portadas imaginativamente decoradas de cada uno de los cuentos. La señorita Catchpole les dijo a los niños que debían de sentirse muy especiales por tener sus propias historias. Phyllis respondió solemnemente que sí: se sentían especiales.

La entrevista y las fotografías aparecieron bajo el titular «Una moderna Mamá Oca». El artículo hablaba de la presencia calmosa y maternal de la señora Wellwood y de su voz expresiva que sazónaba sus historias de misterio, emociones y peligros, junto a la cambiante luz del fuego que parecía alumbrar más criaturas mágicas. La señora Wellwood, afirmaba la señorita Catchpole, tenía el firme convencimiento de que la vida imaginativa de los niños era tan importante para su educación como los verbos y los triángulos. Su agradecida familia se extendía, más allá de aquellos niños tan encantadores que se arremolinaban en torno a ella, a todos los hogares, sencillos o privilegiados, donde podía comprarse o pedirse prestado uno de sus libros. En su opinión, la gente de esta época no dejaba su infancia atrás, como habían hecho los adustos victorianos. Tanto los jóvenes como los adultos disfrutaban leyendo y comentando cuentos para niños como los que escribía la señora Wellwood. En el interior de cada adulto con inquietudes habita un niño pequeño y la señora Wellwood sabía cómo hablarle a esos niños, igual que sabía cómo cautivar a los suyos.

### ***Los habitantes de la casa dentro de una casa***

*Érase una vez una niña pequeña que era muy buena con todos los animalillos. Construía nidos y los dejaba en los árboles con la esperanza de que los pájaros los encontraran. Iba a pescar renacuajos al parque y los metía en un enorme tarro de mermelada, y lloraba amargamente cuando se morían. Empleaba cajas de cerillas a fin de hacer casas para las orugas y las mariquitas. Y tenía una preciosa casa de muñecas en la que vivía una familia de muñecas con minúsculos rostros de porcelana y el cuerpo relleno de paja.*

*Cocinaba deliciosas comiditas para las muñecas de la casa de muñecas. Hacía gelatina con trocitos de mora en su interior, bollos de arándano con un solo arándano, y tartas diminutas que sobresalían de los preciosos platos de porcelana de la casa de muñecas. Llenaba vasitos de helado cubierto de gelatina de arándano rojo y preparaba galletitas adornadas con flores de azúcar. Lo malo era cuando la comida se ponía rancia y había que tirarla: «para que no atrajese a los ratones y a otros animales desagradables, como los escarabajos o los pececillos de plata», decía su madre. Su madre estaba muy preocupada por la higiene.*

*La niña se llamaba Rosy. A su madre le gustaban las rosas. La casa de muñecas estaba decorada con una variedad de tonos rosados. Rosy cosía colchas, mantas y alfombras para las muñecas. Había intentado confeccionarles la ropa, pero no cosía lo bastante bien y las muñecas tenían una pinta ridícula con los sombreros y chaquetas que les hacía. Así que se dedicó a coserles mantas y sábanas. Algunas muñecas tenían diez o doce cada una.*

*Rosy fingía que las muñecas hacían las camas, cocinaban su propia comida, iban a la escuela y dormían, pero no se le daba muy bien fingir y sabía muy bien que dependían de sus finos dedos para hacer cualquier movimiento.*

*Un día, al ir al parque del centro de la ciudad en busca de animalillos, creyó ver un escarabajo que corría a ocultarse debajo de la raíz de un árbol. Se echó a reír porque le pareció una señora envuelta en un rígido abrigo y empuñando un bastón, que Rosy había confundido con los cuernos del escarabajo. Así que se sentó, sin hacer ruido ni acercarse demasiado: se le daba bien observar a los animales y, al cabo de un rato, vio a otros dos hombrecillos que corrían entre la hierba, se ocultaban a la sombra de las hojas y los guijarros y vestían la misma ropa rígida que parecía un tubo marrón. Llevaban unos sombreritos negros y brillantes. Era como si hubiesen tratado de disfrazarse de escarabajo.*

*Después de aquello fue a observarlos a menudo. Descubrió que tenían senderos, igual que las hormigas, por los que andaban a toda prisa. Llevó consigo una lupa que le había regalado su tío y estudió las raíces de los árboles después de que los hombrecillos se refugiaran bajo tierra. Encontró armarios y despensas, con toscos estantes casi indistinguibles y repletos de cajas y paquetes envueltos en hojas secas, y unos ganchos finísimos de los que colgaban redes llenas de semillas de haya, diente de león y girasol. Debajo de otra raíz descubrió un mercado cubierto apenas visible, con cestas hechas con cáscaras de nuez y colocadas en mesas plegables fabricadas con ramas, muy bien camufladas para que pasaran desapercibidas al ojo humano, o a la mirada inquisitiva de algún cachorro. Había diminutos cántaros de barro y vasos de peltre llenos de un líquido ligeramente más espeso que el agua, que tanto podría haber sido zumo como miel diluida. Había bandejas hechas con cáscaras de castaña y llenas de lo que parecía ser carne recién cortada, aunque ella no habría sabido decir de qué clase de carne se trataba.*

*Se dedicó a observar sus idas y venidas y aprendió el ritmo de sus reuniones. Los martes celebraban un baile debajo del arco más alto —su música era apenas unos leves susurros, rasgueos y gañidos—, vio sus instrumentos con forma de violín, y sus flautas de paja, pero no acertó a distinguir las cuerdas del arco ni los agujeros para los dedos. No celebraban mercado todos los días, sino tan solo dos veces por semana, alegres y felices piando como pollitos de forma casi inaudible. Rosy dejó unas cuantas canicas de cristal junto a las raíces, para ver lo que hacían con ellas.*

*Las evitaron.*

*Pensó en lo mucho que les sorprendería salir de su mundo gris y furtivo y disfrutar de las rosadas y sedosas comodidades de su casa de muñecas. Convenció a su madre de que le comprara un cazamariposas —de diámetro pequeño, para mayor precisión— y se lo llevó al parque, con un par de tarros de mermelada y unos hilos y alambres. Luego esperó a que el baile estuviese en el momento más animado, puso la boca del cazamariposas sobre el arco que formaba la raíz y agitó vigorosamente un palo entre los bailarines. Todos saltaron por el aire y salieron corriendo en todas las direcciones. Como había calculado, varios de ellos cometieron el error de huir hacia la boca del cazamariposas. Los recogió —había capturado a unos ocho— y los metió con cuidado en los tarros. Se los acercó a los ojos y miró en su interior. Tenía a tres damas ancianas, dos niños, una joven y dos hombres de edad indeterminada. Todos estaban boca abajo, debajo de los abrigos, tratando de parecer insectos muertos u hojas caídas, pero ella sabía que no era así.*

*Cuando llegó a casa, abrió la boca del cazamariposas delante de la puerta de la casa de muñecas y agitó la red, para que saliesen corriendo. No lo hicieron. Tuvo que empujarlos con una aguja de hacer punto, cosa que le pareció un poco cruel, aunque fuese por su propio bien. Se arrastraron y gatearon por la casa y se desplomaron en el suelo de salón. Rosy, con consideración, corrió la pequeña cortina de seda rosa de la ventana, para que tuvieran un poco de intimidad y pudiesen recuperarse en la oscuridad. Luego cerró con llave la puerta principal y se marchó. Imaginó que se recobrarían, se acostumbrarían y jugarían con ella. Cuando volvió, vio que habían descorrido la cortina y apretaban las caritas contra las ventanas para mirar al exterior. Al ver a Rosy se apartaron y se escondieron debajo de las camas de las muñecas y detrás de los preciosos sofás. Rosy metió sus presentes por la puerta: tartas, bizcochos, flores de azúcar y fideos de chocolate, un montón de vestidos de fiesta y chaquetas de terciopelo del guardarropa de las muñecas. De pronto reparó en que las diminutas criaturas habían arrastrado y amontonado las muñecas en una especie de pila de basura en un rincón de la habitación. Les dio varias teteras de las muñecas llenas de limonada, por si tenían sed.*

*No querían jugar. Eran peor que las muñecas, pues soltaban pequeños chillidos cada vez que trataba de cogerlos para vestirlos, y uno de ellos le mordió, o apuñaló, en el dedo y le hizo una herida. No probaron la deliciosa comida, y rompieron los preciosos vestidos e hicieron con ellos una especie de nidos en las camas y los sofás. Sabía lo que debería haber hecho, pero era testaruda, estaba sola y estaba llena de buenas intenciones, así que se sentó y les susurró por el agujero de la cerradura, y por la chimenea, que solo quería que jugasen, que disfrutaran de todo lo bueno que había en la casa, les daría toda clase de cosas, carretillas, baúles con cajones e incluso un pequeño ómnibus, si jugaban con ella. Ellos fingieron estar muertos.*

*Pensó que tal vez tuviesen hambre y se le ocurrió darles unas ollas de las muñecas llenas de gachas, que se parecían más a la comida que vendían ellos en el mercado.*

*Sin darse cuenta, empezó a tener la sensación de haberse vuelto gorda y gigantesca. Sus manos rollizas le parecían jamones y sus dedos eran como rodillos.*

*—Por favor, jugad conmigo, es una casa preciosa —decía.*

*Es necesario aclarar que la casa de Rosy estaba al borde de un prado, a la orilla un torrente de agua fría que caía saltando por la falda de la montaña y formaba charcos entre la hierba, bajo los sauces y los álamos blancos. En los viejos tiempos, a aquella margen del río se la conocía como la Tierra Disputada, y nadie había construido su casa allí, porque más allá de la montaña había un país extraño donde nadie iba y del que a veces llegaban cosas y criaturas extrañas. Circulaban historias sobre lobos salvajes que descendían en manadas grises por la falda de la colina, y cuentos de hadas, vestidas con mantos verdes y botas de piel suave, que vendían extrañas comidas que se fundían en la boca y empujaban a las jóvenes a la muerte por inanición, pues después de probar aquellas galletas y bayas amargas se negaban a comer ninguna otra cosa. También se contaban historias de gigantes, que habían atravesado de un salto las montañas y habían bajado al llano y se habían llenado los bolsillos de vacas y ovejas, derribado árboles y dejado pozos de arena allí donde habían pisado. A Rosy le habían contado aquellos «cuentos de hadas», que le gustaba mucho oír. Como les ocurre a todos los niños, su naturaleza no se satisfacía solo con lo que podía ver y tocar. Pero, como también les ocurre a todos los niños, le gustaba saber que los dragones y las brujas, los gigantes y los demonios solo son reales en un mundo distinto, por donde transita la imaginación y no el cuerpo. La montaña cambiaba constantemente de color, forma y topografía y Rosy se estremecía sintiéndose segura junto al fuego.*

*Pero ¿no será posible que soñemos esas cosas porque en algún momento, y en algún lugar, sean y hayan sido, como las imaginamos? Rosy no le habló a nadie de los hombrecillos de la casa de muñecas, que eran lo suficientemente irrefutables y estaban lo bastante enfadados para ser reales, porque no quiso compartirlos con nadie, por miedo a que, a pesar de todo, desaparecieran.*

*Un día Rosy estaba tumbada boca abajo, contemplando la ventana de la casa de muñecas. Su madre había cruzado al otro lado del río para ir a comprar al pueblo. De pronto, oyó un sonido sordo, como el de un martillo pilón en la calle o en una forja. Pum, pum, pum, un golpeteo regular. El suelo de la casa tembló y Rosy tembló con ella. Las ventanas se oscurecieron. Oyó un ventarrón que silbaba por la chimenea. Alzó la cabeza y trató de mirar por la ventana, al principio no acertó a distinguir lo que veía. Era oscuro como el terciopelo negro, con un anillo de astillas*

concéntricas de color azul pálido, mezcladas con hilillos plateados y verdes esmeralda. El círculo de astillas estaba rodeado por algo blanco, a mitad de camino entre la crema de maicena y la clara de un huevo escalfado. Era un ojo. Un ojo tan grande como una ventana. Se oyó un enorme estrépito, como el de un roble al caer derribado. Luego la casa empezó a balancearse a uno y otro lado. Y por fin se levantó como si una gigantesca criatura estuviese arrancándola de raíz, que era de hecho lo que estaba sucediendo. Rosy se sintió muy mareada y se apoyó en un taburete, pero de nada le sirvió, pues también salió despedido. La casa se alzó, se sacudió y volvió a caer con un sonido apagado en una blanda oscuridad. Luego volvió a levantarse y empezó a moverse dando sacudidas —enormes sacudidas—, paso a paso. Algo, alguien, había metido la casa entera en una especie de saco gigantesco y se estaba alejando con ella. Rosy se puso a llorar. Por fin —tanto duraron los pasos— cayó en una mezcla de sueño y desmayo.

Más tarde se asomó con cuidado a la ventana de su casa. Vio unos postes enormes que se alzaban hasta perderse de vista y comprendió que eran las patas de una mesa gigantesca cuya superficie no alcanzaba a ver. Reparó en un cubo tan grande como la casa en la que estaba, y en un montón de hilos de colores y comprendió que eran los flecos de una alfombra del tamaño de un jardín. Luego volvió a oír ruido de pasos y vio un zapato reluciente con un grueso calcetín blanco, un pie de niña en un inmenso zapato. Se oyeron varios ruidos y el ojo volvió a aparecer por la ventana. La puerta principal se abrió. Rosy se acurrucó junto a la pared de la cocina. La niña gigante empezó a murmurar y gruñir sonidos que Rosy comprendió que querían ser tranquilizadores. Una mano rolliza, del tamaño de un sofá, se coló por la puerta, se retorció y alargó dos dedos como almohadones en dirección a Rosy. El pulgar y el índice se cerraron en torno a ella y, a pesar de su resistencia, vio cómo la sacaban por la puerta de su casa y la elevaban por el aire. La gigante estaba sentada sobre la alfombra y vestía una falda escarlata cuyos pliegues recordaban a un paisaje montañoso. Cogió a Rosy, la sostuvo a la altura de los ojos y frunció el ceño al mirarla. Tenía mucho pelo grueso, rubio y brillante que le cubría la cabeza como si fuese el sol. Su aliento sonaba como unos fuelles. Un ojo de ese tamaño es algo terrible: un color húmedo en torno a un espacio negro que se abre a una inteligencia desconocida. Se oían sonidos resonantes y tranquilizadores.

Rosy se revolvió, retorció y escupió como un gatito enfadado. Mordió con todas sus fuerzas el dedo que la agarraba y eso hizo que la gigante soltara un grito tan fuerte que Rosy pensó que le estallarían los oídos. Siguió debatiéndose, mordiendo y arañando. Una enorme lágrima apareció en el párpado inferior del ojo de la gigante, rodó y cayó convertida en una pesada esfera líquida sobre la mano que sostenía a Rosy. Después cayó otra. Rosy vio cómo los dedos la metían otra vez en la casa, sacaban la llave, hurgaban en la cerradura y cerraban la puerta desde fuera.

Luego cerraron las contraventanas y el mundo de Rosy se volvió oscuro y polvoriento.

Ni siquiera pensó en los habitantes de su casa de muñecas. Se acordó de ellos cuando la gigante abrió la puerta principal y metió una fuente del tamaño de una bandeja de té llena de trozos de alguna fruta o verdura —pera o nabo— con un olor nauseabundo que Rosy no podía soportar. De momento tenía comida, pues la cocina y la despensa estaban repletas de queso y galletas. Pero el asco que le produjo la comida de la gigante le hizo sentir remordimientos por lo que les había hecho ella a sus propios cautivos. Se arrodilló junto a la casa de muñecas, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, abrió el cierre que sujetaba la fachada principal y dijo con un susurro:

—Lo siento, lo siento muchísimo. Os dejaría marchar, no debería haberos encerrado, pero ahora todos somos prisioneros. No creo que entendáis ni una palabra de lo que digo. Solo quiero decir que lo siento. Lo siento mucho.

Los hombrecillos se habían acurrucado en el nido de ropa de la cama de juguete. Una de las ancianas se levantó. Para sorpresa de Rosy, habló. Su voz era aguda y chirriante, como un grillo cuando frota las patas. Rosy tuvo que contener el aliento para oírla.

—Te entendemos. Es decir, comprendemos tu idioma. Lo que no entendemos es por qué nos hiciste prisioneros, aunque tampoco queremos hacerlo. Lo único que queremos es volver a casa.

—¡Oh, ojalá pudierais! Pero algo, alguien, se ha llevado mi casa conmigo dentro y estamos encerrados en una cocina gigante. Ven a ver.

Cogió a la anciana con mucho cuidado y la dejó sobre la mesa para que pudiera ver a través de un resquicio en las contraventanas. La anciana ordenó a Rosy que subiera allí a los demás. Ella les pidió, muy educadamente, que subieran a su costurero y los levantó a todos hasta la ventana.

Estaba claro que eran incapaces de entender lo que veían. Rosy les explicó:

—Eso es la pata de una mesa, y eso es el borde de una alfombra. Eso es un plato de comida que me ha dado, pero es repugnante y huele de un modo horrible. Tenéis que creerme. Cogió la llave y cerró la puerta por fuera. Es un monstruo.

—Tú eres un monstruo —siseó uno de los hombrecillos—. Sabemos distinguir un monstruo cuando lo vemos.

—¡Oh, lo siento tanto! —repitió Rosy echándose a llorar. Sus lágrimas cayeron sobre el costurero entre los cautivos y uno de los niños recibió en plena cara el golpe de un globo de líquido salado—. Ya lo veis —dijo Rosy—, no podemos salir.

—La única que no puedes salir eres tú —replicó el hombrecillo—. Nosotros sí que podemos. Nos resultaría fácil deslizarnos por debajo de la puerta, que no encaja bien. Podemos escapar fácilmente, pero no sabemos a qué o adónde.

Entonces todos guardaron silencio al oír los atronadores pasos de la gigante. Las grietas de las contraventanas se llenaron con la luz roja de sus faldas. El monstruo se asomó para comprobar si su comida había sido aceptada y soltó un profundo suspiro al ver que no era así. Habló de forma incomprensible, resonando como un órgano en la iglesia. Rosy siguió callada. La puerta volvió a cerrarse, y la llave giró.

—Cuando oscurezca, podéis salir y huir a alguna parte —dijo Rosy—. Yo diría que sois tan pequeños que el monstruo ni siquiera podrá veros. Podéis huir como arañas.

Entonces la diminuta mujer respondió algo sorprendente.

—Si tú, monstruosa señorita Rosy, puedes empujar al suelo la llave desde dentro de la casa, nosotros nos deslizaremos por debajo de la puerta, donde el escalón está más bajo y llevaremos con nosotros un hilo o una cuerda, con la que atar la llave, para que puedas tirar de ella, abrir la puerta y salir.

Rosy se quedó perpleja.

—¿Por qué ibais a querer ayudarme?

—Bueno —dijo la otra mujer—, podríamos responder que tus piernas son mucho más largas que las nuestras a la hora de volver a casa. Y tú podrías decir que no está bien encerrar a la gente y convertirla en juguetes. O ambas cosas —y añadió—: Y no llores, que nos empapas.

—Aun cuando logre salir —respondió Rosy—, ignoro dónde estamos o cómo salir de esta cocina.

—Tienes razón —repuso el hombrecillo—. Una cosa detrás de la otra. Primero saldremos, después nos esconderemos, se nos da muy bien escondernos, y luego te indicaremos por dónde salir y así podremos volver a casa.

—Debemos de estar al otro lado de las montañas.

—En ese caso, buscaremos una montaña y la atravesaremos. Un consejo, joven monstruo. Lllamarás mucho la atención con un vestido de color rosa. Busca ropa del color de las sombras y las hojas muertas al anochecer. Y llena un zurrón de comida y añade unas gachas para nosotros. Podemos viajar en esta cesta y ocultarnos entre los carretes de hilo. Piensa en todo lo que necesitarás para el viaje. Coge algo para cortar y clavar. Algo de beber, para ti y para nosotros. Ahora ve y busca un hilo para fabricar una cuerda con la que tirar de la llave.

Rosy hizo lo que le pedían, luego esperaron a que anocheciera y todo salió según habían planeado.

Cómo hicieron su peligroso viaje por valles y montañas, cómo la niña grande ayudó a los hombrecillos, y cómo ellos la ayudaron a ella, forma parte de otra historia...

Se dice que ningún niño tiene los mismos padres que otro. Los padres de Tom habían sido más jóvenes y alocados de lo que jamás lo serían los de Robin. Harry nunca había conocido a una familia donde no hubiese niños mayores que parecían libres y poderosos, iban y venían misteriosamente y no estaban confinados al cuarto de los niños. Los pequeños veían la familia como una bandada de criaturas que se movían en grupos entre graznidos, compartían el cuarto de juegos y también sus sentimientos y opiniones. Tom y Dorothy eran mayores y estaban lo bastante apartados para haber empezado a pensar en su futuro, lejos de Todefright, imbuidos de vagos temores y esperanzas, y, en el caso de Dorothy, de una rigurosa y a veces descorazonadora ambición. Tom, a finales de 1900, había cumplido los dieciocho años. Sus padres tenían planes para su futuro: se presentaría a los exámenes de ingreso en otoño, y optaría a una beca en el King's College de Cambridge a finales de año. Le habían buscado dos tutores: Toby Youlgreave y Joachim Susskind. Aparte de eso, no se paraban a pensar demasiado en lo que opinaba o dejaba de opinar Tom. Olive continuó escribiendo —en sus ratos libres— las aventuras subterráneas, y Tom las leyó sintiendo, a medida que el año avanzaba, un creciente desasosiego, casi una sensación de culpabilidad, por seguir atrapado en un cuento. Sufrió un violento ataque de rabia cuando llegó la periodista y le mostraron los libros secretos, a pesar de que todo el mundo sabía de su existencia y no eran verdaderos secretos. Afirmó que no debían enseñarse las cosas privadas y familiares a la gente, como exhibiéndolas. Era desagradable. Olive le explicó que no había tenido intención de hacerlo y que había sucedido sin más. Hicieron las paces, pero Tom siguió dolido dos o tres semanas.

Ni Humphry ni Olive sabían con certeza qué asignaturas estaba estudiando para los exámenes de ingreso. Humphry pasaba mucho tiempo fuera escribiendo y dando conferencias. Olive se encerraba a escribir en su estudio. Violet preparaba empanada de carne con riñones, zurcía calcetines y le daba galletas con leche al acostarse, si lo veía cansado. Tanto Toby como Joachim tenían la impresión de que lo más probable era que Tom no lograra aprobar los exámenes. En parte era porque a veces no asistía a clase; había ido a dar un largo paseo, había dormido en una tienda de campaña, se había olvidado, lo lamentaba mucho... Joachim y Toby no dijeron nada a Humphry y Olive de aquellas ausencias. Salían a pasear con él por el campo y hablaban de Shakespeare y de botánica mientras lo hacían.

Los resultados de los exámenes fueron, en cierto sentido, tan extraños como



sorprendentes. Sacó muy buena nota en botánica elemental, pero lo suspendieron en ciencias. También lo suspendieron en latín y aprobó justito el inglés. Aprobó el examen elemental de sonido, luz y calor, y lo suspendieron en matemáticas, cosa que Joachim no acertó a comprender. Fue un poco embarazoso para los preceptores, quienes tuvieron la sensación de que Humphry y Olive deberían haberse extrañado más de la incoherencia de aquellos resultados. Sin embargo, ambos dijeron que no tenía importancia y que siempre podía volver a presentarse. De un modo u otro acabaría aprobando, dijeron los padres, sin que ningún motivo real justificase aquella apreciación.

Los meses previos a los exámenes de Cambridge, Tom salió cada vez más al campo, independientemente del tiempo que hiciera. Trasladó sus libros a la casa del árbol. Dorothy, que estaba preocupada por él, no estaba muy segura de que los abriera. Lo único que sabía era que se había hecho muy amigo del guardabosques, con quien recorría los senderos, persiguiendo a las alimañas y a los cazadores furtivos y buscando trampas y lazos ilegales. Al principio, el guardabosques se había mostrado un poco huraño —los guardabosques desconfían de los chicos que vagan por el bosque y de los excursionistas—, pero este parecía haber aceptado a Tom como su aprendiz. Un día, Tom le mostró a Dorothy un cadalso sobre la pared negra y alquitranada de una cabaña en el bosque. Allí, colgados de clavos, había toda suerte de animales muertos con el pico y las mandíbulas abiertos agónicamente. Algunos eran recientes: un búho de ojos fijos clavado por las alas, una urraca con el cuello roto, un par de armiños. Otros se habían podrido a la intemperie y no eran más que unos jirones de piel reseca con algún que otro hueso, diente o pluma rota pegados. Dorothy dijo que era horrible, y Tom replicó que no, que así es como eran las cosas realmente, así funcionaba el mundo real. Dorothy le preguntó en voz baja:

—¿Es que te gustaría ser guardabosques?

—¡Oh, no! —replicó Tom—, tengo que ir a Cambridge, es lo que todos esperan de mí, y me parece justo..., lo que pasa es que me gusta aprender cosas de Jake, me gusta aprender cosas nuevas, como si fuese de la nada...

La semana anterior a los exámenes de Cambridge, Tom salió una noche no en compañía de Jake, sino solo. No regresó. Se formaron partidas para buscarlo..., bastante tarde, pues todo el mundo pensó que volvería como hacía siempre. Lo encontraron, inconsciente, con la muñeca rota y el pelo ensangrentado, en una cantera. Todavía tenía el tobillo en el lazo de alambre donde se había enganchado mientras seguía a unos cazadores furtivos por el borde de la cantera a la luz de la luna. No recobró la conciencia hasta pasados dos días, y, cuando lo hizo, dio la impresión de estar un poco trastornado y no recordaba lo sucedido. Violet le preparó un caldo nutritivo y lo alimentó a cucharadas. Él yacía vendado entre los almohadones, contemplando dulcemente el cielo por la ventana.

Por supuesto, en aquellas circunstancias le fue imposible presentarse a los exámenes de Cambridge o siquiera, con una muñeca rota, repetir los exámenes de ingreso.

Dorothy tuvo la sensación de que, en cierto modo, Tom se alegraba.

Tanto Tom como Dorothy habían notado que había cosas ocultas y veladas en la familia, pero, en conjunto, no pensaban demasiado en ellas. Oían a Olive hecha una furia detrás de una puerta cerrada, o veían a Humphry hacer las maletas y marcharse precipitadamente, y ellos se daban cuenta de todo y guardaban silencio. Ambos temían descubrir cosas que era mejor no saber. Hedda no tenía tantas inhibiciones. Era una investigadora, un sabueso, una descubridora. En 1901 tenía once años y no formaba parte ni del grupo de los mayores ni del de los pequeños. Había pasado muchas horas de su infancia merodeando por la casa del árbol y tratando de oír conversaciones en las que no se le había invitado a participar. Era ella quien aguzaba el oído cuando alguien pronunciaba casual o intencionadamente el nombre de Marian Oakeshott en la mesa, y quien reconocía su letra en las cartas, aunque no hubiese llegado nunca tan lejos como para tratar de leer una. Tenía el sueño ligero y de noche andaba por la casa de puntillas, se ocultaba en las escaleras traseras o a la sombra de las cómodas en el rellano. Sabía que los adultos salían a hurtadillas de sus habitaciones. Sabía —aunque no se lo había dicho a nadie— que Humphry Wellwood visitaba a Violet Grimwith de madrugada y que siempre cerraba la puerta con extremada suavidad. Nunca había tenido valor de mirar por el ojo de la cerradura, pero deseaba hacerlo.

Entonces, una noche, se oyó más que un susurro o una risita detrás de aquella puerta: esa vez fue un violento ataque de llanto perfectamente audible y los susurros entrecortados y tranquilizadores de una voz masculina. Violet sollozaba y Hedda se acercó, porque oyó sus palabras entrecortadas por los sollozos y tuvo la sensación de que las dos personas que había allí dentro estaban demasiado metidas en una especie de discusión para preocuparse de si había niños escuchando.

—Tal vez te equivoques —dijo la voz de Humphry, tratando de aparentar calma.

—No me equivoqué las otras veces. Acabo de cumplir los cuarenta, es perfectamente posible. No puedo volver a pasar por eso. No puedo, no puedo, no puedo. El miedo, el dolor y el tener que ocultarme. Me moriré. Esta vez ella me matará, vaya si lo hará...

—Calla, florecita —dijo Humphry en tono inverosímil—. Yo cuidaré de ti, siempre lo he hecho, ya se nos ocurrirá algo, como siempre. Ambos somos personas inteligentes. No hay por qué hacerle daño a nadie.

—Esta vez ella me matará. Y no soportaré otra vez las mentiras y el tener que ocultarme. Los hijos de mis entrañas no saben que son míos..., aunque en cierto sentido todos lo son, todos, ¿quién es si no su verdadera madre? ¡Oh, Booby, no

podemos empezar otra vez con mentiras, disimulos y ocultaciones! Estoy demasiado cansada, prefiero morir, me entran ganas de suicidarme.

—¿Y qué sería entonces de tu encantadora familia? Tranquilízate, cálmate, respira profundamente. Bajaré a por una botella de brandy.

—Mejor de ginebra —dijo la voz de Violet entre sollozos ahogados—. Mejor tráeme un gran vaso de ginebra.

Hedda se escabulló a toda prisa entre las sombras de la cómoda y se pegó contra la pared. La esbelta figura de su padre pasó a su lado y bajó a toda prisa por las escaleras traseras. A Hedda la incomodó aquel apodo estúpido: «Booby» rebajaba a su elegante e inteligente padre tanto como lo hacía la revelación de sus relaciones con Violet. Aquello era mucho más desagradable que su desliz con Marian Oakeshott. Y a Hedda le desagradaba la idea de que Olive —cuyo mayor defecto hasta entonces, según su punto de vista, era la abstracción, la falta de atención— pudiera estar dispuesta a «matar».

Solo entonces cayó en la cuenta de que había dicho que algunos de los niños —un número sin especificar— eran, como lo había expresado Violet, hijos suyos: «de sus entrañas».

¿Quiénes? ¿Quiénes no eran lo que creían ser?

¿Qué significaba aquello?

Hedda oyó a su padre que volvía en zapatillas sin hacer ruido. Esperó hasta que volvió a entrar en la habitación con una botella y dos vasos, y luego se batió en retirada. Estaba cambiada, aunque no sabía cómo.

Hedda convocó una reunión de los mayores en la casa del árbol. Era la primera vez que lo hacía. Casi siempre era Tom quien convocaba las reuniones, aunque a veces, cuando había asuntos prácticos que discutir, como los regalos de cumpleaños, se ocupaba Dorothy. Los mayores eran Tom, Dorothy, Phyllis y ahora Hedda. Les dijo que tenían que ir, se trataba de algo muy importante, y era secreto, secreto, secreto.

Se sentaron en los tocones de árbol que empleaban como taburete en el recinto cubierto de helechos secos. Tom sirvió limonada de una botella en una variopinta colección de tazas esmaltadas, azules, blancas y negras, y dijo en tono levemente imperioso:

—Y bien, ¿de qué se trata?

De pronto, Hedda no supo por dónde empezar. Una vez lo contara, empezaría a obrar su efecto entre ellos. De momento, solo la reconcomía a ella.

—He descubierto una cosa.

—Siempre estás descubriendo cosas. No deberías ser tan fisgona.

—Esta vez se trata de algo importante. Lo cambia todo por completo.

Tom pensó en una bancarrota. Dorothy en que su padre iba a abandonarlos, tal

vez para irse a vivir con la señora Oakeshott. Phyllis se quedó aún más inmóvil de lo que ya estaba. Tenía el don de la inmovilidad, algo a medio camino entre la compostura y la inercia.

—Suéltalo de una vez —dijo Tom—. Ya que has empezado, es mejor que lo cuentes.

—Lo he visto. Lo he oído. Va de madrugada al cuarto de la tía Violet, y se queda allí a dormir. Ya lo había visto antes. Se les oye. Se intuye lo que están haciendo.

—No puedes saberlo si no lo has visto —objetó Dorothy.

—Les he oído hacerse arrumacos —soltó Hedda—. Él la llama «florecita». Y ella lo llamó «Booby». —Aquella revelación desagradó a todo el mundo e hizo que se enfadaran más con Hedda, por contárselo, que con Humphry y Violet por lo que hacían y decían—. La otra noche ella estuvo llorando. Dijo estar segura de algo, y que las otras veces no se había equivocado. Dijo que desearía estar muerta y que tenía miedo.

—¿Y bien? —preguntó Tom acobardado. Hedda miró a Dorothy, que iba a ser médico. Tenía el ceño fruncido por la rabia y el dolor.

—Estaba diciendo —continuó Hedda— que iba a tener un bebé. Y dijo... que ya había tenido otros bebés antes..., y le oí decir que, en realidad, algunos somos hijos suyos. «Hijos de mis entrañas», dijo ella.

A Tom y a Dorothy aquella frase tan melodramática les pareció tan inverosímil como la palabra «Booby». Pero, una vez pronunciada, ya estaba en el mundo. Su irritación con Hedda aumentó.

—¿Y? —dijo Tom con desánimo. Si había algo en el mundo de lo que estaba seguro era de ser hijo de su madre—. No acabo de comprender qué es lo que quieres que hagamos.

—Si no somos... quienes creemos ser..., tal vez valga la pena saberlo.

—No veo por qué —dijo Phyllis en tono inexpresivo—. ¿De qué serviría? Seguimos siendo los mismos, en la misma casa, con la misma familia.

A Dorothy le daba vueltas la cabeza. No tenía el mismo aspecto de Tom, siempre se había sentido precariamente unida al grupo. Diferente. Creía que todos los niños se sentían «diferentes». También había tenido siempre la sensación de irritar a Olive. Pensaba que tal vez fuese porque quería a Tom de un modo tan completo que no le quedaba amor para ella. Pero tal vez...

Recordó la historia que Olive había escrito para ella. Trataba de unos personajes capaces de cambiar de forma, criaturas diminutas, apresuradas y trabajadoras, que colgaban pieles de animales en los ganchos de la cocina y, al echárselas encima, se convertían en erizos y se metían en las zanjas y los arbustos.

Violet era pequeña, apresurada y trabajadora, y su naturaleza era claramente doméstica, como las mujeres-erizo de las cocinas subterráneas en el cuento de

Dorothy.

Dorothy no quería ser imaginativa. Quería dosificar productos químicos y sanar órganos enfermos. Pero su imaginación era exacta e implacable. Si alguien era hija de Violet, lo más probable es que fuese ella.

No le dijo nada de eso a nadie. Se volvió hacia Hedda:

—Te daría unos buenos azotes.

—No sé por qué estáis tan enfadados conmigo. Deberíais enfadaros con ellos.

Una especie de prohibición profunda impidió a los cuatro hacer ningún esfuerzo por imaginar las emociones, las dificultades, los placeres y los terrores de Booby y florecita. Su imaginación estaba ocupada reestructurando los esquemas familiares en sus cabezas, como en un tablero de ajedrez en el que de pronto faltase un alfil y hubiese demasiados caballos, o en el que la reina se moviera alocadamente en zigzag.

El conocimiento es poder, pero no cuando se trata solo de un conocimiento parcial y quien lo posee es un niño dependiente y bastante turbado ya por un cuerpo cambiante, unas emociones desbordantes y la sensación de que hay un mundo esperando al otro lado de la tapia del jardín. El conocimiento también es temor. Tom reaccionó a las revelaciones de Hedda saliendo a dar un largo paseo por los Downs, con la manta a la espalda. Andar deprisa es un buen modo de canalizar toda clase de emociones, el temor, el deseo, el pánico.

Phyllis ordenó su armario y su escritorio. Remendó un delantal roto. Violet dijo que podía haberlo hecho ella, y Phyllis le respondió que ya lo sabía, pero prefería hacerlo ella.

Hedda pensó obtusamente que saber más disminuiría la amenaza de lo que ya sabían. Prestó atención a todo lo que decían los adultos, y decidió que, ya que los habían engañado de aquel modo, tenía derecho a leer las cartas de los demás, cuando se presentara una buena oportunidad.

Dorothy lo miraba todo como si de pronto pudiera desaparecer. La reluciente vajilla de loza, los tarros de las especias, la curva de la escalera, los pichones en el corral. Todo lo que hasta entonces había sido real se convirtió en una gruesa película, una tela coloreada extendida sobre un caldero cuyos variables vapores adoptaban formas sombrías, acogedoras, amenazadoras y desafiantes.

Observó más a Violet. Siempre se había reprochado a sí misma que no le cayese bien Violet. Le parecía puntillosa y estrecha de miras. Violet era el destino femenino que deseaba evitar dedicándose a una profesión. Comprendió que siempre había despreciado un poco a Violet por cuidar de los niños de otra mujer. Ahora tendría que replanteárselo. Una vez Violet había dicho que ambas, Violet y Dorothy, tenían «los mismos ojos», y ella había querido responder que no era así, pero no le había quedado más remedio que admitirlo. Dorothy empezó a observar furtivamente a Violet, y eso hacía que ella se encogiera de hombros como quien oye zumbas a un

mosquito. Dorothy no lograba que Violet le cayese bien, y solo abstractamente le inspiraba un poco de lástima.

Dejó de leer el cuento de hadas en su cuaderno de color verde hoja. Solo de vez en cuando, cuando su estado de ánimo le hacía pensar en cosas descabelladas y hombrecillos, Olive añadía alguna cosa. No era como *Tom bajo tierra*, que fluía compulsivamente por los túneles y pasadizos. Pasado un tiempo, Dorothy descubrió con enfado que Olive no se había dado cuenta de que no lo estaba leyendo. Eso confirmó su cínica impresión de que Olive escribía solo para Olive y se completaba en el acto de escribir y leerse a sí misma.

También había secretos ocultos en Purchase House, aunque tal vez de un modo más imperfecto y deshilachado que en Todefright. Philip había regresado de París con nuevos conocimientos acerca del funcionamiento de su cuerpo, y renovados temores de que su mentor le hubiese contagiado la muerte y la locura. Tuvo suerte. Su cuerpo siguió estando sano y solo lo atormentaron un deseo sordo y la febril necesidad de volver a hacerlo. Estaba quisquilloso y un poco harto de Benedict Fludd, que atravesaba una racha creativa y necesitaba constantemente su ayuda. Se sentía distante de Elsie, que se había quedado en casa en la cocina. No reparó en sus zapatos nuevos, ni en el cinturón rojo. Le costaba mucho, mucho más que antes, quedarse impasible cuando Pomona se colaba dormida en su dormitorio. No era que deseara especialmente a Pomona, cuya carne joven y firme tenía un no sé qué de marmóreo o jabonoso. Pero deseaba tanto a alguien que los resbaladizos y soñolientos abrazos de Pomona se convirtieron en un auténtico suplicio.

La imaginación de Elsie siguió repleta de jarras y ninfas obscenas. Pero no se las mostró a Philip hasta pasado un tiempo. Al principio, tuvo miedo de Fludd, que podía percatarse de que alguien había utilizado la llave, o aparecer de pronto y sorprenderla mirando, *in flagrante delicto*, pero en la primavera de 1901, aprovechando un día que Fludd había viajado a Londres a visitar a Prosper Cain y a Geraint, y que Seraphita y Pomona habían ido a Winchelsea a tomar el té en casa de la señorita Dace, le dijo a Philip que tenía algo que enseñarle y que contarle.

Cogió la llave. Se plantaron en la penumbra cubierta de telas de araña de la despensa cerrada y miraron fijamente las formas brillantes y blancuzcas, los pechos, las vulvas, los castos recipientes en forma de flor que, vistos desde otro ángulo, eran abultados vientres femeninos. Igual que les había ocurrido a Tom y a Dorothy con Hedda, Philip se sintió avergonzado y molesto con aquel descubrimiento. Tenía la vaga sensación de que habría sido más apropiado fingir que no había visto nada. Preguntó: «¿Y bien?», queriendo decir: «¿Y qué?», pero no sonó sincero. La curiosidad profesional superó tanto su deseo sexual como su desagrado. Cogió una o dos vasijas, le dio la vuelta a una niña reclinada y encontró un clítoris hinchado, casi del tamaño

de un miembro masculino. Recordó los dedos de Fludd sobre las criaturas de Rodin.

—Son ellas —respondió Elsie—. Hace vasijas inspiradas en ellas. No está bien.

—Pues claro que no. Pero quizá no lo sepan. No es asunto nuestro. Deberíamos volver a cerrar la despensa.

—Creo que lo saben. Aunque ignoro lo que opinan. Tal vez él...

Tal vez se meta en ellas, quiso decir, pero no pudo, aunque Philip oyó el elocuente silencio.

—No es problema nuestro. No deberías preocuparte por esas cosas.

—Tengo algo que contarte. Voy a tener que marcharme. Tendrás que arreglártelas sin mí.

Philip se volvió hacia ella, todavía con la vasija de la chica apoyada contra el estómago. Balbució. ¿Es que tenía otro trabajo? ¿Acaso iba a casarse?

No, replicó Elsie. Iba a tener un bebé. La echarían. Viendo... todo aquello, echarla sería una injusticia, pero era sin duda lo que ocurriría. Tendría, dijo con voz fría y acerada, que encontrar uno de esos lugares para «mujeres caídas» de los que tanto hablaban los biempensantes. Necesitaba que Philip le ayudase a hacerlo.

Philip trató de decir que alguien tendría que ser el responsable y preguntó de quién se trataba. ¿De Fludd, de Geraint, del pescador?

—No te diré nada más y tú no me harás más preguntas. Solo ayúdame a marcharme sin gritos ni escenas. No soporto que me den órdenes y me griten. No lo soporto y no pienso tolerarlo.

Estaba muy enfadada. Philip dejó en el estante la muchacha de porcelana y le pasó el brazo por encima del hombro a su hermana.

—Ya pensaré en algo —dijo sin demasiadas esperanzas. No sabía cómo ni qué se le ocurriría. Aunque lo cierto es que sí se le ocurrió algo.

Pensó que le costaría menos hablar de aquello con un hombre, y decidió contárselo a Frank Mallett. Fue andando a Puxty y dijo que tenía que hablar con el vicario en privado.

Frank Mallett no era dado a juzgar a los demás. Sus propias tentaciones, que se habían hecho mucho más llevaderas gracias a la obstinada amplitud de miras de Edward Carpenter, lo hacían generoso con las diversas tentaciones ajenas. Escuchó a Philip, que le habló preocupado y con severidad, y observó amablemente que una persona iba a llegar al mundo en circunstancias difíciles, y necesitaba empezar del mejor modo posible. Sería bueno, dijo, que todo pudiera hacerse sin demasiada culpa ni castigo. «Con moderación», dijo Frank Mallett. ¿Sabía Philip quién era el padre? ¿Era el matrimonio posible o deseable? ¿Existía la posibilidad de que hubiese algún apoyo moral o económico?

—No quiere decírmelo —respondió Philip—. Es testaruda como una mula. No lo

dirá. Así que no creo que vaya a casarse, ni que cuente con recibir ayuda de nadie.

—No te lo tomes tan a pecho —repuso el vicario—. No veo cómo van a arreglárselas en Purchase House sin tu hermana. No creo que sirva de nada recurrir a ellos, simplemente se quedarían perplejos. En varios sentidos.

—No le pagan ni un penique. No me parece bien, aunque nos hayan ofrecido a ambos una especie de..., bueno no un hogar, pero sí un sitio donde estar.

—Creo —respondió Frank Mallett— que preguntaré a las damas de la marisma de Romney. Pero lo haré a título privado. No expondré el caso en el hogar de mujeres caídas, ni en las organizaciones caritativas. No, me limitaré a invitar a tomar el té a las más imaginativas. A la señorita Dace, que es práctica y generosa. Y tal vez a la señora Methley, que se ha hecho amiga de la señorita Dace y está deseando ayudar. Les pediré que nos echen una mano.

—No quiero que regañen a Elsie o que la sermoneen, por muy tonta que haya sido.

—Creo que una pequeña regañina será inevitable. Incluso podría decirse que la tiene merecida. Pero estoy convencido de que sabrán dar con alguna solución práctica.

La reunión convocada por Frank —a la que no invitó ni a Philip ni a Elsie— fue bastante productiva. De ella surgieron varias ideas interesantes que sacaron a relucir los sentimientos de las tres damas. Eran rápidas, prácticas y tenían buena disposición. La señorita Dace conocía una casa de acogida donde, llegado el momento, cuidarían de la joven. Explicó que ella y la hermana a cargo del Hogar Nomeolvides habían arreglado con éxito varias adopciones con discreción. Marian Oakeshott observó amablemente que cabía la posibilidad de que Elsie quisiera quedarse con el niño. Aunque necesitaría conservar el trabajo y, de ser posible, la comida y el alojamiento.

Phoebe Methley no había dicho gran cosa. De pronto, habló con apasionamiento:

—Es terrible separar a una madre de sus hijos..., de su hijo. Estamos combatiendo las injusticias de esa ley..., deberíamos ir con mucho cuidado y no limitarnos a separarla de su hijo. —Hizo una pausa—. Amor —dijo—. Amor. Un arrebató romántico en el que una se olvida de sí misma. Lo malo del instinto sexual es su fuerza. Te extravía y enloquece. Pero lo que una mujer siente por el hijo que lleva entre sus brazos, por la cabecita que acuna sentada en la hierba, es un amor verdadero, un amor firme y sincero. No podemos arrebatárselo, sin estar seguras de estar obrando bien.

La señorita Dace inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa seca y amistosa.

—Por supuesto, no puedo estar más de acuerdo. Por supuesto conozco... —dijo Marian Oakeshott.

Miró a Phoebe Methley. Ambas mujeres creían saber quién era el padre del niño de Elsie.



—Aquí todos somos amigos —empezó Phoebe—. Quiero dejar claro que me tomo esto como algo personal. Tengo tres hijos en Yorkshire a los que tuve que abandonar debido... al gran amor que siento por Herbert. No pasa un día..., ni una sola hora..., en que la ausencia y la distancia no me causen un continuo dolor. Tal vez ya no vuelva a verlos nunca. No sabes cómo te envidio a tu Robin —le dijo a Marian—, cada vez que lo veo. Te admiro enormemente por lo que has sido capaz de hacer: tener a tu hijo, trabajar y ser independiente.

—Se me ocurre —repuso Marian— que yo misma podría tener la solución. Tal vez Elsie Warren no quiera quedarse con ese bebé que aún no ha nacido. No sé lo que opinará ella. Pero tengo empleada a una jovencita que cuida de Robin y podría ocuparse fácilmente de cuidar de otro niño, mientras su madre estuviese trabajando..., y así luego el niño podría volver con su madre los fines de semana y las vacaciones.

—Alguien —dijo Frank— tendría que hablar con la gente de Purchase House. No pueden pasarse sin Philip o Elsie. En mi opinión, deberían estar pagándoles un buen sueldo por todo lo que hacen. Podríamos decirles que es en su propio interés, además de un deber caritativo...

—Eso suponiendo... que el padre del niño no forme parte de esa familia —dijo la señorita Dace ruborizándose.

—No es así —dijo Phoebe Methley—. De eso estoy segura.

Ella también se había ruborizado. Frank les pasó un plato de galletas de mantequilla. Dijo:

—En primer lugar, debemos exponerle a Elsie este plan tan generoso y satisfactorio. Luego, uno de nosotros debe hablar con la señora Fludd. Nunca estoy del todo seguro de que oiga, o recuerde, lo que se le dice. ¿A quién enviamos?

Las tres hadas buenas se miraron. ¿Cuál de ellas sería la más tranquila, razonable y pragmática?

Por fin decidieron hablar las tres con Elsie, y encargaron a Frank que pidiera a Philip que la llevase a casa de la señorita Dace. Todas disfrutaron con la compañía y las tres sintieron, mientras debatían aquel asunto tan íntimo, que habían encontrado amigas nuevas y sinceras.

Elsie entró en el salón de la señorita Dace y se quedó en posición de firmes con aire enfadado. Llevaba puesto su sombrero y una de las túnicas medievales de Imogen, pulcramente cosida y remendada. La señorita Dace le rogó que se sentara, y le ofreció una taza de té, unos terrones de azúcar y un trozo de pastel de frutas. Habían convenido que no debían asustar a la joven con lecciones morales. Elsie sorbió el té y echó atrás la cabeza como una serpiente asustada lista para atacar, pensó Marian Oakeshott. La señorita Dace habló la primera. Al fin y al cabo, era su salón.

—Conocemos tu problema, Elsie, lo que te preocupa, y no te hemos hecho venir

para sermonearte, sino para decirte cómo pensamos ayudarte. Yo misma conozco a una señora respetable, y muy amable, que ayudará con el parto.

—Ignoramos —la interrumpió Marian Oakeshott— lo que quieres hacer cuando nazca el niño. Me alegra decirte que..., si deseas..., si quieres..., si te parece bien..., me alegrará pedirle a Tabitha que cuide de él a fin de que puedas seguir trabajando para la señora Fludd y viviendo con tu hermano. —Elsie guardó silencio, con la cabeza todavía echada hacia atrás. Marian prosiguió—: Así podrías venir a ver a tu hijo, o podríamos enviártelo, en tu tiempo libre..., no tendrías que separarte de él.

Elsie no dijo nada.

—Hemos pensado hablar en tu nombre con la señora Fludd —añadió Phoebe Methley— y disponerlo todo del modo más claro y satisfactorio.

—Veo que han hablado ustedes a mis espaldas —dijo Elsie en voz baja.

—En tu situación —replicó Marian— es inevitable. Estamos tratando de ayudarte.

—Asistí a su conferencia sobre las mujeres. Supongo que me considerarán una mujer soltera y caída. —Hizo una pausa y luego prosiguió muy pálida—: Lo cierto es que no me encuentro muy bien. No sé cómo voy a seguir cargando con cubos y ocupándome de los fogones.

—Le pediré a mi médico que te examine —dijo la señorita Dace—. Él te dirá lo que puedes y no puedes hacer en tu estado, y te dará algún tónico para fortalecerte.

—Se lo agradezco —respondió lentamente y sin expresión—. Es más de lo que podía esperar.

—Pero... —continuó Marian Oakeshott—, he notado un pero en tu voz. Puedes hablar libremente con nosotras, todas lo preferiríamos.

—Nunca fue mi intención dedicarme a servir, señora. Lo último que deseo es pasarme la vida haciendo la colada y matándome a trabajar como una esclava en la cocina de otro. No quería hacerlo antes y tampoco quiero hacerlo ahora. Y, sin embargo, parece que es mi única posibilidad. Pensé que era algo temporal, hasta que Philip aprendiera el oficio y la gente lo conociese, como ocurrirá sin duda, pues aquí tiene la ayuda que necesita. Mi madre era pintora, una buena pintora, la más fina con los pinceles de todo el estudio..., la mataron los productos químicos que respiraba. No era una sirvienta, ni una criada, era una artista. Ustedes defienden la causa del trabajo femenino, les he oído hablar a todas. Así que admitiré que no poseo el talento de Philip. Él tiene derecho a querer convertirse en un artista. Yo no. Pero eso no significa que quiera ser una criada. —Por un momento la embargó involuntariamente una oleada de súbito resentimiento—. Y aquella gente es tan inútil y desvalida que no me pagan ni un penique. Ahora tengo en mi interior este bulto que no para de dar vueltas, y que saldrá y necesitará ropa, gorritos y leche, ¿cómo voy a arreglármelas si no me pagan nada...?

—No llores —dijo Marian.

Elsie se atragantó.

—No lo haré. No me atrevería. Tengo que conservar la calma.

—Lo que dices es cierto y muy conmovedor —replicó Phoebe Methley—. Pero tienes que admitir que estás en esta situación por algo que has hecho y por lo que, según afirma Philip, no vale la pena preguntarte, así que no te hemos preguntado nada. Probablemente, no seas tú la mayor culpable en este enredo, pero estamos hablando de ayuda y no de culpa. Y hay una persona totalmente inocente, que aún no ha nacido y en quien tenemos que pensar.

—¿Estás de acuerdo en que hablemos con la señora Fludd? —preguntó la señorita Dace.

—No parece que tenga mucha elección. No, no me hagan caso, no es justo por mi parte. Les estoy agradecida a todas..., no esperaba tanto... Estoy, estoy..., estoy asustada. Siempre he sido muy fuerte.

A medida que fueron intimando, las tres buenas señoras fueron volviéndose más francas al debatir el problema moral del destino del bebé de Elsie Warren. Sostuvieron, y disfrutaron, de una larga discusión acerca del mejor modo de abordar a Seraphita Fludd. Las tres coincidieron en que apenas sabían lo que pensaba o sentía. «Jamás he conocido a una mujer tan decididamente indolente», dijo la señorita Dace, cuyo ánimo era lo más opuesto a la indolencia que pueda imaginarse. Se contaron unas a otras lo que todo el mundo sabía sobre su vida. Que en realidad no se llamaba Seraphita, que había cambiado de clase social gracias a su hermosura, que, en los últimos tiempos del movimiento prerrafaelita, y a principios del movimiento estético había sido una auténtica belleza y había posado para Millais. Las damas estuvieron de acuerdo en que seguía siendo una mujer preciosa. Las proporciones de los huesos de su cara eran perfectas, dijo Marian Oakeshott. «Y esa mata de pelo, apenas sin canas», añadió Phoebe Methley. «Nunca te mira a los ojos —observó Patty Dace—. No es que sea indolente, es que es ausente.» Tampoco tuvieron problema en llegar a la conclusión de que, probablemente, no tuviese ni idea de cómo llevar una casa o criar a los hijos. Geraint había crecido como un salvaje y las pobres chicas, aunque eran tan guapas como su madre, carecían de habilidades sociales e incluso de sentido común. Habían oído contar que a Geraint le iba bien en la City y que había dejado atrás toda la estética pastoril.

Marian afirmó que era muy posible que Seraphita proviniese del mismo mundo que Elsie, aunque carecía por completo de su sentido común y de su ambición de prosperar.

Patty Dace observó que eso tanto podía hacer que reaccionase con dureza al problema de Elsie como que se mostrara más comprensiva, era imposible saberlo. Tal vez se sintiera obligada a guardar las apariencias.

—¿Qué apariencias? —preguntó ácidamente Phoebe Methley—. Si van todos harapientos y andrajosos, al menos antes de que llegara Elsie.

—Y, por lo que dice Elsie, no le pagan nada.

—Eso no está bien.

—No. Pero ¿es asunto nuestro?

—¿Y qué pinta él en todo esto? —preguntó Marian Oakeshott—. Tampoco se sabe lo que piensa, o lo que siente, o lo que le inspira, solo que hace unas vasijas preciosas. Da la impresión de necesitar a Philip.

—No los conozco bien —respondió Phoebe Methley—. Pero tengo que decir que jamás le he visto dirigirle la palabra a su mujer. Ni una palabra. Después de reparar en eso, me fijé en él un poco. Tal vez se casara con ella por su belleza, pero sus ojos pasan por encima de ella como si fuese una jarra, no una obra maestra de la cerámica, sino una vulgar jarra de loza.

Estaban exaltadas por su propia franqueza. La señorita Dace no se sintió capaz de especular sobre el instinto o comportamiento sexual de nadie. De hecho, prefería pasar por alto esas cuestiones. Pero Marian Oakeshott, más atrevida, le dijo a Phoebe:

—Una vez lo vi restregarse contra ella en el jardín. Él se estremeció y ella apartó la cabeza.

—¿Estamos más cerca que antes de saber qué decirle? —preguntó la señorita Dace.

—¿Acaso tiene fuerza para oponerse a nuestra decisión? —preguntó Marian—. ¿No sería mejor abrumarla con nuestra calma y certeza sobre el mejor modo de actuar?

El día que fueron a hablar con la señora Fludd era un luminoso día de primavera. La encontraron sentada en el huerto en una desvencijada silla de mimbre, trabajando —o a punto de ponerse a trabajar— en un bastidor circular, con una cesta de hilos de lana abierta en el suelo a su lado. Marian Oakeshott, que había visto pinturas impresionistas, pensó que Seraphita parecía un cuadro de Monet o Millais. Las ramas de manzano arrojaban sombras sobre su rostro lívido, que daba la impresión de estar borroso, como si fuese un bosquejo hecho a toda prisa. Vestía una vaporosa muselina blanca que, entre las sombras, también parecía dibujada a grandes trazos. Sus largos dedos y el cuello eran insustancialmente esbeltos y tenían la textura de una seda basta. Sus enormes ojos estaban rodeados de piel pizarrosa, ligeramente hinchada y tenían líquido por debajo. Los hilos de lana era de colores tan brillantes como piedras preciosas: esmeralda, ámbar, topacio, zafiro y rubí. Destacaban claros y precisos entre aquella luz vagarosa. La saludó sin levantarse. Era un placer verlas, dijo. ¿Dónde estaba Elsie? Debería traer unas sillas y preparar un poco de té. Marian respondió que Elsie había ido a Rye y que ella misma iría a buscar las sillas, cosa que hizo, aunque tuvo que arrastrarlas desde varias partes del huerto y el jardín. Tenían

algo que decirle, afirmó Marian. No era casualidad que Elsie hubiese salido.

Seraphita dejó el bastidor sobre el regazo, y buscó a tientas la aguja. Dijo que esperaba que Elsie no hubiese hecho nada malo.

—¿No ha notado usted nada raro... en Elsie? —preguntó Phoebe.

—No —replicó Seraphita con voz neutra y los ojos muy abiertos.

—Elsie está esperando un bebé —explicó la señorita Dace—. Para verano. Todavía no ha ido a ver al médico, así que no sabe cuándo con exactitud.

Pasó un buen rato hasta que Seraphita entendió aquello y pareció decidir qué responder. Su rostro se arrugó como si estuviese pensando, aunque más bien parecía que fuese a echarse a llorar.

—¿Quién...? —dijo con voz débil. Como no terminó la frase, ninguna de las señoras sintió la necesidad de responder. Seraphita añadió después—: Debería despedirla...

Eso exasperó a las tres damas, que sabían que Elsie no le costaba un céntimo y le suponía un gran ahorro. Marian, más amable, reparó en una nota de temor social en su voz temblorosa: Seraphita temía que la criticaran por no despedir a Elsie. Marian dijo:

—Hemos venido a discutir con usted la posibilidad de que no tenga que hacerlo, señora Fludd. Conocemos la importancia que tiene el trabajo de Elsie para el bienestar de esta casa... Usted y los demás miembros de su familia —mintió— nos lo han dicho a menudo. Y es una feliz circunstancia que recibiesen ustedes tan bien a Elsie y a su hermano y que les hayan sido de tanta ayuda. Philip confió en el reverendo Mallett, quien consultó, por así decirlo, con estas tres entrometidas, o hadas buenas que tiene ahora delante. Con su beneplácito, podemos ocuparnos de arreglarlo todo para el parto y el cuidado del niño, en caso de que Elsie quiera quedárselo, y que pueda seguir trabajando aquí. —Seraphita palideció, cosa que cualquiera habría creído imposible. Incluso sus labios se pusieron más blancos. Musitó una serie de frases inacabadas: tanta amabilidad, semejante sorpresa, tan inesperado, y nuevamente quién..., y susurró la palabra «responsable». Marian notó cómo se esforzaba en no pensar que su marido o su hijo pudieran estar relacionados con aquella palabra. Al contrario que Phoebe Methley, Marian no tenía una idea clara de quién pudiera ser aquel hombre cuyo nombre no se podía pronunciar, y había considerado la posibilidad de que se tratase de Benedict Fludd o del vivaracho y apuesto Geraint. Respondió sesgadamente—: Estoy segura de que, si Elsie ve que no hay obstáculo para seguir viviendo aquí, no tendrá usted de qué preocuparse, señora Fludd. Y hemos hablado con Elsie, que ha aceptado nuestros planes, o al menos eso parece.

—No se encuentra muy bien —añadió la señorita Dace—. Espero que la anime usted a trabajar menos durante unos meses. Voy a disponerlo todo para que la vea mi

médico.

Seraphita no se ofreció a pagar la factura del médico. Se había echado a temblar. Dijo:

—Hagan lo que mejor les parezca..., infinitamente agradecida... —luego añadió en tono diferente, mirando con expresión vacua—: Ser mujer es algo terrible. Te dicen que a la gente le gusta mirarte..., como si fuese tu deber ser objeto de..., objeto de... Y luego, después, si te rechazan, si no quieren lo que... pensabas que tenías de bueno..., ya no vales nada.

Se encogió ligeramente de hombros, se compuso un poco y dijo: «Pobre Elsie», en un tono artificial y educado de salón de té, pese a que no se había ofrecido, y tampoco lo hizo después, a preparar el té.

Los secretos en la casa de Portman Square eran más inocentes, cosa que podría parecer extraña, si se tiene en cuenta que Basil y Katharina Wellwood habitaban en los márgenes del nuevo e indecente mundo social del concupiscente rey. Ambos niños, Charles/Karl y Griselda eran reservados, lo que angustiaba a sus padres, que no obstante procuraban no hablar del asunto. Katharina Wildvogel había heredado una enorme suma de dinero y tenía infinidad de sirvientes. Su secreto consistía en que era, por temperamento, una *Hausfrau*. Le habría encantado hacer pasteles, coser y discutir sobre ropa con su hija, y tal vez incluso aconsejar a su hijo sobre sus asuntos amorosos. Ella no tenía pretensiones de belleza, aunque era delgada y elegante y escogía con gusto sus sombreros, zapatos y joyas. Veía a Griselda como a alguien que conseguiría, con justicia y facilidad, todo lo que a ella le había costado esfuerzo lograr y conseguir. A los diecisiete años Griselda era de hecho, a su modo frágil y pálido, casi una belleza, con una hermosa figura y un rostro de rasgos finos y una hermosa mata de pelo rubio. No estaba interesada, o al menos eso decía, en los vestidos. Pasaba todo el tiempo que podía con su prima Dorothy. Estaban esforzándose por ser mujeres educadas, a pesar de que, en ninguno de los dos casos, sus padres estuviesen muy animados acerca de su educación y tuvieran que insistirles y suplicarles para que las dejaran matricularse en el Queen's College, o asistir a clases particulares con Toby Youlgreave y Joachim Suskind.

Para Dorothy las cosas eran más difíciles: no vivía en Londres y tenía que viajar en tren, o quedarse días enteros en Portman Square, sabiendo que Katharina, por mucho que la apreciara, desaprobaba su influencia en las ambiciones de Griselda. Dorothy obtenía apoyo moral de Leslie y Etta Skinner, que lo arreglaron para que pudiese asistir a clases prácticas y experimentos en el University College. Pero era consciente de que los ingresos de los Wellwood de Todefright fluctuaban de manera alarmante, y no se atrevía a pedir demasiado. La vida del espíritu era más fácil para Griselda, que se quedaba acurrucada junto a la ventana devorando —a gran velocidad— libros de historia, filosofía, poesía y literatura. Griselda sentía tanto placer como

dolor por el hecho de estar secretamente enamorada de Toby Youlgreave. Por supuesto, él no debía saberlo nunca, pero la comezón de un impreciso deseo extasiaba a Griselda, que, al mismo tiempo, se sentía vagamente frustrada. Y eso hacía que se sintiera apartada. No tenía que preocuparse de los coqueteos de los amigos de Charles, ni de la preocupación de su madre por encontrarle compañeros de baile apropiados.

Las dos estaban inquietas, como todas las jóvenes inteligentes de la época, por la cuestión de si sus ansias de conocimiento y trabajo acabarían por desnaturalizarlas en cierto modo. Sabían que las mujeres trabajaban como sombrereras, mecanógrafas, amas de casa y criadas. Trabajaban porque no tenían otro medio de subsistencia, o no eran lo bastante ricas o guapas para atraer a un hombre. El espectro de unas monjas imaginarias las acechaba. Si Griselda lograba que la admitieran en Newnham College, en Cambridge, ¿no sería eso como ingresar en un convento, una comunidad exclusivamente femenina, que apoyaba un deseo intelectual y unas ambiciones que casi todo el mundo consideraba antinaturales y, con frecuencia, amenazadoras? El callado amor que Griselda sentía por Toby también le resultaba tranquilizador en ese aspecto: tenía sentimientos femeninos normales, no era un bicho raro, o un ser apartado y contemplativo. Solo quería poder pensar.

Dorothy era más severa, no le quedaba otro remedio: el camino que había escogido discurría aún por un territorio hostil, aunque hubiese ya un número considerable de mujeres médicos en el mundo, y también un nuevo hospital femenino. La vida del espíritu, y la vida verdaderamente útil de la medicina, también la condenaría a ella a habitar en una comunidad exclusivamente femenina. Los médicos solo trataban a mujeres y trabajaban con otras médicas. Tendría que renunciar a una parte de su naturaleza, para llegar a tener la profesión que quería ejercer. El caso de los hombres era distinto: los médicos se casaban y sus mujeres les ayudaban en las consultas, y les cuidaban cuando estaban cansados. En los momentos difíciles, a última hora de la noche, Dorothy se preguntaba si no sería una especie de monstruo. Pero seguía adelante, en parte porque no podía imaginarse dedicada solo a hablar de naderías, tazas de té y cotilleos. Si tenía que relacionarse solo con mujeres, mejor en el quirófano que quedándose a bordar por las tardes. Pero aun así no era fácil.

El secreto de Charles, sus opiniones políticas, lo obligaba paradójicamente a vivir del modo frívolo y parasítico que condenaban aquellas opiniones. No deseaba entrar en la universidad, y seguía diciéndole a su padre que necesitaba tiempo para decidir lo que quería ser de verdad. Hizo varios viajes culturales por Europa, con frecuencia a Alemania, puesto que era, después de todo, medio alemán. Convenció a Joachim Susskind de que lo acompañara en sus viajes de seis u ocho semanas y perjudicó así la instrucción de Dorothy e interrumpió sus progresos. Susskind era originario de

Múnich, y le gustaba volver allí y discutir acerca del anarquismo y otras formas de desorden —sexual, teatral y religioso— en el café Stefanie, y en la Wirthaus zum Hirsch en Schwabing. Charles/Karl conoció al descabellado psicoanalista Otto Gross y al anarquista social Gustav Landauer. Frecuentó los cabarets satíricos, aunque no acababa de entenderlos bien, pues su alemán no era lo suficientemente coloquial e ignoraba por completo la política local. No obstante, le gustaron el ambiente cargado, los techos manchados por el humo de tabaco y el aire de perversión e idealismo serios e ingeniosos al mismo tiempo. Le habría gustado ser escritor o pintor, pero no estaba seguro de saber escribir o pintar. Compró un cuaderno de esbozos y dibujó en secreto unas vacas y unas mujeres desnudas, pero le quedaron tan envaradas que arrancó las hojas y las hizo pedazos. Múnich estaba lleno de mujeres serias y sonrientes que pintaban al aire libre. Se detenía detrás de ellas y observaba cómo giraban sus muñecas mientras daban pinceladas en la tela. Le dijo a Joachim que le gustaría quedarse el tiempo suficiente para asistir a clases de arte o diseño. Joachim respondió complacido que Múnich era un hervidero de creatividad.



**P**rospér Cain estaba preocupado por su responsabilidad con su hija huérfana, que se estaba convirtiendo en toda una mujer. Temía que pudiera estar enamorada, y que se tratase de un amor sin esperanzas. Antes de que Julian fuese a Cambridge, él y Florence habían estado muy unidos, leían los mismos libros, daban paseos juntos y hablaban de la naturaleza de las cosas. Ahora Julian estaba en el King's College y se había deslizado en la penumbra de la sociedad secreta de los Apóstoles, y estaba siendo observado por jóvenes como Morgan Forster, para ver si podía ser un embrión adecuado para crecer y «nacer» como miembro del hogar secreto. El valedor de un embrión era, en el lenguaje oculto, su «padre». Los miembros de la sociedad eran la realidad: todo lo demás era meramente fenoménico. Un estudiante mayor, Gerald Matthiessen, brillante helenista y latinista, se había interesado por Julian con intención de apadrinarlo. Lo había invitado a desayunar y llevado a dar largos paseos por los marjales. Habían hablado de Platón, del movimiento estético, de la naturaleza de la virtud y del amor. Se burlaban el uno del otro, como boxeadores en un gimnasio. Al principio, Julian había pensado que su tendencia a la ironía, y su creencia en los peligros de la seriedad, acabarían por repeler a Gerald, el pensador apasionado, el moralista. Gerald era apuesto, en el mismo sentido en que podía serlo Julian: delgado, esbelto, moreno, un poco huidizo e incluso astuto. El amante ideal de Julian seguía siendo alguien rubio montaraz e inocente: Tom Wellwood. Era consciente de que Gerald estaba interesado en él. Muchas de sus conversaciones giraban en torno al amor masculino y la sublimación de los bajos deseos. *Tamen usque recurret*, murmuró Gerald una noche mientras bebían oporto. Julian, sintiéndose como una niña, bajó la mirada, contempló el queso y las uvas que tenía en el plato y esbozó una sonrisa reservada. Casi pensó que toleraba las insinuaciones de sexualidad a la luz de la ventana y la sensualidad exhalada como humo de cigarrillo que se disolvía en el aire, solo para poder hablar con aquella intensidad. Aunque tal vez se estuviese convirtiendo en su ambiente natural. Invitó a Gerald a quedarse en la casa de South Kensington: «El sitio te parecerá abarrotado, pero tenemos patios, escaleras y armarios secretos con los que soñar».

Prosper Cain era un *connoisseur* pero no procedía del ambiente académico. Había pasado su vida en el ejército, que era también un enclave masculino, y conocía el valor de la intensa camaradería, aunque no supiera absolutamente nada de los Apóstoles. También observó, con gran alarma, que Florence estudiaba con cierta

melancolía a la pareja masculina, fuera del *pas de deux*, y con ganas de participar. No podía enamorarse de Julian. Nada más natural que enamorarse del otro yo de Julian, que estaba totalmente disponible en el mundo en que ella se había educado. Solo por el hecho de ser mujer, Florence era la criatura a quien Prosper Cain más quería en el mundo. Quería a su hijo casi tanto como a ella, pero sin aquella levemente excesiva ansia de protección. Le ofendió ver a su digna Florence con una expresión de ansiedad o melancolía, o con aire perdido y abandonado. Habló amablemente con Gerald de mayólica y querubines, de Palissy y de ranas y sapos secos, y deseó apuñalarlo en el corazón por no hacer caso a su hija. Pues Gerald no vio a Florence más que como una chica en sentido genérico. Tampoco reparó en Imogen Fludd.

A Imogen le iban bien las cosas como diseñadora de joyas. La pequeña escala, la precisión y la concentración casaban bien con ella. Hizo unos preciosos pendientes de plata asimétricos, decorados con hilos de perlas diminutas como gotas de agua sobre telas de araña, y unas elegantes peinetas de cuerno para llevar en el pelo, engastadas con tiras de ébano, madreperla y cobre esmaltado, de las cuales le regaló una a Florence. A las estudiantes de arte les caía simpática, pero no había intimado con ninguna y no daba la impresión de que fuese a hacerlo. Solo ocasionalmente volvía a Purchase House, y nunca iba sola, sino con Geraint, o —una o dos veces— con Florence. Tenía el cuello largo y los ojos grandes de su madre, y podría haber sido más hermosa si hubiese sido un poco más vivaz. En 1901, casi tenía veintiún años. En Pascua le regaló a Prosper un pequeño huevo enjoyado en el que había estado trabajando en secreto, azul noche por fuera y de un blanco puro y lechoso por dentro, repujado de diminutos planetas, estrellas y medias lunas hechas con finas tiras de oro y perlas. Dentro del huevo había un amuleto de oro con forma de fénix, de ojos carmesíes y cresta flamígera. Cuando se lo dio, la sangre afloró a su cuello y mejillas. «Le debo a usted tanto», dijo con un leve susurro. Cain la rodeó con sus brazos y sintió el estremecimiento de su columna vertebral y el leve peso de sus pechos. Necesitaba un marido, pensó. Necesitaba amor y una vida propia.

Concibió la romántica idea de ofrecer un baile: un baile para Florence y también para Imogen. Lo habría dado la noche de San Juan, pero deseaba invitar a los Wellwood de Todefright, y no quería interferir con sus propias festividades anuales. Así que se decidió por el 24 de mayo, el cumpleaños de la reina fallecida, que caía en viernes. Discutió el asunto con Olive Wellwood, en una ocasión en que fue a visitar el museo en busca de tesoros de oro y plata. Le explicó a Olive que le resultaba muy difícil educar como es debido a una hija huérfana de madre. Florence tenía dieciocho años y debería estar pensando en cosas como su «presentación en sociedad», pero solo hablaba de ir con Julian a Cambridge. Se le había ocurrido la idea de ofrecer una cena y un baile —nada demasiado formal— en el propio museo. Por la tarde, una pequeña orquesta —formaría una con músicos del regimiento— tocaría en el salón

del té. Sería muy agradable ver a los jóvenes bailando entre las cerámicas de los estudiantes y las columnas de Minton. Y podrían utilizar el comedor verde de Morris como sala adjunta, donde los invitados pudieran sentarse a charlar o tomar sorbetes.

A Olive le entusiasmó la idea. Sería maravillosamente romántico, dijo. Como las princesas bailando en el palacio escondido debajo del lago, tendría el encanto de ser algo secreto e imposible. En aquel momento, el museo era imposible en muchos sentidos, repuso el comandante Cain. Estaba lleno de polvo de las obras, no era nada silencioso, pues los martillos golpeaban sin descanso y los taladros aullaban sin cesar. Pero, por las tardes, el salón de té estaba muy tranquilo y el polvo se había posado. Necesitaba una hada madrina que le ayudara a organizarlo todo. No creía que los sargentos de la compañía entendieran nada de bailes románticos para señoritas. Se preguntaba si...

Olive Wellwood, como muchas mujeres que han ascendido de las clases bajas, sintió un terror primitivo, un abismo que se abría bajo sus pies, cuando le pidieron que se ocupara de unas complejidades sociales que nunca había aprendido. Supo en el acto que no podría hacerlo y que se pondría en evidencia, una y otra vez. Y, no obstante, el placer de trabajar con el comandante Cain, de gozar de su confianza y de poder intercambiar confidencias... Su imaginación dio vueltas frenéticamente, como una rata en una jaula. Sabía dar fiestas socialistas y poco convencionales en su jardín. Allí ella dictaba sus propias reglas y Humphry se ocupaba de todo. Pero algo semimilitar, en el Museo de Victoria y Alberto, era algo muy distinto. Dijo:

—¿Sabes?, creo que lo mejor que podrías hacer es preguntarle a Katharina Wellwood, mi cuñada. Siempre está deseando ofrecer fiestas y comprarle vestidos a Griselda, y Griselda se refugia en los libros y dice que quiere estudiar en la universidad. Griselda y Dorothy son un poco díscolas. Se niegan a participar. Pero aquí..., estaría en su elemento..., es justo lo que más desea...

Katharina se mostró encantada. Discutió con Prosper quién se ocuparía de la comida y las flores. Recomendó modistos y zapateros. Griselda aceptó que le tomaran medidas para un nuevo vestido de fiesta de persona mayor. Dorothy luciría su primer vestido de fiesta verdadero y Florence su primer vestido de baile. Eran como princesas de un cuento de hadas a las que les hubiesen dado unas nueces o habichuelas mágicas y al abrirlas empezaran a surgir cosas hermosas.

El vestido de Florence era de encaje blanco sobre seda de color rosa oscuro, excepto en el escote, que era de color rosa pálido, y las mangas, de encaje hasta el codo. El de Griselda era de seda Liberty, de color verde hierba tachonado de flores blancas y doradas, lirios del valle, primulas y campanillas.

A Prosper Cain le habría gustado regalarle a Imogen Fludd un vestido de baile elegante, moderno y bien cortado. Pero tuvo la sensación de que no sería apropiado. Le pidió a Florence que le preguntara qué iba a ponerse. Había invitado a Benedict

Fludd, Seraphita y Pomona a asistir a la fiesta, y les había buscado alojamiento en casa de un sargento mayor jubilado y su mujer, que vivían cerca del museo. Florence repitió que Imogen le había dicho que Purchase House estaba repleta de preciosos linos y sedas bordadas plegadas y guardadas. Sugirió que ambas fuesen a las marismas, buscasen algo adecuado y lo llevarsen de vuelta para que la modista de Katharina lo convirtiese en algo menos medieval y más a la moda. ¿Y Pomona?, le preguntó Florence a Imogen. «Tendrá que ponerse lo que le dé mi madre —respondió Imogen—. Es muy guapa, se ponga lo que se ponga. No le da importancia a esas cosas.»

Cuando llegaron a Purchase House, la situación era más caótica de lo habitual. Elsie no aparecía por ninguna parte, y Benedict y Philip acababan de echar a perder una cocción entera de cuencos de porcelana. Seraphita estaba pálida y aturrida, y Pomona preparó un pescado a la plancha casi carbonizado y unas verduras hervidas.

Imogen llevó a Florence a una habitación cerrada, donde unos baúles de cuero polvorientos llenos de telas plegadas y vestidos que apenas se habían utilizado se acumulaban unos encima de otros. Florence reparó en que las hermanas apenas parecían tener nada que decirse. Imogen, diligente y expeditiva, revolvió entre la ropa y encontró lo que buscaba: una seda verde de rayas, bordada con margaritas blancas. Tenía la forma de una túnica medieval, con el talle alto y una pequeña cola. «Podemos hacer algo con esto —dijo—. Y quedará bien en el comedor verde con los paneles de Burne-Jones y el empapelado de Morris. Combinará a la perfección.»

Florence le preguntó a Pomona qué pensaba ponerse y si podía serle de ayuda...

Pomona respondió con voz inexpresiva que su madre se pasaba la vida cosiendo, era a lo que se dedicaba, ya se le ocurriría algo, como siempre. Su rostro era encantador y su voz parecía apagada. Florence preguntó dónde estaba Elsie.

—Se ha marchado para tener un bebé. Pronto volverá. Todo está arreglado.

No invitaba a hacer preguntas. Florence preguntó, como de pasada, si Pomona tenía intención de ir también a estudiar en la Escuela de Arte, y notó que la pregunta incomodaba a las dos hermanas, aunque de forma diferente. Ambas cruzaron una mirada. Pomona respondió que no lo creía probable y que la necesitaban allí, en Purchase House. Bajó la vista y se quedó mirando los tablonos polvorientos. Imogen dijo que tenían que marcharse y que debían volver a Londres.

En el tren, de regreso, le soltó de pronto a Florence:

—Ojalá no tuviera que volver nunca allí.

—¿Por qué? —preguntó despreocupadamente Florence.

—No soporto ser tan rara y desvalida. Es un lugar sin esperanza. Bueno, las vasijas sí que la tienen, cuando no se funde el horno. Pero..., pero..., no sé cómo decirte lo agradecida que os estoy a ti y a tu padre.

Florence no se atrevió a preguntarle a Imogen lo que opinaba del bebé de Elsie, o

quién podría ser el padre. Tampoco se atrevió a plantear la cuestión de qué iba a ser de Pomona, aunque no habría sabido decir muy bien por qué. Volvieron a South Kensington, donde les esperaban una cena deliciosa y los dos jóvenes solemnes y reservados.

Violet anunció que le haría un vestido a Dorothy. Pidieron a Humphry que les llevase revistas de modas de Londres, y Violet estudió las fotografías y los dibujos. Afirmó que a Dorothy no le sentaría bien un color demasiado femenino: Dorothy era atractiva, pero no guapa. Mejor un rosa o un azul oscuros, tal vez en tafetán con brillo. Azul oscuro como el cielo a medianoche, dijo Violet, e insistió en llevarse a Dorothy de excursión a Londres, pues, si iba a lucir un vestido de adulto, tendría que comprarse un corsé. Según las revistas, ese año todo era de encaje. Tenía intención de hacerle una chaqueta de encaje, no de color blanco, sino con hilo de plata, de manga corta y con un cuello que asomara cuando Dorothy se hubiese peinado.

La excursión y las subsiguientes sesiones de pruebas le parecieron a Dorothy tan angustiosas como alarmantes. Antes de las revelaciones de Hedda, siempre le había deprimido la maternidad vicaria de Violet. Era una tía soltera cuya labor consistía en liberar a su madre para que pudiera consagrarse al trabajo creativo. Era natural que insistiera en mostrarles su afecto, en pedirles que le correspondieran y la quisieran, y que le estuvieran agradecidos por haberles entregado de ese modo su vida.

Sin embargo, ahora Violet era y parecía diferente. Se movía a gatas junto al dobladillo de Dorothy, con la boca llena de alfileres y las manos delgadas tirándole de la falda, o sujetándola por la cintura. Dorothy miraba desde arriba el cabello tenso y el nacimiento del pelo en el cuello fino. Era cierto que su cuerpo recordaba más a como iba a ser Dorothy que la amplitud maternal de Olive. Dorothy, que quería ser médico, que tenía que repetirse continuamente que quería ser médico, puesto que, en el mejor de los casos, la gente no parecía hacerle mucho caso, se había preocupado por informarse de cómo nacían los bebés. Había diseccionado ratas preñadas muertas, llenas de diminutos durmientes ciegos y sonrosados del tamaño de una alubia. Había consultado los libros de texto de las comadronas, con rollizos y bien formados bebés acurrucados en un útero esquemático, con la coronilla apretada contra la cavidad pélvica y el cordón umbilical flotando y retorciéndose en el fluido. No había llegado tan lejos como para imaginar a una criatura semejante en su interior, o a sí misma esperando ciegamente para ser expulsada de Olive, por allí abajo. Pero ahora, mientras Violet se afanaba a sus pies y admiraba su figura, tuvo involuntariamente una imagen de sí misma como una marioneta acurrucada cómoda o angustiosamente, ¿cuál de las dos cosas?, en el interior del vientre plano de Violet. No sintió una oleada de calor filial. Sintió repulsión. Se quedó allí con el vestido de seda azul noche, oyendo su rígido frufnú, y se preguntó qué habría sido del bebé que Hedda estaba tan segura de haber oído que estaba en camino. Violet estaba tan plana como una tabla.

Como siempre lo había estado. Ojalá Hedda les hubiese mentido o hubiese entendido mal, pero Dorothy no lo creía. Hedda estaba convencida de lo que les había dicho, que por otra parte resultaba muy creíble. O bien Violet se había confundido acerca de su estado, o lo había ideado todo para fastidiar a Humphry, o había hecho algo para librarse de aquel hermano o hermana no deseado. Eso parecía lo más probable. Y, sin embargo, allí estaba con la boca llena de alfileres, delgada y asexuada, emitiendo ruidos de satisfacción al ver la cintura de Dorothy y los corsés que le hacían, por primera vez, al empujarlo hacia arriba y contornearlo, un busto bonito.

Estaba indignada consigo misma: debería sentir afecto por Violet. Pero no era así. Solo sentía vergüenza y enfado en lo más profundo de su ser.

—Te estás volviendo una joven muy guapa, cariño —dijo Violet. Eras un poco flacucha, pero vas a florecer después de todo. Tienes que hacerte un buen peinado y yo te prepararé unas flores de seda para que te las pongas en el pelo. O tal vez lunas y estrellas sobre alguna tela liviana. Para hacer juego con el cielo. ¿Qué te parece?

—Haz lo que mejor te parezca.

—Creo que vas a ser la más guapa del baile. Tienes que andar muy erguida y no ir por ahí medio encorvada. Los sorprenderás a todos.

El tono era... ¿posesivo? ¿Un poco más vehemente de lo necesario?

—¿Qué te pondrás tú?

—¿Estoy invitada? Me temo que no. Es un baile para los jóvenes. Aunque ejerza de madre, no lo soy.

La evidente ironía molestó a Dorothy, que no supo qué decir o pensar.

Dorothy no tenía con quién hablar de lo que les había dicho Hedda, o de lo que sentía. Tom lo había dado por olvidado, como si no hubiese sucedido nunca. Phyllis era «demasiado pequeña», las hermanas pequeñas siempre lo son. No había hablado del asunto con Griselda, con quien hablaba casi de todo. Sentía que cualquier cosa que dijera, cualquier posible especulación que formulara con palabras, incluso hablando con Griselda, se convertiría en un hecho. Y en ese caso tendría que hacer algo, o al menos empezar a ser algo que no había sabido que fuese.

El día de la cena con baile, que los Wellwood llamaban «el baile», Prosper Cain persuadió a los del museo, que estaba abierto hasta las diez de la noche, de que cerrasen antes la galería de los frescos, para poder decorar las habitaciones con flores y construir un estrado para los músicos del regimiento, un violinista, un violonchelista, un flautista, un oboe, un clarinete y un trompa. Prepararon la comida en la sala de las rejas y colocaron frágiles sillas doradas alrededor del salón central. Dicho salón se había diseñado para que fuese fácil de fregar o incluso baldear, por lo que estaba todo alicatado con azulejos de cerámica. Era un salón muy luminoso, con enormes ventanas en forma de arco con vidrieras. El techo abovedado se apoyaba

sobre unas inmensas columnas de mayólica fabricadas por Minton, en color verde menta y una mayólica blanca y cremosa, con querubines danzantes que sostenían a la altura del hombro una corona de ganchos donde colgar la ropa. Azulejos de color chocolate cubrían el suelo, el zócalo estaba revestido de azulejos oscuros, entre castaños y ámbar, y las paredes lo estaban de azulejos amarillos, verdes y blancos, con tiras y franjas de complicados diseños; un texto del Eclesiastés, en cerámica blanca sobre un fondo marrón rojizo, decía: «No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba y que su alma vea el bien de su trabajo — XYZ». Había querubines que brincaban y jugueteaban a lo largo de todo el zócalo. Se habían incluido más motivos decorativos, y en más estilos, de lo que parecía posible. Era un lugar suntuoso y práctico, una mezcla entre un palacio encantado y una lechería municipal; lámparas eléctricas con forma de globos pendían de tallos dorados que caían del techo.

El Royal College of Art daba a aquel pasillo, y Prosper Cain, juiciosamente, había invitado tanto a los alumnos como a los profesores del college para aumentar la asistencia. Los invitados llegaron al salón central desde varios sitios: unos a través de las enormes puertas doradas, originalmente diseñadas para que las instalaran a la entrada de Cromwell Road, y otros a través de los patios y pasillos que aún seguían abiertos. Reinaba un sordo rumor de golpes e incisiones, proveniente de las áreas cerradas al público, donde por fin se estaban construyendo los premiados patios de Aston Webb. Olive se apoyó en el brazo de Humphry, y afirmó que con el polvo que inevitablemente flotaba en el salón debido a las obras, y con las sábanas que cubrían algunas vitrinas como paños mortuorios sobre ataúdes, uno tenía la sensación de haber entrado tanto en el palacio de la Bella Durmiente como en la tumba de Blancanieves. Los visitantes del museo miraban a las jóvenes con sus vestidos de baile y sus capas de terciopelo como si fuesen los invitados a una boda, o una aparición de otro mundo.

En la oscura y cálida sala de las rejas, con sus azulejos blancos y azules, y sus paneles cerámicos de las cuatro estaciones, se cocinó y sirvió comida: pastelillos de gamba y trucha, tazas de consomé, pasteles de cereza, merengue y crema, un ponche de fruta que relucía y siseaba helado en un enorme cuenco de cristal, champán cuyas burbujas ascendían en finos hilillos en las copas frías y empañadas. En el comedor verde, las madres y los padres podían sentarse en sillas de estilo jacobeo.

También asistieron otros oficiales militares con sus mujeres, y Basil y Katharina, que estaba muy elegante con un vestido de seda negra y una túnica de encaje por encima, rosas en la cintura y una pequeña cola. Seraphita se presentó sin su marido, que, según dijo, estaba llenando un horno con Philip. Iba envuelta en una vaporosa prenda marrón rojiza que, por casualidad o designio, combinaba muy bien con las doce figuras de Burne-Jones que representaban los meses o los signos del zodiaco

con el sol y la luna, nadie lo sabía con exactitud. Por su aspecto daba la impresión de formar parte del empapelado verde oscuro, con sus ramas de sauce entrelazadas y sus cerezas y ciruelas moteadas. Olive, por su parte, iba vestida para el baile en el salón de las columnas con un sencillo vestido de un tejido muy caro, de un verde más oscuro que las columnas de Minton, con los bordes ribeteados de oro y plata.

Prosper inauguró el baile con Katharina y la felicitó por la belleza de Griselda. Luego bailó con Seraphita, que era más alta que él, y se las arregló para parecer al mismo tiempo elegante y desgarbada mientras hacía exagerados movimientos sin seguir el compás. Los jóvenes se arremolinaban en grupos separados de hombres y mujeres que hablaban distraídos y miraban hacia el otro lado del salón. Julian y Gerald Matthiessen estaban apoyados contra el zócalo en un rincón oscuro. Prosper se acercó a ellos, tras devolver a Seraphita al salón verde, y dijo que confiaba en que su hijo animase a bailar a los jóvenes. Luego fue a hablar con los músicos de la orquesta, muy elegantes con sus uniformes y sus botones relucientes.

Julian observó a su alrededor la sala de banquetes, que le gustaba en secreto, aunque sabía que Gerald la despreciaba por el abigarramiento de los detalles y la mezcla de estilos.

—Tendremos que bailar. ¿Con cuál de todas estas beldades preferirías hacerlo?

—La lástima es no poder pedírselo a él —dijo Gerald *sotto voce*, señalando de forma casi imperceptible a Tom, que estaba solo, con su traje formal y la cabeza rubia inclinada sobre un grupo de querubines en una columna. A Julian le complació que alguien reconociera la belleza de Tom, pero, al mismo tiempo, sintió una breve y ridícula punzada de celos.

—Esa de ahí es su hermana —observó Julian—. Está muy cambiada. Antes era un marimacho.

—Sacaré a bailar a tu hermana —afirmó Gerald—. Así podremos hablar de ti. Será más fácil.

—Espero que no lo hagas —replicó Julian—. No sé lo que podría decirte.

Gerald avanzó hacia Florence, que estaba con Imogen y unas cuantas estudiantes de arte. Geraint Fludd se abrió paso hasta ella con paso mucho más decidido desde el otro extremo del salón y, para desdicha de Florence, cuando Gerald llegó ya se había asegurado el baile. No obstante la chica pudo apuntar a Gerald para un baile al final de la noche, en un minúsculo cuadernito con la portada pintada a mano en las clases de caligrafía del Royal College, que había contribuido al evento con una colección, todos originales. Geraint sintió temor y se ruborizó al coger a Florence de la mano y rodearle la cintura. Florence no se percató. Estaba preguntándose de qué le habría hablado Gerald. Julian pidió a Gerald que sacara a bailar a Imogen Fludd.

—Mi padre quiere que se lo pase bien. Es su protegida.

—Comprendo.



—No. Es un buen oficial. Se preocupa de sus hombres. Para él las estudiantes son como sus hombres.

—Pues esas de ahí no son hombres —dijo Gerald, con cómico pesar. Aun así hizo lo que pedían y le pidió un baile a Imogen.

Durante un rato evolucionaron alrededor de las columnas en solemne silencio y perdieron de vez en cuando el compás. Luego Gerald le hizo algunas preguntas sobre platería. En los colleges de Cambridge existe la norma de no hablar de cuestiones profesionales en las ocasiones sociales. A Gerald le parecía una ley absurda: era un hombre serio y en realidad no quería pasarse el día haciendo bromas ingeniosas. El rostro de Imogen volvió a la vida. Le habló casi con animación de las innovaciones del nuevo profesor Lethaby, que había abolido el copiado de dibujos antiguos de berros, y había proporcionado nuevos modelos de plantas vivas y feraces para que las observasen con atención y estudiaran sus formas.

—Y así —le explicó Imogen— una llega a entender de verdad cómo crecen las hojas en los tallos y puede reproducirlas en plata. Espero no estar aburriéndolo.

—No. Me gusta aprender cosas nuevas. De verdad.

Ambos sonrieron. A Julian le irritó aquella sonrisa. Fue a pedirle un baile a la pálida Griselda, pero todo el mundo había decidido que era la más bella de las jóvenes del baile, y tanto los estudiantes como los profesores estaban arremolinados en torno a ella. Así que se desvió, como por casualidad, hacia Tom, que estaba saliendo del salón en dirección al comedor verde. Tom fue directo hacia su madre, que estaba sentada en su sillón llevando el compás con el pie y lamentando con todo su ser tener que verse reducida al papel de señorona sedentaria.

A Tom le gustaba el comedor verde. Le recordaba a su visión de Lanzarote dormido, un mundo irreal, más real que los cuellos almidonados y los zapatos relucientes.

—Veo que te apetece bailar —le dijo Tom a Olive—. Te he visto mover los pies. Ven a bailar conmigo, como hacemos en San Juan.

—Debes bailar con las chicas, cariño —respondió Olive—. Para eso estamos aquí, para que bailes con alguna de esas jóvenes. Bailaré contigo cuando hayas sacado a bailar a dos de esas preciosas criaturas, pero no antes.

Julian se reunió con ellos.

—Yo sí puedo sacarla a bailar, señora Wellwood. Soy una especie de anfitrión y no puede negarse. Venga a bailar. Tom tiene razón. Se le nota que tiene usted ganas.

—Ve, Tom —dijo Olive, al tiempo que se levantaba, se arreglaba la falda y le daba la mano a Julian—. Saca a bailar a alguna chica.

Olive y Julian bailaron con elegancia satisfechos del modo en que se compenetraban. Olive dijo:

—Estoy bailando contigo porque ya no sé qué hacer con Tom. ¿No te parece

terrible?

Julian pensó que solo lo sería si estuviesen bailando, hombre y mujer, como pareja, cosa que no eran. Tenía una teoría semifilosófica sobre la naturaleza y la importancia de los bailes formales, en el sentido de quiénes eran y quiénes no eran pareja, un hombre y una mujer. Pensó en Jane Austen. «“¿Con quién piensa bailar?”, preguntó el señor Knightley a Emma. “Con usted, suponiendo que me lo pida”, respondió Emma.» Julian pensaba que aquel era un momento perfecto. Y que a él nunca le ocurriría, al menos no en un baile. Respondió:

—Sé a lo que se refiere. Tom no sabe lo que quiere. —En ese momento, Tom pasó bailando con garbo a su lado y sonrió levemente a su madre. Había encontrado una joven con la que bailar: su hermana.

—Ya veo que te preocupas por él —replicó Olive—. No sabría decir si está demasiado contento o tan insatisfecho que es como si estuviese flotando. Nada de lo que le sugerimos parece... interesarle. No nos toma en serio. Es la persona más huidiza que conozco, a pesar de todo su encanto y sus atenciones.

—Lo sé —dijo Julian—. Lo sé.

Olive le dio una palmadita en el hombro.

—Por favor, trata de que se tome las cosas con seriedad.

—Bastante me cuesta hacerlo a mí.

Tom le dijo a Dorothy que de pronto se había hecho una mujer. Estaba muy guapa, aseguró. Diferente.

—Eso no es muy galante.

—Contigo no tengo por qué ser galante. Además, ya sabes a lo que me refiero, solo me lo estás poniendo difícil. Te estás haciendo una mujer.

Dorothy, decididamente médica, consideraba que había sido una mujer, para bien y para mal, desde que empezó a sangrar una vez al mes. Se había sentido orgullosa de las manchas de sangre, y también, a pesar de su interés anatómico y académico, consternada por la velocidad de los cambios que estaba sufriendo su cuerpo. También le incomodó el hecho de que fuese Violet, y no Olive, quien se encargara de las explicaciones en aquel momento tan crucial, acerca del cual Dorothy, por supuesto, ya estaba informada a través de los libros. Mientras ella y Tom brincaban más o menos al unísono sobre los azulejos, pensó que Tom probablemente no supiera nada sobre el sangrado de las mujeres. Tenía razón. Pero no dejaba de pensar en las reacciones de su hermano acerca de la pubertad, que lo habían zarandeado en oleadas de emoción y lo habían asqueado bastante. Tom dijo, citando *La edad dorada*:

—Te estás convirtiendo en una adulta. ¿Resulta agradable?

—Eres mayor que yo. Deberías saberlo.

—Dicen que las chicas crecéis antes. No estoy seguro de que sea agradable.

La conversación era extraña y más bien formal, porque llevaban ropa formal, y se

regían por patrones formales, entre columnas de mayólica y al son de una música sentimental. Dorothy vio que Tom había escogido un mal momento para tratar de hablar con ella de un asunto importante. Tenía el cabello brillante y revuelto. No lo llevaba peinado y engominado como Julian, Gerald, Charles y Geraint, aunque la mata de pelo de este último mostraba síntomas de estar a punto de rebelarse. Dorothy se ajustó la cintura de su elegante vestido. Estaba pensando en una respuesta, cuando cesó la música. Charles, que había escrito su nombre en su librito cubierto de estrellas, llegó para reclamarla. Ella le dijo a Tom:

—Ve y saca a bailar a Pomona. No parece que nadie vaya a hacerlo y da la impresión de estar desamparada. Sería muy amable por tu parte.

Tom se acercó a Pomona, que estaba un poco mustia, con un vestido muy bien bordado, aunque no tan bien cortado, blanco con un ribete de ramas de manzano y tiras de flores bordadas en torno a la cintura, el cuello y las mangas.

Charles le preguntó a Dorothy si lo estaba pasando bien. Le dijo que estaba muy guapa. Bailaba bien —su madre se había ocupado de enseñarle—, así que Dorothy se dejó llevar y dieron vueltas alegremente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Charles, pasados cinco minutos.

—¿Quieres saber la verdadera respuesta?

—Claro. No tiene sentido andarse por las ramas. ¿En qué estás pensando?

—Si te lo digo, tendrás que responderme tú a mí también.

—De acuerdo.

—Estaba pensando en que no sé hacer ecuaciones cuadráticas, y en que nunca aprenderé a resolverlas si sigues llevándote al señor Susskind a Alemania en viajes culturales justo cuando estoy a punto de hacerlo. Y en que así no conseguiré entrar en la universidad y nunca llegaré a ser médico.

—Qué idea tan poco romántica. Debe de haber otros preceptores.

—Bueno, este sabe qué es lo que no entiendo. —Se produjo un largo silencio—. No me has dicho en qué estabas pensando.

—Extrañamente, querida prima, estaba pensando en lo mismo que tú, en cierto sentido. Pensaba en lo mucho que me gusta Múnich y poder ir en secreto a los cabarets, y que, si lo supiera mi madre, le daría un ataque. Ya ves que soy sincero.

—Ahora al menos empezamos a entendernos. ¿Qué tienen de bueno esos cabarets? —Charles le explicó que eran muy vanguardistas. Y estaban llenos de humo. Y que la policía a veces hacía redadas en ellos. Aseguró que necesitaba a Joachim Susskind para que le hiciera de traductor simultáneo—. ¡Ah! —dijo Dorothy, entre enfadada y divertida—, pero a ti no te hace tanta falta como a mí. Eres como el perro del hortelano.

La manita de Pomona estaba helada en la de Tom, y no se calentó. Tom sintió lástima

por ella, y eso le sentó bien. Pomona no dijo nada. Él observó su mata de pelo lleno de flores bordadas. Dijo que debía ser maravilloso vivir en un lugar mágico como la marisma de Denge.

Pomona admitió que en cierto sentido lo era.

Tal vez se sintiese un poco sola sin Imogen, insistió él.

No era exactamente por Imogen, respondió Pomona en voz baja. Aquello no era muy agradable, ahora que se había ido Elsie.

Tom no estaba al tanto de nada. Preguntó adónde había ido Elsie y ella le contó con una especie de amable siseo que se había marchado para tener un bebé y que volvería cuando hubiera pasado todo, aunque nadie estaba muy contento, ni su madre, ni Philip, ni su padre, claro.

Se hizo otro silencio, mientras Tom buscaba una respuesta. No iba a preguntarle por el bebé, eso desde luego. Repitió que el lugar era mágico, y reparó en la banalidad de su propia voz.

—Desde fuera lo es —dijo Pomona—. Tengo la sensación de que todos estamos hechizados. Ya sabes, como si estuviéramos detrás de uno de esos bosquecillos de los cuentos. Salimos al huerto y volvemos a la cocina. Luego vamos a la cama, salimos al huerto y volvemos a la cocina. Y cosemos. Eso forma parte del hechizo. Tenemos que seguir cosiendo o sucederá algo terrible.

Si Dorothy hubiese dicho todo aquello, le habría parecido una broma. Pero la voz de Pomona sonaba monótona y sincera.

—Bueno, supongo que podrías ir a la universidad, como Imogen, ¿no?

—¿A coser? No creo. No creo que me permitieran ir a la universidad. ¿Tú vas a ir?

—Lo estoy pensando —respondió Tom evasivamente. Siguieron brincando, sin bailar ni bien ni mal. Y él añadió—: Debe de haber otras cosas, aparte de coser.

—Las vasijas —dijo Pomona—. También están las vasijas.

Algo le impidió responder estúpidamente que quizá encontrara a alguien y se casase. Tenía la sensación de que la chica estaba un poco ida, aunque había momentos en que también lo pensaba de sí mismo. Tal vez, como él, estuviese en realidad en alguna otra parte. Le habría gustado apartarse de ella, y eso hizo que sintiera lástima, y le pidió que bailara otra vez con él.

En contra de todas sus expectativas, Gerald estaba disfrutando del baile. Lo cierto era que le gustaba el ejercicio físico de la danza, que había aprendido a la perfección de niño en clases los fines de semana. En el King's College no había muchas oportunidades de practicar. Miró a las jóvenes para tratar de decidir con cuál de ellas sería más agradable bailar, desde ese punto de vista. La mejor bailarina era Griselda Wellwood, que se movía con elegancia, casi como una muñeca mecánica. Pero su librito con lirios del valle estaba casi completo. Reservó lo que pudo y volvió a

intentarlo con Florence Cain. Ella tenía más huecos, pues se había negado a concederle a Geraint todos los bailes que le pidió. En opinión de Gerald, ella era la segunda mejor bailarina, sus movimientos eran menos perfectos, pero también menos mecánicos, y, después de bailar con ambas, descubrió que le seguía mejor y estaba más dispuesta a acompañarle mientras inventaba variaciones de sus pasos. Al principio le irritó con lo que le pareció un tedioso intento de darle conversación interesante. Le habló de los bailes en Jane Austen y de ahí pasó a Shakespeare y Dante. Tardó un rato, entre la creación de nuevos pasos y giros súbitos, en darse cuenta de que estaba hablando con mucho sentido común —e incluso de forma ocurrente— de Shakespeare y Dante, aunque un baile como aquel no fuese el lugar indicado. Él respondió sorprendido y volvió a hacerla girar. Tanto Prosper como Julian observaron, con una irritación que rozaba la cólera, cómo se ruborizaba la chica. Los dos estaban demasiado lejos para reparar en que le temblaban las rodillas, y solo ella sabía lo que ocurría en su interior, debajo de su falda vaporosa, mientras giraba al compás de la música.

Cuando se interrumpió el baile para cenar, llegó un invitado de última hora. Los jóvenes fueron a buscar sus platos y copas a la sala de las rejas, y volvieron al salón central para comer en grupos en las minúsculas pero pesadas mesas, hechas de hierro forjado ornamental con pequeñas losas de mármol gris, insertadas en más hierro forjado. En la galería de los frescos había bajorrelieves de escayola que retrataban a artesanos abstractos, la ciencia y el arte industriales, y a personas reales: Arkwright inventando el telar, Palissy sacando vasijas cocidas del horno. Tom se las enseñó a Pomona, con quien, por alguna razón, se había quedado todo el tiempo. Ella se estremeció al ver a Palissy y dijo: «Ese es Palissy. Ya lo ves, no puedo escapar de los tejidos y las vasijas». Tom no sabía nada de Palissy y observó que parecía buena persona. Pomona respondió que tal vez lo fuese, si uno estaba interesado en las vasijas.

Geraint se las había arreglado para gozar de la compañía de Florence durante la cena, aprovechando que Gerald había encontrado un hueco en el librito de Griselda. Geraint descifró la inscripción en el cuadro de porcelana que había sobre el bufet de la sala de las rejas y la leyó con voz divertida: «Mayo, mayo, gozoso mayo, el alegre, alegre mes de mayo».

Los victorianos eran serios hasta para divertirse, afirmó el joven eduardiano. Florence se rió. Aunque sentía una especie de lealtad hacia las ambiciones del museo, debido a su padre.

El invitado de última hora fue August Steyning, quien fue a reunirse con los adultos en el comedor verde, donde los camareros estaban sirviendo la cena en platos fabricados por Minton. Le asignaron una silla al lado de Olive. En el centro de la

mesa había un enorme y reluciente cuenco de Benedict Fludd, que representaba ese extraño momento de *El oro del Rin* en que Freya está enterrada en oro hasta el cuello, las manzanas doradas se están volviendo grises, y los dos gigantes extienden las manos para llevarse a la joven diosa. El modo en que Fludd había representado en cerámica las riquezas amontonadas era soberbio: copas, brazaletes, coronas relucientes, brillantes monedas y la silueta de la joven insinuada sugestivamente debajo de la pila de tesoros. Al otro lado del cuenco acechaba no Wotan negándose a entregar el anillo, sino Loge sosteniendo una manzana dorada entre un manto de llamas.

August Steyning estaba ensayando *Los enterados*, una comedia de salón de J. M. Barrie, con un punto de pesar y de ironía. Olive le preguntó qué tal iban las cosas.

—Los actores son buenos. Tiene ritmo y no está falta de intención, pero la mayor parte trata de cartas que no llegan a su destino y de criados impertinentes. Mi querida señora Wellwood, mi querida Olive, le aseguro que no es lo que me gustaría estar haciendo. Es tan solo un modo de ganarme el pan, y lo hago lo mejor que puedo. Pero, si pudiese hacerlo a mi manera, cambiaría todos los muebles elegantes que hacen que el escenario parezca un triste espejo de la vida diaria: habría sofás como elefantes voladores, mesas que galoparían como ponis salvajes, y nos asomaríamos a través de ese espejo al mundo del sueño y el cuento. El escenario no tiene por qué reproducir un salón con falsos balcones y ventanas irreales. Ahora se puede incluir cualquier cosa en escena: demonios, dragones, gusanos, elfos astutos, trasgos estúpidos, sirenas traicioneras, incluso espíritus malignos como el Brollachan y Nuckelavee. Y en lugar de eso tengo a actrices discutiendo sobre los mandiles para servir el té y la frescura de los sándwiches de huevo y berros en cada ensayo.

—Fuimos a ver *Campanilla en el país de las hadas*, con Seymour Hicks —dijo Olive—. A los niños les encantó. Las canciones eran bonitas.

—Pero no era sobrenatural, ni inquietante, ¿verdad? Solo bastante fantasiosa, muy inglesa. Los alemanes saben que las criaturas del otro mundo no son señoritas guapas con alas y sombreros con forma de flor. Saben que hay cosas que acechan en la oscuridad de los bosques y la profundidad de las cavernas. Cosas que debemos recordar. Mire ese cuenco, Olive. Estoy deseando cogerlo, pero no me atrevo porque seguro que se me escurriría entre los dedos y tendría que enfrentarme a la maldición de la cólera de Victoria y Alberto, y a la del comandante Cain, que sigue vivo y coleando. Ese hombre, Fludd, es un genio. Coge los grandes, tal vez los únicos, *Gesamtkunstwerk* de nuestro tiempo y hace una versión en un mundo gélido y petrificado, que pasó por el fuego de los elementos y lo elemental, y se fusionó para adquirir forma y color: un cuenco normal y corriente que contiene todas las pasiones. Fíjese en la malvada carcajada de Loge. Mire cómo brillan y se oscurecen las manzanas doradas, y cómo la luz se vuelve cegadora y dorada al darle vueltas.

Necesitamos ese misterio.

—El ensayo le ha hecho enfadar.

—Sí. Y este salón tan misterioso me devuelve el buen humor. Los sabuesos eternos persiguiendo al ciervo eterno, debajo de las eternas ramas de los bosques. Y esas mujeres de madera de Burne-Jones. Prosper, estos huevos de codorniz son exquisitos y deliciosos, y su champán es una helada fuente de juventud.

—¿Por qué no monta usted una obra así?

—Porque me falta imaginación y no sé escribir. Necesito un creador de mitos. Usted, Olive, sí podría hacerlo. Usted podría concebir otro mundo para mí. Tiene usted una auténtica percepción de lo que hay más allá de la ventana y el espejo.

Después de la cena, bailaron *quadrilles*. Los mayores se mezclaron con los jóvenes. Era más elegante y más frívolo y divertido que los valeses y las polcas. Olive y Steyning bailaron con Tom y Pomona; Humphry sacó a bailar a Katharina y formó un cuadrado con Dorothy y Charles. Prosper y Seraphita bailaron con Florence y Geraint.

Más tarde, cuando el baile tocaba a su fin, los padres bailaron con las hijas. Basil Wellwood reclamó a Griselda, la cogió firmemente por la cintura y le hizo dar vueltas y vueltas, y afirmó que estaba muy orgulloso de ella y que había hecho muy feliz a su madre. Prosper bailó con Florence y le dijo que esperaba que hubiese disfrutado del baile. Ella respondió que le encantaba bailar, que había bailado todo el rato y que el museo se había transfigurado. Luego bailó con Imogen, cuyo padre estaba ausente. Ella soltó un leve suspiro y se acurrucó entre sus brazos, como si se sintiese cómoda allí. Le dijo que era un mago y que había creado un palacio encantado, que era, para ella, un inesperado vuelo de la fantasía. Le informó, como habría hecho una hija, de que Henry Wilson, de joyería, había bailado con ella dos veces, y la había felicitado por su forma de trabajar la plata.

—Me dijo que entendía tan bien la cimbalaria como la plata —dijo—. Ojalá pueda ganarme la vida con eso.

Imogen apoyó la cabeza levemente en su hombro y él resistió la tentación de acariciarle el cabello. En lugar de hacerlo le preguntó si, en su opinión, debería tratar de persuadir a su padre de que enviara a Pomona al Royal College, siguiendo sus pasos.

—Parece un poco abandonada —dijo.

—A veces tengo la impresión de que daría cualquier cosa por no volver a ver una obra de arte en toda su vida —respondió Imogen—. Pero eso no significa que quiera nada concreto. No habla conmigo. No habla con nadie. Trata de hablar con Philip, pero no resulta fácil. Ojalá pudiera usted ayudarla —dijo sin demasiada sinceridad—, aunque la verdad es que no veo cómo. Al menos ha estado bailando un rato.

—Me habría gustado que hubiese venido tu padre.

—A mí no. —Abrió la boca para añadir algo y volvió a cerrarla. Sus manos se contrajeron sobre su hombro. Él la sostuvo con firmeza militar y dieron un giro.

Dorothy estaba bailando con Humphry. Era probablemente el mejor bailarín del salón. Dijo: «Deja que te lleve», y ella así lo hizo, y empezaron a moverse como si fuesen un único ser, dando vueltas y saltando, dando pasos rápidos y concentrados, flotando de forma somnolienta. Su mano en la base de su espalda era fuerte y cálida: las dos mitades de su cuerpo, por encima y por debajo de su mano, se movían según su dictado. Se movía deprisa y ella tenía la misma sensación que de pequeña en los tióvivos y toboganes.

—En fin, ¿lo has pasado bien, jovencita? —preguntó Humphry.

—Sí.

—Tu vestido te realza. Es todo un acierto.

La acercó más a él. Bailaron hacia uno de los grandes espejos de cuerpo entero de la sala, enmarcado como si fuese una puerta, en hierro fundido pintado en trampantojo como si fuese mármol de color sepia. Los espejos estaban orientados para producir la ilusión de que el salón era infinito, que se podía doblar la esquina para entrar en otro lugar deslumbrante. Estaba claro que era un espejo porque había una ninfa griega o romana sobre una gruesa columna de mármol de espaldas a él. Sujetaba modestamente por delante los pliegues esculpidos de una túnica, que le cubrían los muslos, pero no los pechos desnudos sobre los cuales había colocado las manos en una pose antigua y convencional. Por detrás, extrañamente, estaba totalmente desnuda. Sus omoplatos, la fina cintura y las nalgas redondeadas estaban expuestas al espejo, aunque no al salón. Distrajo a Dorothy, mientras su padre la acercaba hacia el espejo. Vio su propia carita pálida, mirando soñolienta por encima de sus fuertes hombros, y su mano pequeña y femenina sobre su brazo. Vio su inusual peinado alto, y el pelo fino y rojizo como el de un zorro de su padre. Y luego, al darse la vuelta, miró hacia el espejo y vio el vestido azul noche, y su espalda y sus hombros desnudos, y la mano poderosa plantada en su cintura, sobre las inusuales ballenas que la torneaban.

—Si sigues así —dijo Humphry— harás que todos se peleen por ti. —Y añadió —: Tal vez sea cierto lo que siempre se dice, ¿no crees?

Ella no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

Después del baile, los Wellwood de Todefright fueron a Portman Square, donde se alojaban en casa de los Wellwood de Londres. Olive se sentó en la parte de atrás del carruaje con Tom. Dorothy se sentó delante de ellos, y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. No hablaron mucho: estaban soñolientos y pensativos.



Katharina envió a los jóvenes a la cama, con una doncella que les llevó leche, galletas glaseadas y una lamparita de petróleo con una pantalla de cristal esmerilado. Dorothy siempre dormía en el mismo cuarto cuando iba a Portman Square. Era pequeño y de techo alto y daba a los jardines de la parte trasera del edificio. Estaba decorado al gusto de Katharina, con una tenue muselina blanca, salpicada de rosa. La cama era un nido rodeado de cortinas. Había un lavabo, con una jofaina y una jarra decoradas con capullos de flores sobre un fondo de porcelana azul, pero ningún escritorio. Otra joven podría haber encontrado encantadora aquella nostálgica feminidad tras la brillantez y sencillez de Todefright. Dorothy no. Pero no le importaba, ni tampoco la hacía sentirse incómoda.

Se quitó el vestido de baile, y las enaguas: no le hacía falta la ayuda de la doncella y así se lo hizo saber. Otra doncella estaría sin duda desvistiendo a Griselda. Dejó el vestido azul noche ni muy cuidadosamente ni con descuido sobre una butaca con un bonito tapizado, colocó los pantaloncitos en lo alto de todo, y se puso su voluminoso y sencillo camisón de algodón cosido por Violet. Decidió leer un poco, antes de apagar la luz. Estaba tratando de leer cuentos de hadas en alemán para complacer a Griselda. No se le daban bien los idiomas, y los cuentos de hadas le despertaban sentimientos ambivalentes.

Alguien llamó a la puerta. Pensó que se trataría de Griselda para hablar del baile, en realidad no le apetecía, pero aun así le dijo que entrara. Al fin y al cabo, estaban en casa de Griselda y ella la quería mucho.

La puerta se abrió despacio y silenciosamente. No era Griselda, sino Humphry, su padre, con una camisa de dormir de seda cubierta de retorcidos dragones chinos. Miró a su alrededor en busca de una silla: tanto la butaca como la silla del vestidor estaban cubiertas de prendas femeninas abandonadas. Se sentó junto a su hija, hundiéndose en su florido edredón de pluma de ganso.

—Pensaba que podíamos hablar —dijo.

Estaba rodeado de un aura de whisky. La estricta Dorothy pensó que sus dos mujeres —como las veía ahora— deberían hacer algo para que dejara de beber o al menos bebiese menos.

—Estoy cansada —respondió.

Él le pasó un brazo por encima del hombro.

—Eres una joven encantadora. Nunca pensé que llegases a serlo tanto. La reina del jardín de las muchachas en flor. Mi Dorothy. —Dorothy se puso rígida—. Hay cosas que debería decirte. Deseaba tanto decirte..., decirte... —balbució—, tan encantadora...

Le echó una vaharada de whisky a la cara. Ella se apartó y él le propinó un torpe empujón que la desequilibró. Dorothy enterró la cara en la almohada y susurró con voz infantil:

—Vete. Por favor. Fuera de aquí.

Entonces él metió la mano entre los blancos pliegues de algodón y tocó la carne desnuda. Dorothy dejó a un lado su timidez y confusión y se encolerizó.

—No hagas eso. O gritaré. O llamaré al timbre.

—Solo quiero jugar contigo un rato. Cariño.

Acercó su rostro al de ella. Una mano se coló por debajo del camisón. La otra le tapó la boca. Dorothy le mordió. Mordió con todas sus fuerzas, y era muy fuerte. Mordió el pulpejo debajo del pulgar y la boca se le llenó de sangre. Sacudió la mano entre los dientes como una mangosta a una serpiente.

—¡Serás zorra! —exclamó Humphry. Se sentó. De la mano manaba sangre sobre las sábanas blancas. Dijo—: ¿Tienes un pañuelo? Hay que cortar esto. Me has hecho daño.

—Es lo que pretendía. ¿Cómo te atreves? Aquí tienes un pañuelo. Es muy pequeño, las chicas usamos unos pañuelos absurdos. Coge la toalla. Luego romperé algo y te haré un vendaje. No tengo muchas cosas que romper. Violet se pondrá furiosa si rasgo esas enaguas que le costaron tanto trabajo. Tendrás que conformarte con los pantaloncitos. —Esa palabra hizo que se pusiera a temblar. Tomó aliento profundamente entre sollozos y dijo—: No puedes irte con nada de esta habitación y que no sea mío, o todo el mundo lo sabrá. Así que tendrás que contentarte con los pantaloncitos. Puedes cogerlos. Están en el cajón.

La almohada estaba salpicada de sangre, igual que el cuello de su camisón.

—Tienes sangre en los dientes, como un armiño. Y también en tus preciosos labios —dijo Humphry con una risa espeluznante.

—Tendré que decir que me ha sangrado la nariz. Tú también tienes sangre en tu preciosa camisa de dormir. Que nos haya sangrado a los dos la nariz la misma noche es un poco improbable. Tendrás que cortarte al afeitarte.

Estaba tratando de preparar un vendaje con los pantaloncitos utilizando unas tijeras de uñas muy poco apropiadas.

—Deja ya de darme órdenes —dijo Humphry, comiéndose las palabras.

—Podemos actuar con frialdad o dejarnos llevar por el pánico y ponernos a gritar, y creo que incluso tú preferirás lo primero. Estás borracho. Tengo que pensar por ti y también por mí —dijo con un sollozo ahogado. Estaba respirando mucho más, o mucho menos, de la cuenta.

—No es lo que crees —respondió Humphry.

—Estoy aquí, ¿verdad? Tú... me has atacado. Estaba allí. No es cuestión de creer nada.

—Sí lo es. Hay razones. No es la mejor manera de contártelo. Siempre he querido decírtelo. Cuando llegara el momento.

—No tienes que contarme nada. Lo sé.

—¿Qué es lo que crees saber?

—Que soy hija de Violet. Alguien..., no yo, ha estado oyendo cosas.

—Pues ese alguien ha mezclado un poco las «cosas». Tú no eres hija de Violet. Phyllis sí. Y Florian. Tú eres hija de Olive. Pero no mía.

Dorothy se apretó la colcha contra el pecho igual que la ninfa desnuda del salón de baile.

—¿Qué?

—No eres hija mía. Así que, ya ves, no era... lo que pensabas. —Dorothy se había quedado de piedra—. No quería contártelo así. Te quiero. Siempre te he querido y siempre lo haré. Cariño. Di algo.

—¿Quién es mi padre? —preguntó Dorothy.

—Lo conociste una noche de San Juan. Es un alemán de Múnich. Se llama Anselm Stern. El de las marionetas. Las cosas se nos fueron un poco de las manos un carnaval. No pensarás que eso supone alguna diferencia —añadió de forma insensata.

—Estás siendo infantil. No piensas lo que dices. Pues claro que supone una gran diferencia. No soy quien creía ser. Ni tampoco lo es Phyllis. Nos habéis metido en un buen lío a todos. Vosotros, ellos dos y tú, habéis ocasionado este embrollo. No me vengas con que no supone ninguna diferencia.

—Te quiero —repitió Humphry sujetándose el vendaje con la mano buena.

—Por favor, vete —dijo Dorothy con desesperada dignidad—. Necesito pensar. No puedo hacerlo si sigues diciéndome estupideces.

—No he sabido llevar bien la situación —observó Humphry con patetismo de borracho.

—Ni siquiera lo has intentado —replicó Dorothy con desdén—. Solo has añadido un embrollo peor a otro monstruoso que ya existía. Vete. Por favor. Ya veremos mañana.

—Podemos volver a estar como estábamos, tal vez...

—No seas infantil. Eso es imposible. Márchate.

Humphry se fue.

Dorothy se sentó en la cama, abrazándose las rodillas y se puso a pensar enfurecida. Pensaba para no tener que sentir y el cuerpo le dolía de tanto pensar.

Pensó que no volvería a casa..., a Todefright.

Trató de reubicar a Olive en su imaginación y fracasó.

Pensó que no volvería a pensar en Humphry.

Pensó lentamente, y a regañadientes, que tendría que decirle algo a Griselda..., no estaba segura de qué, tendría que pensarlo. No le había contado nada del descubrimiento de Hedda. Había querido que siguiesen como hasta entonces, siendo primas y amigas y no permitir que salieran los seres maléficos de la caja de Pandora

de Hedda.

Decidió fingir que estaba enferma y quedarse en Portman Square. Explicaría lo de las manchas de sangre de las sábanas diciendo que le había sangrado la nariz. Le pediría a Griselda que dijese a la gente —en confianza y falsamente— que se le había adelantado el período con un dolor terrible, por lo que apenas podía moverse.

Era de esas personas que no soportan la incertidumbre o la indecisión. Debía actuar, poner en marcha un plan de acción. Debía marcharse, no podía seguir en Todefright con aquellos horribles secretos burbujeando en torno a ella como los géiseres ardientes de un campo de lava.

¿Dónde podía ir, y cómo?

Tom se había escapado. Eso era lo que hacían los niños en los cuentos. No tenía sentido huir para acabar siendo una mujer salvaje en los bosques. Quería ser médico. Trató de pensar en alguien a quien pudiera ir a visitar por un tiempo.

Estaba cada vez más cansada. Permitió que su imaginación tratase de evocar por un instante el recuerdo de Anselm Stern, su padre carnal.

Incurablemente sincera, recordó que no le había gustado demasiado y que incluso le había inspirado un poco de miedo. A Griselda sí le había caído bien y había hablado con él en alemán.

Recordó una figura delgada, con barba, casi un demonio, metiendo a la Muerte en su ataúd.

El inglés de aquel hombre era tan malo como el alemán entrecortado que hablaba ella. Sus marionetas la habían desasosegado.

Era una especie de titiritero. ¿Sería una persona de fiar?

Se esforzó por pensar un poco más. ¿Sabría él que ella era su hija? ¿Sabría que tenía una hija?

Sintió, con rabia y acaloramiento, que debería arreglárselas para hacérselo saber.

Sintió, con lágrimas y cansancio, que necesitaba saber quién era.

¿Se atrevería a contárselo a Griselda?

A la mañana siguiente, no bajó a desayunar. Se acurrucó debajo del edredón y pidió a la doncella que le llevara una jarra de agua caliente. Dijo que se encontraba mal, muy mal, y le agradecería que llamase a Griselda. La doncella respondió que hablaría con la señora Wellwood, y Dorothy replicó que no, que le agradecería que llamase a Griselda. Y deprisa. No había por qué molestar a nadie más.

Griselda entró con una camisa blanca y una falda verde, con el cabello recogido de cualquier manera sobre el cuello.

—¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien? ¿Qué te pasa? ¿Quieres que mande llamar al médico?

—No. Me ha sangrado la nariz. Lo siento por las sábanas. Ha ocurrido algo,

Griselda, algo que cambia toda mi vida.

Griselda apartó el vestido azul noche y las enaguas, doblándolas cuidadosamente, y se sentó en la gruesa butaca.

—Cuéntame.

—No sé si voy a poder.

—No hay secretos entre nosotras. Solo para el mundo.

—Este es un secreto que muchos conocen, un secreto sobre mí, y que me habían ocultado.

—Cuenta.

—Mi padre..., es decir..., bueno..., anoche me contó que no soy su verdadera hija. Había bebido un poco más de la cuenta y se le escapó. No era su intención contármelo.

La cara pálida de Griselda se puso blanca como la pared.

—¿Le creíste?

—Sí.

—¿Te dijo quién era..., quién es tu padre?

—Sí. Es aquel alemán de las marionetas que vino a casa el día de la fiesta de San Juan, cuando éramos niñas. —Se quedó pensativa—. Ignoro si él sabe que es mi padre. No me atrevo a preguntárselo a mi madre. No puedo. Tampoco puedo volver a casa. Tengo que pensar el modo de salir de allí. Tienes que ayudarme. —Una lágrima cayó de los ojos azules de Griselda—. Grisel, no llores.

—No somos primas —dijo Griselda—. Si eso es cierto, no somos primas.

Dorothy no había pensado en eso.

Se miraron.

—Somos aún más amigas que antes —repuso Dorothy—. Ayúdame. ¿Adónde puedo ir?

Griselda pensó con todas sus fuerzas.

—¿Estarías dispuesta a contárselo a Charles?

—Él tampoco es mi primo —respondió Dorothy, con una risa frágil y cloqueante.

—No..., pero... se pasa la vida haciendo esos viajes culturales a Alemania con Joachim Susskind. Va a Múnich donde vive él..., herr Stern. ¿Crees..., te parece posible... que nosotras fuéramos también? Con Charles y herr Susskind, y tal vez incluso con..., con... Toby..., ¿crees que un hermano mayor y dos preceptores podrían servir de carabina? A Charles le gustan los secretos. Tiene muchos. Se dedica a hacer toda clase de cosas en secreto con Joachim Susskind, que parece tan amable y respetable. Está metido en muchos asuntos, revolucionarios y de vanguardia artística, mis padres se morirían si llegasen a enterarse. Podríamos ir las dos. Yo practicaría mi alemán y estudiaría. Y, si nos acompañan los tutores, podrías seguir preparando los exámenes. Estoy segura de que podrás asistir a clase en Múnich. Y también podrías

verlo a él..., a herr Stern..., tu padre. Me cayó bien. Me gustó mucho. Es muy amable.

Dorothy saltó de la cama y rodeó a Griselda con los brazos. Se abrazaron. Griselda miró las manchas de sangre del camisón.

—Pues sí que te sangró la nariz. Cubos de sangre. Debiste de llevarte una impresión terrible.

—Sí.

—¿Ahora estás bien?

—Estoy bien siempre que pueda hacer algo. Tendré que quedarme aquí una temporada. No pienso volver a Todefricht.

—¿No se enfadarán tus padres? ¿Crees que te dejarán viajar a Múnich?

—Les asustaré con lo que podría hacer, si no me dejan. Contárselo a todo el mundo. Escaparme. Suicidarme. Echarme a perder. Gritarles sin parar. Nada de eso les gustaría. ¿Qué crees que es mejor?

—Creo que deberías quedarte aquí y esforzarte por parecer agresiva e intimidante. Entretanto, yo me mostraré encantadora y persuasiva, y les diré que, si me permiten ir a estudiar a Múnich una temporada, dejaré que ofrezcan un lujoso baile en mi honor a mi regreso.

—No creo que vuelva a disfrutar de ningún otro baile en mi vida.

—Bueno, si arreglo todo esto para ti, tendrás que prometerme que irás a ese. Como apoyo moral. Tendremos que contárselo a Charles, o nunca aceptaría. En cambio, si se lo decimos, creo que lo hará, porque le encantan los secretos y todo lo subversivo.

**E**l bebé de Elsie nació en una buhardilla de Dymchurch, desde la que se veía el mar. Pertenecía a una comadrona que estaba a punto de jubilarse y era amiga de Patty Dace. El parto fue largo y terrible, y golpearon y sacudieron al bebé amoratado —un bebé muy pequeño— para hacerle llorar, justo cuando amanecía en el canal.

—Es una niña —dijo la señora Ball—. Es muy pequeña, pero sobrevivirá. —Elsie flotaba entre la conciencia y la inconsciencia, como una sirena en el mar—. ¿Quieres verla? —preguntó la señora Ball, que había atendido partos en los que la madre apartaba la cara con aire triste y decidido y se negaba a mirar. Elsie nadaba. Elsie flotaba. Oyó una voz que decía:

—Démela. Déjemela ver.

La señora Ball dejó el bebé en la cuna, y le levantó la almohada en la cama de hierro fundido.

—Entonces debes seguir despierta, no se te vaya a caer.

El mar que lo inundaba todo se retiró.

—Démela. —El bebé estaba envuelto en un trozo de toalla como una muñeca. La señora Ball se lo puso a Elsie entre los brazos. Tenía la carita arrugada como un mono viejo y sabio. Abrió la boca minúscula y soltó un gañido. El pelo, de color indeterminado, estaba pegado a la cabeza. Abrió unos ojos muy oscuros debajo de unos párpados amoratados, parpadeó y luego se quedó mirando fijamente y dejó que les diera la luz—. ¡Oh! —exclamó Elsie conteniendo el aliento. Tenía los pechos hinchados y doloridos. Dijo—: Se llama Ann.

—¿Sabías que iba a ser una niña? ¿Ya tenías pensado el nombre?

—No. —Elsie soltó una especie de risa sollozante—. Se nota que se llama Ann. Es tan pequeña que necesita un nombre pequeño.

—Crecerá.

—Quiero verla.

La señora Ball destapó el minúsculo cuerpecito. Elsie tocó los pies de apariencia áspera, miró el sexo hinchado, alargó un dedo para que las manos temblorosas lo agarraran, y así lo hicieron.

—Ann —dijo Elsie moviendo el cuerpo dolorido a fin de que pudiera apoyar la vacilante cabeza en su hombro—. ¡Eh, Ann! Quédate conmigo.

La señora Ball estaba tratando de no ponerse sentimental y fracasó, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y se le hacía un nudo en la garganta. No era la primera vez que le ocurría y no sería la última.

Philip fue a ver a Ann. Tanto el asunto de su concepción como el parto lo habían avergonzado en cierto modo. Se sentía huraño, desmoralizado y, en el fondo, asustado de algo que le afectaba terriblemente y escapaba a su control.

—Se llama Ann —le dijo Elsie. Madre e hija estaban abrazadas, Ann tenía el rostro apretado contra el pecho de Elsie.

—¿Solo Ann?

—Solo Ann.

—Le queda bien. Es..., es guapa.

—Eres su tío.

—Lo sé. Vas a quedártela.

—Creo que no tengo elección. Pensé que la tendría. No sabía lo que iba a sentir. Pensaba apartar la cabeza sin más. Y luego vi que era mía. —Luego añadió—: Esas señoras son increíbles, lo han arreglado todo, como dijeron en la reunión sobre las mujeres del futuro, dijeron que había que cuidar de las mujeres solteras, y están cuidando de mí. Y de Ann.

—Vuélvela un poco hacia aquí. Quiero dibujarla. Tiene tus cejas.

Ninguno de los dos dijo a quién más podía parecerse.

Phoebe Methley llegó a ver a Ann, y llevó un ramo de flores silvestres para Elsie y un jarrón azul donde meterlas. También le llevó manzanas, dos vestiditos de bebé y un gorrito. Se sentó en un extremo de la cama y observó cómo se movía el lápiz de Philip sobre el cuaderno de apuntes.

Se sorbió la nariz y sacó un pañuelo.

—Lo siento, es una tontería. Siempre lloro al ver a un recién nacido.

—Se llama Ann.

—¿Vas a quedártela?

—No podría dejarla, no podría. —Se hizo un silencio—. De no ser por usted y las otras señoras, habría tenido que hacerlo. Nunca podré decirles...

Ambas mujeres estaban llorando.

Phoebe Methley tenía bastante claro quién era el padre de Ann, y por un tiempo no tuvo valor para mirarla a la cara. Comprendió entonces que había tenido la novelesca esperanza de que Elsie no quisiera saber nada de Ann y ella misma se hubiese visto obligada a ofrecerle un hogar a la niña, en una casa que jamás visitarían sus propios hijos. También sabía que aquel acto requeriría una generosidad de la que sería incapaz.

—Cualquier cosa que necesites... —dijo.

—Es usted demasiado buena conmigo...

—Las mujeres deben ayudarse unas a otras —replicó Phoebe con sana aspereza.

Esa tarde le dijo a su marido:

—Elsie Warren ha dado a luz a una hija. —Estaban sentados a la mesa para cenar.



Le sirvió un potaje de alubias, cocinadas con cebollas, costilla de cerdo, una cucharada o dos de melaza y una pizca de mostaza y aromatizadas con romero del jardín y un picadillo de perejil y cebolleta. Era un plato cocinado con cuidado a fuego lento. Herbert Methley lo olisqueó, y afirmó que parecía bueno. Más que bueno, exquisito, dijo sin mirar a su mujer a los ojos—. He ido a verlas. Se llama Ann. Es un bebé precioso muy pequeñito. —A Herbert Methley no le gustaba hablar de los niños de nadie. Replicó que ese día había hecho enormes progresos con su nueva novela, por fin estaba cobrando forma y fluía como el agua por el lecho de un río. Phoebe insistió, obstinada y valientemente—: Hemos formado un pequeño comité feminista de hadas madrinas para asegurarnos de que Ann está bien cuidada. Me preguntaba si incluso podríamos tenerla aquí un poco, solo de vez en cuando, ya me entiendes... Marian Oakeshott se ha ofrecido a pedirle a Tabitha que la ayude... —Herbert Methley miró distraído por la ventana. Dijo que opinaba que su nueva novela podría ser la mejor, la mejor hasta el momento, podría cambiar su suerte..., siempre que dispusiera de tiempo y silencio y nada lo distrajese y pudiera seguir escribiendo al mismo ritmo que ahora, mientras estaba inspirado. Afirmó que había encontrado un buen título—. ¿Ah, sí, Herbert? ¿Cuál?

—Se llamará «El señor Woodhouse y la niña salvaje».

—¿Como el señor Woodhouse de *Emma*, Herbert?

—No, cariño, aunque la connotación está ahí y has reparado en ello con mucha agudeza. En este caso, se escribirá Wodehouse. Hay una figura, una especie de hombre salvaje de los bosques conocido como Wodwose. He descubierto, con gran placer, que los lugareños siguen hablando de Wodwoses, aunque los llaman Wodehouses. Será la historia de un hombre tímido que se retira a una cabaña en el bosque para vivir de forma natural, un hombre que en ese momento se parece por su temperamento al señor Woodhouse de *Emma*, que se envuelve en chaquetas y abrigos de lana como si estuviese enfermo y conoce a la niña salvaje que vive libremente en el corazón de la selva.

—Antes has dicho que era un bosque.

—Es un bosque inglés que, simbólicamente, tiene las características de una selva espesa..., donde aprende a vivir libre y desnudo en la naturaleza.

—¿Y qué apariencia tiene la niña salvaje?

—Aún no la he inventado del todo. Tiene tus ojos, por supuesto. No podría inventar una... mujer amada que no los tuviera. Pero será difícil de domesticar. Sí.

—¿Y cómo acaba?

—Tampoco lo sé todavía. De forma maravillosa, creo. Aunque tal vez sea un desastre maravilloso. Tengo que averiguarlo, necesito seguir mis instintos. Y por eso mismo necesito paz y tranquilidad los próximos meses..., como siempre has sabido preservar para mí, cariño.

En junio, un grupo formado por Toby Youlgreave, Joachim Susskind, Karl Wellwood, Griselda Wellwood y Dorothy Wellwood emprendió el viaje en barco y en tren a Múnich.

La mayor parte de la labor de persuasión había corrido a cargo de Griselda. Cualquier niña criada en un espacio parcialmente público, rodeada de criados directa e indirectamente relacionados con el control de su vida, una niña que no haya sido criada en contacto íntimo con ninguno de sus padres, y que se ha acostumbrado a estar con ellos solo en lugares públicos y formales, debe aprender por fuerza a tomar sus propias decisiones y a crear un espacio privado, en su cuerpo o en su imaginación, para sus proyectos. Muchas chicas de clase alta no aprendían a hacer eso, e iban como muñecas del cuarto de los niños a los salones de baile, y de ahí al encaje blanco de la iglesia y los inesperados horrores o placeres carnales del lecho nupcial. Si Griselda no era una muñeca, pese a que a menudo la hubiesen vestido como tal, era de hecho porque sus padres la querían, con todas las reticencias que se quiera, como persona. Ella lo sabía —igual que lo sabía Charles/Karl en su propio caso— y ahora lo explotó, con cierta astucia, por el bien de Dorothy. Ignoraba qué era lo que había asustado así a su prima, aunque Griselda suponía que debía de tratarse de algún detalle horrible en el modo en que le habían revelado quién era su verdadero padre. Pero quería mucho a Dorothy y Dorothy estaba asustada. Así que Griselda fue a ver Katharina y le hizo varias confidencias. Lo que le contó fue una serie de medias verdades y auténticos embustes acerca de lo infeliz que era Dorothy en su casa y de la falta de seriedad con que sus frívolos padres consideraban su decidida ambición de ser médico. Con delicadeza, Griselda acusó a su madre de favorecer a Charles/Karl: él podía requerir la atención de su preceptor, llevárselo como compañero de viaje y privar así a Dorothy de las lecciones que tanto necesitaba. Dorothy estaba nerviosa y deprimida. Ella, Griselda, estaba inquieta. ¿Por qué no iban a poder ir juntas, en compañía de Charles y Joachim Susskind a Múnich a perfeccionar su alemán...?

—En Baviera —la interrumpió Katharina, que era de Hamburgo— no aprenderás alemán clásico.

—Herr Susskind habla alemán clásico. Tiene una tía, mamá, que regenta una pensión e imparte clases de matemáticas y biología a jovencitas, el genio matemático corre por las venas de la familia Susskind, se llama frau Carlotta Susskind, y podríamos alojarnos en su pensión, ver las obras de arte y estudiar, y así Dorothy se animaría un poco, no soporto verla tan triste.

—Su infelicidad parece muy repentina.

—No mamá, no lo es. Lo que ocurre es que es muy fuerte y sabe ocultar las cosas. Puedo confiar en ti, me ha dado permiso... —Katharina a veces pensaba que Griselda y Dorothy estaban demasiado unidas. Griselda vio cómo esa idea cruzaba

por su cabeza, aunque sin llegar a formularse con palabras—. Y cuando volvamos..., tú darás un baile, yo me tomaré en serio lo de mi presentación en sociedad y después me permitirás ir a estudiar a Cambridge, si todavía quiero...

Katharina besó a Griselda y dijo:

—Tú me estás ocultando algo...

—Las chicas siempre ocultamos algo. Pero no se trata de nada importante —respondió Griselda mintiendo sin el menor rubor. Katharina sonrió y aceptó que fuesen de viaje.

Dorothy había tomado la radical decisión de no volver nunca a Todefright. Se convertiría en una exiliada. Iría a Baviera, donde no tenía el menor deseo de ir, a buscar a un padre a quien no tenía ganas de ver. Pero era una persona práctica, y comprendía que no podría escapar sin pasar antes por su casa. Tendría que hacer las maletas. Discutir la cuestión del dinero. Organizar los estudios. Pidió a Griselda que fuese con ella. Juntas eran menos accesibles, estaban menos abiertas al chantaje, o la invasión emocional. Temía estar bajo el mismo techo que Humphry y suponía que a él no le gustaría verla a ella. Olive también había cambiado de sitio en su paisaje interior. Había hecho algo, sentido algo, que había guardado en secreto, que cambiaba enormemente quién era para Dorothy, de un modo que Dorothy no había decidido todavía.

Se quedó unos días en Portman Square fingiendo estar enferma. No les contó a Charles y a Griselda más de lo que les había contado ya. Cualquier desliz podía hacer que las cosas se volvieran aún más precarias y peligrosas.

Soñó con sus dos padres. Sus sueños fueron agitados. Soñó con Humphry, que avanzaba hacia ella sonriendo por debajo del bigote zorruno, a través del prado de Todefright. Él estaba a pleno sol y la cogía en brazos para besarla, como hacía cuando era pequeña, y en el sueño comprendía que había cometido un terrible error, pero no recordaba cuál, no obstante, su padre la abrazaba y se sentía segura. Luego despertaba, y lo recordaba todo.

Sus sueños sobre Anselm Stern fueron un poco más confusos. No recordaba exactamente su aspecto, y en el sueño se confundía con sus propias marionetas; avanzaba hacia ella moviendo los brazos y gesticulando, con una sonrisa fija, callada y siniestra. Iba siempre vestido de negro, como cuando estuvo en Todefright. Parecía una especie de araña. Flotaba hacia ella a través de muchas habitaciones diferentes y desconocidas y extendía los brazos con bien engrasadas articulaciones para abrazarla, y ella quería escapar, y sabía que no debía hacerlo, y se despertaba asustada.

En Todefright todo el mundo trató de guardar las formas. Humphry y Olive las recibieron en el vestíbulo, y Humphry, deshaciéndose en sonrisas, le dijo a Griselda que estaba muy guapa y dio la bienvenida a Dorothy sin mirarla. Dorothy besó a Olive con frialdad. Olive notó un torbellino de sentimientos que la dejó perpleja.

Notó que Dorothy estaba fría y reservada e ignoraba el porqué. Eso confundió a la escritora tanto como a la madre: le gustaba dejar a todo el mundo sonriente y satisfecho antes de encerrarse con la máquina de escribir.

Esa noche, en la cena, Griselda les explicó lo del proyecto de Múnich. Tenía tantas ganas de ir; Charles había ido tantas veces, los tutores habían aceptado acompañarlas y le apetecía tanto que Dorothy fuese con ella, era una oportunidad maravillosa antes de que tuviese que concentrarse en aquellos terribles exámenes.

La tía de Joachim Susskind regentaba una pensión. Charles se había alojado allí.

Olive pensó en secreto que nunca había reparado en que Griselda fuese tan descarada. No tenía pelos en la lengua. Había sucedido algo. En ese momento, los Wellwood iban un poco justos de dinero. Pagarle un viaje a Múnich y el alojamiento a una hija que podía quedarse tranquilamente en casa no parecía lo más adecuado. Dorothy, sincera por naturaleza, trató de buscar una mentira y dijo con artificial entusiasmo que nunca había deseado nada tanto como viajar a Munich con Griselda, Karl y los tutores. El señor Youlgreave también iría. Humphry, con un entusiasmo no menos fingido, dijo que, en tal caso, habría que encontrar el dinero. Tom afirmó que no entendía por qué nadie podía querer viajar.

En el dormitorio, por la noche, Olive se volvió hacia Humphry y le preguntó qué había ocurrido.

—Sabes muy bien que no puedes encontrar el dinero para enviar a la niña a Múnich, lo que equivale a decir que tendré que hacerlo yo. No puedo escribir más deprisa. Y tenemos que pensar también en Tom. Aquí está pasando algo que no me has dicho.

—Le conté que no era hija mía. Se me escapó. Lo siento.

Olive se incorporó con su camisón y lo miró con dureza.

—No estamos seguros de que no lo sea.

—Claro que lo sabemos. Seamos sinceros, Olive. Lo sabemos.

—¿Por qué se lo dijiste? No tenías ningún derecho a hacerlo.

Humphry, cariacontecido, se quedó mirando fijamente la alfombra.

Olive lo observó. Repasó con la imaginación las posibles razones que podían explicar aquella locura y las descartó. Como escritora habría podido imaginar una escena en la que el secreto se le hubiese «escapado». Como mujer se sintió amenazada y furiosa. La mujer necesitaba conservar la calma, o la escritora no podría trabajar al día siguiente. La mujer temía la pérdida y la vejez. Toby estaba dejando a un lado la devoción que sentía por ella para ir de excursión a Múnich con dos jovencitas en todo su esplendor. Llevaba meses sin tener noticias de Herbert Methley. La había asediado, y luego se había batido de pronto en retirada. Miró fríamente a Humphry, que estaba sentado en el borde de la cama, con los brazos cruzados.

—Todo esto es muy raro —dijo con bastante dulzura. Y añadió—: Le sentará bien

alejarse de aquí una temporada. Se está haciendo mayor. —Se quedó pensativa un momento—: No hablaré con ella.

—No es necesario —respondió Humphry.

Olive sabía que sí era necesario, y que no tenía el valor que hacía falta.

El día que Dorothy partió hacia el continente, escoltada por un elegante y sonriente Toby Youlgreave, August Steyning fue a tomar el té con Olive. Humphry se había encerrado a escribir en su despacho. Tom había desaparecido en el bosque, como hacía a menudo. Violet estaba fuera con los niños. Hedda merodeaba por ahí, cuando llegó por el camino el calesín de August Steyning. Parecía enfadada y resentida. Olive fue a las escaleras a recibir al visitante, y vio a Hedda dándole patadas a las piedras. Todo el mundo parecía malhumorado, pensó Olive. Dijo:

—Haz algo útil, Hedda. Seguro que tienes algo que estudiar.

Steyning se apeó y le dio las riendas al mozo de cuadra. Cogió la mano de Olive.

—Confío en que pueda usted dedicarme un rato. Me he hundido en un pozo de desesperación, y necesito que me eche una mano para salir. —Vio a Hedda—. Buenas tardes, jovencita. —Se volvió hacia la madre—. La necesito, amiga mía, la verdad es que necesito su ayuda. —Su voz sonaba fresca y liviana, sus subrayados casi resultaban burlones. Hedda arrastró los pies.

—Hedda, márchate. Ya te he pedido una vez que te vayas. Tengo que hablar con el señor Steyning. Ve y... ponte a leer un libro.

Le dijo a Steyning que tomarían el té en el jardín y lo cogió del brazo. Ambos le dieron la espalda a la niña enfadada.

—¿Recuerda el terrible aburrimiento de tener esa edad? —le preguntó Steyning a Olive—. Sin nada que hacer y nadie más que uno mismo en quien pensar. Ser adulto tiene sus compensaciones.

Olive se sentó en una silla de paja y se colocó bien la falda. Se volvió con aire expectante hacia su visitante mientras ocupaba su sillón. Humphry estaba mohíno, Methley había desaparecido, Toby, despreocupado y sonriente, iba camino de la estación con Dorothy. Flirteó descaradamente con August Steyning, que siempre le había inspirado un poco de respeto. Era como si se ocultara tras su desconcertante sonrisa y su rostro delgado. Ella tenía la impresión de gustarle, pero no estaba segura. Sabía que disfrutaba mirándola, pero no creía que la deseara, como hacían Toby y Herbert Methley. No lo conocía lo bastante para saber cómo vivía. Suponía que, al igual que el encarcelado Oscar, tal vez sintiera un amor romántico por los hombres jóvenes. Eso era frecuente en el teatro. Ella trataba de ser amplia de miras —le habría gustado ser bohemia—, pero lo cierto era que las descripciones que daban los periódicos de las habitaciones de hotel a las que Oscar había llevado a sus efebos solo le inspiraban aprensión y disgusto. Sonrió a August Steyning, que le devolvió la

sonrisa.

La doncella les llevó una bandeja de té y puso la mesa. Ella sirvió el té. August observó que siempre le sentaba bien estar en aquel jardín. Era como una colmena repleta de energía. Le parecía sentir la imaginación de Olive cerniéndose e inventando en aquel jardín, descubriendo criaturas extrañas en el bosquecillo y situaciones dramáticas en la hoguera. ¿Recordaba su discusión sobre aquella obra mágica? Quería sugerirle que le escribiera un cuento —una obra de teatro— una obra verdaderamente imaginativa. Extraña y maravillosa, que no fuera solo «bonita». Como los austriacos, como Hofmannsthal, o como el *El anillo de los nibelungos*. Estaba harto de señoras que tomaban el té en el escenario, y de criados mofletudos, criadas descaradas y *jeunes ingénues*. Quería que a la gente se le pusieran los pelos de punta. Aventura, peligro, oscuridad y luz.

Olive le animó a seguir hablando y le ofreció unos sándwiches y unos pasteles glaseados. Él le habló de las tendencias en el mundo de las artes. Todo el mundo, afirmó, estaba leyendo cuentos escritos originalmente para niños: cuentos de magia, de búsquedas, de seres semihumanos que seguían en contacto con la tierra antigua, animales que hablaban y centauros. Pan y Puck. Estaba seguro de que ella sabría escribirle una obra de teatro en esos términos: acerca de ese mundo onírico que era más real que el ajetreo urbano..., quería hacer algo maravilloso y complicado con espejos, luces, alambres... y sombras.

Olive le explicó, arrastrando un poco la voz, que precisamente estaba escribiendo un cuento sobre un niño —un príncipe— que perdía la sombra e iba a buscarla al mundo subterráneo.

—¿Cómo la perdió?

—¡Oh!, se la arrancó a mordiscos una rata monstruosa cuando estaba todavía en la cuna, una rata de dientes afilados y amarillos, que la enrolló y la llevó detrás del zócalo, y a través de horribles pasadizos, al mundo subterráneo de la reina de las sombras. Su familia, el rey y la reina, tratan de mantenerlo a salvo en un jardín rodeado de muros, ya sabe cómo son siempre esas cosas, pero un día se encuentra con la reina de los elfos, que le pide ayuda y se lo lleva a lomos de su caballo cubierto de campanillas, a través de un mar de sangre que le lleva por las corvas hasta la entrada del pozo de una mina. Y tiene que adentrarse por ella..., y se encuentra toda clase de criaturas ahí abajo, unas amistosas, otras malvadas y otras indiferentes...

—¿Y la recupera?

—Todavía no he llegado ahí. Es una historia sin final. La estoy escribiendo para Tom. Cada uno de mis hijos —dijo con la misma voz cautivadora con que le había hablado a la señorita Catchpole— tiene su propio cuento escrito en su cuaderno. Eran cuentos para antes de irse a dormir, pero ahora que los niños son mayores, al menos algunos, se han convertido solo en una especie de juego. No sé por qué sigo

haciéndolo. A veces me siento un poco tonta. ¿Sabe eso que ha dicho sobre las historias subterráneas, acerca de cosas antiguas e inhumanas, y la magia que solía impregnarlo todo y ahora se ha reducido a unos cuantos bosques y montecillos encantados? Toby Youlgreave habla a menudo de los hermanos Grimm y su creencia de que los cuentos de hadas eran la religión antigua, la vieja vida interior, del pueblo alemán. Pues bien, a veces tengo la impresión de que los cuentos son la vida interior de esta casa. Una especie de tejido de donde procede toda su energía. Yo soy el hada que teje en el ático, la Mamá Oca cuyos graznidos parecen solo pura cháchara pero en realidad... la mantienen unida. —Soltó una risita y añadió—: En fin, sirve para ganar dinero y no deja de ser cierto que eso lo mantiene todo unido.

Llegaron a la pensión Susskind, en Schwabing, que regentaba Carlotta, la tía de Joachim Susskind. Como buena alemana, Katharina Wellwood, imaginaba que sería un establecimiento sobrio, decente e inmaculadamente limpio, en el que se serviría comida sana e insípida a horas fijas. En su imaginación, «Lotte» Susskind era una señora alta vestida de negro con un manojito de llaves a la cintura, un cuello blanco impecable y un flamante moño de cabello gris. Olive la imaginaba más rosada e informal: su Lotte Susskind vestía un delantal limpio sobre el amplio regazo, y horneaba pasteles para los afortunados huéspedes. De hecho, la tía de Joachim Susskind era una mujer joven, aunque tenía dos hijas adolescentes, Elli y Emmi. Era huesuda y angulosa, vestía blusas vaporosas y faldas amplias, tenía una mata de cabello áspero y despeinado y la barbilla ligeramente puntiaguda como la de una bruja. La pensión era un edificio laberíntico, con balcones y pasillos que unían estructuras que en otra época tal vez hubiesen sido establos o lecherías. Dorothy y Griselda tenían habitaciones adyacentes en el último piso, debajo del alero de los tejados, parcamente amuebladas con camitas de madera, sencillas mesas de madera, cortinas de gasa y gruesos edredones de plumas. Las paredes estaban pintadas de color verde manzana y el entarimado era de color mostaza. Dorothy se preguntó si eso sería normal en Alemania. Griselda sabía que no lo era. Charles había estado allí antes, y Lotte lo saludó como al hijo pródigo.

La pensión era pasablemente ruidosa. La habitaba gente muy dispar. Había dos hombres muy grandes, uno moreno y el otro rubicundo, con gigantescas cabezotas cubiertas de pelo enmarañado y barbas puntiagudas. Se sentaban en mangas de camisa en un rincón del comedor y discutían acerca del cosmos, según le pareció entender a Griselda, que tuvo que hacer un esfuerzo por comprender el alemán meridional y su extravagante terminología. Había otros dos hombres muy correctos, con la chaqueta siempre abotonada hasta el cuello, de cabello negro y brillante y minúsculos bigotitos, que usaban quevedos de concha negra con unas minúsculas monturas circulares en los cristales como las lunas de un planeta. Entraban y salían, se suponía que a trabajar, pero después de cenar se unían a las discusiones sobre el cosmos. Había también tres chicas jóvenes, que eran estudiantes de arte en una de las escuelas femeninas independientes. La Real Escuela de Arte Bávaro solo admitía a hombres. Una de las mujeres era adinerada: tenía muchos vestidos, sombreros elegantes y llevaba el pelo recogido en elaborados peinados. Las otras iban llenas de parches y remiendos y vestían ropa sencilla. Las tres eran muy risueñas. En la



pensión había un perpetuo olor de pintura y barniz. Elli y Emmi, cuando volvían a casa por las tardes, resultaban ser versiones más jóvenes de las otras tres. Ambas habían heredado el aspecto huesudo y vivaz de la madre, y sostenían animadas y entretenidas conversaciones con los demás inquilinos. Llevaban vestidos sencillos debajo de mandiles con manchas de pintura. Abrazaron a Charles, como si fuese un miembro de la familia o un viejo amigo, y expresaron su sorpresa cuando les presentó a Griselda. «No sabíamos que tuvieras una hermana», dijeron Emmi y Elli al unísono, y se echaron a reír. Griselda se sintió rara. Dorothy, que no entendió nada de lo que decían, aún se sintió más rara. Aquel sitio bullía de animación y zumbaba por el rumor de las discusiones, y resulta difícil, cuando se tienen diecisiete años y se visita por primera vez un país extranjero, no tener la sensación de que las risas están dirigidas directamente contra ti y la camaradería pensada para excluirte. Hubo un momento, mientras estaba plantada rígidamente en mitad de aquel clamor, en que se preguntó por qué demonios habría alterado su vida tanto como para acabar allí y sentirse tan perdida. La rescató Toby Youlgreave, también un extraño en aquel mundo, pues aunque sabía leer alemán, como todo buen folclorista, carecía del vocabulario para sostener una conversación y no conocía a los bávaros.

—Imagino que nos sentiremos como inquilinos veteranos en dos o tres días —le dijo a Dorothy—. Todo esto nos acabará pareciendo normal y cotidiano.

Pronto quedó claro que, a la hora de las comidas, la pensión estaba abierta a toda clase de tertulianos de café: artistas, bohemios, estudiantes, místicos divagantes y anarquistas. Por la noche, los huéspedes de la pensión cenaron juntos, en torno a una enorme mesa con platos ribeteados de encantadoras florecillas. Se sirvió sopa, con mucha col, salchichas y gigantescas chuletas de cordero, acompañadas de un montón de patatas, y un delicioso pudín de frutas rojas con nata. Se bebió mucha cerveza en grandes jarras de loza. Después, uno de los hombres correctos sacó una flauta, y una de las estudiantes de arte cantó, con voz áspera, mientras los huéspedes llevaban el compás con los dedos y los pies, hasta que todo el mundo acabó uniéndoseles y las barbas se balancearon y las gargantas se hincharon. Toby bebió varias jarras de cerveza y se unió al grupo tarareando la melodía. Dorothy dijo que tenía dolor de cabeza y se fue a la cama.

Es difícil conciliar el sueño en una habitación desconocida, con mantas y sábanas a las que uno no está acostumbrado. Dorothy dio vueltas en la cama y se agitó intranquila en una especie de duermevela. Veía una luna fina, curva y acerada como un abrecartas sobre un fondo negro azulado. Oyó un extraño sonido, un golpeteo regular y un chirrido, ñic, ñic, ñic, que se fue acelerando y se prolongó largo rato. Lo acompañaba el crujido de las varillas de la cama y una mezcla de gemidos y risitas. Luego se oyó un grito como un aullido y el silencio.

Dorothy sabía muy bien, en abstracto, lo que estaba oyendo. A diferencia de

muchas chicas de su edad, sabía cómo se realizaba, en teoría, el acto sexual. Había observado a perros y caballos. No tardaban tanto tiempo. Eso era interesante. ¿Qué estaría sucediendo? La científica que llevaba dentro tomó notas, y la chica cansada y exhausta deseó que los vecinos acelerasen incluso más y llegasen cuanto antes al final, y la dejaran dormir. Cuando cesaron los golpes, oyó un murmullo de voces. Se quedó adormilada. Pero volvió a despertarse cuando recomenzaron con entusiasmo los golpes. Eso también le pareció extraño e inesperado. Era característico de Dorothy que se preguntase no quién estaría dando aquellos golpes y con quién, sino cómo se hacía y por qué tenía ese ritmo.

Por la mañana, las chicas tenían dos horas de clase de matemáticas, alemán y literatura. Estudiaban en un balconcito que daba a una especie de corral y un huerto de hierbas y hortalizas. Charles no asistía a las clases: era un joven, no un escolar, aunque su educación estuviese incompleta. A veces se quedaba durmiendo y en ocasiones deambulaba por las calles y se sentaba en los cafés. Luego todos hacían visitas culturales a galerías y museos, y volvían a la pensión a comer, beber una cerveza, conversar y dormir la siesta.

Griselda era consciente de que Dorothy estaba muy tensa. Cuando estaban solas, Dorothy se volvía hacia Griselda y le decía: «Debemos encontrarlo, tenemos que buscarlo, es lo que hemos venido a hacer». Rogó a Griselda que preguntara a la tía Lotte por un espectáculo de marionetas ofrecido por un hombre llamado Anselm Stern, y Griselda se hizo la remolona. Era tímida y reservada. No sabía cómo preguntárselo. Pero, pasados unos días, después de una comida particularmente animada, con oleadas de discusiones y risas expansivas y extranjerías, la tía Lotte les llevó pasteles de manzana, y se sentó a charlar un momento con Joachim. «¿Qué habéis visto hasta ahora? —le preguntó—. ¿Las estatuas clásicas? ¿El Museo Estatal? Debes llevar a todos al nuevo cabaret. El Elf Scharfrichter, es muy inteligente y sorprendente. ¿Qué les gustaría ver a las jóvenes?»

Dorothy comprendió la mayor parte de la conversación. Clavó disimuladamente un dedo en el costado de Griselda.

—Díselo —dijo—, dile a frau Susskind lo que queremos ver...

—Una vez, en Inglaterra —empezó Griselda—, vimos un espectáculo de marionetas. El..., el... *puppenmeister*..., se llamaba herr Stern. Anselm Stern. Representó una versión de *El hombre de la arena*, de E. T. A. Hoffmann, y *La Cenicienta*. Fue... muy interesante. ¿Le suena a usted de algo?

—Pues claro —dijo la tía Lotte—. Es un artista muy conocido. Los títeres y las marionetas son famosos en esta ciudad. Está Paul Brann, cuyo trabajo es mágico e ingenioso, y también Anselm Stern, que ha instalado su propio teatro en un sótano, se llama Frau Holle's Spiegelgarten, es más místico y poético..., pero todos los artistas se admiran unos a otros, todos intercambian ideas, y fueron juntos al Künstlerhaus

para celebrar las exequias de nuestro gran pintor Arnold Böcklin. ¿Ha visto usted los cuadros de Böcklin? Tenía una imaginación descabellada, una visión fantástica..., debería visitar el Spiegelgarten.

(«Un jardín de espejos», le susurró Griselda a Dorothy.)

—¿Fräulein Dorothy está interesada en las marionetas?

—Ella quiere ser médico. Fui yo quien se quedó impresionada con *El hombre de la arena*.

—Les resultará muy fácil encontrarlo —dijo la tía Lotte, poniéndose en pie—. Esos dos jóvenes de ahí son hijos de herr Stern, Wolfgang y Leon. Vienen aquí a menudo, Wolfgang estudia arte, no en la Escuela de Arte de Múnich, sus ideas son demasiado revolucionarias para quedarse allí a pintar vacas y ángeles. También ayuda con las marionetas..., es más satírico que su padre. Ha estado trabajando en el Scharfrichter en una obra de marionetas sobre los reyes y reinas europeos: *La noble familia, en tres sensaciones y un prólogo* es terriblemente cómica. Leon todavía va a la escuela. Él es más serio. Se los presentaré.

Griselda rodeó a Dorothy con el brazo, mientras la tía Lotte se alejaba a grandes zancadas en dirección al otro extremo de la habitación. En otro tiempo, cuando todavía eran primas, Dorothy había sido la fuerte, la protectora, la imperturbable. Ahora era ella la que tenía que ejercer de protectora. Que le presentaran a dos hermanos desconocidos y extranjeros, sin previo aviso ni preparación, era todo un golpe. Dorothy se había puesto pálida y respiraba muy deprisa.

—No sabía... —susurró—, no sabía que tuviera hijos..., ni que estuviera casado...

Wolfgang Stern era alto y desgarbado y tenía las piernas y los brazos largos y delgados. Vestía una camisa amplia y una pajarita grande y fofa. Su hermano, aunque igual de delgado, era más bajo y elegante, vestía chaqueta abotonada hasta el cuello que bien podría haber sido un uniforme. Wolfgang tenía el pelo negro, largo y despeinado formando una nube alrededor de la cabeza. Leon, que debía de ser más joven que Dorothy, pero no mucho, llevaba el cabello bien cortado y una corbata limpia. Ambos tenían ojos grandes y negros, como los de Dorothy. Ambos eran, o eso pensó enseguida Dorothy, en el estado de gran tensión en que se encontraba, reconocibles. Eran rostros familiares. Los miró fijamente y luego bajó la vista al reparar en lo extraña que era su mirada.

Griselda habló con nervioso acaloramiento. Les presentó a Dorothy en su alemán de escolar y dijo una o dos frases sobre lo mucho que habían admirado hacía unos años, en Inglaterra, la interpretación de su padre de Hoffmann y los Grimm.

—¿De verdad? —dijo Wolfgang. Le besó la mano a Griselda—. A él le encantaría oírlo. ¿Cómo decís que os llamáis?

—Soy Griselda Wellwood. Somos... primas...

—Y una de las dos..., supongo que usted..., debe de ser la bella y misteriosa hermana de Karl, a quien a veces vemos en el café Stephanie y el Scharfrichter..., Karl ha sido muy reservado acerca de su hermana. Creo que lo es en muchos aspectos.

—Eso estoy descubriendo —respondió Griselda.

—Nos encantaría —dijo Wolfgang— llevarlas a una de las representaciones de mi padre. Tal vez Karl y herr Susskind quieran asistir también. Y su otro acompañante..., herr Youlgreave. Mi padre lo considerará todo un honor.

No podía despegar los ojos de Griselda. Eso no era raro. Muchos jóvenes contemplaban emocionados el hermoso y pálido rostro de Griselda. Lo raro, pensó Dorothy, que pese a su propia agitación seguía dándose cuenta de todo, era que Griselda le correspondiera y mirase a Wolfgang con la misma insistencia. Miraba a la mesa y luego alzaba la vista para encontrarse con sus ojos, y tenía los labios entreabiertos. Toby Youlgreave llegó desde otra mesa, donde había estado hablando con Joachim y Karl, y también reparó en las miradas que estaban cruzando Wolfgang y Griselda. Sabía que Griselda estaba enamorada de él, lo sabía desde hacía mucho tiempo y no había dicho nunca nada. No obstante, ahora que Griselda se había puesto tan guapa y Olive Wellwood había engordado y parecía más amargada, había empezado a preguntarse si..., y si sería posible que..., así que no le gustó ver a aquel alemán tan sonriente y deseoso de trabar amistad con ella. Admitió, con ciertos reparos, que deberían ir a visitar el Spiegelgarten. Habló de lo que recordaba del trabajo de Anselm Stern. La hermosa autómata de *El hombre de la arena* era particularmente hermosa. Era artificial en un sentido diferente al que lo eran, en definitiva, todos los actores. Lo dijo en una mezcla de alemán e inglés, a la que Wolfgang respondió de un modo similar.

—Mi inglés es un tanto penoso —le dijo Wolfgang a Griselda—. Deberías enseñarme más.

Leon, como Dorothy, no dijo nada y se limitó a mirar.

Más tarde, en el dormitorio de Dorothy, las dos chicas hablaron de los hermanos Stern. Griselda estaba muy entusiasmada. Dijo que era maravilloso tener de repente dos hermanos tan interesantes. Dorothy se quedó sentada sin decir nada y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—No tiene nada de maravilloso. Ojalá no hubiese venido. Ojalá esto no hubiese ocurrido nunca. Ojalá pudiera ser la misma que antes. —Griselda se compadeció enseguida y respondió que no tenían por qué ir al Spiegelgarten si a ella no le apetecía. Dorothy respondió lúgubrementemente que debían hacerlo—. No soporto tanto enredo y confusión —dijo—. Pensé que si averiguaba cómo era él..., todo se aclararía. Pero ahora veo que puede conducir a un enredo y una confusión todavía peores.

A Dorothy le costó mucho conciliar el sueño. Su edredón de plumas era muy pesado y demasiado abrigado. Sintió una oleada de nostalgia por Todefright. Su imaginación voló hasta su hermano de Todefright, Tom, y su dorada y un tanto irritante inocencia. Tom formaba parte de una idea que ella había tenido de la familia inglesa: los niños que corrían libres y a salvo por los bosques a la luz del crepúsculo, los padres que sonreían al verlos llegar, llenos de arañazos y casi sin aliento, de la casa del árbol y sus sencillos secretos. Habían sido todos la misma cosa, la misma retahíla de niños atareados, todos iguales y diferentes al mismo tiempo, como son siempre los niños, y todos absorbidos por la vida diaria y solo levemente confinados y constreñidos por ella..., una sensación que ahora se le antojaba un delicioso privilegio. Conocía el jardín y las escaleras, su dormitorio y la casa del árbol, igual que conocía su propio cuerpo, su cabello al cepillarlo, sus pies delgados, sus manos finas. Sin embargo, nada era lo que parecía. Violet no era una vieja tía solterona. Phyllis solo era medio hermana suya, Hedda con sus fisgonas costumbres de husmearlo y averiguarlo todo había resultado ser más lista que Tom y Dorothy, y que todos sus hermanos mayores que no sabían nada. Fijó su atención en Tom, para no tener que pensar en Humphry y en Olive, presentes y pasados, reales e imaginarios. El zanquilargo Tom, que corría y corría con una intencionada ausencia de propósito. Había intuido que el jardín de Inglaterra era un jardín a través del espejo, y había atravesado valientemente el cristal y se había negado a regresar. No quería ser adulto. Dorothy siempre había sabido que iba a hacerse mayor y había sentido cierta impaciencia por hacerlo. Ahora pensó que Tom podría salir bien librado gracias a su ignorancia, y casi le envidió. Los Downs estaban llenos de hombres jóvenes, y no tan jóvenes, con bombachos, chaquetas de tweed, cañas de pescar o escopetas y sombreros flexibles de lino, que iban de taberna en taberna y hablaban sesudamente de truchas, del tiempo y de las enfermedades de los árboles.

Tom, pensó, a punto de echarse a llorar, no era más hermano suyo que aquellos dos alemanes morenos: el más frívolo y el reservado. Bueno, eso no era del todo cierto. Había compartido su vida con Tom. Habían jugado a las familias en la casa del árbol. Se habían cogido de la mano mientras trepaban, cabalgaban o nadaban desnudos en estanques profundos.

Se le hacía difícil admitir que echaba de menos a aquellos dos farsantes, Humphry y Olive, que habían resultado ser serpientes en la hierba, además de Adán y Eva en el jardín del Edén. Dejó que su imaginación vagara en torno al «acto» de Humphry, como lo llamaba ella. Recordó su mano en el camisón, su propia mezcla de excitación y repugnancia. «Te quiero —le había dicho—, sabes que te quiero, siempre te he querido.» Y ella no lo había dudado ni por un momento —a lo largo de toda su engañosa vida juntos—, y lo que era aún más, estaba dispuesta a admitir que de hecho la amaba como debía hacerlo un padre, y siempre lo había hecho. Formaban

una familia moderna, liberal y fabiana. Humphry no era un padre tirano, un ogro, una persona invisible que desaparecía para ir al trabajo y al que era imposible conocer, como lo era su hermano, en muchos sentidos, para Karl y Griselda. Sabía jugar con sus hijos. Había jugado con todos ellos de manera divertida y ocurrente, y todavía lo hacía. Dorothy había montado a caballito en su tobillo, cuando era muy pequeña, y luego había ido detrás de él en bicicleta por los caminos, y él le había enseñado a montar. Y la había protegido.

Tal vez fuese natural que ella siempre hubiese querido más a su padre que a su madre. Siempre había tenido la sensación de que Olive solo podía dedicar su atención a uno de sus hijos: y ese era Tom y no Dorothy. Desde muy pronto, se había negado a participar en los juegos de Olive..., a vivir en un cuento de hadas y no en el mundo real con ferrocarriles y complicados exámenes. Olive quería amarla como a un erizo, y ella quería ser una persona adulta.

«Qué suerte la mía —pensó disgustada y con aire trágico—: tener un padre misterioso que representa siniestros cuentos de hadas con autómatas y muñecas.»

Fueron todos juntos al Frau Holle's Spiegelgarten, Toby y Joachim, Griselda y Karl, y Dorothy. Habían quedado en verse con Wolfgang y Leon en la puerta de la casa de Römerstrasse donde estaba el teatro de marionetas. Dorothy había sopesado la posibilidad de confesarle a Toby sus verdaderas razones para ir allí, y había decidido no hacerlo. Tenía un conocimiento instintivo de sus relaciones con su madre —aunque, al contrario que Hedda, no había querido investigarlas— y eso lo convertía, de forma extraña, en otro padre o padre sustituto. Deseó que Wolfgang y Leon no tuviesen que estar presentes, aunque —dado que era obviamente imposible para ella hablarle a Anselm Stern en su presencia— le sirvieron como excusa para posponer el encuentro. Lo observaría y decidiría qué hacer.

La casa era alta e imponente. Tenía runas —Toby dijo que eran runas— pintadas en las jambas de las puertas y en los dinteles, y una pintura estilo *Jugendstil* de un manzano, con frutas doradas y plateadas, en el arquitrabe. Los dos jóvenes se reunieron con ellos en la puerta. Fueron por un largo pasillo interior hasta la parte de atrás de la casa, que estaba iluminada por una vidriera con más runas blancas, rojizas y doradas, y un medallón que representaba una figura en un círculo de llamas.

A través de aquella puerta, llegaron a un patio alto y luminoso, con las paredes pintadas y macizos de flores en tiestos y macetas. Una minúscula fuente salpicaba en el centro: estaba tallada con tritones y lagartos, mariposas y caracoles, que desde ciertos ángulos parecían rostros atónitos o dedos extendidos. Griselda soltó una exclamación admirada. Dorothy retrocedió unos pasos. La luz del sol se derramaba dorada y temblorosa como un líquido. El teatro de marionetas estaba en un edificio contiguo, al otro lado del patio. La puerta estaba flanqueada por dos figuras de madera tallada: una esbelta con alas y una capucha, y la otra bajita, fornida y con

grandes barbas. *Elb und Zwerg*, le dijo Wolfgang a Griselda. Elfo y enano. Luego añadió algo que Toby tradujo como «Los guardianes del otro mundo». «Cómo le gustaría esto a mi madre», pensó Dorothy lúgubrementemente.

Dentro estaba muy oscuro en comparación con la luminosidad del patio. A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, comprobaron que se hallaban en un pequeño teatro: el súbito cambio los había cegado y había llenado el espacio de destellos alucinantes y colores variados intensos y apagados. Distinguieron las filas de bancos y varios espejos en las paredes enmarcados con cabezas y hojas talladas, algunos estaban tapados con velos negros. Lo que mejor se veía era el alto y dorado proscenio del teatro de marionetas, cubierto con un telón sedoso y azulado pintado con lunas y estrellas. Una especie de pizarra que había a un lado anunciaba: *Heute wird gespielt Die Jungfrau Thora, ihr Lindwurm, seine Goldkiste*.

Había una fuente de luz detrás del telón, la luz de las candilejas se mezclaba con rayos de carmesí, rosa, azul cielo y verde oscuro. Otros miembros del público fueron entrando y se quedaron de pie, tratando de ver dónde se encontraban. Empezó a oírse la música, un tañer agudo y apagado y una melancólica flauta.

—Nunca sale antes de empezar la obra —le dijo Wolfgang a Griselda—. Los personajes no hablan. Solo hay luz y movimiento. A veces, sale después. Espera a que reine un silencio absoluto. Es exigente.

Leon le preguntó a Dorothy, que estaba al otro extremo del banco: «¿Está cómoda?», lo dijo en inglés. Era lo primero que le decía directamente a ella. «Sí, gracias», respondió, cerrando las manos sobre la falda.

Se abrió el telón. La *Jungfrau*, Thora, apareció deslizándose en el escenario. Era una criatura encantadora y exquisita, con una delicada mirada de porcelana y una mata de cabello sedoso, plateado y vaporoso. Llevaba un vestido blanco y un manto azul, y sus movimientos eran precisos y meditados.

Una especie de mago de barba blanca con una túnica negra se arrodillaba y le regalaba un reluciente cofre de oro. El decorado eran unos aposentos en una torre con grandes sillas medievales, el cielo estrellado se divisaba a través de las rendijas de las ventanas. La princesa dejaba el cofre sobre una mesa, y, cuando se quedaba sola, se inclinaba sobre él y lo abría. Un minúsculo gusano dorado, sinuoso y barbudo, salía disparado de él como un cohete, flotaba en el aire, volaba en círculos y volvía a posarse.

«La historia de Thora y el *Lindwurm* es la historia de los dragones y el fuego —les explicó más tarde Toby Youlgreave—. Los dragones duermen sobre lechos de oro, un nombre poético del oro es *wurbett*, lecho de dragón.» Aquel dragón multiplicaba el oro del cofre y su tamaño en su lecho de oro. El tesoro oculto brillaba en la caja con luz rojiza. El dragón crecía hasta salirse de la caja. El telón se cerraba y se abría,

y cada vez el dragón era mayor, más gordo, más temible y más barbudo. Sus ojos resplandecían como rubíes, sus garras eran de plata, su melena resplandecía con varios colores. Se enroscaba alrededor de la caja con la cola en la boca entre los dientes curvos y puntiagudos. Se enroscaba como una boa en torno a la propia *Jungfrau*, que empezaba a hacer movimientos de angustia y dolor.

El viejo mago reaparecía, en otro decorado, y animaba a una serie de títeres principescos, con botas, capas, sombreros con plumas y relucientes espadas, a atacar a la criatura. El escenario para dichos combates era la antecámara que daba a la sala del tesoro, donde estaba enroscada la bestia alrededor de la oprimida princesa. Entraban, unos con gallardía, otros un poco más trémulos, y salían hechos pedazos ensangrentados que daban vueltas y caían al suelo. Los niños que había entre el público gritaron de placer.

Apareció el príncipe Frotho. Era una figura amable y diligente vestida de sencillo color marrón. Una sirvienta le sugería por señas que debería consultar a las madres.

Una nueva escena mostraba una desolada caverna en la que Frotho echaba unas hierbas por una grieta en la roca. Las madres se alzaban despacio desde el inframundo, tres figuras gigantes que se balanceaban como árboles con cráneos velados en lugar de rostros y las espaldas encorvadas. Frotho les explicaba por señas su problema, representaba al gusano y a la princesa. Tanta expresión, pensó Griselda, de un mero conjunto de alambres, porcelana, barro y tela. Las madres volvían sus horribles sonrisas hacia Frotho y lo invitaban a besarlas. El público sabía que no debía dudar o acobardarse o estaría perdido. Él avanzaba decidido y las besaba a las tres, que tenían que agacharse para que pudiera hacerlo. Después de que las hubiese besado, empezaban a dar vueltas y vueltas y cambiaban de aspecto: en lugar del cráneo por debajo de la piel, mostraban hermosos rostros femeninos y soñolientos por debajo del cráneo ahora traslúcido. Se alzaban orgullosas e iniciaban una altiva danza. Tenían espesas matas de pelo debajo del velo negro. Le entregaban a Frotho una flor azul. *Rittersporn*, le susurró Wolfgang a Toby, que asintió, y le susurró a Griselda que eran «espuelas de caballero», una planta mágica.

Armado con el *Rittersporn*, el príncipe Frotho volvía a la sala del tesoro, ahora abarrotada de los anillos del gusano, entre dos de los cuales, como un cautivo entre rejas, asomaba la *Jungfrau* con mirada pálida. El príncipe Frotho blandía su flor y su espada. La hacía girar y la cabeza dorada seguía sus movimientos. Luego clavaba la espada —una, dos, tres veces— y el dragón se desintegraba y se deshacía en segmentos dorados como grandes monedas, que volaban por los aires y se posaban formando un montón, como el dinero en la cámara acorazada de un banco, con la sonriente cabeza en lo alto del todo, y la cola inerte en la parte delantera del escenario. El príncipe besaba a la temblorosa princesa. El público aplaudió. El telón se cerró. El maestro de marionetas, salió para hacer una reverencia. Vestía una bata



negra, muy sencilla, abotonada hasta el cuello, y una especie de bonete académico cuadrado. Toby y Griselda aplaudieron vigorosamente. Dorothy frunció el entrecejo y se quedó mirándolo fijamente. Tenía la cara pálida y una boca fina y bien marcada. Le recordaba a una de sus marionetas, inclinándose con meditada elegancia, sin sonreír, alzando las manos y haciendo un gesto hacia el reparto invisible detrás del telón, como el ademán de reconocimiento del director a su orquesta. Sus manos eran finas y delgadas. Lucía un anillo con una piedra verde. Era ajeno. No pertenecía a este mundo, sino a un mundo totalmente ajeno a Dorothy, que hablaba otro idioma, y se regía por otras normas y costumbres. ¿Cómo iba a saber quién era? ¿Cómo iba a poder verlo? Y, sin embargo, como le había ocurrido con sus hijos, le pareció «reconocer» su rostro, aunque ignoraba lo que implicaba aquel reconocimiento. Hizo otra reverencia, entre los pliegues de su bata, y volvió a desaparecer en la oscuridad.

Cuando se encendió una luz tenue en el teatro y el público empezó a levantarse, Wolfgang dijo que debían volver todos y ver a su padre. Griselda miró a Dorothy, quien se excusó atropelladamente diciendo que no se sentía bien y que tenía que irse a casa, lo sentía mucho, tal vez en otra ocasión...

Había cierta ambivalencia acerca de hasta qué punto Griselda y Dorothy podían deambular por las calles de Múnich sin una carabina o acompañante. Toby y Joachim se tomaban muy en serio sus responsabilidades. Acordaron que Karl era un acompañante lo bastante fiable, y las chicas se las arreglaron para persuadirlo de que fuese «de compras» con ellas al día siguiente, y en realidad las llevara al Spiegelgarten. Encontraron abierta la puerta de la calle y entraron como la vez anterior. Hacía una mañana luminosa y la siguiente actuación estaba anunciada en un cartel para última hora de la tarde. Karl se alegró de dejarlas allí, cuando le pidieron que lo hiciera. Quedaron en reunirse más tarde en el café Bettina, que, a diferencia del café Stefanie, era un lugar tranquilo donde las estudiantes de arte se reunían a tomar té y café.

No había nadie en el patio, donde la fuente seguía gorgoteando perpetuamente. Dorothy y Griselda entraron en el auditorio, y esperaron a que se les acostumbrase la vista. Allí tampoco había nadie. Pero oyeron moverse a alguien detrás del escenario, cuyo telón estaba echado e inmóvil. Un repiqueteo, un roce, unas pisadas amortiguadas. Griselda susurró: «Podíamos llamar...». Dorothy respondió: «Vamos», con la voz impaciente que había empleado desde que llegaron. Estaba muy tensa, pensó Griselda, siguiéndola. Le costaba un gran esfuerzo mantener la calma.

Detrás del escenario había una mezcla de taller, almacén y guardarropa. Figuras sin vida colgaban alineadas de barras paralelas como la ropa en un armario, o, pensó Dorothy con una punzada de dolor, como los trofeos muertos clavados en la pared de la cabaña del guardabosques que había encontrado Tom. Mandíbulas caídas, manos y

pies colgantes. A Griselda le recordaron a un patíbulo. En una de las paredes había una vitrina de cristal llena de caras de madera, barro y porcelana pintada, unas tenían pelucas, otras no, las había grotescas y elegantes, dulces y malvadas, todas con esa peculiar cualidad de las grandes marionetas que consiste en tener una expresión inmutable y una personalidad, que, una vez en movimiento, puede expresar misteriosamente muchas pasiones y estados de ánimo, y ser a la vez fija y puramente expresiva. Había varias pilas de cajas de laca negra muy bien ordenadas, las mismas en las que los títeres habían viajado hasta Todefricht, y unos bancos de trabajo, con taburetes, punzones, destornilladores y clavos, limas y cuchillos, con botes de cola y cajas de seda, satén, fieltro y arpillera.

Era una sala oscura iluminada por un tragaluz. Debajo del tragaluz, sentado en una especie de trono tapizado de cuero rojo, estaba Anselm Stern, vestido de negro con una chaqueta de terciopelo y pantalones ajustados. Estaba cosiendo. Tenía una marioneta femenina en la mano con las faldas levantadas y estaba cosiendo algo entre su cintura y la horquilla de las piernas colgantes, que estaban hechas de tela rellena de paja y terminaban en unos pies de porcelana. Daba la impresión de coser como lo haría una marioneta: cada empujón de la aguja, cada largo tirón del hilo era de una perfección exquisita. Sin levantar la vista, preguntó:

—*Wer sind Sie? Warum sind Sie hier? Das Kammer ist geschlossen.*

—Tenemos..., tengo que hablar con usted —dijo Dorothy—. Es importante.

Griselda tradujo aquello al alemán. Se quedaron de pie delante de la silla, como dos colegialas delante del maestro. El vestido de Griselda era azul y brillante como un huevo de pato. El de Dorothy era de un severo verde oscuro. Se aferró a su monedero. Anselm volvió a hablar, lacónicamente.

—Dice que, si es tan importante, le digas de qué se trata.

—Mi padre me contó —replicó Dorothy, y se detuvo confundida—. Es decir, me han contado que... la persona que yo pensaba que era mi padre no lo es en realidad. Me dijeron que mi verdadero padre es usted. —Griselda tradujo. La mano con la aguja se detuvo, y luego volvió a perforar la tela—. Así que he venido a verle —añadió Dorothy con la calma que da la desesperación.

No se había parado a pensar lo que esperaba que hiciese aquel padre al oír semejante afirmación. Por un momento, Stern no levantó la vista, sino que apretó los labios y dio otra puntada. Luego dejó la muñeca a un lado, con delicadeza, y miró fijamente a Dorothy. Le echó una mirada escrutadora, no amistosa ni hostil, sino inquisitiva.

—¿Quién eres?

—Me llamo Dorothy. Soy hija de Olive Wellwood. Mi..., su marido..., se llama Humphry. Parecía estar seguro de lo que decía.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. Casi dieciocho.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Qué es lo que quieres?

A Dorothy le costaba respirar.

—Quiero saber quién soy.

Era totalmente absurdo estar diciendo todo aquello mediante la voz deliberadamente inexpresiva y amable de Griselda.

—¿Y esperas que yo te lo diga? —preguntó Anselm Stern.

—Se me ocurrió —replicó Dorothy con valentía— que, si averiguaba quién era usted, sabría más acerca de quién soy yo.

Él guardó silencio un rato, pensativo. Luego dijo:

—¿Qué día naciste?

—El veintitrés de noviembre de 1884.

Contó los meses con sus dedos precisos. Sonrió y dijo:

—¿Qué opina tu madre de que hayas venido?

Dorothy miró a Griselda en busca de ayuda. Griselda parecía en blanco. Dorothy empezó a hablar a toda prisa, con su voz normal, no con la voz artificialmente formal que había empleado hasta entonces.

—Ella no lo sabe exactamente, es decir, no lo hemos hablado abiertamente. Pero creo que mi padre..., creo que él... le ha contado lo que me dijo, porque me pareció... tal vez enfadada con él o conmigo..., no hizo nada por impedir que viniera, pero no hablamos de por qué..., creo que nos entendimos sin tener que hablar. No creo que ella quisiera que yo lo supiese. Ni que supiese qué decirme. —Hizo una pausa—. Fue un golpe para mí. Y muy difícil para ella.

Escuchó el suave alemán de Griselda siguiendo las cadencias de su inglés con media frase de retraso.

—¡Ajá! —dijo Anselm Stern—. *Ich verstehe.*

—Comprendo —dijo Griselda.

—Eres una joven muy franca y decidida —dijeron las dos voces, la alemana entre divertida y concluyente, y la inglesa llena de dudas.

—Me gusta entender las cosas. Saber —dijo Dorothy.

—Ya lo veo. ¿Te habías parado a pensar en lo que ese... conocimiento... significaría para mí? Tengo mujer y dos hijos. ¿Qué esperabas que hiciera cuando me lo hubieses dicho?

—Ignoraba lo que haría usted. Eso es cosa suya. Puede pedirme que me vaya. Tengo la impresión de que cree lo que le digo.

—Y así es. Naciste nueve meses después de *Fasching*. Hay muchos cornudos en *Fasching*.

—¿En *Fasching*?

Griselda y Anselm Stern empezaron a explicárselo al mismo tiempo.

—*Fasching* es carnaval. Todo está permitido —dijo Anselm Stern.

—*Fasching* es una fiesta muy alocada que se celebra el martes de penitencia con bailes por las calles —apuntó Griselda, y se interrumpió para traducir la explicación de herr Stern. No obstante, no la tradujo y en lugar de eso dijo—: Hemos conocido a sus hijos, herr Stern. En la pensión Susskind, donde nos alojamos. Nos trajeron a la actuación de ayer. Pero no les dijimos nada, ni nos quedamos a verlo a usted, por lo que Dorothy tenía que decirle.

—Traduce, por favor —dijo Dorothy, sintiéndose excluida.

—¿Y tú? ¿Quién eres tú? —preguntó Stern a Griselda.

—Soy la prima de Dorothy, Griselda Wellwood. Es decir, no soy su prima, pero siempre hemos estado tan unidas como si fuésemos hermanas. El apellido de soltera de mi madre es Katharina Wildvogel. Tal vez lo recuerde..., tuvo usted la amabilidad de explicarme la historia de Aschenputtel en Todefricht, cuando la representó para nosotros.

—Lo recuerdo. Tu alemán ha mejorado desde entonces —guardó silencio un instante. Recogió la marioneta que había estado cosiendo, le bajó las faldas y miró sus ojos pintados. Acarició su pelo sedoso, que parecía cabello humano auténtico y le dio forma—. Siempre he querido tener una hija. Mis hijos son buenos hijos, pero siempre he querido tener una hija. ¿Qué debo hacer ahora?

—No es mi intención avergonzarlo a usted, o complicarle la vida.

—Estamos en Múnich, en *Wahnmoching*, el hogar del amor libre doctrinario, donde acogemos a los cornudos como si fuesen huevos dorados. En esta ciudad podrías decirme en público lo que me acabas de decir en esta habitación y a nadie le parecería mal..., a nadie relevante, quiero decir, porque los gordos burgueses y bebedores de cerveza no son más que materia, sin esencia, y lo que piensan es más pesado que el aire. Pero tal vez prefieras no decir nada. No deberías sentirte culpable, pero estás en tu derecho de sentirte avergonzada. Tal vez prefieras guardar el secreto que te han contado y compartirlo solo con quienes ya lo saben, herr Humphry, tu madre y la sensata *fräulein* Griselda, con quien creo que ambos estamos en deuda no solo porque nos haya ayudado a salvar las dificultades del idioma, sino por la filosófica calma con que lo ha hecho. Me gustaría llevaros a conocer a mi mujer...

Griselda se ruborizó, y su voz se apagó. Dorothy siguió insistiendo en busca de claridad.

—¿Qué pensaría..., qué pensará su mujer?

—Mi mujer es una artista. Da clases de modelado y escultura en la *Damen-Akademie*. Se llama Angela y es un ángel. Se precia de estar a la vanguardia del pensamiento moderno. En principio, debería darle la bienvenida a un hijo recién descubierto. En la práctica, no estoy seguro. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Múnich? Porque, si vas a quedarte un tiempo, podríamos proceder... con más

delicadeza, con astucia y pies de plomo...

A Griselda le iba costando más esfuerzo traducir, a medida que Anselm Stern — que escogía sus palabras con mucho cuidado— empezaba a emplear el vocabulario extraño y ligeramente poético que cualquiera de sus amigos habría reconocido.

—Hemos venido para pasar aquí dos o tres meses. Estamos estudiando. Trato de aprender alemán. Tengo que aprobar los exámenes de ingreso. No se me dan bien las lenguas, señor Stern. Pero me esforzaré.

—¿No se te dan bien las lenguas? Tampoco eres ninguna *Hausfrau*. Tengo una hija interesante. ¿Cuáles son tus dones, tus inclinaciones, tus esperanzas, señorita Dorothy?

—Me gustaría ser médico. Los estudios son muy difíciles. Me gustaría ser cirujano.

—Déjame ver tus manos.

Dejó a un lado la marioneta inerte —sus propias manos parecían inquietas sin tener ninguna ocupación—. Dorothy se acercó a él, que tomó sus manos entre las suyas. Los dos pares de manos eran finas, nervudas y fuertes. Unas manos muy parecidas.

—Tienes las manos fuertes —dijo Anselm Stern—. Manos hábiles y delicadas. —Tosió un poco—. Estoy conmovido.

Dorothy se ruborizó y luego palideció. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Estáis cansadas —dijo Anselm Stern—. Habéis hecho un gran esfuerzo y soportado mucha tensión. Deberíamos ir a tomar café o chocolate con un buen pastel y charlar con calma sobre el arte y la vida. Así nos iremos conociendo. ¿Os parece bien?

—Le queda bien su nombre —le dijo Dorothy a Griselda esa noche.

—Stern.

—Sí. Severo. Serio y severo.

Griselda soltó una risita.

—*Stern*, en alemán, no significa «severo».

—¿Qué...?

—Significa «estrella».

—¡Oh! —dijo Dorothy, recordando su estampa en la imaginación—. Una estrella.

**H**asta entonces, solo la voluntad de Dorothy había controlado los acontecimientos desencadenados por el lapsus de Humphry. Pero para sorpresa de la joven, y en cierto sentido para su gran alivio, Anselm Stern se hizo con el control de la historia, que empezó a dirigir como si de una de sus obras se tratase. Concertó varios encuentros de distinto carácter en diferentes lugares. Llevó a su nueva hija a pasear por el Englische Garten, mientras Griselda los seguía como una sombra unos pasos por detrás. Vestía una levita amplia de largos faldones y un sombrero de ala ancha. Resultó que llevaba los bolsillos llenos de marionetas, con sus barras e hilos: una niña melancólica, un hombre lobo que enseñaba los dientes con una mueca y un loco de color verde intenso y ojos enormes. Empezó a manejarlos y los tres se pusieron a andar a su lado. Los transeúntes les saludaban al pasar.

—Ignoro si creo que tienen almas, almas temporales, o almas intermitentes —le dijo Anselm a Dorothy. Miró a Griselda con aire inquisitivo—. *Du kannst übersetzen?* Creo que todos formamos parte de una gran alma: que la tierra es un ser vivo, y el barro, la madera y la tripa de gato con que están hechas son formas de vida, como el movimiento que yo les presto.

Dorothy asintió, seria y ruborizada. Llevaba un precioso sombrero de paja con una cinta azul noche.

—¿Te avergüenzo? —preguntó.

—No.

—¡Oh, sí! Sabía que lo haría. Pero siempre paseo por aquí, con estas criaturas..., estos muñecos..., y quiero que mi hija me conozca tal como soy.

Las pequeñas figuras bailaron en el sendero, se detuvieron y alzaron la vista hacia Dorothy.

—Coge una —dijo Anselm Stern—. Muévela.

Dorothy retrocedió. Griselda extendió la mano y él le dio al loco. Dorothy cogió entonces el hombre lobo. Ambos se desplomaron. Griselda tiró y ajustó los hilos y el loco empezó a bailar como un borracho. Anselm cogió la mano de Dorothy.

—No tengas miedo. Hazlo andar.

Después de todo, resultó que los hilos estaban vivos de verdad. Horriblemente vivos. Una vez había jugado con Tom a hacer de zahorí con una rama de castaño ahorquillada al lado de un riachuelo, y se había aterrado al ver cómo la madera muerta se movía entre sus dedos y tiraba hacia abajo. La había soltado y no había querido seguir jugando. Estos hilos tiraban del mismo modo. Escuchó lo que le

decían las puntas de sus dedos y el hombre lobo echó a andar y a hacer reverencias. Levantó una pata. Echó atrás la cabeza para aullar, o para reír. Los dedos le cosquilleaban.

—Dijiste —dijo Anselm Stern— que querías saber quién soy. Soy un hombre que hace muñecos danzantes.

Griselda estaba hecha un lío y se olvidó de traducir, pero Dorothy lo comprendió.

—Entiendo —dijo, y dejó de manejar al hombre lobo y se lo devolvió.

Griselda había imaginado que a la antigua Dorothy, tan racional y decidida, le preocuparían, e incluso repelerían, aquellas formalidades y rarezas. Al paseo por el jardín siguió una exploración de la caverna que había detrás del escenario, una presentación de toda la familia colgante, una disquisición sobre el carácter de cada cabeza cortada y una exploración de las cajas en que reposaban todos, decentemente, como sardinas en lata, a excepción de la Muerte, que yacía sola en su ataúd hasta que Anselm Stern la levantó para que le hiciese a Dorothy una reverencia, extendiera los brazos hacia ella, los cruzara y volviese a tumbarse. Stern hablaba de forma intermitente y Griselda no podía traducirlo todo. Sus criaturas tenían una existencia más pura y esencial que los seres emocionales. Griselda, la imaginativa, descubrió que era ella la que se comportaba como una escéptica mientras Dorothy lo escuchaba como en sueños.

No todo fueron sesudas consideraciones metafísicas sobre las marionetas. También tomaron café y pasteles de crema en el café Félicité, mientras Anselm y su hija apoyaban la cabeza en el codo y se miraban a los ojos llenos de preguntas.

—¿Tu color favorito, fräulein Dorothy?

—El verde. ¿Y el suyo?

—El verde, claro. ¿Y tu olor preferido?

—El pan recién cocido. ¿Y el suyo?

—¡Oh!, el pan recién cocido, no hay nada comparable.

Le hizo pequeños regalos. Cosas talladas por él. Un búho. Un nogal. Un erizo. Ella frunció el ceño al ver el erizo. Le recordó el cuento que le escribía Olive, sobre Peggy y la señorita Higgle, la que cambiaba de forma. Por una casualidad ciertamente inquietante, Dorothy recibió ese mismo día un grueso sobre de su casa, que contenía otra entrega del cuento, una ofrenda de paz de la escritora de Todefright, que ignoraba lo que sabía Dorothy, temía lo que pudiera descubrir y a quien no se le había ocurrido nada mejor que enviarle un fragmento del cuento. Dorothy se propuso no leerlo. Pero lo hizo. Alguien había robado el manto de erizo de la señorita Higgle, y con él había desaparecido toda su magia, leyó Dorothy. Lo tenía doblado en un cajón secreto, y, al volver a casa, la señorita Higgle se había encontrado con la ventana

abierta y con que la capa cubierta de espinas no aparecía por ninguna parte. Todas las demás criaturas peludas de la casa —los ratones, las ranas, los zorritos— habían perdido la capacidad de cambiar de forma, debido a la desaparición del espinoso integumento. ¿Quién sería el responsable? El cuento se interrumpía ahí. La carta de Olive que lo acompañaba era un poco quejosa:

No estoy segura, cariño, de que te sigan gustando los cuentos, tal vez seas ya una señorita y hayas dejado atrás la infancia, pero pienso mucho en ti, y como escribir cuentos es lo que se me da mejor, he escrito el que sigo considerando el tuyo. No me escribes para contarme cómo estás. Todos te echamos muchísimo de menos. Aquí nadie tiene tu sentido común y sensatez a la hora de hacer las cosas. Todos nos sentimos un poco inútiles y tristes sin ti. Y Tom está muy sucio de tanto pasar la noche en los bosques. Por favor escribe, cariño. No tienes por qué leer el cuento, si no quieres.

Tu confundida madre que tanto te quiere.

Había cosas que Dorothy deseaba contarle a Anselm Stern sin tener que decírselas a Griselda. Empezaba a chapurrear el alemán, pero no lo hablaba lo bastante bien para hablarle de la señorita Higgle, o preguntarle por su madre. En los escasos momentos en que estaba sola —como ahora, sentada con aquellos papeles de escolar inglés donde se hablaba de animales peludos ingleses que eran también humanos—, tenía la sensación de que Anselm Stern la había hechizado. Solo era feliz cuando estaba con él, o estaba a punto de verlo, y sin embargo también tenía miedo, miedo de una trampa, de lo imprevisible.

Le entregó —estaban en su taller— el fajo de papeles de Olive. Dijo, con voz neutra, en alemán:

—*Ein Brief von meine Mutter. Ein Märchen. Ich habe meiner Mutter nichts von Ihnen..., von Dir..., gesagt.*

Él le echó una mirada larga y sombría y cogió las hojas de papel. Dorothy estaba en ese estado por el que pasan las personas cuando acaban de enamorarse, en el que desean contarle todo al enamorado, al álter ego, antes de saber qué es lo que el enamorado puede y no puede comprender, lo que puede y no puede aceptar. Griselda se sentó pálida y desdibujada. Anselm pasó las páginas, con sus dibujitos de erizos, ranas y cocinas subterráneas llenas de tacitas alineadas.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Griselda.

—Explícale —repuso Dorothy— que escribe un cuento para cada uno de nosotros. Este es el mío. Es un cuento un poco peregrino sobre erizos mágicos.

—No sé traducir «peregrino». —Miró a Dorothy—. Dorothy, no llores. ¿Por qué se lo has traído?



—Ella también aparece en la historia. Lo he traído para atar cabos. No traduzcas eso.

Pero él asintió, como si lo hubiese comprendido.

—Higgle —dijo—. La señorita Higgle. ¿Qué es la señorita Higgle?

—*Eine Kleine Frau die ist auch ein Igel* —respondió Griselda.

—*Ein Igel* —repitió Anselm Stern.

—¿Un águila? —preguntó Dorothy.

—No, no. En alemán, «erizo» se dice *Igel*. *Hans mein Igel*. Es un cuento de los Grimm. Dice que lo interpretó para ella. —Griselda se volvió hacia Anselm—. *Für die Mutter?*

—*Genau*. La señorita Higgle es *Hans mein Igel*. No lo he interpretado desde hace años. En mi opinión, la marioneta mitad erizo mitad persona es una de las mejores que tengo. La encontraremos, y mañana interpretaré el cuento. Creo que debe de haberla llamado señorita Higgle, por *Hans mein Igel*. Es un cuento extraño. Trata de una mujer que desea tanto tener un hijo que afirma estar dispuesta a dar a luz cualquier cosa, incluso un erizo. Y, en los cuentos, uno siempre consigue lo que desea. Su hijo era un erizo por detrás y un apuesto muchacho por delante, y a ella le repugnaba verlo. —A Griselda le costó traducir «repugnaba»—. Así que dormía en la paja, junto a la estufa, y paseaba por el bosque montado en un hermoso gallo tocando la..., no sé cómo se dice *Dudelsack*. —Anselm Stern lo describió por gestos—. ¡Ah!, la gaita. Se sentaba en un árbol, tocaba la gaita y cuidaba de una piara. Un día se tropezó con el rey, que se había extraviado y no sabía dónde estaba, y Hans le mostró el camino. El rey le prometió lo primero con lo que se topara ese día, que, por supuesto, como era de esperar, fue su hija. Y la hija tuvo que casarse con el porquero mitad erizo mitad persona, porque en los cuentos uno debe cumplir sus promesas. Le daban mucho miedo las espinas y no le gustaba la gaita. Así llegamos a la escena en la cámara nupcial y allí, en secreto, el erizo se quita la piel y los criados se apresuran a quemarla en el fuego. Es una escena muy hermosa representada con marionetas. Luego se vuelve completamente humano, aunque es negro como el carbón. Así que lo lavan y lo visten como a un príncipe, y la princesa se echa en sus brazos y lo quiere mucho, con todas sus fuerzas, y los dos son felices y comen perdices. Creo, Dorothy, que tu madre estaba pensando en ese niño en parte ajeno, y en el erizo, que es un burlador, un Hans astuto, un personaje alemán, cuando le puso el nombre a la señorita Higgle. Tú eres la niña deseada que en parte procede de otro lugar, un niño distinto.

—En el cuento que me ha enviado, alguien ha robado la piel de erizo. En su cuento, ella la necesita, es mágica, le permite cambiar de tamaño y volverse invisible.

Anselm Stern encontró las marionetas de *Hans mein Igel*, el niño cambiado en la cuna y cubierto de espinas, el ágil gallo rojo con su cresta dorada, la madre con el rostro perpetuamente lloroso y dos lágrimas pintadas en las mejillas de madera:

primero porque no tenía hijos, luego porque su hijo era extraño. Pocos días después, interpretó el cuento ayudado por Wolfgang. Esta obra no era muda: los dos hombres interpretaban todos los papeles, y Wolfgang tocaba una pegadiza melodía en una gaita primitiva. Todos asistieron: Joachim y Karl, Toby y Griselda, Leon y Dorothy. Esta última había reparado en que el artista se desilusionaba mucho si no asistía a todas sus representaciones en el Spiegelgarten. La luz brillaba en las espinas del hombre erizo. Dorothy pensó: «Jamás aprobaré los exámenes de ingreso, si me paso el día aquí viendo moverse a estos muñecos». Y, no obstante, cuando el erizo se despojó de sus espinas, como una mariposa de la crisálida, y lo lavaron para que pudiera desposar a la princesa, se conmovió tanto que se le saltaron las lágrimas, se deshizo por dentro y se sintió arrastrada igual que las mareas por la luna. No había contado con todo aquello.

Unos días después, Wolfgang cogió a Griselda por la manga cuando se levantaba de la mesa en la pensión Susskind.

—Quiero hablar contigo... —dijo en inglés—. En algún sitio tranquilo.

A Griselda sus dedos le parecieron electrizantes. Había notado que la observaba, su piel se acaloraba cuando la miraba. Era, al mismo tiempo, un joven serio y burlón. Hacía chistes irónicos sobre los bávaros y la cerveza, sobre el káiser y sus armarios repletos de uniformes. Sobre el rey Eduardo en Inglaterra, su harén de amantes, y los bóers que sufrían con estoicismo en Sudáfrica. Se sentía como en casa en aquel mundo nuevo de sátiras, chanzas, insinuaciones y súbitos sentimientos lastimeros. Observaba a Griselda. Y cuando veía que ella se daba cuenta, esbozaba una amplia sonrisa con aire de disculpa y miraba hacia otra parte.

Ella lo siguió al jardín, y se sentaron junto a una mesa a la sombra de una parra que se desparramaba sobre la pérgola.

—Quiero que veas esto —dijo.

Le alcanzó un grueso cuaderno de apuntes. Estaba lleno de dibujos de rostros femeninos, muy de vez en cuando unidos al cuerpo, y vistos desde todos los ángulos posibles y retratando hasta la última expresión imaginable. Estaban dibujados a carboncillo, lápiz, crayón y tinta.

Eran ella y Dorothy. Reproducían sus huesos, su cabello, sus actitudes, sus costumbres.

Por un momento, Griselda pensó que los había hecho Wolfgang. Luego este le dijo:

—¿Qué le habéis hecho a mi padre? Parece *verzaubert...*, embrujado. ¿Está enamorado de vosotras? La gente nos dice cosas..., a mí y a mi madre. Jamás lo había visto así. ¿Es que lo habéis hecho enloquecer?

Griselda lo miró horrorizada.

—No es eso. Ni mucho menos. —Pensó con todas sus fuerzas—. Creo que

deberías preguntarle a él.

—¿Cómo voy a hacerlo? Es mi padre. Siempre ha sido... más bien serio, un poco distante. ¿Cómo voy a preguntarle si se ha enamorado de una o dos jóvenes inglesas? La gente le dice cosas despreciables a mi madre. —Miró la mesa con expresión sombría—. Los dos queremos que lo dejéis en paz —dijo lentamente.

—Yo solo traduzco...

—Así que se trata de la otra, esa Dorothy...

Las furias aletearon en la cabeza de Griselda. El secreto no era suyo.

—Hay un secreto —dijo—. Yo no puedo contártelo.

—¿Qué le habéis hecho?

—Escucha —dijo Griselda—. El secreto es cosa suya. Si te lo cuento, será solo para que dejes de pensar... cosas raras. Es un secreto.

—¿Y bien?

—Es su hija. Vino a decirle que lo había averiguado. Él... la ha creído. Están..., están..., ya ves cómo están. Yo solo traduzco —se vio obligada a añadir eso, aunque estaba observando a hurtadillas el dibujo repetido de su delgada y pálida belleza en el cuaderno de apuntes. Y añadió—: Y tú eres su hermano. Su medio hermano. —Wolfgang ladeó la cabeza y observó a Griselda. Ella continuó—: Creo que deberías decirle que lo sabes. Creo que...

«Que es todo demasiado emotivo», quiso decir, pero no pudo hacerlo.

—Me alegro de que no seas mi hermana —respondió Wolfgang.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

Griselda se sonrojó y apartó la vista.

—¿Me acompañarás a verlo? —preguntó Wolfgang.

Anselm Stern, al enfrentarse a su hijo, el cuaderno de apuntes y una Griselda que lo miraba con aire de disculpa, se dejó llevar un instante por la sorpresa. Había estado dirigiendo una historia, y uno de los actores le había arrebatado los hilos. Wolfgang le preguntó, educada e implacablemente, si lo que contaba Griselda era cierto. Luego dijo que su padre debía hablar con su madre, porque la gente estaba murmurando cosas muy desagradables. Siempre había tenido intención de hacerlo, respondió Anselm. Solo había querido... tener un poco más de tiempo para pensar el mejor modo de proceder y contárselo a sus hijos. Sonrió a Wolfgang con aire arrepentido.

—Ahora que ya lo sabéis, no hay razón para seguir dudando.

—Lo siento —dijo Griselda.

—¿Por qué?

—No era mi secreto. —Como buena niña mimada, consentida y descuidada, nunca había desempeñado un papel tan crucial en un drama ajeno.

—No importa —dijo Anselm Stern—. Ahora que lo pienso, debería darte las

gracias.

Angela Stern envió unas tarjetas decoradas a mano —con unos querubines que sonreían con aire perverso— a la pensión Susskind para invitar a todo el mundo —a Joachim, a Toby, a Karl, a Griselda y a Dorothy— a cenar en el Spiegelgarten. Dorothy miró los querubines y dijo que frau Stern tenía sentido del humor. Se peinó cuidadosamente para la ocasión.

Frau Stern los recibió de pie al lado de la fuente. Era más corpulenta que su marido y parecía un poco mayor, tenía rasgos mejor definidos y una coronilla de cabello rubio y entrecano. Vestía una blusa ribeteada de encaje y una falda amplia y gris muy sencilla. Estrechó la mano a todo el mundo. A Dorothy igual que a los demás. Tenía uno de esos rostros que en reposo parecen un poco toscos, pero pueden transformarse por un gesto o un ávido interés. Cuando sonreía, se parecía a Wolfgang, tenía la misma sonrisa amplia y franca, la misma alegría concentrada. Sirvió salmón y pepino, crema agria y ensalada de patata, acompañadas de cerveza o Riesling. Explicó que las tallas de la fuente y los espejos eran obra suya. Dorothy estaba sentada junto a Leon, que dijo sin inmutarse que había hablado con su hermano y se alegraba de la noticia.

Cuando terminaron de comer, Angela Stern invitó a Dorothy a entrar en la casa y ver su trabajo. Todos —incluso a esas alturas los tutores— comprendieron la importancia de aquello. Anselm Stern sacó del bolsillo una marioneta de un gato negro y empezó a hacerlo bailar sobre su rodilla.

—Le mostraré mi taller —dijo Angela Stern, que hablaba inglés a su manera. Subieron por unas empujadas escaleras y entraron en una enorme sala casi vacía, con un caballete y dos mesas con bustos modelados en barro, unos terminados y otros a medio hacer.

—Estos son mis hijos —dijo Angela Stern, señalando las tres cabezas de unos bebés recién nacidos—. Aquí está Wolfgang, aquí Leon y aquí Eckhardt, que no sobrevivió. Amo a mis hijos y mi trabajo, y me alegra verla en mi casa, fräulein Wellwood.

—¿Dorothy?

—Dorothy.

—Ha sido muy amable al invitarme.

—Creo que deberíamos ser libres de amar cuando y donde debamos..., que no tenemos por qué limitarnos. Pero ya comprenderás que lo que uno cree y lo que siente no siempre van unidos. No... sabía de... tu... existencia. Conocí a tu madre cuando estuvo aquí. Era una mujer preciosa y llena de vida. Era muy desdichada en aquel entonces. Todos tratamos de consolarla.

»Creo que debería alegrarme de verte..., Dorothy..., y ahora que te veo, creo que me alegro. Ven a vernos a menudo. Te enseñaré mi obra. Esta es la habitación donde

soy yo misma. Me gustaría que me conocieras..., también a mí. No hace falta decir más.

—Es usted muy amable.

—Si alguien ha cometido un error, no has sido tú. Estos son mis hijos, como querubines, y aquí están de adolescentes. Este es Anselm. No podría retratarlo sin un modelo entre las manos. Nunca he captado su aspecto a mi entera satisfacción. También hago caricaturas y eso se me da mejor: puedo hacer un, ¿cómo se dice?, un perfil simplificado del gancho de su nariz...

Al recordar después aquella conversación, Dorothy pensó que aquella mujer estaba decidida tanto a comportarse bien como a que no la dejaran de lado. Más tarde llegó a comprobar que Angela Stern se parecía a Olive Wellwood en muchos sentidos. «Esta es la habitación donde soy yo misma.» Dorothy estaba en una edad en la que seguía sorprendiéndose de ser capaz de comprender el modo en que pensaban y sentían los demás. Si una sabía cómo funcionaba la imaginación de alguien, ¿significaba eso que le caía bien? No era una persona de afectos apasionados o emociones espontáneas. Toda aquella ebullición, nerviosismo, placer y temor a propósito de su padre recién descubierto, la perturbaban. Los bustos de sus hijos amorosamente modelados por Angela Stern eran como los cuentos familiares de Olive..., una forma de amor, una forma de separación.

El sentido común es, al mismo tiempo, una maldición y una bendición. Dorothy se sentó a pensarlo todo con calma. Si quería ser médico, tendría que volver a Todefright y aprobar los exámenes. Pensó brevemente en quedarse en Alemania y estudiar allí, pero en esa época las mujeres alemanas tenían menos opciones para estudiar que las británicas. Y comprendió que no tenía ni idea de lo que diría su nueva familia si les pedía que la acogieran. Luego reparó en que, en realidad, no quería quedarse, al menos todavía. Sentía nostalgia incluso cuando estaba más a gusto. Echaba de menos tanto la casa del árbol como las comodidades del Queen's College, Harley Street y las clases en Gower Street. Además, estaba el problema de los tutores. Griselda y Karl sabían lo que estaba ocurriendo y habían aceptado a Wolfgang y a Leon como primos putativos. Trazó un plan. Pidió a Griselda que le contara a Toby Youlgreave, de forma estrictamente confidencial, lo sucedido. Y pidió a Karl que le contase a Joachim Susskind, de modo aún más confidencial, la misma historia. De ese modo, formarían parte del círculo que conocía la verdad acerca de Anselm Stern y Dorothy Wellwood, y preservarían la convención de que Dorothy era Dorothy Wellwood y ella podría volver a casa. Se preguntó qué pensaría Toby, que había amado a su madre tanto tiempo, y trató de volver a pensar y recordar lo que conjeturaba de las relaciones entre los dos. Descartó la idea de que él pudiera haber sabido siempre que Dorothy no era hija de Humphry. Ella se habría dado cuenta si él hubiese dado la impresión de saber algo. No lo hizo. Parecía confundido.

¿Y cómo preparar su regreso, y en cierto modo su retroceso, a Todefright? Escribió una carta a su madre que le costó mucho esfuerzo redactar.

Queridísima Mamá Oca:

No sabes cuánto me alegró recibir tu carta y saber que estáis todos bien. Echo de menos a los niños y a Tom, y el campo, a pesar de lo hermosa e interesante que es esta ciudad. Estoy aprendiendo mucho. Los alemanes son muy diferentes de nosotros, y uno llega a conocerse mejor al ver a gente tan distinta.

No sé por qué piensas que no quiero el cuento. Siempre me ha gustado leerlo, y saber lo que ocurrirá después. Se lo enseñé a herr Anselm Stern, a cuyo teatro hemos ido varias veces. Dijo que la señorita Higgle podía tener algo que ver con *Hans mein Igel* (un cuento de los hermanos Grimm) y nos representó su propia versión de marionetas de Hans el *Igel*. Nos hemos hecho muy amigos de herr Stern y de toda su familia. Frau Stern es una artista. No sé si la conoces. Es muy amable y acogedora y nos invita a todos, incluyendo a los tutores, a cenar. Los hijos de herr Stern, Wolfgang y Leon, también se han hecho muy amigos nuestros. Hablan con Griselda en alemán, ¡y llevan a Charles a los cabarets y los cafés! Sé que os entristece que no estemos en Todefright para celebrar la noche de San Juan, pero los Stern nos han invitado a celebrarla con ellos, la llaman *Johannisnacht Fest*, y pensaremos mucho en vosotros. En Munich —es decir, en los círculos artísticos de Schwabing— todo el mundo se disfraza a la menor ocasión, así que tendremos que pensar de qué nos disfrizamos. Herr Stern ha prometido hacer una versión del *Sueño de una noche de verano* con sus marionetas. La gente sale a ver el *Bauerntanz*, la gente que baila por la calle. Herr Stern dice que puede hacer que los campesinos del *Sueño* sean como el *Bauer* alemán. Voy aprendiendo alemán, aunque muy despacio. En cambio, Griselda lo habla como un cisne deslizándose por un río. Pero a ella también le alegrará volver a casa. Todos os envían muchos recuerdos a ti, a papá y a todos los de Todefright.

Dorothy

Dorothy pensó que aquella carta era tanto una obra maestra del disimulo como un cable que le echaba a Olive, por si quería cogerlo. Luego se dedicó a meditar en el rencor que le inspiraba Olive, en su deseo de apartarla y castigarla. ¿Por qué, exactamente, quería castigarla? ¿Por un momento de pasión (suponía que había sido eso) con el misterioso e intrigante Anselm? ¿Por haberla traído al mundo? Se alegraba de haber nacido, estaba bastante satisfecha de ser quien era, aun cuando esa persona tuviese un origen distinto al que siempre había creído tener. ¿Por criarla en la

ignorancia, como una Wellwood? ¿Qué otra cosa habría podido hacer una mujer en su situación? No había mentido a Humphry, aunque probablemente tampoco hubiera podido hacerlo. Tenía que admitir que ambos la habían querido. Lo que le molestaba era la mentira. Aquellos a quienes se miente, se sienten despreciados, apartados, engañados. Así era como se sentía Dorothy. Aunque también empezaba a descubrir que saber que te han contado una mentira es una forma de poder. Tenía poder sobre Humphry y Olive porque le habían mentido y ella lo había averiguado. Y ellos ignoraban lo que sabía y tenían miedo. La carta que les había escrito les pondría nerviosos y les inspiraría aún más miedo. Se lo tenían merecido. Pero la carta, con su neutralidad e ingenuidad, también dejaba la puerta abierta para que todos fingiesen que no había pasado nada..., para que todos supieran que estaban fingiendo e interpretando una historia. Cerró el sobre, lamió el sello y lo llevó al correo.

Charles/Karl también estaba preocupado por su doble identidad. Estaba más en contacto con la efervescencia política y la vida satírica y disoluta de Schwabing que las dos jóvenes. Se sentaba en el café Stefanie, entre el espeso humo de tabaco y las canciones, y oía a los psicoanalistas y a los anarquistas predicar la agitación. Escuchaba los eslóganes: «La unidad es la violencia de los príncipes, una regla tiránica. La discordia es la violencia popular, la libertad» (Panizza). Se establecían marcadas analogías entre las partes ocultas y destructivas del alma, y la exaltación de los campesinos y los trabajadores. Era peligroso negar aquellos impulsos: la violencia, la conspiración, la revolución y el asesinato eran necesarios y deseables para oponerse a los estados tiránicos y derrocarlos. Aquello quedaba muy lejos de las educadas lucubraciones de los fabianos y aún más de los círculos, dedicados a las carreras de caballos y la caza, del nuevo rey, en cuyos márgenes se movía el padre de Charles, gracias a la fortuna de su madre alemana. Charles era lo bastante inteligente para percatarse de que podía permitirse ser anarquista porque era rico. Los pensadores de los cafés de Múnich se emocionaban estéticamente con las manifestaciones de energía de los campesinos —el *charivari*, el *Bauerntanz*, el *Karneval*, este último y los desórdenes iban siempre unidos y ambos eran maravillosos. Joachim Susskind se limitaba solo a escuchar. Wolfgang no decía mucho, aunque, como su padre, dibujaba sin parar, barbas alzadas en apasionadas disertaciones, piernas femeninas que asomaban bajo las faldas cuando se inclinaban para aplaudir. Leon se unía a las discusiones. Debatía, casi con gazmoñería, la necesidad del asesinato. Karl decía no creer que fuese necesario: los pocos actos aislados que se habían producido —los anarquistas habían asesinado al presidente de Francia, al presidente del gobierno español, a la emperatriz Isabel y al rey de Italia— solo habían producido más represión.

—Ya habló el inglés —dijo Leon en tono amistoso—. Vosotros no sabéis lo que es la verdadera opresión. No se os puede meter en la cárcel por *Unzüchtigkeit*

—«obscenidad», tradujo Joachim—, ni por lesa majestad como les ocurre con frecuencia a nuestros artistas. Nos vemos obligados a representar las obras serias en clubes privados y cabarets. Luego llega la policía y encarcela o prohíbe a los artistas. Oskar Panizza está en Suiza y no puede regresar.

—Te llevaremos al nuevo cabaret de artistas, el Elf Scharfrichter. Los once verdugos —dijo Joachim—. Suena mejor en alemán..., el ingenio corta como el filo del hacha.

Karl ya estaba sorprendido por el veneno y la violencia satírica de las revistas, como *Jugend* o *Simplicissimus*, y sus caricaturas al mismo tiempo elegantes, malvadas, obscenas y vivaces. Negros demonios danzantes, bulldogs. Mujeres como murciélagos y vampiros de boca negra. Leon lo invitó, como anarquista inglés, a admirar las caricaturas de *Simplicissimus* sobre asuntos ingleses. Leon explicó a Charles/Karl que los artistas en Schwabing sentían gran simpatía por los oprimidos bóers de Sudáfrica. Las caricaturas decían: «Disparad a los ingleses en la boca, es donde tienen más peligro». Había una imagen gráfica y horrible del rey Eduardo y un oficial colonial dando de patadas a los bóers en un campo de concentración. «La sangre de estos demonios me está ensuciando la corona», decía el rey.

—Tiene fuerza, ¿no crees? —dijo Leon—. Los turistas ingleses han tratado de que las censurasen. También se burla del káiser. De sus incontables uniformes. De su viaje a Tierra Santa.

Karl se sorprendió —hasta cierto punto— de su reacción al ver aquellas imágenes. Se sintió dolido y ofendido como cualquier inglés chauvinista, aunque se lo ocultó a los alemanes, igual que había ocultado su anarquismo a su familia. Como Dorothy, había ocasiones en que echaba de menos una vida más despaciosa, menos intensa, más meditativa. Más educada. A los ingleses no les gustaba ofender a los demás. En Inglaterra las caricaturas habrían sido más divertidas, menos... desagradables.

Lo llevaron a ver una actuación en el Elf Scharfrichter una noche en que había representación de marionetas, porque Wolfgang había ayudado a hacer el reparto y también ayudaba con la actuación.

Los Scharfrichter eran once artistas —entre los que se contaba el dramaturgo Frank Wedekind— que desfilaban con túnicas de color rojo sangre y capuchas de verdugo, blandiendo pesadas espadas, y representaban obras de teatro, canciones, obras de marionetas y teatro de sombras chinescas, empleando formas populares —que ellos llamaban *Tingeltangel*— y comparándose con los trabajadores de las artes aplicadas. Afirmaban que querían componer canciones que cantaran los artesanos mientras fabricaban sillas para que la gente apoyara el culo. *Angewandte Lyrik*, de eso se trataba. Tenían un escenario privado en una taberna en la que cabían unas ochenta personas sentadas a las mesas. Cuando Karl fue acompañado de Wolfgang y



Joachim, estaba abarrotada de espectadores. Las negras paredes estaban decoradas con pósters chillones y elegantes de *Simplicissimus* y con tallas pornográficas japonesas en madera, que escandalizaron a Karl, aunque trató de afectar una estudiada flema inglesa. Había un programa en cuya cubierta una mujer alegremente desnuda estaba quitándose unos guantes largos y rojos. A la entrada había un tótem: un solemne busto de una persona con peluca, de la época de la Ilustración, con un hacha de verdugo clavada.

Los verdugos desfilaron cantando la misma canción que cantaban siempre, dirigida contra la jerarquía católica.

*Ein Schattentanz ein Puppenspott!  
Ihr Glücklichen und Glatten  
Die Puppen und die Schatten.  
Er lenkt zu Leid, er lenkt zu Glück,  
Hoch dampfen die Gebete,  
Doch just im schönsten Augenblick  
Zerschneiden wir die Drähte.*

¡Una danza de sombras, una broma de títeres!  
Vosotros, felices y atildados,  
los títeres y las sombras.  
Él os maneja a su antojo,  
los rezos se elevan a lo alto,  
pero entonces, cuando menos se lo espera,  
cortamos los hilos de las marionetas.

Esa noche, los verdugos entonaron la canción con especial complacencia y les siguió en el escenario Marya Delvard, una mujer esquelética de melena flamígera, ojos maquillados con kohl y tez muy pálida, que cantó, embutida en un largo vestido negro, canciones de sexo y pasión, suicidio y asesinato, con una especie de ronco gemido. Estaba iluminada por un halo de luz violeta y tenía boca de vampiro. Después de ella, llegó la obra de marionetas, *Die Feine Familie*. Había un foso entre el público y el escenario, que albergaba tanto a los músicos como a los titiriteros. Retrataba a las cabezas coronadas de Europa como un hatajo de niños caprichosos que se peleaban por los juguetes: el Imperio de Sudáfrica, el palacio de Pekín... Estaban el tío y los primos: Eduardo, el káiser Guillermo y el zar Nicolás, que lloraban de rabia como párvulos y conspiraban los unos contra los otros. Karl se quedó muy quieto y trató de seguir su rápido parloteo. No aprobaba a los reyes ni a los personajes reales. Pero de nuevo se sintió secretamente inglés. Aquellos extranjeros no deberían burlarse con tanta ligereza de las tierras verdes y agradables

de Inglaterra, ni siquiera en la persona de un hombre gordo, enamorado, rubicundo y zumbón, vestido de armiño con una absurda corona. Por un momento, se preguntó cómo sería el mundo cuando se produjera la violenta explosión que tanto deseaban, y si, en realidad, sería mejor regirse por el capricho de verdugos enmascarados y roncadas seductoras. Aplaudió al final de la obra y Wolfgang le guiñó un ojo.

—¿Tenéis este tipo de obras en Londres?

—Tenemos espectáculos de music-hall. No es así. Es... más tonto y... sentimental.

—Aquí también tenemos cosas sentimentales, y en abundancia. Schwabing ha inventado incluso una palabra para definir las, una palabra que me gusta mucho: kitsch.

—Kitsch —repitió Charles/Karl.

Otro teatro nuevo, el Schauspielhaus de Richard Riemerschmidt, había abierto sus puertas aquella primavera. Fueron todos juntos —los tutores, los Stern, Karl, Griselda y Dorothy— a ver la *Salomé* de Oscar Wilde. El teatro, de estilo *Jugendstil*, tenía una belleza delicada y exquisita. El auditorio recordaba una caverna roja y caliente, o a un útero, y era a la vez un bosque de elfos. Tallos y zarcillos finos y dorados trepaban y caían por todas partes uniendo los palcos con el escenario y rodeando a los actores. Wilde estaba muerto. Había muerto poco después de que Karl y Joachim lo vieran en el taller de Rodin en la Exposición Universal. A Karl no le gustó *Salomé*, con sus rítmicos gemidos y su sensualidad enfermiza. Se le había pegado la nueva palabra «kitsch» y se aventuró a decirle a Joachim que le parecía un poco kitsch, y Joachim se escandalizó y respondió que no, que aquello era arte moderno, libertad de expresión. Dorothy dejó de mirar al cabo de un rato, y empezó a tratar de recordar los huesos del cuerpo y sus nombres. La actriz que interpretaba a Salomé parecía flexible y carente de huesos, como una encantadora de serpientes y una serpiente al mismo tiempo. Wolfgang le dijo a Griselda que creía que la obra jamás se había representado en el país de Wilde, en su propio idioma. Toby Youlgreave, que estaba sentado al otro lado de Griselda, le explicó que Wilde la había escrito en francés y traducido luego al inglés, pero el lord chambelán había interrumpido las representaciones. ¡Ah!, dijo Wolfgang, así que ellos también tenían una ley Heinze. Toby respondió que creía que la razón alegada había sido blasfemia, interpretar personajes bíblicos, no la obscenidad. El texto se había publicado con ilustraciones de Beardsley. Indecentes, sin duda, pero inteligentes. Wolfgang afirmó que creía haberlas visto, con la voz de quien en realidad no recuerda haberlo hecho. Luego aseguró que Beardsley dibujaba el sexo con frialdad. Al contrario que nuestros artistas. Dicen que los ingleses son fríos. Le echó un rápido vistazo a Griselda y apartó la mirada. Griselda miró el grueso telón rojo, cerrado por el intermedio. Un vago rubor tiñó sus pálidas mejillas.

Por fin llegaron de nuevo el solsticio y la noche de San Juan. En Inglaterra, Olive presidió, como siempre, una fiesta, aunque en esta ocasión menos concurrida, en el jardín. Hizo un día gris. La reina de las hadas vistió un operístico manto de terciopelo sobre sus vaporosas túnicas. Herbert Methley, que había terminado su novela y retomado sus asuntos sociales y amorosos, reemplazó al ausente Youlgreave en el papel de Bottom. Florian interpretó a Polilla en lugar de Dorothy. Tom siguió haciendo de Puck. Humphry continuaba siendo apuesto, pero sus sienes se habían vuelto grises.

En Múnich fue todo mucho más alocado. Los artistas y bohemios de Schwabing se disfrazaban a la menor oportunidad, celebraban todas las festividades con deleite, bailaban en las calles, los patios y los jardines. Anselm Stern montó una representación del *Sueño de una noche de verano* para marionetas. Los títeres, torpes y humanos, y las hadas con largas alas, se apresuraban por un bosque pintado, mientras las flautas y las gaitas emitían extraños sonidos. Los menestrales iban vestidos como obreros bávaros, y bailaban danzas campesinas. Dorothy reparó en que Oberón tenía el rostro delgado de Anselm Stern y una de sus características miradas pensativas, concentradas y casi peligrosas. Puck se parecía a Wolfgang, con unos cuernos que asomaban a través del cabello despeinado. Hermia y Helena eran Dorothy y Griselda con expresión sorprendida y los ojos muy abiertos.

Después del espectáculo deambularon por las calles. La noche de San Juan en el sur de Alemania era cálida, herbosa e invitadora. Se cruzaron con otros grupos, y se detuvieron en las tabernas y en los cafés para beber una cerveza o un vaso de Riesling. En un momento dado, Dorothy, que iba disfrazada de polilla plateada, y Griselda, que iba vestida como una dama dieciochesca, se toparon con una valquiria, con un peto y un yelmo con cuernos, que resultó ser inglesa. Dijo que se llamaba Marie Stopes y estudiaba en la universidad. Eso despertó el interés de Dorothy. Afirmó no saber que admitieran a mujeres.

—No lo hacen —replicó Marie Stopes—. Soy la única mujer de mi departamento. Soy paleobotánica. Estudio el sexo de las cicas fósiles. Es muy interesante.

«Si admiten a una, admitirán a más», pensó Dorothy. En ese instante, se les unió Joachim Susskind, quien reconoció a la señorita Stopes, que había aprobado la licenciatura de botánica con la máxima nota —y además en un año— en el University College. Dorothy, de pronto, se sintió idiota vestida de seda y terciopelo gris. Debería estar en una clase. Aunque ahí estaba la triunfadora señorita Stopes, vestida como una desgarrada valquiria y un poco borracha.

Anselm Stern y su familia habían hecho una pira propiciatoria en el patio de su casa: una hoguera alegre y chisporroteante, ni demasiado grande, ni caliente como un horno. Todos bailaron en torno a ella, y, cuando se desplomó, saltaron sobre las

cenizas. Anselm les había dado a todos flores azules, *Rittersporn*, espuelas de caballero, para que las arrojaran a las brasas. «Junto a todas vuestras cuitas y preocupaciones», dijo.

Dorothy guardó dos recuerdos de aquel día, que nunca podría olvidar. El primero era el baile con su nuevo padre, con Anselm Stern, una especie de polca rápida, en torno al Spiegelgarten. Se vislumbró en un espejo, el pelo se le había soltado, tenía aspecto desenfrenado, y de pronto recordó el vals que bailó en South Kensington con su otro padre, su vestido nuevo, su mano en su cintura, y todo lo que eso había desencadenado. Aquel baile había traído este. Se tropezó y Anselm la sujetó. Observó su expresión preocupada y, por primera vez, la besó con delicadeza en la frente.

El segundo recuerdo fue al entrar en casa para ir al baño, encontró uno ocupado y empezó a buscar otro. Y tropezó con dos personas que estaban de pie la una al lado de la otra. Eran Wolfgang y Griselda. Dorothy vio que los dos tenían los ojos cerrados. No la habían visto. Retrocedió y se fue por donde había venido. No le dijo nada a Griselda, y ella tampoco lo hizo.

# III

## La edad de plata

Los eduardianos, tanto al volver la vista atrás como al mirar hacia el futuro, eran conscientes de ser epígonos de algo. La sempiterna reina había desaparecido en todas sus manifestaciones, desde la viuda rechoncha y diminuta revestida de crespón negro y collares azabache, hasta el ídolo coronado, adornado y repujado de oro que sacaban en las recepciones oficiales en la India y en los aniversarios. Aquella boca fruncida había callado para siempre. Su tanto tiempo atrás fallecido marido, que se había preocupado seriamente por las condiciones de vida de los obreros e interesado por las artes y los oficios hermosos y genuinos que proliferaban en la época, persistía tras ella en el nombre del museo inacabado, lleno de oro, plata, cerámica, ladrillos y polvo de las obras. El nuevo rey era un viejo mujeriego y jovial de salud escasa, interesado en engrasar las ruedas de la diplomacia con su propio sentido común, en los caballos de carreras, en cazar a diario miles y miles de aves y animales que corrían y jadeaban por las arboledas y páramos ingleses, y los bosques y montañas de Alemania, Bélgica, Dinamarca y Rusia. Estaban en una nueva era, no en una era joven. Una era que, caprichosamente, rechazaba la angustia moral y la responsabilidad de los sabios victorianos que Lytton Strachey se estaba preparando para ridiculizar. Los ricos adquirían coches a motor y teléfonos, chóferes y operadoras. Los pobres eran un fantasma amenazador, a quien había que ayudar caritativamente o exterminar de forma expeditiva. Lucía el sol, los veranos eran cálidos y luminosos. En algunos sitios del país corrían la miel, la leche, las frutas, la cerveza y el champán.

Volvían la vista atrás. Miraban fijamente hacia el pasado con una intensa y a veces intencionada nostalgia por una imaginada Edad de Oro. Había muchas cosas a las que deseaban regresar, que ansiaban recuperar y volver a habitar.

Deseaban volver a la tierra, a los ríos rumorosos, los campos preñados y los jardines y las serpenteantes madre selvas de Morris. Querían vivir en casas de campo (casas de campo de verdad, lo que equivalía a casas de piedra antigua y cubierta de musgo) y cultivar sus propias frutas y hortalizas, tener sus propios huevos y grosellas. Querían, como Edward Carpenter, ser autosuficientes en sus pequeñas granjas, y también estar desnudos y meter los dedos en el barro, como él, después de quitarse unas sandalias auténticas y hechas a mano, como las suyas. Amaban la tierra. Los calizos Downs y las marismas de Romney son los verdaderos protagonistas de *Puck de la colina de Pook*, publicado en 1906, el año de la construcción del buque

*Dreadnought*. Ford Madox Ford, que vivía en una pequeña granja de Winchelsea, escribió conmovedoramente sobre la exhumación de un vikingo enterrado en los acantilados de Beachy Head. Los huesos que describe Ford en el acantilado son como los huesos humanos en la creta de Kipling, o los que desentierran los conejos en *Vida de un pastor* de Hudson. Son un sueño en el que los seres humanos forman parte de un ciclo natural que parecen haber abandonado.

E. M. Forster lamentaba la invasión de Abinger por las máquinas y la violación de Chanctonbury Ring. Bloomsbury coexistía en Bloomsbury y en humildes granjas de los Downs, donde tenían problemas con las tuberías y la servidumbre. Amaban la tierra por algo que se había perdido para siempre, además de por sus aromas, sus olores, su suciedad, su energía, sus zuecos y su pastel de manzana. Los grandes maestros de la descripción de la tierra inglesa, Richard Jefferies y luego W. H. Hudson, capaces de describir las vastas extensiones de aire limpio, la hierba de los Downs, mordisqueada por las ovejas y los conejos, los árboles de los bosquecillos, los espinos solitarios modelados por el viento, los peces nadando en el río y los pájaros elevándose en alas de las corrientes térmicas, de un modo que tenemos la impresión de que nos están guiando por una tierra virgen y amena, son en realidad hombres de una elegíaca Edad de Plata. Dedicar páginas enteras a enumerar las especies de aves y mamíferos exterminados de la tierra por guardabosques dedicados a la cría del faisán. El azor, el hurón, la marta, desaparecidos para siempre. El lucio diezmado. Los árboles podados para cambiar su forma natural y silvestre. En la Edad de Oro, los hombres no interferían en nada.

La tierra inglesa está confinada, incluso allí donde es más agreste, por eso que Melville llamó el imponente y extraño océano. Sus campos están delimitados; sus bosques, cercados y administrados; sus caminos, transitados. Los visitantes de Sudáfrica y Extremo Oriente se sienten a disgusto en tierra británica. Tienen la sensación de que nada es prístino, de que todo ha sido hollado, una y otra vez, desde la Edad de Piedra. Comparados con las Cevenas y el Macizo Central, los agrestes páramos de Yorkshire son como un pañuelo de bolsillo sobre una lona alquitranada. Los poetas, igual que los campesinos, lamentaban el cercado de los prados comunales. Es una triste realidad que los campamentos militares, como el de Lydd, tienden a preservar las especies silvestres, las plantas y los pájaros, al mantener a distancia a los curiosos y a los depredadores humanos.

La tierra alemana es diferente, aunque en aquella época los alemanes, en un país rodeado de tierra por todas partes, y bajo la égida del káiser y sus ambiciones marítimas, también sentían el impulso de la nostalgia terrenal. Los alemanes, hasta el siglo xx, habían vivido en ciudades pequeñas y amuralladas, entre las que se extendía el *Wald*, no el escondrijo de Robin Hood en el bosque, sino kilómetros y kilómetros de Selva Negra, sombría y extraña, poblada por criaturas y presencias mucho más

peligrosas y amenazadoras que los Puck, los duendes y esa desagradable bruja de Yallery Brown, atrapada en el barro de Lincolnshire. Los alemanes volvían a la tierra. Iban a andar y cantar por las montañas y se internaban en los bosques. Eran *Wandervogel* que volvían a la naturaleza (una diosa ambivalente). También ellos acampaban en los lagos y se zambullían desnudos en sus profundidades. Se hicieron vegetarianos y deambulaban por las calles de Múnich y Berlín ataviados con prendas fabricadas solo con fibras vegetales. Adoraban al sol, y a las madres de la tierra que habían precedido al patriarcado.

Los habitantes de Schwabing retrocedieron, o progresaron, a la comunidad de santos, artistas y amantes de la naturaleza de la montaña de la Verdad, el monte Verità, cerca de Ascona, a la orilla de un lago suizo. Allí llegó, en 1900, Gusto Gräser, un poeta que aprovechó su nombre, que significaba «hierbas», y afirmó ir en busca de raíces: las raíces de las plantas, raíces para comer, las raíces de las palabras, las raíces de las civilizaciones y las montañas. Se abstenía no solo de la carne, sino del metal, que creía que debía dejarse donde estaba, en las entrañas de la tierra, en el interior de las rocas. Vivía en cuevas y dormía en capillas al borde de los caminos. Su hermano, convencido también de que el uso del metal implicaba minas, mineros, fundiciones, armamentos, bombas y fusiles, construyó una casa de madera, aprovechando las horquillas y formas naturales de las ramas. Vivió allí con Jenny Hoffman, que usaba huesos de dátil como botones en la ropa. Rudolf Laban llevó a su cohorte de ménades desnudas a celebrar la puesta de sol junto al lago, en los prados. Lawrence y Frieda estuvieron allí, igual que Hermann Hesse e Isadora Duncan. También fueron el anarquista Eric Mühsam y el psicoanalista Otto Gross, cuyo padre, un criminólogo, quería que lo encerrasen por drogadicto y licencioso. Todos vestían sandalias, como peregrinos, como apóstoles, como los antiguos griegos.

Max Weber creía que el mundo moderno era una jaula de hierro, *ein stahlhartes Gehäuse*, el chasis de una máquina. Los *Naturmenschen* trataban de romper los barrotes, de regresar. Carl Gustav Jung llegó a tener el convencimiento de que la mente de las personas no se moldeaba solo por la herencia y la historia individual, sino por la tierra, el suelo, que se aferraba a sus raíces. El *Deutschlands Boden*, el suelo alemán, empezó a ser utilizado por los pensadores *völkisch* y por quienes creían en la pureza racial, además de por aquellos que deseaban volver a la naturaleza y la Madre Tierra bajo el Sol. Por un lado, estaba el nacimiento, y por otro, el renacimiento, llevado a cabo por el héroe solar que regresaba de las profundidades telúricas, se enfrentaba a la terrible Madre, o Madres, y volvía a surgir a la luz. Así D. H. Lawrence, hijo de un minero, renació a la sensibilidad alemana, tras finalizar *Hijos y amantes* y leer las cartas de Otto Gross, el antiguo amante de Frieda Lawrence, y *El significado de los sueños* de Sigmund Freud.

Otro modo, concomitante, aunque no consecuente, de volver la vista atrás era el



enorme interés y la nostalgia que despertaba la infancia. Los hombres y las mujeres de la Edad de Oro, escribió Hesíodo, vivieron cientos de años en una eterna primavera, siempre jóvenes, alimentándose de bellotas de un gran roble, de miel y frutos silvestres. En la Edad de Plata, de la que se escribe mucho menos, la gente vivía cien años como si fueran niños, sin crecer, y luego envejecían y morían de pronto. Los fabianos y los científicos sociales, los escritores y los maestros comprendieron, a diferencia de las generaciones anteriores, que los niños eran personas con identidades, deseos e inteligencias. Repararon en que no eran ni muñecas, ni juguetes, ni adultos en miniatura. Muchos de ellos se percataron de que los niños necesitaban libertad, no solo ser buenos y estudiar sino jugar y hacer el loco.

Pero muchos lo vieron debido a sus propias ansias de disfrutar de una infancia eterna, una Edad de Plata. Un aspecto de aquello era el comportamiento típico de club masculino: el comer pudín de sebo en ambientes oscuros, el bromear con los invitados, el hacer excursiones en bote, picnics y caminatas, el gastar elaboradas bromas a los incautos, el disfrazarse de potentados de Oriente Próximo (Virginia Woolf) o de reporteros de periódico (Baden-Powell en el ejército de la India). Se les daba bien jugar con niños de verdad (H. G. Wells convertía una guardería en un auténtico campo de batalla, o en una serie de estaciones de ferrocarril; de nuevo Baden-Powell entretenía a los niños diciéndoles que su casco emplumado era un pollo). Empleaban expresiones de colegiales en sus cartas: ¡Córcholis! ¡Caracoles! Escribían cuentos maravillosos, también epistolares, para sus solemnes hijos acerca de excursiones en bote, cestas de picnic, gente que se perdía en el bosque en invierno y encontraba un cálido hogar bajo tierra en la madriguera de un tejón, o que hacía sonar la bocina del coche y se burlaba de la autoridad.

Richard Jefferies escribió acerca de Bevis en la década de 1880. En *La magia del bosque* Bevis es un niño pequeño que sabe hablar la lengua de los animales del bosque. Sabe hablar su idioma, pero su visión es la de un colegial autoritario, a diferencia del sutil niño selvático Mowgli. Sabe que las arañas son machos, y los pájaros con quienes conversa le permiten amablemente coger un huevo, siempre que les deje otro y no se lo cuente a los demás chicos.

En *Bevis, historia de un niño*, construye una balsa y un campamento y juega a ser un explorador en las junglas y desiertos del imperio. Se divierte levantando empalizadas, como Jim en *La isla del tesoro* y Robinson Crusoe, y luego vuelve a casa a tomar el té y tostadas con miel.

En 1901 James Barrie escribió *Los niños náufragos* para los niños Llewellyn-Davies, se publicó *El conejo Peter*, y Kipling publicó *Kim*, la historia de un niño explorador. En 1902, E. Nesbit escribió *Cinco niños y eso*, un cuento en el que unos niños ingeniosos e imprudentes descubren un hada de la arena. Ese mismo año,

Barrie publicó *El pajarito blanco* donde un embriónico Peter Pan, el niño que se niega a crecer, hace su primera aparición. El sabio naturalista W. H. Hudson regaló ese libro a David Garnett, hijo del editor Edward Garnett y Constance Garnett, la traductora de Tolstói, Dostoievski y Turguéniev. David Garnett, que sí creció, al menos en ciertos aspectos —se convirtió en un «libertino» por principios y atrajo tanto a hombres como a mujeres—, encontró el libro repulsivo y se lo devolvió a quien se lo había dado, diciendo que no le gustaba. *Peter Pan, o el niño que no quería crecer* se representó (en una versión primitiva) en 1904. Rupert Brooke fue a verlo doce veces. En 1906, aparecieron *Puck de la colina de Pook*, *Los niños del ferrocarril* y *El conejito Benjamín*. Se sugirió seriamente que las grandes obras de la época eran obras para niños, que también leían los adultos.

Kenneth Grahame, que escribía para la decadente *Yellow Book* en sus días de gloria, publicó *Papeles paganos* en 1893, *La edad dorada* en 1895, *Días de ensueño* en 1898 y *El viento en los sauces* en 1908. Tenía lo que podía considerarse un empleo de adulto: era secretario de la anciana institución de Threadneedle Street.

Se casó en 1899. Tenía cuarenta años y era un arquetípico soltero fumador de pipa. Su flamante esposa se presentó a la boda con un viejo vestido de muselina blanca «húmedo del rocío de un paseo matutino» con una guirnalda de margaritas alrededor del cuello. Era una mujer de treinta y siete años con aspecto de niña.

Escribía a su mujer con jerga infantil: «No me vengas con más dietas porque me tienes hasta el bigote. Como lo que *quero*, y lo que no *quero*, lo dejo & me importa un rábano lo que hagan en Berlín, gracias a Dios soy inglés». A su hijo, a quien llamaban «Ratón», tuvieron que enviarlo al campo con la niñera, porque su juego favorito era tenderse en la carretera al paso de los coches para que tuvieran que frenar bruscamente.

En 1905, el general de división Baden-Powell, que estaba al mando del ejército británico en Mafeking, se quedó fascinado por *Peter Pan*, que vio dos veces. Ese año, Baden-Powell pidió sin éxito la mano de la señorita Rose Sough. Ella tenía dieciocho años. Él, cuarenta y siete. Por fin se casó, en 1912, cuando tenía cincuenta y cinco, y su mujer era «una niña de veintitrés», un marimacho que se hizo jefa de exploradoras. Baden-Powell construyó campamentos para los jóvenes exploradores y se emocionaba al ver fotografías de los niños desnudos bañándose. Uno de sus intereses era asistir a ejecuciones: recorría largas distancias y cruzaba fronteras con tal de presenciarlas.

En Alemania había teorías sobre los niños y la infancia. Un niño, de acuerdo con Ernst Haeckel, era una etapa en el desarrollo evolutivo de un adulto, igual que un salvaje era una etapa en el desarrollo de un ser humano civilizado. Una vida recapitulaba la historia de la tierra: el embrión en el útero tenía las agallas de un pez y la cola de un simio. Haeckel tenía la religión de la naturaleza, y encontraba el bien, la

verdad y la belleza en las formas de vida, desde los radiolarios hasta Goethe. Carl Gustav Jung aprovechó aquella idea y se convenció de que los pensamientos de los niños se parecían a los de los pueblos antiguos. Trazó un paralelismo «entre el pensamiento fantástico y mitológico de la Antigüedad y el pensamiento similar de los niños, entre las razas inferiores y los sueños». El alma humana tenía capas, desde las raíces de las montañas hasta la cima consciente. El niño se escondía y hacía cabriolas en los niveles inferiores, y de vez en cuando salía, como la cautiva Perséfone, a divertirse en los prados floridos.

Entretanto, en 1905, Sigmund Freud publicó sus *Tres ensayos sobre sexualidad*, incluyendo uno sobre la sexualidad infantil. Los niños, aseguraba, eran polimórficamente perversos. Chuparse el pulgar, rascarse las orejas, sentir el aire en las bragas al balancearse rítmicamente en un columpio colgado de una rama, el placer de la velocidad de un coche o de los pistones de los trenes eran indicios de una sexualidad activa y enmascarada. Los niños deseaban a su madre o a su padre, querían casarse con él o con ella, tenían fantasías en las que asesinaban al otro progenitor. Como buen burgués austriaco de su tiempo, Freud se atrevió juzgar aquellas inclinaciones. Los niños no habían construido barreras mentales contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco, la moralidad. «En ese aspecto, los niños se comportan del mismo modo que una típica mujer analfabeta en la que perdure esa disposición polimórficamente perversa... Las prostitutas aprovechan dicha disposición polimórfica, es decir, infantil para llevar a cabo su profesión...» Freud sabía que los niños no eran dulces, amables, ni despreocupados. Sabía que podían odiar. Citó a Bernard Shaw en *Hombre y superhombre*: «Como norma solo hay una persona a quien una niña inglesa odie más que a su madre, y esa es su hermana mayor». En Inglaterra, semejante observación era irrespetuosa, una ingeniosidad de salón, una chocante paradoja wildeana. En Alemania, donde Max Reinhardt montaba las obras de Shaw junto a *El despertar de la primavera* de Wedekind y *Los bajos fondos* de Gorki, se recibía de forma muy diferente.

Todo el mundo salía a la tierra cambiante y domesticada y organizaba campamentos. Desde Ascona hasta Chipping Camden, donde C. R. Ashbee había llevado su gremio de artesanos del East End, como a Aarón a la Tierra Prometida, y enseguida había construido una enorme piscina comunal llena de barro, la gente salía al aire libre, construía refugios temporales en las raíces de los árboles, ponía en práctica habilidades que en algunos casos derivaban de las habilidades, aprendidas en Mafeking y Ladysmith, para ir de exploración y montar tiendas de campaña. David Garnett acampó con las cuatro hermosas y alocadas hermanas Olivier, Brynhild, Marjorie, Daphne y Noel, que trepaban a los árboles como monos y se zambullían desnudas en los ríos desde puentes antiguos. (Su padre era un ministro de la oficina de la Commonwealth, Sydney Olivier, uno de los primeros fabianos, que, a raíz de

unas declaraciones suyas contra la guerra de los bóers, acabó siendo enviado a Jamaica como gobernador.) Eso se combinó con el hermoso y sin tacha Rupert Brooke para dar lugar a los neopaganos, junto con James Strachey, que estaba desesperadamente enamorado de Brooke. Más tarde, los propios fabianos organizaron campos educativos de verano, con clases y ejercicios gimnásticos. Baden-Powell inventó muchas normas, prácticas y morales, para los jóvenes exploradores, y después, con su hermana Agnes, para las jóvenes exploradoras. Se inspiró en las tallas de los indios americanos y en la camaradería militar británica, además de en Kim y en Mowgli. Había un campamento en la colonia de Hollesley Bay, en la costa Este, que Beatrice Webb visitó en 1905, donde se recuperaban hombres enfermos e inválidos. También visitó un campamento del Ejército de Salvación en Hadleigh Farm, donde recogían, alimentaban, ayudaban y predicaban a convictos recién liberados, vagabundos, borrachos y mendigos. Asimismo circulaba una idea acerca de los pobres sin remisión, bastante popular entre los ansiosos pensadores sociales, que decía que los campos de «concentración» inventados por el eficiente ejército británico en Sudáfrica podrían emplearse para apartar, e incluso para esterilizar o eliminar, a los irrecuperables, los desesperanzados, los peligrosos.

El tiempo transcurría a velocidades muy diferentes para todas estas personas entre 1901 y 1907, cuando un acontecimiento cambió todas sus vidas. Para unos, era como el tictac de un metrónomo, para otros se demoraba aturrido, para algunos —los niños— seguía siendo un espacio ilimitado y luminoso, ilimitado y brillante con nieve y hielo, que amenazaba siempre con un aburrimiento inconcebible y estaba lleno de curvas y de larguísimos caminos que se extendían a lo lejos. Para unos tenía pautas de medida —la menstruación, los exámenes, las fiestas, los campamentos, los días de paga, los cheques en el buzón, las fechas de entrega, los telegramas, las crisis en los bancos—, y para otros cualquier día era idéntico a los demás. Unos —los bebés y las menopáusicas— envejecían deprisa. Otros apenas daban la impresión de cambiar con el paso de los años.

Ann Warren cambió mucho y, paradójicamente, sentía el tiempo como algo lento y demorado. Era una niña limpia y morena, «como una castaña», dijo Frank Mallett al regalarle una chaquetita de lana y unas botas bordadas. Aprendió a sentarse y a quedarse donde le decían, contemplaba el jardín de la casa de Marian Oakeshott y miraba las malvalocas y las caléndulas dando por sentado que eran eternas. Un día se levantó y anduvo tambaleándose hasta el borde del jardín, donde cayó entre las espuelas de caballero, que aprendió a reconocer por su olor acre y su sucesión de torres azuladas. Para Ann, que tenía dos años en 1903, un año era media vida. No esperaba el segundo invierno y, cuando llegó, dedujo vagamente que era eterno, hasta que llegaron la primavera y el verano y comprendió que habían «vuelto» y empezó a aprender a esperar. Aprendió a hablar y a reconocer las caras, de Elsie y de Marian,

de Tabitha y de Robin, que la empujaba y la besaba, con el cabello pelirrojo movido por la brisa.

Aprendió que había quien le llevaba caramelos, Patty Dace, Arthur Dobbin y Frank Mallett, que además le hacía guirnaldas de margaritas. Marian Oakeshott le dijo un día a Elsie, mientras paseaban con los niños a lo largo del Canal Militar en el verano de 1903, que creía que Ann era una niña muy inteligente, una niña que reparaba en las cosas y meditaba lo que hacía.

—Como tú —añadió.

—Me han ayudado mucho —respondió Elsie, sin negar que fuese inteligente.

—No es demasiado tarde —replicó Marian. En 1903, Elsie tenía veinticuatro años. En 1907, tendría veintiocho, casi treinta años, y ya no era «joven». Y, ya en 1903, temía haberse dejado atrapar por la resignación en 1907.

—Sí lo es —le dijo a Marian, a quien había ido a cuidar—. Todo acabó para mí en el momento en que decidí tener a Ann, y usted lo sabe. Tendré que quedarme en esta marisma y seguir trabajando como una esclava para esas mujeres idiotas. Yo misma me lo he buscado.

—No le pido a Tabitha que cuide de Ann para que puedas instalarte en un pozo de desesperación. ¿Qué es lo que quieres hacer? Algo querrás.

Elsie necesitaba sexo, pero no había nadie que pudiera ofrecérselo a quien ella se hubiese acercado, y la llegada de Ann la había dejado cansada. Se preguntó si Marian también necesitaría sexo. Una vez, pensando acerca del deseo, cosa que no hizo hasta más de un año y medio después del nacimiento de Ann, le había dicho a la señora Oakeshott: «Debe de echarle usted mucho de menos». Y Marian había respondido: «¿A quién?». Y, mientras Marian reparaba su error y aseguraba que lo echaba de menos a todas horas, Elsie comprendió que Marian se encontraba en su misma situación y que no había ningún señor Oakeshott, ni vivo ni muerto. Eso hizo que se sintiera menos en deuda —algo que le hizo bien— y más protectora, cosa que también le sentó bien. Comprendió que Marian se había dado cuenta de que lo sabía, y también que ninguna de las dos hablaría nunca de aquello. Sintió una especie de cariño por el valor y los recursos de Marian.

—A las chicas de mi clase —dijo entonces con su sequedad habitual—, señora, no nos enseñan a querer cosas. —Lo de «señora» era una broma y ambas lo sabían. Siguieron andando en silencio. Elsie continuó—: Antes quería hacer vasijas muy pequeñas. Vasijas en miniatura. Todavía las hago a veces, cuando Philip y el señor Fludd han salido. Pero luego acabo aplastándolas casi todas. Es lo malo de estar con Philip. Sé el aspecto que tiene que tener una buena vasija, y también sé que las tuyas lo tienen y que las mías no. Da igual que las haga o no.

—Te iría mejor de maestra que siendo una especie de criada.

—¡Ja! ¿Y cómo voy a prepararme para eso? Ni siquiera sé leer bien.

—Yo te enseñaré. Os enseñaré a ti... y a otras dos o tres..., por las tardes. Una vez hayas aprendido podrás ser ayudante y presentarte a los exámenes. Luego podrás escoger dónde trabajar y ganar un sueldo. Sigo sin imaginarme cómo te pagan los Fludd.

—No lo hacen. Philip sí. Vende algunas vasijas y me da un poco de dinero. A él sí le pagan de vez en cuando, aunque no con regularidad. Lo cierto es que lo único que le preocupa es poder comprar arcilla, productos químicos, leña y otras cosas. Pero me cuida.

—Estáis todos locos y confundidos. Es increíble.

—Me gustaría probar eso de las clases. Puedo traer a Ann ¿verdad?

—Eso había pensado.

Entre 1902 y 1907, Tom Wellwood pasó de ser alguien que estaba a punto de convertirse en estudiante a ser alguien que no había llegado a estudiante. En 1901, cuando Dorothy partió de pronto para Múnich, Tom tenía dieciocho años. En 1907, tenía veinticuatro y era ya un hombre joven, no un joven. Había pasado de tener la piel cubierta de granos a tener las mejillas cubiertas de barba, su voz se había vuelto más grave, su cabello dorado se había hecho áspero y grueso. También había pasado de creer que quería ir a Cambridge con Julian y Charles, a saber, aunque sin confesarse a sí mismo que lo sabía, que debía evitarlo a toda costa porque eso lo destruiría. Aquellos cinco años hizo varios viajes a pie con Toby Youlgreave, a veces con Julian, y a veces también con Charles y Joachim. Se suponía que eran viajes educativos y que Tom estaba aprendiendo. Leyó mucho. Libros de carpintería, libros de aventuras caballerescas y libros sobre la tierra. Se hizo un entendido en poesía lírica. Tenía interesantes conversaciones con Toby acerca de Shakespeare y Marlowe, pero cuando por fin se vio obligado a sentarse en un aula y examinarse, tuvo la extraña sensación de no saber quién era, de que allí no había nadie capaz de poner la pluma sobre el papel, y de que una especie de autómatas escribía una serie de banalidades por él. Lo suspendieron. Le daba más miedo volverse irreal que fracasar en sus progresos por adquirir una educación, aunque eso tampoco llegó a formularlo con palabras. Escribió cosas en la casa del árbol, pero las quemó, por si alguien las encontraba. Se volvió esquivo. La mayor parte de lo que sentía no se lo podía contar a sus compañeros, que estaban avanzando o ascendiendo por la escala social. Conocía los bosques. Observaba envejecer a los árboles y los veía crecer y extenderse. Veía cómo luchaban y se aferraban a la tierra los árboles nuevos, y a los guardabosques cortar las hayas podridas. Quería, aunque no lo supiera, ser como Ann, estar en un mundo, y en un tiempo, en el que cada día fuese eterno y se pareciese al anterior. Parte de aquel tiempo lo pasaba inmerso en el cuento. Se descubría a sí mismo murmurando y cuchicheando de espaldas a un roble donde Tom bajo tierra se había enfrentado a una manada de lobos con una espada flamígera, o corriendo por los

senderos como si él mismo fuese un animal salvaje, un lobo.

Era intensamente gratificante y enfermizo al mismo tiempo, como la masturbación y sus consecuencias.

Tom podría haber sido diferente, pensó Dorothy más tarde, si ella no hubiese tenido un sentido del tiempo totalmente opuesto al suyo. Todo empezó a su regreso de Múnich. Dorothy tenía diecisiete años y él diecinueve, siempre habían sido inseparables, ella le había seguido como un escudero, como un animal protector por surcos y arbustos. Pero no le habló de Anselm Stern, y solo mencionó de pasada a Wolfgang y a Leon, como dos nuevas e interesantes amistades. A Tom podría habersele disculpado que pensara que Dorothy se había enamorado de uno de aquellos alemanes, pero sus pensamientos no iban por ahí, el amor siempre le producía una sensación de rechazo. Sencillamente se sintió excluido. Como un animal salvaje que merodeara en torno a una empalizada o una cabaña en el bosque tratando de entrar, de encontrar una grieta o una rendija, y no lo consiguiera.

Aquella sensación de alejamiento por parte de Dorothy se vio exacerbada, para ambos, por el horario artificial —es decir, no relacionado con el tiempo meteorológico o la tierra— que se había impuesto, o que le habían impuesto. Los padres o los tutores no fueron de mucha ayuda. La persona que explicó a Dorothy lo que iba a acometer y el trabajo que tenía por delante fue Leslie Skinner, que desarrolló un interés paternal por ella y, una vez, de manera involuntaria, le acarició el pelo.

Primero, tendría que aprobar los exámenes de ingreso. Tendría que aprobar el latín, el inglés, las matemáticas, la ciencia elemental y una de las siguientes asignaturas: griego, francés, alemán, sánscrito, árabe, mecánica elemental, química elemental, sonido elemental, luz y calor, magnetismo y electricidad elementales o botánica elemental.

Tras aprobar dichos exámenes, tendría que hacer el examen científico preliminar en química, física y biología general.

Para conseguir el título necesitaría:

1. Haber aprobado los exámenes de ingreso menos de cinco años antes.
2. Haber aprobado el examen científico preliminar no menos de cuatro años antes.
3. Haber estudiado medicina durante cinco años después del examen de ingreso o cuatro años después del examen científico preliminar, un año de los cuatro debería pasarlo en una institución de prestigio reconocido.
4. Haber aprobado dos exámenes de medicina: el intermedio y el examen final.

Para hacer el examen final debería haber asistido a clase, presenciado veinte

partos certificados y practicado dos años la cirugía y la medicina, incluyendo un estudio de enfermedades infecciosas y de casos de locura.

Debería especializarse en medicina, cirugía u obstetricia y ser experta en vacunaciones. Para hacerse cirujana, tendría que hacer también un curso en cirugía quirúrgica y haber operado a un cadáver.

La London School of Medicine para mujeres disfrutaba de una prerrogativa real desde 1902 y se había convertido en un college más de la Universidad de Londres. Dorothy tenía el camino abierto. No obstante, era un camino muy dificultoso.

Dorothy se sentó en el oscuro y ordenado salón de Leslie y Etta y se puso a hacer cuentas. En el mejor de los casos, se graduaría como cirujana en 1910, cosa que para alguien que había cumplido los dieciocho en 1902, y tendría veintiséis en 1910, equivalía a arrancar un pedazo entero, la juventud, de su vida. Se quedó en silencio oyendo los cascos de los caballos y el rechinar de las ruedas en Gower Street, y pensó en Dorothy Wellwood. ¿Quería saber todo aquello? La gente se casaba a los veintiún o veintidós años. Vivían dramas y pasiones que ella no se podía permitir. Bajó la vista para contemplar sus dedos que se movían sobre su regazo, y pensó, después de todo, en lo interesantes que eran la carne y los huesos, en lo interesante que era el crecimiento de un niño a partir de una semilla..., ¿qué sería mejor saber o hacer?

—Pareces pensativa —dijo Leslie Skinner.

—Es tanto tiempo. Una parte tan grande de... mi vida, de la vida de cualquiera. Sobre todo de una mujer.

—Hay formas más sencillas de ayudar a la gente.

Dorothy siguió mirando la piel, los nudillos, las uñas levemente mordidas y la línea de la vida en la palma de su mano.

—En realidad no se trata tanto de ayudar a la gente como de saber.

—Cosa rara en una joven.

—¿Por qué no iban las mujeres a querer saber cosas?

—Por lo general se suele pensar que prefieren sentir, cuidar a los demás...

—¿Me estás diciendo que no trate de ser médico?

—He sido profesor el tiempo suficiente para saber cuándo eso no sirve de nada. Aun cuando no haya dado clase a muchas jóvenes. Y tengo que decir que aquellas a quienes les he dado clase se caracterizaban por su fuerza de voluntad y su... interés. La decisión es tuya. Pero te ayudaré..., me gustaría ayudarte..., si es que decides seguir adelante.

«Nada es definitivo», pensó Dorothy con pragmatismo, y tomó una decisión definitiva.

El paso del tiempo, para la mayoría de las jóvenes, tenía que ver con encontrar un marido o con que alguien las pretendiera como esposas. En 1902, Griselda, como Dorothy, tenía dieciocho años; Florence Cain, diecinueve; Phyllis, dieciséis; Hedda,



catorce; Imogen Fludd veintitrés y Pomona veinte. De todas aquellas jóvenes, solo una, Florence, estaba «enamorada», y lo estaba de Gerald, el amante de su hermano, lo que hacía las cosas muy complicadas para los tres. Philip pensaba que tal vez Pomona estuviese enamorada de él. Lo seguía a todas partes, y de vez en cuando empezaba sus frases con un: «Cuando estemos casados...» que él fingía no oír. No le gustaba que lo tocara, a pesar de su belleza infantil. Puede que fuese lo que en las Potteries llamaban «simple», pero Philip opinaba que también era posible que estuviese interpretando un papel. Le disgustaba tener que ocuparse de ella y le habría gustado que lo hubiera hecho Elsie. Pero ella ya tenía bastante con cuidar de Ann, hacer la limpieza y dedicarse a sus estudios. Además, a Elsie no le caía bien Pomona, aunque procuraba ser educada con ella. Sin embargo, la antipatía y la educación combinadas pueden ser mortíferas. Pomona fingía no darse cuenta, pero dejaba a Elsie en paz.

Phyllis pensaba menos en estar enamorada que en prepararse para el matrimonio. Como muchos hijos de familias bohemias e inestables, tenía una visión idealizada de una casa cómoda y normal, donde se siguiese un horario estricto y todo fuese agradablemente predecible. Soñaba más con edredones y cubrecamas que con cuerpos masculinos, o incluso besos castos. No hablaba mucho con nadie —solo con Violet, que animaba sus ansias de tener una vida familiar respetable— y nadie le advirtió de que algo pudiera fallar en sus cálculos. Ella era la única de todos los niños Wellwood que había jugado con muñecas de pequeña, y ahora imaginaba bebés limpios, dóciles y sonrientes que extendían las manitas regordetas para que los acunaran, unos rubios, otros morenos, unos niños y otras niñas. Ella crearía un mundo sin gritos, inseguridades ni peligros. Cuando salían de acampada, era ella quien se ocupaba de los tarros y sartenes y preparaba deliciosas comidas para todos. En 1907 tenía veintiún años y nadie en ningún campamento la había abrazado, ni seguido, ni mucho menos pedido en matrimonio. Phyllis pensaba que no conocía a la gente adecuada, y no sabía dónde conocerla. Estaba atrapada entre dos hermanas con demasiada iniciativa. Violet decía que un día llegaría el joven adecuado y se fijaría en ella, pero Violet no estaba en situación de presentarle a ningún joven. Phyllis trataba de creer a Violet.

En 1902, Hedda tenía catorce años. Se sentía agraviada por ser mujer. Pensaba que había nacido para sufrir injusticias y subordinación y que debería rebelarse. En 1903, la señora Pankhurst y sus hijas fundaron la WSPU, las sufragistas. Olive, como otras mujeres exitosas de su generación, no se había implicado en la agitación a favor del voto femenino, aunque había dado por sentado, sin pararse a pensarlo, que era «bueno» y que era mejor tener el voto que no tenerlo. Florence Cain asistió a reuniones de la NUWSS y oyó hablar a Millicent Garrett Fawcett. Entre 1903 y 1907 Hedda se fue obsesionando más y más con el sufragio, la oposición, la acción y la

revuelta. Siguió con ansiedad la campaña de las militantes, mientras rompían escaparates y ponían bombas, eran encarceladas y, más tarde, iniciaban huelgas de hambre y se veían sometidas a la alimentación forzosa (1909). A veces intimidaba con sus bravatas a su madre y sus hermanas. El resto del tiempo lo pasaba cavilando sombría. Debía actuar. En el principio fue el acto.

La persona cuyo calendario, durante los primeros años, estuvo más claramente consagrado a buscar marido fue Griselda. Le había prometido a su madre que, a cambio del tiempo pasado con Dorothy en Múnich, participaría en la temporada londinense de bailes y fiestas. Obedientemente, cumplió con su obligación. Para ella, 1902 pasó entre citas con los peluqueros y las modistas, bailes, fiestas en casas de campo, visitas a tomar el té y listas de parejas de baile anotadas en libritos minúsculos con hermosas cubiertas sujetas con hilos de oro y plata. Recibió dos o tres propuestas de matrimonio —su belleza pálida y elegante despertaba admiración— y ella respondió con calma que «no conocía» a aquellos jóvenes y que no imaginaba pasar el resto de su vida con ellos. Había otros muchos jóvenes que notaban una distancia, una gélida frialdad en su interior y bailaban con ella solo porque era buena bailarina y se declaraban a otras chicas más cálidas y divertidas. Griselda invitó a Dorothy con amable desesperación a que asistiera con ella a aquellos bailes igual que ella la había acompañado a Múnich, y Dorothy, enfrentada a la triste realidad del programa que se había impuesto, respondió que no podía. No disponía de tiempo ni de dinero. Quería a Griselda tanto como siempre, pero tenía un programa que cumplir. También dijo que Griselda había pensado en hacer los exámenes de ingreso. Griselda repuso que tal vez los haría. Esperaría a ver. Aseguró no ser tan inteligente como Dorothy, cosa que ambas sabían que era falsa.

Julian Cain estaba en el King's College de Cambridge, donde discutía la sodomía superior e inferior con Gerald y otros. En 1901, había sido un «embrión» apostólico, invitado a desayunos y cenas e investigado para ver si tenía ideas interesantes o divertidas. En 1902, pasó por la ceremonia de nacimiento en la famosa alfombra de la chimenea, recibió la primordial tostada con anchoas y se convirtió en miembro de pleno derecho de la secreta Sociedad de Conversazione, o los Apóstoles. Dio una ingeniosa charla sobre los múltiples usos que hacían las personas de los museos, desde los eruditos y artistas, hasta los comerciantes, los policías y los niños traviosos, que fue muy bien acogida. Los Apóstoles se burlaban amablemente de la filosofía alemana refiriéndose a sí mismos como el mundo de la realidad: todo lo demás en el universo era mera apariencia, y aquellos que no eran Apóstoles se dejaban de lado como fenómenos. Algo parecido estaba ocurriendo, aunque con más mordacidad y prosopopeya, en el bohemio Schwabing, donde el anarquista Erich Mühsam declaró que Schwabing no tenía límites porque nada allí era normal, no había norma y la medida era imposible. Los miembros de la exclusiva sociedad de Schwabing, la

Kosmische Rundschau, se llamaban a sí mismos *Enorme* o gigantes, o fuera de lo normal, y todos los que no eran *Enorme* eran *Belanglosen*, no comprometidos, insignificantes. Los *Kosmiker* tenían inclinación por el misticismo de la naturaleza y el misticismo racial y acostumbraban a disfrazarse de griegos y romanos antiguos, con hojas de parra en el pelo. Representaban obras de teatro y cabalgatas, igual que hacía aquel amado apóstol, Rupert Brooke, que representó al heraldo en las *Euménides* de Esquilo en 1906, y estuvo muy seductor con sus botas, polainas, yelmo y una túnica militar y una falda tan corta que fue incapaz de sentarse decentemente en la fiesta celebrada después de la función en la casa Darwin, en Silver Street.

Julian tenía buena relación con Brooke y Bloomsbury, pero no formaba parte de su grupo. Hablaba con cinismo de su altura de miras, y aún con más cinismo de su cinismo. Deseaba querer algo, y no sabía qué, o si lo encontraría. Sabía que no era Gerald, aunque lo amaba. Se decía a sí mismo que una historia de amor, una vez iniciada, siempre se dirigía hacia su fin. El tiempo no se detenía. Si Gerald hubiera podido amar a Florence, como Arthur Henry Hallam, el amigo querido de Alfred Tennyson en los días en que ambos eran jóvenes y apostólicos, había amado a Emily, la hermana de Tennyson, podría haber habido un futuro, con los niños que Tennyson había imaginado colgando de las rodillas de su tío. En ocasiones, Julian pensaba que no le importaría que le dijese que iba a morir al día siguiente. Le sería indiferente. Cuando se sentía así, iba al Museo Fitzwilliam y pedía que le mostraran las acuarelas de Samuel Palmer. Retrataban una tierra ultraterrena demasiado terrenal.

Charles/Karl se decidió por los estudios antes que por la anarquía inmediata, y también fue a Cambridge, un año después que Julian, y asimismo al King's College. Desconocía la existencia de los Apóstoles, que ni se fijaron en él ni lo seleccionaron. Participó en los almuerzos y las charlas que los estudiantes serios daban a los trabajadores, y se sintió incapaz de decir palabra y muy desconcertado. En las vacaciones hizo un viaje a pie con Joachim que, casualmente, los llevó a la nueva clínica en el monte Verità, y al campamento de los santos, los locos, los estetas, los criminales y los lujuriosos que pululaban por allí. Bailó amablemente en círculos de la mano con *mädchens* y ménades, saludaron al sol, discutieron la llegada de un estado futuro en el que reinaría una total libertad y regresó a Cambridge. Descubrió que se le daba bien la economía. Se graduó en 1905, y viajó a Alemania a visitar a unos viejos amigos. El gobierno británico nombró una Comisión Real para el Estudio de la Pobreza (de la que formó parte Beatrice Webb). Karl decidió que podría ayudar mejor a los pobres estudiándolos que conociéndolos y se matriculó en la London School of Economics.

Geraint Fludd estaba enamorado, y ganaba dinero. Estaba enamorado de Florence, que sonrió triste y enigmáticamente cuando se lo dijo y actuó como si no le hubiera dicho nada. Descubrió que necesitaba descubrir el sexo y visitó a aquellas

que lo vendían. Estuvo con mujeres de la calle pensando en Florence, se dijo que no volvería a hacerlo, y volvió a hacerlo. De vez en cuando, Basil Wellwood se sorprendía a sí mismo tratando a «Gerry» como al hijo que le habría gustado tener, interesado por el dinero, la más abstracta de todas las cosas, y los barcos, los caravasares, las jaulas que descendían a las minas y las lentas barcazas que transportaban toda clase de cosas: cocos, alfombras, caña de azúcar, cuentas de vidrio, lingotes, radios de ruedas, bombillas, naranjas, manzanas, vino y miel y las convertían en productos de compraventa, acciones, caza, pesca, fiestas en mansiones privadas y partidos de golf.

Basil preguntaba a Gerry lo qué «haría» él en ciertas situaciones hipotéticas —la cuestión de la deuda pública consolidada, los rumores sobre los especuladores sudafricanos— y le prestaba, como el terrateniente en la parábola de los talentos, pequeñas cantidades de dinero, digamos cinco guineas, que Gerry convertía en otras cinco. A finales de mayo de 1902, estaba claro que la guerra en Sudáfrica se acercaba a su fin. Se produjo cierto revuelo entre los especuladores en oro sudafricano. Gerry obtuvo ganancias con unas acciones de un proyecto conocido como «Geduld Deep», que era un simple agujero en el suelo y nada tenía que ver con las respetables Minas Geduld. Compró y vendió antes de que estallara la burbuja y todo se fuese al traste. El *Financial News* minimizó los efectos de los campos de concentración: en abril, dijeron, solo había habido 298 muertes de un total de 112.733 habitantes, 2,6 por mil, digamos 32 por mil al año. «Las ciudades industriales inglesas a menudo tienen tasas de mortalidad más altas.» Gerry tenía un sombrero de paja y una selección de cuellos almidonados. Sentía cierto desprecio por ellos, como Julian, Tom y sus padres, que no conocían la intrincada belleza del oro y la plata, lo único verdaderamente auténtico. Pero también se sentía solo, y cuando lo invitaban a acampar junto al río entre los árboles, iba, se quitaba el traje y los zapatos y se bañaba desnudo con los demás.

El tiempo también discurría de forma diferente para la generación de los padres, las madres y las tías. Humphry Wellwood se alegró de que acabase la guerra: había sido muy incómodo, por valiente que fuese, ser pro bóer. Escribió artículos sobre los escándalos de la minería, incluyendo el de Geduld Deep, mofándose tanto de los crédulos como de los enterados. Se fue obsesionando poco a poco con el modo en que debía de haber transcurrido el tiempo para Alfred Dreyfus, puesto que el tiempo era el aspecto más terrible de la larga, cruel y confusa injusticia que se había cometido con él. Lo habían arrestado y condenado en 1894 por un crimen que no había cometido. Habían roto su sable delante de él y había pasado preso cinco años, en condiciones terribles, en la isla del Diablo. El verdadero traidor —exonerado en 1898— se había suicidado, y, en 1899, el caso Dreyfus había vuelto a abrirse. El tribunal de casación suspendió su condena —acudió al juicio entre dos guardias,

como cualquier otro preso— y luego volvieron a condenarlo y lo sentenciaron a pasar diez años en prisión. Humphry había estado entre la multitud y lo había visto, un hombre erguido, enfermizo y gris de mirada apagada. (En 1906, sería exonerado y devuelto al servicio activo.) Humphry no se lo quitaba de la cabeza. ¿Cómo habría pasado todos aquellos años robados, sometido a los absurdos horrores de aquel lugar? ¿En qué habría pensado? ¿Habría sido un tiempo demorado, como una falsa eternidad, o habría ardido de dolor ante la injusticia y la soledad? Humphry escribió un artículo en el que decía que era el deber de todos imaginar, día a día, la subyugación de aquella realidad irreal y aparentemente inacabable. Humphry escribía mejor a medida que envejecía.

Había tenido la esperanza de que su incómoda necesidad de tener mujeres nuevas cediese a la vez que lo hacían sus músculos. Las mujeres de su edad ya no eran deseables. ¿Por qué iba a serlo él? Y, sin embargo, lo era. Siguió comprobándolo: mujeres que iban a dar conferencias en escuelas de verano, jóvenes libreras, fabianas, socialistas, las excitaba, y a través de ellas, se excitaba también él. Visitaba de vez en cuando a Marian Oakeshott, y jugaba con su Robin y con la joven Ann, antes de cogerla a ella por la cintura y hacerle algún cumplido sobre su hermosa figura y su aguda inteligencia. Su Robin era la viva imagen del Robin de Todefright. Tenía la sensación de que todos debían notarlo, pero nadie decía nada. Humphry sabía que Marian ya no lo amaba. Pero a veces conseguía llevársela a la cama, porque ella tenía una necesidad, que la atormentaba, de ciertas cosas que él le había enseñado. «Te odio», decía abrazándolo, y él susurraba a la vez que se movía rítmicamente: «Mejor el odio que la indiferencia. Al menos estamos vivos». Y ella se reía con aspereza.

Se había asustado al abrazar a Dorothy. Quería a Dorothy. Siempre la había querido, aun sabiendo que no era suya. Y no era que amase en ella las mismas cosas que amaba en Olive, porque no era apasionada, sino obstinada, práctica e independiente. Le torturaban las desavenencias que había causado. (Alivió su tortura seduciendo a una estudiante de la London School of Economics, después de un mitin sobre los derechos de la mujer.) Observaba su comportamiento cuando volvía a casa. En público ella seguía hablándole en el tono seco y práctico que había empleado siempre. Se preguntaba si alguna vez le permitiría volver a hablarle en privado. Luego, un día, fue a verlo a su despacho: era el verano de 1902, y ella acababa de presentarse a algunos de sus exámenes de ingreso y estaba preparando otros para finales de año. Los tutores estaban organizando una reunión de lectura en una cabaña del New Forest, una cabaña romántica, en un calvero del bosque, junto al río. Dorothy dijo que iría, con Tom, Griselda y Charles, a leer allí..., Julian y Florence también irían, y Geraint y tal vez las Fludd. Añadió:

—Mi padre va a venir a pasar una temporada con August Steyning y sus hijos lo acompañarán. Se me ha ocurrido que sería divertido invitarlos al campamento. A

Wolfgang y a Leon, quiero decir.

Humphry no se atrevió a hacer preguntas. Murmuró incómodo: «Muy bien, muy bien». Y luego dijo, como de pasada:

—¿Qué saben ellos?

—Solo lo que necesitan saber. En realidad no hemos hablado del asunto. Pero me caen bien. Y yo también les resulto simpática a ellos.

—Eso está bien. No hay por qué hacer daño a nadie.

Dorothy dudó. Ambos recordaron tanto las manos hurgando entre la ropa como la sangre. Humphry quiso decir: «Por favor, no dejes que un momento de locura te haga olvidar toda una vida de amor». Se quedó mirando fijamente al suelo.

—No, no hay por qué hacer daño a nadie —dijo Dorothy con sensatez—. Todo está bien. Tú eres mi padre, eso está claro.

Era una advertencia, además de una concesión.

—Te quiero —dijo Humphry, entrando en terreno prohibido.

Dorothy se las arregló para decir, en tono práctico y aparentemente despreocupado:

—Yo también te quiero. Siempre lo he hecho.

Humphry la abrazó un momento y la besó en la cabeza, como había hecho cuando era pequeña. Y ella lo besó junto a la barba, levemente, muy levemente, como hacía de niña.

Prosper Cain pasó aquellos años dedicado al nuevo edificio que se iba alzando lenta y peligrosamente entre una nube de polvo y envuelto en una red de misteriosos andamios. Debajo de las estructuras de los andamios fueron apareciendo pináculos y una torre central. En el interior del edificio había discusiones entre los que se preocupaban ante todo por la belleza de los objetos que se iban a exponer y los que atendían a su utilidad como medio de enseñanza para los artesanos. En Europa había una tendencia a construir o reconstruir las salas —con paneles, o columnas de piedra y ventanas góticas— en las que las camas, las mesas, las sillas, las alfombras y las cerámicas pudieran contemplarse como los diseñadores del museo pensaban que podían haberlas visto sus creadores. En Múnich, se acababa de construir el Museo Nacional Bávaro para exhibir —en su fachada— todas las épocas y estilos arquitectónicos y, en su interior, salas con techos, suelos y columnas expresamente concebidas para exponer una colección de ornamentos de iglesia, o un tocador de señoras. En 1901, se publicaron fotografías de aquellos esplendores, y el emperador de Prusia expresó su agrado y aprobación.

Prosper Cain no había conseguido preservar los preciosos y extraños muebles comprados por uno de los jueces de la Exposición Universal de París y donados al museo. Habían sido desterrados a Bethnal Green, y aquellos que defendían el orden y la lógica habían definido desdeñosamente a South Kensington como un «museo

patológico de la enfermedad del diseño». En 1904, el comandante Cain viajó con el director, sir Casper Purdon Clarke, y Arthur Skinner, que sucedería después a Clarke, a la inauguración del KaiserFriedrich-Museum en Berlín, también visitaron el Kunstgewerbemuseum, y Cain fue a Múnich y se quedó muy impresionado con la exposición. En 1901 asistieron a la inauguración en París, en el Louvre, del Musée des Arts Décoratifs y vieron que la exposición combinaba «el orden y la conexión para facilitar el estudio» con «la variedad suficiente para proporcionar una sensación de vitalidad: así un tapiz se exhibe, donde debería estar, sobre una cama, un baúl, o un sillón, y no colocado en una línea entre un espécimen previo y otro posterior». Eso era lo que le habría gustado conseguir a Prosper Cain. Pero no pudo ser. El destino del museo lo decidiría un funcionario del Consejo de Educación, Robert Morant, que había sido preceptor de la familia real de Siam e impartido clases a los pobres en Toynbee Hall, antes de poner orden en South Kensington. Creía que el deber de los conservadores era crear un orden educativo y colocar las cucharas con las cucharas, los pasamanos con los pasamanos, los platos en hileras y las alfombras una detrás de otra. Sencillamente degradó a Skinner, que murió quince meses después, en 1911, a los cincuenta años, con el corazón destrozado. Prosper Cain había admirado a Skinner y compartido sus puntos de vista. Conservó su puesto, pero se sintió ajeno al nuevo proyecto. No obstante, todo aquello estaba todavía por llegar. El comandante Cain pasó los primeros siete años del nuevo siglo planificando y proyectando. Consumía su vida, pero le gustaba.

Sus hijos le alegraban y preocupaban. Julian parecía haberse decidido por una vida de erudito, a falta de otra vocación más acuciante. Florence, que siempre había sido tan práctica y decidida de niña, se volvió más «soñadora» a medida que se hacía mujer. A Cain le angustiaba ver cómo se aferraba a una pasión sin esperanza —que a él le parecía irreal— por un hombre que no era lo que ella creía. Pensó que tal vez debería hablar con ella, pero era profundamente tímido acerca de las cuestiones amorosas. Si le hablaba, no le escucharía, y, además, ¿qué podría decirle sin faltar al decoro? Daba por sentado —necesitaba dar por sentado— que Julian superaría lo que él, como militar, veía como una fase normal de apasionada amistad masculina. Pero sabía que el otro —aquel tal Gerald— no lo haría nunca. Sin embargo, no se le puede decir eso a una joven. Consideró la posibilidad de apelar a Imogen Fludd, pero a ella tampoco podía hablarle con decoro del asunto.

También Imogen le preocupaba. En 1902, tenía veintitrés años y se estaba convirtiendo en una experta platera. Le gustaba ver sus obras.

El nuevo profesor de diseño, W. R. Lethaby, y Henry Wilson, el experto en platería y joyería, recién llegado del Gremio de Artesanos, habían introducido nuevos métodos de trabajo. Los artistas ocupaban bancos de joyero francés, hechos con madera de haya con agujeros semicirculares, como una flor, por debajo de los cuales

colgaban pieles de oveja, para recoger hasta la más mínima viruta de los metales preciosos que pudiera caer. Cada estudiante tenía su propio mechero, y la alta Imogen se sentaba allí, con el cabello recogido detrás de la cabeza, manejaba la fina llama azulada, hacía largos hilos de filigrana y golpeaba láminas de plata para adelgazarlas. Trabajaba con piedras blandas, ópalos y turquesas. Empleaba un arco muy delicado, una vara de fresno con un alambre de hierro, para cortar los ópalos, cosa que había que hacer muy despacio y con mucha precisión. A Prosper Cain le gustaba contemplar su rostro tranquilo cuando estaba concentrada. Vestía una bata de color índigo y metía las largas piernas por debajo de las pieles de cordero. Al principio le había parecido torpe e inexpresiva, pero ahora pensaba que se ocultaba detrás de una máscara, que por debajo había una criatura distinta, vehemente, precisa, decidida, capaz de crear cosas bellas. Le sorprendía que ninguno de los estudiantes reparara en aquellas cualidades. Nadie le hacía mucho caso. Las otras estudiantes eran vivaces u hoscas. Imogen era —como admitían sus profesores— una artista, y se consagraba a su arte. Pero Prosper Cain sentía que debería tener también una vida. Su dulzura era artificial.

Habían hablado de la posibilidad de que Pomona asistiera con Imogen al Royal College. Pomona había ido a Londres, ruborizada y confusa, y se había presentado a los exámenes. Y la habían suspendido. Ni la reputación de su padre, ni los notables progresos de su hermana, ni el interés que Prosper Cain demostró por ella, pudieron ocultar el hecho de que carecía de talento, los examinadores dijeron que su trabajo era inmaduro e infantil. Cuando le comunicaron su decisión, pareció más aliviada que otra cosa y volvió a Lydd. Esa noche, en la cena, Imogen se presentó con los ojos llorosos, pero no dijo nada.



**E**l campamento en el New Forest se celebró en el pacífico verano de 1902, cuando la guerra en Sudáfrica ya había terminado, en una cabaña en un claro con dos dormitorios, una cocina y un salón, construida con viejos y carcomidos ladrillos rojos. Los cristales de las ventanas estaban esmerilados de forma irregular y eran ligeramente opacos. Tenía un jardín, lleno de plantas amantes de la sombra y casi silvestres, dedaleras, menta, dulces asperillas y nomeolvides. También había una extensión de césped áspero, que se convertía en una tierra arenosa y caía en pendiente hasta un lugar donde uno podía bañarse en el río: un estanque profundo, en parte iluminado por el sol y en parte verde y misterioso bajo las ramas. Alguien había construido un desvencijado embarcadero de madera que se extendía sobre el agua y desde el que era posible pescar o zambullirse. También se podía hacer desde la orilla boscosa de la parte más oscura (allí donde era más profundo), aplastando acederas y jaboneras entre los dedos al entrar y salir del agua.

Toby Youlgreave y Joachim Susskind se instalaron en los dormitorios y desempaquetaron cajas de libros que colocaron en endeble estanterías construidas con tablas y ladrillos. Llegaron pronto, en tren, a Ashurst, y luego en un *dog-cart*, cargados con lo más pesado, tiendas, teteras, cazuelas y botes de mermelada. Tom ya estaba allí. Había cruzado los Downs a pie y atravesado la franja de bosque, para ayudarles a descargar. Otro *dog-cart* llevó a Dorothy, Griselda y Phyllis. A Hedda le habían dicho que era demasiado pequeña, aunque a sus doce años ella pensara lo contrario. Tuvo una de sus rabietas, que estaban empezando a preocupar a sus padres, y rompió adrede una bandeja de fruta hecha por Philip Warren. Phyllis, que tenía dieciséis años, iba a ser la cocinera. Había llevado consigo un delantal. Florence Cain también llegó en un calesín desde la estación. Julian le había sugerido que fuese, aunque él no llegaría desde Cambridge, acompañado de Charles/Karl, hasta el día siguiente. Prosper Cain había preguntado si no podrían llevar también a Imogen. Florence no se había mostrado muy entusiasmada: la habían invitado a ella. Julian, cuando se lo pidió, preguntó a Toby, que dijo «¿Por qué no?». Así que Imogen también fue.

Toby, Joachim y Tom montaron las tiendas. Habían llevado cuatro, dos para los chicos y otras dos para las chicas, que erigieron, extendieron y clavaron al suelo. Las chicas recogieron brazadas de helechos que pusieron debajo de las mantas. Julian fue andando desde la estación en compañía de Charles/Karl, con la esperanza de encontrarse con Gerry, que iba a coger el mismo tren. Florence había escrito a Julian

para decirle, como de pasada, que debería invitar a Gerald, seguro que lo pasaría bien. Ese verano, Julian ya había estado con Gerald en una reunión de lectura apostólica en el Tirol, donde habían discutido hasta la extenuación acerca de la verdad, la amistad, la obligación moral, la belleza ideal, las clases trabajadoras y otras cosas menos agradables. Julian a veces tenía la sensación de que divertirse era una ocupación muy fatigosa.

Dorothy y Griselda cogieron unas botellas y se dispusieron a atravesar el bosque para ir a por leche a la granja. Imogen les preguntó si podía ir con ellas, siempre estaba pidiendo con timidez permiso para participar: nadie la invitaba espontáneamente. Florence se quedó en el campamento observando a Phyllis pelar guisantes y preparar gelatinas. Estaba escuchando. Escuchando por si oía venir a Julian, Gerry, Charles/Karl y Gerald, como si estuviese en suspenso hasta que llegasen.

El amor —el amor imaginado y no correspondido— altera y distorsiona el tiempo y le confiere formas terribles. A través de los irregulares cristales de las ventanas, Tom y Toby parecían grotescos, sus cuerpos cambiaban de forma, se hacían más gordos y gruesos, se estiraban como si fuesen de goma. El Gerald ilusorio, en la imaginación de Florence era preciso y radiante y estaba perfectamente conformado. Varias veces por minuto, lo imaginaba andando por el bosque, atravesando la franja de césped, esbozando una tímida sonrisa de placer al encontrarla esperándolo. La piel le picaba al imaginar al fantasma. Ansiaba que llegase.

«¡Ahí están!», gritó Phyllis echando a correr sin quitarse el delantal. Primero llegó Gerry, luego Charles/Karl y luego Julian, que los seguía indolente. Gerald no había ido. Florence comprendió en el acto que siempre había sabido que no iría, lo más probable era que Julian ni siquiera se lo hubiese propuesto, sabiendo que encontraría su compañía infantil, en comparación con sus amigos. Y, si siempre había sabido que no iría, ¿por qué se había torturado imaginándolo? Estaba acalorada de vergüenza y se apartó enfadada cuando Geraint se le acercó —«como un perrito», pensó con crueldad— y afirmó que se alegraba de verla allí.

Más tarde llegaron los alemanes, Wolfgang y Leon, con sombreros verdes y bastones, pues habían ido andando desde Nutcracker Cottage con sus mochilas a la espalda. Los dos se pusieron a cantar —canciones de *Wandervogel*, canciones del *Viaje de invierno* y del *Anillo*—. Al igual que Imogen, eran intrusos: no habían compartido la misma infancia. Hicieron que las chicas se sintieran cohibidas y cantaron para ellas, al final todos se les unieron.

Luego dijeron que debían recordar aquella época, nunca debían olvidar lo que suponía ser jóvenes y estar vivos. El sol brillaba. El aire era dorado, azul, verde y fragante bajo los árboles. Un día, dieron una caminata de varios kilómetros formando una larga hilera de cuerpos decididos y sin ningún propósito, y al día siguiente se

quedaron en el campamento y cantaron en alemán y en inglés; se leyeron unos a otros en voz alta, leyeron en silencio tumbados en la hierba, o bajo las estrellas y la luna. Se bañaron desnudos en el agua fresca, de día y de noche, las chicas tras la protección de una pantalla de lirios amarillos, los chicos saltando desde la orilla. Contemplaron los cuerpos de los demás con una especie de turbia curiosidad: creían y sabían que tenían tiempo de sobra, que el tiempo era elástico e infinito. Se rieron de las franjas de cebra y de las marcas en forma de uve donde se habían tostado en el cuello y los puños de la camisa. Todos miraron atónitos a Tom, que saltaba, hacía cabriolas y se movía entre cortinas de agua agitando el fango y las hierbas de estanque, arrastrando las hojas y los berros como si de un bárbaro adorno se tratase. Tom tenía bronceado todo el cuerpo. Su cabello estaba quemado y su cuerpo era como ramas de oro. Dorothy pensó que debía de haber pasado horas y horas tostándose al sol en la casa del árbol, o en alguna otra parte. Todo se rieron de él, y él les devolvió las burlas, y luego echó a correr otra vez, y se puso a saltar, andar y zambullirse en un movimiento perpetuo.

Leyeron obras de teatro: *Comus*, con Griselda representando a la Dama, Julian a Comus y Gerry al Espíritu Auxiliar; *Sueño de una noche de verano*, con Wolfgang en el papel de Oberón, Florence en el de Titania, Imogen en el de Hipólita, y Charles, Griselda, Dorothy y Geraint en el de los amantes confundidos. Tom hizo de Puck. Toby Youlgreave leyó a sir Philip Sidney y a Malory, Joachim Susskind y los Stern leyeron poemas de Schiller y Goethe, Julian leyó el «Jardín» de Marvell y Tom leyó a Tennyson. Julian tuvo eruditas conversaciones con Toby Youlgreave sobre Philip Sidney, quien había escrito la frase favorita de Julian, al menos su frase favorita de aquel año: «La naturaleza nunca ha cubierto la tierra con tapices tan ricos, como han hecho los poetas, ni con sus ríos amenos, ni con sus árboles cuajados de frutas, ni con sus flores olorosas, ni con ninguna otra cosa que haga a la amada tierra aún más adorable. Su mundo es impúdico, solo los poetas le otorgan un dorado...». Explicó que había estado buscando un tema para su tesis, en caso de que decidiese solicitar una beca en King's, y pensaba que tal vez eso fuese interesante. «La pastoral inglesa en la poesía y la pintura.» Lo pastoral siempre estaba en otra época y otro lugar. Incluso el estanque verde y el largo paseo por los Downs no se volverían pastorales hasta que hubiesen pasado. Y eso que lucía el sol y las hojas, el agua y la hierba brillaban con sus reflejos.

La memoria también puede suavizar las cosas horribles y desagradables y darles un matiz dorado. A Julian le picó un tábano en la nalga, que se le inflamó y molestó mucho. Phyllis quemó un pastel de manzana, y todos aseguraron que les gustaba el sabor a caramelo, aunque lo dejaron en el plato porque sabía a cenizas. Y otra noche las salchichas quedaron crudas. La sensata Dorothy se quemó con el sol, a pesar de que llevaba sombrero. Su rostro carmesí se hinchó alrededor de los ojos. La reservada

Griselda sufrió un ataque de fiebre del heno. Tenía en la boca un sabor a hojalata y agua sucia, su preciosa nariz no paraba de moquear, la garganta se le hinchó y le costaba respirar, sus pañuelos estaban empapados y malolientes y hubo que lavarlos varias veces y ponerlos a secar al sol debajo de unas piedras. Charles/Karl se rompió una uña y manchó de sangre su mejor camisa. Phyllis tuvo acné. Florence y los alemanes siguieron teniendo la piel suave e intacta y se fueron bronceando poco a poco.

Después de las salchichas a medio cocinar, todos tuvieron la tripa un poco suelta, lo que resulta embarazoso cuando uno duerme en hileras en una tienda de campaña y solo hay una letrina al lado de la cabaña. Pasaron dos días más tranquilos e hicieron tímidas bromas sobre algo que no había sido del todo divertido. Pero sus cuerpos eran resistentes. Eran jóvenes.

Los dos héroes del campamento fueron Wolfgang Stern y Tom. Se hicieron amigos. Leon y Charles/Karl se sentaron a discutir sobre la utopía con Joachim Susskind, pero Wolfgang sedujo a todo el mundo, hombres y mujeres. Dorothy, muy sensata, había llevado a Wolfgang a un aparte y le había dicho sin más:

—No le he contado nada a Tom.

—¿No? —preguntó Wolfgang.

—No lo comprendería —repuso Dorothy poniéndose a la defensiva—. Cambiaría. No quiero que eso ocurra.

—Así que manejas a tus hermanos como mejor te conviene, *Schwesterchen*.

—Siempre te burlas de mí. Pero sé que lo entiendes.

—Seré silencioso como la noche y..., no conozco la palabra, no es «astuto», esa sí la sé..., *taktvoll*.

—Discreto.

Dorothy sintió cierta aprensión al ver cómo Wolfgang encandilaba a Tom. Salieron juntos de excursión e intercambiaron nombres de plantas —*Rittersporn*, espuelas de caballero—. También encandiló a las jóvenes, haciendo pequeños y cuidadosos cumplidos a Imogen, Griselda, Florence e incluso Phyllis, y buscándoles pequeños regalos, piedras y ramilletes de flores. Julian, que tenía la misma edad que Wolfgang, le envidiaba su desenvoltura. Sabía cómo moverse en la frontera entre la juventud y la hombría, la inocencia y la experiencia, atrás y adelante, con facilidad, con su sonrisa despierta y oscura, al mismo tiempo infantil y madura, casi sexual.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí? —le preguntó a Griselda, con quien hablaba en una jerga anglo-alemana.

—¡Oh!, muy sencillo. Tu nombre.

—¿Mi nombre? Pero si eso me lo dieron sin más, no soy yo.

—Según eso, también te dieron sin más tus piernas largas y tu rostro —dijo Griselda posando la vista en aquellas formas tan perfectas—. Pero no sabes cómo

suenan Wolfgang en inglés. Es muy romántico. El paso del lobo. El camino del lobo. Nosotros no tenemos nombres que signifiquen un animal peligroso.

—¿Así que soy peligroso?

—Pues claro.

Pero los coqueteos solo llegaron hasta allí, y sostuvo conversaciones muy parecidas con Florence y con Imogen.

Esperaron hasta el final del campamento para celebrar la osada fiesta del baño, en la que todos se metieron juntos desnudos en el estanque. Wolfgang aseguró que era una ceremonia para garantizar que su amistad perdurase, como una especie de inmersión pagana. Invitaron a los tutores a unírseles, pero ninguno de los dos quiso ir. Julian supo que era porque sus cuerpos ya no eran ni mucho menos perfectos. Salieron tímidamente de las tiendas, se dieron la mano, y bailaron en el césped, la blanca y dorada Griselda con sus pechos grandes y medievales, la fuerte Dorothy, la esbelta Imogen, la única que estaba tratando de cubrirse, aunque no podía, porque Florence, brillante como si fuera de porcelana, y la rolliza Phyllis la tenían cogida de las manos. Dieron vueltas un rato, cantando «Mangas verdes», porque todos conocían la melodía, y luego el círculo se deshizo, y uno por uno, decididos, sonrientes, echándose miradas furtivas, corrieron, todavía cogidos de la mano hasta la orilla y gritaron cuando el agua se cerró sobre sus sexos, rieron cuando se les mojó el pelo y se persiguieron nadando como patos o peces. La mano de Wolfgang se cerró sobre un pecho de Griselda y luego lo soltó. Geraint se las arregló para alcanzar a Florence y sujetarla, antes de que se le escurriera como una anguila o una doncella del Rin. Tom salió de agua, dio una voltereta y se sumergió entre una cortina de agua, luego salió y volvió a zambullirse.

Julian se sentó en el embarcadero con el sexo colgándole entre los muslos, los miró y pensó: «Qué tontos somos. No pensamos que cada año seremos más y más viejos, toda esta carne tan hermosa, mucho más que hermosa, se irá estropeando y reduciendo, de un modo u otro». Apoyó la barbilla en la mano, y Tom lo cogió de los tobillos desde debajo del agua, tiró de él y, con una enorme risotada, lo manchó de barro.

El tiempo es cíclico. El tiempo es lineal. El tiempo es biológico: los pechos cambian de forma, las bocas se endurecen, el cabello pierde un poco de brillo. El tiempo se cuenta en años y en meses. En 1903 hicieron el intento de repetir el campamento y sus inocentes placeres, en las mismas tiendas, en el mismo jardín, junto al mismo profundo estanque. Dorothy estaba preparando los exámenes preliminares. Tom, que tenía casi veintiún años, había hecho los exámenes de ingreso aún peor que el año anterior, y lo sabía, aunque sus tutores y su familia lo ignoraban, porque aún no se habían publicado los resultados. Pasaba el tiempo evitando responder a la pregunta de cuándo y dónde iría a la universidad. Todo eso había añadido un estudiado

retramiento —que seguía siendo seductor— a su comportamiento despreocupado. Imogen se había graduado y tenía que decidir lo que haría en el futuro. Florence estaba pensando si estudiar, qué estudiar y dónde hacerlo, y mientras tanto soñaba y leía, de un modo acusador, si es que estas cosas pueden serlo. Gerald cada vez iba menos por el museo, pero aún seguía yendo de vez en cuando y hablándole con inteligencia y modales despreocupados, justo lo suficiente para prolongar su tormento. Julian había hecho los exámenes finales de clásicas y también estaba esperando los resultados.

En general, los ánimos del grupo estaban bajos. Tal vez el campamento hubiera podido devolvérselos, pero los derrotó la lluvia del que resultó ser el verano más húmedo que se recordaba. Yacían en sus tiendas, noche tras noche, escuchando el golpeteo del agua, el azote de las ramas, el siseo de las hojas mojadas y el goteo del barro en la lona impermeable que había debajo de la tienda y alrededor de las piquetas. Todos estaban deprimidos. Tom propuso hacer una guerra de barro, pero los demás no consiguieron reunir el suficiente entusiasmo. Estaban mojados e incómodos. Luego, una noche, el viento arreció, las cuerdas se soltaron y las tiendas aletearon sobre la hierba. Salieron arrastrándose empapados. Los tutores trataron de encender un fuego en la cabaña, pero por la chimenea se colaban espirales de lluvia y las llamas chisporroteaban y se apagaban. Se arrebujaron en sus mantas mojadas junto a la puerta de atrás. De pronto una figura pasó en dirección opuesta corriendo y dando vueltas. Era Tom, apenas visible entre las ráfagas de lluvia. Corrió por el embarcadero, se zambulló en el estanque y volvió a salir sacudiéndose el agua como un tritón, con el cabello pegado a la cara.

—¡Venid! —gritó. La lluvia golpeaba a su alrededor y terribles rachas de viento húmedo levantaban olas y ondas en la superficie del estanque—. ¡Venid! —gritó Tom, pero no fue nadie, y aunque estuvo salpicando vigorosamente un buen rato, todos, incluso Tom, se sintieron un poco tontos y humillados. Al día siguiente, volvieron a casa.

En el año 1903 el rey inglés viajó a París con pompa, circunstancia y amabilidad para poner los cimientos de la Entente Cordiale en 1904. En Alemania, los socialdemócratas ganaron las elecciones y discutieron sobre la obligación de vestir pantalones bombachos durante las visitas oficiales al káiser Guillermo, que los tenía por un hatajo de traidores. En 1903, H. G. Wells ingresó en la Sociedad Fabiana con la intención de reformarla. Un loco se coló en el Banco de Inglaterra y disparó contra el secretario, Kenneth Grahame. Grahame dejó el banco en 1908. La gente del banco pareció pensar que estaba más interesado en escribir cuentos y pasearse en bote que en ocuparse de economía nacional. En Manchester, Emmeline Pankhurst fundó el Sindicato Social y Político Femenino. «Había dejado de ser —según le dijo a su hija Sylvia el director del *Labour Leader*— dulce y amable.» Patty Dace se interesó, pero

no ingresó en él. En Londres, se celebró un Festival de la Música de Richard Strauss; Anselm Stern y sus hijos viajaron a Inglaterra y acompañaron a Dorothy, Karl y Griselda a los conciertos. A Griselda le encantó la música. A Dorothy no.

Herbert Methley publicó *El señor Wodehouse y la niña salvaje*, un cuento místico, carnal y evocador sobre la pasión condenada entre el poeta solitario («mi nombre es una versión de Wodwose, el Hombre Verde, el hombre de los bosques») y una terrenal, e incluso fangosa, hija de la naturaleza en la marisma de Romney. Gozó de un éxito fugaz y obtuvo buenas críticas, antes de que la policía y los censores se abatieran sobre las librerías y quemaran las existencias. Phoebe Methley dijo a Marian Oakeshott que sabía que debería estar enfadada, y que la censura de las obras literarias estaba mal...

—Aunque tengo que decir que me alegro de que la gente no lo lea y me haga preguntas. Y esa niña salvaje, en mi opinión, no se parece a nadie, vivo o muerto, solo al temblor interior de la extremada sensibilidad de Herbert, pero no me gustaría que nadie pensara que estaba basada en ella, ni siquiera un poco.

—¿Quieres que lo lea?

—Te lo prestaré. Envuelto en papel de estraza o de periódico. Guárdalo en un cajón. Verás que no apetece leerlo en la cama. O eso imagino.

A finales de año, Dorothy había aprobado todos los exámenes preliminares excepto el de física, del que tendría que volver a examinarse. Griselda había sido admitida en la universidad. Julian había conseguido su sobresaliente —ni el mejor ni el peor, un sobresaliente digno—. Karl había aprobado la primera parte de los exámenes honoríficos de matemáticas. A Tom lo habían vuelto a suspender. Philip estaba trabajando en un nuevo esmalte azul plateado.

Cuando Geraint —o Gerry— Fludd se marchó de Purchase House se dijo a sí mismo, empleando a propósito una expresión manida, que quería sacudirse el polvo de los zapatos. Su imaginación estaba repleta de recuerdos mordaces y desagradables. Los agujeros en las largas y sucias alfombras de los pasillos. La mirada vacía en los grandes ojos de su madre. Pomona comportándose como una niña melindrosa. El pescado a medio cocinar (antes de que llegara Elsie) y las gachas aguadas. El desorden, como si el taller estuviese tratando de invadir las otras partes de la casa, con bolas de arcilla a medio secar y manchas de engobe. Necesitaba salir de allí y lo había hecho. Ahora estaba más tranquilo, y tenía su propia vida, empezó a pensar que podía asumir responsabilidades.

Aquel sentimiento era inextricable de su necesidad de seguir visitando a los Cain, cosa que le resultaba fácil porque su hermana vivía allí. Pero, al cabo de un tiempo, empezó a interesarse de verdad por el futuro de Imogen, aunque diera la impresión de no hacerlo. Era hermosa, con una esbeltez anticuada, y su forma de hablar y sus gestos se habían hecho más naturales y menos amanerados. Parecía tener talento. Valía la pena ayudarla. Y, si lo hacía con inteligencia, estaría ayudando a los que habían quedado desamparados en las marismas. Su padre podía ser un genio, pero era todo lo contrario de un buen negociante, y no digamos un buen vendedor. No parecía querer desprenderse de nada de lo que hacía. Y tal vez convirtiera a Philip Warren en una imagen de sí mismo. Geraint visitó a los Cain cuando Prosper regresó de su visita a Berlín. Dijo que pensaba que debía de haber algún lugar en Londres donde pudieran exponerse y venderse las obras de Imogen, de los alfareros de Purchase, y tal vez de otros artistas que habían estudiado en el Royal College con Imogen. Tal vez en Holborn o en Clerkenwell. Podrían combinar un taller con la exposición, para que se pudiera ver trabajar a Imogen, y quizá a algún alfarero, y ambos explicasen lo que hacían a los visitantes interesados. Había hablado con Basil Wellwood, y con Katharina, y ambos estaban interesados en invertir en el proyecto. Él mismo podía encargarse de gestionarlo.

Imogen dijo que había pensado en marcharse de South Kensington y establecerse por su cuenta. El comandante Cain le respondió que esperaba que no lo hiciera y que a Florence le sentaba bien su compañía, le gustaría que se quedase al menos hasta que hubiesen puesto en práctica aquella idea tan excelente. Geraint observó a Florence para ver si era feliz. No creyó que su expresión fuese la de alguien alegre. La mayor parte de la calma sonriente por la que tanto la había amado había desaparecido en los



últimos tiempos. No obstante, seguía amándola obstinadamente. Pensaba en ella en las camas de las mujeres con las que se acostaba, y ahora lo recordó mientras la contemplaba y se sonrojó. «¿Qué opinas tú?», le preguntó. Ella respondió que era una idea inteligente, y añadió que ojalá tuviera talento como Imogen.

La exposición se organizó en una calle de Clerkenwell donde trabajaban y exponían otros artesanos. Tenía un escaparate y varios estantes y vitrinas (hechos por los estudiantes de mobiliario) con elegantes formas estilo Arts and Crafts. Había un mostrador que más parecía una larga mesa de madera pálida y, detrás del mostrador, un pequeño hueco donde instalaron la mesa de trabajo de Imogen, con su mechero y sus bolsas de cuero, junto a un torno de alfarero. Varias jóvenes del college fueron e hicieron alguna vasija de vez en cuando. Geraint llevó a jóvenes de la City y el propio Basil Wellwood se pasó por allí y compró grandes vasijas de Benedict Fludd, que Geraint había llevado desde Lydd. Discutieron cómo llamar a aquel lugar. A Geraint se le ocurrió Kiln and Crucible, El Horno y el Crisol, y Florence repuso que sonaba muy industrial. Imogen, que había estado trabajando en unas cajitas de plata con forma de nuez, dijo: «¿Por qué no The Silver Nutmeg, La Nuez de Plata?», y decidieron llamarlo así. Fabricaron un extraño árbol de alambre plateado y bronceado, de un metro y medio de altura, y lo colocaron en una enorme jardinera, modelada por Philip y Benedict en Purchase, con un esmalte verde marino y azul índigo, en torno a la cual había pintado un dragón con catorce patas, cuyos dientes se cerraban sobre su propia cola escamosa. Imogen colgó en el árbol pequeños objetos de oro y plata hechos por ella misma y otros plateros y, en la rama más alta, colgó la nuez de plata y la pera dorada, brillantes y relucientes.

A Geraint le gustaba organizar las cosas. Se tenía por el inspirador del campamento artístico del verano de 1904. Una idea llevó a la otra: si hubiese un campamento en los alrededores de Purchase House, un campamento al que la gente pudiera ir a aprender, entonces podrían cambiar las alfombras y arreglar los muebles y en la casa se oírían toda clase de conversaciones, en lugar de aquella letargia femenina y del tictac retrasado de los relojes. El campamento surgió en su imaginación: tiendas en el jardín para hombres y mujeres, clases en los establos vacíos, pintura, tejido, Imogen en una mesa en el cuarto de los aperos, rodeada de un círculo de ávidos estudiantes, clases de alfarería para todos los niveles, de elemental a avanzado... Pensó en el taller de la lechería, en su padre en el estudio. Benedict era un hombre dominado por frecuentes cambios de humor, a menudo era malvado, otras veces huraño y en ocasiones frenético. Su hijo pensó que, cuando estuviese de buen humor —y con eso se refería a los momentos de frenesí—, podría convencerlo de que aceptara. El problema sería luego el humor que tuviese cuando se celebrase el campamento. Geraint se encogió acobardado. Fue a hablar con Prosper Cain, que sugirió que

organizasen el campamento de verano en alguna otra parte: podían preguntar a Frank Mallett, a Dobbin y a la señorita Dace si se les ocurría algún sitio que estuviese cerca de Purchase House, para que Fludd pudiese dar alguna conferencia sobre su trabajo —o hacer alguna demostración—, igual que Imogen. La novedad le sentaría bien a Pomona..., debían proporcionarle alguna ocupación.

La persona que acabó ayudándoles —a instancias de Dace, Mallett y Dobbin— fue Herbert Methley. Un granjero de allí cerca había muerto hacía poco y su viuda estuvo encantada de ofrecer los destartalados edificios de la granja para instalar los talleres del campamento. Les proporcionaría leche, pan, manzanas y sidra. En los prados había sitio de sobra para las tiendas y, aunque no hubiese río, tenían el estanque de la granja y las playas de Dymchurch y Hythe no estaban lejos de allí. Methley propuso algunas clases sobre el arte de la escritura. Se sugirieron los nombres de varios escultores y pintores paisajistas. Geraint fue con Prosper Cain a Purchase House, donde comieron empanada de cordero, cocinada por Elsie, y observó disimuladamente a Benedict Fludd. Le preguntó si, cuando estuviese montado el campamento, permitiría que Philip ayudase en las clases e incluso prestara su horno para cocer las obras de los entusiastas de la alfarería. Fludd respondió que Philip estaba muy ocupado y no tenía intención de poner en peligro su horno. Pero su humor no era demasiado malo. Geraint había pasado toda su vida calculando hasta qué punto lo era. Los músculos de sus labios estaban relajados. Geraint dejó de mirar a su padre y contempló a Prosper Cain. Pensó: «No quiero a mi padre. Nunca le he querido. Ojalá tuviese otro padre..., alguien como Cain, que protege a la gente, o como Basil Wellwood, que comprende que soy inteligente y ambicioso». A su extraña manera, Benedict Fludd había amado a sus hijas. Pero apenas reparaba en la existencia de su hijo.

—Imogen también vendrá —dijo Geraint—. Impartiré clases sobre el trabajo de la plata. Deberías hacer un esfuerzo e ir a Londres a ver The Silver Nutmeg. Vendimos dos de tus vasijas de Jano. Está funcionando muy bien.

Fludd había estado haciendo vasijas de dos caras, benévolas y tranquilas por un lado, dominadas por la rabia, el pesar o el dolor por el otro. Estaban hechas de loza rojiza, decoradas de negro en el pelo y la barba. A Geraint le desagradaban, pero a los entendidos parecían gustarles.

—Imogen no vendrá. Nos ha abandonado.

—Estará aquí varias semanas en verano, durante el campamento. Ojalá te decidas a participar. Todos quieren verte a ti y tu trabajo. Incluso podrías trabajar con Imogen..., hacer alguna cosa...

Philip afirmó que no le importaría enseñar a los principiantes cómo amasar la arcilla, centrar las vasijas y demás. Pero lo más importante era que Benedict Fludd diese una charla sobre la historia de la alfarería, sobre Palissy y la mayólica, la

porcelana y la cerámica roja...

—Lo pensaré. Si se hace en el momento adecuado...

—Y la gente podría venir... no a diario, sino una o dos veces..., a ver dónde trabajas —añadió Geraint.

—No quiero gente molestando o curioseando por aquí.

—Imogen y Philip se asegurarán de que no lo hagan.

Fludd no dijo ni sí ni no. Y eso era más de lo que Geraint podía esperar.

Se fue aproximando el verano. Geraint trabajó con los demás organizadores, Patty Dace, Frank Mallett, Arthur Dobbin y Marian Oakeshott, que dijo que alguien debería impartir clases de gimnasia y habría que organizar alguna función teatral. Tendría que haber clases de teatro. Aquel plan también fructificó. Enviaron a Geraint a hablar con August Steyning, que respondió que tenía a un invitado maestro de marionetas al que podrían convencer —a él y a su hijo— para que diese clases sobre títeres y marionetas. Y él mismo ofrecería una función: siempre había querido hacer una obra mixta, con marionetas y los falibles actores humanos.

Y así fue avanzando, día a día, el proyecto. Los fabianos y los teósofos, los anglicanos y los gremios de artesanos pusieron carteles y ofrecieron martillos y escoplos, té y pasteles, escenarios y talleres, ejercicios saludables y clases de movimiento. Los participantes en el primer campamento se quedaron un poco decepcionados; había cierta falta de intimidad y espontaneidad y ausencia de paganismo y culto al sol. Pero Geraint alegó persuasivo que aquello no era en lugar, sino además, de los bosques: una oportunidad de crear cosas hermosas y disfrutar de la naturaleza al mismo tiempo. Empezó a planear la vida diaria de aquel mundo todavía sombrío. Hasta llegar a un clímax en que Fludd daría su conferencia, se representaría la función y harían una cocción en el horno en forma de botella en la que todos participarían acarreando leña y luego celebrarían un banquete a medianoche.

Imogen aceptó formar parte de aquellos planes, pero no hizo ninguna sugerencia sobre las actividades ni acerca de la organización. Florence Cain alegó que ella no tenía habilidades manuales de ningún tipo, por lo que se quedaría en un hotel y se pasaría a ver a los acampados de vez en cuando. Tampoco quería estar dando saltos por ahí con unos pantalones de gimnasia, gracias. A Geraint le mortificó un poco: había pensado que ella también desempeñaría algún papel no especificado. Afirmó que sería una decepción para Imogen. Florence respondió: «La verdad, no lo creo».

Pocos días antes de que llegasen los participantes, Prosper Cain fue una tarde de verano en coche a Clerkenwell para recoger a Imogen Fludd y sus herramientas. Era un verano muy caluroso. La luz de principios de la tarde, a pesar de estar llena de

partículas y material en suspensión, era dorada entre el gris de las casas. Prosper se plantó delante de The Silver Nutmeg y miró dentro. El árbol brillaba con sus frutas perpetuas. Los estantes relucían cubiertos de metales preciosos y sutiles esmaltes. Piezas lacadas y cuentas ensartadas colgaban de las ramas cerámicas de unos árboles en miniatura que había a cada extremo de la larga mesa. Entre aquellos árboles había un bulto pálido, de cabello leonado y hombros anchos con una austera falda gris. Cain pensó que se había cansado de esperar —él se había retrasado, las calles estaban abarrotadas— y se había quedado dormida. Contempló con agrado la lasitud de sus extremidades, siempre tan contenidas. Había hecho bien, pensó, casualmente por última vez, al recogerla como compañera de Florence, su hija huérfana de madre.

Entró en el taller. La preciosa campana de latón que había encima de la puerta tintineó, e Imogen dio un respingo. No levantó la cabeza. Prosper cruzó la sala y le tocó en el hombro. Dijo que sentía mucho llegar tarde y le preguntó si necesitaba ayuda para recoger las cosas.

Ella alzó la vista. Por un instante, pareció la cara de una demente, con la mirada fija, hinchada, con manchas carmesíes. Tenía los ojos llorosos y la cara húmeda, incluso el cuello de su camisa estaba húmedo. Contuvo el aliento, jadeó y trató de excusarse.

—Querida... —dijo Prosper. Retrocedió un par de pasos, cogió la otra silla que había en la habitación y se sentó a su lado. ¿Qué le ocurría? ¿Qué la había alterado tanto?

—No puedo —respondió ella—. No puedo...

Se echó a llorar. Prosper le ofreció su pañuelo perfectamente doblado.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó.

—No puedo ir allí. No puedo volver. —Hizo una pausa, sollozó y habló de modo más explícito—: No puedo dormir en esa casa. No puedo, no puedo, no puedo.

Prosper Cain no le preguntó por qué. Le asustó una respuesta que pensó que sería mejor que ella no le diera.

—Entonces no debes hacerlo —dijo—. Lo arreglaremos de otro modo.

Imogen murmuró entre sollozos algo acerca de Geraint, y sobre traicionar a Pomona, y la suciedad, la suciedad de las alfombras y la cocina. Empezó a mover las manos muy agitada y el comandante las sujetó, y las retuvo, húmedas y calientes, entre las suyas.

—Seguro que podrás alojarte con las demás jóvenes en el campamento. ¿O prefieres quedarte con Florence y conmigo en un cómodo hotel?

—Usted no sabe...

—No necesito saber nada. Eres parte de mi familia. Hasta ahora he cuidado de ti y pienso seguir haciéndolo.

—No tiene usted por qué. No hay necesidad..., no..., no..., en realidad no.

—Pues claro que hay necesidad si estás en este estado. Tal vez sea mejor decir que estás enferma y que no puedes asistir a la escuela de verano. Quizá convenga cogerse unas vacaciones.

—No. Ya está bien de tonterías.

—Pronto serás independiente. Sabes bien que tu trabajo es bueno. Podrás ganarte la vida y espero que encuentres a alguien que te quiera y puedas tener tu propia casa, donde estarás a salvo.

Eso renovó su llanto aunque de modo más calmado.

—Tengo que irme —dijo luego Imogen—. Pero no puedo volver a esa casa. No sé qué hacer.

—Confío en que dejes que te cuide hasta que hayas encontrado —repitió la frase anterior— a alguien que te quiera y te proteja.

—Ya quiero a alguien —dijo Imogen. Tenía los ojos cerrados. Se produjo un silencio infinitesimal y decisivo—: le quiero a usted. —El silencio prosiguió—. Por eso tengo que marcharme.

Siguieron callados el uno junto al otro. Luego Imogen se levantó de su silla y se echó en brazos de Prosper Cain y apoyó la cara contra su rostro y su cuerpo contra el de él.

Sus brazos se cerraron en torno a la chica para no perder el equilibrio. Tanto, tantísimo tiempo sin mujeres, aunque su casa siempre pareciera estar llena de ellas. Le besó el pelo. La sostuvo y trató de seguir tan rígido como un palo, y de hecho descubrió que lo estaba en un perfecto doble sentido.

—Es imposible —susurró con mucha dulzura—. Se mire como se mire, no es posible, no en este mundo. Debes olvidarlo.

—Lo sé. Por eso tengo que irme. Y, en lugar de eso, todo conspira contra mí para obligarme a volver a esa casa.

Él tuvo la violenta sensación de que no debía permitirlo.

—Yo me ocuparé de todo —dijo—. Sécate los ojos, arréglate el pelo y vayamos a casa.

No sabía lo que haría. Pero se dijo que ya pensaría en algo, como hacía siempre.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Se miró en el espejo. Un bigote oscuro y plateado recortado con elegancia, un rostro bien delineado, la mirada fija, aún no había cumplido los cincuenta, aunque no le faltaba mucho. Y una joven —una joven preciosa— se había echado en sus brazos y le había dicho que lo amaba. Se acarició el bigote y se puso firme. Probablemente ella tuviera razón y debiera marcharse, pero ¿quién cuidaría de ella, si él no lo hacía? La había hecho feliz, cuando era desdichada y estaba perdida. No era su padre. Tenía un padre a quien temía. Lo amaba a él. Se dijo a sí mismo que era lo bastante sensato para comprender por qué temía a su padre. Aquello podía describirse como un buen lío o enredo. Se le daba

bien deshacer líos y enredos, en el ejército, en el museo. Pero aquellos no eran sus propios líos o enredos. Ya había hecho suficiente introspección y se preparó para meterse en su jergón militar. Quien se arriesga, gana, se dijo soñoliento, sin saber lo que quería decir con eso. No podía, pensó, preguntarle a Florence, como había hecho siempre. Maldito fuese aquel engreído de Gerald Matthiesen.

Agua fría, se dijo. Lo que hace falta es agua fría y limpia.

Tuvo una de esas terribles pesadillas en las que las cosas no encajan. Se vio a sí mismo, como le ocurría a menudo, supervisando el traslado de muebles en el museo, muebles cubiertos de sábanas para protegerlos del polvo, amortajados y atados aquí y allá. Había una numerosa cuadrilla de obreros que pululaban como hormigas y movían un objeto en una dirección y luego en otra. Estaban tratando de hacerlo pasar por una puerta para meterlo en la cripta y era demasiado grande, no cabía.

—Lo vais a rayar —exclamaba Prosper en el sueño—, pandilla de inútiles, intentadlo de algún otro modo.

Luego volvía a estar con la cuadrilla de obreros —todos muchachos—, que ahora estaban tratando de trasladar el mueble por una escalera estrecha en ángulo recto por la que tampoco cabía. Lo estaban bajando y lo tenían suspendido sobre el estrecho pasamanos.

—¿Es que no veis que no cabe? —les decía Prosper.

—Pues entonces tendremos que subirlo —respondía uno de los hombres, o muchachos, con la voz de un cabo un tanto obtuso a quien Prosper Cain había salvado la vida una vez que el muchacho había cometido un error con un mecanismo de disparo. Lo había cogido por la muñeca, y el chico había estado a punto de golpearle, pero se lo había pensado dos veces. En el sueño, Prosper Cain se alegraba de ver a Simms y le decía:

—Usa la cabeza, Simms, ¿no ves que no cabe?, es demasiado grande.

—Usted nos dijo que lo subiéramos, señor —replicaba Simms y dio un empujón que rompió las tiras que sujetaban las sábanas e hicieron que cayeran al suelo por encima del pasamanos.

El objeto era una enorme cama de ébano delicadamente tallada y digna de un sultán. «Y de todo su harén», pensaba Prosper, y en ese momento, los obreros-hormiga empujaban la monstruosidad contra su propia pared, *toile de jouy* y todo. La escalera empezaba a desintegrarse bajo el peso.

—Acabaréis echando la casa abajo —le decía Prosper a Simms, y entonces, tal vez por suerte, se despertó.

La presencia de los Stern, del padre y de los hijos, en Nutcracker Cottage debería haber inquietado —y de hecho inquietó hasta cierto punto— a Olive Wellwood. Cada vez que se paraba a pensarlo, y eso que procuraba no hacerlo, tenía la sensación de que las cosas no vistas de su casa habían modificado su invisible emplazamiento. Siempre habían estado tras gruesas e invisibles cortinas de terciopelo, o guardadas en cajas pesadas, cerradas e invisibles. Ella misma había colgado las cortinas, tenía las llaves de las cajas y se aseguraba de que lo que se podía saber no se mezclara con lo desconocido, sobre todo en la imaginación de sus hijos. Sin embargo, ahora sabía que unos gatos grises e invisibles habían salido de sus bolsas y estaban bufando y arañando por los rincones de detrás de las escaleras, que alguien había sacudido las cortinas y que unos ojos curiosos se habían asomado a husmear lo que había detrás, y en consecuencia ahora sus habitaciones estaban llenas de polvo visible e invisible y de extraños olores. Le gustaron aquellas metáforas y empezó a idear un cuento en el que los habitantes amables e inocentes de una casa se percataban de que, justo en sus mismas tierras, había otra casa oscura, invisible y peligrosa entrelazada y entretejida con la suya. Como si los pensamientos que deben quedarse en la imaginación cobraran vida propia y se volviesen objetos sólidos que hubiese que esquivar.

Sabía muy bien que Dorothy había ido a Múnich a ver a Anselm Stern. Sabía que Humphry lo sabía, y sospechaba, aunque nadie se lo hubiera dicho, que había hablado del asunto con Dorothy. Esperó a que Humphry o Dorothy —o Violet, en quien Humphry podía haber confiado— le dijese alguna cosa, pero nadie lo hizo. Dorothy siguió comportándose como siempre, pero nada era, ni podía ser, como siempre. Se había vuelto, o eso pensaba su madre, desagradable y dominante acerca de su formación médica, de la que hablaba constantemente en tono acusador, o eso le parecía a Olive. Humphry trataba de aplacar a su hija.

No creía que Tom supiera mucho más que ella. Con su candor habitual, se había hecho muy amigo de los desconocidos hermanos alemanes. Estaba inquieto, sí, pero era sobre todo porque tenía la sensación de que todos pensaban que él también debería ser o hacer alguna cosa.

Se le ocurrió una metáfora de sí misma, que era equivalente a la metáfora que se le había ocurrido para Dorothy. Veía a Dorothy como una cabaña sin puertas ni ventanas encontrada por un alma perdida en lo profundo del bosque que buscaba donde cobijarse. El explorador merodeaba en torno a ella y las ciegas paredes de ladrillo no

emitían ninguna luz ni ningún sonido, y no había manera de entrar.

A veces trasladaba la torre de ladrillo a un lejano lugar en la llanura. Y la veía — su imaginación trabajaba sin descanso— rodeada de los esqueletos resecos de aquellos que la habían tomado por un refugio y habían llegado a ella sedientos y famélicos.

Justo enfrente, en la llanura, había un edificio hecho de dura porcelana, que había tenido la forma de un enorme armario guardarropa, y ahora era un caparazón en el que estaba encerrado, o recluido, un animal que tal vez hubiese excretado la concha, que tenía diversos colores, grietas y frunces, como una caracola marina, o un monstruoso cangrejo ermitaño.

Había cosas —muchas cosas— que prefería ignorar y que le aterraba llegar a conocer.

La porcelana era liviana, más liviana que el aire. El viento la arrastraba hasta unas arenas movedizas. Tenía ojos pintados en la superficie, pero no veían, igual que no ve la cola de un pavo real, o no ven las alas de una polilla.

Si paraba de tejer, aquel objeto se hundiría.

Otra parte del problema era Anselm Stern. En su primera visita a Inglaterra, lo había tratado con elegancia como a un viejo amigo, y él le había seguido el juego. Tenía la sensación de que no era más que un amigo. Se habían conocido enmascarados, en mitad de la música, en un mundo irreal en el que todo estaba permitido, y que parecía más real que el mundo real, como siempre le ocurría a Olive, estuviese en Todefright, o en Múnich, o en cualquier otro sitio que no fuese la región minera de Yorkshire. Pero ahora, él también había adquirido una superficie lacada, como las caras de sus marionetas, con su expresión fija e invariable a las que las luces y las sombras añadían diversos significados. Le había visto mirar a Dorothy —deprisa, deprisa, piensa en un cuento sobre alguien que tiene un hijo que ignoraba tener, robado por una bruja, ¿se reconocerían si nadie se lo dijese y se encontraran inadvertidamente por la calle?—. Era un buen cuento, pero la hacía muy desdichada ver a los dos sonriéndose con aire cómplice. Pensó en un cuento de un maestro de marionetas para quien todos los seres humanos tenían cuerdas de las que tirar y bastones con los que manejarlos. Era un buen cuento, pero lo que la impulsaba era injusto. La pareja maldita era feliz. No querían que ella participara de su felicidad.

Le producía una especie de alivio, y también cierta angustia, comprender que todos los actores principales tenían intención de dejar las cosas como estaban.

Le sorprendió que August Steyning le pidiera que colaborase en una especie de representación u obra de teatro que iba a montar durante el campamento de artes y oficios. Se le había ocurrido una idea sobre magia para la que emplearía tanto actores humanos como marionetas, y además marionetas de dos clases: unas de tamaño real, con una persona oculta en su interior, y otras que serían las pequeñas y relucientes



marionetas con su propio escenario. Tenía pensado basarse en uno de los cuentos mágicos de Olive. Algo parecido a *El bosquecillo*, el niño humano que entraba en el país de los duendes, que podía representarse con marionetas.

La señora Wellwood se quedó observando fijamente la taza de té, contempló a Anselm Stern para tratar de averiguar lo que pensaba y vio que estaba mirando por la ventana con expresión pétrea e inescrutable. Le caía bien August Steyning. Se sentía segura: a él le gustaba lo que escribía y no había confusiones ni enredos.

—¿Señor Stern? —dijo leve, muy levemente.

—Creo que la idea de August es muy buena. Podríamos hacer un arte nuevo. Un arte de dos mundos.

—Me alegro de participar en él —respondió con sinceridad, aunque sonó falsa, porque ella misma habitaba en dos mundos.

August Steyning, inglés y educado, sirvió el té.

Una de las ventajas de montar una obra —o una representación— teatral en un campamento de verano es que se puede contar con un reparto muy numeroso, así como con una gran cantidad de figurinistas y tramoyistas sin necesidad de pagarles. De hecho, le dijo Steyning a Olive, son ellos quienes te pagan a ti. Se sentaron con Anselm Stern y Wolfgang en la mesa de Nutcracker Cottage y trazaron un plan. La primera idea de Steyning había sido emplear el cuento del niño robado —o tal vez la nodriza secuestrada— y llevado a la montaña de las hadas, de donde tiene que ser rescatado. Eso, explicó, significaría que se podría «ver el interior de la montaña», y el teatro de marionetas sería un mundo cerrado y oculto en mitad del teatro humano. Anselm Stern afirmó que podrían emplear aquellas versiones del mito universal de Cenicienta —*Catskin*, *Allerleirauh*— en las que la princesa, huyendo de su padre, encuentra a un príncipe, a quien rapta una bruja que lo lleva a los confines del mundo y le induce un sueño mágico de olvido. Siempre le habían atraído los cuentos sobre una heroína llena de recursos que recorre el mundo en búsqueda de algo y pide ayuda al sol, la luna, el viento y las estrellas. Wolfgang afirmó que estaba interesado en hacer muñecos y máscaras de tamaño natural. Tenía pensado hacer un público de monigotes y espantapájaros, que estuviera muy quieto al principio y luego de pronto se uniese peligrosamente a la acción. Que asediara la fortaleza tal vez. Quizá invocado por la chica.

—Hay una idea que me ronda por la cabeza —dijo Olive—. La búsqueda de una casa real en un mundo mágico. La búsqueda de una casa mágica en un mundo real. Dos mundos uno dentro del otro.

—*El mago de Oz* —dijo Steyning.

—Humphry dice que es una alegoría del bimetalismo y el patrón oro, con su camino de lingotes dorados y sus zapatos de plata.

—Hay un mago dentro de una máquina enorme —dijo Stern—. Eso es fácil de

representar con marionetas y muñecos.

—La fortaleza es como la torre oscura de *Sir Roland llegó a la torre oscura* —dijo Olive—. Un bloque liviano.

—Se pueden hacer muchas cosas con la iluminación —dijo Steyning—. Incluso en un granero y sin explosiones.

—Estos fragmentos de cuentos son como un calidoscopio —dijo Stern—. Es posible combinarlos de manera infinita, cambiándolos de orden.

Era una obra extraña. Creció como un vegetal a partir de las semillas de cuentos y las metáforas de la imaginación de Olive. Los primeros días del campamento los pasaron construyendo y reconstruyendo. Marian Oakeshott apareció y se puso al frente de un ejército de costureras que llevaron ropa vieja y telas nuevas y se dedicaron a cortar, coser y adornar. Wolfgang montó un taller para fabricar los monigotes de tamaño real y hacer las máscaras e implicó en la tarea a Tom, que era muy imaginativo. El taller estaba en un granero lleno de balas de paja, y Tom empezó a hacer un hombre de paja. Dicha criatura resultó no ser benévola, como la del mago de Oz, sino deforme, vacua y amenazadora. Tenía una cabezota enorme, con ojos negros como la boca del lobo y la boca mellada y cosida con un hilo. La cabeza giraba sobre un cuerpo que no era de tamaño natural sino mucho más grande, con las piernas hinchadas y móviles y unos brazos cortos e inútiles que apenas eran un par de palos que salían de los hombros. Wolfgang afirmó que era horrible y que sería uno de los enemigos que encontrasen por el camino.

—Yo lo moveré —dijo Tom—. Podríamos pegarle fuego.

—Deberíamos hacerlo —respondió Steyning contemplándolo admirado—, pero no podemos arriesgarnos en un granero lleno de niños y monigotes.

—*Blasebalg* —dijo Anselm Stern—. No sé cómo se dice en inglés.

—Fuelles —respondió Steyning—. Claro. Paja llevada por el viento. Un pequeño torbellino que no deje nada.

—Y yo seré un hombre lobo —exclamó Wolfgang—. Alguien ha traído un abrigo y una piel de zorro con garras y todo, iba a emplearlas para *Allerleirauh*, pero me fabricaré una bestia de alambre, con una lengua roja y, ¿cómo se dice?, *Zuckender Schwantz* y grandes uñas que rasgan.

—Una cola que no pare de moverse y garras —le ayudó Steyning.

—*Ja*, garras. Me matarán con una espada.

—Nuestra heroína no tiene espada. Es una niña, no una mujer.

—¿Por qué?

—Porque le hemos prometido el papel a mi hermana Hedda, y porque Dorothy no quiere saber nada del asunto.

—Hierro frío —dijo Steyning—. Quienes se enfrentan a los duendes, o a los fariseos, deben ir armados con hierro frío. Empuñará un cuchillo de cocina.

—No me gustaría enfrentarme a Hedda armada con un cuchillo de cocina — observó Tom.

Olive opinaba que el último adversario debería ser un hombre de metal, un hombre-máquina. Como si llevase una armadura, dijo Steyning. Tom recordó al caballero negro como la noche de «Gareth y Lynette». Recitó y Olive se le unió:

Montado en un caballo negro como la noche y equipado con armas no  
    menos negras,  
con el blanco esternón y las descarnadas costillas de la muerte  
y coronado con una incorpórea carcajada.

A Wolfgang le gustó aquello. Un yelmo que en realidad era un cráneo, un esqueleto que era un caparazón. ¡Ah!, objetó Tom, pero había un truco: dentro se encontraría un joven lozano, de rostro fresco y sincero. No un ser malvado. Buen papel para Robin, respondió Olive. Florian podía ser el niño secuestrado y cambiado en la cuna. Leon podía animar la figura de la muerte, replicó Wolfgang. No se le daba bien actuar, pero sí mover los muñecos.

A Geraint le gustaba planificar las cosas, disfrutaba buscando a la persona adecuada para un trabajo, era tan bueno consultando y negociando en su faceta de hombre de la City como hosco e inepto había sido en la de chico de las marismas. Conoció a un oficial de intendencia de Lydd en un pub cerca de Romney y se las arregló para que les prestara unas cuantas tiendas y un equipo de cocina, cosa que sorprendió a todos. Trazó un horario, un programa. Ejercicios gimnásticos y movimientos de danza después del desayuno. Excursiones a las iglesias. Clases de bordado, platería, cerámica, diseño teatral e interpretación. Una conferencia cada tarde, antes de la cena.

Benedict Fludd tendría que dar una de las primeras, para que todos los aspirantes a alfareros pudieran aprender de él los principios básicos. Hablaría en el Granero del Diezmo, y Philip se sentaría al torno a su lado en la tarima, para demostrar cómo se amasa la arcilla, cómo se centra, estira y modela y el ritmo del torno. Luego volverían y explicarían la pintura y el esmaltado. Y, al final del campamento, examinarían las vasijas que hubiesen hecho, escogerían las que valiera la pena cocer y encenderían el gran horno en forma de botella con la leña que habían estado recogiendo. En una fase posterior de la planificación, mientras conversaba ocioso con Wolfgang Stern, a Geraint se le ocurrió la idea descabellada de desmontar la fortaleza de las hadas — que a su vez guardaba un extraño parecido con un horno en forma de botella o un secadero de lúpulo— y transportarla por los caminos para echar la leña al fuego y colaborar así en la cocción. Wolfgang dijo que su público artificial, una mezcla de espantapájaros y monigotes rígidos y flácidos que representaban a mujeres sonrientes

con las mejillas pintadas de rosa y a hombres con chaquetas y abrigos, podría levantarse, echarla abajo y salir corriendo por los campos. Lo más dramático, dijo Wolfgang, sería arrojar los *puppen* al fuego. Sería impresionante.

—Aunque no sé si soportaré quemar algo que ha costado tanto esfuerzo.

—Quema los que salgan mal —respondió Geraint—. Siempre habrá alguno.

Prosper Cain, Florence e Imogen se alojaron en la posada The Mermaid, en Rye. Geraint fue a recogerlos para llevarlos a la conferencia de Benedict Fludd. Geraint pensaba, como el resto de la familia, que Imogen luego volvería con ellos a Purchase House. Durante el desayuno, Imogen había dicho con voz espesa y atragantada:

—Comprenderéis que no voy a volver.

—Lo comprendemos. Florence te necesita. Yo se lo explicaré.

Cuando Imogen fue a buscar su sombrero, Florence dijo:

—Preferiría que no dijese que necesito a Imogen. No es cierto. Es ella la que me necesita a mí.

—No quiere volver a su casa.

—Lo sé. Siempre atiendes a todos sus deseos. Cuando vino, nadie pensó que se quedaría con nosotros para siempre.

—¡Oh, Florence! —Miró un poco desanimado a su estricta y rigurosa hija—. No se quedará con nosotros para siempre. Tiene que encontrar un modo de ganarse la vida y de fundar su propio hogar.

—Estoy segura de que su madre querrá verla —respondió Florence, que no estaba ni mucho menos segura de lo que decía. Luego, añadió en tono apasionado—: Ojalá pudiéramos volver a Italia, a Florencia. No quiero pasar los veranos en la sórdida Dungeness donde no se me ha perdido nada.

Prosper Cain estaba a punto de abrazar a su hija, que había nacido en Florencia, cuando Imogen volvió con su sombrero, que era muy bonito, con un ala enorme, y estaba cubierto de flores artísticas y plumosas.

Los Cain llegaron al Granero del Diezmo cuando el público ya había entrado. Había una tarima elevada en un extremo, sobre la que había un estrado y, junto al estrado, un torno de alfarero y una mesa cubierta de cuencos, jarras y modelados, unos perfectos y relucientes con intrincados diseños, otros pálidos y mate con el esmalte sin cocer, uno o dos con formas extrañas o delicuescentes debidas a una mala cocción.

Benedict Fludd y Philip entraron juntos, entre tímidos aplausos. Philip iba pulcramente vestido de aprendiz, con un peto de lino y la mata de pelo bien peinada. Fludd vestía una especie de bata de color azul noche, con hilos dorados y manchas de

arcilla, incluyendo la fantasmal huella de una mano. Su espesa barba victoriana también estaba sucia de arcilla. Llevaba unas gafitas redondas con las que tenía pinta de científico excéntrico. Se quedó muy quieto, mirando fijamente al público, y luego empezó a hablar. Su familia ocupaba una fila entera: Seraphita entre vaporosos bordados, Pomona con una inocente muselina, Elsie con un sombrero de paja negro y brillante, la quisquillosa Florence de lino marrón, Prosper Cain con un traje de verano e Imogen debajo de sus flores. Los saludó con la cabeza y empezó a hablar:

—Los alfareros, como los sepultureros, estamos marcados por el barro. Trabajamos con la fría tierra, que refinamos mezclándola y golpeándola, dándole forma con los dedos y el movimiento de los pies y luego sometemos a los peligros del fuego. Cogemos el fango del que estamos hechos y lo moldeamos con las formas que la imaginación concibe en el interior de nuestros cráneos, teniendo siempre presente que la tierra es tierra y solo adopta las formas afines a su naturaleza. Espero poder demostrarles que esas formas son infinitamente más variadas de lo que cree la mayoría de la gente, aunque no son infinitas, como tampoco lo es la tierra. Somos químicos: debemos conocer los metales, las menas, las temperaturas y los elementos de fundición, los pesos y las medidas. Somos artistas: tenemos que ser precisos y habilidosos con el pincel y las herramientas de corte. Somos como los antiguos alquimistas: empleamos el fuego, el humo, los crisoles, el oro, la plata, incluso sangre y huesos, para fabricar nuestras vasijas, nuestros simulacros, nuestras fantasías y los recipientes necesarios para las funciones cotidianas, la comida y la bebida, que pueden ser hermosos, por muy sencillos que sean, y elegantes por simples que parezcan...

Así siguió. Todo el mundo escuchaba. Pidió a su ayudante que demostrara los misterios de su arte, y Philip, silencioso y hábil, cogió trozos de arcilla de los barreños que habían preparado y fabricó pesados bloques, columnas retorcidas y, hacia el final, una vasija que ascendió ondulante contra la gravedad entre sus fuertes dedos.

Hubo muchos aplausos. Se sirvió té con sándwiches y Fludd se acercó a donde estaba su familia. Prosper Cain le dijo que su conferencia había sido terrenal y ardiente al mismo tiempo. Él aceptó el cumplido. Se fue acercando, paso a paso, a Imogen, que estaba hablando muy concentrada con Elsie.

—Has venido —dijo—. Has vuelto con nosotros. Ahora somos colegas, ambos somos artistas, cariño.

La abrazó. Imogen se puso rígida. Cuando la soltó, ella se sacudió el vestido, como si se hubiese manchado de barro.

—Has hablado maravillosamente. Como siempre —respondió.

Fludd estaba animado y sonriente. La gente del público lo rodeó para felicitarle. Philip seguía en la tarima, metiendo las muestras en cajas. Geraint fue a verle.

—Ha ido bien —dijo.

Philip frunció el ceño.

—Está muy nervioso. Cuando se pone así, siempre hay una reacción. Lo sabes muy bien. Estoy preocupado. Ha puesto tantas esperanzas en...

—¿En qué?

—En la vuelta de Imogen. Pero no se quedará mucho. Y luego...

Cuando todos se fueron, los Fludd siguieron allí.

—Vamos —le dijo Benedict a Imogen—. Todo está preparado, Elsie se ha encargado de todo.

—Me quedo... con Florence —susurró Imogen.

—Tráela, si quieres. Vamos.

—Me vuelvo a Rye.

Su padre la cogió de la muñeca. La apretó y retorció.

—Tú te vienes a casa. Si estoy aquí es solo porque aceptaste volver.

La miró con ojos fijos y encendidos.

Florence retrocedió dos o tres pasos para apartarse del grupo.

—Sabes que no puedo... —dijo Imogen con voz casi inaudible.

Prosper la interrumpió.

—Benedict, le estás haciendo daño. Suéltala. Deja que vuelva a la posada The Mermaid, y hablaremos del asunto...

Benedict se volvió hacia Prosper Cain.

—Todo esto es cosa tuya. La has seducido. La has apartado de mí...

—Ten mucho cuidado con lo que dices —respondió Prosper—. Será mejor que midas tus palabras.

Benedict le golpeó. No con el puño cerrado, sino con la mano abierta, con mucha fuerza, en la mejilla, y le dejó los dedos marcados y restos de arcilla en la punta del bigote.

Prosper esquivó el segundo golpe.

Imogen empezó a temblar.

—Comprenderá, señora —le dijo Prosper a Seraphita en tono muy formal—, que es una mujer adulta y puede escoger dónde quiere alojarse. La llevaré de vuelta a la posada hasta que todos estemos más calmados.

—Philip —respondió Seraphita—. Traed a Philip...

Prosper Cain se llevó a sus mujeres. Tuvo que sujetar a Imogen. Florence los siguió dando pequeños pasitos. Geraint, molesto por el fracaso de aquel día tan bien planeado, y preocupado por otra cosa que no quería admitir, volvió con Philip y lo ayudó a meter a Benedict, que parecía estar asfixiándose, en un calesín.

El grupo de los Cain tenía su propio salón para el desayuno. Imogen no apareció a la

mañana siguiente. Florence y su padre comieron en silencio casi todo el tiempo.

—Podríamos ir a Italia a finales de verano —dijo Prosper.

—Olvida lo de Italia —respondió Florence masticando una tostada—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Hacer?

—Con respecto a Imogen Fludd. —Prosper tardó mucho en contestar. Florence observó—: Son todos imposibles.

—¿Te apetece dar un paseo en coche esta mañana?

Florence replicó que iba a ir a pasear con Griselda Wellwood, que también estaba en Rye. Afirmó que a su padre estarían esperándolo en el campamento de artes y oficios, y se fue.

Al cabo de un tiempo, Imogen apareció en el umbral, cargada con un pequeño baúl. Prosper le pidió que se sentara y bebiese un poco de té y comiese al menos una tostada. Ella se sentó pesadamente y él le sirvió el té. Se hizo un silencio.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó el comandante Cain.

—Creo que me iré con Geraint. Tendrá que ayudarme. Es mi hermano, es la persona adecuada.

—Es muy joven, trabaja mucho en un lugar muy complicado y vive en una pensión. Es mucho mejor que te quedes aquí, ya pensaremos con calma lo que conviene hacer.

Imogen sorbió su té. Prosper pensó que su rostro siempre tranquilo estaba mucho más hermoso y apasionado debido a la tensión.

—Hay cosas que usted ignora.

—El mundo está lleno de cosas que ignoro y que no sabré jamás. Sé lo que necesito saber cuando estoy en campaña, y también lo que necesito saber para dirigir un departamento del museo y comprar oro y plata. Pero no sé lo que tengo que saber sobre las jovencitas. No estoy preparado respecto a las jóvenes. Sin embargo, se me da muy bien no entrometerme en lo que no me concierne. A menudo es mejor ignorar las cosas dolorosas. He conocido a gente que se ha obligado a sí misma a confesar esto o aquello, o a quejarse violentamente de algo, y después lo ha lamentado el resto de su vida. —Miró su baúl—. Cuando era niño, a veces preparaba una maleta y pensaba en fugarme de casa. En ocasiones, con hacer la maleta era suficiente. Otras me marchaba y tenían que ir a buscarme. Una vez pasé fuera toda una noche y a mi regreso me dieron una paliza de muerte, y luego me besaron y acariciaron.

—No soy una niña, y sé lo que tengo que hacer.

—Espero que me permitas cuidar de ti.

—Es imposible. Ahora lo veo con total claridad.

—Querida —dijo Prosper Cain con mucha rigidez y la espalda recta—, no he olvidado, ni puedo olvidar, lo que me dijiste en Clerkenwell.

—No pretendía...

—¿No? Me ha hecho ver lo que yo siento. Por mi parte, no concibo mayor felicidad que convertirte en mi esposa. Y tener así el derecho de cuidar de ti. Soy mucho mayor que tú. Lo sé. Y tú también lo sabes. Pero creo que, en algún lugar fuera del tiempo, ambos nos tenemos por iguales, cara a cara. No quiero dejarte marchar. Tal vez debiera hacerlo, pero no puedo y no lo haré.

La miró, casi con enfado.

Ella lo miró también. Sus grandes ojos miraban con fijeza.

—Te quiero —dijo—. Te quiero. Tal vez sea eso lo único que importe.

Prosper pensó en la airada Florence y en el colérico Benedict Fludd y supo que no lo era. Planearía una estrategia, al fin y al cabo era un estratega.

—Ven aquí... —dijo. Ella se levantó de la silla y se le acercó. Él la abrazó y le besó encima de los ojos y en el cuello, después, dulcemente, en los labios, y por fin con menos dulzura en la boca, y supo que ella lo amaba de verdad—. No se lo diremos a Florence hasta más adelante, cuando hayamos pensado cómo hacerlo. Ni a Julian, claro. No creo que vaya a ser fácil, pero estoy convencido de que sabremos arreglárnoslas. Lo que sí haré, lo antes posible, con tu permiso, es ir a Purchase House..., no amor mío, no hace falta que vengas conmigo, y pedir tu mano formalmente en matrimonio. Todo lo demás lo planearemos con calma y con cuidado. ¿Te ves con fuerzas de ir a las clases de platería en el campamento? Podría dejarte allí de camino.

Elsie le abrió la puerta de Purchase House. Señaló al otro lado del patio, al estudio de la lechería. Abrió la boca para decirle algo y luego volvió a cerrarla.

—Está ahí dentro. Lo he visto entrar —dijo.

—Gracias —respondió Cain, y atravesó el patio. Fludd estaba a una mesa modelando una de sus jarras con dos caras. Estaba marcando más líneas siniestras en el lado siniestro. El otro era un óvalo blanco.

—¿Quién es?

—Soy yo, viejo amigo.

—¡Ah, tú! —Fludd se volvió como si se sintiera acorralado. Cain hizo un cálculo mental de sus edades respectivas. Fludd debía de ser apenas diez años mayor. Él no había cumplido los cincuenta y no creía que Fludd tuviese todavía sesenta años, aunque parecía mayor, canoso y lento.

—He venido a pedirte algo.

—Ya has hecho bastante daño.

—No creo que pueda llamarse así. Aunque admito que los acontecimientos han dado un giro... inesperado. He venido a pedirte la mano de tu hija. Que ha accedido a convertirse en mi esposa.

—Tu esposa...



—Soy mayor que ella, pero no le importa. Cree que puedo pedirte permiso contando con tu buena fe.

—Pues no lo tienes.

—Espera. Piénsalo. Ella me ama. Yo también la quiero, Benedict. Creo que, extrañamente, tenemos una oportunidad de ser felices. Estamos bien juntos. Puedo facilitarle la vida, y fomentar el talento que ha heredado de ti...

—¿Qué le has hecho?

—Nada. Ha sido como una hija, junto a mi propia hija. Solo hace muy poco que las cosas han cambiado, podría decirse que han evolucionado...

—Deja de emitir sonidos razonables, por el amor de Dios. No puedes hacerlo. Es mi última palabra.

—Es mayor de edad, y no necesito tu consentimiento. Pero te ruego que pienses por un momento en ella..., tiene la oportunidad de ser feliz..., yo mismo me he dicho que...

—Ella era feliz aquí.

—No lo creo, Benedict. No lo creo. Pero este es un nuevo principio.

—«Aullad» —dijo Benedict de pronto—. «Aullad aullad, aullad.»

Pasado un instante, Prosper reparó en que aquel hombre tan intratable estaba citando al rey Lear, cuando entra en el escenario con su hija muerta en brazos.

Las conferencias más relevantes se programaron los fines de semana, para que pudiese asistir público llegado de fuera del pueblo o incluso de Londres. El primer fin de semana, a última hora de la tarde del sábado, Humphry Wellwood habló sobre *Las personas y las estadísticas, cómo cambiar la situación de los pobres*. El domingo fue el turno de Herbert Methley. El tema escogido fue: *Fuera del jardín: lo vergonzoso de la vergüenza*. La señorita Dace le había preguntado si estaba seguro de aquel título, y él había respondido sin más: «Sí».

Prosper Cain e Imogen Fludd eran presa de una tensión exultante. Sonreían demasiado, y Florence lo notaba, y ellos también se daban cuenta. Se rozaban en secreto las manos en los umbrales y, cuando estaban seguros de estar solos, Imogen se arrojaba entre sus brazos. Prosper no había imaginado que su intenso afecto y su preocupación paternal pudiera convertirse en una pasión cegadora, pero es lo que había ocurrido y se sentía renovado y pletórico. En cuanto a Imogen, sus hombros levemente curvados, la voz baja y deferente y los movimientos lentos que tanto recordaban a su madre se habían transformado en vivacidad y rapidez. Prosper sabía que debía decírselo a Florence, y descubrió que el secreto le producía un intenso placer.

La situación se complicó aún más con la llegada de Julian y Gerald, que estaban haciendo un viaje a pie y habían decidido ir andando a Lydd para asistir a la conferencia de Humphry. Gerald estaba tratando de decidir si convertirse en filósofo moral o meterse en política, suponiendo que encontrara un partido que se ajustase a sus exigentes condiciones. A Julian se le había ocurrido una idea para una tesis sobre la poesía pastoril inglesa y la pintura. Quería escribir sobre las brillantes y transparentes visiones de Samuel Palmer y las tallas de Calvert. Gerald escribía sobre el amor, la amistad y el bien, cuando no trasnochaba, nadaba en el río Cam, hacía excursiones en bicicleta por los marjales, o escalaba en los Alpes. Las opiniones socialistas fabianas de Humphry sobre la naturaleza humana le parecían interesantes. Los dos jóvenes llegaron a la posada The Mermaid a tiempo para el almuerzo, y los llevaron al salón familiar, donde encontraron a Florence escribiendo.

—Podríais haber avisado de que veníais —los saludó, observando con atención la belleza de Gerald debajo de su sombrero flexible de lino.

No lo sabíamos. Vimos el cartel que anunciaba la conferencia y se nos ocurrió asistir y pasar antes a comer con vosotros. ¿Dónde está nuestro padre?

—Dedicado a la orfebrería.

—¿Vendrá a comer?

—No me lo ha dicho.

Julian miró a Florence, que estaba mirando a Gerald.

—Bueno —dijo—, siempre podemos comer contigo y animarte un poco. —  
Comprendió que necesitaba que la animaran. Preguntó—: ¿Y tú no ayudas con la orfebrería?

—No se me da bien. Y no me apetece.

Gerald se había acercado a la ventana y estaba mirando fuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julian.

—Pronto lo verás —dijo Florence en tono sombrío.

En la conferencia, se encontraron en una fila rodeados de viejos amigos. Julian estaba en un extremo junto a Florence, que tenía a Gerald al otro lado. Junto a él estaba Geraint y a su lado la joven de Purchase House, Elsie Warren, vestida con severidad y decoro. Junto a Elsie estaba Charles/Karl Wellwood, que estaba pensando qué hacer al acabar los estudios en Cambridge: si matricularse en la London School of Economics o mudarse a Alemania y hacerse anarquista, socialista o ponerse a trabajar como obrero. Dorothy y Griselda no habían ido. Estaban en el pajar donde se hacían las marionetas y los muñecos de tamaño natural. Griselda quería hablar alemán. Dorothy observaba cómo Anselm Stern cosía un minúsculo vestido a un cuerpecillo de seda. Wolfgang y Tom habían fabricado un pelotón de fofos espantapájaros de ambos sexos, tan inmóviles como si fuesen de piedra, cubiertos de paja y flores, y con los brazos rígidos sujetos con perchas y azadones.

Humphry subió al escenario con una especie de salto, el cabello y la barba pelirrojos le brillaban de forma torva. Su mujer ocupaba con porte majestuoso la primera fila, y Marian Oakeshott estaba sentada más al fondo, en actitud pensativa.

Humphry habló de la paradoja de las investigaciones estadísticas y los destinos individuales de las personas. La religión cristiana, afirmó, que tanto había conformado nuestro pensamiento, insistía en que cada alma humana era única y valiosa a los ojos de Dios. Jesucristo había recomendado al rico que vendiera todas sus posesiones y entregase el dinero a los pobres. También había dicho que los pobres estaban siempre con nosotros. Había asegurado que, allí donde hubiese un cautivo, un enfermo o un pobre, allí estaría también Él. Había animado a sus seguidores a practicar la caridad.

Mucho se había hecho —muchas cosas útiles— por parte de quienes habían ido entre los hambrientos y los olvidados y habían informado sobre las habitaciones abarrotadas en edificios sin las más mínimas condiciones higiénicas, en las que los muertos se apilaban con los vivos, y acerca del ambiente mórbido de las fábricas y los trabajadores. Leyó una descripción del aterrador y vertiginoso descenso a la

muerte y la penuria de un buen trabajador que se lesionase la espalda.

Afirmó que, en comparación con los testimonios y los sentimientos individuales, la acumulación de estadísticas podía parecer estéril. Sin embargo, no estaban guiadas solo por la imaginación, sino por la razón y la voluntad de actuar. La estadística era una ciencia. Había empezado, en su opinión, cuando Durkheim reparó en que el número de suicidios en París no variaba de año a año. Todos los cometían personas distintas, que llegaban a la triste conclusión de que la vida era insoportable. Las causas podían ser la pobreza, los contratiempos amorosos, el fracaso en los negocios, la humillación o la enfermedad. Pero las cifras eran idénticas.

En el caso de la pobreza, dichas cifras conmovían a la imaginación de un modo que no podían hacerlo los casos individuales. El héroe de aquel estudio era Charles Booth que había entrevistado a todos los implicados: los empleados del registro, los inspectores escolares, los miembros de las juntas escolares y los encargados del censo, y había elaborado, a partir de 1892, un informe de diecisiete volúmenes sobre la naturaleza y la extensión de la pobreza en Londres. La había cartografiado calle por calle, había coloreado los barrios de acuerdo con los datos, y había llegado a la conclusión de que un millón de personas, más del treinta por ciento de la población londinense, carecía de los medios necesarios para subsistir o mantenerse con vida. Aquellas cifras revelaban una sociedad injusta de un modo que no podían hacerlo las descripciones individuales. Eran un requisito esencial para introducir reformas legales y constitucionales: la introducción de una pensión para los ancianos en lugar de los sucios y degradantes hospicios, el establecimiento de un salario mínimo legal y de un número máximo de horas de trabajo, así como de ayudas para los desempleados que se administrasen racionalmente y no dependieran solo de los impulsos caritativos de la gente adinerada.

Charles/Karl escuchó lleno de dudas. Se había movido entre quienes creían que solo una revolución de los desfavorecidos podría suponer algún cambio en un sistema tan horrible. Todo el mundo se preocupaba por los pobres. Algunos amigos de sus padres tenían el sincero convencimiento de que los pobres deberían ser recluidos en campos de concentración y reformados, recuperados o incluso —en el caso de los imbéciles y los locos— caritativamente asesinados. En su college de Cambridge se ofrecían almuerzos para obreros, había viejos ariscos, niños que miraban de reojo bajo las largas pestañas, autodidactas, socialistas y futuros poetas. No tenía la sensación de haber llegado a conocer a ninguno de aquellos ejemplares seleccionados y escogidos. No sabía qué decirles. No hablaba su idioma, aunque pudiera comunicarse con grupúsculos de apasionados anarquistas alemanes. Pensó que le gustaría discutir lo de la London School of Economics con Humphry. Le había seducido el encanto de la estadística.

Gerald no dejó de hacerle observaciones a Julian por encima del sombrero de Florence, como si ella no estuviese allí. Una vez, citó con una sonrisa sardónica:

—«Quien quiera hacer el bien a los demás deberá hacerlo en las minucias concretas».

—No lo veo tan claro, amigo mío —respondió Julian con su deje característico—. ¿Te refieres a las personas concretas o a las cifras concretas?

—William Blake estaba loco, ¿lo sabíais? —apuntó Florence, pero ninguno de los dos pareció oírla, así que tal vez no fuese una observación muy inteligente.

Después de la conferencia, los tres estudiantes del King's College se quedaron a hablar, se sentían en su elemento analizando los puntos fuertes y descartando los más discutibles. Las relaciones personales, afirmó Gerald, eran la raíz de todas las virtudes, era imposible pasarse sin ellas, uno no podía pasarse la vida reduciendo a los demás a simples cifras sin pagar las consecuencias. Florence afirmó que no somos meras mónadas, y nadie respondió. Charles/Karl dijo que la sociedad existía y no era solo una masa de individuos. Había clases sociales. Y hombres y mujeres, objetó Florence enfadada. Desde luego, concedió educadamente Julian. Geraint, que se les había unido, afirmó que los nuevos grupos femeninos en pro de la agitación eran muy interesantes. Gerald recondujo la conversación a la cuestión de la amistad.

Estaba avergonzando a Julian, no porque estuviese ofendiendo a su hermana, sino porque este ya no lo amaba y, si no estaba dispuesto a admitirlo, era precisamente por la intensidad de la fe de los Apóstoles en la amistad como valor supremo. Julian ya no quería besar, ni siquiera tocar, a Gerald, que —como suele ocurrir— sentía muchos más deseos de tocar y aferrarse a Julian a medida que este se alejaba. Julian había empezado a pensar que Gerald era inteligente y estúpido, y no quería que supiera que lo pensaba, resultaba incómodo, su grupo era muy agradable y le gustaba la camaradería de sus paseos, Cambridge y el campo inglés eran tan adorables.

—Ojalá hubieses podido convencer a Imogen para que volviese a casa unos días —dijo Geraint volviéndose hacia Florence.

Lo mismo pensaba ella, respondió Florence conteniéndose.

Geraint añadió que estaba muy guapa. Ella dejó de fruncir el ceño para dedicarle una vaga sonrisa, cosa que le animó. No se sentía cómodo con aquellos estudiantes tan teóricos del King's. Además, los despreciaba un poco por su falta de contacto con «el mundo real», que él creía conocer mejor. Preguntó a Florence qué le había parecido la charla de Humphry y ella respondió que parecía sugerir que podían arbitrarse soluciones, y que era absurdo que las clases medias viviesen atemorizadas por los sucios y desesperados ejércitos que vivían en los sumideros de las ciudades.

En ese momento, inoportunamente, se les acercó Elsie Warren. Le hizo un gesto con la cabeza a Florence y preguntó a Geraint si había visto a su padre. Geraint respondió que no.

—No está en casa. Al menos eso creo. Y tampoco ha venido a comer. Aunque lo hace a menudo.

—Probablemente esté recuperándose de la conferencia —replicó Geraint—. Basta un poco de vida social para convertirlo en un recluso durante varios días.

—Eso pensé yo —coincidió Elsie—. Tu madre no parece preocupada.

—Lo necesitaremos al final del campamento..., para la cocción.

—Creo que vendrá. Seguro que querrá controlarlo todo.

Geraint se volvió de pronto y le preguntó a Florence si podía acompañarla dando un paseo a Rye. Esperaba que le dijera que no, pero respondió que sí. En parte lo hizo para demostrar su independencia de Julian y Gerald, y en parte porque pensó que Geraint tendría algo que decirle sobre Imogen. Aunque también era porque sus sentimientos por ella, su perseverancia y su paciencia, le resultaban tranquilizadores. Pertenecía a un mundo tan masculino como el de los estudiantes de Cambridge, pero en el que a los hombres les gustaban las mujeres y se interesaban por ellas.

—Tengo que hablar contigo —dijo—. Está pasando algo raro.

—Me gusta hablar contigo. Sobre cualquier cosa.

—No sé si te gustará hablar de esto...

—Prueba a ver —replicó Geraint.

—Se trata de mi padre —dijo Florence.

Empezaron a andar en dirección a Rye.

Charles/Karl se quedó con Elsie Warren.

—No me reconoce, ¿verdad? —dijo ella—. Estoy fuera de lugar. Me ha visto usted en Purchase House cargando platos y limpiando la mesa. No nos han presentado, por así decirlo.

Él no logró identificar su acento, que no parecía de la zona, pero tampoco de clase trabajadora. La miró. Se había arreglado mucho, pensó. Vestía una camisa gris pálido de cuello alto, con puños rígidos y una falda suelta de algodón gris oscuro. Llevaba un cinturón rojo en torno a la esbelta cintura y un sombrero de paja con una cinta roja y un precioso ramo de anémonas bordadas, rojas, purpúreas y azules. No sabía qué decirle ni cómo hablarle. También reparó en que ella se había dado cuenta y en que eso le hacía gracia. No era una reacción que hubiese esperado.

—Entonces, ¿le ha gustado la conferencia? —preguntó Elsie.

—Ha sido muy interesante. Estoy tratando de decidir si estudiar estas cuestiones, la pobreza y la estadística, en la London School of Economics...

—¿O?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué es lo que hará en caso contrario?

No podía responder: «hacerme anarquista y fomentar la revolución». Se sonrojó.

—Tal vez vaya a Alemania.

—¿Tal vez? Es bueno poder elegir. Ojalá yo pudiera hacerlo. —Él la miró y ella le devolvió la mirada. Los dos leyeron en el interior del otro con claridad. Elsie prosiguió—: Siendo mujer y trabajadora, no tengo mucho donde elegir. Hago lo que debo. —Charles quiso decir que lo sentía, pero no pudo—. Supongo que no hablará usted con muchos de nosotros, aunque nos estudie en grupo. Las peligrosas masas. A las que conviene encerrar en campos para estudiarlas.

—Está siendo usted injusta —repuso Charles/Karl—. Se burla de mí.

—Al menos podemos hacer eso, si nos atrevemos.

—Señorita Warren —dijo Charles/Karl—, preferiría que no hablase como si fuese usted un grupo, o una clase social, o un comité. Me gustaría hablar con usted como persona.

—¿Puede hacerlo?

—¿Por qué no iba a poder?

—Por mil razones. Soy una trabajadora y no soy respetable. Soy una mujer caída. Tengo una hija. Usted no quiere hablar conmigo como persona, señor Wellwood.

Aquella información, lejos de asustarle, le excitó. En Múnich la diosa Fanny zu Reventlow, era madre de un niño precioso de padre desconocido. El deseo debía ser libre, decían en Schwabing, y Charles/Karl escuchaba, deseaba en abstracto y se mostraba de acuerdo en principio. No podía —al menos ahora— hablar de Fanny zu Reventlow con aquella persona tan obstinada de cintura esbelta, con un cinturón rojo.

—¿Habla usted así con todo el mundo, señorita Warren?

—No. Solo con la gente bienintencionada como usted.

—Me gustaría... —dijo Charles/Karl. Reparó en que le gustaría quitarle el cinturón, desabrocharle algunos botones, abofetearla y besarla. Se quedó perplejo. Le alegró sentir una sensación tan espontánea.

—¿Qué le gustaría? —preguntó Elsie, de un modo que casi le convenció de que le había leído el pensamiento.

—Me gustaría conocerla. Me gustaría que dejara de tratarme como a un representante de mi clase y que me permitiese hablarle. Y también que me permitiera acompañarla a casa dando un paseo, si es que se va usted a casa.

—Sí. Puede acompañarme, si quiere. En realidad, debería buscar al señor Fludd, pero si no quiere que lo encontremos, no lo haremos. Es un hombre muy misterioso.

Se pusieron en camino. El movimiento les hizo sentirse más cómodos.

—¿Cree usted que un hombre y una mujer pueden ser buenos amigos, señorita Warren? —dijo él.

—¿Por qué no me llama Elsie? Supongo que llamará usted Philip a Philip.

—Karl.

—Pensaba que era Charles. Lo de Karl ¿es por Karl Marx?

—Es usted muy perspicaz.

—Voy a clase con unas amigas. Espero llegar a ser maestra un día. No me apetece pasarme la vida limpiando y fregando. Y, en respuesta a su pregunta, sí creo que un hombre y una mujer pueden ser buenos amigos. Pero no les será fácil serlo, pues nadie pensará que sean solo eso. Y luego está el problema de que ambos sean de sexo diferente. No se ría usted, es un problema.

—Lo sé. Yo creo que...

—¿Qué cree usted?

—Creo que, si son buenos amigos, cualquier otra cosa que sean o dejen de ser..., será mejor que si no lo fuesen. —Siguieron andando. Luego añadió—: Supongo que se reiría si le dijese que se puede estar tan atrapado en una casa en Portman Square, en un colegio privado y en una universidad, como en la cocina.

—Sí, me reiría. Me reiría con todas mis ganas. Te escucharía, Karl, y no pararía de reírme.

—Nunca hablo con nadie como tú hablas conmigo.

—Yo te enseñaré don pobre-hombre-rico. Tal vez incluso te presente a mi inteligente hijita.

Lo miró a la cara para ver si había ido demasiado lejos, si lo había perdido.

—Me encantaría —respondió Charles/Karl.

Herbert Methley se apoyó confiado en el estrado. Dijo a su público que él era un obrero. Trabajaba como jardinero en una granja de la región, el jardín de Inglaterra, y también en su escritorio, describiendo la vida en aquel jardín. Pero la policía, con sus cascos y sus botas, le había arrebatado los frutos de su esfuerzo y los había arrojado a un horno para quemarlos. Le habían dicho que lo que había escrito era vergonzoso. Pero quienes de verdad tenían motivos para avergonzarse eran los hombres de los cascos y las sotanas.

Era un hombre nervudo y quemado por el sol, con un pañuelo de seda carmesí en torno a la nuez prominente. Tenía la costumbre que comparten todos los buenos conferenciantes de permitir que su vista vagara por el público, en busca de caras atentas o expresiones de aburrimiento. Vio a Griselda y a Dorothy, con Tom y los dos alemanes cerca de la primera fila. Detrás, a un lado, estaban Julian y Gerald. Florence no estaba con ellos. Se había sentado con Geraint, hacia delante, en el centro. Había una fila de mujeres mayores, muy juiciosas y tranquilas, Marian, Phoebe y Patty Dace, sentadas al fondo. También en el fondo, estaba Elsie Warren. Charles/Karl había visto que el asiento de su lado estaba vacío y se había sentado en él. Estaba muy erguida, con los brazos cruzados delante del pecho. Phyllis llegó tarde, y se sentó justo detrás de Leon. Frank Mallett y Arthur Dobbin también habían ido. Methley los saludó con una inclinación de cabeza, antes de iniciar su ataque contra el clero.

¿De dónde procedía el concepto de vergüenza?, preguntó. Los demás animales



que comparten con nosotros el jardín de la tierra no la conocen, aunque, para vergüenza nuestra, a veces nos convencemos a nosotros mismos de que lo hacen. Se nos dice que la vergüenza se originó en el jardín original, donde el hombre y la mujer inocentes vieron que estaban desnudos y sintieron vergüenza. ¿Qué es lo que causó eso? La astuta serpiente, al hacerles comer la fruta prohibida, que según les dijo era el conocimiento del bien y del mal. Insinuando de ese modo, afirmó Herbert Methley, que el bien y el mal se originaban en aquellas partes del cuerpo que los hombres y mujeres avergonzados ahora sentían la necesidad de cubrir. Pero ¿por qué? ¿Acaso el bien y el mal no se dan más —muchísimo más— en la crueldad, la humillación de los demás, el egoísmo, el abuso de poder y el robo? Podría seguir así, aseguró Herbert Methley, el resto de la charla. El bien y el mal no residen en la carne, de la que deberíamos regocijarnos y sobre la que ni los hombres ni las mujeres deberían sentirse avergonzados. Cada día en aquel campamento, los jóvenes salían a realizar elegantes, agotadores y deliciosos movimientos corporales. Sonrió al imaginarlos.

Gerald susurró a Julian, con la solemne perversidad de los Apóstoles:

—Creo que exhala una especie de almizcle. Por debajo de los sobacos. Ya ves que tiene un buen par de sobacos.

—¡Shhh! —replicó Julian.

El conferenciante desarrolló la metáfora del jardín. Pasó a Blake y el «Jardín del Amor», en el que se había construido una capilla, con:

No harás esto y lo otro escrito en la puerta  
así que volví al Jardín de Amor  
donde crecían las flores.  
Y vi que estaba lleno de tumbas  
y lápidas en lugar de flores  
y curas de negro que hacían la ronda  
y ataban con zarzas mis deseos y alegrías.

Habló mucho acerca de su teoría de que la distorsionada vergüenza del mundo en que vivimos era la consecuencia histórica de muchos siglos de celibato eclesial. Miró a Frank Mallett, que le devolvió amablemente la mirada.

La novela había sufrido las consecuencias. En Inglaterra se escribían para ser leídas en voz alta alrededor del fuego de un pastor o párroco casado mientras su mujer escuchaba solemnemente. En Francia los curas se encargaban de las mujeres y los niños, y las novelas se escribían para los —a menudo rijosos— lectores masculinos.

En una novela era imposible describir el mundo tal como era.

Debería serlo. Nos hacían mucha más falta novelas sinceras que tratados de moralidad.

Su propia novela, *El señor Wodehouse y la niña salvaje*, trataba de un moderno hombre de los bosques, un Wodwose, que había amado a una mujer, como los hombres amaban a las mujeres.

Afirmó creer en la unidad pagana de la naturaleza. Todos somos una vida que empezó muchísimo tiempo antes de que hubiese jardines o sotanas. Nuestros sentimientos se habían desarrollado sutilmente, a lo largo de millones de años, a partir de los sentimientos y estremecimientos de masas gelatinosas en las marismas, de lentos reptiles de sangre fría que vivían en los cálidos pantanos, de seres que trepaban a árboles que hoy eran carbón. Era posible, dijo, hacer un esfuerzo extenuante para redescubrir la poderosa y primaria alegría del ser. Debíamos volver a la raíz de las cosas. Citó a Marvell:

Mi amor vegetal crecerá  
más vasto que los Imperios, y más lento...

—Eso es muy interesante —dijo Gerald—. ¿Tú crees que sabe lo que dice?  
—¡Oh, claro que sí! Calla de una vez.

Elsie seguía con los brazos cruzados. Su boca parecía tensa. Charles/Karl sintió la tentación de abrirle los dedos, de deshacerla, y supo que no debía hacerlo.

La mirada de Herbert Methley vagó por los rostros vueltos hacia él como un abejorro sobre un lecho de flores. Tenía una habilidad que los hombres más jóvenes aún no han desarrollado. Sabía decir cuáles de aquellas mujeres eran, como él mismo decía, por necesidad, niñas salvajes en potencia. El rostro moreno de Dorothy estaba juzgándolo y hacía que se sintiera incómodo. Griselda, rubia y pacífica, estaba sopesando sus argumentos..., había algo vivo en su interior, y su rostro era precioso, pero no tenía aquella necesidad. Phyllis era pulcra, guapa y estaba por desarrollar. No miró a Elsie, aunque había reparado brevemente en el cinturón rojo. La más agitada, la que jadeaba un poco y se movía en el asiento y miraba en torno a ella en busca de algo era Florence Cain. Se fijó en ella.

Cuando acabó, hubo personas que se marcharon enseguida. Otros fueron a hablar con él.

—No ha prestado usted suficiente atención a la notable persistencia de la vergüenza —dijo Frank Mallett—. La gente debe necesitarla mucho, si es tan tenaz.

—Buena observación.

—Marvell también dijo:

Qué feliz era aquel Jardín  
cuando el hombre paseaba por él sin compañera.

—Ciertamente. Hay un momento para el amor mutuo, y un momento para la

soledad. Yo mismo soy célibe y solitario cuando sigo mi vocación.

Con el rabillo del ojo vio a Florence que se marchaba con Geraint.

Ya habría otra ocasión. U otra mujer.

Florence y Geraint recorrieron el sendero que discurría paralelo al Canal Militar. Las libélulas rozaban el agua. Las pollas de agua chapoteaban y una rata se deslizó de un agujero y se alejó nadando apresurada. El sol todavía brillaba, aunque empezaba a declinar. Oyeron unos pasos apresurados tras ellos. Geraint se volvió irritado. Era Frank Mallett.

—No os entretendré, solo quería preguntaros...

Los alcanzó.

—¿Sí? —preguntó Geraint.

—¿Has hablado últimamente con tu padre?

—Hace varios días que no lo veo. Desde la conferencia de la semana pasada no ha ido por casa. Acostumbra a esconderse después de cosas así. Iba a ir a Purchase House, después de acompañar a la señorita Cain a Rye. —Se hizo un silencio. Geraint preguntó—: ¿Lo ha visto usted?

—También hace días que no lo veo. —Siguió andando, mirando el agua y pareció tomar una decisión—. Da igual. Da igual. Cuando lo veas, por favor, dile que he preguntado por él.

Se dio la vuelta.

—Algo le preocupa —le dijo Geraint a Florence—. Mi padre siempre preocupa a la gente.

—Lo sé.

Se produjo un largo silencio. Siguieron andando amistosamente al mismo paso.

—Probablemente sea un idiota al escoger este momento —dijo Geraint sin mirar a Florence—. Cuando estamos paseando tan tranquilos, quiero decir. No tienes por qué contestarme ahora, si no quieres. Pero... quiero que seas mi mujer. No digas nada. Lo he deseado desde hace años, como creo que sabes. No tengo mucho que ofrecerte, todavía..., pero sin duda lo tendré. Me está yendo bien en la City, y el señor Wellwood me trata casi como a un hijo. Estoy ahorrando dinero. Y además te quiero. Te quiero. No digas nada todavía. No podría ser hasta dentro de un año o dos. No debería atarte. Tal vez sea solo una fantasía mía. Nunca he visto..., nunca..., a nadie como tú. Pienso en ti..., no sabes cuánto.

—¿Puedo hablar ahora?

—Si crees que es siquiera posible..., te lo volveré a preguntar más tarde..., si tú...

—¿Puedo hablar? Iba a decir... que sí. Sí, me casaré contigo. Eso es.

Dejaron de andar y se miraron a los ojos.

—¿Y no te he hartado de tanto esperar y observarte? —preguntó Geraint.

—He dicho sí. Me conozco.

—Quiero que seas feliz. Últimamente no pareces muy feliz. Quiero..., más que ninguna otra cosa, que tengas lo que desees. Y, claro, me gustaría que eso fuera yo.

—Es cierto que no he sido muy feliz. Creo que podemos ser más felices juntos. —Esbozó una tímida sonrisa—. Podemos intentarlo. Deja de preocuparte.

Con mucha dulzura, la rodeó con sus brazos. Ella se puso rígida. Geraint deseó que no lo hubiera hecho, pero había aprendido a ser paciente.

—¿Puedo hablar con tu padre?

Ella soltó una extraña risita.

—Sí, me alegrará mucho que lo hagas. Luego podemos hacer planes.

Dorothy Wellwood había ido sola a dar un paseo por las marismas. Tenía dolor de cabeza de tanto estudiar anatomía y se dijo que si salía era por su propio bien. Últimamente le faltaba tenacidad. Quería estar con su padre alemán y sus hermanos alemanes, que estaban fabricando intrincados objetos en el granero y pasándolo bien juntos. Le ofendía, en cierto sentido, que Griselda pudiera reír con ellos, en alemán, y hacer inteligentes sugerencias para las escenas de la obra de marionetas, y ella no. Por supuesto, tampoco quería hacerlo —en algún lugar de su interior había un rechazo puritano, inflexible e incuestionable, de los mundos imaginarios—. Los nervios y los tendones, las venas y las arterias eran más reales y misteriosos que los hilos y las articulaciones de alambre. Sabía que Griselda no estaba tratando de robarle su nueva familia. Al contrario: le dolía que Dorothy se retirase a estudiar largas horas, tanto porque ella no tenía ninguna vocación propia como porque notaba que Dorothy la estaba abandonando. Anduvo más y más deprisa, recordando en la memoria las articulaciones de su cuerpo. Se encontró a la entrada de Purchase House, contemplando la avenida de árboles junto al camino polvoriento.

De pronto pensó que le apetecía ver a Philip Warren. Empezó a andar por el camino. No quería ver a Seraphita, o a Pomona, o siquiera a Elsie. Así que rodeó la casa en silencio y llegó directamente al patio del establo y a la puerta del estudio-lechería. Entonces pensó, demasiado tarde, que podría encontrarse con aquel ogro de Benedict Fludd. Miró a través de la ventana polvorienta. Vio a Philip, vestido con un peto azul, de espaldas a ella. No había rastro de Fludd. Llamó a la puerta. Philip abrió y sonrió abiertamente al verla.

—Estaba a punto de decir: «Fuera de aquí, estoy ocupado». Y luego he visto que eras tú. Pasa.

—He salido a dar un largo paseo, para pensar, y sin darme cuenta he llegado aquí. Así que se me ha ocurrido pasar a ver qué tal te iba.

—He estado dibujando algas marinas. Con cosas moviéndose entre ellas, agitadas por el agua. Caballitos de mar, sepias y cosas así.

—Enséñamelas.

Sacó el cuaderno de apuntes, y ambos se sentaron, uno junto al otro, para verlo. Había algunos extraordinarios dibujos de sargazos varados en la arena y flotando en el agua, con las vesículas de aire por encima de la cambiante superficie del agua.

—Primero veo su aspecto. Sigo mirándolo y me fijo en todas las formas a medida que se mueven bajo luces diferentes. Y, luego, mucho más tarde, hago diseños formales. —Frunció el ceño—. Ves lo que es casual, las ondas y olas en el agua, y lo que es constante, lo que se repite.

—Me recuerda extrañamente a la *Anatomía* de Gray. Me paso el día dibujando venas, músculos, tendones y articulaciones. Podría dibujar distintos cortes de lo que se mueve en tu mano mientras dibujas: los músculos que se contraen y el efecto que producen en otros músculos, cómo corre la sangre como una marea por las venas y arterias. Podría hacer unos dibujos preciosos sobre la circulación de la sangre. Como algas en la corriente. Pero a mí no se me da tan bien dibujar como a ti. Tengo que hacerlo, para los exámenes, y lo intento y lo vuelvo a intentar. Pero siempre me sale una birria.

—Muéstramelo —dijo Philip, alcanzándole el cuaderno y dándole la tiza.

Dorothy se echó a reír. Dibujó un tosco esquema de una mano —la superficie palmar— con las fuertes bandas paralelas de músculos y el efecto cruzado de la funda de cada de dedo. Luego dibujó un brazo, con los nervios principales pintados en negro como ríos y afluentes. Philip seguía la tiza tocándose la mano y el brazo, identificando las tracciones y resistencias, el flujo y el reflujo.

—A veces —dijo Dorothy— creo que nunca llegaré a aprenderlo. Los nervios cutáneos externos. El deltoides. A veces siento que me gustaría librarme de todo esto.

—No lo creo —respondió Philip—. Te ha atrapado. Me temo que no tienes elección. —Volvió a coger la tiza y dibujó una versión más elegante de la red de músculos—. Como yo. Cuando quise darme cuenta, ya no tenía elección.

—Implica renunciar a muchas cosas —dijo Dorothy—. Como este campamento y la obra de teatro. Y las fiestas. Y probablemente más cosas. Las mujeres médicos no tienen tiempo de hacer lo mismo que las demás mujeres, como casarse.

—No —dijo Philip—. Ya me he dado cuenta de que el trabajo es parecido a hacerse curas o monjas.

—Enséñame lo que has hecho. Me gusta verlo.

Philip sacó algunas de las vasijas con algas flotando en torno a ellas, de color verde oscuro sobre fondo azul verde mar y destellos de amarillo leonado. Le mostró algunas de las variaciones de las criaturas trepadoras sobre ramas, derivadas en parte del Candelabro de Gloucester y en parte de la versión Gien de mayólica con los enanos grotescos haciendo cabriolas. A Dorothy le gustó ver a las criaturas y seres imaginarios que se arrastraban atados a la tierra, sujetos por el esmalte, fijados por el fuego.

—¿Te apetece hacer una vasija? —dijo Philip—. He estado dando clases en el campamento..., es increíble cómo varían las aptitudes de la gente..., creo que podrías tornejar una buena vasija con un poco de práctica. Tienes manos fuertes y hábiles. Con buenos nervios y tendones y sensibilidad en la punta de los dedos, diría yo.

Así que Dorothy se sentó al torno, y Philip se puso a su lado y le ayudó a moverlo y le centró la arcilla. Le enseñó cómo sentir su textura, cómo dar con la velocidad adecuada, cómo sostener las paredes rectas mientras se alzaban entre los dedos como una criatura fría, húmeda y viva. Dos o tres vasijas se desplomaron y dieron vueltas violentamente, y luego, de pronto, fácilmente, encontró un ritmo y una oronda vasija se alzó, anchó y estrechó, y Philip la remató.

—Te lo he dicho —exclamó—. Tienes buenas manos. Tienes que ver con la punta de los dedos. A veces me parece que se hace con el cuerpo entero. El ritmo y todo lo demás. Y la imaginación.

Dorothy pensó en su futuro. Sacar seres humanos acurrucados y ensangrentados del cuerpo de otra mujer, obligarles a respirar, cortar el cordón umbilical. Cortar la carne con escalpelos. La única persona que conocía que entendiera el encanto y el terror del trabajo era Philip. No se preocupaban el uno por el otro. No se conocían. Pero comprendían algunas cosas parecidas. Se sentía mejor por haber ido a verlo. No había ido exactamente a ver a Philip, pero resultó que era lo que había querido hacer.

Griselda Wellwood y Florence Cain se encontraron en la posada The Mermaid sin sus familias. Así que se sentaron a charlar mientras tomaban una taza de té y un plato de bollos. Griselda le habló de los aspectos interesantes de la obra de teatro del campamento, del modo en que exploraba y exhibía tantos talentos inesperados de forma cooperativa. Pero su voz sonaba pensativa y descontenta. Florence no dijo gran cosa, hasta que Griselda terminó de hablar. Mordisqueó sus sándwiches y la miró con cierto aire de desaprobación.

—Nos pasamos el día jugando —dijo—. Como si fuésemos niños.

—¡Oh!, creo que es algo más que un juego. El señor Steyning, mi tía, herr Stern y su hijo Wolfgang son artistas.

—Para ellos tal vez no sea un juego, pero lo es para la mayoría de los participantes en el campamento. Ejercicio físico, hacer recortables con tijeras, disfraces y cosas así. Una se pregunta dónde está el mundo real.

—Sí —coincidió Griselda—. Estoy de acuerdo. Mi hermano se preocupa mucho por los pobres. Está pensando en ir a la London School of Economics para estudiar estadística. Siempre le ha preocupado lo que es real. No quiere saber nada de la vida que mi padre ha planeado para él.

—¿Y qué vida han planeado para ti? —preguntó Florence—. Como mujer...

—¡Oh!, tenían la esperanza de que asistiera a bailes y me casara con un buen partido. Fui a los bailes, me aburrí mortalmente con todos los jóvenes disponibles y

ahora no sé dónde estoy. El porvenir parece muy lejano, ¿no crees? Para las mujeres es distinto. Nos espera el gran acontecimiento: el matrimonio, los velos de encaje y demás, como dijo la señora Elton, y luego ¿qué? Elegir la tapicería y los menús, decirle a los criados lo que tienen que hacer y preocuparse con lo que no hacen o no saben hacer. Lo que trato de decir es que no puedes planear el porvenir sin tomar antes una decisión acerca de todo eso..., y resulta un poco difícil hacerlo así, en abstracto.

—¿Crees que si una se casa puede tener un futuro distinto al que has descrito?

—Quiero pensar. Igual que hace Charles, pero al contrario de lo que ocurre con él, nada de lo que yo opine parece importarles. Tanto si están a favor como en contra, lo que él dice siempre es importante.

—Yo también quiero hacerlo —respondió Florence muy despacio—. Quiero tener una vida propia elegida por mí. Quiero ser yo, y no la mujer de alguien. Pero no tengo muy claro de quién quiero ser.

—Ni yo tampoco. Dorothy sí lo sabe. Tiene una vocación. Tiene el futuro perfectamente planificado, exámenes generales de ciencia, exámenes de medicina, exámenes de cirugía, una plaza en un hospital. A mí me parece un corsé de hierro, pero por lo visto lo necesita. Creo que está dispuesta a renunciar al matrimonio. No creo que yo pudiera hacerlo. Me parecería antinatural. Aunque, sin duda, está reñido con lo de pensar.

—Hay mujeres que hacen las dos cosas.

Florence acababa de aceptar casarse con Geraint Fludd. Sintió una violenta necesidad de no confesárselo a Griselda Wellwood. Una vez que su compromiso se hiciese público, adquiriría un carácter muy distinto.

—No muchas.

—¿Recuerdas la vez que fuimos a Todefright una noche de San Juan —dijo Florence— y todos los niños tuvimos que decir lo que queríamos ser de mayores? Tú y yo aseguramos que iríamos a la universidad. Al Newnham College o algo parecido. He estado pensando en eso. ¿Qué te parece a ti?

—Me produce sentimientos encontrados. Tengo la sensación de que necesito poder pensar o me volveré loca. Pero, cuando imagino esos colleges llenos de mujeres, bordando, haciendo arreglos florales y bebiendo chocolate caliente, me da la sensación de que es como tomar los hábitos, una idea que siempre me ha horrorizado. Una parte de mí, me dice que es insano. Sin embargo, por otro lado tengo la sensación de que debe de ser estimulante. Nuevo. Hacer cosas que las mujeres no hacen y no se supone que deban hacer. Cosas que los hermanos dan por supuestas..., mira a Julian y a Charles. Sería como ser personas nuevas...

—¿No es eso lo mismo que Dorothy estudiando para ser médico?

—Está muy claro lo que es un médico. He estado hablando con Toby Youlgreave.

Pienso ponerme a estudiar y trataré de ir allí. Descubrir qué soy.

—Yo empecé a preparar los exámenes de ingreso y lo dejé —dijo Florence—. No debería haberlo hecho. ¿Querría el señor Youlgreave darme clase a mí también? Sé que mi padre se alegraría...

—Sería maravilloso —respondió Griselda con sinceridad.

A Florence le daba vueltas la cabeza. Se había prometido a Geraint, y ahora estaba pensando en dedicar varios años al estudio. No creía que Newnham College aceptase estudiantes casadas. Quería molestar a su padre, con un vehemente capricho femenino, y sentía —en realidad no se había parado a pensarlo— que el compromiso surtiría ese efecto.

Y aun así, como Griselda, quería pensar. Y veía su futuro como una posible elección entre pensar y el sexo.

*El castillo de las hadas* no solo cambió y se desarrolló a medida que los participantes en el campamento trabajaron en él los días que duró su construcción, sino que siguió desarrollándose durante las actuaciones en el Granero del Diezmo, los diez días que se representó. August Steyning estaba a cargo tanto de la escenografía como de la producción. Había dos castillos al fondo del granero, uno enfrente del otro. El más pequeño era brillante y reluciente, una especie de cofre en el que las marionetas celebraban fiestas mágicas y transformaciones. Detrás, entre las sombras, se alzaba la oscura torre en forma de horno o secadero de lúpulo, hecha con cajas de madera pintadas para que pareciesen piedras cubiertas de musgo, sin puerta de entrada ni de salida. La historia era simple y complicada al mismo tiempo. Empezaba con dos niños que jugaban en un calvero del bosque.

El claro estaba en el centro del granero. Los árboles eran niños vestidos de estopilla teñida de verde y marrón que sujetaban ramas con las manos. Los protagonistas eran Hedda, que ahora tenía catorce años, y Robin Wellwood, que tenía diez y había heredado el flamígero cabello pelirrojo de su padre. La chica se echaba a dormir apoyada en un tocón de árbol. Un grupo de duendes diminutos y patilludos de colas largas y retorcidas, de enanos con barbas y botas y unos imperiosos rey y reina de las hadas se acercaban a la pareja y le ofrecían tentadores pasteles glaseados y jarras transparentes llenas de un líquido brillante al chico, que, después de beber y mordisquearlos, caía dramáticamente en sus brazos. Transportaban su cuerpo rígido por el granero y lo llevaban detrás del cofre dorado. Las luces iluminaban una sábana blanca que se alzaba (sostenida por Phyllis y Pomona) y luego, como por arte de magia, una nube de sombras de los seres diminutos, solo que infinitamente más pequeñas, volaba como un enjambre de avispas o una bandada de estorninos, y entraba en el castillo secreto.

La chica se despertaba y se mostraba inconsolable. Agitaba los brazos y lloraba. Una



casa sobre doce pies desnudos entraba bailando en el claro del bosque y se quedaba inmóvil. De ella salía una anciana tullida con un bastón, que pedía a la chica que le ayudase a recoger manzanas, le sacara agua del pozo y le permitiera apoyarse en su hombro mientras andaba. Era muy pesada. Hedda se tambaleaba de dolor. Entonces la anciana se transformaba en un niño serio y apuesto de cabellos dorados, que le daba instrucciones sobre cómo encontrar al niño perdido. «Deberás viajar más allá de las montañas, más allá del sol y la luna, hasta el País de las Estrellas. No deberás hablar con nadie y tendrás que ayudar a todo el que te lo pida. Podrás desenmascarar y derrotar a tus enemigos con hierro frío.» Luego entregaba a Hedda un enorme y ligeramente oxidado cuchillo de cocina y volvía a entrar en la casa, que se marchaba del granero.

Hedda anduvo, anduvo y anduvo. Steyning hizo varias cosas muy inteligentes con la luz, para que pareciera que estaba atravesando tormentas de nieve, cruzando tambaleante calurosos desiertos y andando sobre brillantes columnas de hielo. Encontró, y derrotó, al hombre de paja, al hombre lobo (en un pinar) y al hombre de la monstruosa armadura que tenía un cráneo en lugar de yelmo, y que resultó ser un niño muy apuesto —el otro Robin, Robin Oakeshott, que guardaba un inquietante parecido con Robin Wellwood— que le mostró el modo de entrar en la inexpugnable fortaleza.

Hedda iba detrás del cofre dorado y se oía sonar unas flautas. La marioneta Hedda aparecía como una sombra en el escenario, y luego en mitad del banquete. Con gestos decididos de los brazos y agitando el cabello, se negaba a probar la comida o a beber nada y blandía el cuchillo hacía aquellas criaturas que siseaban y se desplomaban formando montones dislocados de tela y miembros enredados. La marioneta Hedda se inclinaba sobre la marioneta durmiente y la tomaba de la mano.

En la torre oscura, detrás del cofre dorado, aparecían unas rendijas de luz entre los sillares y uno de ellos caía hacia delante mientras la chica salía empuñando su cuchillo y cogía al chico de la mano.

Los monigotes de Tom se sentaban entre el público. En la última actuación, aquellas criaturas se levantaban, trastabillaban, rodaban y avanzaban a trompicones a través del granero hacia la torre oscura. Dos de ellos (Wolfgang y Leon, para mayor seguridad) se llevaban el castillo dorado y el resto de las criaturas atacaban la torre oscura y la hacían pedazos, ladrillo a ladrillo, entre los gritos de alegría del público y las lágrimas de algunos niños. Tom había rogado que le permitieran orquestar aquel alboroto cada noche. Se había ofrecido a reconstruir la torre con sus propias manos, solo por tener el placer de volver a echarla abajo. Pero Steyning afirmó que no debían arriesgarse hasta el final. De manera que, cuando llegase el momento de la destrucción, se hiciese de forma completa y salvaje. Volaron objetos por el aire y algunos trozos rodaron entre el público. Fue cómico y fantasmal. Todo el mundo

acabó exhausto.

**E**l momento más trascendental del campamento fue la cocción de las vasijas. Durante la primera mitad del mismo, los estudiantes y los alfareros profesionales habían estado fabricando recipientes, objetos y figuras, y algunas habían recibido una cocción de bizcocho previa y habían sido devueltas a sus creadores para que las decorasen de diversos modos. Geraint había convencido a su padre, cuando el campamento era solo un proyecto, de que permitiera que hiciesen la cocción en el gran horno en forma de botella que había en Purchase House. El horno funcionaba con leña. La cocción duraría cuarenta y ocho horas, más o menos, y el enfriado otro día o más. Al final del segundo día, habría una fiesta para los trabajadores, alfareros, recolectores de leña y participantes en el campamento. Benedict, llevado por la euforia que le había inspirado su primera conferencia, había aceptado dar una charla sobre la cocción y el manejo del horno. Pero ahora había desaparecido y la tarea recayó sobre Philip, que en todo caso era más práctico a la hora de llenar y disponer el horno. Conocía a la perfección los puntos más calientes y los más ventilados, los sitios donde el fuego ardía con más fuerza y los lugares más fríos y regulares. Dado el tamaño de aquel horno, y lo poco que se utilizaba, era costumbre cocer vasijas de arcilla (bizcocho) a la vez que las vasijas esmaltadas que necesitaban el calor de un horno de esmaltado. Philip había pensado y experimentado mucho con el llenado del horno. Había fabricado gacetas refractarias para sujetar las vasijas, que estaban apiladas cuidadosamente, y permitir que las llamas circularan y chisporroteasen entre ellas. Reposaban sobre capas de arena rica en cuarzo y estaban protegidas por ladrillos y tejas refractarios. La loza más delicada estaba sobre soportes de barro en las gacetas. Colocaron en las mirillas testigos de barro que cambiaba de color a determinada temperatura para poder observarlos durante la cocción. Como todos los profesionales, Philip tenía sus propios refinamientos: una nueva forma de soporte, una forma particular de cebar o alimentar el fuego por las tres chimeneas.

Se produjo una breve discusión acerca de la conveniencia de cancelar la cocción debido a la ausencia de Benedict Fludd. Pero había demasiada gente esperando verla y Geraint y, hasta cierto punto, Philip tenían la esperanza de que reapareciera teatralmente justo a tiempo de encender el horno. Philip pasó tres tardes sentado en la mesa plegable del establo, examinando las vasijas. Una burbuja de aire, una textura demasiado húmeda o una irregularidad en la superficie podían hacer que una vasija explotara, se rajara o se desplomara durante la cocción y estropeará las que hubiese cerca o, en el peor de los casos, echara a perder todo lo que hubiera en el horno, el

trabajo de todos. Varias jóvenes vieron cómo rechazaban sus vasijas, se descartaron platos mal equilibrados. Elsie le ayudó, en ausencia de Benedict Fludd. También le ayudó con el rompecabezas de colocar las vasijas en las gacetas y las gacetas en el horno. Entre sus funciones no estaba aprovisionar al campamento y preparar la comida, de eso se ocupaban Patty Dace y Marian Oakeshott. El fin de semana de la cocción, Dorothy Wellwood fue a echar una mano, con Charles/Karl y Griselda.

El día de la cocción, Prosper Cain encargó un almuerzo en la posada The Mermaid e invitó a los Fludd y a su propia familia. Incluso se atrevió a quitarle de la cabeza a Julian que llevase a Gerald, que seguía rondando el campamento y dando largos paseos a lo largo de la costa. Julian dio por sentado que lo hacía porque estaba preocupado por Florence. El almuerzo se celebró en el salón, donde la luz del sol entraba por las vidrieras emplomadas de las ventanas estilo Tudor y brillaba sobre el blanco mantel de damasco y la cubertería de plata. Había pequeños ramilletes de capullos blancos y rojos en torno a la mesa. Seraphita y Pomona llegaron por el callejón en un calesín, ataviadas con vestidos de fiesta bordados.

Habían reservado un sitio para Benedict Fludd. Prosper se sentó a la cabecera, entre Imogen y Seraphita. Julian lo hizo entre Seraphita y Pomona, que a su vez estaba junto a Geraint y Florence. El asiento vacío separaba a Imogen de Florence.

Comieron pescaditos y langosta cocida, hinojo marino en salmuera y zanahorias de Vichy, seguido de un pudín reina en platos de porcelana. Charlaron sobre el campamento, y todo el mundo alabó a Geraint por sus dotes organizativas, su logro con lo de las tiendas de campaña militares y la imaginativa sucesión de los distintos eventos. Julian afirmó que siempre resultaba extrañamente perturbador descubrir que había alguien detrás de las obras de arte, que no se limitaba a apreciarlas en los museos. Seraphita hizo una de sus raras contribuciones para decir en tono soñoliento que la vida sería mejor si todo fuese artístico. Florence observó que la palabra «artístico» tenía un curioso doble sentido. Seraphita miró su plato y alanceó una gamba decorativa, con cierta dificultad.

Después de comer, Prosper pidió que les llevaran champán. Todo el mundo cogió una copa. Prosper se puso en pie.

—Al final de la afortunada y exitosa cooperación de este campamento, donde se han encontrado el arte, la artesanía, las clases de arte, la práctica y la crítica, quiero brindar por Geraint Fludd, que tan buenas ideas ha tenido y ha sabido además ponerlas en práctica. —Bebieron. Prosper no se sentó, aunque Geraint hizo ademán de responder—. Lamento que mi viejo amigo Benedict Fludd no esté presente. No obstante, querría que todos brindarais por la felicidad de Imogen, que me ha hecho el honor de aceptar convertirse en mi esposa. Ya he pedido su mano a su padre, y creo que contamos con su aprobación.

Aquel anuncio causó consternación. La primera persona en beber fue la propia

Imogen, tal vez para infundirse ánimos, pues estaba muy pálida. Seraphita bebió un largo trago y se la oyó murmurar: «¡Dios mío...!» o «¡Oh, Dios...!».

—Por supuesto, todos os deseamos lo mejor —dijo Julian alzando la copa—. ¡Larga vida y felicidad! —añadió torpemente, luego se ruborizó hasta la raíz del cabello. Imogen, abrumada, le dio las gracias con un movimiento de cabeza. Florence se puso en pie.

—En realidad no hemos tenido tiempo de preguntar a mi padre, pero a mí también me gustaría decirlos a todos que estoy prometida en matrimonio. He aceptado casarme con Geraint. Os lo digo yo porque le había pedido a él que no dijera nada. Pero creo que ahora debéis saberlo. Los parentescos de las personas en torno a esta mesa se han vuelto de pronto muy confusos. —Soltó una risita seca. Luego prosiguió, mirando con aire siniestro a su padre a través del blanco y la plata—: Por lo visto, Imogen se ha convertido en mi madre y mi hermana. Casi parece un mito griego. O una de esas cosas que los devocionarios afirman que no se deben hacer.

Pomona dejó la copa de champán en la mesa y la rompió. Le sangraron los dedos, no mucho, pero lo suficiente para manchar de sangre el blanco mantel de damasco. Llegó un camarero con un cepillo de plata y un recogedor en miniatura y se movió en torno a ella, retirando los cristales rotos.

—Yo diría que nos ha cogido un poco de sorpresa que todo haya sido tan repentino —dijo Geraint en tono práctico y pacífico—. Pero la mayoría debéis de saber que mis sentimientos por Florence no tienen nada de repentinos. Seguro que os habéis dado cuenta de que llevo amándola muchos años, desde que era niño. No queríamos decir nada todavía. No estoy en situación de mantener una casa y una esposa, y quiero hacer las cosas bien. No tengo palabras para expresar lo feliz que me ha hecho su consentimiento. —Hizo una pausa—. El compromiso de Imogen, al menos para mí, sí es muy repentino. Pero, por mi parte, sé cuántas cosas buenas ha traído ya a su vida el comandante Cain. Ya la ha hecho feliz. —Alzó la copa—. Les deseo lo mejor. —Hizo una reverencia a Prosper e Imogen con torpe elegancia, y volvió a sentarse.

Prosper Cain se puso en pie y se enfrentó a su hija, que todavía no se había sentado. El rostro de Florence desbordaba energía y los ojos le brillaban. Desde el momento en que nació, había sido la persona a quien más había amado en el mundo, y estaba un poco molesto por no haber notado ningún cambio en ella, ningún nerviosismo o languidez que le hubiesen dado a entender que estaba enamorada. Se sentía lleno de fuerza. Era un soldado enfrentado a una situación complicada de la que debía sacar a todos sin bajas. Observó a su hija y a la mujer de la que estaba enamorado, que seguía mirando el mantel. Amaba y deseaba a Imogen. De ahí emanaba parte de su poder. Amaba a Florence, encontraría lo mejor para ella, que podía ser o no Geraint Fludd, y puesto que la amaba, encontraría un camino para ella.

Mientras estaba allí plantado comprendió que debía casarse con Imogen cuanto antes, pues su situación era anómala. Eso le alegró. Alzó la copa hacia Florence, e incluyó a Geraint en el gesto.

—Os deseo mucha felicidad a los dos. Tenemos mucho que hablar y que pensar. Ahora, si todos estáis de acuerdo, creo que debemos hacer lo que habíamos planeado e ir a ver la cocción. Es posible que mi viejo amigo Benedict Fludd esté ya en Purchase House.

Y más o menos se las arregló para sacar a todos del salón y meterlos en los calesines y *dog-carts* que los esperaban para llevarlos a Purchase House.

El sol se estaba poniendo. El cielo se había teñido de rojo y derramaba su luminosidad sobre la vasta y llana extensión de la marisma. Un matiz rojizo coloreaba las hierbas salitrosas, y había un feérico cabrilleo en las aguas negras y pizarrosas de todos los estanques junto a los que pasaron. Dejaron atrás el campo de golf de Rye, donde se veía a los jugadores recortados contra el enorme globo ardiente, negros y bidimensionales, empuñando sus palos de golf y tirando de los carritos. Bandadas de chorlitos giraban, volvían a formarse y volvían a dar vueltas. Las escasas nubes eran de color púrpura, violeta y malva y cambiaban con la luz. Todo tenía un brillo metálico, como un esmalte lustroso. Incluso las gruesas ovejas tenían una pátina rosada y brillante sobre sus blancas lanas.

La cocción, por lo que podía ver Philip, iba bien. Había estado cebando el fuego sin parar, controlando lo mejor que podía la cantidad de humo y la regularidad de las llamas. Se había asomado por las diversas mirillas al rugiente holocausto escarlata y había contemplado el extraño girar y esparcirse de las llamas, el brillo, los bordes oscuros. Dispuso de voluntariosos ayudantes que le ayudaron a cebar el horno, aunque tuvo que vigilar lo que echaban al fuego. La loza cocida irregularmente, o cocida con combustibles impuros, podía volverse sulfurosa, descolorida, triste y apagada. Demasiado oxígeno equivalía a vapores de sulfuro, y demasiado poco también. Estaba reservando la mejor leña para el final. Uno de sus ayudantes más entusiastas era Tom Wellwood, que había cargado con muchas de las cajas y cajones empleadas para construir la Torre Oscura de la obra de teatro y las había echado al fuego. También había llevado su ejército de espantapájaros: «Podemos echarlos al horno ardiente, al final de todo», había dicho Tom. Philip los inspeccionó en busca de componentes que pudieran contaminar la llama, o hacer que ardiese de forma irregular. Dorothy también había ido —era fin de semana y no tenía que estudiar— acompañada de Griselda y los dos alemanes, que estaban ayudando a llevar la leña. Todos recordaban la historia de Palissy, cuando echó sus muebles al fuego para completar la cocción y probar el nuevo esmalte blanco. El sol cayó aún más y el cielo se volvió gris. Dentro de la chimenea, la luz y el calor cantaban y bailaban.

Frank Mallett estaba sentado con Arthur Dobbin, bebiendo un vaso de cerveza y mordisqueando un poco de pan casero con queso. Un joven con botas de pescador y un pesado chaquetón llegó y le tiró de la manga. Frank le escuchó, movió la cabeza como para despejarse, se puso en pie y observó a la concurrencia. Seraphita estaba sentada a la luz del fuego de una hoguera en las que estaban asando patatas. Parecía aturrida, lo cual no era raro en ella. Frank siguió mirando a su alrededor y vio a Prosper Cain, que se inclinaba hacia Imogen Fludd. Frank se acercó a ellos, sin prisa, sonriendo a los parroquianos con los que se cruzaba.

—Comandante Cain, ¿puedo hablar en privado con usted?

Se alejaron del grupo, a un sitio donde no había luz.

—Acabo de hablar con Barker Twomey. Es uno de los pescadores de Dungeness. Ha pescado una bota. No llevaba mucho en el agua. Cree que puede ser del señor Fludd. Barker Twomey cree que alguien debería ir a ver la bota.

—¿Qué está usted sugiriendo, señor Mallett?

—Me preocupa la ausencia..., la prolongada ausencia... del señor Fludd.

—Su familia y sus conocidos no parecen muy preocupados.

—No lo están. Es cierto que siempre desaparece y a veces tarda semanas en volver.

—¿Y cree usted tener motivos para pensar que esta vez pueda ser diferente?

—No soy católico, comandante Cain. Soy anglicano, de ideas avanzadas. La confesión no forma parte de mi Iglesia. No es un sacramento reconocido. Pero la gente me cuenta cosas. Cosas sobre las que esperan que sea discreto. Creo que mi deber es escucharles y ser discreto.

—¿Por qué me dice usted esto?

—Temo que Benedict Fludd pueda haber muerto. Temo que haya podido meterse en el mar, en Dungeness, donde las corrientes son más fuertes y el agua es muy profunda.

—¿Y lo cree por algún motivo particular?

—Vino a verme, justo después de su charla en el campamento. Dijo que quería acabar con su vida. Aunque debería añadir que no era, ni mucho menos, la primera vez que manifestaba tener dicha intención.

—Insinúa usted que se confesó...

—Tenía la costumbre, por suerte no era muy a menudo, de contarme cosas sobre él..., sobre su vida pasada..., sobre su vida... No soy un hombre de mundo, comandante Cain, supongo que, profesionalmente, no debería sorprenderme nada que fuese humano. Sé que no debería decir esto. Debería callar. Pero me contó cosas..., no tanto para que yo pudiese ofrecerle el perdón de la Iglesia..., como para hacerme daño. Ni siquiera sé si lo que me contó era cierto. Solo sé que me dolía escucharle. Y esa era su intención. Lo siento. Estoy nervioso. Creo que está muerto. Pero lo único

que tenemos es una bota.

—Voy a casarme con Imogen, la hija de Benedict Fludd —dijo Prosper Cain—. Así que esto me concierne, como miembro de la familia, por así decirlo. —El rostro de Frank Mallett se contrajo, como si estuviese a punto de deshacerse en lágrimas—. Conozco al viejo Fludd desde hace muchos años —continuó Prosper—. Nada de lo que pueda haber hecho o dicho me sorprende lo más mínimo. Es usted un hombre bueno y generoso y ha hecho lo que debía, incluyendo el contarme lo sucedido. Vayamos a ver a ese pescador.

Fueron a pie, con la luz cada vez más tenue. Pasaron junto al campamento militar que había cerca de Lydd, atravesaron la marisma de Denge y luego los desolados bancos de guijarros de Dungeness, bordearon las charcas donde las aves se estaban posando para pasar la noche en los islotes. Aquella tierra pedregosa y cambiante alberga una colonia de cabañas de madera calafateada, la mayoría de ellas negras como el carbón. Algunas tienen botes varados delante, otras curiosas aglomeraciones de palancas y poleas. A través de varias ventanas lucía ya la luz de las linternas. Frank llevaba también consigo una linterna sorda, pero todavía no había necesitado encenderla. Llegaron al faro, pintado de rayas blancas y negras con su lámpara de petróleo y su múltiple rayo de luz escrutando la oscuridad. Barker Twomey, explicó Frank, no quería dejar su caña, por eso había enviado a Mick. Siguieron su camino sobre los rechinantes cantos rodados, más blancos que el cielo, hacia el alto banco de guijarros donde estaban los pescadores, negras siluetas como los golfistas, con las linternas al lado de los taburetes, preparadas para cuando se hiciera del todo de noche. Los dos estaban en buena forma y subieron sin esfuerzo por la pendiente hasta notar el aire marino, cargado de sal, y el sonido de la marea que arrojaba una ola tras otra contra las piedras, absorbiéndolas, frotándolas unas contra otras, dándoles la vuelta una y otra vez. Un sedal se estremecía, tenso y goteante, entre las cremosas lenguas de espuma. «Ese es Barker», dijo Frank Mallett. Miraron para ver lo que estaba sacando: no era ni humano ni fabricado por el hombre, sino un pez vivo, que se quejaba arqueado y se revolvía en el anzuelo. Barker Twomey lo cogió y lo mató con un giro de muñeca y un crujido muy profesionales.

—Señor Mallett —dijo—. Buenas noches. —Estaba curtido y oleoso, igual que la bota que sacó de debajo de las bolsas de los aparejos. Vestía un jersey y una chaqueta impermeable con el cuello levantado—. Creo recordar haberla visto en los pies de alguien la semana pasada —dijo—. Le dio la vuelta a la bota. Chorreó. Los cordones todavía estaban atados. Era vieja, pero se notaba que era cara. La lengüeta colgó flácida.

—Eso creo yo también —afirmó Frank Mallett.

Prosper Cain la cogió y empezó a darle vueltas.

—Y yo también —coincidió—. Dios nos ayude, tiene barro en los agujeros de los



cordones y debajo de la lengüeta. Y no la han cuidado mucho, está agrietada. Creo que los tres sabemos a quién pertenece. ¿Ha descubierto usted algo más, señor Twomey?

—No, no es muy probable que lo hagamos. La corriente aquí es muy fuerte. Arrastraría cualquier cosa, incluso a un hombre, hasta el fondo y lejos, más allá de los bajos. No lo encontrarán, ni siquiera sabrían dónde buscar.

—En el mismo sitio donde apareció esto podrían aparecer más cosas —objetó Prosper—. ¿Le importaría pedirle a sus amigos que tengan los ojos abiertos?

Cogió la bota empapada, recompensó a aquel hombre, y emprendió el camino de vuelta a Purchase House. Estaba oscureciendo en el canal. El color de la espuma era indescriptible: se intuía que era blanca, pero de un blanco fantasmal, luminoso, con ribetes de plata y el negro vaivén del agua.

—Me parece verlo —dijo Frank Mallett—. Metiéndose en el agua. Sabía que lo arrastraría y lo que le ocurriría.

Estaban pasando otra vez al lado de las cabañas. Se detuvieron mientras Frank encendía la linterna. Las estrellas empezaban a aparecer pálidamente en el cielo negro azulado. El súbito rayo de la linterna iluminó una especie de cuerda de la ropa, tendida desde el alero de una de las cabañas negras hasta un mástil, donde ondeaba en un gallardete una estrecha cruz de san Jorge.

—¿Qué es eso? —preguntó Prosper.

Estaba hecho jirones, arrugado y desgarrado. Daba la impresión de estar sucio y empapado y se parecía mucho a la bata que Benedict Fludd había vestido en su conferencia. Un resto flotante devuelto por el mar.

—Señor Mallett —dijo Prosper Cain mientras andaban despacio hacia Purchase House con un paquete de papel de estraza en la mano—. Señor Mallett..., estos augurios podrían ser prematuros..., aunque creo que ni usted ni yo confiamos en que lo sean. Si mi viejo amigo ha puesto fin a su vida, es posible que lo encontremos. Difícilmente podría haber escogido un sitio mejor para desaparecer. La incertidumbre será muy dolorosa para su mujer y sus hijas, mucho. Ahora me gustaría confiarle a usted mis propias preocupaciones. Quiero casarme con la señorita Fludd lo antes posible..., después de lo ocurrido, aún me parece más necesario y más complicado disponerlo todo. Ignoro si debe guardarse luto por un fallecido..., aun cuando no haya cadáver. Creo que su familia viviría de forma más desahogada si estuviese en situación de cuidar de ellos y tuviese el derecho de hacerlo. Querría que nos casara usted, señor Mallett. Discretamente, pero no a escondidas. Con flores en la iglesia y un decoroso banquete. ¿Cuándo cree usted que podría hacerse?

—Si... no aparece nada flotando en la orilla..., si no aparece andando por un camino... ¿Le parece bien dentro de un mes?

Apresuraron el paso.

—Una última sugerencia, señor Mallett. ¿Le importaría no decir nada de esto hasta que el horno se enfríe y termine la fiesta? Lo único que tenemos son dudas, sospechas e incertidumbres. Si esperamos, tal vez podamos estar más seguros. Y, en caso contrario, al menos estaremos seguros de nuestra incertidumbre..., será algo real, ya me entiende usted.

—Desde luego —repuso Frank Mallett—. Permita que le diga que le agradezco que... me haya librado de este peso.

—Conocía a Benedict Fludd, que Dios conceda reposo a su alma, desde hace mucho tiempo. Era un hombre tocado por el genio. También era excesivo en todo lo que hacía. No me extraña que tratara de asustarle. Su reacción es digna de elogio.

**P**rospér Cain estaba acostumbrado a salirse con la suya. Se casó con Imogen Fludd en la iglesia de Santa Edburga, el martes 27 de diciembre de 1904. Frank Mallett ofició la boda. Siguieron sin tener noticias de Benedict Fludd, aunque apareció una segunda bota, semanas después de la primera. Por lo que ni estaban de luto ni dejaban de estarlo. La congregación era pequeña: los habitantes de Purchase House, incluyendo a Philip, Elsie, Julian y Florence. Arthur Dobbin también asistió, igual que Marian Oakeshott y la señorita Dace. Hacía muchísimo frío. Las losas de la iglesia eran como bloques de hielo y la hierba del cementerio estaba cubierta de escarcha. Frank llevaba dos chalecos de lana debajo de la sobrepelliz. Las mujeres resolvieron el problema del luto recurriendo a discretos grises y violetas. Florence vestía un elegantísimo abrigo de gorgorán color pizarra sobre un vestido de color azul y azafrán, con un sobrio sombrero a juego de tul gris y azafrán. No fue dama de honor. La única dama de honor fue Pomona, con una túnica de terciopelo gris oscuro decorado con violetas. Las mismas flores ribeteaban el ala de su sombrero. Seraphita iba envuelta en una túnica orlada de plumas, con una especie de bordado espeso y complicado, púrpura, gris y plata, rematado con plumón de cisne tintado y plumas de avestruz.

Geraint llevó a la novia de la mano. La señorita Dace tocó unos acordes al piano e Imogen Fludd dejó la bolsa de agua caliente que había estado sujetando, cogió su ramo de lirios de invernadero y recorrió andando la iglesia. Vestía un terciopelo brillante y plateado, muy sencillo, con un cuello alto y grandes puños de piel blanca. Florence se volvió para mirarla mientras acudía al encuentro del comandante Cain. Llevaba un rato aplicando epítetos desagradables a Imogen. Taimada. Insinuante. Humilde. Pensó que su rostro tal vez revelaría falsa modestia, o un triunfo irreprimible, pero tuvo que admitir —era lo justo— que lo único que vio fue una expresión de pura felicidad, mezclada con un poco de temor. Florence admitía con cierta amargura que Prosper amaba a Imogen. Ahora admitió también que Imogen amaba a Prosper. Parecía la cera blanca de una vela, iluminada por una llama dorada.

Finalizada la ceremonia, Frank Mallett ofreció a todos bebidas calientes, o copas de jerez delante del fuego. Su ama de llaves rellenó con agua hirviendo los calentamanos de las señoras. Se envolvieron en mantas y regresaron a la posada The Mermaid y a Rye, donde Prosper había encargado un convite de boda. También allí ardía un buen fuego en la chimenea. A medida que fue cayendo la tarde, una luz rojiza tiñó los pálidos semblantes e iluminó las telas grises y los satenes. La comida

fue abundante: lenguado con gambas, pierna de cordero de las marismas ahumada y asada, unas elegantes natillas y un pastel glaseado, que el novio cortó con su espada. Geraint pronunció un pequeño discurso, y afirmó que él y Florence esperaban —lo antes posible— estrechar aún más los lazos de parentesco entre las dos familias. Prosper respondió breve y cálidamente y alzó su copa por el ausente Benedict Fludd. Deseaba, dijo, que su viejo amigo hubiera podido estar allí para compartir su felicidad. Expresó también su deseo de que regresara —como había hecho otras veces— de un viaje. Entretanto —o, si fuese necesario, a largo plazo— ahora formaba parte de la familia y esperaba que le permitiesen colaborar en el trabajo y el sostenimiento de la casa. El viento soplaba y se arremolinaba en la calle adoquinada. Las llamas se retorcían en el hogar y Philip las miraba fijamente. Seraphita se puso en pie y afirmó, con una voz sorprendentemente firme, que le gustaría expresar —personalmente— su agradecimiento al comandante Cain, ahora su segundo hijo, y decir el consuelo que le había proporcionado aquella boda en unos momentos tan difíciles. Florence podría haber mirado a Geraint, que la estaba observando fijamente, pero seguía estudiando a Imogen. La luz del fuego corría por los pliegues de su vestido y confería cierto rubor a su semblante pálido y estático. «Yo nunca seré tan feliz», pensó Florence. No soportaba —la sola idea le daba náuseas— imaginar a su padre tomando a Imogen entre sus brazos, solos en el dormitorio de vigas negras. Todo estaba en llamas. Exultante y peligroso.

Philip Warren concibió la idea de fabricar una vasija en homenaje a Benedict Fludd. Geraint y Prosper habían contado con él en sus conversaciones acerca del futuro de la alfarería de Purchase y las ventas a través de The Silver Nutmeg. Sentía cómo disminuían las esperanzas en sí mismo igual que se enfrió lentamente el horno después de la cocción. Había esperado solo a que las gacetas pudieran abrirse. Luego las deshizo con cuidado. En general, la cocción había sido un éxito. Algunas piezas de los estudiantes se habían roto y uno de sus cuencos de algas, al que tenía bastante aprecio, estaba hecho pedazos. Pero, por lo demás, el tesoro brillaba y relucía. Pomona se había acercado discretamente a su lado y le había pedido permiso para ayudarlo a sacar y colocar las piezas. Parecía, pensó él sin darle mucha importancia, menos infantil. Se había atado el sombrero.

—¿Crees que está muerto, Philip? —preguntó.

—No lo sé. Ya había desaparecido otras veces.

—Tengo la sensación de que lo está. Creo que, de no ser así, lo sabría.

—Sé a lo que te refieres. Yo también siento lo mismo. De un modo u otro, se ha ido.

Ella siguió alineando las vasijas ligeramente imperfectas de los aficionados.

—Ahora todo será distinto.

Philip había empezado por lo que tal vez fuesen las últimas vasijas tibias de Benedict Fludd, que se iban enfriando entre sus dedos. Una copa de dos caras le hizo una mueca. Un elegante dragón extendía las alas doradas en un cielo negro como la tinta.

—Ahora tal vez quieras estudiar —le dijo a Pomona.

—No tengo talento —respondió ella.

El proyectado homenaje era una vasija en forma de globo, grande y simple. Tendría capas, como la tierra, el fuego ardería en sus profundidades, tendría una capa de carbón, con formas fósiles incrustadas, un mar azul oscuro fluiría sobre el carbón, y por encima del mar, en un cielo negro como la tinta donde brillaría la luna, habría una tracería de espuma blanca que sería tan apasionada como formal en sus movimientos, al estilo japonés. Le parecía verla con total claridad en su imaginación. Pero era endiabladamente difícil de hacer: todos aquellos esmaltes mezclados entre sí, la necesidad de que el difícil rojo fuese al mismo tiempo sanguíneo y ardiente. Dibujó lagartos, libélulas y caracoles, enroscados en el negrísimo carbón. A veces pensaba que la luna debería estar llena, y en ocasiones la imaginaba como una finísima media luna apenas esbozada.

Pensó —no era muy dado a estudiar los sentimientos ajenos— que a Seraphita le había aliviado y liberado la muerte de su marido. Salía espontáneamente a ver a los vecinos y a tomar el té con Phoebe Methley, que era muy amable con ella. De Pomona no estaba tan seguro. Parecía más vulgar y perpleja.

Luego una noche, de madrugada, se despertó al oír pasos en el pasillo al lado de su habitación. Esperó irritado a que girase el picaporte, pero las pisadas pasaron de largo. Sonaban discretas y apresuradas. Quiso volver a dormir, pero supo que no debía hacerlo. Así que se echó encima un abrigo y bajó las escaleras. La oyó abrir la puerta de la cocina y salir al patio. La imaginó arrojándose al Canal Militar. Pero en lugar de eso entró en lo que él tenía ahora por su taller. Había luna llena. Le aterrorizó la idea de que empezara a romperlo todo. La siguió a escondidas y se asomó al interior. Estaba al otro extremo de la estancia, abriendo la despensa cerrada. Philip no había creído que ella supiera de su existencia, y menos aún que conociera el escondite de la llave.

Salió con una vasija blanca con la forma de una niña desnuda. Se movía de forma soñolienta y mecánica, pero no estaba seguro de que estuviera andando en sueños. La siguió desde lejos —ambos iban descalzos— hasta el jardín. Ella se alejó sin hacer ruido en dirección al huerto. Se sentó junto a la raíz de un manzano y sacó un trasplantador de un hueco entre las raíces.

—Sé que estás ahí —dijo—. No digas nada y ayúdame. —Philip salió de entre las sombras. Ella le alcanzó la criatura. —Era encantadora, con el pelo rizado, los labios

abiertos en un rostro estático, y por debajo una vulva explícitamente modelada, totalmente abierta, entre el techo de vello, con labios redondos y delicados. Pomona dijo—: No puedo romperlas. Pero sí esconderlas. Debajo de los árboles.

—Si quieres, puedo hacerlo yo.

—No son tuyas. Yo lo haré. Una por una. Cuando estén todas enterradas..., entonces...

Philip se sorprendió a sí mismo acariciando la fría vasija, deseando no ofrecer un falso consuelo a la chica. Se arrodilló a su lado, cogió el trasplantador y se puso a cavar. Ella sacó un trozo de lino viejo, envolvió la imagen y la metió, ni con delicadeza ni sin ella, en la cavidad. Philip le dio la mano para ayudarla a levantarse, y temió que se arrojara entre sus brazos. Pero ella se contuvo.

**E**l día en que se celebró la boda de Prosper Cain, se estrenó en el teatro del duque de York, en Saint Martin's Lane, *Peter Pan, o el niño que no quería crecer*. Se hizo con retraso: debería haberse estrenado el día 22, y lo habían pospuesto debido al fallo de algunos de los complejos mecanismos de sus efectos especiales. Debía haber habido un «hada de carne y hueso» reducida a talla de pigmeo por una lente gigante, y un águila que se abatiera sobre el pirata Smee, lo enganchase de los pantalones y se lo llevara volando sobre el público. En el último momento, un ascensor se hundió y arrastró consigo varios raíles del escenario. Muchas cosas que luego serían muy conocidas —la laguna de las sirenas, la casita de los árboles— no se habían construido todavía. Y hubo escenas, esa primera noche, que luego acabaron eliminándose. Todo se había llevado con mucho secreto. Aquel público de la primera noche —un público adulto, en una sesión de noche— no tenía ni idea de lo que iba a ver. Luego se alzó el telón y mostró el cuarto de unos niños, con sus camitas, los suaves edredones y un maravilloso friso con animales salvajes en lo alto de las paredes: elefantes, jirafas, leones, tigres y canguros. Y un enorme perro blanco y negro que se despertaba al oír las campanadas de un reloj, abría las camas y corría a preparar el baño.

Tanto August Steyning como Olive Wellwood conocían a James Barrie y formaron parte del público la noche del estreno. Su grupo llenó la primera fila: Olive, Humphry, Violet, Tom, Dorothy, Phyllis, Hedda y Griselda. La luz temblaba en el fuego de pega. Los tres niños, dos chicos y una chica, interpretados todos por actrices jóvenes, brincaban en pijama por el escenario y jugaban a ser adultos que tenían hijos como quien saca conejos de una chistera, pues no tenían muy claro de dónde venían los niños. El público rió complacido. Los padres, vestidos para salir, como el público que tenían delante, discutieron acerca del perro, Nana, a quien el señor Darling engañó para que tomase una desagradable medicina y a quien luego ataron. Se apagaron las luces. El alegre muchacho, interpretado por Nina Boucicault, otra mujer, llegó a la ventana abierta, en busca de su sombra.

Olive Wellwood siempre reaccionaba del mismo modo cuando asistía a una función teatral: queriendo escribir, ahora, inmediatamente, para perderse en otro mundo, que Barrie había llamado inteligentemente el País de Nunca Jamás. No fue exactamente el perro, ni los niños lo que atraparon su imaginación, sino la sombra arrancada a Peter y sostenida por los padres Darling antes de enrollarla y guardarla en un cajón. Era oscura, flotaba liviana, y no era exactamente transparente, sino una

sólida ilusión teatral. Cuando Wendy se la cosió, y él se puso a bailar y se convirtió en algo arrojado por las luces, que trepaba por las paredes y hacía gestos descabellados, Olive quedó subyugada.

El sorprendente cuento siguió adelante. Los niños echaron a volar. El pirata de cabello grasiento agitó su malvado garfio. Los niños perdidos demostraron su total ignorancia de lo que pudieran ser las madres, los padres, las casas o los besos. Sin el menor temor atravesaban a los piratas con sus espadas. Hubo un momento de tensión cuando la luz que representaba al hada empezó a apagarse en el cristal, y tuvo que ser reanimada por los aplausos de quienes creyeran en las hadas. Habían dado instrucciones a la orquesta de que aplaudiese, si nadie lo hacía. Pero tímidamente, luego entre ovaciones y por fin extáticamente, aquel público de gente adulta aplaudió y afirmó creer en las hadas. Olive miró a los de su fila para ver quién estaba aplaudiendo. Steyning, sí, lánguida y educadamente. Dorothy y Griselda, entre el entusiasmo y los buenos modales. Phyllis de todo corazón y con los ojos brillantes. Humphry con ironía. Violet con impaciencia. Ella misma irritada y conmovida. Hedda con decisión.

Tom no. Cualquiera habría apostado a que Tom aplaudiría más que nadie.

La penúltima escena era la de la prueba a la que sometía Wendy a las madres hermosas. El cuarto de los niños estaba lleno de madres elegantemente vestidas a quienes se permitía reclamar a los niños perdidos si respondían a una cara ruborizada, una muñeca doblada, o besaban a su niño perdido con dulzura y sin demasiadas alharacas. Wendy despidió con aire majestuoso a algunas de aquellas señoras.

—Esto habrá que eliminarlo. —Le dijo Steyning a Olive tapándose la boca con la mano. Olive sonrió discretamente y asintió. Steyning añadió—: Es parte pantomima y parte representación. Lo original es la representación y no la pantomima.

—¡Shhhh! —dijo la elegante señora que tenía delante, que estaba muy concentrada en el desfile de las madres hermosas.

Después de la enorme ovación y el rumor de los comentarios, Olive preguntó a Tom:

—¿Te ha gustado?

—No —dijo Tom, que parecía estar sufriendo una agonía.

—¿Por qué?

Tom murmuró algo en lo que las únicas palabras audibles fueron «cartón piedra». Luego añadió:

—No tiene ni idea de cómo son los niños, ni de inventar cosas.

—Lo que dices es que se trata de una obra de teatro para adultos que no quieren crecer —dijo August Steyning.

—¿Ah, sí? —replicó Tom—. Es falso, falso, falso. Cualquiera puede darse cuenta de que esos niños son niñas en realidad. —Su cuerpo se convulsionó en su traje



respetable—. No es como *Alicia en el país de las maravillas*. Aquello es otro sitio real. Esto no son más que alambres, hilos y disfraces.

—Tienes alma de puritano —dijo Steyning—. Creo que descubrirás que, aunque todo lo que has dicho es cierto, esta obra perdurará y la gente estará más que dispuesta a apartar a un lado su incredulidad.

El Año Nuevo de 1905, en una noche gélida, Humphry y Olive fueron a cenar con August Steyning a Nutcracker Cottage. La sala estaba iluminada con velas. Unos troncos ardían en la chimenea. Había costado mucho trabajo encenderla y todo estaba velado por el humo y olía a humo. Steyning les ofreció una reconfortante cena de invierno: sopa de guisantes secos con jamón y faisán asado relleno de carne, coles de bruselas y castañas y cubierto de salsa de marsala. El otro único invitado era Toby Youlgreave.

Hablaron de *Peter Pan*. Toby lo había visto y estaba entusiasmado. Jamás se había hecho nada igual. Suponía que los jóvenes Wellwood habrían disfrutado con ella. Sobre todo Tom.

—A Tom le horrorizó —dijo Olive con voz triste—. Pensé que le gustaría. Siempre le han gustado los cuentos más que a los demás. Pero al parecer le irritó. Afirmó que era falso y de cartón piedra. No le gustó que los niños estuviesen interpretados por actrices.

—Se negó por completo a dejar a un lado su incredulidad —añadió Steyning—. Fue raro y casi alarmante.

Toby preguntó qué edad tenía ahora Tom. Olive respondió que creía que tenía veintidós. Toby observó que su tendencia a no presentarse o a que lo suspendieran en los exámenes era desconcertante, dada su inteligencia. Humphry repuso que tal vez debieran pensar en alguna otra vía. No podía pasarse la vida sin hacer nada. Dorothy solo tenía veinte años y ya había aprobado los exámenes científicos preliminares e iniciado sus estudios de medicina. Se alojaba con los Skinner, en Gower Street. En cambio a Phyllis le encantaba estar en casa. Añadió que ignoraba cómo ocupaba su tiempo Tom. Pasaba fuera la mayor parte del tiempo. Olive dijo dubitativa que alguna vez le había insinuado que quería ser escritor. Humphry preguntó irritado si había leído algo que hubiese escrito. No, respondió ella. Por lo visto se trataba de algo privado.

—No se puede uno ganar la vida escribiendo cosas privadas —replicó Humphry.

Toby dijo que Tom era un errabundo. Con eso quería decir que imaginaba a Tom como un habitante de los bosques y los valles, una especie de Hudson o Jefferies. Steyning observó secamente que tal vez le hubiera disgustado *Peter Pan* porque se hubiese sentido identificado con él. Olive replicó indignada que no, que no era eso, estaba segura, la obra sencillamente no le había parecido interesante.

Steyning comentó que Tom parecía haberlo pasado muy bien haciendo los

monigotes de la obra de teatro de aquel verano. Había hecho algunos muy interesantes. Tal vez lo suyo fuese el teatro.

Olive miró la luz de la vela y los rasgos regulares del rostro alargado y pálido de Steyning iluminado entre sombras oscuras desde abajo. La mayor parte de su vida había creído saber —como si estuviese unida al chico por un millar de hilos de araña— con exactitud dónde se encontraba, cómo se sentía, qué necesitaba. Había formado parte de ella, había corrido con él, había sentido su sueño después de arrojarlo. O al menos había creído sentirlo. En los últimos tiempos se había descubierto a sí misma empleando, y luego rechazando rápidamente, la palabra «embrutecido» al pensar en Tom. Estaba hosco e irascible. Lo discutía todo por sistema. No parecía comprender lo que ella necesitaba, como había hecho siempre antes. Olive pensó que la alegraría mucho que encontrase algo que hacer y dejase de «acechar» entre los arbustos, que es lo que le parecía a ella.

August Steyning afirmó que *Peter Pan* había renovado su interés por escribir un tipo diferente de obra de teatro mágica. *Peter Pan* había recurrido a las «payasadas» infantiles, dijo August Steyning. Se había inspirado en la pantomima inglesa, que se basaba en la connivencia entre los actores, el director y el público. Se interrumpió un instante y le hizo justicia:

—No es que no se le meta a uno bajo la piel y llegue a obsesionarlo. Lo hace. De un modo que esa extraña personilla que la escribió no llega a imaginar. Por un lado es dulce e inocente y, al mismo tiempo, decididamente inquietante acerca de los padres y las madres..., ¿qué debemos entender de la identidad del padre en la perrera y el malvado Garfio? ¿A quién se le habría ocurrido recurrir al mismo actor? Es un rasgo de genio, pero un genio retorcido como un sacacorchos.

»Lo que quiero montar es una obra de teatro mágica que se parezca más a las *Gesamtkunstwerk* de Wagner que a una pantomima. Algo parecido a lo que hicimos en el campamento de la marisma de Denge. Lo que hace falta son nuevas versiones, pero solo versiones, de esos cuentos profundos y antiguos que están entrelazados con nuestras almas. El palacio oscuro de debajo de la montaña, el invitado, las luces que danzan en la marisma. Podríamos emplear tramoya teatral, sí..., pero no para elevar por los aires a encantadores niños-niñas en pijama, sino para hacer flotar a *dames blanches* y para que murciélagos y dragones como lagartos se posen sobre las rocas y las ramas. Sé algunas cosas sobre luces y sombras que aquí nadie conoce. Hay alemanes que hacen cosas muy inteligentes con máscaras y monigotes que, bien utilizadas, dejarían extasiado a un público infantil y desasosegarían a un público adulto.

—Si se trata de un *Gesamtkunstwerk* —dijo Humphry—, ¿no necesitará cantantes?

—No será una ópera. Habrá música ultraterrena. Imagino flautas escondidas y

panderetas y tambores ocultos. Y también voces quejasas cantando al viento. Confío en usted, mi querida Olive, para que me escriba esa historia —añadió.

—Sería difícil...

—Pero usted podría hacerlo.

—Tengo una idea...

—¿Sí?

—Pero necesito pensarlo. Le prometo que lo haré.

Florence Cain hizo todo lo posible por que no la deprimiera la nueva y extravagante felicidad que embargaba la casa de Kensington. Había visto, en compañía de Imogen, cómo subían la nueva cama doble por la estrecha escalera. Era una cama muy festiva con un cabezal con querubines tallados que en nada se parecía al catafalco del sueño de Prosper. Avergonzó a Florence, aunque trató con todas sus fuerzas de que no lo hiciera. Prosper Cain y su nueva esposa no podían quitarse las manos de encima, aunque en presencia de Florence se esforzaban por hacerlo. Se sentía ofendida: por razones totalmente ajenas a su conducta, estaba *de trop* en su propia casa. Imogen había tratado una vez de plantear la discusión:

—Entiendo que debe de resultarte raro, ahora que yo...

—Pues claro que me resulta raro —la interrumpió Florence—. Pero no tiene importancia. No hay por qué hablar más del asunto.

—Pero yo...

—Tú sé feliz. Ya veo que lo eres.

—Yo...

—Te digo que no hay por qué hablar del asunto.

Tampoco le apetecía discutirlo con su prometido, Geraint Fludd. Geraint iba por allí a menudo haciendo recados administrativos entre Purchase House, adonde había regresado como nuevo dueño, The Silver Nutmeg y el Museo de Victoria y Alberto. Se las había arreglado para entrar a formar parte de la Bolsa, durante un período, en noviembre de 1904, en que la admisión fue más fácil, antes de que se endureciesen las normas. La Nochevieja de 1905 los Cain lo invitaron a cenar y Florence salió a recibirle.

—Te he traído algo —le dijo. Le entregó una cajita envuelta en papel cereza, con un lazo plateado. Dentro había un hermoso anillo, obra de Henry Wilson, el profesor de joyería de Imogen, con nomeolvides de amatista y adularia engarzado en hojas de plata—. La plata la compré en un almacén de la City. Las piedras también las he comprado yo, a un conocido mío que está en el negocio de las minas. Espero que lo lleses. Y que sea de tu talla. Le pregunté a Imogen.

Florence se quedó perpleja. Era un anillo precioso. No le pareció típico de Geraint. Aunque tampoco habría sabido decir por qué.

—No hemos anunciado el compromiso... —dijo.

—¿No te gusta?

—¿Cómo no va a gustarme? Es exquisito. Solo que...

—Preferiría que lo llevaras en la otra mano.

—He decidido estudiar en Cambridge, en Newnham College —continuó Florence—. He enviado una solicitud.

Lo último era mentira.

—Me alegro —respondió Geraint—. Creo... que serás feliz allí. Por un tiempo. Estoy a favor de que las mujeres estudien y trabajen. Podría ir a verte al college y saldríamos a pasear.

Florence pensó que Geraint era un buen hombre y que se estaba aprovechando de él. Creía astutamente que las mujeres se sentían tentadas a pensar peor de los hombres a quienes podían herir si así lo deseaban. Pensó: «Si sintiera por Geraint lo que Imogen siente por mi padre, lo abrazaría y me echaría a llorar». Se puso el precioso anillo en el dedo de la mano derecha. Se ajustó a la perfección. Geraint, con corrección y cortesía, le cogió la mano y se la besó. Luego le besó la suave mejilla. Por su imaginación cruzó el recuerdo de un nudo de nalgas y piernas en la cama deshecha de la señorita Louise, a quien había visitado hacía poco, aun pensando que no debería hacerlo. ¿Podría Florence llegar a comportarse así? Pensó en lo extraño que era el enorme y confuso hueco que había entre lo que uno pensaba y lo que hacía. Decidió seguir sujetándole la mano, pero en ese momento entraron en la habitación Prosper e Imogen. Ellos también iban cogidos de la mano y se habían besado al pie de las escaleras.

—¡Oh!, el precioso anillo... —dijo Imogen.

A Florence le habría gustado matar a alguien, pero no habría sabido decir a quién.

En 1905, Dorothy empezó a hacer prácticas en la London School of Medicine para mujeres. Las estudiantes visitaban los pabellones y empezaban a diseccionar cadáveres. Dorothy les caía bien a las demás mujeres, a pesar de que se mostraba reservada y no hacía amistades, y volvía a casa de los Skinner para estudiar por las tardes, y visitaba a Griselda, o a Florence, los fines de semana. En septiembre de ese año, tanto Griselda como Florence ingresaron en Newnham College, en Cambridge, y Dorothy se sintió doblemente sola, porque las dos se habían convertido en buenas amigas suyas y ya no estaban en Londres. Griselda iba a estudiar idiomas, y Florence había optado por la historia.

En otoño, Dorothy se sintió, cosa rara en ella, deprimida y baja de ánimos. Le gustaba la anatomía, pero le desconcertaban la paciencia, el terror y la beatitud ocasional de las mujeres en los pabellones de ginecología. El hospital femenino procuraba hacer la vida agradable a los pacientes: tenían bonitas cortinas, macetas de gres llenas de flores y colchas de colores. Los cuerpos de aquellas mujeres estaban

consumidos. El de Dorothy no. Lo llevaba cubierto con una falda larga: las estudiantes, como las enfermeras, tenían que vestir falda con el dobladillo bordado, lo bastante largas para que no se les vieran los tobillos si se inclinaban sobre un paciente. Vestían también una vaporosa bata sobre la larga falda y llevaban el cabello recogido en lo alto de la cabeza o sobre la nuca.

De pronto, como en un sainete, se enamoró de un profesor ayudante, el doctor Barty, durante una clase de disección. Le estaba mostrando el corazón humano, y cómo extraerlo de la cavidad donde se encontraba y en la que había dejado de latir. Reinaba un olor —un hedor— a formaldehído. La sala estaba ventilada por una pequeña abertura en la pared del fondo, con un mechero de gas que ardía en el aire recalentado. El hospital era una casa reconvertida —el espacio estaba abarrotado y lleno de mujeres, veinte vivas y una muerta, suave y con un aspecto parecido al cuero—. El doctor Barty pidió a Dorothy que hiciera los cortes para extraer el órgano, un corte en forma de cruz sobre el pericardio, luego, con un escalpelo mayor, varios cortes a través de los seis conductos circulatorios que entraban en el corazón y de los dos que salían de él. El doctor Barty —un hombre joven y musculoso con una bata de color verde y un gorro quirúrgico— felicitó a Dorothy por la precisión de su trabajo. Le pidió que extrajera el corazón y lo colocase en una bandeja para que continuase otra alumna. Dorothy cogió el corazón con la mano y tiró de él. Alzó la mirada hacia el barbudo y sonriente doctor Barty, y lo vio. Fue como si el tiempo se detuviera, como si estuviese allí eternamente con el corazón de otra mujer entre sus manos. Vio hasta el último pelo de sus cejas, los maravillosos verdes y grises de sus iris y los negros túneles de sus pupilas que se abrieron ante ella. Vio el perfil cincelado de sus labios, entre las frondas de la espesa barba, negra y pelirroja, levemente rizada. Sus dientes eran blancos y regulares. Debía de haber estado estudiándolo semanas, igual que los dedos, tarsos y metatarsos que él le mostraba.

La impotencia la hizo enfurecer. Aspiró una bocanada de aquel aire corrupto y cayó inconsciente al suelo: el corazón muerto cayó con un ruido sordo a su lado.

No era raro que las alumnas se desmayasen, aunque Dorothy nunca lo había hecho. La sacaron de allí, la abanicaron y unas manos expertas le acercaron un vaso de agua para que bebiera un sorbo. Recobró bruscamente la conciencia e insistió en volver a clase, aunque no participó en ella. Observó al doctor Barty, que fue muy amable con ella. Era uno de los médicos más amables y que más se esforzaban por animar a las alumnas. Se rumoreaba que se interesaba especialmente por la esbelta señorita Lythegoe, cuyo trabajo era mejor que el de Dorothy, de porte tan serio.

Dorothy volvió a Gower Street y se arrastró sin fuerzas por las estrechas escaleras. No deseaba aquello. Su vida había tomado una dirección que no incluía desear, o desmayarse por el doctor Barty. Siempre había pensado que todas lo miraban de forma un tanto empalagosa, y ahora ella se había contagiado, igual que si

se tratase de un bacilo.

Se echó a llorar. No podía parar. Al cabo de un rato, Leslie Skinner llamó a su puerta. (Etta había salido para asistir a una reunión.)

—¿No estás bien, Dorothy? —preguntó.

—Eso debe de ser. Lo siento —sollozó.

Leslie Skinner entró y se sentó a su lado. Le dijo que hacía un tiempo que pensaba que estaba trabajando demasiado. Se estaba agotando. Debería descansar. Tal vez pudiera tomarse una semana o dos de vacaciones e ir a su casa en el campo, alejarse del contaminado aire londinense. Dorothy sollozó y se estremeció. Skinner le acarició el hombro. Al cerrar los ojos, el rostro del doctor Barty se alzó en su cabeza, lleno de vida y sonriendo misteriosamente. Leslie Skinner le leyó en voz alta un artículo de Elizabeth Garrett Anderson, sacado de la *Enciclopedia médica*. Anderson era, en opinión de Dorothy, tal vez la mujer más grande que había vivido nunca. Había luchado con tanta paciencia, esfuerzo y perseverancia por ser médico, una mujer médico, cuando no había ninguna... El hospital era obra suya. También era una mujer casada, aunque Dorothy no creía que muchas mujeres pudieran ser las dos cosas.

«En la salud, la fuerza nerviosa basta para resistir las exigencias normales que hacemos sobre ella. Trabajamos, nos cansamos, dormimos y comemos, y volvemos a estar como nuevos para enfrentarnos a otro día de trabajo. Tras varios meses de trabajo continuado nos fatigamos de un modo distinto: el descanso nocturno, y el día de descanso semanal no son suficientes, necesitamos un cambio de aires..., y un descanso absoluto. Así renovamos nuestras fuerzas y volvemos a estar dispuestos a trabajar.»

Cuando le preguntaron, el médico de los Skinner estuvo de acuerdo con aquello. Afirmó que no creía que los estudios fuesen demasiado para la señorita Wellwood o que no sirviera para dedicarse a la medicina. Consideraba que le hacía falta descansar. Debería volver al campo, leer y pasear, y volver a recuperar las fuerzas. Dorothy tenía los nervios deshechos y le dolía la cabeza. No quería volver a Todefright..., le parecía una especie de derrota. Pero aun así lo hizo.

Violet Grimwith fue a buscarla para llevarla a casa. Le ayudó a hacer las maletas y no hizo preguntas. Sentada en el tren, que salió traqueteando de Charing Cross, en dirección al sur, lejos del humo, Dorothy, que tenía los ojos cerrados para no tener que entablar conversación, trató de pensar científicamente en el amor. Era una enfermedad del sistema nervioso. Tenía alguna relación con el aura que se dice que precede a los ataques epilépticos. No era autoinducido. Era como un choque en el cerebro del que una podía recuperarse.

Era terriblemente indigno.

¿Sería lo mismo que el deseo sexual, que ella no creía haber sentido? ¿Podría experimentarse, casi en abstracto, el deseo sexual? No quería abrazar al doctor Barty,

ni que él la abrazara a ella.

Se había colado en su imaginación, y la había dominado.

Por eso tenía razón la doctora Anderson, la fatiga tiene efectos muy extraños.

Todefright ya no era una casa abarrotada de niños. A Hedda, que ahora tenía quince años, y a Florian, que tenía trece, los habían enviado a Bedales School, donde aprendían agricultura, natación, física, química y a pensar por sí mismos. Robin y Harry (de once y nueve años) asistían cada semana a la escuela preparatoria de Tunbridge Wells. Tom y Phyllis eran los dos únicos bichos raros que todavía no habían dejado el nido. Phyllis había acabado siendo absorbida por las tareas domésticas de Violet. Preparaba pasteles para las excursiones fabianas, y cuellos de encaje para los mercadillos benéficos. Ahora tenía diecinueve años y una belleza pasiva. Tom tenía veintitrés. Llevaba el rubio cabello largo y su ropa estaba raída y desastrada. Se alegró de ver a Dorothy, que apoyó la cabeza un momento sobre su hombro. Olía a arneses de caballo, a piel y a zarzas, con un toque de ajo silvestre. Afirmó que ahora podrían ir a dar paseos, las hojas de los bosques estaban cambiando de color.

Humphry no estaba y Olive se había encerrado a escribir. Sus hijos reconocían el ritmo de su escritura: en las primeras etapas de la historia, podía dejarla de lado y simultanearla con fiestas y excursiones. Luego venían períodos intensos en los que se olvidaba de comer y trabajaba hasta la madrugada. Tom le dijo a Dorothy que se alegraba de verla, porque Olive estaba «hundida», una vieja expresión de la infancia para decir que estaba muy preocupada. No le preguntó a Dorothy cómo estaba, o por qué había vuelto. A ella le molestó que no le preguntara.

Olive tampoco lo hizo. Besó a su hija mayor y dijo vagamente que se alegraba de que Dorothy pudiera pasar unos días en el campo, que según Leslie Skinner era lo que necesitaba. Afirmó: «No seré muy buena compañía. Estoy metida hasta las cejas en una obra de teatro muy complicada, que parece cambiar cada día». Cuando Dorothy llevaba en casa un par de días, Olive bajó a la hora del almuerzo y afirmó que ella y Dorothy debían tener «una pequeña charla». A Dorothy no le apetecía hablar, pero le pareció bien que se ofreciese a hablar.

Resultó que la conversación era sobre Tom. ¿No podría Dorothy descubrir a qué pensaba Tom dedicar su vida? Había empezado a ganar un poco de dinero como ojeador, ayudando en los establos, cosechando o podando los setos. Ella ignoraba lo que quería. ¿Lo sabía Dorothy?

Dorothy quería al doctor Barty, aunque por fortuna la distancia había ido volviendo más abstracto y esquemático su rostro moreno. No tenía la menor intención de hablarle a su madre del doctor Barty.

—Tal vez solo quiera haraganear por ahí —dijo con voz intencionadamente inexpresiva. Luego preguntó, de mujer a mujer, con una perversidad que no creía

poseer—: ¿Te saca de quicio?

—Me preocupa —respondió Olive, con dignidad—. Me gustaría que tuviese un propósito en la vida.

—Comprendo —replicó Dorothy, todavía en tono inexpresivo. La pequeña charla parecía haber llegado a un atolladero.

Dorothy salió a pasear con Tom al bosque, a la casa del árbol. Tom andaba tan deprisa por los senderos que ella apenas podía seguirle. Le mostró cosas, igual que hacía de pequeño: dónde había tejones, dónde había anidado un halcón, dónde había un grupo de setas que se suponía que no crecían en Inglaterra. Hongos mágicos, dijo Tom, con una ironía difícil de interpretar.

Llegaron a la casa del árbol. Seguía estando maravillosamente camuflada con ramas de arbustos y frondas de helecho. Tom la había cuidado —solo, supuso ella—. La dejó pasar primero, encendió un fuego en la estufa y le preparó ceremoniosamente una infusión con hojas de zarzamora que había secado él mismo.

—Duermo aquí, de vez en cuando —dijo. Había una cama con mantas sobre un lecho de helechos secos—. Me gusta el sonido de los árboles y los animales. Los crujidos. El viento que va y viene. A veces, Dorothy, me despierto y creo que no estoy aquí.

—¿Y eso te asusta?

—No. Me gusta. Me gustaría poder desaparecer en el seto, como uno de esos animales a quienes uno no ve, si no se mueven. Como los gorriones de los setos o las polillas. Me gustaría tener la piel moteada como una polilla. Trato de escribir sobre las polillas, pero me temo que no se me da muy bien.

—¿Puedo verlo?

—No.

—Me desmayé —dijo Dorothy—. He vuelto porque me desmayé. En una clase de anatomía. Cuando estaba extrayendo un corazón.

—No sigas. Me da náuseas. Ahora estás bien.

Era una afirmación, no una pregunta.

Dorothy sorbió el herboso brebaje.

—¿Has estado enamorado alguna vez, Tom? —preguntó.

Él frunció el ceño. Sus cejas, pensó Dorothy eran rubias e inocentes. ¿Por qué tenía la sensación de que le faltaba algo?

—Una vez estuve enamorado, durante un mes, creo —respondió Tom—. De una zorra. —Vio su expresión de perplejidad y le aclaró—: ¡Oh!, era una zorra de verdad. Joven, muy graciosa, estaba cubierta de pelo suave y rojo, con una cola muy espesa y el pecho era de color blanco y cremoso. Sabía que la observaba a diario. Se exhibía para mí y hacía cosas muy graciosas, se retorció y saltaba de aquí para allá. Los zorros siempre parece que te sonrían. Pensé que yo era ella, y ella era yo. No sé qué



pensaría ella. Dejó de venir cuando tuvo las crías. No me estoy explicando bien. Fue amor, eso es. —Se hizo un silencio. Era imposible sacar a colación al doctor Barty. Tom añadió—: Leí una historia sobre árboles que andaban. A veces, tumbado ahí, creo que los árboles entran en la casa del árbol, como si la conquistaran...

Dorothy se sintió de pronto muy irritada con Tom.

—Creo que es hora de irse —le espetó.

—Pero si acabamos de llegar.

—Ya he estado aquí tiempo suficiente. No me encuentro bien. Quiero volver.

Le costaba conciliar el sueño. Deambulaba de noche por las habitaciones iluminadas por la luna, sin encender la palmatoria, en busca de algo que comer o leer. Una noche, en el vestíbulo, oyó a alguien, el frufur de unas faldas, unas zapatillas que se deslizaban. Se quedó inmóvil en un rincón oscuro, encogida entre las sombras. Era Olive, con su túnica florida, se acercó al armario donde se guardaban los cuentos de la familia. Llevaba un grueso manuscrito, abrió el armario y lo colocó en su sitio. Luego se marchó sin reparar en su presencia.

Dorothy era la que menos se había interesado por su propia historia, acerca de los erizos que se metamorfoseaban y los inquietantes habitantes de los huecos entre las raíces. Se preguntó por primera vez si Olive seguiría tejiendo cuentos para niños concretos. Abrió la vitrina. Había libros para Robin y Harry. El de Florian era muy grueso. El que Olive acababa de dejar en el armario era el de Tom, cuya historia ocupaba ya una serie de libros a lo largo de todo un estante y empequeñecía las de los demás. Dorothy dudó un momento, y luego sacó su propio libro, con las hadas y las criaturas del bosque en la cubierta. No imaginaba lo que suponía ser escritor y tejer historias. Dio por sentado que la suya habría concluido de algún modo mucho tiempo atrás.

Pasó a la última página.

*Así que Peggy siguió con sus viajes, y vio muchas cosas extrañas y maravillosas, montañas cubiertas de nieve y soleados prados meridionales. Conoció a interesantes extranjeros y viajó en trenes humeantes y relucientes. Por la noche, pensaba en el otro mundo secreto de las raíces del árbol, en sus habitantes, que hablaban con voces extrañas, siseantes o murmuradoras, chillonas o susurrantes. Pensó en los desconocidos a quienes había ayudado cuando se habían quedado enganchados en las espinas, o herido con el hierro frío, en el niño gris y el niño pardo, con sus ojos inhumanos y esquinados. Ellos también la habían ayudado. Habían encontrado cosas perdidas. Le habían cantado. Cuando pensaba en ellos se iban volviendo más tenues y transparentes en su imaginación, retazos y jirones. Pero estaban allí y sabía que siempre lo estarían.*

*Cuando por fin regresó, llevaba una falda larga con el dobladillo bordado que*

*rozaba la hierba y dejaba un rastro en el rocío, mientras se apresuraba hacia el árbol. Le pareció más viejo, lleno de nudos y recovecos. Se arrodilló, miró en el hueco y lo encontró cubierto de polvo, cuando antes siempre había habido escobas dispuestas a barrerlo. Le dio la vuelta a las hojas amontonadas en el agujero, donde hasta entonces había encontrado el abrigo de erizo, que se encogía cuando lo tocaba para que pudiera ponérselo. Seguía allí, rígido y polvoriento. Se agachó, lo recogió y vio que no era —era y no era— su abrigo de erizo. Era un erizo, un erizo de verdad, muerto hacía tiempo y reseco hasta convertirse en un trozo de cuero. En la nariz tenía gotas de sangre y sus brillantes ojitos estaban cerrados.*

*Nada más.*

*Volvió por donde había venido, con su falda larga y pesada, y la brisa entre los árboles era fría y sin objeto, la luz dispersa no iluminaba nada en particular y no cantaba ningún pájaro.*

Dorothy volvió a dejar el libro en su sitio como si le quemara. La psicología no era su fuerte: había decidido ser práctica. No quería pensar en los sentimientos que había detrás de aquel final. Su imaginación se vio invadida por el espíritu no convocado del doctor Barty. Rompió a llorar. Se sentía avergonzada. Corrió a su habitación, se tumbó y lloró. Allí no había nada para ella.

La salvó, aunque ella nunca lo supo, Violet, que envió un recado a Vetchey Manor, por si Griselda estaba allí. Y lo estaba. Al día siguiente, Dorothy la vio aparecer pedaleando por el camino, vestida de rústico tweed. Dorothy acudió despacio a su encuentro —no estaba de humor para correr—. Se besaron.

—Qué mal aspecto tienes. Oí decir que estabas aquí, así que he venido a verte. ¿Estás enferma?

—Me desmayé. Me desmayé en una clase de anatomía. Tenía un corazón en la mano y lo solté y me desmayé. Me sentí muy avergonzada.

—Siempre supe que te lo tomarías demasiado a pecho.

—Me han enviado aquí a descansar.

—¿Y funciona?

—No. No, ni mucho menos.

Entraron en Todefright, y Dorothy preparó unas tazas de té. Griselda dijo que tal vez Dorothy debiera acompañarla a Cambridge.

—¿Te gusta aquello, Grizzel?

—Es un poco irreal, aunque en cierto modo es mejor que si fuese real. Me gusta el trabajo. Me gusta pensar en otras cosas aparte de mí misma.

Dorothy hizo las maletas y fue en tren con Griselda a Cambridge, donde le proporcionaron una habitación de invitados en Sidgwick Hall.

Newnham College era austero, elegante y acogedor. Los edificios eran de ladrillo rojo y ligeramente holandeses, o lo que es lo mismo, domésticos. Había un jardín muy grande y hermoso, con un huerto donde en verano las estudiantes se columpiaban en hamacas mientras leían a Ovidio y a John Stuart Mill. Había un campo de hockey donde jugaban a escondidas (nadie debía verles las piernas bajo las faldas cortas) vigorosos y entusiastas partidos. Había también un campo de cróquet. Estaban en la universidad por un consentimiento tácito: los colleges femeninos no formaban parte de la universidad, y las mujeres, pese a que hacían los mismos exámenes que los hombres, no recibían títulos universitarios. Eran mujeres libres que seguían profesionalmente la vida del espíritu. Los rescoldos de oposición a su presencia desataban en ocasiones violentas polémicas o incluso algaradas hostiles. Se decía que eran una tentación y un peligro para la moral de los alborotados jóvenes que sí formaban parte de la universidad.

Sus tutores y mentores reaccionaban a dicha oposición haciendo gala de una infinita cautela. Las estudiantes debían ir acompañadas a cualquier parte. No podían recibir a hombres que no fuesen sus padres, hermanos o tíos. Había profesores en la universidad que las admitían en sus clases —siempre que fuesen acompañadas— y otros que no. Florence Cain fue la única mujer en una serie de conferencias sobre historia económica en Trinity College, y tuvo que ir acompañada de una de las profesoras de Newnham en una bicicleta. Las mujeres se sentían recatadas y peligrosas, decididas y entorpecidas. Su situación les parecía frustrante y, de vez en cuando, enormemente cómica.

A lo largo de la historia, siempre ha habido comunidades de mujeres, desde las monjas que hacían voto de castidad y a veces de silencio, hasta las mujeres pobres despiadadamente apartadas por las leyes de pobreza. Aquellas mujeres eran distintas. Habían afirmado su deseo —de hecho su necesidad— de utilizar su intelecto, de comprender la naturaleza de las cosas, desde las formas matemáticas hasta las divisas y la actividad bancaria, desde el teatro griego a la historia de Europa. Esta generación, en los primeros diez años del siglo xx, no era tan austera ni tan decidida como la de las pioneras de los decenios de 1870 y 1880. A menudo trabajaban menos y eran más frívolas, y en muchos casos estaban menos convencidas acerca del resultado de lo que estaban haciendo.

Y, como observó Virginia Woolf en un libro que empezó como una conferencia en dicho college, se caían bien unas a otras. Eran amigas. Su amistad se basaba en otras cosas aparte del sexo y las compras, la ropa o los posibles maridos. O, al menos, así era casi siempre.

La vida en un college se regía por pequeños y extraños rituales, en los que se vio incluida Dorothy. Las alumnas vivían en cómodos salones dormitorio, calentados con estufas de carbón que a veces resultaban un tanto imprevisibles, por lo que se hacía

necesario engatusarlas para que se encendieran. Había doncellas que llevaban agua caliente por la mañana y por la noche y lavaban la porcelana. Un hombre se encargaba de recoger y limpiar los zapatos. También les hacían las camas y les preparaban el fuego. Al principio el college había contado con dinero para proporcionar una doncella por cada quince alumnas, pero nadie las quería y el dinero se empleó para ofrecer un vaso de leche esterilizada por la noche a cada estudiante. Eso había dado origen a la costumbre de ofrecer fiestas de chocolate caliente, a menudo a altas horas de la noche. Las invitaciones a las mismas causaban ansiedad, celos, alegrías y otras emociones. Había la curiosa costumbre de «proponer», mediante la cual una de las estudiantes sugería formalmente a otra que dejaran de llamarse señorita Simmonds y señorita Baker y pasaran a llamarse Cicely y Alice. Griselda recibía muchas proposiciones semejantes. Florence, que intimidaba a la gente, menos. A Griselda le disgustaba lo que ella llamaba *schwärmerei* y, sin embargo, la suscitaba a menudo con su aspecto pálido y comedido. Advirtió a Dorothy, en su primera tarde, que encontraría tanto personas orgullosamente independientes como eternas colegialas, y así fue.

Acostumbrada como estaba a la presión del laboratorio y las clases prácticas, a Dorothy le sorprendió la libertad de que gozaban las alumnas como Florence y Griselda. Florence parecía ser en gran parte responsable de sus lecturas y sus estudios, y tenía un tutor que apenas comentaba sus escritos. Griselda, que estaba estudiando idiomas, estaba aún mejor instalada. Llevó a Dorothy a una conferencia de Jane Harrison, la profesora de clásicas que era también todo un personaje público, apasionada, excéntrica, con una buena reputación fuera del college e incluso de Cambridge. Dio la conferencia vestida con una toga suelta negra y una reluciente estola esmeralda, que solía echarse por encima con un gesto parecido al de Loïe Fuller, con quien también coincidía en el uso teatral de proyecciones de linterna mágica, a partir de fotografías y dibujos de tallas y vasijas griegas. La conferencia trató de espíritus, duendes y espectros. De sirenas, raptos y ángeles de la muerte, hombres con pies de pájaro que devoraban mujeres, y gorgonas de ojos malévolos. Tuvo el extraño efecto de hacer que Dorothy sintiera ganas de volver a los laboratorios, en parte al menos porque la señorita Harrison le recordaba a su madre. Muchas alumnas, le explicó Griselda, estaban enamoradas de la señorita Harrison y se daban codazos por sentarse con ella en el refectorio. Se decía que era una excelente tutora para aquellas a quienes consideraba dignas de atención.

Griselda, Florence y Dorothy pasearon junto al río e hicieron una excursión en bote. Hablaron del rumbo que estaban tomando sus vidas. Griselda afirmó que casi deseaba pasar el resto de su existencia en aquel college..., sobre todo porque allí tenía vida propia y hacía lo que le apetecía, que era pensar en una especie de versión alemana de lo que estaba haciendo la señorita Harrison. Quería estudiar la relación

entre los cuentos de hadas y las religiones, averiguar de qué modo variaban y se repetían los cuentos concretos, digamos como *La Cenicienta*.

—¿Y solo por eso —replicó la lúgubre Florence, sentada en la popa del bote y dejando que el agua del río corriera entre sus dedos— estarías dispuesta a alimentarte el resto de tu vida de piernas de cordero quemadas y sanguinolentas y de ciruelas pasas?

—No quiero tener una casa y criados y verme obligada a encargar piernas de cordero y ciruelas pasas o frescas. No es suficiente.

—¿Acaso esto lo es? ¿Con todas estas mujeres tan serias y esas muchachas tímidas y el artificio de un mundo sin hombres?

—Tú no tienes de qué preocuparte —dijo Griselda—. Estás prometida en matrimonio.

En su fuero interno, sentía curiosidad por la aparente capacidad de Florence de olvidar aquel detalle. Florence afirmó que eso también tenía sus inconvenientes. Siguieron navegando en silencio.

—Lo cierto es que las mujeres como nosotras..., las mujeres en que nos hemos convertido..., no podemos pasarnos sin los hombres, y tampoco estamos hechas para vivir con ellos en el mundo tal como era. Y, si nosotras cambiamos y ellos no lo hacen, estaremos perdidas. Seremos unos monstruos desdichados, como Viola en *Noche de Reyes*, o las arpías y gorgonas de la señorita Harrison. ¿No creéis que puede ser dañino pasar por alto el instinto sexual? ¿No os parece que, después de veinte años estudiando *La Cenicienta*, una puede acabar obsesionada por la idea de los niños que nunca tuvo?

—Es muy probable —dijo Griselda, levantando un remo goteante y dejándolo suspendido en el aire para dejar que el bote flotara arrastrado por la corriente—. Pero después de veinte años de parir hijos y estar encerrada en una casa también podría acabar obsesionada por la idea de *La Cenicienta*.

—No dices nada, Dorothy. ¿Es que no te imaginas casada y enamorada?

Dorothy recordó la imagen mental que tenía del doctor Barty. Había perdido gran parte de su sustancia desde que estaba en Newnham. Comprendió que lo que había desaparecido era, precisamente, su parte sexual. Lo único que quedaba era una sonrisa como la del gato de Cheshire. Se agachó cuando el bote se deslizó debajo de un sauce llorón entre una estela de hojas caídas.

—Creo que es mejor suponer que eso no sucederá —dijo—. Aunque nadie sabe lo que pasará. ¿Creéis que conseguir el voto serviría de ayuda?

—Eliminaría una de esas diferencias infinitamente humillantes entre el hombre y la mujer. Haría posible, en un mundo nuevo, que los dos sexos conversaran entre sí, como personas. De momento, la agitación solo está sirviendo para que las mujeres se vuelvan más femeninas y los hombres más gruñones y masculinos. Por supuesto que

deberíamos tener derecho al voto. Pero no sé si conseguir el voto afectará a las cosas que me preocupan. —Griselda hizo una pausa—. En cambio, escribir un buen libro sí podría conseguirlo. O si tú inventaras un nuevo procedimiento quirúrgico, o descubrieras un medicamento.

—¡Ah! —exclamó Florence—. Las mujeres tenemos que ser extraordinarias, no podemos hacer las cosas sin más. Tenemos que sacar mejores notas que el primero de la promoción y aun así no nos dan un título universitario.

Griselda rozó elegantemente el agua, el bote viró y volvieron al té, los pastelitos glaseados y las magdalenas. Dorothy sintió una súbita necesidad de volver a Londres y a los laboratorios.

En 1906 hubo elecciones generales. El resultado fue una victoria arrasadora de los liberales: salieron elegidos cincuenta y tres laboristas, de los cuales veintinueve eran socialistas confesos. Se produjo una violenta y oscura discusión sobre la naturaleza de la Cámara de los Lores. John Burns, el obrero, entró en el gobierno. Al arisco y pugnaz Lloyd George lo nombraron ministro de Hacienda. H. G. Wells, también arisco y pugnaz, ingresó en la Sociedad Fabiana y pronunció una conferencia sobre los defectos de los fabianos. Los hijos fabianos de los fabianos formaron lo que llegó a conocerse como la Guardería Fabiana, llena de hombres jóvenes animosos e idealistas y mujeres decididas. Se fundaron campamentos fabianos, con conferencias, discusiones y ejercicio físico. Dorothy y Griselda asistieron de vez en cuando a las reuniones de la Guardería. Charles/Karl viajó a Alemania y fue de Múnich a Ascona, donde contempló a las jóvenes alemanas más radicales bailar desnudas, discutió sobre el vegetarianismo y comprendió que la anarquía era imposible. Ese año le arrojaron al rey de España y su novia inglesa en el día de su boda una bomba que mató a veinte personas. Charles/Karl se quedó horrorizado, tanto por el odio y la desesperación que habían motivado el atentado como por la pérdida indiscriminada de vidas. En enero de 1905, en el Domingo Sangriento, las tropas rusas habían masacrado a los obreros que habían ido a exponerle sus peticiones al zar, y, en febrero, el cruel gran duque Serguéi voló por los aires con su carruaje cuando un joven revolucionario le arrojó una bomba. Charles/Karl acabó de decidirse y se matriculó en la London School of Economics para estudiar, bajo la dirección de Graham Wallas y J. A. Hobson, las causas y estructuras de la pobreza. Sabía que no podía matar a nadie, y había llegado a convencerse de que aquel no era el camino. Así que se afilió a su vez a la Sociedad Fabiana y asistió a los campamentos.

Julian Cain también estaba haciendo trabajo de posgrado, tratando de perfilar el asunto de su tesis sobre la pastoral inglesa en el arte y la literatura. También él se unió a los fabianos, en compañía de hombres más jóvenes como Rupert Brooke y James Strachey.

El impulsivo Wells publicó una extraña obra de ficción, *En los días del cometa*,

en la que, en un futuro inmediato, el campo magnético de un cometa al pasar cerca de la Tierra cambiaba por completo la naturaleza sexual de la raza humana, que se volvía simultáneamente promiscua, sin sentido de culpa y se mostraba dispuesta a criar a los hijos a expensas del Estado en guarderías comunitarias. Los libros más apreciados, no obstante, seguían siendo los libros infantiles. E. Nesbit publicó *Los niños del ferrocarril*, en el que el padre de los niños era encarcelado por error, y tenía relación con los liberales rusos. Publicó también *La historia del amuleto*, el primer libro en que unos niños podían —gracias a un amuleto encontrado en una tienda de trastos viejos— visitar el pasado remoto. Un pasado remoto que cobró vida como por ensalmo a la vez que la tierra inglesa en el libro de Rudyard Kipling *Puck, el de la colina Pook*, ambientado en Sussex, y repleto de cuentos de hadas y magia subterránea.

A Humphry le divirtió y complació la rehabilitación final del capitán Alfred Dreyfus, que, pálido, transparente y algo hierático, recuperó su cargo en el ejército francés.

Olive estaba escribiendo. Escribía la obra de teatro, en colaboración con August Steyning. Probaron una y otra trama, elfos y niños robados en la cuna, Grimm y lady Wilde. Hasta que un día Olive asaltó la vitrina y llevó a Nutcracker Cottage los libros que contenían el interminable cuento subterráneo. Dijo, dubitativa, que por supuesto era largo, demasiado largo, pero contenía cosas que..., Steyning vería que...

Steyning se puso exultante de alegría. Eso era lo que necesitaban. Minas, sombras, un viaje, seres sobrenaturales, una reina buena y otra mala, una sucesión de criaturas mágicas, el gathorn... Lo había escrito como si hubiera tenido presentes sus habilidades para la escenografía..., su uso de la iluminación. Y Anselm Stern y Wolfgang se consagrarían a los efectos especiales y a crear aquel mundo. Escribieron, hablaron y volvieron a escribir a lo largo de todo el año 1906.

A finales de ese año Tom fue al bosque y descubrió que un guardabosques había echado abajo la casa del árbol. Era un bosque público y tenía a aquel hombre por su amigo. Pero ahí estaba la casa del árbol, convertida en un montón de troncos y ramas, incluso aquellas que habían servido para sujetarla y ocultarla. Todo lo que contenía —la estufa, sus escritos, tal como estaban, la colección de Dorothy de pieles y huesos de conejo y pájaros— había desaparecido. Igual que su saco de dormir, su taza y sus cuchillos. Su taburete de madera estaba hecho astillas junto al montón de troncos.

Tom tenía unas creencias muy simples, una de las cuales consistía en no cogerle apego a las cosas. Los demás animales no lo tenían. Había adquirido la costumbre de vestir siempre la misma ropa hasta que se hacía jirones —aunque, de vez en cuando Violet se la llevaba, la lavaba y se la devolvía—. Comprendió que aquellas cosas no eran posesiones, eran —o habían sido— parte de sí mismo.

No tenía a quién contárselo. Pensó en viajar a Londres para explicárselo a

Dorothy, y luego pensó que no serviría de nada. No sabía si Dorothy había vuelto a pisar la casa del árbol desde que le contó lo de la zorra, cosa de la que luego se había arrepentido como si hubiese traicionado a la zorra o a sí mismo.

Se quedó muy quieto un rato, como si estuviera en un cementerio, contemplando los pálidos tablones, los helechos y el musgo que crecía en las ramas.

Una sombra cubrió el sol y el aire se volvió frío. Tom dio media vuelta y se internó en el bosque.



**E**n febrero de 1907, Hedda Wellwood tenía diecisiete años. Estaba de vuelta en Todefright, tras abandonar Bedales School con unas notas pasables, aunque no brillantes. No sabía qué hacer, y tanto Humphry como Olive estaban demasiado atareados para ayudarla. Humphry estaba profunda y deliciosamente implicado en la crisis de la Sociedad Fabiana, ocasionada por las imperiosas ambiciones de H. G. Wells, y también estaba enamorado del teléfono —acababan de instalar uno en las oficinas de la Sociedad Fabiana, y estaba considerando seriamente la posibilidad de instalar una línea privada en Todefright. Casi un cuarto de los miembros de la Sociedad Fabiana eran mujeres y Humphry sugirió a Hedda que asistiera a las reuniones de la guardería, más revolucionaria y anárquica que el grupo de sus padres. Olive, que estaba escribiendo más que nunca —y además en colaboración con Steyning y los Stern—, observó vagamente que había pensado que Hedda solicitaría el ingreso en Newnham o la London School of Economics. Hedda frunció el ceño y respondió que tenía derecho a meditarlo un tiempo. Violet replicó que, mientras se lo pensaba, podía ayudarla con las tareas domésticas, igual que hacía Phyllis. Hedda se puso el abrigo y el sombrero y respondió que iba a Londres a ver a unas amigas.

Las amigas de Hedda eran obreras consagradas a la causa del voto femenino. Había descubierto el Sindicato Social y Político Femenino y acudía a su nuevo cuartel general en la taberna Clement's, junto al Strand, donde ayudaba escribiendo cartas, haciendo carteles y recaudando fondos. Olive, como muchas mujeres de éxito de la época, y a pesar de sus simpatías fabianas, no prestaba mucha atención a la agitación en pro del voto, aunque, a diferencia de Beatrice Webb, nunca había sido tan estúpida como para apoyar las peticiones en contra, organizadas por la señora de Humphry Ward y otras mujeres. Dorothy, Griselda y Florence querían que las mujeres pudiesen estudiar y trabajar en lo que quisieran, pero no creían que el voto fuese una puerta automáticamente abierta a la libertad intelectual y financiera. Hedda se llamaba así por una heroína de Ibsen cuya vida desmedida acaba siendo sacrificada en nombre del absurdo. Era imaginativa y, como descubrirían después, tanto ella como los demás, también colérica. Las agitadoras sabían quiénes eran y lo que tenía importancia para ellas. Y para Hedda también la tenía.

El WSPU había organizado manifestaciones ante el Parlamento en 1906, cuando se supo que el rey no había dicho nada en su discurso acerca del sufragio femenino. Cien mujeres invadieron la Cámara de los Comunes y lucharon con botas y paraguas para tener acceso a la Cámara. La policía las rechazó —con considerable rudeza— y

se las llevó de allí desaliñadas dejando un rastro de alfileres de sombrero, horquillas para el pelo y sombreros. Arrestaron a diez mujeres que se negaron a pagar ninguna multa y fueron encarceladas. Cuando salieron, las demás mujeres acudieron a festejarlas. Hedda se conmovió mucho con aquello. Ahí había algo que tenía importancia, una lucha, una causa, un modo de convertirse en una flecha decidida.

Al principio, se limitó a ayudar en las oficinas. El 9 de febrero de 1907, el menos beligerante Sindicato Nacional de Sociedades Femeninas en Pro del Sufragio organizó una marcha de un Parlamento Femenino a las Casas del Parlamento. Se formó una enorme reunión de mujeres, de cuarenta sociedades sufragistas, incluyendo muchas venidas del norte y el centro de Inglaterra. Asistieron muchas damas elegantes en landós y vehículos a motor. Iban vestidas de negro y portaban pancartas.

Hacía un tiempo horrible. Caía una espesa lluvia que se arremolinaba con las rachas de viento helado. Las faldas de las mujeres, ricas y pobres, acabaron empapadas y sucias, el frío aguanieve hacía que les ardieran las narices y las mejillas. Había barro pegajoso en los parques, en el arroyo y en las calles, donde se mezclaba con el estiércol de los caballos. Siguieron adelante, contándose por miles. Se empleó contra ellas a la policía montada. Cargaron contra las mujeres en las aceras, las empujaron y derribaron entre los cascos de los caballos y las ruedas. Ellas siguieron adelante.

Hedda se sintió igual que en el campo, cuando hacía mal tiempo. Primero, agachas la cabeza y tratas de proteger las partes que siguen secas debajo de la ropa húmeda. Luego, a medida que la humedad va calando y los dedos de las manos y los pies se enfrían y se adormecen, alzas la cabeza, abres la boca y te bebes los vientos, saboreando el aire y el agua. Aquello se conoció como la Marcha del Barro. Hedda era joven y fuerte. Un policía la empujó. Ella le dio una patada con la bota puntiaguda. El hombre cayó en el barro. Hedda se ensució de sangre.

Aprendió a hablar en las reuniones. Asistió a un mitin en Sutton donde alguien vació un saco de ratas vivas entre el público. Se lanzaron objetos, hortalizas y huevos podridos, a las oradoras les soplaron guindilla molida con fuelles. La oposición era implacable, ingeniosa y más fuerte que la mayoría de las mujeres. A veces les quitaban la silla a los oradores. Había hombres en los mítines que cogían a mujeres respetables de los pechos, o les acercaban bocas que apestaban a cerveza a la cara con la excusa de que se lo habían pedido ellas.

Hedda tenía miedo. En parte la excitaba sentir miedo. Así estaba segura de estar viva y de que la vida tenía sentido, cosa de la que siempre había dudado hasta entonces. Pero el temor era muy real y se volvió más intenso a medida que fue comprendiendo, y viendo, lo real que era el peligro de acabar malherida o algo peor. Ella misma se remendaba los vestidos desgarrados, no quería que Violet le hiciera

preguntas. No le decía a su familia adónde iba. Pensaban que estaba pegando sellos o recaudando fondos.

Prosiguieron las discusiones y de vez en cuando se convocaban manifestaciones y otras acciones sobre la condición de las mujeres y la situación de los pobres. En Cambridge, en 1907, un joven e idealista estudiante de Trinity, Ben Keeling, resucitó los Jóvenes Fabianos de Cambridge. Fue un hecho notable por tratarse de la primera sociedad universitaria que admitió tanto a hombres como a mujeres en sus filas. Keeling era socialista e invitó a hablar a Keir Hardie, sindicalista y feminista. Engañó a una rugiente multitud de jugadores de rugby de la universidad empleando dos dobles con barba y corbata roja. Tenía un cartel en su habitación con los trabajadores del mundo avanzando con el puño cerrado. La inscripción decía: «Adelante, el día se acerca». Una mujer de Newnham, Ka Cox, era la tesorera, y las alumnas de Newnham no solo iban a escuchar, sino que también daban interesantes conferencias. Amber Reeves, hija de William Pember Reeves, que pronto sería el director de la London School of Economics, pronunció un formidable discurso proclamando la relatividad de la moral y su simpatía con los ladrones de bancos y los terroristas rusos. Era una mujer segura de sí misma, muy guapa e inteligente.

Graham Wallas, perteneciente a la vieja guardia fabiana, que había dimitido debido a unas diferencias de opinión sobre el librecambismo y había apoyado — aunque con ciertos reparos— los intentos de H. G. Wells de conmover y reformar la Sociedad Fabiana, fue a pronunciar una conferencia. Era profesor de Charles/Karl en la London School of Economics y este le acompañó. Wallas habló de los aspectos irracionales de la naturaleza humana en la política: el instinto del rebaño y la ebullición del subconsciente en los grupos y las multitudes. Sigmund Freud, el explorador de las profundidades del subconsciente, apenas era conocido en Cambridge. *La interpretación de los sueños*, con sus afirmaciones de que los niños querían matar a sus padres y casarse con sus madres, se había publicado en alemán en 1900, pero aún no se habían agotado los seiscientos ejemplares de la tirada. Charles/Karl sabía de su existencia, porque había conocido al desmedido y anárquico psiquiatra Otto Gross, que predicaba a Pan y a Eros entre las bacantes de Múnich en el monte de la Verdad, en Ascona. La Sociedad de la Investigación Física, refugio de psicólogos serios y de espiritualistas necesitados, había reparado en el *Traumdeutung*, convencida de que el trabajo de Freud sobre los sueños era una nueva forma de explorar el alma, y tal vez el alma común a la que todo el mundo debería tener acceso. Lo irracional se mezclaba con lo racional que lo aprehendía con alegría, aprensión y, en Cambridge, ingenio.

En el trimestre de verano, los Jóvenes Fabianos de Cambridge decidieron invitar a Herbert Methley para que diera una conferencia. Querían que hablase de las relaciones entre los sexos. Wells estaba tratando de recuperar la respetabilidad tras

*Una utopía moderna* y *En los días del cometa*, negando haber defendido jamás «eso tan desagradable que se conoce como “amor libre”...», una especie de utopía de libertad rijosa..., antítesis absoluta del parentesco regulado al que aspiran los socialistas». Methley estaba escribiendo columnas en revistas bajo el seudónimo de «Wodwose», acerca de la necesidad de un nuevo paganismo, de un comportamiento «natural», de la «espontaneidad» y de prestar «la atención adecuada a la fuerza vital». Escribió relatos breves sobre las sacerdotisas de Gaia, que entendían a la vieja diosa Cton. (Mantenía correspondencia con Jane Harrison sobre el particular.)

Habló a los Jóvenes Fabianos de Cambridge sobre «Las convenciones de la novela». Era un título lo bastante inocente para pasar la mirada crítica de los censores. Habló en un Salón de Conferencias Literarias en Trinity Street. Julian Cain fue a oírlo, con otros Apóstoles, incluyendo al apuesto Rupert Brooke, del King's College, que era un fabiano entusiasta. Allí se encontró con su hermana, Florence, ataviada con un elegante vestido azul, y con Griselda Wellwood vestida de gris plata, aparte de las demás habituales de Newnham. Charles/Karl también asistió, pues había ido a visitar y acompañar a Griselda, cosa que podía hacer, como hermano mayor y licenciado. Todos estaban invitados a cenar después de la conferencia en las habitaciones de Brooke, donde podrían discutir de manera más informal. Los libros de Methley estaban censurados: necesitaba comportarse de forma circunspecta en público.

Habló con mucha inteligencia acerca del modo en que las convenciones de la novela reflejaban las actitudes convencionales de la sociedad. En la novela todo debía acabar con una boda..., y esto seguía siendo así, pese a que grandes novelistas nos habían demostrado ya que la vida, y el amor, sobre todo el amor, iban más allá del matrimonio y no estaban circunscritos a él. Afirmó que la gente joven e inteligente que leía novelas se daba cuenta —a medida que transcurrían sus vidas— de que el mundo real no acababa de corresponderse con el descrito por las novelas o por las creencias sociales convencionales. Por un lado, las señoritas allí presentes sin duda no creían que su mera presencia y existencia fuese una provocación intolerable para los jóvenes a menos que fueran acompañadas. Por otro lado, los jóvenes caballeros tampoco estaban dispuestos a convertirlas en ídolos, o diosas o visiones de la perfección. Habían ido allí a hablar con ellas, como era justo y lógico. Eran adultos a cargo de sus propias vidas.

Y luego cambió de tema de un modo sutil y desconcertante. A medida que fuesen envejeciendo, dijo —«yo apenas tengo unos años de ventaja en cuanto a experiencia y observación»—, repararían en que sabrían, sentirían y observarían toda clase de cosas: matices de sentimientos delicados, extrañas apreciaciones sociales, gérmenes de actitudes y problemas que no aparecían en las novelas. Debía aludir a los sentimientos sexuales, porque lo contrario no sería honesto. El personaje de una

novela debía poner en un beso casto y reverente unos sentimientos que surgían del subsuelo y que en la novela, y tal vez en la vida, tenían que ser reprimidos. Uno aprendía, como lector, a reconocer descripciones codificadas —como quitarse un guante, y no digamos una media—, que simbolizaban mucho más que esos actos tan sencillos. Siempre le había sorprendido que a las damas cultas o inteligentes se las llamase «empollonas». Pues la palabra —una palabra en sí misma preciosa y encantadora— hacía que la gente pensara precisamente en lo que no debía pensar, en una parte del cuerpo humano, con toda su belleza y energía.

Había dicho que debía aludir a los sentimientos sexuales. Pero dar la impresión de que eran los únicos sentimientos, o los más poderosos, también sería erróneo. Las mujeres de las novelas eran santas, pecadoras, esposas, madres. A veces eran actrices. Nunca eran políticas, directoras financieras, médicos o abogadas, aunque podían ser artistas de esas que George Eliot llamó «de las que se tapan los ojos con la mano». Y, sin embargo, las mujeres modernas sentían en su interior la pugna por sacar a la luz a la médico, la banquera, la profesora, la política y la filósofa que llevaban dentro. Había más vida subterránea, cerca de la superficie, que se abría paso a tientas por los túneles y galerías, como las raíces que se mueven como animales. Y, si esas energías llegaban a aflorar a la superficie, había mujeres amargadas como la Duquesa o la Reina Roja de *Alicia* esperando para volver a enviarlas bajo tierra con sus mazos y amarrarlas con aros de hierro, como decía Blake, o, por cambiar de metáfora, para replicar como le dijo el bufón al rey Lear cuando gritó: «¡Ay de mí! ¡El corazón, se me eleva el corazón! ¡Pero abajo con él!»:

Tú grítale, abuelo, como aquella cocinera que metía las anguilas vivas en la masa, les zurraba en la cresta con un palo y gritaba: «¡Abajo, rebeldes, abajo!».

La supresión de los sentimientos naturales, afirmó Methley, acababa afectando al cuerpo y al alma. Y apartarlos de la consideración de los novelistas, afectaba a la novela, la infantilizaba y convertía la buena ficción en una mala mentira.

Las habitaciones de Rupert Brooke eran mucho más elegantes que los dormitorios de Newnham, y tenían un deliberado descuido. Los asistentes a la cena fueron unos cuantos apóstoles y algunos fabianos, incluyendo a algunas señoritas de Newnham. Bebieron jerez y discutieron nerviosamente la conferencia.

«Rupert Brooke debe de ser —pensó Julian— el hombre más guapo de Cambridge.» Todos sus rasgos guardaban exactamente las proporciones adecuadas entre sí, el ceño, la barbilla, los labios, los hombros, la cintura, las piernas largas. Su piel era blanca como la leche y sus ojos —de largas pestañas— eran pequeños y de color gris azulado. Llevaba el cabello largo y peinado con raya al medio y

constantemente se lo echaba hacia atrás. Era rubio y brillante, con algún que otro reflejo zorruno y bermejo. No miraba mucho a los ojos. Su voz no era tan encantadora como su rostro..., resultaba aguda, demasiado leve, un poco chillona. Los alumnos del King's College iban cayendo uno tras otro a sus pies, aunque él apenas parecía darse cuenta. La Sociedad lo había elegido, pensaba Julian, por su parecido con una estatua griega —lo deseaban—, y dentro de la tendencia a admitir a miembros cuyo interés radicaba más en su encanto que en sus capacidades intelectuales. A Julian no le resultó atractivo. Hacía demasiados esfuerzos por caer bien, era excesivamente amable.

Sin embargo, su presencia sirvió para que Julian pensara de forma crítica en el resto de los apóstoles. Los más serios eran sencillos, nudosos y torpes, y por encima de todo, lívidos, como los animalillos que pululan al levantar una piedra, pensó Julian. Era como si estuviesen descoloridos. Julian consideró la metáfora de Herbert Methley de las raíces pálidas que empujaban a ciegas en la oscuridad, y miró los dedos largos e inertes de Strachey y los hombros encorvados de los otros estudiantes. Eran famosos en aquel mundo, pero temerosos fuera de él. Había momentos en los que se decía que ya estaba harto de tanta seriedad y rijosidad. Él era medio italiano. Necesitaba vino tinto y queso curado, no tortitas con miel.

Le dijo sinceramente a su hermana que las alumnas de Newnham hacían que la reunión fuese mucho más interesante. Florence le preguntó qué opinaba de la conferencia, y Julian repuso que Methley era un maestro de las metáforas enrevesadas. «Pero tiene razón», replicó Florence. Cruzó la sala hasta el lugar donde el escritor estaba respondiendo a unas preguntas, y dijo, con mucha claridad que, en su opinión, había dicho cosas que hacía falta decir.

Methley le tendió ambas manos. Eran finas, morenas y fuertes y sujetaron con fuerza a Florence con un gesto educado.

—Muchísimas gracias —dijo y después añadió—: La recuerdo. Vino usted a la conferencia que di en Puxty y escuchó. A los conferenciantes nos gusta ver un rostro comprensivo. Esta es la segunda vez.

No añadió que un rostro comprensivo se valora mucho más cuando es joven, femenino y hermoso. Pero su mirada lo daba a entender. Florence se ruborizó y luego volvió a palidecer. Le preguntó por una de sus novelas.

Cuando sirvieron la cena, Julian vio que lo habían sentado junto a Griselda Wellwood. Descubrió que, al igual que él, estaba pensando en consagrar su vida a la erudición.

—¿Qué te gustaría estudiar? —le preguntó.

—Soy medio alemana. Me gustaría estudiar los cuentos de hadas alemanes. Ya han sido muy estudiados, como ejemplos de una antigua religión germánica, la vida del *Volk*, remontándose a las fuentes arias y demás. Pero eso no es lo que me interesa.

Lo que me interesa en realidad es el modo en que los cuentos de hadas no son mitos. El hecho de que haya tantas versiones diferentes, cientos, del mismo cuento, pongamos *La Cenicienta* y *Catskin*, y de que todas sean a la vez idénticas y diferentes. Creo que siguen una especie de reglas y me gustaría averiguar cuáles son.

A Julian le interesó aquello.

—¿Qué reglas? —preguntó.

—A mí me parecen mosaicos policromados, con teselas separadas que encajan entre sí. ¿Por qué la madrastra siempre dice que la heroína ha dado a luz a un monstruo? ¿Y por qué el rey ordena que le corten las manos, se las cuelguen del cuello, la metan en un bote y la empujen a alta mar? ¿Y por qué las manos vuelven a crecer en su sitio? —Julian se estremeció de forma cómica. Dijo que todo parecía muy sanguinario, y que los que afirmaban que no había que contarles cuentos de hadas a los niños tenían razón—. Ese es otro aspecto que quiero estudiar. No creo que los verdaderos cuentos de hadas den miedo. Tengo la impresión de que uno acepta las reglas. Suceden en un mundo cerrado, que no es el mundo real y donde en realidad nunca cambia nada. Las brujas siempre son castigadas, y las niñas que cuidan de las ocas se convierten en princesas, y se recupera lo perdido.

—No sé. De mocosos me horrorizaban los ojos clavados en las espinas, o los muertos empalados en la cerca que rodeaba la colina de cristal, o la bruja en su barril repleto de uñas.

—¿Y no sería una especie de horror alegre? En cambio, los cuentos de H. C. Andersen hacen daño al lector. *La sirenita* andando sobre cuchillos y quedándose sin lengua.

—¿Así que crees que te instalarás en Newnham e investigarás los bosques mágicos y los castillos y la espuma de mares procelosos?

—No consigo decidirme. A veces creo que un college femenino es como la torre en que encerraron a Rapunzel, o incluso la cabaña de paredes de galleta. No quiero volverme irreal. ¿Entiendes a lo que me refiero? Creo que para los hombres es distinto.

—Tal vez no tanto. Estoy haciendo una tesis sobre la pastoral inglesa..., quiero comparar a los poetas y los pintores. Mi intención es estudiar el mundo de *La reina de las hadas* y la obra de los pintores que se inspiraron en William Blake. ¿Conoces a Samuel Palmer?

—Me temo que no.

—Pinta unas gavillas casi mágicas entre las que se cuele una luz dorada. Campos ingleses. Seductores. Encantadores. Inocentes. Si tú eres medio alemana, yo soy medio italiano, y a veces tengo la impresión de que ese college es sencillamente la apoteosis del colegio privado..., es como un pastel glaseado, y en el que nos sentamos como..., como... —La imagen que se le ocurrió eran ratas y ratones

hechizados, pero no supo el porqué, y se lo calló. Dijo—: como si fuésemos conejillos de indias.

—¿Conejillos de indias? ¿Y por qué, si puede saberse? —se rió Griselda.

—No lo sé. O sí: porque estamos encantados de estar en nuestras jaulas.

Se sonrieron. Griselda era delgada y sinuosa. Su semblante era pálido, y también lo eran sus pestañas, y su cabello dorado, tan modestamente peinado. Pero, a pesar de estar a oscuras, no era lívida, como los apóstoles-raíces. Tenía una cintura muy hermosa. Era mucho más guapa que el rosado, dulce y hermoso Brooke. De pronto recordó que había nadado desnudo con ella, en el campamento en el New Forest, años atrás, y no se había fijado en ella, porque estaba obsesionado con Tom.

—Hay un caballero anciano que trabaja en el Museo Fitzwilliam y tiene una colección de cuadros de Samuel Palmer. Y de Edward Calvert. Me gustaría enseñártela. Podrías venir con Florence, así todo sería correcto.

—Es raro que tengamos que ser tan correctos, cuando nos conocemos desde hace tanto tiempo. Resulta muy estúpido.

En el ardiente mes de junio, unas semanas después de la conferencia de Methley, Charles/Karl metió su bicicleta en un tren en Charing Cross, se apeó en Rye, y pedaleó a través de la marisma de Romney, pasó East Guldeford, Money Penny, y la región de Broomhill Level, desviándose entre diques y canales, viendo dar vueltas a los chorlitos y oyendo graznar a los gansos y el chapoteo de los peces. Pedaleó junto a Jury's Gut en dirección a Pigwell, bordeó las charcas de Midrips y los campos de tiro del ejército. Llegó a una casa aislada, con un jardín florido pero batido por el viento, y un cartel donde decía «Birdskitchen Corner». Era un viejo edificio de ladrillo con un porche y una playa cercana. El césped era pequeño, irregular y estaba un poco reseco. Había una niña pequeña jugando en él, entre tazas de porcelana, platos y bandejas, y un círculo de muñecas y animales sentados. Tenía el cabello largo y castaño y la carita limpia. «Si eres bueno —le dijo a un tejón de peluche—, podrás tomar dos rebanadas.» Sirvió agua de la tetera y le dio unos dientes de león. «Aunque nunca te portas bien», dijo, y vio a Charles/Karl.

—Hola, Ann —dijo Charles/Karl.

Ella se puso en pie, dio media vuelta y echó a correr en dirección a la casa. Volvió a salir, seguida de Elsie que se limpiaba los dedos cubiertos de harina en el delantal.

—Pasaba por aquí —dijo sonriendo con cautela.

—Es raro que la gente pase por aquí, teniendo en cuenta que, en realidad, el camino no lleva a ninguna parte.

—Le he cogido cariño —respondió él—. Y me gusta pedalear por él.

—Siéntate —le ordenó Ann—. Y te daré té y un trozo de pastel.

—¿Puedo? —le preguntó a Elsie.

—Creo que sí —repuso ella.



Así que se sentó en el banco y le sirvieron una taza azul llena de agua clara y un plato rosado con dos dientes de león y una margarita.

—Qué tazas y platos tan bonitos —observó Charles/Karl.

—Se los hace Philip. Bueno, no: ahora que los veo, tienes un platito que hice yo hace muchos años.

Guardaron silencio un instante. Él echó mano al zurrón y sacó un paquete envuelto en papel verde, y atado con una cinta, que le entregó a Ann. Ella lo abrió. Era un libro de canciones infantiles con unas ilustraciones preciosas. Ann se lo llevó al pecho y le dijo a Charles/Karl:

—Ya sé leer, ¿sabes?, sé leer sola.

—Es cierto —corroboró Elsie—. Le he enseñado yo. —Añadió—: Puedes quedarte a cenar, si quieres. Hay suficiente bacalao para los tres, con salsa de perejil y patatas.

—Me apetece.

Entraron, se sentaron a la mesa y hablaron tranquilamente con y de Ann.

—¿La señora Oakeshott está fuera?

—Ha ido a una conferencia en Hythe. Y Robin ha salido con un amigo. Si no hubieses venido, habríamos estado solas y en paz.

Elsie era maestra en prácticas en la escuela de Puxty. Ganaba un poco de dinero, y vivía en una parte de la casa de Marian Oakeshott. Charles/Karl, después de alabar lo jugoso que estaba el pescado, y el sabor de la salsa, preguntó si el trabajo era tan interesante como pensaba.

—Es interesante —respondió Elsie—. Es bueno que te necesiten y ver cómo se les ilumina la cara a los niños cuando aprenden a leer. Pero no estoy satisfecha. No sé si llegaré a estarlo algún día.

—No sé por qué me gusta tanto ver esa expresión de enfado en tu cara. Fue en lo primero en que me fijé: una especie de descontento constructivo.

—Pues no creo que cambie.

—No sé...

Elsie se levantó de pronto de la mesa y empezó a lavar los platos. Charles/Karl cogió un trapo y los secó. Ann se quedó dormida en el sofá. Salieron y volvieron a sentarse en la playa, junto al porche, mirando los lechos de espadañas y las franjas de guijarros.

—Eres la única persona del mundo con quien me siento cómodo —dijo él—. Pese a que seas tan quisquillosa e insatisfecha.

—A mí también me gusta estar contigo. Pero esto no va a ninguna parte. Aquí termina el camino. Lleva a los guijarros y se acaba.

—Me gustaría poder verte más..., estar contigo. Eres buena para mí.

—Yo no soy buena más que con Ann. Y los niños en la escuela, supongo. Cometí

un error, don..., Karl..., y no pienso cometer ninguno más.

—No tiene por qué ser así.

—No sabes cómo fue. Hice lo que hice y pagaré las consecuencias. Tengo buenos amigos. Tú y yo..., es como tomar el té en un sitio imaginario, como cuando Ann te dio agua y flores. Procedemos de dos mundos muy distintos que no pueden mezclarse.

—Yo no creo en eso.

—A mí me parece que sí. Jamás podrías llevarme a casa con tu encopetada familia..., no te engañes a ti mismo, no podrías. No estamos hechos el uno para el otro.

Charles/Karl respondió rodeándola con sus brazos y apretándola con fuerza. No sabía que iba a hacer aquello. Sus cabezas se rozaron.

—Te quiero, te necesito, te necesito —dijo.

Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas. Él se los secó. La besó, los dos estaban temblando, fue un beso precavido, no apasionado.

—Solo conseguirás perjudicarme. Tengo que ser respetable.

—¡Oh, amor mío!, lo sé. Lo sé. —Ann salió de la casa y los dos se separaron antes de que los viera. Charles/Karl afirmó que tenía que marcharse. Dijo—: ¿Puedo volver?

—No puedo impedir que pases por este camino que no lleva a ningún sitio...

—Volveré pronto.

—Da las gracias al señor Wellwood por tu libro, Ann.

Él se alejó pedaleando.

**H**erbert Methley volvió a Cambridge a principios del trimestre de Pascua. La Sociedad Literaria de Newnham lo invitó a dar una charla informal en el salón de té del North Hall. Habló sobre los cambios que estaban aconteciendo, y que acontecerían todavía, en las vidas de las mujeres, a medida que se ponían en práctica políticas sensatas. Afirmó que las mujeres tenían derecho a satisfacer todas sus necesidades, pero no aludió ni al amor libre, ni a la propuesta del señor Wells de las guarderías administradas por el Estado. Parecía, pensó Florence, estar hablando para ella, respondiendo a sus intereses, dejando a un lado lo que no le interesaba. Recordó las manos cálidas y enjutas que la sujetaron en King's. Consideró su rostro y su cuerpo. No había duda de que era feo. Su cuello era musculoso y tenso en torno a la nuez. Tenía la boca demasiado grande, aunque no resultaba fofa, sino que estaba llena de movimiento. Sus cejas danzaban, mientras pasaba de temas agradables a desagradables. Se echaba infantilmente el pelo hacia atrás, aunque era un hombre y no un niño. Volvió a recordar sus manos. Después de la charla, las mujeres se arremolinaron en torno al escritor y le hicieron preguntas. Florence le preguntó si pensaba que el matrimonio acabaría por desaparecer y él respondió que no lo creía: las personas, al parecer, necesitaban una pareja y un nido a largo plazo, como los cisnes y algunas aves marinas. Aunque otros animales habían desarrollado otras costumbres. Sí creía, afirmó mirando a las alumnas que había en torno a él, que la idea del vestido como prisión: los sombreros y las colas incómodas, los zapatos con los que apenas se podía andar —de hecho en China llegaban a romperse y aplastarse los pies—, acabaría siendo superada. Ahora las jóvenes iban en bicicleta, cosa que tiempo atrás hubiera parecido impensable. Estrechó la mano a todo el mundo antes de marcharse. Sujetó la de Florence más tiempo de la cuenta. Sus dedos jugaron con los suyos.

De vuelta en su habitación, Florence anduvo de aquí para allá, intranquila e insatisfecha. Miró hacia el jardín donde una o dos mujeres jugaban al bádminon recortadas contra el cielo gris: el liviano volante le recordó la liviandad de su vida. Había aspectos de Newnham que le parecían una prisión. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Él llamó a la puerta. Ella abrió. Tomó aliento.

—No te preocupes —dijo—. Les he dicho que soy un amigo de la familia, una especie de tío, y que he olvidado una cosa que necesitaba con urgencia..., así es

como he dado contigo. Déjame entrar y cierra la puerta. —Lo dejó entrar y cerró la puerta—. En realidad, he vuelto por ti, tú eres lo que había perdido y ahora he vuelto a encontrar. Tú también sientes lo mismo, estoy seguro.

Ella se puso muy rígida y emitió un sonido, entre un sollozo y un resuello.

La cogió entre sus brazos y la besó muy despacio, sin atosigarla. Le tocó el pecho, por debajo de la camisa, con suavidad, y luego menos suavemente. Le acarició la cadera y ella respondió, involuntariamente, apretándose contra su cuerpo. Él llevaba el abrigo abotonado hasta el cuello. Se apartó, desabrochó los botones y se quitó el abrigo.

—Ahora puedes sentir lo que quiero —dijo. Florence no habló. Si hubiese hablado habría tenido que quejarse, y no quería hacerlo—. Los botones —afirmó Herbert Methley— son un incordio y una molestia.

Desabrochó algunos botones de la camisa de Florence. Luego apretó la cara contra el corpiño, debajo de la blusa. El bigote le hizo cosquillas. Le hormigueaba la piel. Herbert no le quitó la falda, sino que buscó su cuerpo, con las manos, por debajo de ella. El cuerpo de la chica se volvió independiente de su imaginación. Se alzó para salir a su encuentro, se apretó contra él.

—Ahora tengo que irme —dijo Methley luego—. Recuerda: esto es bueno y está bien, tienes derecho a hacerlo. No tengas remordimientos cuando me vaya, guapa. Te escribiré. Pensaré en un sitio donde podamos vernos, y...

Se marchó y la dejó allí, con la camisa desabrochada, insatisfecha, con los nervios ardientes y a flor de piel, sin saber cómo imaginar lo que le habían hecho desear de forma tan violenta. Se abrochó los botones y pensó: «Esto es peligroso. No iré más allá. No responderé a su carta». Pequeñas corrientes de deseo anónimo la recorrían y contradecían sus pensamientos.

Pero cuando llegó la carta, divertida, tentadora y apremiante, Florence respondió. Estaban a mediados de mayo y lucía el sol. Quería tener vida propia. Así que fue a almorzar con Herbert Methley, sin acompañante y en secreto, a un restaurante del Soho llamado Chez Tante Sophie, con un ventanal con gruesas cortinas. Se puso un precioso vestido verde y un sombrero muy alegre, con cintas muy largas. Comieron pescadito, *poulet* de Bresse y *crêpes Suzette* y bebieron mucho borgoña blanco. Charlaron de literatura, de la cuestión femenina y de la agitación por el voto. Todavía estaba por escribir, afirmó Herbert Methley, una novela sobre una mujer auténticamente libre, que no fuese como un mueble y que escogiera su propio destino. Florence sintió cierta repulsión al oír aquello..., le pareció anticuado, en su atrevimiento, en comparación con las ideas de algunas de las mujeres de Newnham, que hablaban con seriedad de dificultades reales. Pero estaba borrando deliberadamente las huellas, así que sonrió y sonrió, y soltó un gritito femenino de placer cuando prendieron el brandy para flambear los *crêpes* y el licor ardió con una

llama intensamente azulada.

Resultó que iban a tomar café con coñac en un pequeño saloncito que Herbert Methley había reservado. «Será una aventura», dijo en tono misterioso mientras seguía a Florence por una escalera estrecha y serpenteante.

El saloncito estaba amueblado con un sofá y unas mesitas bajas de café cubiertas con un mantel de seda de aspecto oriental, bordado con diseños de plumas, y unas velas en unos hermosos candelabros de porcelana. No tenía ventanas al mundo exterior. Reinaba un aroma perfumado. No era una habitación donde Florence hubiera escogido pasar un rato, pero había cosas que tenía que saber y hacer. Se quitó los alfileres del sombrero y lo dejó a un lado, aceptó una gran copa de coñac, estaba temblando. Herbert Methley la acarició como quien acaricia a un potro nervioso. Él también se tomó una gran copa de coñac. Bromeó sobre los inconvenientes que tenían los botones y se quitó y luego despojó a Florence de varias prendas. Florence quería saber, pero ignoraba aún qué quería decir con eso. Herbert Methley, moreno, huesudo, nervudo no paraba de tocarla, de hablarle al oído no de amor, sino de deseo y de necesidad y de justicia. Sabía hacer cosas que Florence nunca habría imaginado —hizo que se estremecieran de excitación varios sitios que siempre habían estado quiescentes, o solo vagamente inquietos—. Ella bebió más coñac y pensó: «Me está tañendo como a un instrumento musical». Eso le inspiró fuerzas. El intérprete, o brujo, siguió despojándola de la ropa y desvestiéndose él mismo. Florence susurró que alguien podría entrar y él respondió con confianza que estaban seguros, que todo estaba dispuesto y preparado. Florence bebió más coñac. Se le soltó el cabello. Estaba en enaguas y corpiño y su cuerpo se estremecía por el contacto de un millar de minúsculas yemas de los dedos.

—Aquí es —dijo Herbert Methley. La acarició y acarició sin quitarle los pantaloncitos. Dentro de ellos, Florence empezó a sentirse como una fuente abierta, como un géiser alzándose. Al notar lo, él le quitó los pantaloncitos y dijo—: Tengo que entrar en ti. Tienes que dejarme entrar.

Florence apoyó la cabeza en los almohadones y la habitación empezó a dar vueltas y vueltas como una noria. Methley controlaba mucho más su cuerpo que ella misma. Notó como empujaba, con su cuerpo, contra sus partes pudendas, y luego empujó con más fuerza, como un taladro. Ella se abrió, se convulsionó y gritó y él soltó un gemido ahogado y grave, y todo se empapó de sangre y semen mezclados.

—Maldita sea —exclamó Herbert Methley—. Estaba muy estrecho. Eras virgen.

—¿Y qué pensabas que era? —preguntó Florence asqueada.

—No pensé nada —respondió él, que había perdido su confianza en sí mismo—. Menudo estropicio. Supongo que tendré que pagar para que limpien esto..., este cubrecama. Deben de ocurrirles cosas así de vez en cuando. Dios sabe cuánto pedirán.

—Llevo un poco de dinero en el monedero —dijo Florence con aspereza. Pensó que iba a vomitar, por culpa del coñac, y no quería hacerlo, deseaba controlar al menos parte de su cuerpo. Quería volver a casa. Tragó saliva. Trató de ponerse en pie, y volvió a desplomarse en el sofá.

Methley apartó una cortina y descubrió un lavabo y un aguamanil lleno de agua. Empezó a frotar inútilmente el cubrecama con un pañuelo mojado. Florence se las arregló para ponerse en pie, se acercó tambaleándose al lavabo y se limpió la carne enrojecida. De espaldas el uno al otro, volvieron a ponerse la ropa, toda excepto los pantaloncitos de Florence, que estaban en un estado lamentable. Ella los enrolló y los metió dentro del aguamanil. Se abotonó el vestido de nuevo y se puso los alfileres del sombrero.

Se quedó en la puerta del restaurante para no tener que ver a Methley negociando el pago del cubrecama estropeado. Creyó que se moriría allí de pie, en público, esperando. Tuvo la sensación de que Methley no sabía tratar con los propietarios del café al que la había llevado con tanta seguridad en sí mismo. Parecía un idiota y eso jamás se lo perdonaría. Le dio la impresión de que había tenido que pagar más de lo que esperaba.

Fuera, llamó a un coche y tuvo que preguntarle si tenía dinero para pagarle y que la llevara a casa.

—Sí, ya te lo he dicho —dijo Florence entre la náusea y el desdén. Debería haberse ofrecido a acompañarla, para asegurarse de que llegaba sin problemas, pues no se encontraba nada bien, pero entonces ya tenía la esperanza de no volver a verlo ni oír hablar jamás de él.

El cochero la llevó jadeante de vuelta al museo. Entró en la casita y subió las escaleras. Imogen estaba en el salón y expresó una moderada sorpresa al verla allí, a mitad del trimestre. Florence explicó que de pronto había tenido la sensación de que necesitaba alejarse de Cambridge unos días. No se sentía muy bien. Iría a descansar a su habitación. Imogen inclinó la cabeza sobre su libro, y Florence subió, con dificultad, al piso de arriba. Al día siguiente, volvió a Newnham y trabajó más de lo habitual.

Cuando volvió durante las vacaciones de verano, descubrió que Imogen había dejado la orfebrería y había empezado a bordar capullos de rosa y nomeolvides azules en una lana muy fina de velo de monja. Florence la observó un rato en silencio. Imogen parecía soñolienta, y un poco más rolliza que antes..., como una virgen prerrafaelita.

—¿Qué estás haciendo?

—Una colcha.

—Es muy pequeña.

—Es para una cama pequeña. Estoy esperando un bebé. —Siguió empujando decidida la aguja y sin alzar la mirada.

—Me alegro mucho por ti —dijo Florence de forma mecánica—. ¿Cuándo sucederá el feliz acontecimiento?

—A finales de año. Tal vez incluso en Navidad, una mala época para nacer.

—Qué raro —dijo Florence.

—Sí, ¿verdad? Me siento muy rara. Todo lo veo borroso y tengo náuseas. — Florence no quería saber más detalles. Acababa de reparar en que el niño sería su hermanastra o hermanastro. La idea le resultaba grosera—. Por favor... —empezó Imogen, y no pudo terminar la frase.

Florence le explicó que Griselda y ella habían acordado volver cuanto antes a Cambridge y quedarse allí durante el trimestre de vacaciones, para tener ocasión de estudiar más. Imogen inclinó la cabeza aún más sobre los dedos.

Prosper Cain estaba muy fatigado por los acontecimientos del museo, donde proseguía la batalla por cómo organizar y exponer toda la colección. El director, Arthur Skinner, estaba siendo, en opinión de Prosper, brutalmente atacado por los funcionarios. Cain estaba sentado en su despacho, escribiendo un informe, cuando se lo encontró Florence. Alzó la vista a regañadientes y frunció el ceño.

—Por lo que me han dicho, tengo que felicitarte —dijo Florence.

—¡Oh, sí! Es un feliz... —No supo encontrar una palabra.

—Podrías habérmelo dicho.

—Preferí que lo hiciera Imogen. De mujer a mujer.

—Tú eres mi padre —dijo Florence—. Ella no.

—¡Oh!, cariño, por favor no me lo pongas difícil. Por favor, sé feliz.

—Lo intentaré. Mañana me vuelvo a Cambridge.

—¿No estás de vacaciones?

—Sí. Quiero estudiar. Nos dejan quedarnos en el college y estudiar unas semanas. Griselda también vendrá.

Más tarde, aquella conversación obsesionaría a Prosper Cain. Debería haberle prestado atención. Maldito fuese aquel Robert Morant y su equipo de inconsiderados, y su falta de imaginación y su manía de entrometerse en todo. Maldito. Le costaba imaginarse al niño no nacido. Y ahora le había costado imaginar al niño crecido.

En Cambridge, Florence no le dijo nada a nadie, ni siquiera a Griselda. Le costaba concentrarse. Imaginaba al bebé, gordo y sonriente, y sentía una especie de asco, mezclado por alguna razón con una especie de vergüenza.

Apretaba los labios y trabajaba de firme. Le contó a Griselda con voz inexpresiva lo del embarazo de Imogen, y Griselda respondió entusiasmada: «Qué buena noticia» y se ruborizó en el profundo silencio que siguió después. Florence tenía náuseas todo el tiempo. Trabajaba entre oleadas de náusea, que aceptó como castigo por lo que ella llamaba «aquel estropicio». Leyó acerca de batallas y diplomacia con el estómago

revuelto y descompuesto. Un día, Griselda entró en su habitación y la encontró vomitando en el lavabo.

—Florence —dijo—, dime lo que te ocurre. Creo que deberías ir a ver a un médico.

—No puedo.

—Ya llevas un tiempo así.

Florence se sentó en la cama con una arcada. Su hermoso rostro estaba pálido y plateado por el sudor.

—Creo que podría estar...

La imaginación de Griselda completó la frase.

—Deberíamos escribir a Geraint —observó—. Él debería saber qué hacer. Podría arreglar las cosas...

—No fue Geraint. Fue solo una vez y fue horrible. Me hizo anhelar una vida tranquila y retirada en este lugar, conversando solo con los libros. Y en lugar de eso, si estamos en lo cierto, me expulsarán de aquí, de Cambridge...

—Tendría que verte alguien. Un médico.

—¿Quién? No puede ser el médico del college. Ni el médico del regimiento de mi padre. Quisiera estar muerta.

—Dorothy —dijo Griselda—. Sé que ha terminado las prácticas de matrona y obstetricia. Ella te vería. Tal vez sepa cómo impedir que te encuentres tan mal. Quizá sepa...

Quizá sabría cómo interrumpir el embarazo, pensaron ambas, aunque no lo dijeron. Cómo librarse de él. Escribieron una carta a Dorothy diciéndole que necesitaban urgentemente su consejo, y bajaron a cenar, con el cabello brillante bien peinado detrás de la cabeza, una morena y la otra rubia y plateada. Se unieron a una animada discusión sobre el empleo de las mujeres y acerca de qué trabajos deberían ser excluidas, suponiendo que debieran verse excluidas de alguno.

Dorothy fue a visitarlas. En el tiempo que tardó en llegarle la carta y ella les envió su respuesta, lo que había en el interior de Florence siguió creciendo, célula a célula, en la oscuridad.

Dorothy llegó, y le dieron una habitación de invitados. Por la noche, cuando se habían acostado incluso las bebedoras de chocolate caliente más recalcitrantes, las tres jóvenes se reunieron en la coqueta habitación de Florence, con sus cortinas y su colcha cubiertas de lirios y granadas. La luz del fuego y los quinqués se reflejaba en el cristal veneciano que Florence coleccionaba asesorada por su padre. Siempre les había gustado comprar juntos, comparar platos y jarrones, poner a prueba su criterio. Florence se sentó al borde de la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo. Estaba callada. Dorothy se volvió hacia Griselda, que dijo dubitativa:



—Florence cree estar embarazada. Queríamos que... le confirmaras... si está en lo cierto.

Dorothy había terminado las prácticas de comadrona. Había explorado con sus dedos a otras mujeres para diagnosticarlas. Había visto a un niño muerto expulsado por fin de un cuerpo exhausto. Había sostenido a un recién nacido entre sus manos y había mirado —era lo primero que él había visto— sus ojos entreabiertos. La idea de tener que explorar a la elegante Florence Cain la avergonzó.

—Sabes cómo hacerlo, ¿verdad, Dorothy? —preguntó Griselda.

—Sí, claro. Estoy un poco avergonzada.

—Todas lo estamos —replicó Florence—. Pero, puesto que la situación es peor que vergonzosa, creo que deberíamos pasar esa parte por alto. Solo puedo contar con tu ayuda.

Dorothy tomó aliento profundamente.

—De acuerdo. Empezaremos por unas preguntas. Y, mientras tanto, Griselda podría traer un poco de agua hervida, y antiséptico para esterilizarme las manos... ¿Cuánto hace que tuviste la menstruación por última vez?

—Justo después de Pascua... No lo recuerdo con exactitud. Mucho antes de...

—Sí. —Le preguntó por las náuseas, por el sueño y por el peso. Pidió a Florence que se tumbara de espaldas, con una toalla debajo, sobre la preciosa colcha, y le palpó el vientre con dedos firmes y delicados, por dentro y por fuera. Florence se estremeció.

—Sangra —dijo—. Pero solo la... periferia, por decirlo así.

—Te desgarraron —respondió Dorothy, cuya experiencia no llegaba a la desfloración de las jóvenes.

Florence, aceptando la autoridad de Dorothy, añadió:

—Fue solo una vez, de hecho, la única vez. Hubo tanto... estropicio... que no se me ocurrió que pudiera...

—En mi opinión has pasado la primera etapa en la que suelen abortar las mujeres. Creo que no hay duda de eso. Deberías decírselo a Geraint.

—No fue Geraint. No quiero hablar de eso.

Griselda y Dorothy se miraron por encima del cuerpo tendido de Florence. Ambas estaban pensando que, en todo caso, Geraint, que tanto quería a Florence... Sintieron náuseas. Florence se recompuso el vestido y se sentó.

—Tendré que irme de aquí —dijo con voz lúgubre—. De inmediato, diría yo. Me estás diciendo que... no hay forma de... perderlo.

Dorothy dudó. Respondió a mitad de camino entre una amiga nerviosa y un médico tranquilo:

—No se puede hacer nada que no sea muy peligroso. Creo que deberías tenerlo. Y luego decidir qué hacer.

—Tendré que ir a ver a mi padre. Me asusta mucho lo que pueda pasar después. Será mejor que empiece a hacer las maletas ahora mismo.

—No, no —dijo Griselda—. Yo lo haré, más tarde, cuando sepas dónde... Lo haré encantada. Prepararé un poco de chocolate caliente. Te asentará el estómago, con leche pasteurizada y azúcar.

Se sentaron y echaron más carbón y un poco de leña, que había recogido Florence, al fuego.

—Este lugar siempre me había producido sensaciones encontradas —dijo Florence—. Por un lado me parecía una fortaleza de inocencia inexpugnable..., y que la experiencia estaba fuera, donde todo era brillante y tentador. Ahora daría cualquier cosa por poder quedarme y aprender a pensar con claridad. Cosa que obviamente no sé hacer. Me dejé guiar por los sentimientos y resultaron ser malos, o aún peor, estúpidos. Así que el ángel cerrará las puertas y me dirá adiós blandiendo la espada. Supongo que será un ángel femenino tratándose de un college de mujeres. Griselda, tengo que pedirte un enorme favor.

—Pídemelo —repuso Griselda.

—¿Te importaría acompañarme a ver a mi padre? Tengo miedo de que alguien..., mi padre o yo..., diga algo imperdonable, o cometa alguna estupidez absurda...

—¿Estás segura?

—Creo que sí. Podrías venir conmigo a Londres de todos modos y ver cómo me encuentro allí.

Las dos jóvenes se plantaron en el despacho de Prosper Cain, entre los falsos Palissy y una falsificación de *La anunciación* de Lorenzo Lotto. Prosper se sentó detrás de su escritorio y afirmó que era una agradable sorpresa verlas allí. Comprendió que, fuese lo que fuese, no era agradable. Pensó que Florence debía de tener dificultades de dinero. Les pidió que se sentaran. El despacho era pequeño y tuvo que quedarse detrás del escritorio, como un juez.

—Le he pedido a Griselda que me acompañara —dijo Florence— porque necesito... que esta conversación sea... estrictamente formal..., necesito que pienses.

—Hablas como si se tratase de algo terrible —dijo Prosper en tono superficial.

—Lo es —dijo Florence—. Me temo que estoy embarazada.

El rostro de Prosper se puso rígido como una máscara. Florence nunca lo había visto así, aunque sus soldados sí, una o dos veces.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí.

—¿Has ido a ver a un médico?

—No exactamente. No me atreví. Le pedí ayuda a Dorothy. Ya ha aprobado todos sus exámenes..., en ese área...

—Bueno —dijo Prosper Cain—. Tendrá que casarse contigo. Ahora,

inmediatamente. Si le preocupa el dinero, yo puedo ayudar.

—No es Geraint —replicó Florence. Añadió en tono penoso—: Tendré que devolverle el anillo. Debería haberlo hecho ya. Siento..., siento...

—En tal caso —repuso Prosper—, ¿de quién se trata?

Era un soldado. Sabía matar y quería hacerlo. Florence vio otro rostro que nunca había visto. Su propio semblante se puso tan rígido como una máscara, no muy distinta de la de su padre.

—No quiero que lo sepas. Fue solo una vez. No quiero... que esa persona lo sepa... Fue una estupidez. —Se encogió. Su padre, que jamás había hecho tal cosa, parecía a punto de pegarle. Vio cómo decidía no hacerlo. Griselda, al verlos a ambos, pensó que sus rostros parecían máscaras de una tragedia griega. Prosper soltó una especie de jadeo.

—Necesito pensar. Déjame pensar.

Diversas ideas cruzaron por su imaginación como animales perseguidos en un bosque oscuro. Apoyaría a Florence. Durante casi toda su vida era la persona a quien más había querido y que más alegrías le había proporcionado. Eso le hizo pensar en Imogen y el niño. Supo, sin formularlo con palabras, que aquel niño no deseado estaba ahí, en cierto sentido, por culpa del niño amado y deseado. Por tanto no podía pensar en, sí, en matar, a aquel niño que era, o sería, el nieto de su Giulia. Pensó: «Debo protegerla y enfrentarme, ayudarla, ayudarles a enfrentarse al oprobio y aún peor».

—Tendré que dejar el museo —dijo luego, casi con un susurro—, y alquilar una casa en el campo, en algún lugar tranquilo, donde podamos...

—No puedes hacer eso —objetó Florence—. Si lo haces, no lo soportaré. Antes preferiría estar muerta. —Añadió—: Lo que debemos hacer es arreglarlo para que me vaya a alguna parte hasta el..., y encontrar a alguien que se haga cargo de...

No pudo decir «el niño». La imaginación de Prosper siguió dándole vueltas a aquellos hechos incontrollables. ¿Cómo iba su hija a seguir en la casa con su nueva esposa y su bebé? No quería que se deshiciera del niño: era de su carne y de su sangre y no se merecía que lo empujaran a la oscuridad. No sabía qué hacer. Su nueva máscara era la de un anciano indeciso.

—Tal vez Florence pudiera viajar al extranjero —dijo Griselda—, digamos a Italia, haciéndose pasar por una joven viuda, o algo así, a una clínica, hasta el momento del parto. Y luego decidir qué hacer. Decidirlo ahora es demasiado difícil. Pero lo que está claro es que Florence tiene que marcharse. La gente se pasa la vida yendo a clínicas al extranjero, Frances Darwin pasó dos años en una cuando sufrió una depresión tras la muerte de su madre. Mi hermano viaja cada poco a Ascona donde hay una colonia de artistas y filósofos que creen en el amor libre y no hacen preguntas. Han abierto una clínica nueva. Es un sitio precioso. Las montañas, el lago

Maggiore, las granjas italianas... Florence estaría a gusto allí.

Prosper y Florence siguieron callados y en silencio, como si estuvieran agotados.

—Lo siento —dijo Florence—. No sabes cuánto lo siento...

Imogen Cain escogió aquel momento para llamar a la puerta y entrar, su cintura ya había engordado debajo del amplio vestido. Al ver la expresión de sus caras dejó de sonreír.

—Lo siento. Me iré.

—No —respondió Florence—. No te vayas. Tendrás que saberlo, así que más vale que te quedes. Estoy esperando un hijo. Estamos haciendo planes para irme del país.

Imogen se puso pálida. Se llevó la mano al vientre como para protegerse, abrió la boca para hablar, la cerró y empezó a llorar en silencio, unas enormes lágrimas recorrieron su rostro y su cuello.

—Cariño —dijo Prosper poniéndose en pie.

—Es culpa mía —dijo Imogen no en tono dramático, sino inexpresivo, como si fuese algo incontrovertible.

—No —replicó Florence—. Soy yo quien se ha portado como una estúpida y quien debe pagar por ello. Fui yo y no tú. Y además..., no he estado muy amable contigo últimamente. He sido desagradable. Lo sé. Lo siento. Pero no es cierto que seas responsable de lo que yo haga. Es culpa mía. Y me iré al extranjero.

Imogen siguió llorando. Florence la observó con mirada pétrea.

—Podría preguntarle a mi hermano por esa clínica —dijo Griselda a Prosper—. Dice que es un paraíso terrenal.

—No puedo quedarme aquí —observó Florence—. Tengo que irme cuanto antes.

Griselda se ofreció a acompañarla, si el comandante Cain estaba de acuerdo. Prosper estaba de pie, todavía detrás de su escritorio, como un ciervo acorralado por tres ninfas cazadoras. Salió de allí, sacó su pañuelo y secó las lágrimas de la cara de su mujer. Luego se volvió hacia su hija.

—Permite que yo te acompañe... durante el viaje. Necesitarás...

Muchas cosas dependían de la respuesta de Florence a aquella pregunta. Soltó un leve sollozo, pero no lloró, tan solo relajó un poco sus tensos músculos.

—Gracias. Eso supondrá una gran diferencia.

Prosper le dijo a Griselda que le agradecía su presencia. Ella respondió que se aseguraría de que empaquetasen las cosas que tuviese Florence en Cambridge y las enviaran al museo. Tendría especial cuidado con el cristal.

—Iré a verte en vacaciones —le dijo a Florence—. No estarás sola.

—¿Qué haré si aparece Charles..., y ve que...?

—No te juzgará. Es un ex anarquista y podemos pedirle que no diga nada, eso se le da muy bien, se ha pasado la vida ocultándole cosas a la gente...

Padre e hija viajaron lentamente, y casi en silencio, a través de Europa hasta llegar a las estribaciones meridionales de los Alpes, a la ciudad de Locarno y el pueblo de Ascona. Prosper Cain parecía desconcertado y no estuvo tan preciso y competente como siempre. Una noche, en un hotel de París, Florence oyó, o creyó oír, unos sollozos ahogados en la habitación contigua. Tras hacer algunas averiguaciones sobre la clínica en el monte Verità, el comandante Cain había descubierto que era nueva y austera y que en ella se daban baños de sol, barro, agua y se seguía una dieta estrictamente vegetariana, sin huevos, leche ni sal. Le gustó la idea de los baños de sol: como soldado, siempre se había asegurado de que sus hombres hiciesen la instrucción al aire libre independientemente del tiempo que hiciera. Pero no estaba seguro de que una mujer que estaba esperando un hijo debiera dejar de tomar leche o caldos de carne. Cuando llegaron a Locarno, Florence se convirtió en la signora Colombino, el nombre de soltera de su madre. Alquilaron una cabaña en la falda de la montaña, que daba a un prado; contrataron a un criado para conducir el calesín y entrevistaron a una serie de chicas jóvenes para ejercer de compañera y ama de llaves. Florence y su padre acordaron que la mejor era una chica fornida y sonriente llamada Amalia Fontana. Prosper visitó la nueva clínica y encontró a un médico que se mostró dispuesto a atender a la joven inglesa que había perdido un marido a quien no debía aludirse en ningún caso. «Me he dejado enredar en una novelucha barata», se dijo Prosper en un momento de malhumor, y luego añadió para sus adentros que las novelas baratas se inspiran en desgracias reales que se repiten con frecuencia. Su hija estaba monosilábica, aquiescente y lenta, aunque su embarazo todavía no era visible. Cada vez que trataba de consolarla, cualquier cosa que le dijera sonaba como un reproche.

—Siempre he querido dártelo todo —dijo una vez—, quería que fueses a la universidad y fueses una mujer libre.

—Ya ves lo que ha pasado —respondió Florence, con una sonrisilla triste, y luego lo rodeó con sus brazos—. Nadie podría haberme cuidado mejor —afirmó—. Todos hemos sido muy felices.

Pero aquella sincera expresión de cariño tenía un punto de amargura por la sensación que ambos tenían de que la llegada de Imogen había roto el círculo y había dejado dos cabos sueltos. Por fin llegó el momento en que él tuvo que marcharse, precisamente para regresar con Imogen y el niño no nacido.

—Volveré pronto. Te escribiré. Creo que Griselda vendrá en vacaciones. Tienes que contármelo todo...

—Todo esto es culpa mía y no tuya —respondió Florence. Prosper parecía cansado.

—Parte es, sin duda, culpa tuya. Pero yo tampoco te presté la atención que debiera.

—Leeré y leeré y pensaré en mi tesis —repuso Florence, que había llevado consigo cajas llenas de libros de historia.

La primera noche que pasaron en Ascona cenaron tarde. Prosper miró a su hija al otro lado de la mesa y le dio una cajita.

—Siempre he querido que lo tuvieras —afirmó—. Es el anillo de casada de tu madre. Tendrás que llevar un anillo. —Era un anillo de oro fino con unas manos elegantemente entrelazadas. Florence se lo probó: ajustó a la perfección—. Te pareces mucho a ella. Aquí, en Italia, pareces italiana.

Empezó a decir torpemente algo sobre que el anillo la protegería o le traería suerte. Y luego recordó la muerte de Giulia y, de haber podido, se lo habría quitado. Florence lo hizo girar a la luz y vio cómo brillaba.

—Lo cuidaré —dijo—. Has sido muy bueno conmigo y yo he sido mala y caprichosa.

Sin embargo, Florence no leyó nada. Le dominó la letargia del embarazo, y se sentó en la terracita a contemplar las montañas sin hacer nada. La gente pasaba por allí: respetables campesinos italianos vestidos de negro que guiaban rebaños de cabras u ovejas; extraños adoradores de la naturaleza, barbudos, sonrientes, con gafas, de piel cobriza y piernas desnudas con sandalias caseras y vestidos con túnicas vagamente bíblicas; mujeres con túnicas bordadas y flores en el pelo; músicos ambulantes con laúdes; sacerdotes apresurados; curas gordinflones. No entendía bien el acento de Amalia y comprendió que la joven se esforzaba por hablar italiano a partir de su dialecto y podía decir así cosas sencillas y necesarias, aunque fuese incapaz de mantener una conversación.

Fue a la clínica, al principio en un calesín y luego a pie, y pasó allí días purificándose con caldos de verduras y agua y tumbada al sol con una túnica de lino sobre una larga hamaca de madera. El médico era muy amable y le dijo que debería abstenerse de comer carne y, de ser posible, de entrar en contacto con cualquier materia animal. Comprendió cuál era su situación y Florence creyó notar que la juzgaba con dureza. Se sintió muy deprimida, ¿quién no lo habría estado? Y de pronto conoció a un salvador imprevisto.

En la clínica había gente que no eran ni médicos, ni pacientes, ni empleados, aunque ayudaban a cambio de ayuda médica o psiquiátrica. El médico de Florence le había preguntado si creía que la psiquiatría podría ayudarla y ella había rechazado la oferta con más vehemencia de la que sentía en realidad. Su autonomía estaba gravemente amenazada: por Methley, por el ser que crecía en su interior, por su dependencia. No quería hablar ni que le hablasen. Era la hija de un soldado. Puso la espalda recta. Sentía que se estaba convirtiendo en una especie de gelatina, pero no

quería que nadie lo notara.

Uno de aquellos colaboradores tenía una enorme masa de pelo dorado y enmarañado como un león o un diente de león, una barba razonablemente bien cuidada que se recortaba de vez en cuando, y una expresión amable y ligeramente vacía en los ojos azules. Vestía una especie de bata médica y sandalias. Le colocaba las almohadas para que pudiera incorporarse. Notaba cuándo tenía ganas de vomitar y cuándo se le había asentado el estómago, y le llevaba sopa de verduras, a la que no le habría ido mal un poco de sal y mantequilla, pero que se podía comer.

«No tantas náuseas esta semana —decía, en inglés—. A partir de ahora mejorará.»

Otro día le dijo: «Se siente sola». Si se lo hubiera preguntado, lo habría negado. Pero lo afirmó. «Tiene que comer —añadió—. Está usted hambrienta.»

Siempre tenía razón. Le contó que se llamaba Gabriel Goldwasser. Era austriaco.

—Estudié para psicoanalista —afirmó.

—¿Y ahora?

Una sonrisa asomó entre la barba.

—Me estoy recuperando de los estudios de psicoanalista.

Surgió la amistad. Cauta y cortésmente, se fueron haciendo amigos.

—Aquí la adorarán a usted —le dijo un día—. Los adoradores del sol que hay en el pueblo, quieren volver al antiguo matriarcado. Se acabaron esos patriarcas barbudos que son la raíz de todo mal.

—Yo no soy de aquí —respondió Florence—. Mi madre era italiana, pero murió al nacer yo.

Guardó silencio un momento, pensando en las mujeres que morían al dar a luz. Gabriel Goldwasser respondió a aquel pensamiento no formulado.

—Aquí hay buenos médicos —afirmó—. Es una clínica muy buena. Está en buenas manos. ¿Dónde está entonces su casa?

—En un museo.

—Es usted joven, no vieja.

—No, lo digo literalmente. Crecí en un museo. Mi padre es conservador. Sabe mucho de oro y plata.

—Un alquimista —repuso Gabriel Goldwasser—. Entonces, ¿volverá allí?

—No lo sé —respondió Florence, y titubeó. La estrategia de Prosper no se extendía más allá del nacimiento—. No lo sé —repitió, apartó la cara y se echó a llorar—. No creo que pueda —dijo.

Gabriel Goldwasser miró a lo lejos. Florence estaba tumbada con la cara en la almohada. Él le puso una mano leve en el hombro y no dijo nada.

Una vez que habían estado hablando del estudio de la historia, Florence le preguntó a

qué se refería al decir que estaba recobrándose de los estudios para psicoanalista. Él dudó y respondió:

—Compréndalo, por favor. Necesito no pensar ni hablar de mí mismo.

—¿Ha hecho usted algo terrible? —preguntó Florence, como de pasada, pero con genuina aprensión.

—No, no he hecho nada, ese es mi problema. —Esbozó una tímida sonrisa—. Mis padres eran..., son..., psicoanalistas. En Viena. Me enviaron a Burghölzli en Suiza, para que hablara con herr doctor Jung. Pensaban que ser psicoanalizado es una parte esencial de la vida. Me gané el pan, como hago aquí, ayudando. Le conté mis sueños al doctor Jung y también al doctor Otto Gross, que a su vez le estaba contando los suyos al doctor Jung y escuchando los de él. Era como un combate entre ángeles, ya sabe. —Hizo una pausa—. Soñé los sueños indebidos.

—Indebidos, ¿en qué sentido?

—Creo que eran sueños... tímidos, ¿se dice así?

—Sí.

—Sueños tranquilos, como una vaca que mordisquea entre la hierba, o una ardilla royendo una nuez. Los consideraron sueños inadecuados. Y al escuchar mis estúpidos sueños, poco a poco, ellos fueron cambiándolos. Hicieron que soñara que descendía por túneles de piedra a unas cuevas escondidas, llenas de dragones, leones y serpientes. Que soñara con el candelabro de siete brazos, cosa que también hacía en mis sueños tímidos, soy judío, para mí el candelabro significa una comida con mi familia..., aunque en mis sueños se habían convertido en monstruos hambrientos y en mujeres petrificadas para complacer a aquellos dos.

—Me hace usted reír, pero no tiene nada de gracioso.

—Nadie tiene derecho a dictar la vida interior de los demás..., a organizar lo que hay dentro de su cráneo. Me convirtieron en una persona distinta. Un acólito, ¿se dice así?, bien, de una religión nueva y antigua. Todos estábamos soñando los mismos sueños, porque eran sueños que agradaban a herr Jung y a herr Gross. Me habían inventado, ¿comprende?

—Sí.

—Me habían convertido en... un cuadro o una escultura desagradable. Estaba atrapado en mis sueños artificiales y no podía escapar. Y luego escapé. Tengo que admitir..., no se burle usted de mí, frau Colombino..., que fue un sueño lo que me mostró la salida.

—¿Qué es lo que soñó?

Florence volvió su cuerpo, y su carga, sobre un costado y le prestó toda su atención.

—Soñé que estaba en un estudio lleno de luz. Estaba rodeado de telas muy bien pintadas. Todas parecían desvaídas. Blanco sobre blanco, con muy pocas sombras, a



plena luz. Eran unos cuadros enormes, de una taza con su platillo y una cuchara de plata, sobre un interminable mantel almidonado, lleno de pliegues. O flores blancas en un jarrón blanco sobre fondo blanco..., en una ventana blanca con cortinas blancas...

—Como si hubiera muerto usted y estuviese en el cielo.

—¿Eso cree? Yo no. Los analicé por mí mismo. Me decía, como si fuese una orden: «Considera las superficies. Océpate de las superficies. No hurgues por debajo».

—¿Lo hizo? ¿Es posible?

—Puede hacerse. Toda aquella pintura blanca era una superficie..., una piel visible, extendida sobre una superficie. Salí y vi el lago. Vi la luz de la superficie. Algo me decía: «Si puedes ver la superficie, estás en la relación correcta con el mundo en el que te encuentras».

—Pero el lago tiene profundidades. Los árboles tienen entrañas. Igual que la tierra.

—Lo sabemos, sí. Pero sé que debo vivir quedándome en la superficie. Como esos insectos que andan sobre el agua. Como una flor pintada en un plato.

—Así que ¿dejó de analizarse?

—Todo el mundo afirmó que sería peligroso, pero yo insistí. También hubo muchas discusiones con el doctor Gross, herr Jung se preocupó mucho y mis padres me enviaron aquí para que recobrarla la razón, cosa que he hecho, según creo.

Se echó a reír, y Florence rió con él.

—Debería usted fundar una escuela de pintura —dijo ella—. O de filosofía.

—Más bien de contemplación rigurosa. Me gustaría hacerme budista. Pinto, pero no sé pintar las superficies que veo. Vivir en la superficie es difícil, frau Colombino.

Florence pensó de pronto que sus propias superficies no reflejaban la verdad sobre ella y el ser que crecía en su interior. Apartó la mirada y rompió a llorar.

—No quería turbarla a usted —dijo él—. Al contrario.

—Estoy en un estado de turbación permanente. Resulta tedioso.

—Usted no es por naturaleza... una persona superficial. Pero, como ejercicio, puede ser bueno. Observar el viento en la superficie del prado y ver cómo cambia con la luz la superficie de la hierba...

Era absurdo y, no obstante, cuando Florence volvió la mirada hacia el prado, sintió una mezcla de sorpresa y alivio. Contempló la superficie del zumo en el vaso de cristal y cómo daba la impresión de estar suspendido entre las paredes, como una moneda ovalada, dorada y rojiza. Contempló el sol en la barba y el cabello de Gabriel Goldwasser. Le había parecido una persona incompleta, fuera del mundo real, y por eso mismo le había hablado, porque no le parecía amenazador. Ahora vio lo deliberada que era aquella ausencia de amenaza.

En otra ocasión ella le dijo:

—No puedo vivir como usted.

—No, no lo creo —respondió él tranquilamente.

Un luminoso día, varias semanas después, Gabriel le espetó:

—Discúlpeme, pero creo que tengo una respuesta superficial a una parte superficial de su problema.

—¿Mi problema?

—Creo que es usted una joven soltera, que espera un bebé y no puede llevarlo consigo a su país, debido a la deshonra social que eso supondría, para usted y para su querido y alquímico padre.

—Así es. Si le contara a usted la historia, le parecería tan estúpida..., tan absurda..., que me despreciaría. Casi he decidido a entregar a este... niño, sin siquiera mirarlo. Enseguida. Pero es difícil hacerse a la idea.

—Se hará usted daño si lo hace. Y también al niño. ¿No tiene padre?

El rostro de Florence, que en esas últimas semanas había tenido una expresión grave y ausente, se frunció en un lacrimoso gesto de rabia que luego logró dominar.

—Me asquea. Ni siquiera lo odio, es puro asco. ¿Lo comprende? Cometí un error estúpido. Es horrible, todo es horrible.

—Pero su padre la quiere.

—Tiene una mujer joven. De mi misma... edad. Está esperando un hijo. Son muy felices. O lo eran, antes de que yo cometiera este error. He echado a perder su felicidad y la mía.

—Esos niños nacerán y tendrán su propia vida. No están echados a perder. Pero los niños son muy indefensos. Hay que cuidar de ellos hasta que se tienen en pie. Sé que suena un poco sentencioso. Pero usted parece haberlo olvidado. —Florence guardó silencio. Gabriel dijo—: ¿Cree que sería más fácil si estuviera usted casada?

—No puedo. También tengo que aceptar eso. Nadie querrá... Estaba prometida. Devolví el anillo. —Los silencios de Gabriel Goldwasser impulsaban a hablar con sinceridad—. No lo amaba. Siempre lo supe. También he echado a perder su felicidad.

—Solo si él quiere. No es usted una Parca, frau Colombino, sino una joven que ha cometido uno o dos errores. Si tuviese usted un marido, podría regresar al museo con su hijo...

—No sé si quiero volver...

—O empezar una vida en alguna parte. Quiero sugerirle..., proponerle que me acepte como marido austriaco.

—Pero usted...

—Sé que resulta extraño. Si me ofrezco a casarme con usted es porque estoy viviendo en la superficie. No quiero casarme del mismo modo en que lo hacen los

demás..., por... pasión, o por... razones sociales. Tengo la esperanza de seguir viviendo livianamente, en la superficie. Pero me gustaría proporcionarle a usted... una identidad viable.

Algo terrible le aconteció a Florence. Tuvo una visión de Gabriel Goldwasser, como el ángel del que recibía su nombre, andando sobre la superficie del lago derramando la luminosidad de su cabello solar sobre las aguas. Comprendió que no debía casarse con él, pero no porque no la amara, sino porque podía llegar a enamorarse de él. Y era un hombre extraño y tenía secretos que él mismo no quería ver.

—¿Qué haría —le preguntó, llevada por un peligroso impulso— si me casara con usted y terminara enamorándome?

—No creo que eso suceda —respondió él—. Es usted demasiado inteligente. Sabe que nos amamos de un modo... poco habitual, y eso es todo. Es un buen motivo para casarse. Necesito ayudarla.

Florence empezó a llorar. Gabriel le acarició el pelo. El niño que Florence llevaba en su interior estiró sus dedos de rana y sus piernas como palos, metió el fino pulgar en la boca inacabada y fantasmal y chupó.

Prosper Cain regresó a Ascona y Florence le explicó el plan de Gabriel.

—Podría ser frau Goldwasser. Podría volver a casa.

—¿Y qué sacaría herr Goldwasser de todo esto? ¿Necesita dinero?

—No, no necesita nada, por eso confío en él. Dice que necesita vivir en la superficie. Es una especie de monje, papá, es quijotesco.

—Don Quijote no tenía nada de monje.

—No me confundas. Siempre haces lo mismo. Sé que parece una locura, pero creo que podría funcionar. ¿Qué pensabas que le ocurriría a este niño? No puedo estar en estas tumbonas tomando zumos eternamente.

—Pensaba que lo entregarías en... No, Florence, no, no te enfades. Pensaba que tú debías decidir. Creí que sería eso lo que decidirías.

—No podría deshacerme del niño, papá, y volver a casa y veros a ti y a Imogen jugando con otro. ¿Cómo voy a hacer eso? De este modo, podré... organizar mi vida...

Prosper Cain conoció a Gabriel Goldwasser y le cayó bien. Apenas pudo evitarlo, aunque el soldado era pulcro y recto, y el austriaco desaliñado e hirsuto. Prosper se enorgullecía de saber juzgar el carácter: ahí había un hombre honrado, que proponía una solución factible para el problema que le atormentaba. Frau Goldwasser y su hijo podrían regresar a South Kensington, y Prosper podría protegerlos. Lo organizó todo. La boda no podía celebrarse en el pueblo católico; encontró una iglesia protestante suiza en un valle alpino y alquiló una habitación en la posada White Rose. Se celebró

una especie de banquete de boda. Griselda había ido a visitar a Florence en compañía de Charles/Karl, Joachim Susskind y Wolfgang y Leon Stern. De todos ellos, solo Griselda conocía el secreto de Florence: los demás creían que había sufrido un colapso nervioso debido a la presión del trabajo en Cambridge. Florence vestía una chaqueta de lino y una falda de color crema, una camisa de seda de color rosa y un sombrero de lino con una austera cinta rosa intenso. El novio estaba irreconocible con una anticuada levita y una complicada corbata de seda gris. Joachim fue el padrino y Griselda acompañó a la novia. En el último momento, repararon en que no tenían anillo para la boda. Florence le dio a Gabriel el anillo de su madre, que se lo pasó a Joachim, quien observó lo elegante que era. Los casó un sobrio pastor. Prosper entregó su hija a Gabriel, que puso el anillo de Prosper en el dedo de Florence y la besó. Griselda se echó a llorar. Todos cenaron en buena camaradería en la posada White Rose. Griselda charló con Gabriel Goldwasser en alemán. Sus descripciones de la clínica y los psiquiatras la hicieron reír con inquietante placer. ¿Qué estaba haciendo Florence? ¿Qué estaba sucediendo?

No sucedía nada, replicó Florence. Gabriel le estaba echando una mano. Ahora era una mujer casada y respetable.

Griselda podría haber respondido muchas cosas y se las calló todas. Florence estaba relajada y sonriente, no se había relajado ni había sonreído desde que la exploró Dorothy. Griselda quería averiguar lo que sentía verdaderamente Gabriel Goldwasser. ¿Acaso estaba secretamente enamorado de Florence? Parecía amistoso y amable. Servicial. Sonriente. Wolfgang Stern afirmó que los pacientes a menudo se enamoran de sus enfermeras. Pero las enfermeras casi siempre eran mujeres.

**E**n octubre de 1908, la galería Ledbetter de Saint James Street, en Piccadilly organizó una exposición de las cerámicas de Philip Warren. Philip había estado trabajando todo el verano como Vulcano: una idea tras otra habían ido aflorando a la superficie de su imaginación y cobrado forma bajo sus dedos. Llevó a cabo con éxito varias cocciones. Prosper e Imogen fueron a visitarlo, entraron en el estudio que había pertenecido a Benedict Fludd y admiraron su obra. Imogen afirmó que necesitaba un espacio mayor que el de The Silver Nutmeg, y Prosper aseguró que Philip había igualado a su maestro. Días después regresó con Marcus Ledbetter, el dueño de la galería, quien afirmó que su obra debía darse a conocer.

Invitaron a todo el mundo a la inauguración, incluyendo a las facciones enfrentadas del Victoria y Alberto, y también a la familia de Todefright, a la familia de Purchase House, a los Wellwood de Portman Square, a August Steyning, a Leslie y Etta Skinner y a Elsie. Philip le dijo a Imogen que estaba seguro de que a Elsie le avergonzaría aceptar la invitación, pero que aun así lo correcto era invitarla. Invitó también a las damas de Winchelsea y Dungeness. Elsie se hizo un vestido con un retal de gorgorán negro azulado y un cuello de encaje que encontró en una tienda de Rye, tan antiguo y elaborado que parecía veinte veces más caro de lo que había pagado por él. Le puso una rosa de seda azul a un viejo sombrero y logró darle una apariencia muy elegante. Cuando llegó a la galería, que estaba llena de colgaduras de seda blanca y tenía estantes y anaqueles lacados en negro, por un instante, Philip no reconoció a su hermana, y pensó que tenía una figura de lo más interesante. Estuvo a punto de decírselo, una vez se recobró de su sorpresa, pero descubrió que se había apartado a hablar con Charles/Karl Wellwood. Los dos se reían. Geraint Fludd estaba esperando a su madre, que parecía frágil, pero hermosa. Griselda e Imogen lo miraron con curiosidad y lástima, para ver cómo se había tomado lo que debía de haberle parecido un rechazo súbito y misterioso. Vestía con mucha elegancia y estaba bebiendo más champán de la cuenta. Las cosas debían de irle bien en la City.

Incluso había ido Dorothy Wellwood. Su madre, muy hermosa de terciopelo rojo, le dijo:

—Ahí está Tom, escondido como siempre en un rincón. Ve y haz que hable con la gente. Cuando pienso en lo simpático que era antes.

Dorothy pensó en replicarle de mala manera, y luego pensó que en realidad le apetecía hablar con Tom. Parecía desvalido y dulce. Estaba bebiendo champán como si fuera limonada.

—Ven a ver las vasijas, Tom. Todo esto es obra tuya. Si no hubieses encontrado a Philip, cuando se escondía en el museo, nada de esto habría sucedido.

Tom respondió que sin duda Philip habría encontrado algún otro modo de abrirse paso. Philip sabía lo que quería.

Dieron una vuelta contemplando las obras.

Había muchas vasijas. En el centro de la exposición habían colocado un grupo de recipientes: cuencos, jarras y botellas estilizadas, con esmaltes formalmente abstractos, muchos de ellos de un oscuro color rojizo, como de lava fundida, en la base, y con una capa negra parecida al hollín en la parte superior, donde rugía una especie de mar azul oscuro con una cresta de formas espumosas que se alzaban y caían. Otras piezas tenían esmaltes intrincados y aleatorios que se apresuraban, trepaban, se desplomaban y dispersaban como fuerzas empujando las vítreas ondas del agua marina. Había verdes y grises y platas como agujas de aire en las profundidades. Dorothy se volvió para hablarle a Tom y descubrió que había desaparecido y que la presencia que notaba junto a su hombro era Philip.

—Esas están dedicadas a Fludd —le explicó Philip—. En su recuerdo. Algunas son ideas tuyas.

—Sí —respondió Dorothy.

—Aquellas de allí son mías.

El segundo grupo tenía esmaltes dorados o plateados, o ambas cosas mezcladas. Las vasijas estaban cubiertas con un enrejado de criaturas semihumanas que trepaban y se arrastraban, no los diminutos demonios del Candelabro de Gloucester, ni los minúsculos sátiros de la mayólica de Gien, sino figuras apresuradas y azacanadas: unas azules y brillantes con dedos de anfibio, otras negras, otras blancuzcas con las blancas melenas al viento, todas completamente distintas a cualquier cosa que Dorothy hubiera visto antes.

—Las vasijas parecen muy quietas —dijo Philip.

—En tus vasijas nada está quieto.

—Procuro que las cosas que normalmente no estarían inmóviles se paralicen. El agua del mar. Los animalillos del suelo. Hay que tenerlas en las manos para entender a qué me refiero.

Alargó el brazo y cogió una jarra dorada y redondeada con demonios plateados y negros como el carbón.

—Toma. Cógela.

—Me da miedo romperla.

—Tonterías. Tienes buenas manos. ¿Recuerdas?

Dorothy se quedó allí plantada con la vasija entre las manos, tenía el peso liviano y frío de una concha. En cuanto la sostuvo con sus dedos, sintió que era tridimensional. Era completamente distinta si una la medía con la piel en lugar de con

los ojos. Su peso —y el aire vacío del interior— formaban parte de ella. Dorothy cerró los ojos para notar cómo cambiaba de forma. Alguien dijo:

—Disculpen, señor, señora, debe usted volver a dejarla en su sitio, no está permitido tocar las obras.

Un hombrecillo estaba tirando a Philip de la manga.

—Puedo tocarlas, si quiero —replicó Philip—. Son mías. Las he hecho yo.

—Por favor, señor. Déjela donde estaba. Señora, por favor. —Tenía el cabello rubio pegado a una cabeza rubicunda. Insistió—: Tiene que comprender, todo el mundo quiere cogerlas, las vasijas parecen pedirlo, y si empieza usted...

—Déjala en su sitio, Dorothy —se rió Philip—. Al señor no le falta razón. —Se volvió al encargado y le dijo—: La señora está estudiando para ser cirujano. Tiene las manos firmes.

—Sí, señor. Aun así...

Dorothy devolvió la vasija a su estante.

—Podríamos salir a cenar —le dijo Charles/Karl a Elsie.

—¿Y cómo volvería yo?

—¿Volver adónde?

—Philip y yo nos alojamos en un hotel en Kensington.

—Te acompañaré.

—No puedo. Hazte cargo. Tengo que cenar con Philip y los... demás.

—Trataré de conseguir una invitación. Así podríamos... —dijo Charles/Karl.

—Esto no lleva a ninguna parte y lo sabes.

No obstante, él consiguió una invitación y se las arregló para sentarse a su lado, los dos se sintieron acalorados, llenos de vida y desesperados.

Julian estaba enamorado de Griselda. No se había dado cuenta en mucho tiempo. Le gustaba mantenerlo en secreto, incluso ante ella, en contraste con los constantes cuchicheos y las infinitas especulaciones del King's. También prefería guardar el secreto porque no detectaba indicios de que su amor fuese correspondido. Griselda disfrutaba con su compañía, porque era un hombre culto y la comprendía cuando decía cosas que sorprendían a la mayor parte de la gente. Pero estaba demasiado cómoda con él. No había apresuramiento de la conciencia. Discutió con ella la obra de Philip.

—Son vasijas muy turbulentas. Vasijas furiosas. Tormentas en jarrones y tazas de té. Criaturas que corren por doquier como gusanos en el queso. Recipientes elegantes en cuyo interior ruge la tormenta.

—Lo has captado muy bien. Eres muy inteligente.

—Ojalá pudiera hacer cosas, en lugar de opinar inteligentemente sobre lo que hacen los demás. Recuerdo cuando encontré a Philip, un pilluelo harapiento

escondido en una tumba en el sótano. Solo quería impedir que se colase en una propiedad privada.

Griselda rió.

—Y ahora le han comprado esa vasija de la inundación y la jarra alta por la que trepan las criaturas, para el museo.

—Es una historia muy buena.

—De los harapos a las riquezas.

—Bueno, en realidad a las obras de arte...

Dorothy volvió a pasar el fin de semana en Todefright. Se levantó temprano y encontró a Tom comiendo pan con mantequilla.

—Salgamos a dar un paseo —dijo—. Hace muy buen día.

Tom asintió.

—Si quieres.

—Podríamos ir a la casa del árbol.

—Si quieres.

Anduvieron por el bosque entre las hojas que empezaban a cambiar de color, amarillas y verdiamarillas, y que ya no tenían tanta vida como las hojas verdes, pero aún no eran crujientes y brillantes como las rojizas o escarlatas. De vez en cuando, caía alguna entre las ramas, descansaba en una ramita, caía un poco más, flotaba sin objeto y llegaba al mantillo que tenían bajo los pies. Dorothy trató de hablarle a Tom. No le habló de su trabajo, porque percibía en él una deliberada falta de interés. Le habló de las vasijas, y de los exámenes de Hedda y de las molestias que tenía Violet en los tobillos, de los que no le había hablado, y que en su opinión podían ser más graves de lo que pensaban. Tom apenas dijo nada. Le señaló varios faisanes y un conejo. El bosque olía a una profunda e incipiente podredumbre. Llegaron al rincón donde había estado, camuflada y secreta, la casa del árbol.

—Ha desaparecido —dijo Dorothy. Las pilas ordenadas de leña seguían allí.

—Sí —respondió Tom. Por un momento, su hermana pensó que lo había hecho él mismo, en un acceso de depresión o locura. Añadió—: Fue el guardabosques. No tenía derecho, son tierras del común, no están dentro de sus bosques.

—No me lo habías contado.

—No creí que te interesase, la verdad —replicó Tom tímida y miserablemente—. Al menos no mucho.

—Era la casa del árbol. Toda nuestra infancia.

—Sí —asintió Tom.

—Lo siento —dijo Dorothy, como si hubiese talado las ramas ella misma.

—No es culpa tuya —respondió Tom—. En fin, ya ves. ¿Adónde vamos ahora?



Olive llamó a Dorothy a su despacho, antes de que el calesín la llevara de vuelta a la estación.

—Ojalá vinieras más a menudo. Estoy preocupada por Tom.

El despacho había cambiado. Estaba repleto de muñecas extrañas, figuritas de cartón piedra, escenarios en miniatura y marionetas con los hilos colgados de los estantes. Obra de Anselm Stern, pensó Dorothy, dolida de que sus padres verdaderos pudieran estar trabajando juntos a sus espaldas.

—¿Qué crees que le ocurre a Tom? —dijo.

—No lo sé. Se muestra hostil conmigo. No me deja acercarme a él.

—Tal vez no lo intentas lo suficiente —repuso Dorothy, y deseó no haberlo dicho.

Olive movió la cabeza brevemente entre las manos y dijo en tono cansado:

—Desde luego tú no lo haces. Nunca vienes a vernos. Sé que pretendes salvar vidas y obrar milagros, pero estás demasiado ocupada para ocuparte de tu familia, o ser amable con ella.

Dorothy cogió uno de los títeres: una marioneta de una rata gris con un collar dorado y ojos como rubíes.

—¿Y de quién crees que lo he aprendido? —se oyó preguntar—. Mírate. Tom parece enfermo, y tu despacho está repleto de monigotes...

—Estoy escribiendo una obra de teatro. Con August Steyning. Acabamos de reservar el teatro Elysium para el año que viene. Nunca se habrá visto nada igual.

—Bueno, espero que tenga mucho éxito. De verdad. Pero creo que Tom está enfermo. Y tú eres su madre. No yo.

—¡Ah!, pero él te quiere y confía en ti, siempre habéis estado muy unidos.

Dorothy apretó los dientes, y empezó a rememorar la lista de todos los huesos del cuerpo humano, uno por uno, en su imaginación. Trabajo. Lo único que importaba era el trabajo. El de Olive estaba totalmente contaminado por el juego.

—Alguien debería obligar a Tom a crecer —dijo Dorothy.

—Ya ha crecido —dijo Olive, y luego añadió en voz baja—: Lo sé, lo sé.

—Tengo que irme. Perderé el tren.

—Vuelve pronto.

—Trataré de encontrar algún hueco —respondió Dorothy.

Olive soñó que el teatro era un cráneo. Lo vio asomar, sonriente y con una prístina blancura, en una calle sucia y neblinosa. Su forma nada tenía de sorprendente. Flotaba, en cierto modo, entre dientes, y estaba en una cúpula llena de objetos brillantes y voladores, pájaros y artistas del trapecio, ángeles y demonios, hadas e insectos zumbones. Se suponía que ella debía hacer algo. Esquivarlos, cogerlos, dirigirlos. Se arremolinaron en torno a su cabeza como las cartas de la baraja de Alicia, como un enjambre de abejas o avispas. No podía ver ni respirar y se despertó. Escribió el sueño. Escribió: «Siempre he concebido el teatro como el interior de un cráneo. Un libro puede sostenerlo una persona real, en un tren, un escritorio o un jardín. Un teatro es algo irreal y todo el mundo está dentro». Las exigencias de August Steyning la fascinaban y a veces la exasperaban. Tenía el esquema de una representación teatral a la que había que añadirle cosas. Tenía que haber un telón al final de cada acto, hacía falta un desarrollo y un clímax. «Su historia es como un interminable gusano —le dijo a Olive—. Debemos cortarla en segmentos y reconstruirla. Debemos ver la tramoya de que disponemos y utilizarla. Debe haber música.»

Anselm Stern afirmó que lo que necesitaban era una música como la de Richard Strauss. No, no, replicó Steyning, debía ser inglesa y feérica, algo entre «Mangas verdes» y *El anillo de los nibelungos*. Había un joven músico dedicado a recopilar canciones populares inglesas que sabría lo que les hacía falta.

La obra empezaba con el encuentro entre el niño sin sombra y la reina de los elfos, que tampoco tendría sombra. La iluminación era muy complicada. Discutieron sobre si debían escenificar el robo de la sombra por la rata y decidieron reservar la rata para un encuentro posterior. Steyning bautizó al niño Thomas, quería evocar a Thomas el rimador, no sería un príncipe de las hadas, ni un príncipe de ningún otro tipo, afirmó August Steyning, y Olive estuvo de acuerdo. Vadearía un mar de sangre, que podría simularse con luces rojas, y la reina le entregaría una rama de manzano plateada, como talismán y como fuente inagotable de comida, como ocurría en los mitos célticos. También le daría una bola de carbón que lo protegería en los momentos de necesidad. Era una lástima, afirmó Steyning, que no pudieran hacer que los helechos y los árboles atrapados en el carbón cobrasen vida de nuevo por arte de magia. Esbozó la parte trasera del escenario tal como la imaginaba, la dibujó al carboncillo y difuminó el polvo de carbón para producir sus efectos. El telón de fondo era una serie

de estratos negros y grises que descendían en diagonal. Discutió con Anselm Stern la posibilidad de hacer criaturas animadas y de que los duendes corrieran y bailaran a lo largo de los estratos. Stern afirmó que un maestro de marionetas podía ocultarse detrás y moverlos sucesivamente. Podrían aparecer y desaparecer. Steyning dibujó helechos y libélulas en el carbón, gris sobre gris. Olive les explicó que las plantas atrapadas en el carbón a veces cobraban vida —o muerte— al exhalar los gases de la descomposición interrumpida. Era el horror conocido como «gas asfixiante» que mataba de forma inesperada. *Dampf*, sí, respondió Anselm. Lo conocía. Y luego Olive le habló del gas venenoso, que se decía que olía a flores, a violetas, y de hecho era el monóxido de carbono. Y del tercero —y el peor de todos—, llamado grisú, que también procedía de la descomposición de las plantas antiguas y que se cuele por las rocas o sisea a través de las fisuras.

Se interrumpió, presa de los malos recuerdos.

Steyning estaba dibujando. Un demonio hecho de flores, un demonio hecho de cuerdas retorcidas, un demonio llameante con una corona de llamas sobre una melena flamígera.

—Yo podría hacerlos —dijo Wolfgang.

—Me recuerda al bombero —dijo Olive—. El minero vestido de lino blanco empapado, que sostiene una larga caña con una vela para quemar el grisú.

—Igual que un ballet —afirmó Wolfgang.

—Monigotes de tamaño real —dijo August—. Y un actor de verdad, un bailarín, envuelto en lino blanco mojado..., pero de todos modos me gustaría que las flores cobraran vida.

—Debe haber —dijo August— una heroína. Al principio tenemos a la reina blanca de los elfos, y al final a la reina de las sombras..., necesitamos una protagonista femenina. —Consideró la historia de Olive, como ella se la había resumido.

—Tiene usted ese personaje tan bueno, la silfo, que escapa de la tela de araña y luego no hace gran cosa. Creo que en la obra de teatro deberíamos sacarla de allí mucho antes, poco después de que Thomas entre en la mina, y así podría acompañarle y formar parte del grupo. Me gusta el gathorn, lo veo como una especie de Puck subterráneo. Un embaucador, pero útil. Y también me gusta la salamandra: Anselm y Wolfgang podrían hacer para que corriera por los estratos y se metiera en los agujeros de los túneles. Pero necesitamos una protagonista femenina. Una chica joven. ¿Podría escribir un papel para ella?

Era un «silfo», explicó Olive. Uno de los cuatro elementos de Paracelso: los silfos en el aire, los gnomos en la tierra, las ondinas en el agua y las salamandras en el fuego.

—La salamandra podría iluminarse con luz real cuando se aproximase el peligro

—sugirió Wolfgang.

—Le aterrorizaría seguir descendiendo —dijo Olive, empezando a imaginarlo—, necesitaría salir al aire libre.

—Espléndido. Trabaje usted en ello. Dele cosas que hacer. Haga que discuta con Thomas. Haga que se desvanezca en el ambiente subterráneo.

El final fue fácil de coreografiar. Olive no había llegado al final del cuento en el libro de Tom, que estaba concebido para ser interminable. El final sería el encuentro con la reina de las sombras, que estaría tejiendo sus intrincadas telas de arañas en el pozo más profundo de todos. Tuvieron una larga y agradable discusión sobre si debía de interpretarla o no la misma actriz, y decidieron que no. Estaría rodeada de murciélagos, gnomos de dientes afilados y ratas. Se produjo otra discusión, no menos agradable, sobre si las ratas debían ser actores o marionetas y decidieron que fuesen ambas cosas. La sombra de Tom tendría que reaparecer. Estaría bajo el influjo de la reina de las sombras y no querría subir a la superficie y volver a unirse a Tom. Olive dijo que no veía cómo iba a salir de aquel atolladero narrativo, pues la sombra estaba mejor viviendo independiente entre las sombras. ¡Ah!, respondió August, pero ahí es donde intervendrá la silfo. Le describirá el aire, y los colores, la hierba y los árboles.

—Tiene que haber magia al final —dijo Anselm Stern—. No puede terminar con una simple argumentación.

—Ahí es donde entran la bola de carbón y las flores —dijo August Steyning—. ¿No podrían los herr en Stern fabricar un amasijo negro de hojas y raíces que se abriera y dejase asomar unas preciosas flores e hilos de seda? ¡Ah! —exclamó emocionado—, la bola de carbón y la rama de plata emitirían luz, se haría la luz en la oscuridad.

Wolfgang afirmó que en *Peter Pan* habían querido utilizar una lupa gigantesca para representar al hada tras el cristal y habían fracasado. Pero, aun así, estaba convencido de que podía hacerse. Los tramoyistas de *Peter Pan* habían querido disminuir a una persona. Él quería ampliar una bola de carbón. Era más fácil.

—A la luz —insistió August—, el rostro de la reina oscura será gris verdoso.

Olive estaba preocupada por la sombra. Se le ocurrió una idea. Podían hacer un trato —como con Perséfone— y permitirle volver bajo tierra los blancos meses del invierno. Viajaría entre las raíces, dijo Anselm Stern. Los mitos suelen enredarse en torno a nosotros. Y la silfo iría a visitarla bajo tierra, entre los negros diamantes y las vetas de mineral.

August estaba dibujando al silfo, un ser delgado y fino de cabello blanco que estaba de pie como empujado por el viento.

Llevaban meses inventando aquel mundo. Pero, a diferencia de los cuentos de Olive, ahora tenían que hacerlo tangible, necesitaban alas, trajes, zapatos, luces, trampillas,

máquinas voladoras y máquinas de viento y escondrijos para los que tiraban de los hilos. August encontró dinero, y Olive convenció a Basil y a Katharina Wellwood para que invirtieran en la obra. Llegó un día en que se sentaron en los asientos carmesíes de terciopelo del público en el Elysium y asistieron a las audiciones para encontrar a las reinas de los elfos, las ratas, los gathorns, la silfo y a Tom.

Hasta ese momento, Olive no reparó en que August Steyning quería que una mujer interpretara el papel de Tom.

En aquellos días estaba ligeramente embriagada, muy tensa con el nerviosismo de la colaboración. Escribir cuentos o libros es una tarea enormemente solitaria, aunque la hagan amas de casa en momentos robados en torno a la mesa del comedor. Había recorrido un largo camino, desde Goldthorpe en la región minera de Yorkshire hasta aquel palacio de oro y terciopelo donde trabajaba en compañía de aquellos compañeros tan serios y sonrientes. Los apreciaba a todos y se enfrentaba a ellos sin dudarlos cuando tenía la impresión de que habían entendido mal un hilo narrativo o se habían apropiado de sus personajes y los habían cambiado de un modo inaceptable, pues había vivido con aquellas sombras en aquella soledad, y había amado, odiado y observado lo que hacían sin cortapisas.

En realidad, ella no era dramaturga. Lo comprendió durante las audiciones. Un verdadero dramaturgo crea personajes que pueden ser representados por actores. Un narrador crea sombras en la imaginación, autónomos y completos.

Lo peor de las audiciones —aparte de la impresión de ver a Tom interpretado por una mujer— eran los malos actores y las interpretaciones erróneas. Señoritas remilgadas que representaban a la aguda silfo en tonos dulzones y azucarados. Gathorns que no eran ni ágiles ni inteligentes, sino graciosos y engreídos. Reinas de la noche como damas de sociedad. Ratas que se parecían demasiado a ratas, cosa en principio difícil. También se daba el problema contrario: buenos actores que retorcían sus personajes, la reina de los elfos, el loblolly (que era solo una voz unida a una serpiente de gelatina y luces).

Pero lo peor fueron las mujeres que acudieron para conseguir el papel de Tom. Olive había tratado de enfrentarse a August Steyning. Si estaba probando a muchachos para el papel del gathorn, ¿por qué no para el de Tom?

Por la tradición de la pantomima, respondió August Steyning. Olive apeló a los alemanes, quienes replicaron taimadamente que la obra aludía a muchas tradiciones diferentes, desde la ópera wagneriana, hasta el teatro de marionetas. Tenía elementos del ballet, y elementos de la *commedia dell'arte*. Les gustaba la idea de que hubiese un personaje central con voz clara, no rota ni infantil y aflautada.

Olive era una mujer que concebía personajes masculinos y criaturas masculinas. Los exploradores subterráneos —Tom, el gathorn, la salamandra, el loblolly— eran

masculinos, igual que lo era la airada sombra de Tom.

Steynning afirmó que una mujer conseguiría mejor el elemento de máscara, de *übermarionette*, que quería.

Olive necesitaba complacer a Steynning.

El fragmento seleccionado para la audición era el encuentro entre Thomas y el gathorn. Una serie de muchachos con pinta de Puck conversaron con otra serie de mujeres con aire de muchacho y alguna que otra diva. El medio de Olive eran las palabras. Pensó: «Lucy Fontaine podría servir», e imaginó a Gladys Carpenter rechoncha. Sylvia Simon sonaba esperanzada, mientras que Daisy Bremner y Glory Gayheart parecían infantiles e irreales.

Las mujeres hacían la audición con falda. Lucy Fontaine tenía una voz agradable, clara y pechos y caderas bastante grandes. Olive cerró los ojos y escuchó:

«Me he perdido y temo que no saldré de aquí con vida. No sé adónde voy y menos aún cómo llegar allí. No dispongo más que de esta tenue luz y un mapa rudimentario».

Y el gathorn: «Tampoco es tan grave. Yo vivo aquí. Se puede disfrutar de la oscuridad, si uno llega a entenderla. Está repleta de riquezas inesperadas».

Y los niños/mujeres: «¿Quién eres? ¿Cómo puedes vivir aquí?».

—Se puede ver en la oscuridad, cuando uno se acostumbra. Aquí abajo hay criaturas que emiten su propia luz. Necesitas encontrar un loblolly.

—He visto cosas que brillaban o relucían a lo lejos.

—La mina está llena de espíritus. Unos son benévolos o amables, otros son engañosos. Y también los hay que son muy desagradables.

—Yo no pedí emprender esta búsqueda. Solo quería vivir en el campo.

«Basta, es suficiente», gritaba Steynning al llegar a ese punto. Olive trataba de cerrar los ojos y escuchar solo las voces. Aprendió varias cosas. Su protagonista estaba más asustado, y era menos valiente, que la mayoría de los protagonistas. Glory Gayheart, que era muy delgada, tenía una voz de contralto rotunda y segura. Lucy Fontaine tenía la mezcla exacta de desamparo, levedad y amabilidad. *Zu viel Brust*, dijo Anselm Stern. Daisy Bremner era infantil y animosa, Glory Gayheart sonaba operística, Sylvia Simon parecía asustada y no era guapa, aunque Olive pensó que sabía lo que estaba haciendo. Gladys Carpenter era alta y delgada, con el cabello corto y rubio. Su rostro era huesudo. Tuvo la suerte de que le diera la réplica el mejor gathorn de todos, un muchacho llamado Miles Martin, con una boca enorme que fruncía en una variedad de sonrisas y muecas, una voz áspera, una mata de cabello rizado y ojos grandes. Había ensayado toda una serie de ademanes para acurrucarse y esconderse, pero cuando Gladys hablaba, le escuchaba y ella le habló. Olive volvió a cerrar los ojos. La voz era asexuada y argentina. Era valiente aunque dejaba traslucir el miedo a la oscuridad. Abrió los ojos. Aquella chica se había metido en la piel del

muchacho que había imaginado.

—Temo que nunca saldré de aquí con vida.

Decidida, digna, desesperada.

—Servirá —afirmó August—. Es la única que no exagera la expresividad.

Ensayaron. Los Stern trabajaron con los muñecos, las marionetas, la salamandra, el loblolly y la bola de carbón. Steyning diseñó y volvió a diseñar el escenario. Ensayó con los grupos de máscaras: el gas venenoso, el gas asfixiante, el grisú, el bombero vestido de lino blanco con la caña y la vela, las ratas, los murciélagos, las sombras, las arañas. Escribieron nuevas escenas para que ocurrieran más cosas. Envolvieron a la silfo —una chica de diecinueve años que aparentaba catorce y se llamaba Doris Almond— en telas de araña. Cambiaron el material de que estaban hechas por algo que brillaba un poco y atrapaba la luz. La plataforma que se alzaba desde debajo del escenario se rompió. La arreglaron. Se descartaron las marionetas que eran demasiado pequeñas o ineficaces. Wolfgang Stern diseñó y rediseñó la bola de carbón. Fabricaron un telón pintado con helechos negros, libélulas negras y milpiés negros y monstruosos. Se imprimieron los programas. Se inauguró la obra. Steyning le había puesto un título: *Tom bajo tierra*. Olive no le había contado a Tom que habían adaptado su historia ni que le habían puesto su nombre. No había pensado en Tom mientras trabajaba. Los nombres se imponen a los escritores, se niegan a cambiar y llegan a ser realidades de la naturaleza, como las piedras, las plantas que son lo que son. Solo otro escritor, pensó Olive, cuando llegó el momento de hablarle a Tom Wellwood de la obra de teatro, la habría creído si se lo hubiese explicado. Tal vez a Tom le gustara que su nombre ocupase un lugar central en la trama.

Steyning envió invitaciones a la primera representación. Estaban impresas con mucha elegancia, con una rama de plata y una bola de carbón: «Olive Wellwood, August Steyning y la dirección del teatro Elysium le invitan a *Tom bajo tierra*, una nueva forma de obra teatral».

Tom abrió la suya en el desayuno. Olive lo estaba observando. Él se la leyó en voz alta a Violet, Florian, Hedda, Harry y Robin, que tenían sobres parecidos. Humphry estaba de viaje, en Manchester, pero volvería para la noche del estreno. Olive supo que debería decir algo..., que debería haberlo dicho ya.

—Así que el protagonista se llama Tom —observó Violet—. Eso está bien, Tom.

—Sí —respondió Tom—. Muy bien. —Su voz sonaba impersonal e inexpresiva, igual que la de Gladys Carpenter, pensó desesperada Olive—. Nadie me ha preguntado. Ni me han dicho nada.

—Era para darte una agradable sorpresa —repuso Violet.

—Hay mucha gente que se llama Tom —observó Hedda—. Es un nombre corriente.

—¿De qué trata? —preguntó Robin.

—Eso también será una sorpresa agradable —respondió Violet.



**E**l estreno fue el día de Año Nuevo de 1909.

Humphry y Olive se encontraban en el palco del señor Rosenthal, el empresario teatral, con su mujer Zelda, sir Laurence Porteous, un actor ennoblecido, y algunos políticos liberales. Los Stern estaban detrás del escenario, dirigiendo, manejando y manipulando los muñecos de tamaño natural, los hilos de las marionetas, el loblolly y la salamandra. Steyning estaba en el palco con los Wellwood, mucho más inquieto de lo que tenía por costumbre. Tenía la sensación de que solo él podía conseguir que la iluminación fuese perfecta: la marea de sangre, el gas asfixiante, el grisú, el brillo que surgía de la bola de carbón. Estaba sentado junto a Olive y, en un momento dado, la sujetó de la manga plateada y luego murmuró una disculpa.

Los niños Wellwood, con Violet, disponían de un palco solo para ellos. Dorothy no había asistido. Tom no vestía de etiqueta, pero iba muy pulcro y llevaba una camisa limpia y una chaqueta aceptable. Estaba sentado entre Phyllis, que vestía un vestido dorado de color caramelo, hecho por Violet, y Hedda vestida de seda verde mar con un collar de encaje. Violet estaba al otro lado de Phyllis. Iba vestida de negro, bordado de malva y lucía un broche con un camafeo en el cuello. Había colocado su preciosa silla dorada entre las sombras.

Los niños más pequeños, Florian, Robin y Harry, que ya tenían dieciséis, catorce y trece años, estaban agrupados detrás de Violet, limpios y peinados.

Tom apoyó el mentón sobre la barandilla de terciopelo del palco y miró hacia fuera. El palco estaba en la parte más alta de la cúpula, que era de color azul noche y estaba tachonada de estrellas. Ángeles dorados con trompetas plateadas flotaban en ella. Había una lámpara gigantesca, una cascada de gotas de cristal que contenía y esparcía la luz. Tom se quedó contemplando el vacío, paradójicamente abarrotado, las gárgolas de debajo de los palcos y los querubines soñolientos que había sentados debajo del escenario, que era un hueco aún más profundo.

—Dan ganas de saltar al vacío, ¿verdad? —dijo Hedda.

—No seas tonta —replicó Violet.

—Es como si te atrajera para que cayeras en él —insistió Hedda.

—Haces que me entren náuseas —dijo Phyllis con una sonrisa. Tom apoyó aún más la cabeza en el hueco que quedaba entre los brazos.

La orquesta llegó, se instaló, acomodó y emitió los habituales sonidos chillones, estridentes y discordantes para afinar los instrumentos. Luego empezaron a tocar. En la música se reconocían danzas ligeras, como remolinos de aire que esparcieran las

hojas y una especie de deriva absorbente y lúgubre del clarinete y los fagotes. El telón, con sus murciélagos y arañas, se apartó y reveló un jardín rodeado por una tapia e iluminado por la luz de un sol artificial, en el que una rata del tamaño de un hombre correteaba y bailaba al son de la flauta y el tambor llevando en sus dientes, que eran afilados y relucientes, una red de color gris fuliginoso que extendió empleando las patas delanteras, para mostrar una forma humana, de color gris ceniciento y sin vida. Volvió a enrollarla y saltó la tapia del jardín.

El niño sin sombra salió al jardín. Se sentó en un banco y empezó a tocar la flauta. Cantó una balada. Era una mujer. Tom se sintió asqueado. Vestía jubón y calzones y tenía las piernas muy esbeltas. Llevaba una gorra de piel dorada y plateada. Tenía los labios rojos y las uñas de los dedos pintadas. Aunque movía las caderas como un chico, eran caderas de mujer. Otro niño —uno de verdad— salió al jardín y los dos se pusieron a jugar y charlar, el segundo niño dijo: «Mira mi sombra» y la proyectó en el césped. Y entonces Tom, se llamaba Tom, descubrió que estaba solo y no tenía sombra.

La historia avanzó. Tom la conocía e ignoraba. Se le puso la carne de gallina. Apareció la reina de los elfos —ella tampoco tenía sombra— y le habló a Tom. La escena cambió. Estaban en un brezal despoblado, con una grieta que era una puerta en la pared de roca del telón de fondo. La luz roja derramaba sangre desde los laterales. La orquesta emitía sonidos sanguinolentos. Tom recordó a Loïe Fuller en París. Se negó lúgubre a dejar de lado su incredulidad. La mujer-Tom estaba hundida hasta las rodillas en la luz sangrienta y se tambaleaba dramáticamente.

Tom ocultó la cabeza tras los brazos. Phyllis le dio un golpecito de reproche en el hombro. «Tienes que mirar», siseó. «Estoy mirando», musitó Tom. La negra caverna engulló a la mujer Tom. «Cartón piedra —pensó Tom—, y proyecciones de linterna mágica, y humo soplado con fuelles.» No se paró a pensarlo, pero supo que estaba siendo sometido a una prueba o examen. No debía creer ni un instante, ni siquiera un segundo. La prueba consistía en no dejarse embelesar por la ilusión. El Tom-objeto encontró una especie de estalactita o estalagmita, una columna blanca en la oscuridad, que susurraba incomprensiblemente al son apagado del timbal que imitaba el latido de un corazón. El niño-mujer y la persona que interpretaba al gathorn encontraron una grieta en la columna y empujaron. El escenario estaba repleto de ondulantes pañuelos blancos. Las flautas y los *piccolos* chillaban. La silfo surgía de su envoltura, extremadamente pálida, con un precioso cabello blanco. Bailaba sobre las puntas. Su semblante era tan blanco como su cabello. De nuevo Tom ocultó la cabeza tras los brazos, y otra vez Phyllis volvió a darle un golpecito. Violet dijo: «Siéntate bien, Tom», y él se encogió de hombros y se incorporó. Violet estaba muy rígida y llena de desaprobación o algo más ominoso. Le habló como si fuese diez años más joven de lo que era.

Llegó el intermedio, el público aplaudió encantado y se oyó el murmullo de los comentarios.

—Es muy evocador —dijo Hedda—. Los muñecos están muy bien concebidos. Resulta siniestro, ¿no crees, Tom?

Tom se disculpó y salió dando tumbos en dirección a los lavabos. Hizo cola con otros hombres anónimos, entró, orinó en la porcelana y trató de no pensar, tal como se había ejercitado en hacer y no hacer.

Volvió al palco. Ni pensaba ni creía nada. No había duda de que le habían arrebatado algo, pero en aquellas luces, contra aquel telón de fondo, resultaba artificial y fútil y no valía la pena lamentarlo.

Llegó el final. La luz y los helechos de seda se desplegaron de la bola de carbón con múltiples verdes y dorados.

El público, del mismo modo, estalló en gritos de aprobación y empezó a entrecuchar las manos.

—Deberías aplaudir, Tom —dijo Phyllis, aplaudiendo encantada.

Tom aplaudió, para que se callara. Desde donde estaban se veía el palco de Olive. La gente aplaudía y señalaba hacia allí. Ella se asomó con August Steyning e inclinó la cabeza ante los gritos y los aplausos.

Tom pensó: «Estamos encerrados en estos palcos y no hay forma de salir de aquí».

Sabía que no podía pensar en su madre. Estaba encerrado en un palco, y no podía hacer nada.

—Tengo que salir —exclamó—. Aire, necesito aire. —Apartó la silla dorada, encontró la puerta en la negra garganta del palco y salió a trompicones.

Así que cuando Olive llegó con Humphry a que sus hijos la besaran y felicitaran, Tom no estaba allí. Estaba cegada por el éxito, el pelo se le soltaba y tenía que volver a colocárselo. No había vuelto a mirar en el armario de su imaginación en el que había guardado todas sus preocupaciones sobre Tom Wellwood y *Tom bajo tierra*. Funcionaría. Todo saldría bien. Violet dijo: «Confío en que estés contenta», y Olive miró a sus hijos, los besó y preguntó a su hermana en voz baja:

—¿Dónde está Tom?

—Dijo que iba a tomar el aire.

—Hace mucho calor —respondió Olive—. Espero que le gustara la obra.

—A todo el mundo le ha gustado —repuso Violet—. Y no me extraña.

A Olive le dieron un gran ramo de rosas rojas, lirios y jazmines de Madagascar en un jarrón de plata tan grande que tenía que sujetarlo con ambos brazos, lo que dificultó aún más la colocación del cabello. Vestía una falda rígida de seda negra, bordada con flores doradas y una camisa plateada, con el cuello fruncido. Humphry le había regalado un collar de cuentas de ámbar. Era un regalo para la noche del estreno.

Había insectos atrapados en algunas de las cuentas: uno era una mosca de alas de filigrana, con millones de años de antigüedad, que había dejado rastros en la cuenta traslúcida de su esfuerzo por escapar de la savia pringosa.

—Me pareció lo más apropiado —le había dicho Humphry—. No podía regalarte una bola de carbón.

Olive le besó.

—Te quiero, Humph —dijo—. Hemos recorrido un largo camino desde que montamos el *Sueño* en Hackney.

—Muy largo y no tanto —respondió Humphry, y le devolvió el beso.

La gente pasó a felicitarla. James Barrie, que aseguró estar conmovido; Bernard Shaw, que dijo que Olive se las había arreglado, cosa difícil, para complacer con inteligencia a la multitud; y H. G. Wells, que afirmó que la obra era una alegoría, lo que hizo fruncir el ceño a Olive. Pasaron varios fabianos, y los Wellwood de Portman Square, aunque Griselda y Julian Cain no habían podido asistir y llegarían con un grupo de Cambridge el fin de semana siguiente. Prosper Cain también faltó: su mujer estaba a punto de dar a luz y no se encontraba bien, les dijeron.

—¿Dónde está Tom? —preguntó Olive.

—Se ha pasado la obra durmiendo —respondió Hedda, implacable.

—No exactamente durmiendo —objetó Phyllis—. Más bien con la cabeza apoyada entre los brazos.

—¿Dónde está?

—Sabes que detesta las multitudes —respondió Violet—. Ya aparecerá.

Se celebró una fiesta. Hubo champán y risas excitadas. La gente les preguntaba a los alemanes cómo lo hacían, y ellos respondían que era un antiguo arte alemán renovado. Todo el mundo abrazaba a los alemanes y besaba a Olive, una y otra vez. Las cuentas del collar se le enganchaban con las flores, se le soltó del todo el pelo, y Humphry afirmó que era la reina blanca, quitó las flores y fue a buscar a uno de los encargados de maquillar a los actores para que volviera a peinarla con una rosa roja en el cabello. Steyning estaba criticando la regulación de algunas luces.

—¿Ha visto alguien a Tom? —preguntó Olive.

Nadie lo había visto. Violet repitió que no le gustaban las multitudes y que ya aparecería.

Tom se puso el abrigo y se escabulló del teatro, de donde el público entusiasmado empezaba a salir al iluminado Strand. Empezó a andar. Siguió por el Strand, bajó por Whitehall y llegó a las Casas del Parlamento y el puente de Westminster. Anduvo por el puente, donde se detuvo un momento, apoyó los codos en la pasarela y miró hacia el río, que corría negro y raudamente empujado por el reflujo. Recordó que Hedda, en el

teatro, había dicho que uno siempre sentía la tentación de saltar, de arrojarse al vacío. No supo cuánto tiempo pasó contemplando la negra superficie del agua. Luego siguió andando, cruzó el puente y giró hacia el sur. Anduvo por calles bien iluminadas y por calles sombrías. De vez en cuando, le adelantaba un tranvía eléctrico emitiendo un gemido y repleto de luz amarilla, pero no se le ocurrió subir a ninguno. Le daba igual adónde ir. Lo único que importaba era seguir andando, estar andando, emplear su cuerpo y no su imaginación. Deambuló erráticamente por el sur de Londres. Se vio a sí mismo cruzando la extensión de Clapham Common, cuyos estanques y árboles parecían negros y sombríos bajo la escasa luz. Uno sabía que había salido de Londres cuando la corteza de los álamos dejaba de estar cubierta de hollín. Londres era una criatura que crecía y degeneraba con precipitación: las hileras de casas subían y bajaban. Las grúas se recortaban como esqueletos contra el resplandor de las farolas; había cobertizos en la calle para los que excavaban desagües y canales para los cables. Sentía la suciedad del aire en los pulmones. Siguió andando y llegó a Dulwich Village, que era bonito, pese a estar rodeado por los tentáculos de la ciudad. Se encaminó hacia Penge, esquivando Croydon. No seguía ningún plan. Quería escapar de la suciedad, el ruido y la muchedumbre, y dirigirse a los Downs del norte donde sabía el terreno que pisaba. En ese momento, pensó que se dirigía a Todefright y a su casa. ¿Adónde iba a ir si no? Se apresuró, con un paso largo, elástico y regular. «Soy —se dijo a sí mismo— un experto en no pensar.»

Olive y Humphry leyeron las críticas mientras desayunaban en Londres. Se quedaron extasiados. *The Times* señalaba que, al igual que *Peter Pan*, *Tom bajo tierra* había empleado las viejas formas teatrales —la pantomima y el ballet— de un modo novedoso. *Peter Pan* era una obra para niños con profundidades ocultas que revelaba verdades ocultas sobre la infancia y la maternidad. *Tom bajo tierra* estaba concebida para adultos, aunque su forma era la de los antiguos cuentos de hadas, los lugares «bajo las montañas», combinada con imágenes tomadas de los negros enanos wagnerianos y la minería contemporánea. Esta obra poseía la magia de *Peter Pan* combinada con algo siniestro y germánico, la intensidad negra y brillante y el absurdo del mundo de los títeres y las marionetas. El crítico incluso citaba el ensayo de Kleist sobre la superioridad de las marionetas y sus gestos puros. Algo así había vivido aquella noche un público subyugado.

—Eres una heroína —dijo Humphry, y la besó.

—Quisiera saber qué es lo que le ha pasado a Tom.

—Siempre se va por su cuenta. No le gustan las multitudes. Aparecerá.

—Sí, eso creo.

Volvieron a Todefright en tren.

Al amanecer, había llegado a los límites de la ciudad. Vio las estrellas, igual que el borde de la fuliginosa mortaja londinense, siguió adelante y vio salir el sol, por encima de los Downs del norte, mientras empezaba la ascensión hacia allí. Conocía los senderos de los boyeros y los caminos abandonados de los Downs y el Weald. Se detuvo junto a un bebedero de caballos, se llenó las manos de agua y bebió. El agua estaba muy fría: estaban a principios de año, pero no había escarcha, y el suelo estaba seco, no cubierto de barro. Iba de vuelta a casa. Tardaría un día o así en llegar. Compró una barra de pan en una tienda cerca de Badgers Mount.

Una periodista de *The Lady* fue a entrevistar a Olive. Escribió acerca de Todefright bajo la luz invernal.

Vive en la casa perfecta para una escritora tan encantadora y apegada a la tierra al mismo tiempo. Le sugerí que el nombre de Todefright tenía algo mágico e inmediatamente me corrigió. Todefright deriva del nombre de un anfibio y de un antiguo término de Kent que significa «prado». ¡Nada de muertos ni espectros! Es una casa cálida y agradable, llena de platos y vasijas extrañas, con muebles modernos tallados a mano que parecen tener siglos de antigüedad. Hay un agradable césped para que jueguen los niños, al borde de un bosque razonablemente misterioso. La señora Wellwood tiene siete hijos cuyas edades van de hombres y mujeres jóvenes a varios colegiales, ¡y todos ellos han sido los primeros y privilegiados lectores y oyentes de los fascinantes cuentos de la señora Wellwood! La casa entera está imbuida de su presencia: bates y pelotas, maquetas y libros de ejercicios, nada de encerrar a los niños en la sala de juegos donde no se les vea ni se les oiga.

Hablamos de sus maravillosas creaciones, la silfo y el gathorn, y de la espléndida actuación de la señorita Brettle y el señor Thornton en dichos papeles. ¿Le había gustado el reto de trabajar con actores no humanos, con figuras de tamaño real y minúsculas marionetas? Habló con entusiasmo de la innovadora iluminación del señor Steyning, y de las habilidades de la familia Stern, de Múnich.

La entrevistadora no quería abandonar la casa encantada. Violet le sirvió un café, y Humphry la llevó a la estación.

—¿Dónde crees que está Tom, Vi?

—Seguro que rondando por ahí.

—Esa mujer quería hablar con él.

—Probablemente por eso mismo no está aquí. No es tan espiritual como para que no se le ocurra esconderse por un tiempo.

Tom se había metido de pronto en un atolladero. Había encontrado un granero al borde de un bosque, en un campo de rastrojo, había entrado y había encontrado troncos apilados y balas de paja. Así que se había tumbado sobre la paja con los brazos abiertos y se había dedicado a escuchar a los ratones y a las cornejas que graznaban en el bosque.

Cayó en un duermevela y despertó sin saber dónde estaba o por qué. Un hombre con una lanuda barba blanca y gris y un sombrero aplastado lo estaba mirando con expresión siniestra.

—Lo siento —dijo Tom. El sonido de su voz le pareció extraño—. No he roto nada.

—No he dicho que lo hayas hecho.

—Seguiré mi camino.

—¿Y adónde vas?

Salieron al campo y miraron hacia la línea del horizonte.

—Allí, creo. A Todefright.

—Sí, es allí. Coge el camino junto al bosque y tuerce a la derecha y, con suerte, llegarás a la carretera. ¿Tienes hambre?

—Un poco —reconoció Tom. Había tratado de fatigarse, y se alegró de comprobar lo despacio que pensaba y que su hambre no parecía formar parte de él. El anciano le ofreció una manzana, una jugosa manzana roja y amarilla, que Tom mordió. El anciano le ofreció después un trozo de empanada desmigajada, que contenía sobre todo verduras, un poco de nabo, unas zanahorias y un poco de cebolla.

Salieron al camino a plena luz, y Tom volvió a emprender la marcha, sobre el blanco camino y la hierba corta de la ladera, en dirección a la línea del horizonte.

El modo más sencillo de volver a casa era llegar a la carretera principal que bordeaba Biggin Hill y se dirigía al sur hasta Westerham. Se detuvo en una loma, sintiendo el viento frío en el cabello y miró en derredor.

Luego giró a la izquierda, no a la derecha, hacia Downe, y luego continuó en dirección este, hacia el corazón de los Downs del norte.

Su intención era agotarse. Mientras andaba y los músculos se estiraban y contraían, veía su cuerpo como algo externo a él.

Pensó: «Al fin y al cabo, nunca he tenido gran cosa en la cabeza».

Estuvo pensando, inmerso en un mundo irreal, al menos otro kilómetro. Una criatura trataba de materializarse en su cerebro, un niño-mujer con un casquete de pelo rubio, piernas esbeltas con calzones negros, un nada creíble jubón verde Sherwood con un elegante cinturón ancho de cuero con hebilla de plata. Se resistió.

Lo imaginó sangrando, cubierto de sangre. Trató de dejar de pensar.

Lo logró concentrándose en sus pasos hasta que trastabilló.

Vio un halcón en el cielo y eso lo alegró por un momento. No se preguntó adónde iba. No tenía importancia. No iba a volver a casa. Los Downs estaban vacíos y él también. Estaba pletórico de energía e incluso pensó en echar a correr.

Olive le envió una carta a Dorothy. Persuadió a Florian de que la llevase en su bicicleta a la estación para asegurarse de que llegaría antes.

Quisiera saber si has visto a Tom. Salió del teatro después de la obra: todo el mundo estaba hablando y no le gustan las muchedumbres. Me pareció natural que se escabullera, pero han pasado tres días y no ha vuelto. Recuerdo que cuando desapareció la otra vez, lo encontraste en una especie de escondrijo que teníais en el bosque. ¿Crees que tal vez podría estar allí? ¿Cuándo podrás venir a casa? Todos hemos estado muy nerviosos con la conmoción que ha producido la obra, pero estoy preocupada por Tom. Espero que el trabajo te vaya bien.

Mordisqueó la pluma y escribió:

Debería decir, y no lo he dicho, lo mucho que admiro tu determinación y tu esfuerzo. Dices que los has heredado de mí. Me gustaría poder creerlo.

Se quedó sentada allí un rato. Contempló el césped inmóvil por la ventana.

Quería decirle por qué estaba tan preocupada por Tom. Pero no podía contarle a Dorothy que no le había dicho a Tom toda la verdad sobre la obra. Había movido la cabeza y fruncido el ceño al ver el título de la obra en los programas de mano y luego en los carteles, pero luego había asistido con mucha resignación al estreno.

Tom estaba haciendo lo que hacía siempre con las dificultades: convencerse de que no existían siempre que no las nombrase. Lo conocía, era su hijo adorado. Había sido ella quien había elegido el título *Tom bajo tierra*.

No era más que un cuento de hadas.

No lo era.

Dorothy respondió.

No creo que Tom esté en la casa del árbol, de hecho sé que es imposible, porque me llevó allí y me explicó que el guardabosques la había cortado para hacer leña. No parecía muy disgustado, pero nunca lo parece.

Todavía no he visto la obra. Recibimos las entradas que enviaste, y tenía intención de ir este fin de semana con Griselda, Charles, Julian Cain y una



amiga mía médico. Pero tal vez sea mejor que vaya a casa. ¿Qué te parece?

Olive respondió:

«Por favor, ven a casa. Seguimos sin tener noticias de Tom. Violet dice que estamos haciendo una montaña de un grano de arena, pero ¿qué va a decir?».

Selló la carta, y escribió varias cartas de respuesta a amigos y espectadores acerca de la originalidad de *Tom bajo tierra*.

Tom había llegado a lo alto de los cerros de los Downs del norte. Siguió andando. Cruzó lo que pensó que debía de ser la carretera de Londres: la cruzó sin mirar a izquierda ni a derecha y vio un carro que avanzaba lentamente hacia el sur y un automóvil que traqueteaba con sus pasajeros velados y envueltos en bufandas hacia el norte. Llegó a un cruce con una señal indicadora borrosa y difícil de interpretar. Decía que podía seguir por la carretera hasta Labour-in-Vain. Le gustó el nombre, así que siguió por aquel camino hasta llegar a lo que apenas podía llamarse una aldea. Eso le desvió un poco más al sur, y luego volvió a desviarse hacia el este y descubrió que había ido a parar al Camino del Peregrino, el antiguo camino que habían seguido los peregrinos para visitar la tumba de santo Thomas Becket, en Canterbury. Eso también le gustó. Siguió a pie hacia el noreste y luego continuó por el camino a lo largo de los Downs hasta llegar a Charing Hill y Clearmount. El camino discurría por el lado sur del bosque de Frittenfield y al llegar al final del bosque se desvió hacia el suroeste, siguiendo una señal que decía «Digger Farm». Desde allí atravesó los prados comunales y las ciénagas de Hothfield. Eso le llevó hasta la vía del ferrocarril que iba de Sevenoaks a Maidstone. Subió a la vía y se plantó entre los raíles relucientes. Pensó que podía quedarse allí a esperar. Luego se encontró al otro lado y esperó a ver pasar la máquina echando vapor y carbonilla ardiente y moviendo los atareados pistones. Recordó las conversaciones sobre la muerte de Stepniak. Podría...

Siguió adelante y atravesó el Weald en dirección suroeste. Los prados y las marismas de Hothfield. Cruzó el río Great Stour en un lugar llamado Ripper's Cross. El Weald estaba hecho de arcilla pesada y dura, y seguía cubierto de una mezcla de antiguos bosques de roble y retorcidos bosques de espinos y abedules. A lo largo de los años, lo había recorrido en su mayor parte. De hecho, lo único que había hecho en su vida era recorrer aquel antiguo pedazo de Inglaterra. El Camino del Peregrino y las ciénagas le recordaron a Bunyan, y el pozo de desesperación. Lo había leído una y otra vez de niño, tal vez una vez cada dos semanas, viviendo el camino hacia el cielo, sin entender una palabra de teología. Recorrer aquella tierra era como formar parte de un cuento inglés. Había leído *Puck, el de la colina Pook*, que el señor Kipling le había enviado a Olive con una nota llena de admiración. Había leído el cuento de *La*

*huida de Dymchurch*, donde todos los fariseos, la gente de las colinas, corría a la playa a medianoche para abandonar el país que ya no creía en ellos. Sabía, era una de esas cosas que le turbaba saber, que Purchase House no era una referencia religiosa a la redención de los pecadores, sino la antigua denominación de un lugar de encuentro de *pucceles*, pequeños Pucks. O tal vez, pensó, fuese ambas cosas, la lengua inglesa es así. Lo mezcla todo. Estaba haciendo una especie de peregrinaje por el barro inglés, la creta inglesa y los antiguos bosques ingleses.

No se preguntó adónde. Seguía los postes indicadores que conducían a sitios cuyos nombres le gustaban. Ahora no tenía en la cabeza una imagen de un cuento. Solo el esquema: un caminante andando por Inglaterra. Lo raro era que lo veía (siempre veía los cuentos en su imaginación) solo en matices de blanco, crema y plata, un cuento blanqueado, del color de los esqueletos de las algas, o incluso de los animales y las personas.

Hoad Wood, Bethersden, Pot Kiln, Further Quarter, Middle Quarter, Arcadia, Bugglesden, Children's Farm, Knock Farm, Cherry Garden, Maiden Wood, Great Heron Wood, y luego, de pronto, se topó con un curso de agua que reconoció como el Real Canal Militar, construido como defensa contra una invasión de Napoleón. De repente, había llegado al límite de la marisma de Walland. El canal corría en dirección este-oeste entre altas orillas. Había libélulas y ranas gordas y alargadas. Lo siguió en dirección este, lo cruzó y se desvió hacia el sur por un camino que llevaba a Peartree Farm, pasaba junto a Newchard, luego conducía a Rookelands, Blackmanstone, pasaba Saint Mary in the Marsh y llegaba a Old Honeychild. Ahora estaba propiamente en las marismas, atravesadas por cursos de agua. Al sureste de Honeychild, atravesó el nuevo desagüe. Pasó entre Old Romney y New Romney, sobre tierra que había sido arrojada allí por el empuje constante del mar y se había hecho habitable para las ovejas mediante la construcción de diques. Galdesott, Kemps Hill, Birdskitchen. Bordeó Lydd y el campamento militar con sus campos de tiro y sus blancos de ordenanza en los desolados bancos de guijarros. Salió de Lydd a través de la marisma de Denge, pasó por un sitio llamado Boulderwall. La superficie de la tierra era vasta y llana, surcos y crestas de cantos rodados, con tiras de líquenes verde grisáceos aferradas a los lados protegidos del viento. Atravesó los guijarros de la marisma de Denge, entre las negras cabañas de madera, la maquinaria oxidada de los barcos, los botes de pesca boca abajo. Pasó el Halfway Bush y las charcas donde flotaban y chillaban las aves marinas. Siguió hasta la punta de Dungeness, más allá del lugar donde la vía férrea terminaba sin más en los guijarros, al pie del cobertizo del guardacostas.

Piénsese en lo que es andar sobre cantos rodados. Cada vez que se apoya el pie, se nota el contorno de las piedras, duras y recalcitrantes, bajo las suelas de los zapatos. Se deslizan traicioneras delante de uno y a los lados, y uno se inclina para

recobrar el equilibrio y enfrentarse al viento que por lo general sopla con fuerza desde la orilla, le echa el pelo hacia atrás, entra a través de los conductos en espiral de los oídos y busca a tientas su cerebro. A Tom le gustaban aquellos cantos rodados. Eran fragmentos de las enormes rocas de los acantilados de la costa inglesa, rocas que habían sido de blanda creta y duro pedernal y que ahora había redondeado el agua al frotarlos unos contra otros. Todos eran iguales, aunque ninguno fuese exactamente idéntico a los demás, pensó Tom complacido con la idea, igual que las personas, innumerables como... ¿era como las estrellas, o como los granos de arena? ¿Y de dónde era aquella cita? No tenía importancia. Aquel era un lugar agradablemente duro. Siguió andando y trepó hasta lo alto de la creta de cantos rodados, y oyó y contempló el mar. Aquello era el final de Inglaterra. Había llegado al final de Inglaterra.

Era tarde. Se sentó, todavía con los zapatos y el abrigo de ir al teatro, ambos polvorientos y sucios de barro. En su imaginación, el peregrino blanco, se sentó sobre un blanquecino lecho de guijarros.

«¿Y ahora qué?», le preguntó Tom al peregrino, aunque conocía de sobra la respuesta.

Se quedaría allí hasta que se pusiera el sol.

Examinó algunos guijarros. Había uno roto con un brillo marmóreo en la faceta fragmentada. Otro, más blancuzco, era casi totalmente redondo. Otro tenía un agujero. Estos últimos eran, o fueron, mágicos: se veía el mundo invisible a través del agujero. Era una piedra llena de bultos, gris con motas de óxido y manchas blancas y peladas donde todavía quedaba un poco de creta. Por dentro, el agujero estaba perforado como una colmena y también era blanquecino. Tom lo cogió y miró hacia el mar a través del hueco.

El mar en Dungeness es todo menos plácido. Los guijarros vienen y van, y las aguas del canal se arremolinan, silban y rompen en forma de olas coronadas de espuma blanca que azotan y absorben sucesivamente los guijarros, que rechinan sin cesar. El agua, el viento y los cantos rodados de la orilla hacían ruido, todos iguales y distintos entre sí.

Por debajo de las olas hay una corriente como un remolino que absorbe y empuja hacia el otro lado de la punta, en dirección al canal de la Mancha.

Tom contempló la puesta de sol, hacia Beachy Head, en el canal.

Desde luego las estrellas eran innumerables, como la arena, como los cantos rodados.

Se había esforzado por cansarse y dejar de pensar, pero aún no lo había logrado.

Hizo lo siguiente que tenía que hacer. Pensó —confuso, como un animal— en su abrigo y sus zapatos. Lo entorpecerían. Serían un obstáculo. Se los quitó y dejó los zapatos sobre el abrigo. Ignoraba si la marea subiría hasta allí y se los llevaría. Le

traía sin cuidado.

Echó a andar otra vez. Descendió por la pendiente de guijarros y se metió sin dudarlo entre las olas, bajo el azote del viento, la espuma y la poderosa corriente. Estaba andando sobre los guijarros, con los calcetines empapados, cuando resbaló y una ola lo arrojó hacia la corriente. No se resistió.

**D**orothy y Griselda habían vuelto a Todefright. Dorothy le había explicado a Griselda que Olive estaba preocupada por Tom. Le habló de la casa del árbol, cuyo destino, por alguna razón irracional, hacía que también Dorothy se sintiera preocupada por él. Griselda respondió que Wolfgang los había invitado a ir detrás de bambalinas al acabar la representación para ver la complicada maquinaria que hacía funcionar los títeres y las marionetas. Ya habría otra ocasión, afirmó Griselda. Dorothy pensó, y no por primera vez, que Griselda parecía conocer mejor a Wolfgang y sus aficiones que ella misma, aunque fuese hermano suyo. Medio hermano, como Tom.

Cuando llegaron a Todefright, Olive estaba dando vueltas por el vestíbulo, atrás y adelante, como una lanzadera en el telar. Tranquilízate, le decía Humphry observándola. Violet preparó el té para Griselda y Dorothy. Todo el mundo en la casa estaba en danza y miraba por las ventanas: Hedda iba de aquí para allá, Violet estaba en la cocina, Phyllis y los niños aguardaban en la sala de juegos. Griselda con voz apagada le dijo a Olive que la recepción de la obra había sido extraordinaria.

—¿A qué te referías con lo de la casa del árbol? —preguntó Olive.

—Cuando vine la última vez, le propuse ir a la casa del árbol. Él no me dijo que la habían talado. Se limitó a llevarme allí. Me pareció..., me pareció poco amable por su parte. —Hizo una pausa—. Pero típico de él.

—Muy típico —respondió Olive.

—Hay un automóvil en el camino —dijo Hedda—. Hay un chófer y otro hombre, y una mujer con uno de esos velos. Se están apeando. Se parece a Marian.

Había adoptado aquel modo de referirse a Marian cuando se dedicaba a espiar a hurtadillas de niña. Es posible que no lo hubiera empleado de haber estado menos nerviosa. Humphry le echó una mirada torva.

El coche resultó pertenecer a Basil Wellwood. El pasajero, una vez despojado de las gafas y la chaqueta de cuero, era Charles/Karl. Entraron en el vestíbulo y se quedaron allí callados.

—Tenía la esperanza... —dijo Marian Oakeshott, dirigiéndose a Humphry— de poder hablar con usted en privado.

—Estamos todos aquí... —dijo Olive—, estamos todos porque... Puede hablarnos a todos.

Violet cogió la chaqueta de Marian y la de Charles/Karl. Griselda lo miró perpleja.

—Estaba de visita... —dijo—, cuando... La señora Oakeshott tiene algo que comunicarles.

—¿Por qué no pasan y se sientan? —dijo Violet.

—Cuéntanos, Marian, por favor —añadió Humphry.

Marian Oakeshott explicó que habían encontrado un abrigo ligero, un abrigo de ciudad, y un par de zapatos en los cantos rodados de Dungeness. No tenían etiqueta con el nombre. No estaban mojados. El abrigo lo había hecho un sastre de Sevenoaks. En los bolsillos había trece bellotas, una castaña y media docena de guijarros de la playa. Y un programa de *Tom bajo tierra*. Doblado una y otra vez, para hacerlo muy pequeño. Todo estaba bajo la custodia del guardacostas. Tenía que añadir que Ann, la hija de Elsie Warren, había visto pasar desde la ventana a alguien vestido con esa ropa. Afirmaba que era un joven alto, rubio y delgado, y que andaba, según sus palabras, «demasiado deprisa». Tal vez aquello no tuviera ningún sentido. Afirmó que todos recordaban a Benedict Fludd y dijo:

—Nunca me lo perdonaré si les he preocupado innecesariamente.

—Me temo que hay pocas esperanzas de que así sea —replicó Humphry.

—Insisto en que deberíamos sentarnos —repitió Violet.

Dorothy cogió a Olive —con torpeza, por el antebrazo— y la condujo al salón. Fingieron tomar el té como si tal cosa, con un trozo de pastel en una bandeja hecha por Philip Warren.

Humphry afirmó que volvería a Dungeness con Marian y Charles/Karl, si a él le parecía bien.

Olive dijo que ella también iría.

—No en esta ocasión —dijo Humphry.

—No puedo quedarme aquí sentada —repuso Olive.

—Debes hacerlo —respondió Humphry—. Debes hacerlo.

No fue exactamente como el ahogamiento de Benedict Fludd. Al cabo de dos días, el cadáver quedó enganchado en una red de pesca cerca de Dymchurch. Humphry, que había reconocido el abrigo y los zapatos y regresado a Todefright, emprendió el viaje para identificarlo. Olive trató de decir que ella también quería ir, y aceptó tímidamente la respuesta de Humphry cuando le dijo que no debía hacerlo. Cuando volvió, estaba pálido y parecía mayor.

—No es reconocible —le dijo a Dorothy—. No... como persona.

—Comprendo —respondió Dorothy, que había estudiado la muerte, pero no sus propios muertos.

Dorothy se quedó en Todefright. Se realizó una investigación y se celebró un funeral en el cementerio de Santa Edburga, oficiado por Frank Mallett. Olive estaba deshecha y se aferraba a Dorothy. Se sirvió un buen té caliente en la rectoría y se conversó, por así decirlo. Arthur Dobbin estuvo a punto de felicitar a Olive por el éxito de *Tom bajo tierra*, que estaba deseando ver, cuando reparó en el nombre y no se atrevió a pronunciarlo. En lugar de eso afirmó que en aquel cementerio el tiempo cambiaba mucho, y la pobre mujer —pensaba en ella como una pobre mujer— dejó de mirar fijamente y sonrió por un instante. No dijo ni una palabra sobre Tom desde que empezó hasta que terminó el funeral.

De vuelta en Todefright, siguió aferrándose a Dorothy. «Eres la única que lo sabes», afirmó. Dorothy se quedó. Durante dos o tres días, Olive siguió haciendo lo que había hecho siempre. Respondió a cartas. Agradeció a la gente sus felicitaciones. Miró fijamente el jardín invernal y la mata escarchada de hierba de la pampa.

Luego, un día, Phyllis se desplomó inconsciente al pie de las escaleras. La cogieron y la llevaron a la cama. Pasó otros dos días inmóvil como una piedra, y luego trató de incorporarse y volvió a caerse. Se acurrucó otra vez en la enorme cama, donde se había sentado con Tom a inventar historias que ocurrían sobre la colcha.

Se permitió pensar en él por un instante. Y de pronto la habitación se llenó de todos sus recuerdos de Tom: el bebé rubio, el niño dando sus primeros pasos vacilantes, el niño que se agarraba a sus faldas, el lector abstraído con poca luz y el ceño fruncido, el adolescente con la piel pelada, el joven andarín, siempre andando o a punto de echar a andar. Todos estaban igual de presentes, porque todos habían desaparecido por igual.

Recordó el cuento que se había contado a sí misma de la joven que llevaba un paquete que contenía las muertes de Pete y Petey, la joven que andaba sin parar bajo el tiempo inclemente de los páramos, con el paquete cerrado. En aquel paquete no había sitio para esto.

Pensó en el bosque de jóvenes coetáneos, todos eternamente presentes, y que abarrotaban la habitación y la vieja Olive pensó ociosamente: «Esto es un cuento, aquí hay un cuento».

Y luego comprendió que no lo había. «No habrá más cuentos», pensó dramáticamente, sin saber si eso también sería un cuento o un abrupto final.

Soltó un alarido y Dorothy llegó enseguida. Le dio el calmante que le había recetado el médico. Le alisó los almohadones.

—No me abandonarás, ¿verdad? —dijo Olive—. ¿Te quedarás ahora? Eres la única.

Dorothy se encogió desesperadamente de hombros y se encerró en sí misma.

—No puedo quedarme —respondió con rigidez—. Debo volver a mi trabajo. Lo sabes. —Silencio—. No es cierto que yo sea la única. Está papá y la tía Violet, y Phyllis, que es mucho más amable que yo, y Hedda, que también quiere ayudar. Todos te quieren. Yo también te quiero, pero sabes que debo hacer mi trabajo.

Un largo silencio. Luego Olive respondió:

—Cierra las cortinas antes de marcharte.

Dorothy las cerró. Besó a su madre, que no le devolvió el beso. Salió y cerró la puerta. Olive yacía en la oscuridad rodeada de un bosque de niños sempiternos. No la veían, o eso esperaba. Se esforzó por recordar a la mujer andando con el paquete a cuestas... Les había pedido la piedra agujereada y la guardaba debajo de la almohada.



**T**ambién hubo nacimientos. *Tom bajo tierra* se estrenó el día de Año Nuevo de 1909. A Tom Wellwood lo enterraron tres semanas más tarde. El parto de Imogen Cain empezó aquel mismo día. Fue largo y difícil. Llegaron enfermeras y un obstetra especialista. Pasó un día de dolor. Los médicos llevaron cloroformo e Imogen se debatió brevemente bajo la máscara. La niña pálida y diminuta salió al mundo con ayuda de los fórceps, en mitad de una marea de sangre que fue difícil contener. Era una niña pequeña, pavorosamente inerte. La comadrona la limpió, golpeó y sacudió, y al final chilló y respiró. Imogen yacía en su propia sangre, blanca como el alabastro. Prosper Cain, que había visto sangre en el campo de batalla, y a quien habían llamado a causa de los miedos innombrables del especialista, se puso también pálido, tragó saliva, tomó aliento y la cogió de la mano. Sus dedos se agitaron entre los suyos.

Madre e hija yacían en una tierra de nadie entre la vida y la muerte. La cabeza de Imogen estaba llena de seres sombríos, codiciosos y amenazadores. Le mostraron a su minúscula hija envuelta en un chal y sonrió, pero no tuvo fuerzas suficientes para cogerla. Tenía el cabello empapado de sudor sobre la almohada. La enfermera le dio agua con una cuchara.

Habían acordado llamar a la niña Cordelia.

Imogen todavía corría peligro cuando llegó para Prosper el momento de emprender viaje a Ascona, para ayudar a su hija perdida. No pudo abandonar a su mujer. Preguntó a Julian, que había vuelto a casa para investigar en el Museo Británico, si querría ir a Italia. Era un hombre dominado por una gran agitación moral. Julian, tras echar una mirada distante a su nueva hermana, pensó que sería inútil y desvalido en lo que a partos y bebés se refería. Estaba escribiendo un estudio sobre el pintor escasamente conocido Samuel Palmer, que había pintado paradisíacos cuadros ingleses de manzanos, ovejas y trigo maduro bajo una luna de cosecha. Nada más lejos de aquella agitación y aquellos olores médicos. Por supuesto, respondió que iría. Por primera vez en su vida, dio unos golpecitos en el hombro de su padre.

—No te preocupes —dijo—. Debes quedarte, desde luego. Y yo puedo hacer casi lo mismo que tú harías en Ascona.

Llegó a Ascona y encontró a Florence con un vientre enorme y en cierto modo deslumbrante de contento, cosa con la que no había contado. Dijo: «No puedo besarte, no alcanzo». Se echaron a reír. Las laderas de las montañas estaban soleadas,

incluso en febrero. Se sentaron juntos al abrigo de la terraza y Julian empezó a describir el estado de Imogen, luego reparó en que era una falta de tacto y se interrumpió. Florence sonrió.

—No te preocupes por mí —dijo—. Háblame como a un adulto. Aquí nadie lo hace, aparte de Gabriel.

—No acabo de comprender lo de ese tal Gabriel.

—Es un buen hombre. Aunque raro.

Julian supuso que decía lo de raro en el mismo sentido que en Cambridge, pero cuando Gabriel fue a comer con ellos no detectó ningún indicio que lo demostrara. Parecía alejado del mundo como un monje, y al mismo tiempo atento y amable. Julian se esforzó en pensar que era demasiado bueno para ser cierto, pero lo descartó en cuanto charlaron de socialismo, psicoanálisis y literatura. Estaban hablando con gran erudición de *Heinrich von Ofterdingen*, cuando Florence soltó un grito ahogado. Luego jadeó. Gabriel se levantó inmediatamente de la silla.

—¿Ha empezado? ¿Me permites?

Con cuidado, sin desarreglarle el vestido, palpó los músculos tensos. Julian se sintió repelido y conmovido al mismo tiempo. Deseó estar muy lejos de allí y que su hermana no sufriera.

—¡Ah! —exclamó ella con otro grito y otro jadeo.

—Señor Julian —dijo Gabriel—. Dos puertas más abajo hay un calesín. Llame y pídale al dueño que venga.

—Date prisa —añadió Florence, congestionada por la presión.

—No te preocupes —respondió Gabriel Goldwasser—. Con las primerizas el parto siempre se retrasa. Tal vez te sientas mejor si te levantas y paseas un poco por la habitación. ¿Tienes hecha la maleta?

No la tenía. Llamaron a Amalia, que preparó una maleta con un camisón y varios artículos de aseo. Florence paseó por la habitación.

—¿Cómo sabes lo que hay que hacer? —preguntó entre contracciones.

—Soy médico. En un buen hospital. He tenido el sentido común de fijarme en las... comadronas, ¿se dice así? Ya he visto esto antes.

Florence soltó un chillido apagado.

—Espero que se retrase.

—Si se retrasa mucho, desearás lo contrario.

Julian volvió con el calesín. Los tres subieron en él detrás del cochero. El caballo empezó a trepar montaña arriba tensando los músculos, mientras los de Florence seguían interpretando su propia danza voluntaria e intencionada.

El parto no se retrasó. La niña no nació en el calesín, ni tampoco en la silla de ruedas en el pasillo del hospital. Pero llegó, en medio de una oleada de dolor, con un

lamento ruidoso y desafiante, apenas una hora después. Julian no estaba presente, pero Gabriel sí. Había una enfermera cuyas observaciones le fue traduciendo y comentando.

—Dice que tienes buenos músculos.

—No sabía que tuviera... esos músculos.

Florence había vivido aterrada de que «el bebé», al nacer, se pareciera a Herbert Methley y ella lo odiara. La enfermera lo limpió, y Gabriel se lo entregó a su madre.

—Una hija —dijo, esperando a ver si estaba contenta. La niña tenía una mata de pelo negro..., como la de Florence, como el pelo italiano de Julian. Y grandes ojos oscuros que parecían mirar fijamente a Florence. Y también mucho carácter. Ahí estaba, recién llegada a este mundo, y ya empujaba con la cabeza, impaciente por algo. Años más tarde, al volver a pensarlo, Florence admitió para sí que había reconocido en su hija una especie de energía primitiva, que era lo que le había atraído del padre. Y también de su hija. La cogió triunfante entre sus brazos y le besó el pelo. Julian entró en la habitación.

—Te presento a Julia Perdita Goldwasser —dijo Florence, con una risa un poco alocada. Julian se inclinó cortésmente y besó la nueva manita que se aferraba al chal—. No sé —añadió Florence dirigiéndose a Gabriel— lo que habría hecho sin ti. En todos los sentidos.

—Fue el destino —respondió Gabriel Goldwasser.

Después, mientras tomaban un zumo de manzana, le dijo a Julian:

—No ha tenido miedo. La mayor parte de las mujeres tienen miedo. O se asustan.

—¿Tuvo suerte?

—¡Oh, sí! Ella creerá que ha sido valiente, pero sobre todo es cosa de suerte.

*Salut! Salut!*

En junio de 1909, el rey Eduardo VII inauguró los nuevos edificios de sir Aston Webb del Museo de Victoria y Alberto. Lo hizo con una llave dorada con el tallo damasquinado de oro. Los altos y blancos edificios, que habían surgido lentamente de sus envolturas de lona embreada y de la maraña de andamios, se consideraron rítmicos y llenos de encanto y se los comparó con sinfonías y corales. Una rutilante muchedumbre de cortesanos y dignatarios asistió a la inauguración. Asistieron los Webb, Alma-Tadema, Balfour, Churchill y el primer ministro, Herbert Asquith. Los obreros que habían construido el edificio también asistieron vestidos con traje y sombreros hongo o de copa. Leyeron un discurso redactado por ellos mismos a petición expresa del monarca. El coro del Royal College of Music, encaramado en uno de los arcos, cantó la desgarradora «Despierta, dulce amor», de Dowland, y la Guardia Irlandesa interpretó música de fondo. Prosper Cain se encontraba entre el grupo, elegante con su uniforme.

Como a muchos de sus colegas, y a muchos miembros del público, lo decepcionó la uniforme blancura y la lúgubre austeridad del interior de los edificios. Claude Phillips, el conservador de la colección Wallace, escribió en el *Daily Telegraph* que se sentía «abrumado por la vastedad, la frialdad y la desnudez» de las nuevas salas. El interior seguía pareciendo un almacén o un hospital público. Prosper Cain había estado presente cuando degradaron súbita y desagradablemente al director, Arthur Banks Skinner, en una reunión pública convocada para anunciar el nombramiento del nuevo director, Cecil Harcourt Smith. Skinner era un esteta. El nuevo régimen era ordenancista y utilitario. El funcionario encargado, sir Robert Morant, era un candidato fracasado a las Santas Órdenes, que había sido preceptor de los hijos de la familia real en Siam. Los objetos del museo se exponían mediante una sucesión de materiales: el cristal con el cristal, el acero con el acero, la tela con la tela, para que el artesano pudiera estudiar el desarrollo de su arte, y el historiador los cambios en el tiempo. Claude Phillips escribió que el alma y la belleza habían desaparecido. Los periódicos hicieron gruñonas comparaciones con la imaginativa disposición de los objetos en los museos alemanes de Berlín y Múnich. Prosper estaba de acuerdo con ellos y le afectó tanto el pesar callado y humillado de Skinner, que se fue apartando involuntaria y casi inconscientemente de su trabajo.

Tuvo que mudarse de casa y ahora vivía en una bonita residencia estilo Arts and Crafts en Chelsea, donde había más sitio, no para su aleatoria colección de objetos, sino para niñeras, habitaciones de juegos y bebés vociferantes. Frau Goldwasser había vuelto con la enérgica Julia en brazos, para descubrir que disponía de un dormitorio bien ventilado, con un precioso papel pintado francés y luz eléctrica. Prosper e Imogen habían discutido el asunto y habían llegado a la conclusión de que una niñera y una habitación serían suficientes para los dos bebés. La habitación la habían decorado con mucho gusto las damas de la Glasgow School of Art. Había un friso con criaturas efímeras y voladoras, y mesas y sillas blancas de un diseño severo pero deliciosamente moderno.

Cordelia tenía seis meses y Julia cinco. Es una edad a la que un bebé ya puede sentarse, pero en la que no presta demasiada atención a otro bebé. Tenía una niñera y una doncella. Al principio, Florence había dado el pecho a su hija. Imogen no había podido hacerlo.

Florence, con su bebé sonriente, reparó en algo de lo que podría haberse dado cuenta antes, de haberse fijado: en que Imogen le tenía miedo. Cordelia era una niña tranquila y observadora, prudente incluso al ir a coger un sonajero. Julia gritaba y saltaba, y tenía breves ataques de rugiente ira. Florence se descubrió animando a Cordelia a jugar, y luego hablándole a Imogen con naturalidad. Prosper Cain sonreía astutamente por debajo del bigote.

Por supuesto, Florence no pudo regresar a Newnham College. Fue a ver a Leslie

Skinner y empezó a asistir a conferencias y clases de historia en el University College. Dorothy continuaba viviendo en casa de los Skinner. Florence descubrió que Dorothy era ya doctora en medicina y estaba cualificada para la práctica médica. Seguía con sus estudios: quería licenciarse como cirujana. Estaba trabajando en el Hospital Femenino. Invitó a Florence, y a Griselda, que era alumna de posgrado en Cambridge, a su ceremonia de graduación, que iba a celebrarse ese verano. Explicó que su madre estaba enferma y no podría asistir. Y así fue. Dorothy parecía muy seria con su toga y su birrete. Griselda y Florence vistieron vestidos frívolos y alegres sombreros.

Olive pasaba en cama la mayor parte del tiempo, casi siempre a oscuras. No había vuelto a escribir. Estaba agotando las reservas de whisky de Humphry. El cabello, que tenía revuelto sobre la almohada, se le estaba volviendo gris, de un tono brillante y metálico. Humphry se sentaba a su lado, abría las cortinas y le recordaba que tenía otros seis hijos que la necesitaban. Olive respondía sin más que le daban miedo. Una vez que había bebido mucho whisky dijo:

—Cuando sabes que puedes matar a un hijo...

—Tú no has matado a nadie. No seas absurda.

Olive se encogió entre los almohadones.

—Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo...

En realidad, Humphry no quería oírlo.

—En realidad, no quieres oírlo —respondió ella.

En otoño de 1909, August Steyning fue en su coche nuevo a visitar a Olive. Normalmente, ella se agitaba al verlo y se sentaba a la mesa del té mirando en torno a ella como si no reconociera la habitación. Escuchó su informe del prolongado éxito de *Tom bajo tierra* y, cuando le preguntó acerca de la posibilidad de hacer cortes en la narración, o cambios en el reparto, respondió:

—Haga lo que quiera.

Violet, que entraba con unos pasteles de crema en una bandeja, exclamó: «¡Ah!» y se dio de bruces en el suelo con la cara contra los pasteles sobre una de las primeras bandejas de Dungeness de Philip Warren, decorada con algas y umbelíferas. La bandeja se hizo pedazos. Steyning trató de ayudar a Violet, pero no se movía y no respiraba. Su rostro cínico y seco se encontraba rojo y congestionado. Estaba muerta. Le dieron la vuelta y la limpiaron. Enviaron a uno de los criados a buscar al médico.

—Pobre, Vi —dijo Olive—. Aunque es una buena forma de irse, cuando te llega la hora. Pero no tenía ni idea de que hubiera llegado la suya. Nunca se quejaba. No obstante, dudo de que me hubiese enterado si lo hubiera hecho.

Aquel suceso tampoco lo convirtió en ningún cuento.

Después del funeral de Violet, Humphry llevó a Phyllis a su despacho y le entregó una caja que contenía las pocas joyas que poseía Violet, un collar de azabache, un camafeo y un pequeño anillo con una fluorita tallada que Phyllis se puso en el dedo. Humphry la observó en silencio. No sabía qué decir. Fue Phyllis quien habló:

—No hace falta que me lo digas. Lo sé. Era mi verdadera madre. Hedda lo descubrió. Le gusta descubrir cosas. A mí no. Nadie me preguntó.

—Lo siento —respondió Humphry.

—No te faltan motivos —replicó Phyllis—. Pero ya es demasiado tarde. Puedo seguir ocupándome de la casa. —Su precioso rostro parecía el de una muñequita de porcelana—: Te agradecería que despidieras a Alma y buscaras a otra cocinera. No le caigo bien y no hace nada de lo que le digo. —Y añadió—: Nadie le preguntó lo que sentía, cuando estaba viva. Ni siquiera yo, que sabía lo que no me habíais contado.

—Yo le preguntaba —respondió Humphry casi refunfuñando—. Tal vez cometiera un error, pero... la quería.

—Sí. Bueno. Ahora es demasiado tarde. Para todo.

Despidieron a Alma y la reemplazaron por Tilly, que apreciaba mejor los refinamientos con que Phyllis llevaba la casa.

Olive volvió a su dormitorio.

Humphry regresó a Manchester.

La vida siguió para los vivos. Desprovista de gran parte de su colorido y tranquila donde había estado llena de movimiento.

Phyllis cuidó de Olive. Podría haberle dicho, y no lo hizo, que sabía que no la quería. A ella no podía despedirla. Pero podía hacer que se sintiera agradecida por amabilidades que no quería. Phyllis insistió.

**E**n febrero de 1910, se representó en Covent Garden *Elektra*, de Richard Strauss. Es un drama de familias reales predestinadas, presa de pasiones violentas y sanguinarias, matricidio y venganza. Elektra lleva el odio en su seno como una novia «de ojos vacíos que exhala un aliento viperino». Los críticos ingleses estaban divididos. *The Times* dijo que la ópera «no tenía parangón en cuanto a fealdad en todo el repertorio operístico». Shaw diagnosticó histeria antialemana. Afirmó que Elektra era «el mayor logro del arte más elevado». «Si el mejor argumento contra los estúpidos y los usureros que están tratando de empujarnos a la guerra con Alemania se resume en la palabra “Beethoven”, hoy yo diría, con la misma confianza, “Strauss”.»

Los ingleses leían novelas sobre la invasión de Inglaterra, en las que los invasores eran alemanes, hombres con cascos de acero que mordían el globo terráqueo con dientes de acero. Estaba el legendario William Le Queux, cuyos cuentos publicó por entregas lord Northcliffe en el *Daily Mail*, lo que aumentó enormemente la tirada. Empezó con *La Gran Guerra de 1897 en Inglaterra*, que se publicó en 1894. En aquellos días del siglo XIX, los hipotéticos invasores eran los franceses, a quienes se rechazaba con la ayuda de Alemania mientras ponían sitio a Londres.

En 1906 Le Queux escribió *La invasión de 1910*, un cuento futurista de una invasión alemana de la verde y amena tierra inglesa. Los lugares de desembarco de los alemanes y de las batallas contra los ingleses se cambiaron antes de publicarlo, para adaptarlo a los lectores del *Daily Mail*, según los sitios donde lord Northcliffe tenía más lectores, y hacerles sentir el estremecimiento acuciante del terror de butaca. Entre las innumerables obras de Le Queux estaban *Espías del káiser*, publicada en 1909, una serie de descripciones paródicas acerca de la infiltración de alemanes y armas nuevas y peligrosas. *El secreto del submarino silencioso. El secreto del nuevo cañón. La trama alemana contra Inglaterra. El secreto del aeroplano británico*. Dichas conspiraciones eran frustradas por un «patriota hasta la médula», un abogado que fumaba en pipa y tenía un gusto excelente para los muebles. Había emotivas ilustraciones, que describían, por ejemplo, la «ejecución de Von Beilstein», que estaba de pie, con los ojos vendados delante de la Guardia Montada en formación, frente a un pelotón de soldados con sombreros de piel de oso, un cura con una sobrepelliz blanca y dos solemnes policías ingleses.

El propio káiser se sentaba en un taburete con forma de silla de montar en su despacho y escribía cartas a su familia, a su tío Eduardo y su primo Nicolás en Rusia,

y hacía y proponía diferentes tratados contra muchos enemigos distintos. En septiembre de 1908, de acuerdo con el coronel Stuart-Wortley, había escrito en el *Daily Telegraph* sobre las relaciones germano-británicas. Los diplomáticos alemanes quitaron importancia acerca de los pasajes dedicados a lo impopular que era Inglaterra en Alemania.

El artículo afirmaba que la «enorme paciencia de Guillermo empezaba a agotarse... Los ingleses están locos, locos como liebres de marzo..., mi corazón está volcado hacia la paz». Aseguraba que había aconsejado a su abuela acerca de cómo vencer la guerra de los bóers y concluía:

Alemania es un país joven en pleno crecimiento. Tiene un comercio internacional en rápida expansión, y al que la legítima ambición de los patriotas alemanes se niega a establecer límites. Alemania necesita tener una flota poderosa para proteger ese comercio y sus múltiples intereses incluso en los mares más lejanos.

El artículo no gustó a nadie. La prensa inglesa se mostró «escéptica, crítica y reacia». A los japoneses les molestó la evidente alusión a las flotas en mares lejanos. Los alemanes se enfurecieron con su emperador: se produjo una crisis política, el káiser pronunció un confuso discurso al honrar a Graf Zeppelin con la Orden del Águila Negra por su dirigible, y hubo voces que pidieron su abdicación. Se fue de caza con sus botas de cuero amarillo, sus espuelas de oro y una cruz diseñada por él mismo —una combinación de la Orden de San Juan y de los Caballeros de la Orden Teutónica—. Asistió a una cacería de zorros con Max Furstenberg y mató 84 de los 134 zorros que se cazaron. Por la noche tenía un aspecto espléndido, con la Orden de la Jarretera por debajo de la rodilla, la cinta de la Orden del Águila Negra cruzándole el pecho y el Toisón de Oro español al cuello. Había firmado una carta dirigida al jefe del Almirantazgo inglés a propósito de una competición naval entre Inglaterra y Alemania «por parte de alguien para quien es un motivo de orgullo vestir el uniforme naval británico de almirante de la flota, concedido por la difunta reina de bendito recuerdo».

En mayo de 1910 el tío del káiser, Eduardo el Cariñoso, murió. La capilla fúnebre se instaló en Westminster Hall, y Guillermo, con otro espléndido uniforme, se quitó el yelmo emplumado y estuvo ante al ataúd cogiendo de la mano a su primo Jorge. Volvió a Windsor, la vieja casa familiar, «donde jugué de niño, viví de joven y después, como gobernante, disfruté de la hospitalidad de su difunta Alteza, la Gran Reina». Los ingleses lo vitorearon por las calles. Volvió a Alemania y habló en Königsberg del derecho divino.

«Me veo a mí mismo como un instrumento del Señor. Independientemente de los puntos de vista o las opiniones del día en que haga mi voluntad, que se refiere al



completo único bienestar y desarrollo pacífico de nuestra patria.»

Ese invierno añadió a las altas y resplandecientes botas amarillas y las espuelas doradas un adorno de pájaros disecados en el sombrero que llevó a la cacería.

En agosto de ese año, Griselda Wellwood estaba trabajando como estudiante investigadora en Newnham, igual que Julian Cain, cuyo estudio de la pastoral se estaba extendiendo agradablemente, aunque no de forma constructiva, a la pastoral latina, griega, alemana, italiana, y tal vez noruega, sin adquirir orden ni forma alguna. Ganaba un poco de dinero supervisando a los alumnos no licenciados, que estaban muy contentos con él. Griselda no impartía clases, pero asistía a las de Jane Harrison. Estaba estudiando los cuentos populares, partiendo de los estudios de los Grimm. Ambos encontraban mucha rutina y repetición en su trabajo: motivos de muerte y pesar, primavera y madurez; motivos de canibalismo, castigo, exoneración y el triunfo de la belleza y la verdad. Ambos tenían estados de humor en los que el clima de Cambridge —los gélidos vientos invernales que soplaban de las estepas, los feraces veranos con los botes, los sauces, los céspedes perfectamente cortados y los bailes de mayo— parecía casi un hechizo, una tela de araña de la que debían escapar para saborear y entrar en contacto con la realidad.

Pasaban tiempo juntos: asistían a las mismas conferencias y tomaban café después. Asistían a las reuniones de la Sociedad Fabiana de Cambridge. Discutían sus estados de ánimo. Julian hacía burlones comentarios acerca de alistarse en el ejército o de ganar dinero en la City. Griselda se burlaba de él y decía que se había metido a sí mismo en el cuento de la encrucijada de caminos, o el de la elección entre los cofres de plomo, plata y oro. Él siguió tomando notas sobre Andrew Marvell, que había escrito tan poco y tan bien. Estaba mejorando su latín. Era mucho más difícil hablar de las vidas alternativas de Griselda, o del cuento en que se había metido ella. Era imposible —sobre todo si se era un hombre, y en particular un hombre joven— preguntarle si había renunciado al matrimonio para consagrarse al estudio. Era difícil para un hombre y una mujer ser amigos sin pensar o vislumbrar el sexo. Querían ser amigos. Casi por principios. Sin embargo, Julian estaba enamorado de Griselda. Era tan inteligente como cualquiera de los estudiantes del King's —aunque, en opinión de Julian, ella no lo sabía—, estaba enamorado de su inteligencia que seguía pistas a través de laberintos. El amor es, entre otras muchas cosas, una respuesta a la energía, la inteligencia de Griselda era precisa y enérgica.

También quería hacer el amor con ella. Ahora era casi demasiado encantadora para ser atractiva. Su rostro tranquilo y limpio parecía casi cincelado y daba impresión de frialdad. Se recogía el cabello rubio de un modo tan perfecto que daban más ganas de admirarlo que de despeinárselo. No detectaba en ella —y la había observado mucho— ningún indicio de instinto sexual. Se las arregló para sacar a

colación el asunto al hablar de su temporada londinense como debutante. Ella se animó. Afirmó que había sido horrible. «Tanto mirarse y emparejarse. Como en una feria de ganado. Horrible. No se me da bien hablar de frivolidades y no conocí a nadie que supiese hablar de otra cosa. Y era muy ruidoso. Las clases altas braman en sus curiosas ceremonias sexuales. Aúllan. Y tienes que arreglarte con plumas en el pelo. Yo rechazaba y me rechazaban. Con firmeza en ambos casos.»

Julian se había preguntado si preferiría a las mujeres. Era posible. Las newnhamitas tenían amistades y flirteos apasionados: le habían contado que se hacían proposiciones unas a otras. Había sido muy amiga de Florence, que se había implicado en una extraña historia que no le habían contado y que no terminaba de entender. Era amiga de su prima Dorothy, que acababa de licenciarse como cirujano, que no dejaba de ser un oficio masculino, bisturís, lancetas, instrucciones.

—En realidad, no quería meterme a monja —dijo luego—. No quería vivir en un mundo de bordados, cotilleos y..., ¡oh...!, pequeños celos. ¡Ojalá fuese tú!

—A mí no me gustaría. Disfruto hablando contigo.

Y luego aquel silencio, que puso fin a aquella conversación, como a todas las demás.

La invitó a ir con él a ver la Marlowe Society, que estaba representando su exitosa versión del *Dr. Fausto*, de Marlowe. El público estaba formado sobre todo por un grupo de alumnos de intercambio alemanes, dispuestos a ver lo que había leído Goethe. Como no era época de clases no solo no eran necesarias las carabinas, sino que había mujeres interpretando papeles femeninos breves y mudos. No había alumnos de King's disfrazados de reinas o seductoras. Estaban los de la Guardería Fabiana con Brynhild («Bryn») Olivier, hija de sir Sidney Olivier, uno de los fabianos fundadores, y gobernador de Jamaica, en el papel de Helena de Troya, el «rostro que botó un millar de barcos», con un vestido corto y el cabello empolvado de oro. Francis Cornford, el erudito clásico, era Fausto, Jacques Raverat (que acabaría casándose con Gwen Darwin) interpretaba a Mefistófeles, y algunas mujeres fabianas eran los pecados mortales. Rupert Brooke interpretaba al coro con un aspecto maravilloso y decía los versos con voz un poco chillona.

Griselda preguntó si podría conseguirle otra entrada. Tenía un amigo que estaba de visita en Cambridge —de hecho, Julian lo sabía—, un tal Wolfgang Stern, de Múnich. Los Stern estaban en Inglaterra, planeando cambios en los títeres y las marionetas para el reestreno de *Tom bajo tierra* en otoño. Julian consiguió la entrada y Wolfgang apareció, con una pinta un poco mefistofélica, perilla negra y el ceño fruncido. Se sentaron en el centro, unas cuantas filas atrás. Detrás de ellos los alemanes hacían comentarios en alemán, pensando que no les entendían. Wolfgang se volvió y les pidió que se callaran. Ellos se rieron y escucharon. Griselda estaba tan tranquila entre Wolfgang y Julian. Detrás de ellos había gente de Darwin, Jane

Harrison y su encantadora estudiante Hope Mirrlees. Harrison debía de haber ido a ver a Francis Cornford, con quien se escribía a diario y paseaba en bicicleta por Cambridge. Después se celebró una fiesta en la casa Darwin en Silver Street a la que nadie los invitó. Julian los llevó a un restaurante cerca de Magdalene Bridge. Era alegre y francés, con manteles de cuadros.

Wolfgang Stern afirmó con cierta agresividad que las voces estaban bien, pero ninguno de aquellos ingleses sabía cómo moverse en el escenario. Parecían cirios fundiéndose e inclinándose. Sus gestos eran educados cuando hacía falta algo más. Griselda respondió que eso era injusto. El Mefistófeles se movía como una serpiente. Era francés, replicó Wolfgang, eso lo explicaba. Los ingleses deberían..., ¿se decía limitarse a...? *Tableaux vivants*. *Charades*. Parecía muy indignado.

Griselda dijo para tranquilizarlo que quería preguntarle a Wolfgang sobre un artículo que estaba escribiendo acerca de las diferencias entre las dos versiones del cuento de Cenicienta de los Grimm: *Aschenputtel* y *Allerleirauh*, Cenicienta y la Pellejuda. Afirmó que le gustaba la palabra *Allerleirauh*, cualquier tipo de pellejo. A Cenicienta la perseguía su madrastra, pero *Allerleirauh* se las veía inteligentemente con un padre incestuoso y una cocinera que le arrojaba botas. Y, de algún modo, la conmovía el hecho de que *Allerleirauh* escondiendo sus vestidos de oro, plata y estrellas debajo de la capa de piel, se convirtiera en una criatura peluda —un animal—, neutro en alemán, no en un objeto de deseo.

—Hasta que escoge —dijo Wolfgang—. Y entonces brilla como el sol y la luna.

—Los ingleses y los franceses han dulcificado la historia de Cenicienta...

Julian percibió una electricidad. Corría y chispeaba entre los otros dos. Sus manos estaban demasiado cerca. Griselda parecía mirar con demasiada fijeza al alemán.

«¿Qué significa esto?», se preguntaba Julian sin saber la respuesta.

Él y Wolfgang acompañaron a Griselda a su college en el que tenía que encerrarse, pese a ser una mujer adulta, a una hora ridículamente temprana. Se quedó en los escalones sonriéndoles a ambos.

—Un día precioso —les dijo—. Muy civilizado. —Julian sabía que esa era una de sus mayores alabanzas.

Llevó a su recién descubierto rival a un pub y le invitó a un brandy. El alemán era quisquilloso, se sentía fuera de lugar mientras que él estaba en su salsa. Julian habló de muchas cosas —teatros, Goethe, Marlowe— y a la tercera copa de brandy:

—Bebamos a la salud de Griselda. *Die schöne* Griselda.

—*Die schöne* Griselda. Tú no hablas alemán.

—No, no lo hablo. Lo estoy aprendiendo. Lo necesito para mi trabajo.

—Es como una estatua de un cuento. O una marioneta. No tiene sentimientos.

—No creo que eso sea cierto —objetó Julian con prevención. No estaba seguro de querer compartir su descubrimiento con aquel hombre tan irritable, que no parecía

haberlo averiguado por sí mismo.

—De nada sirve venir a verla —insistió Wolfgang—. Se limita a sonreír y no ve nada. Tan inglesa y tan elegante. Como una princesa. Todo su cabello está controlado sobre su cabeza. Nadie la ha perturbado nunca. Tal vez sea imposible y nadie lo haga jamás. Perdona. Es el brandy. —Se hizo un largo silencio. Wolfgang prosiguió—: Lo siento. Tal vez tú también..., tú mismo...

—¡Oh, no! Nada de eso. —Otro silencio. Maldita sea, era lógico. Y además añadía cierto interés narrativo—. He reparado... —dijo Julian y no dio con las palabras necesarias.

—Has reparado en que soy... desdichado.

—No, no, de hecho, no. He reparado en ella. He visto cómo te miraba.

—¿Me miraba?

—Nunca la he visto mirar a nadie de ese modo.

—¿Me miraba?

—¡Oh!, no seas exasperante. Está interesada por ti. Y no por nadie a quien yo haya visto.

—¡Oh! —Wolfgang se dominó y esbozó una sonrisa demoniaca y triste, pues esa era la forma de su rostro. Añadió—: Soy un idiota. Eso lo empeora todo. Ya sabes..., es como una princesa de cuento de hadas. Tiene pilas de lingotes de oro en el banco y deberá casarse con alguien parecido, o encontrar a un asno que cague lingotes, perdona mi lenguaje. Yo fabrico muñecas. Hago que hombres artificiales se muevan.

—¿Dirías que eres un artista?

—Tal vez, pero nadie me escucharía. Me lanzarían zapatos y me echarían del escenario.

—No entiendo por qué te rindes tan fácilmente —dijo Julian y añadió con auténtico veneno—: No eres justo con ella...

—Al contrario —dijo Wolfgang—. Lo soy.

En septiembre de 1910, la Segunda Asociación Internacional de Trabajadores celebró su consejo en Copenhague. Joachim Susskind y Karl Wellwood fueron juntos y asistieron a reuniones sobre el antimilitarismo. El socialismo era internacional, atravesaba fronteras, era la hermandad de los hombres y las mujeres. Susskind estaba en contacto con el Gruppe Tat (el Grupo de los Hechos) de Erich Mühsam y Johannes Nohl, en Múnich, una mezcla típicamente muniquesa de hombres de letras, obreros y revolucionarios. Leon Stern estaba muy interesado por ellos. Igual que Heinrich Mann, Karl Wolfskehl y Ernst Frick. Las deliberaciones de Copenhague se centraron en la posibilidad de convocar una huelga general internacional, como acto de desafío para evitar la guerra. La resolución la propusieron un inglés, Keir Hardie, que acababa de regresar al Parlamento inglés con una creciente mayoría, y Édouard Vaillant, de Francia. Recomendaron que «los partidos afiliados y las organizaciones

obreras considerasen la conveniencia y la posibilidad de convocar una huelga general, sobre todo en las fábricas que proporcionaban material bélico, como método de prevenir la guerra, y que dicha acción se tuviese en cuenta en el siguiente Congreso».

A Hardie lo apoyaron el belga Vandervelde y el carismático Jean Jaurès. Se le opusieron los socialistas alemanes que participaban en el gobierno alemán, y cuyos sindicatos tenían dinero e inversiones que temían perder. Como ocurre a menudo en los grandes congresos, cuando se enfrentaban a la exigencia de acciones precisas y planificadas, pasaban a otra resolución, condenaban el militarismo, sugerían que las organizaciones obreras de los países miembros «considerasen si no debería convocarse una huelga general para prevenir el crimen de la guerra». Verbos en condicional y decisiones futuras, dijo Joachim Susskind, que en el fondo seguía siendo anarquista. Keir Hardie le escribió a su amante, Sylvia Pankhurst:

Además, cariño, ¿acaso no me prometiste dejar de imaginar cosas? No ha habido nada, cariño, aunque delante de la máquina de escribir parezco más inspirado.

De las 9 a.m. a las 9 p.m. He estado ocupado con eso todo el tiempo. Hoy hay una excursión en barco a la que no iré y por eso te escribo. *Voilà...!* He aceptado invitaciones para hablar en dos mítines en Suecia la semana que viene y desde allí iré a Frankfurt para asistir a una manifestación...

Después no estoy seguro. Te enviaré postales desde donde esté, pero, cariño, no esperes cartas... No puedo estar mejor de salud y disfruto con el trabajo. Con afecto y un montón de besos. Tuyo,

K.

No estaba claro si, en caso de guerra, los obreros sentirían más lealtad por sus camaradas o su país. Lo que sí estaba claro es que la huelga general requería planificación y organización, aunque la idea de un levantamiento espontáneo seducía a muchos.

Charles/Karl Wellwood trabajaba sin cesar en la London School of Economics. Asistía a las conferencias del fundador de la Sociedad Fabiana, Graham Wallas, quien, como agnóstico de principios, había dimitido de la ejecutiva fabiana cuando la sociedad apoyó que el Estado concediera ayudas a los colegios religiosos. El libro de Wallas, *La naturaleza humana en la política*, analizaba la psicología de la política. La gente, afirmaba, descendía de los hombres del paleolítico, y conservaba todavía muchos de los instintos e inclinaciones que habían ayudado a sus antepasados. Los filósofos políticos habían creído que las personas eran criaturas racionales. No habían

estudiado las estructuras del impulso. Analizaba la naturaleza de la amistad, la respuesta emocional a los candidatos políticos y los monarcas, la formación de grupos, muchedumbres y rebaños. Introdujo a los estudiantes como Karl en los ensayos de Wilfred Trotter sobre *Los instintos del rebaño en la paz y en la guerra*. Karl aprendió a pensar que los hombres actuaban llevados por impulsos irracionales, y que los grupos, las multitudes y los rebaños se comportaban de manera distinta a los individuos. Él mismo era un individuo aislado, a pesar de haber suscrito las tesis fabianas, y a pesar de su socialismo. Quería ayudar a la masa de los pobres, pero no sabía qué decir cuando estaba con ellos, sobre todo cuando eran un grupo o una multitud.

No obstante, aceptó dar una conferencia para el recién formado Comité Nacional para la Derogación de las Leyes de Pobreza. Dicho organismo, creado por Beatrice Webb, tenía sus oficinas entre el local de la Sociedad Fabiana y la London School of Economics, todos en el Strand. Sus miembros coincidían a menudo: todos trabajaban con un mismo fin. Creían ser más realistas que los socialistas. Beatrice Webb afirmaba que la visión de los socialistas podía servir a largo plazo, pero entretanto algo tenía que hacerse con los «millones de indigentes que son el acompañamiento infame y totalmente innecesario de un Estado individualista».

La política individualista era difícil. Se celebraban mítines, conferencias, escuelas de verano, se reunían grupos de estudio y se imprimían folletos. Había dieciséis mil miembros y delegaciones en todas partes. Contaban con once empleados pagados y cuatrocientos conferenciantes a su disposición. Dichas conferencias incluían, aparte de a Charles/Karl, a Rupert Brooke, que viajó en una pintoresca caravana desde el New Forest hasta Corfe, ida y vuelta. Él y su amigo hablaban con elocuencia en los prados y las esquinas de las calles. Beatrice Webb pretendía lograr «un cambio rápido, pero casi inconsciente, de la sustancia de la sociedad». Rupert Brooke se mostraba eufórico acerca de las personas y la naturaleza humana.

De pronto comprendo el valor extraordinario y la importancia de todo el mundo a quien conozco y de casi todo lo que veo..., al menos cuando estoy de humor. Deambulo por ahí —¡ayer lo hice incluso en Birmingham!—, me siento en los trenes y veo la gloria esencial y la belleza de la gente con que me encuentro. Puedo pasarme horas enteras observando a un sucio comerciante de edad mediana en un vagón de ferrocarril y enamorarme de cada una de las sucias y grasientas arrugas de su barbilla flácida y de cada botón de su chaleco lleno de lamparones. Sé que su estado de ánimo es malo. Pero estoy tan ocupado con su mera presencia que no tengo tiempo de pensar en eso.

En 1910 también los fabianos organizaron campamentos de verano. Los campamentos estaban en la costa norte de Gales: dos semanas para trabajadores en

campana que eran una mezcla de miembros de la Guardería Fabiana, profesionales de clase baja, damas ancianas, maestros y políticos. Después se celebró una conferencia de fabianos de las universidades. Los fabianos universitarios eran muy animados y el contingente de Cambridge rozaba lo frívolo. Rupert informó a Lytton Strachey de los coqueteos y las juergas que duraban hasta altas horas de la noche. Beatrice Webb se quejó de sus «ruidosas francachelas» y de que tenían «inclinación a volver más críticos y engreídos que cuando llegaron... No quieren venir a menos que sepan con quién se van a encontrar, dice Rupert Brooke..., no desean aprender, no creen que tengan nada que aprender..., el egotismo de los jóvenes universitarios es colosal».

Julian y Griselda no asistieron a aquel campamento. Charles/Karl fue al de los obreros en campana. Las mujeres vestían túnicas de gimnasia. Los hombres pantalones de franela o bombachos y toscos calcetines. Había ejercicios gimnásticos y natación. Charles/Karl se las había arreglado para convencer a Elsie Warren de que dejara a Ann con Marian Oakeshott y asistiera al campamento. Elsie estaba leyendo y pensando con una intensidad y velocidad mucho mayores que los vistazos superficiales que daba Rupert Brooke a la poesía isabelina. Como si su vida dependiera de ello, decía Charles/Karl. Y así era, respondía Elsie. Leyó a Matthew Arnold y a George Eliot, *Una utopía moderna* y *Noticias de ninguna parte*, los poemas de Morris y Edward Carpenter. Escribía lo que le gustaba y disgustaba de sus lecturas en un cuaderno de apuntes que no le había enseñado a Charles/Karl.

Se suponía que el sexo estaba ausente de los campamentos fabianos. Había compañerismo, buenas intenciones y mentes sanas en cuerpos sanos. Elsie hizo preguntas y cuestionó las respuestas que le daban. Al llegar, habló provocadoramente con acento de las Midlands. A pesar de que, cuando quería, podía neutralizarlo y hablar con una entonación indefinida e inidentificable. Charles/Karl la vio enzarzarse en discusiones y hacer amigos con satisfacción escolástica. También estuvo presente el sexo. Charles/Karl sabía, o eso pensaba él, que le «gustaba» a Elsie. Hacían bromas privadas. Estaban a gusto juntos. Demasiado, pensaba Charles/Karl. Dependía del tiempo. Un día soleado dieron un paseo juntos y se sentaron en una loma donde pastaban las ovejas.

—Me gustaría besarte —dijo Charles/Karl.

—¿Y luego qué? —preguntó Elsie, sin acercarse ni alejarse, tumbada a su lado y mirando al suelo.

—Bueno, sería un modo de averiguarlo.

—¿Averiguar qué?

—No concibo nada peor que hacerte daño de cualquier modo.

—Y a mí no se me ocurre nada peor que perder mi independencia.

—Puedes darme un beso independiente.

—¿Ah, sí? No lo creo. Una cosa lleva a la otra.

—No dirás —dijo Charles/Karl arriesgándose mucho— que no te has dejado llevar antes. Tú lo sabes. Yo no.

Elsie frunció el ceño.

—No creo que te hayas enfrentado a una serpiente con forma humana. Una serpiente seductora con ojos fríos y una determinación clara.

—Me sobra determinación. Pero no quiero hacerte daño...

—Hay muchas cosas que no quieres hacer, aparte de eso. Y lo que yo no quiero es perder tu amistad. Significa mucho para mí.

Charles le cogió de la mano y ella le dejó. Después acercó la cara hacia ella y Elsie cerró los ojos. Luego apretó los labios y se apartó.

Charles/Karl y Elsie se fueron un día antes de que acabara el campamento y se perdieron una charla de Herbert Methley sobre «El arte y la libertad social y personal». Elsie afirmó que no deseaba oírlo y Charles estuvo de acuerdo.

—Podemos cambiar de trenes —propuso él— y contemplar el paisaje.

Esperó.

—De acuerdo —respondió Elsie.

Acabaron en un bonito pub de Oxfordshire, con un jardín que descendía en pendiente hasta un riachuelo y rosas, claveles y nomeolvides.

—Elsie, eres la señora Wellwood —dijo Charles.

—No, no lo soy, y no lo seré. Pero puedes decirlo, por esta vez. Solo por esta vez. Lo he estado pensando, y te lo debo.

—Así que me lo debes —repitió Charles—. Maldita sea. Quiero que seas feliz.

—Nunca seré feliz. Estoy fuera de mi sitio, y no encajo en ninguna otra parte. Pero si quieres, aquí podemos fingir. Ya te lo he dicho.

Pensó en besarla en el dormitorio donde los alojaron y luego pensó que no lo haría, y abrió la ventana que daba al jardín para que se oyese el rumor del agua. Entraron mosquitos. Cerró la ventana. Elsie, con la espalda muy recta, se cepilló el pelo, y volvió a peinarse, de espaldas a Charles/Karl. No obstante lo vio en el espejo y reparó en su expresión de ansiedad y le obsequió con una sonrisa triste mientras clavaba el último alfiler del pelo. Él le devolvió la sonrisa a la gélida Elsie.

Bajaron a cenar, uno detrás del otro por los escalones con la alfombra gastada. El comedor tenía un precioso papel pintado y cortinas floridas. Elsie se sentó recta como una vela y cruzó las manos sobre el regazo. Pidió sopa de champiñones y pierna de cordero con guisantes y tarta de ciruelas. Lo mismo hizo Charles/Karl.

—Ese tal Methley es un cretino —dijo.

—Desde luego no escribe sobre el mundo real. —Miró a su plato—. Pero, sin duda, sabe cómo engañar a la gente —afirmó—. La señora Methley fue muy buena conmigo, junto con la señora Oakeshott y la señorita Dace. Mujeres que podrían



haber sido estiradas y desagradables. La verdad es que me salvaron.

—Muchas cosas están cambiando —respondió Charles/Karl. Quiso añadir algo personal y alentador sobre su pasado infortunio, pero no se le ocurrió nada. Supo que ella lo sabía. Sirvieron la sopa y el pan en unos platitos pintados con cigüeñas que volaban y alzaban el vuelo sobre los plumosos juncos. Charles/Karl preguntó si había vino, y le llevaron una sucinta carta de vinos y él pidió una botella de borgoña blanco.

—Minton —dijo Elsie—. Las cigüeñas. Mi madre pintaba estas cigüeñas. Teníamos uno o dos platos. No eran sus favoritos. Estilo japonés, decía ella, las cigüeñas simbolizan una vida longeva. Por los bebés, decía siempre, en Inglaterra, y ella tenía demasiados. —Hizo una pausa—. Murió de envenenamiento por plomo. Habría sido una artista, si hubiese tenido la oportunidad de serlo. Philip lo heredó de ella. Murió de envenenamiento por plomo y por tener demasiados hijos. Teníamos una canción tonta.

—¿Ah, sí? —preguntó Charles/Karl.

—«Siete en la cama y uno muerto...» —entonó Elsie con cierta precipitación—. La inventamos Philip y yo. No había dónde meter a mi hermano cuando murió, así que tuvimos que dejarlo allí, con todos tosiendo y a punto de morir también. —Añadió—: Lo siento.

—¿Por qué? Quiero que me hables. Que me cuentes cosas.

—No resultan agradables con esta comida tan buena servida en unos platos tan bonitos. Me ha venido a la memoria. Has sido bueno conmigo, igual que la señora Methley y la señora Oakeshott. Te estoy agradecida.

—Eso lo dices —respondió Charles/Karl— para subrayar las diferencias sociales entre tú y yo. Y lo que deberíamos hacer es olvidarlas.

—La sopa lleva nata auténtica. La cantidad justa. Eso también es un arte. No podemos olvidar las diferencias.

En su imaginación estaba el recuerdo de siete personas —sucias— agolpadas y tosiendo en una cama, y una de ellas muerta. Charles/Karl observó a Elsie empuñar la cuchara con elegancia. Era un rostro fuerte, lleno de dominio de sí mismo, despierto y curioso. Era extraño, en parte por las diferencias de clase, por lo que ella había vivido y él no.

—Me encanta cuando te enfadas así y pones la espalda recta —dijo.

El rostro firme tembló.

—No me hagas llorar. Sería embarazoso. Te avergonzaría.

Se hizo un silencio. Les llevaron el cordero y dieron cuenta de él mientras charlaban sobre las conferencias de la escuela de verano y ella afirmó que el señor Shaw sabía imitar a la perfección cualquier acento. Elsie le habló de Shakespeare. Habló de Rosalind y Viola, vestidas de hombre, teniendo que ocuparse de las cosas,

llenas de esperanza. Preguntó a Charles/Karl: «¿Cómo podía saberlo?», y afirmó que ningún hombre había escrito tan bien sobre las mujeres, de un modo que llegabas a creer que las conocía desde dentro, por así decirlo.

«Y luego está lady Macbeth, que de pronto dice que ha dado de mamar a un bebé. Es la única alusión. No... parece una mujer que haya tenido un bebé y solo lo dice para afirmar que ha dejado de amamantarlo. Es terrorífico. Él lo quería así.»

Analizaron a Cordelia, a Goneril y a Regan y disfrutaron con la conversación. La tarta de ciruelas iba acompañada de unas natillas deliciosas. Otra vez la nata, dijo Elsie, nata fresca. Estaba hecha con nata y huevos y no solo con harina.

No había nadie en el mundo de cuya compañía él disfrutase tanto. Pero no podía decir que estuviera a gusto con ella. No podía decir que se sintiera «cómodo» o «en casa». No era así. Y luego pensó que en parte por eso le resultaba tan atractiva.

Subieron al dormitorio. Charles/Karl dijo que era una lástima lo de los mosquitos. Elsie empezó a desvestirse con aire práctico, dejando las prendas en las perchas y los zapatos alineados debajo de la cama, como si estuviese sola en la habitación. Colgó la falda y la blusa y fue en enaguas a lavarse los dientes, todavía con aire práctico. A él le encantaron sus músculos cuando se agachó para desabrocharse los zapatos o se estiró para colgar la falda. Elsie se cepilló los dientes con energía.

—No te quedes ahí plantado —dijo.

Así que él también empezó a quitarse la ropa: los zapatos, los calcetines de lana, los pantalones bombachos, la chaqueta. Sus pies eran largos y blancos. Como si estuvieran sin usar. Se cepilló los dientes. Se cepilló el pelo, sin venir a cuento. Elsie se rió. Así que él se acercó y empezó a desabrocharle el corpiño con dedos levemente trémulos. Ella le cogió de la mano y lo ayudó. Todos sus dedos parecían electrizados. Se quitó las enaguas y el corpiño y se quedó en pantaloncitos.

—Lo que vio el mayordomo —bromeó Elsie Warren.

Sus pechos, pensó él, parecían cincelados, como los de una diosa, y sus pezones eran oscuros, de color castaño oscuro.

Ella se dio la vuelta, se inclinó, levantó el cubrecama y se metió en la cama. La colcha era de algodón blanco bordada con rosas blancas y capullos de rosa.

Charles/Karl se quitó tanto su chaleco racional como sus calzoncillos Jaeger. Pensó: «Esto ocurre en casi todas las vidas y siempre de forma diferente». Se sentía un poco borracho, pero no lo estaba.

Se metió en la cama, a su lado, y no supo qué hacer, en parte porque ignoraba lo que ella quería. Elsie se quitó los pantaloncitos y se le acercó. Lo acarició, y él la abrazó y le hizo cosquillas y ella se echó a reír, luego lo agarró y lo guió: «Así, justo así», le dijo Elsie Warren. Tomó su mano y la guió ahí abajo, entre los rizos y los caracolillos de su vello púbico, y luego él, o ello, o ellos supieron lo que hacer y encontraron un ritmo.

—¡Oh!, ¿eres feliz ahora? —exclamó él casi sin aliento.

—Sí. Más. ¡Oh, sí! —respondió ella.

El desayuno fue alegre y triste a la vez. Ya había cosas que no se decían, ni discutían, y en las que procuraban no pensar. Él no pensó en ver aquel rostro tan hermoso a la hora del desayuno el resto de su vida, ni en dormir cada noche con la mano en aquellos pechos tallados o entre las piernas fuertes y esbeltas. Sí dijo que podrían encontrar un sitio donde pasar otra noche, y ella respondió: «No puedo dejar a Ann sola tanto tiempo, me necesita».

Después de pagar la cuenta, mientras iban por el sendero de grava hacia el coche, pensó confuso que ahora nunca podría casarse, porque no concebía desear a otra mujer. Había tomado decisiones que eran... un incordio... para todos.

**E**n 1911 se celebró la coronación del rey Jorge V en la abadía de Westminster; fue el 22 de junio, a mitad del verano más largo y cálido que había conocido el país. El rey tomó una lectura de 36,5 °C en el termómetro de su invernadero. Los neopaganos se escabullían desnudos en las frías pozas de Grantchester, bajo las ramas, y se escondían riendo entre la maleza al ver pasar los botes llenos de turistas y profesores. El yate real *Hohenzollern* llevó al káiser y a su familia a la coronación. La reina María lució un sombrero con rosas de color crema y delicadísimas plumas. En julio, el káiser envió el nuevo cañonero alemán, *Panther*, a Agadir, y los franceses y los ingleses lo acusaron de interferir en los asuntos coloniales franceses.

Los Webb, la fuerza impulsora de la Sociedad Fabiana, se habían ausentado del calor, la alegría y la tensión, y habían partido a Canadá en un viaje que duraría más de un año. El trabajo en el Comité Nacional disminuyó, en parte porque los pobres, los obreros y quienes dependían de ellos empezaban a agitarse descontentos, insatisfechos, decididos e incluso coléricos por todo el país. Había habido huelgas de mineros y ferroviarios, huelgas de trabajadores de la lana y el estambre en Yorkshire y de las hilanderas de algodón en Lancashire, huelgas de la Asociación de Operarios y Cardadores. En aquel cálido verano se produjo una ola de acción que empezó con huelgas de marineros y bomberos en Poole y Hull dos días antes de la coronación. Luego los trabajadores portuarios se unieron a los marineros, se amenazó con hacer intervenir al ejército, los obreros plantearon nuevas demandas. En agosto se produjo una huelga de los empleados del transporte, a quienes se unieron los fareros, los estibadores, los carreteros, los tripulantes de los remolcadores, los operarios de grúas, los carboneros y los marineros de las barcas. El puerto de Londres se paralizó. Las verduras se pudrieron y la mantequilla se volvió rancia en los barriles. La carne congelada de Argentina, Nueva Zelanda y Estados Unidos se pudrió, verde y hedionda, cuando los barcos refrigerados dejaron de funcionar. Apareció el fantasma del hambre. En ese momento, las mujeres de Bermondsey, capitaneadas por Mary Macarthur, dejaron de trabajar y se echaron a la calle cantando y gritando. Fue algo espontáneo: no tenían ninguna queja especialmente agobiante, habían descubierto que sus vidas eran insoportables y que el mundo en que vivían era inaceptable e injusto.

Los comentaristas consideraron que aquella efervescencia de ira y energía era una expresión de una fuerza natural, como un incendio, un huracán o, como dijo suavemente el señor Ramsay MacDonald, los estremecimientos de la primavera.

«El mundo del trabajo respondió a la convocatoria de huelga con la misma

ansiedad y espontaneidad con que responde la naturaleza a la llamada de la primavera. Daba la impresión de que la gente estuviese bajo la influencia de una especie de hechizo.» Un escritor conservador, Fabian Ware, al comentar el nuevo sindicalismo de los trabajadores y los socialistas, una herencia francesa que implicaba la voluntad de causar una revolución, afirmó que eran una serie de creencias que equivalían «al triunfo del instinto sobre la razón».

Ben Tillett, el líder infatigable y carismático de los obreros escribió: «La guerra de clases es la más brutal de las guerras y la más implacable. El capitalismo es el capitalismo como el tigre es un tigre, y ambos son salvajes y despiadados con los débiles».

Charles/Karl, al leer lo que escribía Wilfred Trotter sobre el instinto del rebaño en las personas, vio a los hombres y a sus famélicas familias que desfilaban hambrientos y furiosos, empujados por su ansiedad y por la sensación de la inutilidad humana. A Trotter le interesaban los grupos, «el gregarismo agresivo del lobo y el perro, el gregarismo protector de la oveja y el buey, y aparte de ambos, tenemos las estructuras sociales más complejas de la abeja y la hormiga, que podríamos llamar gregarismo socializado».

Pero Trotter creía, y Charles/Karl lo entendía muy bien, que las personas habían construido una estructura social que ya no estaba directamente sometida a los retos y las presiones evolutivas. El hombre era una criatura que ideaba creencias y mitos sobre el mundo y la moral, y los trataba como cosas, no como palabras y pensamientos:

Vemos al hombre hoy, a pesar del franco y valiente reconocimiento de su estatus, de la dócil atención a su historia biológica, de la determinación a no dejar que nada se interponga en la seguridad y permanencia de su futuro, que solo puede establecer la seguridad y felicidad de la raza, sustituyendo la ciega confianza en su destino, la fe en la actitud esencialmente respetuosa del universo respecto a su código moral, y una creencia, no menos firme, en que sus tradiciones, leyes e instituciones contienen necesariamente cualidades permanentes de realidad. Viviendo como lo hace en un mundo donde fuera de su raza no se hacen concesiones a la debilidad y donde las ficciones, por muy hermosas que sean, nunca se convierten en hechos, solo hace falta un poco de imaginación para reparar en lo grandes que son las posibilidades de que, después de todo, el hombre resulte ser uno más de los fracasos de la naturaleza, ignominiosamente barrido de su mesa de trabajo para dar paso a otra empresa fruto de su curiosidad y paciencia inagotables.

Charles/Karl estaba perdiendo la fe en el Estado individualista de Beatrice Webb. Descubrió que era peligrosamente fácil odiar a todos los de su propia clase: su

imaginación estaba llena de visiones de chow-chows y borzois sobrealimentados, de gallinas de la Cochinchina de patas atrofiadas y cloqueo inútil. Vio la coronación en términos trotterianos como una suma de realidades inventadas por el hombre: un hombrecillo con un sombrero absurdo, en un edificio construido para albergar una deidad humana inexistente, rodeado de serviles criaturas que apenas podían moverse dentro de sus pesadas vestimentas. Creer en el imperio como verdad equivalía a participar en la ficción y a llamar por un nombre poético y solemne a un simple hecho evolutivo: dientes, garras, reverencias y triunfalismo.

Y en el East End las multitudes marchaban como una sola, despertando de la pereza, el sometimiento o la falta de conciencia de su propio poder, que las había tenido dominadas.

Pero allí no había sitio para él. No sabía bailar, y tampoco marchar, al menos con alguna determinación común, y la abolición de las Leyes de Pobreza no invalidaría la argumentación de Trotter.

El primer ministro H. H. Asquith se reunió el 17 de agosto con los representantes de los sindicatos ferroviarios. Les ofreció formar una comisión real para estudiar sus exigencias. Les habló desde lo encumbrado de su posición. La alternativa a las largas deliberaciones de una comisión real parecía ser el uso de la fuerza contra los trabajadores. Se reunieron y rehusaron sin más aceptar la comisión o volver al trabajo. Cuando salió de la sala, se oyó decir claramente al señor Asquith: «En ese caso su sangre caerá sobre sus cabezas». Winston Churchill envió tropas a enfrentarse con los mineros. La tensión e indignación crecientes persistieron.

En otoño de 1911 se representó, entero, en Covent Garden, el ciclo del *Anillo* de Richard Wagner. Bloomsbury reservó asientos y también la Guardería Fabiana: Rupert Brooke y James Strachey y las encantadoras hijas de sir Sidney Olivier barajaron sus entradas y se sentaron juntos. Los elfos negros golpearon sus martillos con violentos ritmos en Nibelheim, Wotan el cíclope y Loge el artero, el dios del fuego, descendieron al inframundo y engañaron al rey para que les entregara su anillo de oro y el yelmo de la invisibilidad. Las llamas se alzaron y brillaron en torno a Brunilda la Valquiria que dormía en la roca, y Brynhild Olivier aplaudió. Wotan había mutilado el abedul del mundo para hacer leyes y tratados en su beneficio, que, como todo lo humano, habían acabado por hundirse lentamente en su propia inanidad y en las creencias inadecuadas en el bien y el mal. Las personas eran corruptas, o engañadas, o víctimas, aunque el Rin, la música —y las llamas del fuego— siguieran fluyendo y cantando.

Griselda Wellwood asistió con Julian, Charles/Karl, Wolfgang y Florence. Griselda estaba interesada en lo que ella consideraba las adaptaciones hechas por el propio Wagner de los mitos de los Edda y el *Nibelungenlied*. Explicó a Julian que no

había ninguna fuente en la que se basase el talado del abedul del mundo para incendiar el mundo y el Valhalla. Era una invención del propio Wagner, su contribución al cuento. Julian afirmó que la música hacía que se sintiera impotente. Charles/Karl, interesado todavía en los grupos y el instinto, afirmó que un público era un animal diferente de un hombre que leía solo. Un público —si la obra era buena— era una criatura. Como un dragón, respondió Griselda. Se podía encandilar a un dragón con música. Julian objetó que un público insatisfecho también era una criatura: compartía unas emociones y se iba irritando. Wolfgang pidió que guardaran silencio y prestaran atención, pues la música volvía a empezar. Y los peligrosos sonidos se extendieron en hechizadoras retahílas y se respondieron a sí mismos, crecieron y se entretejieron.

Margot Asquith, la mujer del primer ministro, escribió en su diario en 1906:

«No tengo ninguna amiga que sepa o se interese por la política: les encanta el aspecto personal, el prestigio, los enredos gubernamentales. En realidad, las mujeres son condenadamente estúpidas y solo tienen un instinto, que, al fin y al cabo, comparten con todos los animales. No tienen medida ni razón, muy poco sentido del humor, apenas cierto sentido del honor o la verdad, casi ningún sentido de la proporción, tan solo el poder ciego de una mera devoción y todas las cualidades animales de carácter más heroico».

Despreciaba y temía a las agitadoras sufragistas que le habían escupido en el banquete ofrecido por el lord mayor y que, en 1908, lanzaron piedras a sus ventanas de Downing Street, haciéndole temer por su hijo pequeño.

«Estuve a punto de vomitar aterrada de que pudiera despertarse y gritar. ¿Por qué tengo que soportar a estas mujeres inútiles, malvadas y crueles? Dicen que no hay que tomarse en serio a los hombres, ¡qué gran mentira! Habría que azotarlos en cada esquina.»

Tenía mucha fe en su propia autoridad e intuición femeninas. A finales de 1910 escribió una petición a Lloyd George durante la campaña de las elecciones. Era una carta estúpida, que ignoraba de forma sublime su propia estupidez.

Estoy segura de que es usted tan generoso como impulsivo. Me dispongo a hacerle una petición política. Y digo política y no personal, porque, si no me responde, me sentiré desdichada, pero no ofendida. Cuando hable en el estrado, no apele a lo más vulgar, sórdido y violento de su público, al hacerlo hiere a aquellos miembros del mismo que concurren a estas elecciones con el noble deseo de ver juego limpio: personas que no desean golpear a nadie, que

pretenden compadecer y ayudar a sus conciudadanos de forma desinteresada ya sean señores o barrenderos. Supongo que el frío odio de clase exhibido en los consejos de la Cámara de los Lores en estos últimos años es lo que le ha conducido a criticar a los lores, etc., etc.

Si sus discursos hiriesen y ridiculizasen solo a los lores, tal vez no tendría tanta importancia..., pero hieren y ofenden no solo al rey y a los hombres de Estado, sino a los pobres. A todos los liberales..., nos hacen perder votos...

Lloyd George replicó con acerada ironía:

... A pesar de sufrir un terrible catarro, tengo que pronunciar una docena de discursos antes de las elecciones. Si pudiera usted transmitir a los secretarios de organización su absoluto convencimiento de que mis discursos están perjudicando a la causa, rendiría usted un gran servicio al partido y de paso me haría a mí un gran favor...

En noviembre de 1911, Lloyd George anunció ladinamente que había torpedeado la Ley de Conciliación, que habría concedido el voto a un número limitado de mujeres. En su lugar se aprobaría la Ley de Reforma del Sufragio Masculino. Las mujeres, tanto las sufragistas militantes como las más calmadas y razonables, se quedaron atónitas.

En febrero Emmeline Pankhurst declaró: «El argumento más válido en política es el del cristal roto». Las mujeres habían desconcertado, por así decirlo, la vida diaria de la nación, con su ingenio y su veneno. Las palabras «Votos para las mujeres» se marcaban a fuego en los campos de golf y estaban escritas con tinta roja en el cuaderno de apuntes del primer ministro. Damas respetables vestidas de negro, con respetables sombreros negros sacaban de sus grandes y respetables bolsos martillos de clavos y enormes piedras y recorrían las grandes calles comerciales de las ciudades rompiendo rítmicamente los escaparates. La señorita Christabel Pankhurst, bajo varios disfraces, un sombrero de paja rosa y unas gafas de sol azules, eludió la vigilancia de los cien detectives que vigilaban a la «condenada y escurridiza Christabel». Por fin huyó a París, desde donde se dedicó a dirigir los cada vez más extravagantes atentados y a sacar a su perrito a pasear por el parque. Su madre estaba, como de costumbre, sufriendo en la cárcel.

En marzo, el elocuente señor Asquith habló en la cámara sobre la huelga de mineros que estaba paralizando el país. Apeló a los mineros y a los miembros del Parlamento. Prorrumpió en lágrimas.

En marzo, también Margot Asquith se decidió a intervenir en secreto. Escribió a un líder obrero al que habían invitado a un almuerzo, y le propuso celebrar una reunión secreta. Era un ruego muy femenino.



La gran pregunta que estoy deseando plantearle a un hombre de su capacidad, simpatía y, posiblemente, penosas vivencias es: «¿Qué es lo que quiere?».

Por supuesto, no me refiero estrictamente a usted, a quien considero tan recto y desinteresado como pueda serlo yo. Lo pregunto en sentido más amplio.

¿Desea usted que todo el mundo disfrute de la misma prosperidad material? ¿Cree usted que las inteligencias se igualarían si se consiguiese esa prosperidad?

¿Cree usted que tratando, o incluso logrando, que la naturaleza humana se igualara en las cuentas bancarias, las personas serían iguales ante Dios y los hombres?

Soy socialista, aunque probablemente no en el mismo sentido en que lo es usted...

Me gustaría entender mejor a la gente que consigue lo que quiere aun a costa de causar un enorme sufrimiento a los demás.

Puesto que no acabo de entenderlo, me reservo mi opinión. No me importa lo que pueda creer cualquiera, pero la base de cualquier creencia debería ser el amor, incluso a los enemigos, y eso es muy difícil de poner en práctica.

Habiendo sufrido usted tanto, supongo que no querrá que nadie sufra, y por eso es usted socialista. Lo mismo pienso yo, aunque soy solo una mujer. No me gusta ver sufrir a mi marido mientras trata de ser justo y amable con los dos bandos en esta trágica disputa.

La carta continúa en el mismo tono, que Wilfred Trotter habría podido reconocer como la conversión de estructuras morales humanas en cosas tangibles cuando no lo son. No recibió respuesta. Las huelgas continuaron.

Igual que las protestas de las sufragistas. A la señorita Emily Davison la arrestaron en Parliament Street cuando empuñaba un trozo de lino empapado en parafina ardiendo y trataba de introducirlo en un buzón de correos. Al primer ministro y un grupo de amigos y familiares los zarandearon, a su regreso de las vacaciones en Escocia, un grupo de sufragistas. El grupo se defendió: Violet Asquith «tuvo la satisfacción de hacerle crujir los dedos a una de esas golfas». También fue Violet quien, blandiendo un palo de golf, había espantado a un grupo de mujeres que había tratado de desnudar al primer ministro en el campo de golf de Lossiemouth. Asquith escribió en una carta que él mismo había parecido san Pablo en Éfeso «luchando con bestias: funestas gorgonas, hidras y quimeras, como dice Milton en alguna parte».

En abril de ese año, la City se vio envuelta en los hilos invisibles del telégrafo. Se colgaron carteles por todas partes anunciando que la nueva maravilla, el barco

insubmersible *Titanic*, había chocado contra un iceberg en mitad del océano. El barco envió mensajes de radio a tierra, que al cabo de un rato se tornaron un tanto confusos y luego se interrumpieron por completo. Corrió el rumor de que los pasajeros estaban a salvo y el barco había sido remolcado a Halifax. La *City* se acostó tranquila y despertó en pleno desastre por la mañana. Entre los ahogados estaba W. T. Stead, el aguerrido periodista que tanto tiempo atrás había comprado a una joven para tener relaciones sexuales y había denunciado el negocio del proxenetismo y sus abusos.

Los Webb regresaron de su viaje y se adaptaron a un mundo cambiante. Dejaron de lado el Comité por la Reforma de las Leyes de Pobreza y lo reemplazaron por la Nueva Oficina de Investigación Fabiana. La Sociedad Fabiana se aproximó al Partido Independiente Laborista e hizo campaña por un salario mínimo nacional. La idea de mejorar la condición de los pobres fue dando paso al ideal sindicalista de la revuelta.

Los individuos tenían extraños estados de ánimo. Rupert Brooke había llevado a Ka Cox a Múnich y puesto fin a su virginidad heterosexual, que estaba convencido de que estaba produciéndole un colapso nervioso. Regresaron: Ka embarazada y con los nervios exhaustos y Rupert al borde de la demencia. La locura se curó mediante una droga que reprimía el deseo sexual y un régimen de reposo y «cebado»: chuletas de cordero, ternera, pan y patatas. Rupert escribió cartas llenas de odio antisemita a sus amigos y contó a Virginia Woolf, que también había sufrido un colapso nervioso y estaba siendo «cebada», la historia de un coro de Rugby donde:

Dos miembros del coro de catorce años trazaron un plan durante el servicio coral. Al final se escabulleron y observaron entrar a los niños. Escogieron al que les pareció más guapo, un niño de diez años. Esperaron escondidos hasta el final del servicio infantil. Cayeron sobre su víctima cuando salía, lo cogieron de los brazos y lo arrastraron al vestuario. Allí, mientras se celebraba el servicio masculino, le quitaron los pantalones y lo sodomizaron uno tras otro. Sus gritos los ahogó el sonido del órgano y de los himnos aptos solo para hombres. Luego lo dejaron marchar. Ha tenido que guardar cama desde entonces. Los arrestaron y metieron, presumiblemente, en un reformatorio. Tal vez sobreviva.

El tono ya no era el tono despreocupado de los cotilleos de la escuela sodomita de Bloomsbury y los Apóstoles. Y se lo había escrito a una mujer temporalmente desquiciada. Estaba escribiendo diatribas a sus amigos neopaganos contra la rijosidad y obscenidad de Lytton Strachey, no tan distintas del horror que inspiraba aquel grupo a D. H. Lawrence, que los comparaba con escarabajos negros que se arrastraban debajo de las piedras. Brooke sabía, casi con seguridad, que no era divertido. ¿Qué y quién creía ser?

Margot Asquith era una integrante del grupo social llamado las Almas, que eran ingeniosos con las palabras y deportistas con el tenis y las bicicletas. El grupo de Margot disfrutaba siendo osado, poco convencional y «natural». Los hijos de las Almas, incluyendo a los hijastros de Margot, Raymond y Violet Asquith, formaron lo que llegó a ser conocido como la Camarilla Corrupta. Raymond era el rey de aquel grupo, que coqueteaba con las drogas y el opio, la impiedad y el humor negro. Lady Diana Manners afirmó: «Nuestro orgullo era no temer las palabras, no escandalizarnos por la bebida y no avergonzarnos por la decadencia y el juego». Diana era, según dijo Raymond Asquith, «una orquídea entre las primulas, un tulipán negro en un huerto de pepinos, una belladona en un jardín de infancia». Parodiaban las charadas y los *tableaux* teatrales de sus progenitores las Almas (la nomenclatura tiene un extraño eco de los grados secretos de los Apóstoles de Cambridge, o del Círculo Cósmico de Múnich, con sus embriones, padrinos y ángeles, sus gigantes y periféricos). Jugaban a un juego al que llamaban «dar la noticia». Consistía en representar como una comedia el momento en que comunicaban a una madre la muerte de su hijo.

En noviembre de 1912, el gran «escándalo de la plata» atenazó la City y llenó los periódicos. Los señores Montagu & Co. se habían dedicado a comprar plata en secreto al gobierno de la India como parte de sus reservas de divisas. Hubo acusaciones de corrupción y tintes de antisemitismo. John Maynard Keynes —que creía en la eliminación paulatina del estándar oro y en una reserva tangible de divisas— publicó su libro *Sobre la divisa india* en junio de 1913. En noviembre de ese año se produjo una crisis. «La gran especulación con la plata ha fracasado y el Banco de la India está en bancarrota. ¡Qué tragedia!», escribió sir Charles Addis, que fue crucial en la creación de un grupo de agentes de bolsa que, en diciembre, se las arreglaron para evitar el desastre.

Geraint Fludd se había ido implicando cada vez más en la sección de divisas y metales preciosos de Wildvogel & Quick. Compró el libro de Keynes y lo leyó con atención. Basil Wellwood invitó al joven a cenar una noche en el restaurante Rules y lo hinchó de gambas, venado, queso Stilton y nata batida con licor, con una botella de burdeos joven. Basil nunca había acabado de saber lo sucedido con el compromiso de Geraint con Florence Cain, que ahora era la señora Goldwasser. Había notado un cambio en Geraint: se aplicaba al trabajo con una determinación más sombría y demostraba una pulcritud casi hierática.

—Quería decirte lo mucho que admiro la resolución con que has trabajado los pasados dos años —dijo al final de la cena—. Tengo entendido que has sufrido contratiempos y has sabido enfrentarte a ellos.

Geraint respondió que así era. Apuntó que, cuando las cosas no tenían arreglo, lo mejor era apartarlas del pensamiento, pero que a veces era difícil lograrlo.

Basil afirmó que había llegado a sentir que Geraint era, en muchos sentidos, hijo suyo. Su propio hijo le había dejado bien claro que no le interesaban el drama y la vida de la City. En ese sentido, Geraint era su heredero espiritual: un heredero espiritual de las cosas materiales. Quería ayudarlo a progresar lo mejor que pudiera y tan rápido como fuese posible. Le había impresionado mucho su trabajo durante la crisis de la plata india. ¿Qué le parecería a Geraint si lo enviaran allí, al año siguiente, para estudiar de primera mano los negocios del banco en aquel país?

Alzaron las copas. El salón olía a vino, pan y salsa de carne, y la luz era tenue y cálida.

Geraint no respondió.

—Se me ha ocurrido que un cambio de aires... —dijo Basil—. Un largo viaje en transatlántico. Lleno de mujeres hermosas y esperanzadas —añadió con atrevimiento.

Geraint leía a Kipling. Pensó en el misterio de la India, la selva, la luz, los colores, los animales. Las complejidades de los negocios con la plata. La distancia. Comprendió que necesitaba poner tierra de por medio. Y su imaginación se conmovió al pensar en las mujeres hermosas que viajaban por los negros océanos iluminados por las estrellas en busca de maridos. Un viaje así te hacía libre, un hombre nuevo.

—Me gustaría mucho, señor —dijo—. Ha sido usted muy bueno conmigo.

—El día que entraste en el banco fue un día de suerte para mí —respondió Basil—. Eres demasiado joven para dejarte abrumar por un contratiempo. Tienes toda la vida por delante. El mundo entero a tus pies.

Geraint sopesó su dolor frente a la atracción del océano y el continente desconocido. Sintió cómo se agitaba su propia energía.

—Lo sé —dijo—. Tiene usted razón. Gracias.

**E**l 4 de junio de 1913, el día del Derby, Herbert «Diamond» Jones montó a Anmer, el caballo del rey, con las divisas reales. Era un héroe nacional. Enormes muchedumbres le aplaudían. Emily Wilding Davison, vestida con un traje de tweed, una blusa de cuello alto y un cómodo sombrero, se plantó detrás de la valla de Tattenham Corner, donde giraban los caballos, exhibiendo sus vistosos colores contra el azul del cielo. Llevaba una bandera con la tricolor sufragista, púrpura, blanca y verde, oculta en la manga y otra enrollada a la cintura. Cuando oyó el sordo retumbar de los cascos y vio a Anmer liderando el grupo, avanzó hacia el caballo, alzó los brazos y lo sujetó por las riendas. Todos cayeron al suelo, el jockey, el caballo y la mujer, sobre la hierba manchada de sangre. «Diamond» Jones quedó tendido inmóvil: estaba contusionado y se había herido un hombro. La escena se filmó: puede verse cómo Davison es arrastrada y aplastada como un pelele con las faldas por los aires. Se golpeó la cabeza. Se la envolvieron en un periódico. La llevaron al hospital de Epsom, donde sus camaradas adornaron la cama como un ataúd con flores púrpuras, blancas y verdes. Murió cuatro días más tarde.

El caballo caído se había levantado y se había alejado trotando. El rey Jorge escribió en su diario: «El pobre Herbert Jones y Anmer salieron volando. Ha sido un día muy decepcionante».

La reina María envió un telegrama a Jones compadeciéndolo tras su «triste accidente causado por la conducta abominable de una mujer brutal y demente».

Jones afirmó, mucho tiempo después, que estaba «obsesionado con el rostro de aquella mujer». Después de aquel suceso, tuvo pocos éxitos en la pista de carreras.

El WSPU enterró a Emily Davison con gran ceremonia. Hubo diez bandas de música y un desfile protagonizado por seis mil mujeres. Portaban pancartas bordadas con las últimas palabras de Juana de Arco: «Seguid luchando y Dios nos concederá la victoria». Se recuperó la bandera de Davison, manchada de hierba, barro y sangre, y se convirtió en una reliquia. Algunos hombres y mujeres lanzaron ladrillos al paso del ataúd. Hedda Wellwood, que se había pasado la noche bordando y ribeteando las pancartas, desfiló con aquellas mujeres, y volvió un rostro lívido y lleno de desprecio hacia los alborotadores. Sus pies marcaban el paso, la música unía a las mujeres, eran como una única criatura movida por el mismo propósito.

El grupo la sostenía: la extrañeza de aquella actividad violenta, astuta y peligrosa por parte de criaturas de las que se esperaba que fuesen dóciles, tímidas, domésticas y cariñosas. Hedda de niña había sido rebelde. Se había quedado al margen de los

grupos: la familia Wellwood, las chicas de la escuela y los fabianos. Subvertía las estructuras, descubría verdades incómodas. No lograba encontrar un propósito. Y luego lo encontró en una comunidad de rebeldes, un ejército con causa y un programa de destrucción. Le gustaba desfilar, cadera con cadera, falda con falda, hombro con hombro con mujeres que habían sacrificado sus propias necesidades y movimientos a una causa más grande. La vida del grupo le daba fuerzas y la turbaba, pues era claustrofóbica por naturaleza. De vez en cuando tenía la sensación de que iban a lanzarse sobre ella y aplastarla, como la reina roja, la reina blanca y el jurado volador de *Alicia*.

Un ejército necesita un general, además de un mártir. Emmeline Pankhurst estaba débil debido a los sufrimientos de las huelgas de hambre y la alimentación forzosa. Cuando la violencia creciente de la campaña indujo a la prensa a decir que era una vieja malvada, replicó: «Nuestra intención no es agradarles». Pero, paradójicamente, el ejército estaba siendo dirigido cada vez más por la hermosa Christabel, que cuidaba de su perrito en su precioso apartamento de París, con la excusa de que el líder debe estar a salvo y no correr peligro para poder planear la estrategia. Como les ocurre a muchos líderes absolutos, discutía con la gente, con los Pethick-Lawrence, Frederic y Emmeline, que habían pagado, planeado y sufrido por la causa femenina, con su hermana Sylvia, que vivía con los pobres en el East End, y era fiel a sus principios socialistas, mientras que Christabel cortejaba a los ricos, los *tories*, las camarillas de los famosos e «influyentes». Emitía *diktats*. El día de la Bastilla de 1912, en el cumpleaños de Emmeline, Sylvia había organizado una impresionante exhibición en Hyde Park, gorros, pancartas, banderitas, decoradas con dragones escarlatas y cubiertas de flecos blancos. Fue un enorme éxito.

Christabel telegrafió desde París para ordenarle a Sylvia que le pegara fuego al castillo de Nottingham.

Se negó. No creía en quemar cosas, ni en destruir obras de arte.

Pero había quien sí lo hacía.

Se escribían unas a otras telegramas en clave. «Pelusa, plumas, cera, violetas de alquitrán, polvo de amapolas.» Compraban y ocultaban latas de parafina y petróleo. Echaban guindilla molida y plomo fundido en los buzones de correos. A principios de 1914 se volvieron más valientes y osadas. En los primeros siete meses de aquel año incendiaron 107 edificios. Quemaron castillos en Escocia y la tomaron con la herencia cultural de la sólida Gran Bretaña. En 1913, rasgaron cuadros valiosos en Manchester y rompieron los cristales del invernadero de orquídeas de los Kew Gardens. Volaron por los aires la nueva casa de Lloyd George en Walton-on-the-Hill. Cortaron cables de teléfono y metieron piedras en las juntas de los raíles ferroviarios para hacer descarrilar los trenes. Cada vez eran menos reverentes: incendiaron iglesias antiguas, mutilaron biblias medievales, quemaron la Biblioteca Carnegie, en

Birmingham. Como los anarquistas antes que ellas, hicieron estallar una bomba en la abadía de Westminster y llenaron de agua el gran órgano del augusto Albert Hall. A ellas también las golpeaban, amenazaban y desvestía la policía y las turbas encolerizadas. Les pellizcaban los pechos, las despeinaban. Interrumpieron al rey y al primer ministro con decididas arengas y el himno de las sufragistas, que cantaban con la melodía de *La marsellesa*. Mary Richardson se propuso mutilar metódicamente la elegante y carnal Venus del espejo, de Velázquez, pintura que le desagradaba. Esperó hasta que los detectives que la vigilaban se tomaron un descanso a la hora del almuerzo (uno se tapó simplemente la cara con un periódico) y se abalanzó, sobre la mujer pintada y el cristal protector, con un hacha. Le asestó un golpe. El detective miró instintivamente al techo. Su ayudante resbaló sobre el suelo pulimentado. Asestó otros cuatro golpes. Unos turistas alemanes ayudaron a detener a la señorita Richardson, arrojándole sus guías de viaje Baedeker a la cabeza. Finalmente acabó de vuelta en la cárcel de Holloway donde tendría que enfrentarse a la alimentación forzosa.

Estas historias circulaban, entre impresionados susurros y grandes risotadas. El sacrificio de Emily Davison parecía indicar que todas las mujeres debían actuar. La idea de «hacer algo» se coló de forma insidiosa en la imaginación de Hedda. Coser no era suficiente, desfilar tampoco lo era, enviar guindilla molida por correo, echar cola en las puertas respetables o esparcir tachuelas por el suelo de las oficinas tampoco era suficiente. Hacía falta pasar a la acción.

Lo malo era que le daba miedo. Al principio, lo difícil fue pensar en una acción apropiada, y luego, un día, cuando discutían acerca de la vida de Emily Davison, se le ocurrió una idea brillante, en la oscuridad.

Emily Davison —cuyos discursos habían sido largos y divagantes, cuya presencia a menudo había resultado molesta e irritante— se había convertido en una santa. Una vez había tenido la inteligente idea de esconderse por la noche en la Cámara de los Comunes, y salir —el día del censo— para reclamar el lugar como propio. La había encontrado en el armario de las escobas una amable limpiadora, que le había ofrecido té con tostadas y la había enviado a su propia casa. Había descubierto otros métodos de garantizar su encarcelamiento. En prisión había saltado como una acróbata desde un balcón hacia lo que habría sido una muerte segura, de no haberla salvado la red de alambre. Cuando la llevaron arriba volvió a saltar. Y, una vez más, se estrelló contra la escalera de hierro.

Circulaban historias sobre el sufrimiento en las celdas, la alimentación forzosa, que era en sí una forma de tortura: los abre bocas de madera entre los dientes, o las abrazaderas metálicas que podían llegar a romperlos, el terrible tubo forzado al interior, mientras los guardianes sujetaban a la mujer, por las orejas, el pecho, el pelo,

las manos y las piernas. El tubo serpenteante podía entrar por el conducto equivocado e ir a parar al pulmón, o desgarrar el intestino: todo eso se sabía y se contaba, historias de heroínas, mujeres que al empezar su cautiverio aparentaban cuarenta años y al salir parecían tener setenta. Sylvia Pankhurst se había negado a comer y a beber, y la habían mojado con una manguera y alimentado con el odioso tubo. Se había dedicado a andar. Día y noche, día y noche. A Hedda le contaron que los ojos se le habían llenado de sangre. Las piernas se le habían hinchado como si fueran sacos. Por las noches, Hedda soñaba con aquella figura enjuta de ojos enrojecidos, andando sin parar, y se despertaba empapada de sudor.

Puesto que sabía lo que tenía que hacer, también sabía que tenía que hacerlo, o no se le habría ocurrido. Recordó la historia que le habían contado de niña del muchacho que se había escondido en el sótano de South Kensington: el cuento que le habían contado Tom y el propio Philip de la rampa donde descargaban las carretas, de los grandes moldes de escayola y las tumbas. Una mujer podría esconderse allí, y salir cargada de piedras, cuando todo estuviera tranquilo, y romper las vitrinas con el frío oro y la plata, y hacer pedazos los metales hasta reducirlos a polvo.

No tenía verdaderas amigas. Tendría que hacerlo sola.

No había ninguna necesidad real de romper nada.

Era un llamamiento imperativo.

Estaban en mayo de 1914. Tenía piedras puntiagudas. Había ido de excursión a recoger piedras de pedernal con otras mujeres del WSPU. Por pura rabia contra su vida pasada, que ahora iba a terminar, y el orden soñoliento, cómodo y turbio de Todefright, cogió adrede una colección de piedras: algunas raras, otras recogidas en las interminables playas de cantos rodados de Dungeness, viejos pedernales y creta del Weald (incluyendo uno o dos martillos de la Edad de Piedra), un trozo de pumita del Etna (demasiado liviana para hacer ningún daño) y un rugoso fragmento de los acantilados blancos de Dover. Todas aquellas piedras estaban en un gran cuenco de gres fabricado por Philip Warren, que se encontraba en el despacho de Olive en lugar de una bandeja de fruta. Entre ellas —dejada allí en apariencia por casualidad, para que se perdiera entre las demás— la piedra de Dungeness con el agujero que habían encontrado en el bolsillo del abrigo de Tom en la playa. La cogió a propósito, sabiendo que, al llevársela, le haría daño a Olive y comprendiendo a medias que Tom había querido... vengarse de Olive, escapar de Olive y liberarse de ella y que dejara de escribir sobre él. Olive había apoyado tibiamente el sufragio, como parte del ambiente de los jardines y los salones fabianos, pero no había aprobado los actos violentos. Cogería la piedra agujereada de Olive y la arrojaría contra el cuenco dorado.



No hizo nada en varios días. Tenía miedo. Ignoraba lo asustadas que habían estado otras sufragistas. Los dientes le dolían de temor y soñaba que se le caían y se mezclaban con las gachas del desayuno, como guijarros ensangrentados. Esperó una señal y supo que la había recibido cuando leyó que Sylvia Pankhurst había dibujado en una pizarra de la prisión una ilustración para:

¡Despierta!, pues la mañana, en el cuenco de la noche,  
ha lanzado la piedra que espanta a las estrellas.

No se encontraba bien. Al respirar notaba que le olía el aliento. Se recogió el pelo, preparó una bolsa, que parecía la bolsa de un artista y se puso en camino.

La entrada era como la había descrito Philip, seguía siendo accesible como lo había sido antes de que se inaugurasen las deliciosas curvas y los nuevos espacios clínicos de sir Aston Webb. Se escurrió entre dos hombres ocupados en descargar un pesado cajón muy voluminoso y lleno de paja. Se coló como un espectro detrás de un bosque blanquecino de moldes de escayola. Siguió adentrándose, pasó junto a unas rejas de cementerio y unos parachoques de latón y de pronto llegó a la tumba rusa donde Philip había dormido sobre el plinto vacío, bajo las palomas y las hojas de acanto. Se detuvo y reorganizó sus posesiones, la bolsa llena de piedras, el paquete de bollos. Cuando Philip se había escondido allí no había luz eléctrica. Ahora, mientras la luz se oscurecía en las ventanas circulares, Hedda reparó en unos interruptores y en un sistema de cables. Aguardó en la penumbra, y luego en la oscuridad, esperando a que se le acostumbrase la vista. Se había recogido el pelo con una bufanda de color oscuro. Miró a su alrededor en busca de la escalera con el pasamanos de hierro y no la vio. Esperó. La noche y el silencio se extendieron. Con precaución encendió una luz y se ocultó detrás de la tumba. No se movió ni un alma. La luz, matizada por una pantalla verde, iluminó las blancas bóvedas góticas. Necesitaba un hilo: estaba perdida en el laberinto. Salió corriendo de su escondrijo, moviéndose agachada y encorvada por los pasadizos. Encontró la escalera de piedra y subió. En ese momento, comprendió que había cometido una estupidez. La puerta que llevaba a la galería estaba cerrada. Philip Warren había encontrado una llave. A ella ni siquiera se le había ocurrido pensarlo. Era como Alicia, sin poder entrar en el jardín, obligada a mirar por el ojo de la cerradura.

Como la acción requería ser puesta en práctica, miró a su alrededor en busca de la solución que debía haber. Y así fue. Había un panel en la pared del pasadizo, al pie de las escaleras, con varios mazos de llaves y destornilladores colgados de un cordeles embreados y deshilachados de diversas longitudes. No estaban etiquetadas. Probó una y luego otra y comprendió que le hacía falta una más grande y más larga. La

encontró. La puerta se abrió con un chirrido.

Y allí, a la luz de la luna, vio las vitrinas de oro y plata brillantes y relucientes. Hedda se acercó a ellas. Vio el relicario y el Candelabro de Gloucester. No había indicios de ningún guardián del tesoro.

Si al romper el cristal no hiciese demasiado ruido, tendría tiempo de causar auténticos estragos en los objetos. Estaba sudando. Sintió frío. Se quitó el abrigo, envolvió un pedernal grande y afilado en él y golpeó sin mucho convencimiento. El cristal resistió. Hedda estaba dominada por el odio y golpeó otra vez con todas sus fuerzas. Los lados de la vitrina de cristal se astillaron y cayeron al suelo. El golpe sonó amortiguado, pero los cristales tintinearón al caer sobre los azulejos del suelo.

Cogió una de las piedras de Dungeness y la arrojó sobre un pequeño cáliz, que se rayó, aunque no llegó a abollarse. Hedda seguía sola en la imponente sala. Aplastó una delicada cuchara, sin hacer casi ruido, sobre una alfombrilla de terciopelo que atenuó los golpes. Se volvió hacia el Candelabro.

Ahí estaba, único, misterioso, con todos sus dragones y demonios enérgicos y retorcidos, con el follaje y los guerreros tocados con cimeras. Tuvo una sensación muy rara. Recordó a Tom leyendo a Tennyson en voz alta en la casa del árbol. Aquello era como la puerta de Camelot.

Las ramas como dragones y los élficos emblemas  
empezaron a moverse, bulleron, se retorcieron y curvaron: llamaron  
a Gareth «Señor, la puerta está viva».

Y Hedda vio cambiar sus formas y los movimientos fugaces que ascendían por aquel objeto. Debía destruirlo. En lugar de eso arrojó la piedra de Tom con el agujero contra él. Rebotó en una bestia que estaba siendo acuchillada por un gnomo que empuñaba un puñal. Hedda se hincó de rodillas, cuando entraron corriendo los guardas y la levantaron sin mucha amabilidad.

La encerraron en una comisaría de policía y la llevaron a juicio. Sabía que exudaba olor a miedo y se puso muy erguida en el estrado temblando como si estuviese dando a luz. Algunos miembros del WSPU fueron a apoyarla y su confianza en que no tendría miedo formó también parte de su tortura. No pidió ver a su familia. La condenaron a un año de prisión por dañar propiedad del gobierno y la llevaron a la prisión de Holloway.

En la celda había una Biblia y un libro titulado *El hogar hermoso*. Eso la divirtió un poco. Le habían dado un baño caliente, cosa que le hacía falta, y le habían dado ropa usada que no era de su talla, que también le hacía mucha falta, pues la suya estaba empapada con el terror de su cuerpo.

Sabía que tenía que negarse a comer. No sabía si tendría valor para negarse a beber. Empezó a andar. De atrás adelante, de atrás adelante. Las paredes la agobiaron y empezó a sollozar y siguió andando. Decidió negarse a beber, pensando confusamente que de ese modo moriría, cosa que por lo visto quería hacer. Anduvo y anduvo. Cayó al suelo y volvió a levantarse.

Le llevaron, como a todas las que hacían huelga de hambre, una bandeja con un tarro de extracto de ternera con gelatina Brand's, una manzana, un poco de pan con mantequilla y un vaso de leche. No los tocó. Siguió andando.

Llevaron los tubos, los abre bocas, el espeso fluido (Sanatogen, importado de Alemania). No se resistió, porque estaba demasiado temblorosa, pero luego vomitó sobre una de las guardianas y la abofetearon como a un bebé por ser tan sucia.

En una ocasión, y eso fue lo peor, empezó a pensar en el tarro de ternera con gelatina como si tuviese la misma autoridad de la acción que había llevado a cabo. Debía probarla. No debía. Debía. Anduvo. De aquí para allá, y luego se detuvo y cogió la cuchara.

El sabor era intenso, a pesar de que tenía la lengua de trapo. Engulló el bote entero, cucharada a cucharada. Una mujer entró y dijo en un tono que a Hedda le pareció desdeñoso: «Te sentará bien, es la primera cosa sensata que te he visto hacer».

Hedda lloró, se metió los dedos en la boca, vomitó y volvieron a abofetearla. Entonces supo que se había deshonrado y que no podía romper su ayuno. Anduvo, le metieron aquel líquido horrible, vomitó, anduvo. Si el tubo se coloca demasiado alto o demasiado bajo, la comida es angustiosamente dolorosa, pues llega a sitios donde no debe ir.

La dejaron salir en julio, bajo la ley del «Gato y el Ratón», para que pudiera reponerse y volver a encerrarla cuando no estuviera en peligro de muerte.

Había un grupo de mujeres esperándola. Un grupo de sufragistas que sabían cómo limpiar, alimentar y sanar a las mártires para que se recuperasen. Y su hermana, la doctora Dorothy Wellwood, que no trató de ocultarle su asombro al ver sus labios agrietados, sus ojos enrojecidos y los huesos que casi asomaban por debajo de la piel.

—Casi te matas —dijo Dorothy—. Tienes que recuperarte.

Hedda murmuró algo sobre la ternera con gelatina. Dorothy le preguntó si le apetecía un poco. Hedda se echó a llorar. Afirmó que Dorothy no podía entenderlo.

—Lo he estropeado todo.

—Solo si mueres. Y yo me encargaré de que eso no suceda.

## **IV**

### **La edad de plomo**

**E**n mayo de 1914, Diáguilev inauguró una temporada triunfal en el teatro de Drury Lane con el ballet ruso y la música de Richard Strauss. Interpretaron *Iván el terrible* y el *Joseph* de Strauss. Rupert Brooke asistió, igual que Bloomsbury, y que Anselm Stern y sus hijos, que fueron acompañados de August Steyning. El 25 de julio, el día de la última representación, escenificaron *Joseph y Petrouchka*, que concluye con la patética muerte de la marioneta viviente. Ese otoño, el embajador austriaco rechazó la respuesta serbia a su ultimátum y regresó a su país. Los Stern también volvieron a Alemania. Era lo más prudente, afirmó Anselm. El conflicto se palpaba en el ambiente.

El 31 de julio, Alemania envió un ultimátum a Rusia, declaró el *Kriegsgefahr*, riesgo de guerra, y empezó a movilizar las tropas. El mundo socialista se congregó en torno a Jean Jaurès, que seguía contando con un levantamiento general de los trabajadores en contra de la guerra. Esa noche, mientras cenaba en el café Croissant, en Montmartre, le disparó un pistoletazo un joven que llevaba un día siguiéndole. Murió a los cinco minutos. El 1 de agosto, cuando se hizo público su fallecimiento, se movilizó el ejército francés.

La City londinense, intranquila por los peligros del mercado del oro, envió una comisión a Lloyd George, para advertirle de que «los intereses comerciales y financieros de la City se oponían frontalmente a la intervención en la guerra». Nadie pensaba que fuese a estallar la guerra. Nadie estaba preparado para ella. Los banqueros pensaban que vivían en un mundo regido por las fuerzas económicas y financieras, construido de tal modo que las fuerzas políticas estaban sometidas a las estructuras económicas de prosperidad y crecimiento. Lloyd George observó que los «banqueros asustados no componen una estampa muy heroica. Aunque hay que disculpar a unos hombres que eran millonarios con un crédito garantizado y aparentemente tan seguro como el globo terráqueo, y que de pronto ven su futuro roto por una bomba lanzada al azar por una mano insensata». *The Economist* abogó por una estricta neutralidad. El conflicto del continente «no nos atañe más de lo que podría preocuparnos una guerra entre la Argentina y el Brasil o entre China y Japón».

Saki, que había escrito tantos cuentos de niños selváticos e irresponsables que se burlaban de la gente respetable en los jardines, los bosques y las pocilgas inglesas, había publicado *Cuando vino Guillermo*, una siniestra historia satírica sobre lo bien que se adaptaba la sociedad inglesa al gobierno de los Hohenzollern. El cuento terminaba con un desfile ceremonial de boy scouts delante del emperador alemán y el

monumento a su abuela delante del palacio de Buckingham. El emperador esperaba. Y esperaba. Y no aparecía ningún niño bajo las ondeantes banderas del Mall. Los niños ingleses habían salvaguardado el honor de Inglaterra. Los niños salvajes tenían ideas propias.

El teniente general Von Moltke era el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra del Imperio alemán. Había tratado de rechazar aquel puesto: tenía sesenta y seis años y, a diferencia de su tío abuelo, creía ser demasiado precavido, demasiado reflexivo y demasiado escrupuloso para tomar decisiones rápidas de las que dependerían millones de vidas y el destino de su país. El káiser había desestimado sus objeciones. Tendría que seguir los pasos de su tío. Dirigiría el elaborado plan Schlieffen, que requería que los ejércitos alemanes invadieran Luxemburgo y Bélgica y controlaran las vías férreas, para avanzar desde el norte y rodear París desde el oeste. Hizo lo que debía y desplegó sus tropas y sus trenes.

El 1 de agosto de 1914 lo convocaron de pronto a una conferencia en el Berliner Schloss, con el káiser, sus generales y sus ministros. Todos estaban exultantes. El káiser ordenó servir champán. Dijeron a Von Moltke que sir Edward Grey había prometido al embajador alemán en Londres que Gran Bretaña garantizaría que Francia no entraría en guerra con Alemania, si Alemania prometía no atacar a Francia. El káiser, encantado y aliviado, le dijo a Von Moltke que ahora solo tendrían que luchar con Rusia. Los ejércitos podrían avanzar hacia el este.

Von Moltke trató de explicar que ya habían desplegado en el oeste un millón de hombres, once mil trenes, toneladas de municiones, cañones y suministros; que había patrullas en Luxemburgo y una división entera respaldándolas. El káiser le regañó, con petulancia infantil, asegurando que su tío abuelo habría respondido de forma diferente y que Von Moltke podría emplear «alguna otra vía férrea».

Von Moltke se sintió humillado. Dejó escrito que, cuando reparó en la ignorancia y en la frivolidad de su líder, y en su incapacidad infantil para ver el mundo tal como era, algo se quebró en su interior. «Nunca me recobré de aquel incidente —anotó—. No volví a ser el mismo.»

Se perdió tiempo: el káiser dio contraórdenes; Von Moltke se encerró desesperado en su despacho y se negó a firmarlas. Luego, a las once de la noche, volvieron a llamarlo a los apartamentos privados del káiser, donde el jefe de Estado se encontraba a medio vestir, con un manto que le cubría el brazo marchito. Le entregó a Von Moltke un telegrama de Jorge V. El embajador alemán estaba equivocado. Gran Bretaña no garantizaba la neutralidad francesa.

—Ahora puede hacer lo que quiera —le dijo el káiser a su general.

Y los ejércitos avanzaron.

**A**lgunos se alistaron enseguida. Julian se unió al regimiento de su padre y lo enviaron al campamento de entrenamiento de oficiales de Suffolk. Se le daba bien el manejo de las armas y era buen jinete. El sol brillaba. Trabajó amistad con otro hombre de Cambridge. Estaba furioso porque lo que estaban atacando era la misma pastoral inglesa que él estaba estudiando: los bosques y los campos, los animales salvajes, las vacas, los corderos, los pastores, hasta cierto punto, y la recogida de la cosecha. Decían que todo habría terminado para Navidad. Su temperamento era irónico: creía en el deber, pero no en la gloria y pensaba que debía ir directo al fin prometido. Le gustaban sus hombres: era necesario que le gustasen, y le gustaban sinceramente. Notaba cuando estaban nerviosos y les animaba cuando hacían algo bien. En 1915 se embarcó para Francia.

Geraint volvió a Lydd, y recibió entrenamiento como artillero en los guijarros que conocía tan bien. Se alistó como soldado raso y se hizo artillero. Guardó el anillo que le había regalado a Florence en el bolsillo de la guerrera. Pensó: «Cuando esto termine, todo será diferente, incluyéndome a mí». La travesía por el océano a la luz de las estrellas se desvaneció como un espejismo. Igual que le sucedía a Julian, en aquellos días le parecía ver todo con más claridad porque todo estaba siendo cuestionado. Hizo amigos de parranda en el pelotón, uno de ellos era un conocido suyo de cuando vagaba libre por la marisma de Romney, el hijo de un pescadero llamado Sammy Till. En 1915, cruzó el canal de la Mancha y se dirigió al noroeste, en dirección a Bélgica.

Florian y Robin Wellwood y Robin Oakeshott se alistaron en el Real Regimiento de Sussex. A Florian lo enviaron a Francia muy pronto. Los dos Robins acabaron en el mismo pelotón. Dormían juntos, al lado de sus petates, en una tienda compartida. De niños habían estado juntos, o casi, en cosas como la obra de teatro en el campamento. Tenían la misma mata de cabello pelirrojo y la misma sonrisa. Al ser personas bien educadas, no sabían cómo sacar a relucir la cuestión de si eran o no hermanos.

Robin Wellwood pensaba que sería ofensivo y doloroso para Robin Oakeshott sugerirle que lo de su padre Oakeshott era una ficción. Robin Oakeshott pensaba que podría ser vergonzoso para Robin Wellwood hablarle de un parentesco al que nunca aludían. Ambos evitaban pensar en el papel que Humphry Wellwood había desempeñado en sus orígenes. A nadie le gusta pensar en sus padres y el sexo, ni

siquiera en situaciones normales. Pero siguieron juntos, hacían las cosas del mismo modo, y llegaron a confiar el uno en el otro.

Wolfgang Stern estaba ya en el campo de batalla, en el Sexto Ejército Alemán, a las órdenes del príncipe Rupprecht de Baviera. Estaba en el flanco izquierdo de la guadaña alemana de Schlieffen, que se retiraba deliberadamente hacia Alemania para alejar al ejército francés de París. Los soldados franceses vestían un uniforme del pasado, con pantalones rojos, una larga levita, una guerrera de paño, una camisa de franela y ropa interior larga, en invierno y en verano. Sus botas se conocían con el sobrenombre de Brodequins, que era el nombre de un instrumento de tortura. Cargaban con un rifle, un equipo que pesaba treinta kilos y un hato reglamentario de leña.

Los oficiales franceses solo creían en atacar, atacar y volver a atacar. Creían que en 1870 los habían derrotado por falta de firmeza y *élan*. Cargaron pesadamente al son de los tambores y las trompetas, con las largas bayonetas caladas. Eran muy valientes y los ametralladores alemanes, incluyendo a Wolfgang, los segaron como campos de hierba. Wolfgang se sentía ajeno a sí mismo, con su guerrera gris y su gorra de campaña. Pero, al fin y al cabo, siempre había sido un actor. Ahora estaba representando a un ametrallador muy competente. Estaba bien alimentado y sus oficiales eran buenos estrategas. La guerra no duraría mucho. El plan estaba funcionando a la perfección.

Charles/Karl, el ex anarquista, el socialista, el estudiante académico del comportamiento del rebaño en la guerra y en la paz, descubrió que su intuición al enfrentarse al hecho anarquista del asesinato, de que no podría matar a nadie era acertado. Fue a comunicarle a su padre que se disponía a alistarse. Basil Wellwood respondió que se alegraba, y que por supuesto lo lamentaba, y que le proporcionaría toda la ayuda que pudiera. Charles/Karl le aclaró que no pensaba alistarse en las Fuerzas Armadas, sino en una empresa cuáquera llamada la Unidad de Ambulancias Anglo-belga, que proporcionaba camilleros para cargar con los heridos y ambulancias en las que trasladarlos a los trenes médicos y devolverlos a casa.

—No es que me falte valor, papá —añadió—. Y creo que debo participar en esto de algún modo. Y las unidades de ambulancia ayudan a todo el mundo, no hacen distinción...

Basil le dio una respuesta tácita.

—Varios amigos de tu madre rechazan sus invitaciones. Ya no la invitan. Muchos han dejado de hacerlo.

—Sería mejor si fuese un soldado patriótico. Pero no puedo, ¿es que no lo entiendes?

—Lo intento. No te falta valor. Tienes mi bendición.



Charles/Karl le entregó un sobre en el que estaba escrito: «Abrir en caso de mi muerte».

—No es que quiera ponerme dramático, solo pretendo ser práctico. Tienes que prometerme que no lo abrirás antes de...

—Muy bien. Espero poder devolvértelo muy pronto. Esto no debería durar mucho. Cuídate.

Dorothy también se las había arreglado para alistarse en un nuevo tipo de unidad: el Cuerpo Hospitalario Femenino, fundado por dos mujeres muy eficaces que habían estudiado medicina, Louisa Garrett Anderson y Flora Murray. Al contrario de las médicas escocesas a quienes les habían dicho que «se volvieran a sus casas», pronto habían comprendido que el Ministerio de la Guerra se limitaría a echarlas. Ambas eran sufragistas y las dos habían tenido largas polémicas con el Ministerio del Interior. De modo que se pusieron en contacto con la embajada francesa y la cruz roja francesa y les ofrecieron sus servicios, así como las medicinas que sufragarían sus partidarios. El dinero llegó a espuestas, tanto por parte de las sufragistas como de los colleges femeninos. Diseñaron un uniforme, para los médicos, las enfermeras, los ordenanzas y los administradores. Era de color gris verdoso, con una falda corta y una guerrera larga y sencilla abotonada hasta el cuello. Llevaban abrigos y pequeños sombreros de tela con velos. Las mujeres tenían aspecto elegante y decidido. Habían aprendido que tenían que hacerlo todo mejor, con más cuidado y mucha más disciplina que los hombres. En septiembre de 1914, partieron de la estación Victoria y de Dieppe rumbo a París, que estaba repleto de heridos. «Una señora muy nerviosa de la Cruz Roja británica —afirmó Flora Murray— explicó que allí nada funcionaba bien. La burocracia era un caos..., se pasaban por alto todas las disposiciones. La sepsis era terrible. ¡La ciudad estaba abarrotada de alemanes con las piernas o los brazos amputados y a los que iban a enviar a El Havre al día siguiente como si tal cosa!»

Griselda Wellwood se encontraba con ellos. Newnham College estaba apoyando a las médicas. Griselda —tras un breve entrenamiento como voluntaria en Cambridge— las acompañó como una especie de oficial de enlace enviado por el college, que hablaba con fluidez francés y alemán y podía ser de ayuda con los pacientes y las autoridades. Enfermeras que apenas hablaban francés aprendieron a preguntar a los soldados heridos: *Monsieur, avez-vous de pain a l'estomac*. Griselda ayudó tanto a los pacientes como a las enfermeras.

Se emplazó un hospital en el hotel Claridge en París, cedido por los franceses. Se vaciaron las habitaciones, se organizaron por pabellones, se instaló equipo de esterilización y un quirófano y los heridos fueron llegando sin cesar: franceses, británicos y alemanes para que severas hermanas los atendieran, operasen y protegieran de las bandadas de damas curiosas y elegantes. Para morir. Había un

silencioso depósito de cadáveres en el sótano. Las cirujanos apenas habían operado antes más que a mujeres. Aprendieron rápido.

Dorothy se convirtió en una experta en amputaciones. Griselda fue de mucha ayuda cuando, en Navidad, hubo fiestas y celebraciones. Los hombres izaron la bandera de Reino Unido con la leyenda: «La bandera de la libertad». A las sufragistas no les hizo gracia. Los hombres se dieron cuenta y cambiaron la bandera. La «libertad» se convirtió en «Inglaterra» y se comunicó a los médicos que los hombres eran todos partidarios del sufragio femenino.

Se representaron obras de teatro. Montaron aquellas obras heridas, aquejados de neurosis de guerra, vendados y trémulos. Algunas eran farsas y otras no. *El desertor* era una representación exacta del consejo de guerra de un desertor, con el sargento mayor bravucón, el teniente cínico y el juez implacable. El acusado era el protagonista y moría valientemente en el escenario, delante del pelotón de ejecución.

Los heridos aplaudieron desde sus camas y sillas de ruedas. Dorothy cogió a Griselda del brazo.

—¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

—Es por la ejecución. Me horrorizan. Lo han representado con tanto realismo. Pero sus simpatías estaban con..., con él.

Dorothy dijo en tono lúgubre y tranquilo que si lo que habían visto y lo que les habían contado era una descripción fiel de lo que sucedía en el frente, la mayoría de los hombres se verían empujados a desertar.

—Dijeron que habría acabado en Navidad —añadió—. No lo ha hecho. No saben ni cuándo ni cómo terminará. Me alegro de que estés aquí.

—¿Por qué crees que lo han representado? —preguntó Griselda—. ¿Acaso actuar les permite verlo tal como es? ¿O trivializarlo? Resulta escalofriante.

—No podemos permitirnos pensar en lo que es o no escalofriante. Quitas un vendaje provisional de una herida y lo que hay debajo es escalofriante y no hay nada que hacer. Casi todos lo saben, pero no siempre. Sabes, Grizzel, sencillamente no soy la misma persona que era el año pasado. Esa ya no existe.

—Me alegro de que estemos con las mujeres. Van con tanto cuidado de... actuar como es debido que se limitan a seguir adelante. Al menos es lo que hacemos la mayoría, casi todo el tiempo.

—Esto no ha hecho más que empezar —respondió Dorothy.

**P**hilip Warren seguía en Purchase House. El jardinero y el factótum habían ido a la guerra, y tanto el camino como el huerto estaban llenos de hierbajos. Seraphita se sentaba semiconsciente en la penumbra y esperaba a que concluyera el día para retornar brevemente a la vida al anochecer, cuando se divisaba en el horizonte un sueño seguro. Pomona los había sorprendido a ambos al ir a Rye a presentarse voluntaria como enfermera. Trabajaba en un hospital en Hythe, cambiando vendajes, vaciando orinales y alisando sábanas, cosa que sabía hacer a la perfección. Resultó que se le daba bien tranquilizar a los moribundos y responder a lo que decían, al absurdo, la cólera, el temor y las llamadas a las madres, y lo hacía con un respeto grave y amable que resultaba de mucha ayuda. También se le daba bien el trato con los afligidos, o los que estaban a punto de serlo. Se deslizaba soñolienta por ahí y limpiaba y ordenaba temporalmente las cosas. Un día que volvió a casa exhausta y se tumbó en el descuidado jardín, le dijo a Philip que se sentía útil y que la necesitaban por primera vez en su vida.

—Es increíblemente desagradable y cuando puedes hacerlo sientes... ¡oh!, supongo que lo mismo que sentían antes las monjas cuando hacían cosas horribles a propósito. He aprendido qué músculos emplear para levantar pesos —dudó un instante—. ¿Sabes, Philip? Esta casa..., mi extraña familia..., es como si todo fuese un sueño del que hubiese despertado. No, es como si fuesen dos sueños..., uno lleno de cosas hermosas..., vasijas, tapices, bordados y flores y manzanas en el huerto..., tú ya me entiendes..., y otro lleno de aburrimiento interminable, tiempo desperdiciado, y... cosas que no estaban bien, pero que eran lo único que ocurría... Sé que lo sabes. He dejado de pedirte que te cases conmigo. He despertado.

Philip pensó que, entre los heridos, tal vez pudiera encontrar a alguien que la amara, porque le hiciera la cama más cómoda y limpiara su cuerpo.

Philip decidió alistarse como voluntario en el ejército, pero no a causa de Pomona. Lo pensó. Contempló su trabajo, sus dibujos, sus jarras y vasijas que brillaban inmóviles. Con el tiempo, había descubierto muchos de los escondrijos secretos donde Benedict Fludd ocultaba las recetas de esmaltes, en agujeros en las paredes y entre las hojas de libros como las *Memorias* de Palissy o los *Pintores modernos* de Ruskin. Los había mezclado, probado, modificado y ajustado. Se trataba de un trabajo lento y largo, paciente y a veces frustrante, pero era un hombre con una idea fija, obsesionado con conseguir una cosa y la había conseguido. No había muchos hombres en el mundo

que pudieran decir lo mismo.

Tenía treinta y cinco años. No era un hombre ansioso. Procedía de una clase social precavida. Sabía que había muchas posibilidades de que muriese y de que las vasijas murieran con él.

Fue, pensó, porque el mundo se había convertido en un lugar donde su trabajo ya no tenía sentido. Tenía que participar en aquello, resolverlo y ponerle fin. No parecía tener elección. En realidad, después de todas sus reflexiones e investigaciones seguía sin saber por qué. Así eran las cosas.

Fue a ver a Elsie y a Ann.

—Supuse que lo harías —dijo Elsie, cuando se lo contó.

—Podrías ir a ver de vez en cuando a la señora Fludd.

—No se entera de nada. Pero lo haré.

El informe médico de Philip fue satisfactorio. Lo enviaron al campo de entrenamiento de Lydd y, en otoño de 1915, partió para Bélgica y el campo de batalla.

En otoño de 1915 los dos Robin estaban en las trincheras de lo que se había convertido en una línea del frente estática alrededor del saliente de Ypres. Ypres estaba devastado, las casas incendiadas, la antigua lonja en ruinas. Los grandes intentos de avanzar contra el enemigo habían dado paso a una vida en madrigueras y refugios. Los obuses caían, las granadas y los morteros hacían cráteres y cambiaban el relieve a cada minuto. Los combates consistían sobre todo en incursiones a las trincheras enemigas, de las que muchos hombres no volvían. Se arrastraban y corrían a través de la tierra de nadie, hasta que los avistaban los de las ametralladoras y los iban eliminando uno a uno. Por la noche, los camilleros, incluyendo a Charles/Karl, recorrían la tierra de nadie en busca de heridos entre el dulce hedor de la muerte y tropezaban con manos arrancadas, piernas, cabezas y tripas sanguinolentas. Los heridos a veces les rogaban que acabasen con su agonía, y Charles/Karl pensó en matar por primera vez en su vida, y en una ocasión lo hizo cuando una cabeza sin rostro le imploró débilmente.

Los Robin eran ágiles en las incursiones y tenían un buen jefe de compañía en quien ambos confiaban. Estaban a la puerta del refugio comiendo Maconochies, una mezcla de carne enlatada y verduras. Se rascaban: estaban llenos de piojos, igual que todo el mundo. Reinaba el hedor de los obuses explotados, de la muerte, la suciedad y el olor dulzón del gas venenoso, gas británico que había vuelto flotando hacia ellos al cambiar el viento. Los Robin abrieron cartas de casa, de Marian Oakeshott, de Phyllis y de Humphry, que enviaba cotilleos acerca de Lloyd George y sus mejores deseos para Robin Oakeshott, si es que todavía seguían juntos.

—Venía a vernos a menudo a Puxty —dijo Robin Oakeshott como de pasada—. Siempre se reía mucho con mi madre.

—Es buen tipo, a su manera —respondió Robin Wellwood, y luego añadió en tono casual—: aunque un poco libidinoso.

—Creo que fue..., quiero decir, que es... mi padre —respondió Robin Oakeshott.

—Yo también.

Se miraron el uno al otro, mutuamente aliviados y avergonzados. Robin Wellwood entró en el refugio a buscar cigarrillos. Se oyó un aullido sibilante y un obús explotó en la trinchera. Un trozo de metralla le destrozó la cabeza a Robin Oakeshott. Robin Wellwood echó una ojeada y vomitó. Llegaron hombres corriendo, camilleros, hombres con una manta para tapar lo que buenamente pudieron, hombres con cubos y fregonas para limpiar el refugio. Robin Wellwood se sentó tembloroso. Y no dejó de temblar.

Desarrolló un temblor permanente en el lado derecho de la cara, en el cuello y a lo largo del brazo. La mano le temblaba al limpiar el fusil. El oficial al mando consideró la posibilidad de enviarlo a recuperarse a la retaguardia. Robin contestó con una voz irreconocible que surgía tersa de una garganta atragantada que estaba muy bien, gracias.

Dos días más tarde, estaba con su nuevo casco de acero, que llevaba, como la mayor parte de los hombres, en ángulos extraños, echado hacia atrás, como una especie de halo. No fue el primero, ni el último, en ser abatido por un habilidoso francotirador alemán que se ocultaba detrás de un tocón de árbol.

Tiempo después se decidió que los hermanos no sirvieran juntos, igual que los hombres del mismo pueblo.

Marian Oakeshott volvió —esta vez en tren y en calesa— a visitar a Olive Wellwood. Olive preparó un poco de té. Té para supervivientes que no estaban sobreviviendo bien. Ambas pensaron, aunque ninguna pudo formularlo con palabras que el pesar era muy distinto cuando tenían que compartirlo no solo entre ellas dos, sino con las madres de toda Inglaterra. Marian Oakeshott había ido a ver a Frank Mallett, con el telegrama en la mano.

—Los ingleses no lloran —le dijo a Frank Mallett.

—Tal vez debieran —respondió él.

Así que Marian Oakeshott gritó con todas sus fuerzas: «Mi hijo, mi hijo, mi hijo», y la iglesia le devolvió el eco. Luego, con cierta rigidez, volvió a convertirse en una amable maestra de escuela. Fue a visitar a Olive, aunque lo hizo con la esperanza de ver a Humphry. Humphry estaba encerrado en su despacho.

—Mi carta dice que murió en el acto —dijo Olive.

—Igual que la mía. Igual que todas.

Y de hecho sus cartas resultaron ser idénticas, con las mismas frases de admiración y afecto por su hijo y de tristeza y pesadumbre por su muerte.

—Ve a hablar con él —le dijo Olive a Marian.

Marian se plantó ante la puerta del despacho. De dentro llegaba el sonido de unos sollozos. Marian probó a abrir la puerta, que estaba cerrada con llave.

Harry Wellwood tenía veinte años en 1915. Su reacción al enterarse de la muerte de Robin fue decir que tenía que alistarse. Olive, que no había llorado por Tom, ni por Robin, prorrumpió de pronto en llanto con una extraordinaria vehemencia. Repetía dos cosas: «No» y «¿por qué?». Una y otra vez. Harry, que era un chico amable, casi un colegial y, desde la muerte de Tom, más bien taciturno, respondió que todo el mundo se estaba alistando, se sentía muy mal quedándose en casa. Humphry, que se había recobrado lo suficiente para seguir escribiendo artículos sobre la administración o la mala administración de la guerra, dio a su hijo algunas cifras. Las bajas británicas eran tan elevadas que parecía probable que se introdujese el alistamiento forzoso, probablemente a principios de 1916. Harry tendría que ir entonces lo quisiera o no. Podía esperar. «Tu madre te necesita», dijo mirando el rostro lloroso, enrojecido y con manchas de Olive. Harry no respondió: «Mi país me necesita», aunque los carteles de Kitchener estaban por todas partes. Dijo: «La gente me mira. Gente que ha perdido a sus hijos. No me parece justo quedarme sentado aquí cómodamente». Humphry replicó casi con rencor que ganar la guerra no solucionaría ninguno de los problemas de Europa y que miles, si no decenas de miles, habían dado su vida por nada.

—Ya no hay hombres de mi edad en el pueblo ni en la ciudad —repuso Harry—. Tengo que alistarme.

—No hay individuos —objetó Humphry—. Solo rebaños y manadas. Hace falta valor para no unirse al rebaño.

—Más del que yo tengo —replicó Harry con una sonrisa gélida.

Se alistó. En 1916 lo enviaron, con los primeros alistados forzosos y los reservistas de edad mediana del Tercer Ejército Británico a las colinas, los bosques y los preciosos pueblecitos del Somme. Todo estaba muy tranquilo. Lo llamaban el Ejército sin Bajas. Harry practicó su francés, y un día que fueron a Albert a buscar provisiones se encontró con Julian Cain, que estaba en las trincheras que había enfrente de Thiepval. Le dijo a Julian que los Robin habían muerto: «Murieron en el acto, con dos días de diferencia», afirmó. Julian sonrió con benevolencia. «Cuídate, joven Hal», respondió. No dijo, aunque todo el mundo lo sabía, que estaban preparándose para una crucial ofensiva. Estaban construyendo ferrocarriles y trincheras de comunicación, con buenos revestimientos y entarimados de madera para recorrerlas. Estaban ejercitándose en las comunicaciones con teléfonos de campaña y las señales. Estaban entrenando sus cuerpos para hacerlos duros y saludables. Saldrían en masa de sus trincheras, atravesarían la tierra de nadie y cogerían a los alemanes por sorpresa, les obligarían a retroceder y, según creían los generales,

volvería a haber auténticas batallas, con ejércitos desfilando y galopando, cargas, fintas y actos de valentía.

Julian se había aficionado a escribir poesía. No era poesía desesperada, ni todavía —aún no—, la salvaje poesía de la rabia. No era poesía sobre la hora gloriosa, los muertos gloriosos y el clamor de las gaitas y las trompetas. Era poesía sobre los nombres de las trincheras, que eran poéticas en sí mismas.

El batallón de Harry formaba parte del III Cuerpo del Ejército, que se dispuso a atacar a primera hora del 1 de julio. El bombardeo británico de las posiciones alemanas en los pueblos de Ovillers y La Boisselle había sido ruidoso y prolongado. El plan era abrir un hueco en las defensas alemanas por el que pudiera colarse la caballería. Los artilleros del III Cuerpo del Ejército tenían sus reservas acerca del corte de las alambradas. No podían cortar las más lejanas, y no disponían de municiones suficientes para estar seguros de cortar las que estaban más cerca. No obstante, antes del ataque, la artillería dejó de apuntar a las alambradas y empezó a bombardear a los alemanes que estaban más lejos, de acuerdo con el plan de preparar el camino a la caballería. A pesar de todo, las brigadas avanzaron. Entre los dos pueblos corría Mash Valley, que se encontraba en la tierra de nadie. Y era bastante ancho. Tenía casi ochenta metros de anchura. Los alemanes habían descubierto una mina concebida para enterrarlos en sus refugios e impedir que respondieran al ataque y habían capturado a los mineros.

Harry esperó. Estaba junto a un viejo cabo, el cabo Crowe. Harry pensaba por oleadas, y entre cada una de aquellas oleadas se sentía tranquilo y aturdido, como si nada de aquello fuese real. No pensaba en el rey o en la bandera, aunque sí pensó brevemente en los plácidos Downs del norte. Pensó: «Soy joven y estoy lleno de vida». Los dientes le castañetearon. El cabo Crowe le dio unas palmadas en el hombro, cosa que no le gustó, y afirmó que todos sin excepción estaban listos. Hombres muy valientes, añadió, se lo habían hecho en los pantalones, una idea penosa que no se le había ocurrido pensar a Harry y que aumentó su temor. «Soy joven y estoy lleno de vida. Tengo un fusil y una bayoneta y debo combatir.» El cabo Crowe le dio una cantimplora que resultó estar llena de ron, y le animó a echar un trago. A Harry no le gustaba el ron. Le estropeaba el estómago. Pero bebió mucho, y se sintió mareado, confuso y tuvo náuseas.

Les dieron órdenes de avanzar. Los bombardeos alemanes eran precisos. Cientos de hombres murieron detrás de sus propias líneas del frente, o retrocedieron hasta el centro médico. Harry salió de la trinchera de una pieza y lo mismo hizo el cabo Crowe. Empezaron a andar hacia los negros tocones de un bosque que se recortaba contra el horizonte. Había mucho ruido. No solo el de los obuses y las balas que silbaban y explotaban, sino el de los gritos de los hombres. Tropezaron con los

muertos y heridos, sobre hombres y trozos de hombres, y acabaron arrastrándose sobre la tierra machacada y mezclada con carne. Al poco rato, Harry notó un golpe y sintió que su guerrera estaba húmeda y luego empapada con su sangre. Trató de seguir arrastrándose y no pudo, otros hombres lo dejaron atrás y quedó allí tendido. Sangró. Se quedó inmóvil. Sabía de modo abstracto que las heridas en el estómago eran malas. La cabeza le daba vueltas. Deseó no haber bebido aquel ron. Deseó morir rápido. No lo hizo. Los hombres pasaban trepando a su lado y por encima de él, que perdía y recobraba la conciencia. Se dio cuenta cuando dejaron de pasar hombres y reparó en la caída del sol, a menos que la oscuridad fuese la muerte. No lo era. Pero estaba muerto cuando lo encontraron los camilleros, así que cogieron su chapa de identificación y registraron sus bolsillos ensangrentados en busca de fotos o cartas: había una fotografía publicitaria de Olive, con aspecto amable e inteligente. Luego lo dejaron.

El cabo Crowe llegó a las alambradas alemanas, que no estaban cortadas. Se enganchó en ellas cuando le dispararon y quedó colgando como un animal en la pared de la cabaña de un guardabosques y murió muy despacio. En aquel ataque murieron tres mil hombres.

El 2.º Batallón de Middlesex tuvo un 92,5 por ciento de bajas. Ese primer día más de cuarenta mil hombres resultaron muertos o heridos. El general Haig observó que «no podían considerarse unas cifras muy elevadas teniendo en cuenta el número de soldados implicados».

Los Wellwood de Todefright recibieron otro telegrama. Humphry afirmó: «Son malas noticias», y Olive respondió: «¿Qué crees que pensaba que eran?». Se sentó en un sillón y se quedó mirando fijamente. Humphry dijo: «¿Cariño?». Ella siguió con la vista fija. Al cabo de un rato, oyó a Humphry, en su despacho, llorando. Era un sollozo extraño, un lloriqueo infantil, como si tratase de ocultarlo. Se levantó pesadamente, fue a verlo y le acarició el cabello mientras sollozaba con la cabeza apoyada en el escritorio.

—Es como un cuchillo. Que corta el mundo en dos, como si fuese queso. O carne en una carnicería, la metáfora es mejor.

—Te quiero, Humph, signifique lo que signifique eso. Por si te consuela. Tal vez no lo haga. No hay mucho consuelo.

—Yo también te quiero, por si te consuela.

La tragedia se había vuelto tan habitual, que era de mala educación aludir a ella o lamentarse en público. Olive pensó inútilmente que debería haberlos protegido, que se había obsesionado con Tom y prestado poca atención a los otros niños, y ahora los había perdido.

Julian Cain participó en los combates alrededor de Thiepval y el bosque de Thiepval



en julio de 1916. Era un bosque precioso antes de la batalla. Y un lugar imposible donde atacar en el que los hombres enloquecían y se extraviaban. Había un *château* precioso, que los obuses bombardeaban, y trincheras cuyos parapetos se reforzaron apilando los cuerpos de los muertos. A Julian lo empujó hacia atrás la explosión de un obús y perdió la conciencia, la cordura creyó él, cuando se despertó tumbado en el suelo cerca de una ambulancia de campaña y no pudo recordar quién era o cómo había ido a parar allí. Tenía una herida superficial en el cráneo, y varios fragmentos de metralla clavados en la carne. Cuando fueron a curarle la herida, preguntó: «¿Quién soy?», y el ordenanza le registró los bolsillos y le respondió que era el teniente Julian Cain.

Por algún motivo, recordó con mucha claridad el bosque de *Alicia a través del espejo*, donde las cosas carecen de nombre, los árboles, los animales, y la propia Alicia. Yació allí nadando en la morfina, y se puso a pensar en los nombres. Los muertos a quienes enterraban tenían sus nombres escritos en lápidas temporales, que a menudo acababan hechas pedazos en los interminables tiroteos. Sus nombres sobrevivían a ellos para siempre. La droga le hizo imaginar a los nombres recorriendo el campo de batalla en busca de la carne a la que habían pertenecido, como el valle de los huesos del profeta Ezequiel. Daba la impresión de que un nombre tuviera vida propia y de que los hombres a los que uno veía en las trincheras no fuesen lo bastante sólidos para tener una vida que se extendiera por delante y por detrás de ellos del modo normal que habían imaginado siempre. Los hombres y sus nombres eran provisionales: reparó en que aprendía sus nombres con una especie de sordo pesar, porque había ya muchos que no necesitaba recordar, porque no podía llamarlos: estaban dispersos y esparcidos sobre aquel barrizal pisoteado que antes habían sido campos verdes y boscosos. Se podían escribir poemas sobre los nombres desaparecidos. No quería escribir poemas sobre la belleza, o el pesar o los propósitos elevados. Trataría de escribir —si no perdía la razón o se cruzaba una bala en su camino— un siniestro poemilla o dos sobre los nombres de los lugares del campo de batalla. Pensando en Alicia, un amante de los libros había nombrado algunas trincheras basándose en su historia: había una «trinchera de la morsa», una «trinchera Gimble», una «trinchera Mimsy», una «Borogrove» [sic], y otra «Dum» y otra «Dee». En algún sitio había un «bosque Imagen». ¿De dónde procedería aquella? Había visto la «trinchera Peter Pan», el «bosquecillo de Garfio» y la «cabaña de Wendy». Había pocas bromas poéticas más, pero él podría entretener con sus propias palabras aquellos nombres efímeros en un mundo donde nada conservaba su forma bajo los estallidos. Uno construía su refugio con cadáveres humanos y lo llamaba «trinchera del fin», o «rincón de los muertos», «trinchera incompleta», «trinchera incoherente», «no trinchera», «trinchera omitida», o «trinchera de la cicuta». El ordenanza médico pasó a verlo y afirmó que iban a trasladarlo a un hospital de

campana. ¿Quería decir algo? Nombres, respondió Julian. Nombres. Los nombres se apartan de las cosas. No se quedan con ellas.

Le dieron morfina. Se preguntó, mientras se sumía en la oscuridad, si habría una trinchera de la morfina.

Había tantas, tantas cosas de su vida que no quería nombrar ni recordar. Al despertar, procuraba olvidarlas. En sueños, volvían a surgir, como una marea de muerte y carne moribunda, para ahogarlo.

En el hospital de campana Julian pensó de vez en cuando en el idioma inglés. Pensó en las canciones que cantaban los hombres, tristes y alegres. Estamos aquí, porque estamos aquí, porque estamos aquí, porque estamos aquí.

Lejos, lejos de Wipers quiero estar,  
donde no puedan dispararme los francotiradores.  
Mi refugio está húmedo,  
tengo los pies fríos,  
esperando los obuses  
que me adormecen.

Tuve un camarada,  
no lo ha habido mejor,  
el tambor nos llamaba a la batalla,  
marchaba a mi lado.

La poesía, pensó Julian, era algo que la muerte, o la presencia de la muerte, o el temor de la muerte, o las muertes de los demás imponen a los hombres.

Empezó a hacer listas de palabras que no podía seguir empleando. Honor. Gloria. Herencia. Alegría.

Preguntó a otros hombres por nombres de trincheras. Le hablaron del «impuesto del paseo de las ratas», la «vaca muerta», el «perro muerto», el «huno muerto», la «trinchera de la carroña», la «granja de los cráneos», el «bosque del paraíso», la «trinchera de Judas», la «trinchera del Iscariote», y de otras muchas trincheras religiosas: «Pablo», «Tarso», «Lucas», «Milagro». Muchas tenían nombres de calles y teatros londinenses, y otras aludían a las mujeres: la «trinchera de los coqueteos», la «trinchera peluda», la «trinchera del corsé». Julian los apuntó en su cuaderno de notas y empezó a ensartarlos unos con otros, pero le dolía la cabeza. De manera natural formaba parodias de cancioncillas:

Cabeza hueca, cabeza hueca  
oye la bala, cabeza hueca,  
ahora tengo el culo lleno

de metralla bien ordenada.

No eran buenas. Pero con eso todavía podía hacer algo. Rupert Brooke se había ido, muerto al infectársele un grano en el labio, en Grecia, hacía un año. Había escrito sobre el té en el salón y sobre la miel o algo parecido en Grantchester, ahora resultaba inimaginable, y acerca de la guerra como forma de escapar de los mediocres y las canciones libidinosas, y del combate como «nadadores que saltan en el agua limpia». Aquellos niños, pensó Julian, habían sido hechizados y engañados como si un flautista de Hamelín hubiese tocado su melodía y todos lo hubieran seguido dóciles bajo tierra. Los alemanes habían hundido el transatlántico *Lusitania* y Charles Frohman, el productor teatral que había montado *Peter Pan*, se había ahogado con valerosa dignidad, al parecer recitando el verso inmortal que había sido juiciosamente eliminado de las representaciones durante la guerra: «Morir será una gran aventura».

Escribir acerca del barro, el frío, el aguanieve, los piojos y las ratas requería el genio de la lengua inglesa. Estaría bien incluir palabras como «mierda» y «follar» y otras de uso corriente en los colegios y reprimidas en la inconcebible vida social de la respetable Inglaterra. «Gusano» era una buena palabra. Alguien le sugirió «cráteres bravucones».

Se recobró, y volvió con su regimiento. Fueron a tomar el recién capturado reducto de Schwaben. Ahí estaban los profundos refugios alemanes y las poderosas fortificaciones, el reducto de Schwaben, Leipzig, Cosa y Cabra (Feste Staufen y Feste Zollern) y la Red maravillosa o Wundtwerk sobre los que escribiría en los poemas. Julian se metió bajo tierra y descubrió en el piso inferior una puertecita en la pared que conducía a oscuras galerías, abarrotadas de cajas de obuses y pertrechos, y detrás un pasadizo que conducía a dos pozos llenos de cascos y poleas cuyas profundidades no podían apreciarse a simple vista y que parecían descender y descender de forma interminable. Julian recorrió almacenes llenos de bombas apiladas y latas de carne, cascos negros y dorados y máscaras antigás de cuero: por un momento recordó los almacenes debajo del museo de South Kensington, con su orden y su desorden.

Llegó a un espacioso agujero forrado de espejos de marco dorado y lleno de montones de gruesos abrigos grises, cuyo olor rancio formaba parte del intenso hedor de aquellas trincheras. Los espejos debían ser el botín del ahora derrumbado *château*. En aquella habitación había libros apilados en cajas como en una estantería. Julian cogió un ejemplar de los *Märchen* de los Grimm para llevárselo a Griselda, a quien le gustaría saber que lo había encontrado en una sala subterránea llena de espejos. Reparó en la presencia de otra persona que estaba tranquilamente en un rincón, un hombre delgado y triste de mediana edad con una cicatriz en la cara y ojos cansados. Levantó la mano para saludarle y, cuando el otro hizo el mismo gesto, cayó en la cuenta de que no se había reconocido a sí mismo. Encontró otra salida, abrió la puerta

y descubrió que estaba bloqueada por el cuerpo desmadejado de un alemán muerto y en avanzado estado de descomposición. Retrocedió y volvió a salir al aire libre.

Unos días más tarde, lo enviaron de noche con una patrulla a atacar un fuerte alemán. Mientras esperaba tendido en un cráter bajo el continuo retumbar de las bombas, sintió un crujido en la pierna. Cuando trató de incorporarse no pudo hacerlo. Sus hombres lo arrastraron, cayendo y cojeando, hasta otro cráter, y por fin a su propio refugio.

Esta vez le dieron una «licencia permanente». Lo enviaron por inválido a Inglaterra entre los heridos. Tenía los huesos del pie aplastados, cosa que no había notado enseguida, debido a la rotura de la tibia. Al final, los cirujanos británicos no pudieron salvarle el pie y tuvieron que amputárselo. Meses más tarde, entró cojeando en la casa de Chelsea, donde las dos chicas salieron corriendo a la puerta y estuvieron a punto de derribarlo. Se sintió un tanto molesto cuando tanto Imogen como Florence empezaron a llorar con vehemencia. Había olores deliciosos: tostadas, café molido, un jarrón con lirios, lavanda y, al agacharse torpemente para besar a su sobrina y medio hermana, el aroma de la piel limpia y el cabello recién lavado.

Soñó que lo enterraban vivo en un refugio y no podía liberarse del peso de la tierra, que era cada vez mayor. Soñó con cosas que había olvidado y que se había prohibido recordar. Florence le preparó tartas calientes de albaricoque y té chino con jazmín y su olor limpio, pálido y misterioso en tazas de porcelana china. Lo sentaron en una silla con un taburete donde apoyar la pierna y sus ojos estaban todo el tiempo inundados de lágrimas.

De todos los brillantes niños Wellwood, solo Florian regresó del combate. Phyllis le preparó su comida favorita, salchichas con hierbas aromáticas y puré de patatas y pudin reina. Olive se dijo que tenía que quererlo mucho, porque estaba vivo, y sus hijos no lo estaban. Pensó que tendría que enfrentarse al resquemor de que precisamente hubiese sobrevivido uno que no era suyo, y apartó aquella idea con resolución. Tomó un vasito de whisky antes de que llegase el calesín de la estación.

Florian podía andar. Su apariencia era impresionante. Estaba muy flaco y cojeaba mucho, y su piel estaba pelada, manchada y llena de cicatrices. Tenía un párpado caído. Sus rizos dorados, que le habían afeitado al reclutarlo, habían vuelto a crecer sin fuerza, en mechones, y el poco pelo que le quedaba parecía *ersatz*, artificial. Y lo que era peor, emitía un penoso sonido sibilante, pues había respirado brevemente gas inglés que el viento había devuelto a la trinchera.

Phyllis y Olive se obligaron a besarlo. Él retrocedió un poco. Humphry le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Entra, muchacho, estás en casa.

En realidad, no tenía nada que contarles. Se pasaba horas sentado al lado de la ventana contemplando el jardín. Phyllis se esforzó por amarlo. Ambos eran hijos de Violet y compartían una rabia tácita porque su fallecimiento hubiese pasado desapercibido, engullido por el pesar por la muerte de Tom, igual que su vida había sido engullida por la de Olive. A ninguno de los dos le gustaba hablar de aquello. Ninguno de los dos había hablado nunca de sus sentimientos. Cuando Phyllis lo intentó —dudando con torpeza de si decir «Violet» o «nuestra madre»—, Florian demostró sentimientos. Se mostró impaciente, hosco y colérico. Ella le cocinó dulces y pasteles, que él devoró ansioso.

Pasaba los días sentado. Por la noche, andaba. Se oían los golpes de la pierna renqueante y aquel continuo y siniestro sonido sibilante en los pasillos y las escaleras.

Olive se despertó una noche cuando pasó cerca de su puerta y sintió odio puro. Era como vivir con un monstruo, un niño cambiado en la cuna, un demonio. Luego se odió a sí misma más de lo que lo odiaba a él. Después fue a buscar el whisky, era tan fácil oír dónde estaba que no tuvo dificultad en evitar al soldado regresado.

Se dieron cuenta de que estaba recortando anuncios del periódico. Un día anunció que había aceptado un puesto como profesor ayudante en Bedales School. Se le daba bien, dijo con una triste sonrisilla, organizar campamentos y cosas así.

Le respondieron que irían a verlo en vacaciones y él repuso: «Sí, es probable».

Phyllis se preguntó por qué no iba ella también. Pensó que tal vez lo hiciera. Tal vez.

### **De *Al pasar lista y otros poemas* por Julian Cain**

#### **Los bosques**

*Cuando Alicia atravesó el líquido cristal  
el mundo se desplegó ante sus ojos  
en ordenados cuadrados de hierba estival  
donde bestias, flores y mosquitos*

*del don del habla y la argumentación disfrutaban.  
La lógica se trocea, las rosas y los huevos  
se acusan mutuamente; las patas de cordero se ofenden  
por supuestos insultos. Y la sal y la pimienta tienen piernas.*

*Las nubes surcan el cielo, y reinas voladoras  
como pájaros sobresaltados, y reyes dormilones  
roncan sin que nadie los moleste mientras sueñan  
con caballeros y banquetes: cosas serias*

*que van y vienen entre las raíces,  
minúsculas líneas de madera juguetona  
corren sin parar, donde nadie dispara  
para herir o matar, y las bestias son buenas.*

*Alicia salta muy seria de cuadrado en cuadrado,  
los setos y las zanjas les dan forma  
y establecen un orden ajedrezado.  
Nadie sufre ningún daño.*

*Nuestra inglesa Alicia, siempre impertérrita,  
interroga a los mosquitos y a los caballeros,  
aparta con razones su leve temor  
al ver a niños belicosos enfrentados.*

*Los absurdos ejércitos no perecen,  
caen obstinados de cabeza,  
combaten y vuelven a caer  
y al llegar la noche descansan en sus camas*

*Las piezas rojas chocan con las blancas en la partida final.  
Sus luchas son polvorientas, pero siguen reglas,  
siempre concluyen con mermelada y pasteles  
y la Providencia es generosa con los locos.*

*Los bosques son peligrosos. Uno se extravía.  
El cielo puede oscurecerse y el cuervo  
ensombrecer los árboles, nublar el día  
y sacudir las ramas, golpe a golpe.  
Estruendo de una bandeja del té, ta, ta, ta  
como el resonar de un casco nuevo,  
la sartén y el cubo por el barro,  
cuando el fuego pasa y se eleva el humo negro  
y las formas no perduran. Vi a un bosque  
mezclar los cuatro elementos: el aire era llama*

*y la tierra era líquida, no quedó nada  
los árboles eran fósforos absurdos, incesantes llegaban los disparos  
los ojos y los oídos estallaban. Y los hombres eran barro.  
Dedos amputados, muñones sanguinolentos entre  
las ramas sin hojas que una vez fueron árboles. Y la sangre  
se filtraba allí donde el pie se hundía en el suelo. Avanzábamos  
indefensos  
sobre rostros moribundos, caíamos desorientados  
sobre hombres, encima de otros hombres, reducidos a grumos  
de carne, madera y metal. Nada perduraba.  
No había luz, ni horizonte, arriba y abajo  
eran todo uno y lo mismo. La vida escapaba a borbotones  
por nuestras bocas y nuestras narices.*

*En otro bosque  
Alicia paseaba con un cervatillo. No tenían nombre.  
Ni la niña, ni el animal, ni ningún otro ser vivo. Las plantas se alzaban,  
las cosas volaban y crujían. Todas eran iguales.  
Reinaba el silencio, indiferente, bueno,  
estúpidamente bueno, como aquella serpiente oculta  
en el primer jardín, donde el primer hombre nombró  
a las criaturas, y conoció el pecado, y se avergonzó.*

*En Thiépval, por un tiempo, y en un espacio  
extremo de ruido hecho silencio. Demasiado dolor  
se llevó el dolor. Yo también tuve la suerte  
de saber sin saberlo. Ignoraba mi nombre,  
el nombre de todo lo que había en aquel lugar oscuro.  
Miraba indiferente los tocones de madera  
y los muñones de carne y metal. Todo era uno.  
El hombre a mi lado soltó un estertor de sangre.  
Tosió y murió. Y supe que también yo estaba acabado.*

### **Pasando lista**

*Niños limpios esperan de pie. Están pronunciando  
sus nombres. Archer y Bates. Castle y Church.  
«Presente», responden. Presente. Presentes. El joven Field*

*está al lado del pequeño Devon Minor, Green, y Hill,  
Meadows y Nuttall. Huelen a limpio,  
a agua y jabón, entre la tinta, la tiza y el polvo,  
y el barniz. Fuera el sol inglés,  
oculto tras nubes inglesas, descansa en los cristales  
de las ventanas inglesas sucias de barro. Y así hasta el final.  
Waterstone, Wellwood. Chirrido de sillas. Se sientan.  
Escriben con sus plumas la historia de Agincourt.*

*Los desdeñosos señores que promulgan las leyes  
de arcanos estudios secretos, también pasan lista.  
Contesta, ¿qué eres? Chico, apréndete los nombres  
o te pegarán. Di, ¿qué eres, chico?  
Si no respondes, te pegarán aún más.  
¿Un gusano, una lombriz? Esos eran los de la semana pasada, chico.  
¿Un olor, un chivo expiatorio, un caracol aplastado, un sapo,  
una taza rota? Ahora te pegaré, chico.  
Todavía no te lo sabes, te has equivocado, cobarde,  
llorón. Bájate los pantalones, inclínate  
sobre esta silla, y mientras te azoto con la vara,  
repite conmigo «No soy nada», «No valgo nada». Soy Zilch,  
nichts, no hagas muecas y aguanta como un hombre.*

*Y ahora, en un campo francés, suena la corneta.  
Afeitados, limpios y atildados saludan  
a los equipos de críquet y rugby.  
Limpiamente alineados para la batalla, oyen sus nombres,  
responden a la lista. Todos eran mis hombres.  
El rubio y sonriente Fletcher, el ansioso Billy Gunn,  
el caballeroso Smith de largas piernas y cabellos rizados  
brillaban, decididos, y partieron al combate.  
¿Qué son ahora? Nombres en una lápida de mármol  
en la capilla de una escuela. Nombres en discos dobles,<sup>[1]</sup>  
uno rojo por la carne ensangrentada, otro verde por la tierra  
en la que se esparce la carne, manchada, mezclada  
con otra carne y perdida. Nombres escritos  
en cartas y telegramas, que golpean en  
el corazón de mujeres que esperan, y oyen llamar  
a la puerta y no querrían abrir aunque deban hacerlo.*



*Los aprendí de buen grado, al principio.  
Los conocí a todos, los chicos temerosos,  
brillantes e impulsivos y los hombres sensatos.  
Y los nombré y nombré. Mi cabeza está repleta de nombres.  
Nombres de muertos. No puedo aprender los nombres  
de los vivos que llegaron después, para reemplazar a los  
que se fueron.*

*Vienen, van, sonrén, fruncen el ceño. Vigilo la  
entrada de mi imaginación. Hoy se levantan y sonrén  
numerosos y sin nombre. Y se alejan desfilando.  
Y cuento más chicos y les ordeno partir.*

### **Nombres de trincheras**

*La columna, como una serpiente, culebrea a través de los campos,  
surca la hierba con sus ruedas, con ruedas pesadas  
y botas y cascos de caballos. La hierba sonrén al sol  
inútilmente. El huerto y el bosque son un paraíso  
donde las flores y las frutas crecen ociosas, y los pájaros  
se alzan en el cielo, y cantan y vuelven a posarse  
y descansan. Son bosques antiguos. Tienen nombres:  
Thiepval, valle profundo, la Boisselle, Aubépines,  
nombrados hace tiempo por hombres muertos. Y sus hijos  
conocen los árboles y los animales, la tierra y el cielo por igual.*

*Excavamos túneles en los campos durmientes.  
Removemos la arcilla y cortamos la hierba, y trazamos  
caminos que se entrecruzan, ordenados y absurdos  
por encima y por debajo, como topos, como gusanos monstruosos.  
Excavamos nuestras guaridas, como cicatrices grabadas  
en la faz de la tierra. Y ponemos nombres  
a nuestra vasta red en las raíces, imponentes,  
imperiosos, deseando ocultarnos, y hacer daño.*

*Los caminos subterráneos al principio tenían números.  
Un tablero de ajedrez. Pero los hombres son poetas, y los nombres  
son la herencia de Adán, y los ingleses impusieron*

*un fantasmal mapa inglés sobre las cosechas francesas aplastadas y arruinadas y los torrentes contaminados.*

*Así que ahí están Piccadilly, Regent Street, Oxford Street, Bond Street, Tothill Fields, Tower Bridge y lugares de Kent, Dover, Tunbridge Wells y otros sitios más vastos y resonantes, El agujero del Coco, la casa desolada, la perdición y la oscuridad más profundas.*

*Al recordar su infancia los soldados recuerdan los hechos desesperados de los niños perdidos, Peter Pan, el bosquecillo de Garfio, y la cabaña de Wendy. Los horrores acechan en el bosque Jekyll y la arboleda Hyde. El absurdo sonrío mientras los obuses y las llamas desordenan las líneas en la Morsa, Gimble, Mimsy, Borogove que conducen a Dum y Dee y a aquel bosque donde acechaba la furia, la negrura y aquel cuervo.*

*Hay un estercolero de los muertos, una trinchera de los huesos y una de la carroña, una avenida del cementerio, una granja del cráneo, una carretera de los suicidios una trinchera del abuso y una del abismo, una charca de la lenteja de agua, una trinchera pegajosa, una resbaladiza, otra fangosa, una de los suburbios, una granja sangrienta. Una trinchera del gusano, un puesto de las pulgas, un paseo de los bichos, una calle de la bota vieja Una carretera del gas, otra de la gangrena, y una trinchera de las tripas. Monotonía, dragas, heces, humedad, lluvia, absurdo, lodazal.*

*Algunos inventan nombres según sus estados de ánimo. Bosque del tiemblo, bosque de la ira, encrucijada de la ansiedad, aullido quejoso y trinchera loca, camino absurdo, carretera ominosa, trinchera de la preocupación, punto absurdo, zapa lunática, y también la trinchera insoportable, junto a la trinchera divertida, la trinchera sombría, la trinchera de la esperanza, y el camino feliz.*

*Cómo pululan las ratas.*

*Gruesos y veloces animales, de dientes amarillos y colas retorcidas y resbaladizas. Aquí están como en casa, al revés que los hombres flacos y obsesionados. Pues las ratas engordan en las ratoneras y no tienen miedo, son bichos con recursos, dijo Tom Thinn el día que devoraron su cena, mientras moría.*

*Sus nombres son legión. Ratonera, granja de ratas, pozo de ratas, puesto de ratas, rata gorda, camino de ratas, desagüe de la rata muerta, montón de ratas, rata aplastada, la mejor ratonera, el rey de las ratas. Nos enterrarán a todos. Este es su dominio.*

*Y cuando muera, mi espíritu atravesará la avenida del sulfuro y el bosque del diablo hasta la escalera de Jacob por el camino del peregrino hasta la trinchera del Edén, a través del jardín, a través de la verja hasta la trinchera y el bosque sin nombre, y allí descansará.*

**B**asil y Katharina Wellwood tuvieron una guerra desdichada. Se produjo una oleada de odio antialemán. Los amigos y conocidos de Katharina dejaron de visitarla o de invitarla a sus reuniones para preparar vendas o bordar para los soldados británicos. El hecho —hasta el punto en que era conocido— de que su hijo fuese objetor de conciencia también arrojaba sospechas sobre ellos. Sus vecinos del campo eran tan malintencionados como los de la ciudad. Estaban preocupados tanto por Charles/Karl como por Griselda. Basil también lo estaba por Geraint Fludd, que era como otro hijo en la City. Geraint se hallaba en alguna parte con los grandes cañones. Escribía de vez en cuando; razonablemente contento desde el Somme, más pesimista a medida que sus cañones se arrastraban por el barro de Flandes. El general Ludendorff ordenó al ejército alemán retirarse a la línea Siegfried en febrero de 1917. Llegaron noticias a Inglaterra de su «Operación Alberico», llamada así por el nibelungo que había renunciado al amor para quedarse con el oro del Rin robado. La Operación Alberico consistía en una política de tierra quemada: saqueos, incendios, pozos envenenados, ganado y aves de corral sacrificadas a fin de no dejar nada que pudiera aprovechar un ejército francés o británico en su avance. Una mujer escupió a Katharina por la calle. Los criados se despidieron. Katharina, que estaba ya muy delgada, adelgazó aún más.

Llegó la carta. Tenía una Cruz Roja e iba dirigida a «Basil y Katharina Wellwood» al estilo cuáquero. La Unidad de Ambulancias de los Amigos lamentaba tener que informarles de que su amigo, Charles Wellwood, había desaparecido en combate y debía ser dado por muerto. Su valor había sido ejemplar. Se había aventurado a ir a sitios del campo de batalla donde muchos camilleros temían adentrarse. Había rescatado a heridos ingleses y alemanes, había curado sus heridas y les había hablado con auténtica amabilidad. Había dado muestras de ser infatigable. Se había ganado el respeto de todos y tanto sus compañeros como aquellos a quienes había salvado lo echarían de menos.

—Solo está desaparecido —dijo Katharina en voz baja y exhausta—. Aún es posible que vuelva con nosotros.

—No creo que el que ha escrito la carta opinara lo mismo —respondió Basil y añadió—: Tenemos la carta que nos dio para que la abriéramos si..., si fallecía.

—Pero tal vez no esté muerto.

—¿Prefieres que no la abramos?

—No. No. Creo que tenemos derecho a abrirla.

Temían abrirla. No solo contendría expresiones de cariño. Eso no era típico de Charles/Karl, que era consciente de que ellos sabían que les quería. La carta contenía un secreto que tal vez prefiriesen ignorar.

Mis queridos padre y madre:

Si leéis esto es que habré muerto. Espero haber salvado otras vidas antes de perder la mía. Debéis saber que he pensado siempre en vosotros con amor y gratitud, y no solo por dejarme seguir mi camino, y dedicar mi vida a unos estudios que no habíais elegido para mí.

Hay algo que os he ocultado. Tengo una esposa, a quien no habéis visto nunca. Se llama Elsie y finalmente aceptó casarse conmigo cuando estaba a punto de partir. Nos casó Frank Mallett en la iglesia de Santa Edburga. Deberíamos habérselo dicho, y haberlo compartido con vosotros, pero no había tiempo.

Elsie es la hermana del alfarero, Philip Warren. Estudia para maestra y me habría gustado, de haber sobrevivido, que hubiese podido tener estudios más amplios y más profundos.

Os estoy pidiendo, con cariño y temor, que vayáis a buscar a Elsie y la cuidéis como mi mujer. Ya veréis que es muy independiente y que es difícil cuidarla, como yo mismo he podido comprobar.

No pertenece a nuestra «clase». Estoy profundamente convencido de que eso no tiene verdadera importancia. Ella es muy práctica y está convencida de que no querréis reconocerla o aceptarla por esa razón. Pero tengo demasiada fe en vosotros —en los dos— para creerlo. No os conoce tan bien como yo. Sois honorables, generosos y justos, y sé que sabréis valorarla en lo que vale, como hago yo.

Termino expresándoos otra vez mi cariño. No deseo morir, y espero poder volver a casa y quemar esta carta sin que tengáis que leerla.

De lo contrario..., por favor, perdonadme y cuidad de Elsie.

Vuestro hijo,

Charles/Karl

Pasó una semana antes de que partieran, en el Daimler conducido por un chófer anciano, hacia la casa de punta Dungeness. Basil tuvo la idea de detenerse en la rectoría de Frank Mallett, y preguntarle lo que pensaba de la tal Elsie. Katharina afirmó que eso sería injusto, y Basil dedujo que albergaba prejuicios contra la joven. De hecho, pasaron por Puxty, pero el pastor no estaba en casa, y Dobbin estaba colaborando en labores bélicas por la región. Así que siguieron adelante y se internaron en el único desierto de Inglaterra.

En las afueras de Lydd los detuvieron los centinelas al pasar junto al campamento militar. Incluso llegaron a oír la artillería ejercitándose entre los matorrales batidos por el viento y los guijarros. Aquella era una zona militar, dijeron los soldados. Debían explicar los motivos de su presencia allí. Ya oían los cañonazos. Lo mejor sería que se volvieran por donde habían venido.

Basil era por naturaleza reservado. Respondió que tenía un asunto privado que tratar con la dama que vivía en la casa junto a la costa. Su altanería irritó al soldado, que respondió que para conducir por aquella zona se requería un permiso. Basil le explicó que iba a visitar a la maestra de escuela, y el centinela replicó que el ejército había tomado el control de la escuela y los maestros habían abandonado la zona.

Katharina les mostró la carta.

—Nuestro hijo ha muerto, esta carta lo dice. Hemos descubierto que la maestra es su mujer. Tenemos que verla.

El acento de Katharina era aún más sospechoso que la altanería de Basil.

—¿Cómo sabemos que no son espías? Tiene usted acento alemán.

—Soy alemana. He vivido en Inglaterra casi toda mi vida. Me considero inglesa, aunque eso no quiera decir nada. Por favor, déjenos pasar y ver a esta persona. Nuestro hijo ha desaparecido en Flandes. Se le supone muerto. Allí las cosas van mal.

—Ya ven ustedes adónde vamos —dijo el chófer, con acento de Kent—. Pueden vigilarnos. Nos verán regresar. No podemos ocultarnos en ninguna parte, no hay dónde esconderse.

Así que siguieron adelante. Katharina imaginó, con bastante acierto, a Charles/Karl en su bicicleta, sobre el sendero pedregoso. Llegaron a la casa.

Una joven estaba colgando la colada a secar.

El chófer abrió la puerta, y Katharina con su sombrero con velo y su abrigo de viaje se apeó.

—Estamos buscando a una tal señorita Elsie Warren.

—Pues ya la han encontrado —respondió Elsie, terminando de colgar una toalla.

La voz de Katharina tembló.

—¿Podemos entrar? —dijo—. ¿Sentarnos? Por favor.

—Si quieren. Pasen.

Basil se apeó envuelto en su abrigo e inclinó la cabeza. Elsie cogió la cesta de ropa debajo del brazo, apoyándola en la cadera, y abrió la puerta. Todos entraron. Elsie preguntó si querían una taza de té, y Katharina pensó que no podría sentarse con el peso de aquella noticia y esperar a que preparase el té. Pidió agua, y Elsie les llevó agua a todos.

—Hemos recibido —explicó Katharina— una carta. Nos informa de que nuestro hijo Charles ha desaparecido. Afirma que puede dársele por muerto. —Elsie bebió un sorbo de agua. Estaba rígida—. Teníamos otra carta, suya. Para... esta ocasión. En

ella nos pide que... cuidemos de usted.

—Lo que les ha contado es cierto —respondió Elsie en voz baja e inexpresiva—. Nos casamos antes de que se fuese. El pastor les mostrará el registro. Pero no tienen por qué preocuparse. No quiero nada. No les molestaré.

—Ya nos lo había advertido: «Veréis que es muy independiente y que es difícil cuidarla, como yo mismo he podido comprobar» —repuso Katharina.

—Típico de él —respondió Elsie. Una lágrima corrió por su mejilla—. Yo vivía aquí con la señora Oakeshott, Robin y Ann. A Robin lo mataron en Francia. Como al Robin de la señora Wellwood. Así que la señora Oakeshott fue a trabajar a un hospital en Hove, cuando cerraron la escuela. Los militares quieren esta casa, para instalar en ella su Estado Mayor, pero yo necesito quedarme aquí y cuidar de Ann. Mi hermano Philip está en Flandes. Charles volvió una vez de permiso, poco después de que mataran a Robin, y nos dejó un poco de dinero. Tengo que encontrar un trabajo. Ann es casi una mujer. También tendrá que buscar empleo.

—¿Ann? —repitió Katharina.

—¡Oh, no! No piense usted mal. Ann tiene dieciséis años. Ann no es... su nieta.

—¿Así que estuviste casada antes? —preguntó Basil Wellwood.

—No. Ann fue fruto de... un desliz. Veo que no les hablé de Ann.

—No.

—Ann fue la dama de honor cuando nos casamos. Él la quiere..., la quería mucho. —Se sentaron y bebieron sorbos de agua envueltos en una niebla de sospecha—. No hay problema —añadió Elsie—. No tienen que preocuparse por mí o por Ann.

Katharina Wellwood se sorprendió.

—No se trata solo de ti y de Ann, ¿verdad?

—No sé cómo se ha dado cuenta. Apenas se me nota.

—Es por el modo en que pones las manos —repuso Katharina—. No tienes derecho a apartarnos de nuestro nieto.

Otra lágrima corrió por el rostro de Elsie.

—No pueden llevárselo. Es todo lo que tengo de él. No pueden hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Basil más despacio que su mujer.

—No pueden llevárselo y educarlo para que sea una señora de postín o un caballero elegante. ¡Oh!, váyanse, por favor. No sé qué hacer.

—Eres muy injusta —replicó Katharina Wellwood— al pensar tan mal de nosotros. Charles/Karl nos pidió que te cuidáramos, y es lo único que queremos hacer. No es bueno que una mujer embarazada trabaje en una fábrica de armamento, y nosotros..., iba a decir yo, no podemos permitirlo, aunque debes comprender que sé que eres libre de hacer lo que quieras.

»Lo que quiero..., más que ninguna otra cosa..., es llevaros... a ti y por supuesto a Ann a nuestra casa del campo. Para que estés cómoda. Karl dijo..., espera..., te lo

leeré: «Estudia para maestra y me habría gustado, de haber sobrevivido, que hubiese podido tener estudios más amplios y profundos». —Elsie rompió a llorar. Katharina prosiguió—: ¿Sabes?, Elsie, si me permites llamarte así..., somos sus padres. Él es..., era..., nuestro hijo. No somos tan distintos. Por favor, ven con nosotros.

—No lo comprende. Sus amigos me despreciarán y se burlarán de usted. No pertenezco a su clase y nunca lo haré por mucho que me acicalen y emperifollen.

—He perdido a casi todos mis amigos, que me desprecian y rechazan por ser alemana. Sobreviviremos. Es horrible y trivial. Eres la mujer a quien desposó mi hijo.

Basil soltó una especie de graznido.

—Tiene razón... ¡ejem...! Elsie..., tiene razón. Nos haría muy felices que vinieras con nosotros. Y nos dolerá..., sí, nos dolerá mucho si no lo haces.

—No está bien.

—No discutamos más.

A él le gustaba que fuese tan discutidora.

Ann entró, flacucha, pequeña, con las piernas delgadas, con un rostro que parecía un fuego fatuo. Por su aspecto cualquiera diría que podía apartársela de un soplido o romperla como una ramita. Sonrió insegura.

—Estos son sus..., los padres de Charles/Karl. Nos han invitado a ir a vivir con ellos.

Ann asintió muy seria.

—Podemos intentarlo, Elsie —dijo Katharina—. Y, si no os encontráis a gusto, ya pensaremos en otra cosa.



**E**l paisaje belga es llano y pantanoso, polders plantados de maíz y coles, ganados al mar del Norte mediante una serie de diques. Tierra adentro hay campos y casas sobre un grueso lecho de arcilla. Allí también hay agua por todas partes: en las charcas, las zanjas, los pequeños *bekes* (riachuelos) y los canales. La tierra se inunda fácilmente porque el agua no puede penetrar en la arcilla y desaguar. En 1914, los belgas, tras ofrecer una feroz e inesperada resistencia a los alemanes, se habían retirado hacia la costa. Los belgas abrieron las compuertas y las esclusas y lo inundaron todo dejando paso al mar del Norte y creando llanuras imposibles de atravesar entre los alemanes y la costa. Los pueblos en torno a las elevaciones arenosas que ofrecían altura para un ejército habían sido machacados por la artillería hasta convertirlos en polvo, que acabó mezclándose con la arcilla por las ruedas y los cascos de los caballos, por los hombres al desfilar y cojear, saltar y arrastrarse malheridos. En verano de 1917, el general Haig ordenó avanzar a sus ejércitos. A principios de otoño, cuando los generales decidieron hacer una intentona contra las lomas de Passchendaele, se puso a llover. El cielo estaba cubierto de nubes y era imposible hacer reconocimientos aéreos. La lluvia caía gélida en horizontal por los campos llanos y disolvía el barro y hacía que solo se pudiese avanzar sobre planchas de madera —la carretera de «pana»— colocadas sobre él. Los hombres en el frente, se acurrucaban en agujeros en el suelo, que estaban llenos de agua fría y profunda. Los muertos, o sus pedazos, se pudrían en y alrededor de los agujeros, y el hedor lo invadía todo, a menudo mezclado con el aroma del gas mostaza, que se adhería del tal modo a los uniformes de los soldados que también lo respiraban las enfermeras y los médicos, cuyos ojos, pulmones y estómagos acababan también dañados y cuyo cabello terminaba teñido de color amarillo mostaza. Los tranquilos polders se habían convertido en un limo espeso, pegajoso y hediondo mezclado con huesos, sangre y carne reventada.

Geraint y su equipo de artilleros estaban maniobrando el cañón por la carretera de pana, entre tocones de árboles arrancados y ennegrecidos, a través del barro y las charcas de agua pestilente. Había recibido cartas de una Inglaterra inimaginable. Imogen le escribía que Pomona había anunciado su compromiso con uno de sus pacientes, el capitán Percy Armitage, que había perdido las dos piernas y casi toda la vista de un ojo. «Parece verdaderamente feliz», escribía Imogen. Había añadido una foto de su guapa y pálida hija, de la que, con inconsiderada consideración, había recortado a otro bebé con unas tijeras.

A Geraint no le importó mucho. Pensaba muy despacio entre el estruendo de los

cañones y los obuses, llevaba veinticuatro horas sin dormir y el día anterior solo había descansado dos horas. Tal vez debido al cansancio, la dotación perdió el control de la mula que tiraba sobre los tablones. El cañón quedó atrapado en el barro. Geraint estaba debajo y murió en el acto, aplastado contra el fango. Nadie se detuvo para sacarlo de allí. Había órdenes de no detenerse a recoger a aquellos que caían fuera del serpenteante camino de tablas.

A medida que el paisaje iba pareciéndose más y más al caos primigenio, la desesperación empujaba al ingenio humano a idear nuevos recursos e invenciones. Por la noche, columnas de porteadores con mochilas al hombro llevaban munición, agua y comida caliente a los hombres del frente. Recordaban a Cristiano, en *El progreso del peregrino*, abriéndose camino con su pesada carga a cuestas por el pozo de la desesperación. Uno de los regimientos de ciclistas acarrea una extraña carga: imágenes de soldados a tamaño natural, pintados en Inglaterra por mujeres que antes habían pintado porcelana, con rostros realistas, bigote y gafas debajo de los cascos de acero. Eran marionetas, tenían hilos que serpenteaban sobre el barro manejados por soldados maestros de marionetas ocultos en los túneles y los cráteres, que les hacían asomarse y darse la vuelta, levantarse y agacharse. Eran lo que se llamaba «ataques chinoscos», empleados a cientos bajo una pantalla de humo para que los alemanes les disparasen y revelaran así sus posiciones. Un solo hombre podía manejar cuatro o cinco de aquellos soldados desde el cráter de un obús.

En 1915, habían cerrado el Hospital Femenino del hotel Claridge: las mujeres se trasladaron por poco tiempo a Wimereux y luego volvieron a Londres, donde abrieron un hospital mucho más grande en Endell Street. Siguió habiendo ambulancias y un hospital de campaña, sufragado por los colleges femeninos y administrados por mujeres. Dorothy y Griselda optaron por quedarse. Dorothy estaba convencida de que cuanto antes y mejor se tratasen las heridas, mayores serían las posibilidades de supervivencia de los soldados, y de las manos, los pies, los brazos y las piernas laceradas. Griselda siguió hablándoles a los prisioneros heridos. Una noche, cuando estaban en su refugio tomando un poco de chocolate caliente, con una textura espesa y un sabor que les hacían evocar los pacíficos estudios, la biblioteca y la rosaleda de Newnham de un modo tan vivo como la magdalena que le hizo recordar a Proust su infancia en Cambrai, Griselda afirmó, como de pasada, que los prisioneros de aquella tienda eran bávaros del Grupo de Ejército del príncipe Rupprecht. Uno de ellos, le explicó en voz baja a Dorothy, aseguraba haber visto a Wolfgang Stern vivo y coleando hacía cosa de un mes.

—¿A todos les preguntas lo mismo? —le preguntó Dorothy.

—No, a todos no, claro que no. Solo a los que pueden saber algo —respondió Griselda.

—No sabía que quisieras tanto a Wolfgang.

—Hace tanto tiempo. Y con todas estas muertes... Creo que lo quería. A veces pienso que él... ¡Oh!, qué más da, si estamos tratando de matarlo en este cenagal. — Soltó una risa seca—. Es difícil ser medio alemana. Mi madre lo está pasando muy mal. Me envió una carta muy rara después de que dieran por desaparecido a Charles, diciendo que iban a buscar a su mujer a Dungeness.

—¿Su mujer?

—Es lo que decía la carta. Mi madre no se extendía más. Le pregunté por él, pero no he obtenido respuesta. La mayoría de los hombres no se odian. Los heridos se ayudan unos a otros, una vez está claro que no tienen que matarse. Es una locura. Una locura fangosa, mala y sanguinolenta. No sé si no haría mejor abandonando toda esperanza acerca de Karl. Y a Wolfgang.

Estaban a punto de acostarse cuando otra remesa de heridos y camilleros se acercó lenta y penosamente a la ambulancia. Las noches casi nunca eran tranquilas: las largas serpientes de hombres y animales se movían y sufrían en la oscuridad cuando los obuses les acertaban. Esta vez en la camilla había un hombre casi invisible en una caja o ataúd de barro espeso que estaba secándose sobre él. Los camilleros explicaron que acababa de perder el conocimiento. Un obús había estallado muy cerca y había lanzado material por el aire y dañado las tablas. Aquel hombre cargaba con una mochila muy pesada y había perdido el equilibrio al hacer explosión el obús y había caído en el barro. Sus camaradas lo habían sacado. Había órdenes de no sacar a nadie si caían en el barro, porque casi nunca se salvaban y se entorpecía el paso de las columnas de porteadores. Los hombres gritaban detrás y decían palabrotas, «dejad a ese imbécil», disculpe mi lenguaje, señora. Nosotros pasábamos por allí y el hombre al que llevábamos había muerto por el camino. Así que acabábamos de tirarlo a un lado cuando sacaron a este otro, ha tenido suerte. No lleva pantalones, se quedaron en el barro. Querían salvar la mochila, claro. Era comida caliente. Todavía respira. Por lo visto padece neurosis de guerra. Consiguieron sacar la mochila, llena de barro, pero la comida todavía estaba dentro. Espero que puedan atenderlo, señoras, tenemos que volver.

Así que pasaron al hombre envuelto en arcilla a una cama temporal en el hospital. Dorothy miró a su alrededor en busca de enfermeras. Todas estaban ocupadas. Encontró un cubo y empezó a limpiarle el barro, que al principio se desprendía en bloques sanguinolentos. Griselda le ayudó. Su rostro parecía el de un Golem: los camilleros habían hecho unos agujeros para que pudiese respirar y otros para los ojos, pero el cabello estaba petrificado, los párpados eran como hilos de barro, y los labios eran gruesos y marrones. Dorothy siguió quitando trozos y limpiándolo.

—Tiene trozos de metralla donde tenía los pantalones —dijo Griselda—, le he quitado la ropa interior, tiene mala pinta.

El hombre tembló.

—También tiene mucha en la espalda —afirmó Dorothy.

Lo limpió con rapidez y cuidado, una y otra vez, como si la capa de barro fuese infinita y se renovase constantemente.

—Siempre dije que tenías buenas manos —dijo el hombre. Su voz sonaba atragantada, como si hubiera tragado barro.

—¿Philip? —exclamó Dorothy.

—Cuando me hundí —respondió Philip con gran dificultad—, pensé que para un alfarero era un buen final hundirse en un mar de barro. De barro y sangre.

—No hables.

—No pensé que me sacaran. No tenían por qué.

—¿Puedes mover los dedos? —preguntó Dorothy—. Bien. ¿Los pulgares? No tan bien. ¿Y girar la cabeza? No mucho. Bueno. Tienes trozos de metralla en la espalda, las piernas y el culo. Hay que sacártela o se infectará. Has tenido suerte, esta ambulancia depende del Hospital Femenino, tenemos Bipp.

—¿Bipp?

—Es una pasta antiséptica patentada. Te la pones y la dejas diez o incluso veintiún días. Cura la herida. Y sana mejor si no la tocas. Necesitarás mucha Bipp. Algunos médicos militares creen que se pueden esterilizar las agujas y las cuchillas con aceite de oliva. Pero nosotras somos más inteligentes.

No había ninguna otra emergencia quirúrgica, así que Dorothy se sentó a la luz de la lámpara junto al cuerpo embarrado de Philip y fue sacando con delicadeza y precisión los pedazos de metralla.

—Empiezo a sentir dolor —dijo él—. Estaba entumecido.

—Eso es bueno, aunque no lo creas. Puedo darte morfina.

—Dorothy... —Ella hurgó con las pinzas en busca de una profunda tira de metal clavada en su carne—. Dorothy, estás llorando.

—A veces lo hago. Resulta muy difícil. No espera una encontrarse a un amigo debajo de una costra de barro.

—No me hagas reír, me duele. ¿Qué estás haciendo?

—Tienes un trozo muy profundo, aquí entre las piernas. Tendré que sacártelo con anestesia. Eso puede esperar a mañana. Te sacaré todo lo que pueda y te pondré el Bipp. Y te daré morfina, para que estés cómodo. Creo que también tienes la pierna rota. Tendrás que volver a Inglaterra.

Philip soltó un largo suspiro. Dorothy le inyectó la morfina. Le untó el Bipp allí donde había extraído la metralla.

—No acabo de creer que estés aquí —dijo Philip—. Muchas veces deseé que estuvieses. Quiero decir, no en el barro, sino en abstracto.

—No soy abstracta, sino concreta —respondió Dorothy.

*Après la Guerre Finie*

**M**ayo de 1919. Un coche se detuvo junto a la acera de la casa en Portman Square. Un hombre esquelético, cuyas ropas baratas colgaban de él como de una percha, se apeó del vehículo. Dudó un instante y luego llamó al timbre. Una joven criada salió a abrir y lo miró con aire dubitativo. Él pasó de largo, como una sombra y entró en el salón, de donde salían unas voces.

Se detuvo al llegar al umbral. La criada se quedó detrás sin saber qué hacer. A él le extrañó el grupo de gente con que se encontró. Había un hombre con la pierna y el muslo vendados recostado en una tumbona; una joven muy delgada con una elegante falda corta; una niñera y una joven elegantemente vestida con el pelo a la moda muy corto de espaldas a él.

Basil y Katharina Wellwood estaban sentados juntos en un sofá, admirando al bebé que tenía la joven entre sus brazos. No era como lo había imaginado. Se aclaró la garganta. Dijo lo mismo que estaba diciendo la gente en todo el mundo: «¿No recibisteis mi carta?». Katharina se incorporó como un resorte, temblando de pies a cabeza.

—Karl. Charles. No es.

—Lo es —respondió. Su padre se levantó. El cabello pelirrojo se había vuelto casi gris—. Tienes que sentarte.

Katharina se acercó tambaleándose a él. La joven a la moda se puso en pie, todavía con el bebé, que tenía el cabello rubio casi blanco, rasgos muy bien marcados y no era regordete, entre los brazos.

—Elsie —exclamó él.

Katharina le tiró del brazo.

—Siéntate, siéntate.

No podía expresar lo cadavérico que le parecía.

—Lo has pasado mal —dijo Elsie en tono patético. Y rompió a llorar. Luego añadió—: Este es Charles. Quisimos llamarlo así, porque pensábamos que...

Se sentó en el sofá, rodeado de su familia, y trató de identificar al soldado herido de la tumbona. Era, claro, Philip Warren. La habitación había cambiado no solo por el bebé y la niñera, sino porque había en ella dos grandes jarras doradas de Philip, una a cada lado de la chimenea, cubiertas de minúsculos demonios entrelazados que trepaban por ellas.

—No puedo ponerme en pie —dijo Philip—. Me alegro de verte.

—¿Dónde te hirieron?

—En Passchendaele. Me salvó, o eso creo, la rápida atención médica de Dorothy. Griselda también estaba. Ahora trabajan en el Hospital Femenino de Endell Street. Igual que Hedda. Es gobernanta. Dorothy me salvó la pierna.

Katharina afirmó que debía de estar hambriento. Salió a pedir que le preparasen un caldo de carne, pan blanco y un pudin de leche. Charles/Karl se sentó en el sofá y miró a su mujer y a su hijo.

—Elsie y Ann... —dijo Basil—, y el pequeño Charles..., han sido un gran consuelo para nosotros. Como puedes ver. Hemos cuidado de ellos, como nos pediste. —Charles/Karl no pudo decir que con lo de «cuidar» se refería a que le buscasen una casa cómoda y le concedieran una asignación. Basil prosiguió—: Elsie ha sido un gran apoyo para tu madre. Ha pasado una época muy difícil. Aunque no pueda compararse con lo que has sufrido tú —añadió todavía impresionado por el aspecto esquelético y la frente despejada de su hijo. Añadió—: Debemos telefonar al Hospital Femenino. Griselda es gobernanta. Trabaja mucho, pero tal vez pueda venir a casa. Al menos debemos decírselo...

Charles/Karl acarició con dedos temblorosos el cabello de su hijo. Su hijo sonrió encantado. Charles/Karl no se sentía lo bastante firme para coger al bebé. Elsie se inclinó y le besó el pelo y la mano que acariciaba el cabello del pequeño Charles.

—Tu familia ha sido muy buena conmigo —dijo—. Y Ann. Ann, ven y dale la bienvenida a..., a...

Ann se acercó, lo miró y preguntó:

—¿Has estado en la cárcel?

—Sí. La comida escaseaba. Los guardas casi no tenían para comer. Todo el mundo está hambriento. —No pudo describir lo indescriptible. Explicó que se había quemado por una explosión, mientras llevaba a un soldado alemán en una camilla por la tierra de nadie. El soldado y los compañeros de Charles/Karl habían muerto. A él lo habían recogido unos soldados alemanes..., bávaros, que habían cuidado de él porque hablaba alemán. Dudó. No fue capaz de empezar a describir el terrible viaje, las muertes y los muertos. Prosiguió—: Acabé en Múnich. No había comida y los hombres desertaban, al principio en grupos pequeños y luego en masa. Llegué a la pensión Susskind. Joachim y su hermana estaban allí. Me dieron de comer. Encontraron un médico...

Estaba a punto de echarse a llorar.

—Ahora todo irá bien —replicó Ann.

Charles/Karl miró a Philip, que le devolvió tristemente la mirada.

—Debemos telefonar al Hospital Femenino —repitió Basil—. Tenemos que decírselo a Griselda.

Griselda estaba anotando en el registro a los visitantes de los pabellones médicos.

—El siguiente, por favor —dijo dirigiéndose a la cola de visitantes tensos, preocupados y temerosos, sobre todo mujeres, cargadas con ramos de flores y cajas de pasteles. El siguiente, esta vez, era un hombre alto, delgado y moreno con un abrigo demasiado grueso para los meses de verano, que llevaba un sombrero de ala ancha calado de forma que su rostro quedaba en sombras.

—Su nombre, por favor. ¿A quién ha venido a ver?

—Creo que a ti —respondió el visitante. Y añadió en voz baja—: Soy un evadido, un paciente fugado. Quería veros a ti y a Dorothy antes de que vuelvan a encerrarme. —Griselda miró la sombra debajo del sombrero. La cola de mujeres seguía impertérrita y preocupada—. Estaba preso en Alexandra Palace. Allí contraí la gripe y tuve pleuresía, así que me enviaron al hospital en Millbank. La guerra ha terminado, pero no podemos volver a casa hasta que terminen de firmar los tratados. He robado esta ropa. Unos amigos..., prisioneros..., me han contado la historia de una valquiria en el campo de batalla, que preguntaba por Wolfgang Stern... —Griselda no pudo articular palabra. Wolfgang preguntó—: ¿Puedo sentarme a esperarte?

—Será mejor que te sientes. Pareces muy débil.

—¡Oh!, lo estoy, lo estoy. Podría desmayarme en cualquier momento. Así tendrías que admitirme, y yo...

Dorothy llegó corriendo.

—Griselda..., tengo una sorpresa...

—Lo sé. Está aquí.

Dorothy echó una rápida mirada a su alrededor.

—No está aquí. Está en Portman Square.

Griselda movió la cabeza en dirección a Wolfgang, oculto bajo el ala del sombrero.

—Ahí...

—No sé de qué me hablas. Tu hermano está en Portman Square. Está vivo. Estuvo en Múnich. Ha viajado hasta llegar a casa.

Griselda se puso a temblar.

—Y tu hermano está ahí oculto tras ese sombrero. Se ha escapado. Estaba en el hospital en Millbank...

Wolfgang se puso en pie, empezó a temblar y volvió a sentarse mientras esbozaba una débil sonrisa.

—Busca un coche —dijo Dorothy—. Encuentra a Hedda y mételo en el coche.

Había un montón de chicas diligentes de las escuelas femeninas haciendo trabajo voluntario. Enviaron a dos jóvenes muy serias del college de señoritas de Cheltenham

a hacer aquellos recados, y Dorothy fue a ver a su hermano alemán oculto a la sombra del ala del sombrero. Le tomó la mano y le midió el pulso.

—Demasiado rápido —dijo—. Deberías estar en la cama.

En Portman Square reinó la felicidad, un poco mareante y mezclada con aprensión, cuando los dos jóvenes viejos contaron lo poco que podían contar del caos que los había engullido. Los periódicos ingleses, al principio cautos y luego alarmados, había informado de la sucesión de gobiernos en Baviera entre principios de noviembre de 1918 y el 1 de mayo de 1919. La monarquía había sido derrocada por enormes multitudes de personas hambrientas y desesperadas: soldados amotinados y marineros, sajones radicales de la fábrica de armamento Krupp, bohemios y anarquistas de Schwabing, miles de mujeres airadas, y un ejército de granjeros iracundos liderados por el ciego demagogo Ludwig Gandorfer. Todos se habían dejado encandilar por la oratoria del barbudo socialista de ojos enloquecidos Kurt Eisner, que se recortó la barba y formó un gobierno que no podía gobernar ni alimentar a la gente. Charles/Karl nunca había creído llegar a ver a los anarquistas en el poder. En diciembre, Erich Mühsam, a quien había oído hablar en el café Stefanie mientras defendía el amor libre y que todos los bienes fuesen comunes, lideró a cuatrocientos anarquistas que ocuparon la oficina de un periódico. En enero se celebraron unas elecciones en las que Eisner sacó menos del tres por ciento de los votos. En febrero, cuando se dirigía al Landtag para dimitir, lo mató a tiros el conde Anton Arco auf Valley, un antisemita medio judío, a quien abatieron a su vez los guardias.

Los anarquistas se hicieron con el poder. Los lideró el amable poeta judío Gustav Landauer, de retórica y barba fluidas. Los «sóviets de Schwabing» lo nacionalizaron todo, cerraron los cafés, a excepción del café Stefanie, y pusieron a los estudiantes al frente de las universidades. Registraron las casas en busca de provisiones de comida y no encontraron nada. No había alimentos y los aliados estaban bloqueando las fronteras. El ministro de Asuntos Exteriores, una buena persona, escribió cartas a Lenin y al Papa, quejándose de que alguien le había robado la llave de los lavabos.

En abril se produjo una intentona por parte del gobierno en el exilio y, por breve espacio de tiempo, un sóviet bávaro dirigido por otro judío, el espartaquista Eugen Leviné. Los exiliados, a regañadientes, tras perder la esperanza de recuperar Baviera con tropas bávaras, pidieron ayuda al ejército federal alemán. Tomaron Starnberg y Dachau. Luego llegó el Terror Blanco. Landauer fue brutalmente asesinado. A Leviné lo ejecutaron formalmente. La Brigada Erhardt, una unidad del Freikorps, llevaba en sus cascos dorados el primitivo símbolo sexual que había formado parte del blasón de la Sociedad Thule, con sus teorías de la sangre pura e impura, la «antigua espiral», la cruz gamada, la esvástica. Cantaban canciones en su alabanza. Se restauró el orden en la capital de Baviera.



Los rojos combatieron valientemente, sobre todo en la estación de ferrocarril, donde resistieron un día y una noche.

Charles/Karl preguntó con rigidez a Wolfgang y a Dorothy si habían tenido noticias de la familia Stern. Respondieron que no había salido ninguna noticia de Múnich, no circulaban los trenes y las cartas no tenían respuesta.

Charles/Karl les explicó que Leon Stern había muerto en la estación de ferrocarril combatiendo por sus ideas. Wolfgang agachó la cabeza. Se hizo un silencio.

Charles/Karl aseguró que había estado en el Spiegelgarten de Frau Hölle. Anselm y Angela estaban bien, aunque muy delgados y hambrientos. Estaban pensando en mudarse a Berlín, pues Múnich ya no era un buen sitio para los judíos.

A Dorothy no se le había ocurrido preguntar si su padre era judío y él no había sentido la necesidad de decírselo. Ahora dijo despacio:

—Tal vez, cuando todo esto acabe, puedan venir aquí. Podrían montar obras de teatro mágicas para una nueva generación de niños. Angela podría trabajar, en Londres, en Kent, en algún sitio tranquilo.

La idea parecía posible e irreal al mismo tiempo.

Los supervivientes se sentaron silenciosos en torno a la mesa para cenar y bebieron en recuerdo de Leon. Los fantasmas poblaban su imaginación y se agolpaban tras ellos entre las sombras. Todos tenían cosas de las que no podían hablar y de las que no podían librarse, historias a las que sobrevivían solo por no contarlas, aunque se despertaban de noche, sorprendidos por sueños horribles que regresaban con regularidad y siempre volvían a sorprenderles.

Katharina encendió las velas que habían sacado para la ocasión y colocó en candelabros de plata.

Philip ocupaba la cabecera de la mesa en una silla de ruedas con un soporte para apoyar la pierna. A su lado estaba Dorothy, que tenía enfrente a Wolfgang. Charles/Karl estaba sentado junto a Elsie y sus manos se rozaban. Katharina observó a su hija mirar a Wolfgang Stern. Griselda se había vuelto obsesiva, eficiente y casi una solterona durante la guerra. Katharina se había resignado a verla recluírse en un college. Ahora su rostro imperturbable era presa de un ansia y una turbación que Katharina no había visto nunca. Katharina preguntó a Wolfgang si le apetecía más sopa, y lo tuteó empleando el familiar «Du». Él sonrió y su triste semblante se alegró un poco. Ella le sirvió un poco más de sopa a su frágil y esquelético hijo, y a su mujer, que lo observaba orgullosa y temerosa. Sirvió más sopa a Hedda, que estaba cansada, pero casi satisfecha después de un arduo día de trabajo, y a Ann, que estaba muy unida a Hedda. Sirvió más sopa a Dorothy, que sirvió más a Philip, y este afirmó que era deliciosa. Los delicados fideos asomaban por debajo de la dorada superficie

sobre la que flotaba un velo de perejil picado muy fino. El vapor se alzaba para unirse con el tenue humo de las velas, y todos sus rostros parecían más amables bajo la luz vacilante.

## Agradecimientos

Esta novela debe mucho a muchas personas que me han contado cosas, me han enseñado cosas y han compartido conmigo lo que sabían. La gente siempre da las gracias a sus pacientes compañeros al final de los agradecimientos, pero yo quiero dárselas a mi marido, Peter Duffy, al principio. Me ha descubierto el sur de Inglaterra, me ha llevado en coche a lugares extraños y compartido conmigo sus considerables conocimientos sobre la Primera Guerra Mundial, incluyendo sus libros. Ha averiguado cosas relativas a las distancias, medios de transporte, edificios y corregido algunos de mis errores. También ha sido paciente.

Le debo mucho a Marian Campbell, que me enseñó el oro y la plata en el Museo Victoria and Albert y comprendió que necesitaba ver el Candelabro de Gloucester. También me enseñó el sótano y sus tesoros. Reino Liefkes me mostró el departamento de cerámica, incluyendo las obras de Palissy y los primeros platos de mayólica. Una vasija entre las manos es muy diferente de una vasija detrás de una vitrina. Fiona McCarthy me envió un ejemplar del libro de Anthony Burton *Visión y accidente* acerca del museo. Comprendí que necesitaba tener mi propio ejemplar y me compré uno. Su trabajo sobre William Morris también me ha sido de enorme ayuda. Estoy agradecida a sir Christopher Frayling, que me envió libros sobre el Royal College of Art y me habló de ello.

Mi hija, Antonia Byatt, cuando era directora de la Biblioteca Femenina, me ayudó con la historia del sufragio femenino y me presentó a Anne Summers y a Jennian Geddes, cuya generosa provisión de información sobre las mujeres médico en la época en que transcurre mi novela resultó fascinante y extraordinariamente útil.

Edmund de Waal me invitó a visitar su estudio y me permitió tocar con las manos una temblorosa vasija de barro. También me dio libros y me sugirió algunos más, por lo que le debo mucho. También me ayudó Mary Wondrausch, cuyo libro sobre la barbotina —además de estar repleto de cosas interesantes— incluía mucha información técnica y un vocabulario delicioso.

Mi amiga y traductora Melanie Walz, que vive en Munich, me enseñó la ciudad y me llevó al museo de marionetas —y a otros muchos sitios— y compartió conmigo su enorme conocimiento del arte y la vida bávaros y alemanes a lo largo de muchos años. El libro no se podría haber escrito sin ella. También le estoy agradecida al profesor Martin Middeke que me llevó al Museo de Marionetas de Augsburgo, y a Deborah Holmes e Ingrid Schram, que me llevaron a ver la colección Teschner en el Museo del Teatro Austriaco de Viena y al Museo de Artes Aplicadas de dicha ciudad, donde aprendí mucho, y con gran placer, del doctor Rainald Franz. Y también querría agradecerles a Dimitri Psurtsev y a Victor Lanchikov su ayuda con los asuntos rusos.

La doctora Gillian Sutherland compartió su conocimiento de la historia de las

mujeres en Cambridge, y en Newnham College en particular, y también me envió libros. Estoy muy agradecida al profesor Max Saunders que me ayudó con los Rossetti anarquistas y cuyo trabajo sobre la época me pareció informativo y elegante.

Los libros que he empleado son demasiados para citarlos aquí, pero me gustaría reconocer el placer y la información que me proporcionó la gran historia de la City londinense, de David Kynaston. *La vida de Graham R.*, de Linda K Hughes está llena de detalles, y la profesora Hughes respondió personalmente a mis herméticas preguntas con generosidad. Estoy en deuda con el espléndido *El paseo de las ratas*, de Peter Chasseaud, que es un exhaustivo compendio de los nombres de las trincheras en el frente occidental. Andrew Ramen, de Heywood Hill, me ayudó al principio de este libro recopilando y sugiriéndome libros sobre marionetas y otras cosas. Volví a leer el terrible libro de Jonathan Gathorne-Hardy sobre los colegios privados, y me fue de gran ayuda, como puede comprobarse.

Dominic Gregory fue a visitar las tabernas cercanas a Dungeness y me envió una piedra con un agujero.

Mi editora en Chatto and Windus, Alison Samuel, y mi editora Jenny Uglow, a quien está dedicada esta novela, me han apoyado y ayudado con su imaginación. Patrick Hargadon discutió complicadas cuestiones narrativas hasta el agotamiento. Mi editora canadiense, Louis Dennys, de Knopf Canadá, ha sido tan acogedora como entusiasta. Mi agente Deborah Rogers me ha cuidado de más modos de los que habría podido imaginar, y le debo mucho a ella y a sus ayudantes, Hannah Westland y Mohsen Shah. Lindsey Andrews fue diligente y de mucha ayuda cuando trabajó como mi ayudante. Como siempre, estoy muy agradecida a Gill Marsden por mecanografiar paciente y pulcramente el manuscrito y por su interés sosegado en mi trabajo.

Por último, me impresionó el precioso diseño de la portada de Stephen Parker, que es perfecto. No podía haber deseado nada mejor.



ANTONIA SUSAN BYATT (Sheffield, 1936) es una de las grandes escritoras de las letras inglesas. Además de ser una extraordinaria novelista, ha cultivado el ensayo y la crítica, géneros en los que ha demostrado con intimidante lucidez su condición de erudita. Tanto en sus escritos críticos como en sus novelas, Byatt fue poco a poco dedicando más atención al período histórico, social y artístico que más le ha interesado: la época victoriana. Especialista en Elizabeth Browning y en George Eliot, es la autora que mejor ha sabido recrear las tensiones, las miserias y los fulgores de esos años, de ese siglo XIX que en tantos sentidos determinó el curso del XX y aun del XXI. Dicha indagación en el mundo victoriano desembocaría en *Posesión* (1990), novela galardonada con el Premio Booker, y en *Ángeles e insectos* (1992). Desde 1990, A. S. Byatt es Dama del Imperio Británico y Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres de Francia. *El libro de los niños*, finalista del Booker 2009, es su última novela.

# Notas

[1] Estos discos de identidad de colores eran los que llevaban los soldados australianos que combatieron en Thiepval. (*N. de la A.*) <<